MAGIC
The Gathering

LOS PLANOS DE MAGIC
VOLUMEN III



Traducido y recopilado por

Gabriel Buchignani

Los Planos de Magic

Volumen III



Traducido y recopilado por

Gabriel Buchignani

Portada y contraportada creadas por

OldMerlin

Indice

Fiora



Fiora es la tierra del Renacimiento perpetuo; sus hermosas ciudades son famosas en todo el Multiverso por su arquitectura fastuosa y el genio de sus inventores. A pesar de sus paisajes pintorescos, Fiora es uno de los planos más peligrosos para un Planeswalker. Cada manga oculta una daga; cada sonrisa, una mentira. En su capital (Paliano, la Alta Ciudad), el asesinato y el subterfugio son el pan de cada día. Aquí, hasta la letra pequeña es artística, pero bajo el fino velo de la civilización se esconde la lucha encarnizada por el poder de las facciones políticas y los rufianes más despiadados. Los que ocupan los puestos legislativos de la Alta Ciudad controlan las votaciones, y las leyes de Paliano vinculan místicamente a la población. Los Planeswalkers que visiten Fiora deben tener en cuenta que el

asesinato, el homicidio y la violencia nunca se han declarado ilegales; de hecho, son herramientas políticas de lo más comunes.

Más allá de Paliano, la población vive en ciudades más pequeñas con gobiernos locales. Aunque no están directamente involucradas en las maquinaciones de Paliano, en estas localidades también abundan la corrupción y los acuerdos clandestinos. La masacre de Drakestown es un siniestro testimonio de esto. Aunque estaba lejos de la Alta Ciudad, casi en la linde de los bosques, todos sus habitantes fueron asesinados hace años como parte de un plan desconocido. Los espesos bosques permanecen inexplorados. La exploradora Selvala fue una de los primeros en aventurarse tras la frontera, en busca de un mundo más allá de la inmoralidad de los nobles. Aunque la magia de la Alta Ciudad sigue dictando las acciones de los ciudadanos, en lo profundo de los antiguos bosques brilla una promesa de paz: un remanso de calma a salvo de los sangrientos manejos políticos en Fiora.

El regalo perfecto

La cúpula dorada del gran salón de baile de Earl Bartolotti era famosa por sus perfectas propiedades acústicas. Bajo ella danzaban y giraban docenas de la nobleza de la Alta Ciudad. Para los que estaban en las afueras de la aristocracia, la Gala Primaveral de Earl era el acontecimiento del año: un lugar donde se hacían y se rompían alianzas, se cerraban negocios, se arreglaban matrimonios y aventuras y los chismes fluían aún más libremente que el vino.



Pero Lord Zangari, en medio de todos los juerguistas gozosos, se enfureció, y bebió, e hirvió de rabia.

¡¿Cómo se atreve?!

El matrimonio Zangari nunca había sido feliz pero ahora ver a su encantadora esposa revoloteando entre la élite de la ciudad, chismorreando y sonriendo, hizo que sus puños se apretaran de

rabia. Según Lady Tirelli, su esposa Aribelle le estaba contando a cualquiera que quisiera escuchar acerca de la última desgracia que le había ocurrido al negocio de Lord Zangari. Cuando la orquesta empezó a tocar un suave vals, Aribelle levantó una ceja hacia él a través del suelo lleno de gente. El casi escupió. No, esa noche él no bailaría con su esposa.

La noche siguió su curso y Zangari logró interactuar socialmente lo mínimo posible. Encontró un poco de consuelo en una pequeña idea: el podría coquetear y sonreír y jactarse durante toda la velada con un encanto practicado. Se aseguró de que no fuera el primero en irse pero tan pronto como la multitud comenzó mínimamente a achicarse se dirigió a las puertas. Todos los que lo notaron sabían que era mejor no comentar que él y su esposa se habían ido por separado y que sus carruajes se adentraron en la noche en diferentes direcciones.

* * * * *

Zangari era propietario de un apartamento cómodamente amueblado en el extremo este de la ciudad. Si alguien preguntaba se le diría que a menudo necesitaba pasar la noche cerca de sus negocios, pero era un secreto a voces que el apartamento era un segundo hogar para él y su amante. Iolanni era una viuda en los veinticinco años y las circunstancias sospechosas que rodeaban la muerte de su difunto marido le hacían acreedora de una peligrosa reputación y de una escasez de oportunidades para volver a casarse aunque la muerte misma le había dejado una fortuna para varias “vidas”.

"No lo haré, querido," dijo Iolanni. "Tal ira es impropia." Ella se recostó en la chaise-longue, bajo las cortinas siempre cerradas de terciopelo rojo.

"Ella se esfuerza por destruir mi reputación, ¿Esa arpía no sabe que si yo quiebro su fortuna no será mejor que la mía? Juro que su única alegría está en mi miseria," dijo Zangari caminando de un lado otro por la habitación.

"Creo que hay cierta ironía en que la mujer que te mantiene lejos de la cama de tu esposa tenga que ser la que te recuerde que quizás tu no seas el ejemplo perfecto de marido." Ella jugueteó ociosamente con su cabello negro y bebió su vino.

"Hay veces que tú no eres mejor que ella."

"Ah, seguro que lo soy." Su sonrisa se ensanchó. "Pero lo digo en serio, esto simplemente no funcionará. Yo esperaba que con el tiempo tú pudieras hacer todo esto a un lado. Lo único que hace la ira es destruir a un hombre o conducirlo a hacer cosas terribles. A veces ambas. Así que la pregunta que tú deberías estar haciendo es, ¿cuál de ellas será?"

Zangari dejó de caminar. "No te sigo."

Iolanni se inclinó hacia delante. "Hay una mujer llamada Sydri. Una artífice de extrema habilidad. Y se especializa en *soluciones personalizadas* para los problemas de los ricos."

Zangari le espetó. "¡Yo no me meteré en el bolsillo de la Rosa Negra!"

"Da la casualidad que Sydri carece de afiliación… ¿Además puedo decir que interesante es que tu primera salvedad sea política y no moral? Yo estoy segura de que su trabajo es tan ‘invisible’ como efectivo. Creo que deberías hacerle una visita."

El rostro de Zangari se calmó y él pensó durante un largo momento. "¿Asesinato? ¿Tú fuiste su amiga, no es así? ¿Eso es lo que tu me sugieres?"

"Sí, yo fui su amiga durante muchos años. Pero aunque yo sólo hago la sugerencia eres tú quien la está considerando. ¿El hombre que se casó con ella? Dudo mucho de que yo sea la villana en este pequeño ejercicio de pensamiento."

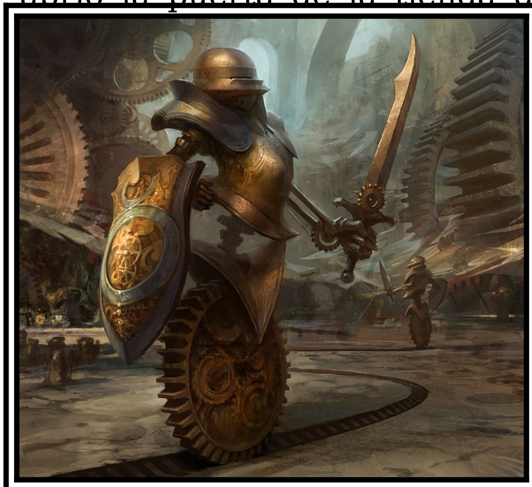
Zangari se sentó junto a su amante y se agarró la cabeza con sus manos. "No, tal vez no. Tendré que pensarlo mejor."

"Sí," dijo Iolanni, "pero no esta noche."

Ella apagó la luz y para el momento en que los ojos de él se habían acostumbrado a la oscuridad ya había tomado una decisión.

* * * * *

Hubo una pequeña resistencia inesperada cuando Zangari abrió la puerta de la tienda de la artífice. Empujar la puerta hizo girar un conjunto de engranajes que hizo que la sala de exposiciones cobrara vida. Marionetas danzaron, un pequeño perro mecánico movió la cola, y una variedad de dispositivos complejos comenzó a moverse y girar. La voz de una mujer, baja y vagamente molesta, provino de un cuarto trasero.



"Estaré contigo en un momento, no toques nada brillante."

Zangari se tomó un momento para investigar la habitación. Había cuatro estantes en cada una de las tres paredes, y cada uno de ellos estaba lleno de diversos juguetes, adornos, baratijas y autómatas. A primera vista, la habitación parecía casi agresivamente festiva, pero cuando él miró más detenidamente se dio cuenta de que los dientes del perro mecánico eran afilados y que las marionetas tenían un brillo casi inteligente en sus ojos vidriosos. No tocó nada.

Una mujer salió de la habitación trasera. Al principio Zangari la tomó por alguien muy joven pero cuando la miró a los ojos se dio cuenta de que no tenía ni idea de que edad tendría. Era bonita, pensó, aunque no se esforzaba en ello. Dejó que la idea permaneciera por un momento.

"Bienvenido a mi taller. Soy Sydri, ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Algo para impresionar a los invitados? ¿Un regalo, tal vez?"

Zangari sonrió



maliciosamente. "Sí, un regalo. Un regalo que sea muy *impactante.* Uno que deje una impresión duradera, si es que usted entiende a lo que me refiero." Él sonrió orgulloso, bastante satisfecho con su insinuación, pero la mujer no dio ningún indicio

Sydri

de si le había entendido.

"Bueno, solo mire a su alrededor. No encontrará mejor artesanía en ninguna parte de la Ciudad Alta y mis materiales y encantamientos son insuperables. Sólo dígame qué es lo que le llama la atención."

Zangari frunció el ceño. "No, no. Todas estas piezas son preciosas pero creo que yo necesito algo personalizado. Algo especial. El último regalo que necesitaré darle a mi esposa."

Sydri apoyó la mano en el mostrador y miró fijamente a Zangari. "Yo puedo hacer cualquier cosa que usted quiera. Cualquier cosa. Pero no tiene que irse con rodeos. Si quiere que haga esto entonces necesita decir las palabras."

Zangari tragó saliva. "Yo... yo necesito algo que me ayude a matar a mi esposa," dijo con voz muy aguda.

El rostro de Sydri se suavizó en una leve sonrisa. "Eso no fue muy difícil ¿verdad? Un veneno discretamente entregado es lo más fácil y lo más indoloro pero yo puedo hacer encantamientos que son letales de muchas maneras: Insuficiencia hepática, locura, ataque al corazón..."

"Ataque al corazón. Creo que es lo más apropiado por todo el dolor que ha causado en mi corazón." Zangari volvió a sentir lentamente su usual bravuconería. "A ella le encantan las cajitas de música. Probablemente haya gastado veinte mil coronas en su estúpida colección, una inútil chatarra en su mayor parte."

Sydri asintió y empezó a murmurar, principalmente para sí misma. "Un adorno enrejado que afecte su psiquis con audio, bastante fácil, acodado lentamente, sintonizado a la energía de una persona específica... tiempo y materiales... diseño a medida..." Ella garabateó unas cuantas notas en un pedazo de papel y luego levantó la vista. "Ciento cincuenta mil."

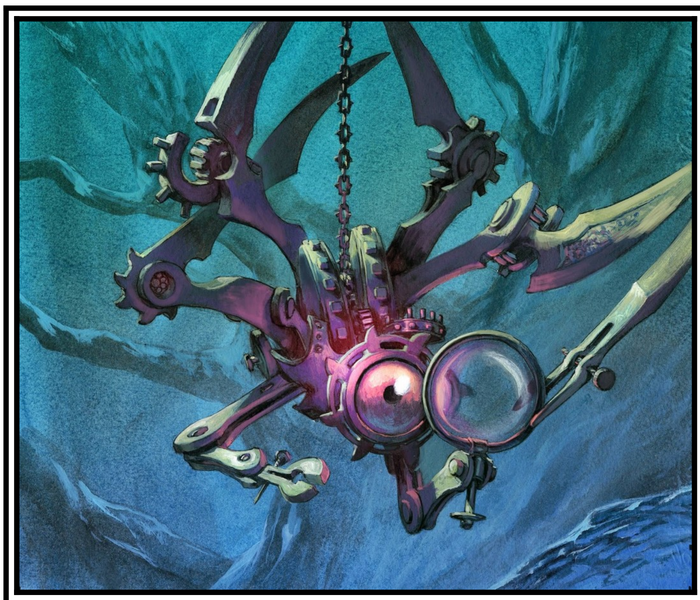
Zangari casi se ahogó. "Eso es casi todo lo que yo... ¡Eso es una locura!"

Sydri entrecerró los ojos. "Si usted quiere podría llevar su monedero a alguna taberna y encontrar un asesino a sueldo que haga el trabajo. Pero eso no es lo que usted quiere. Usted quiere hacerlo con estilo, quiere estar seguro, y quieres asegurarse de que yo nunca, nunca vuelva a verlo. Ése es mi trato y usted lo tomará. Vuelva con un recorte de su pelo, su caja de música favorita, y la mitad del dinero. Gracias por hacer negocios conmigo, mi señor."

Zangari buscó una réplica enojada pero no encontró ninguna. Se quedó mirando, asintió y se marchó.

* * * * *

Zangari regresó tres días después. Cuando atravesó la puerta un arácnido mecánico con un abdomen resplandeciente cayó frente a su rostro deslizándose sobre un hilo de plata. El se quedó momentáneamente hipnotizado, más curioso que asustado, mientras sus ocho ojos enjoyados parecieron mirar en lo más profundo de los suyos.



"¡Centinela cuatro, desactívate y retrocede!" Las piernas de la araña se doblaron alrededor de su cuerpo y esta volvió a subir por el hilo. "Siento lo ocurrido, un dispositivo de seguridad. Muy versátil. No importa. Veo que usted has traído lo que le pedí."

Zangari se sintió mareado y se obligó a concentrarse. "Sí. Sí. La caja de música, un mechón de pelo, y el dinero," dijo él y puso un pesado saco sobre el mostrador con un inconfundible tintineo.

Sydri miró dentro y se llevó la caja de música y una pequeña bolsa de terciopelo. "Tendré que examinar esto. Sólo me tardará unos minutos."

Sydri se llevó los artículos a su taller dejando a Zangari solo en la tienda. El miró a su alrededor mientras Sydri trabajó. Sus ojos se iluminaron al ver un broche con una intrincada hebilla de alambre, de oro y plata, con un emblema de cabeza de jabalí sobre él.

"¿Esto no estaba antes aquí, verdad?"

"¿Qué?"

"El broche de cabeza de jabalí. Es muy hermoso. ¿Sabías que el emblema de mi familia tiene la cabeza de un jabalí? El animal más peligroso en el bosque, según dicen. El más fuerte, también. Un símbolo de resistencia y determinación."

"No esta a la venta," dijo Sydri saliendo de la habitación trasera. "Lo siento, es un pedido personalizado para otro cliente. Los materiales que usted trajo son buenos. Necesito dos semanas para terminar el trabajo, traiga la otra mitad del pago con usted cuando regrese."

* * * * *

Cuando Zangari vino por tercera vez a la tienda de Sydri todos sus trabajos exhibidos habían sido empacados en pequeñas cajas, las paredes estaban completamente desnudas.

"Bien, usted es el último. La cajita de música está acabada."

"¿Qué está pasando aquí? ¿Está cerrando su negocio?"

"No, pero lo muevo de vez en cuando. Las razones deberían ser bastante obvias. Ahora bien, antes de que le de la caja de música quiero explicarle cómo funciona. Escuche atentamente. Yo he colocado un encantamiento en la melodía misma; la primera vez que ella la oiga desarrollará una ligera fascinación con la melodía producto del hechizo. La segunda vez que la escuche provocará un estado de tranquila introspección. Si ella es como todas las personas sentirá una ligera compulsión por resolver cualquier problema inacabado de su vida, se ocupará de los asuntos pendientes, ese tipo de cosas. También se sentirá tranquila y relajada. La tercera vez que escuche la caja de música, los armónicos resonantes desencadenarán una reacción neurofísica en cadena. Su corazón se detendrá y eso será todo. El encantamiento se autodestruirá en ese mismo momento por lo que esta volverá a ser una cajita de música perfectamente encantadora. Totalmente ordinaria. Sin ningún rastro de nada."

Zangari quedó impresionado. "Señorita, ha cumplido con su reputación. Suponiendo que esto funciona como usted lo describe."

"Lo hará. Pero esta es su última oportunidad para dar marcha atrás en esto. Honestamente, la mayoría lo hacen, incluso los que llegan hasta aquí. Yo le devolveré la mitad de su pago inicial y podrá salir por esa puerta. Nunca diré una sola palabra y, más importante aún, usted no será un asesino."

El rostro de Zangari se ruborizó. "¿Me está llamando cobarde? Lo único de lo que usted tiene que preocuparse es que esto funcione como lo prometió. Porque si no lo hace le juro que la arruinaré. ¿Me oye? ¡Ahora déme esa maldita caja!" exclamó él dejando caer con fuerza una pesada bolsa de monedas contra el mostrador.

Sydri lo miró, con una expresión desconcertante en su rostro, y luego desapareció en la habitación trasera. Apareció con dos cajas de regalo de bordes satinados, una más pequeña que la otra.

"Aquí está, me disculpo si le he ofendido, pero necesitaba estar segura. La caja más pequeña es para usted… mi otro cliente nunca recogió el broche. Los materiales para la caja de música fueron más baratos de lo que yo había esperado así que me imagino que esto compensará la diferencia."

Zangari se esforzó por evitar mostrar una sonrisa avariciosa en su rostro mientras recogió las cajas y se marchó.

* * * * *

Los músicos ya habían comenzado a tocar abajo mientras Zangari terminaba de vestirse. La ocasión era la gala del cumpleaños de su esposa y a él no le importó llegar un poco tarde. Le daría la caja de música después de que esta terminara para poder comenzar su nueva vida unos días más tarde.

Se miró en el espejo y vio a un hombre completamente en control de su mundo. Se envolvió una capa ligera sobre los hombros, era un buen complemento para el verano pero siempre había sido un poco estrecha para él. Después de ajustarla en vano durante unos segundos se dio cuenta de que su nuevo broche la sujetaría perfectamente.

Lo sacó cuidadosamente de la caja de regalo, teniendo cuidado de no dañar el delicado metal, abrió el broche y sujetó ambos lados de la capa. Hubo un breve destello de dolor.

Se había pinchado el dedo pulgar con el broche y, por alguna razón, el hecho le dio risa. Él rió más fuerte y con más entusiasmo de lo que lo había hecho en años, una pura alegría llenando su corazón. Se sintió un poco mareado y se sentó. Su cabeza giró un poco y cayó de espaldas sobre su cama. Esto, también, le pareció increíblemente divertido.



Zangari miró fijamente el techo de su habitación en blanco y su risa comenzó a desaparecer. Tal vez descansaría un poco antes de bajar. La cama era cómoda y él era feliz allí. Pero al cerrar los ojos se preguntó por qué se sentía tan frío en una cálida noche de verano.

Traición

En el plano de Fiora, la Alta Ciudad de Paliano es el hogar de innumerables intrigas y maquinaciones. Los altos señores de la ciudad luchan por la supremacía. Cada movida es respondida por otra movida, y la confianza con traición, todo bajo los auspicios del inmortal Rey Eterno. Pero hubo una vez en que el rey era un hombre vivo, y un amigo de la exploradora elfa Selvala...

Las paredes del comedor privado del rey estaban iluminadas con piedras preciosas encantadas, cada una cuidadosamente colocada encima de una varilla de mármol tallada, un simulacro cuidadosamente elaborado de una vela pero sin ningún rastro de calor. La cámara estaba en el corazón del complejo del castillo y ninguna luz natural llegaba hasta allí.

La mesa era lo suficientemente grande como para acomodar a doce personas pero sólo dos cenaban esa noche. El rey, Brago, de piel pálida y llena de arrugas, como papel viejo de pergamino, descansaba en una silla ornamentada. Su invitada, Selvala, estaba sentada en el extremo opuesto. Un banquete se hallaba entre ellos. El plato del rey estaba vacío. El plato de la elfa estaba intacto.

"Mi rey, ¿por qué seguimos haciendo esto?" Hubo cierta dureza hasta la última palabra, como la tensión en un alambre de cobre. "¿Por qué seguimos comportándonos así? Yo sé que te duele verme y a mi me duele ver en qué te has convertido."

Los ojos del rey parpadearon pero su cuerpo permaneció inmóvil durante un largo momento hasta que una voz rasposa escapó de sus labios agrietados.



"Porque tú me ayudas a recordar."

Selvala sacudió la cabeza. "Eso ya no es suficiente. Tal vez solía serlo. Antes de que todo... esto... se haya salido de las manos." Ella agitó una mano en su dirección, con disgusto en su rostro.

Selvala

"Sin importar si tú te acuerdas o no de él, tú ya no eres el rey que fuiste alguna vez. Yo recuerdo a ese hombre. Ese hombre era mi amigo. Y verte a tí, sentado en su silla, llevando lo que queda de su rostro, es un insulto a ese hombre Un insulto a las cosas que defendíamos."

El cuerpo de Brago convulsionó y él soltó un jadeo ahogado. Selvala lo reconoció como su risa. "Tal vez... yo debí haberte escuchado. Tal vez tú deberías haberme hecho escucharte."

El rostro de Selvala se enrojeció de rabia. "Oh, no. Tú no me culparás por esto. Yo te lo advertí. Desde el mismo principio te rogué que no dejaras que los Custodi comenzaran sus tratamientos."

"Pero tú cediste. Nosotros todavía teníamos mucho trabajo por hacer. Por la ciudad."

Selvala entrecerró los ojos. El rey ya había dicho demasiado en este intercambio que en sus dos últimas cenas combinadas.

"¿Qué está pasando, viejo amigo? ¿Qué ha cambiado?" preguntó ella suavizando su voz.

"Al principio, tú y yo compartimos una visión."

* * * * *



La Ciudad era joven. Joven, optimista y ambiciosa, y el Conde Brago era también todo esto. Las perspectivas de Brago, tercer hijo de una casa menor, habrían sido limitadas como en cualquier otro lugar. Pero no allí. No en la ciudad. En la ciudad los sueños y las ambiciones de una persona eran la única fuente de limitación y Brago podía ver verdaderamente lejos. El podía ver más allá de los mezquinos rencores y burócratas. Podía ver más allá de las modas revoltosas, de las interminables disputas por gloria y fama. El vio el crudo potencial de lo que la Ciudad podría ser. Vio como latía el corazón de la Ciudad y que lo hacía en perfecta sincronía con el suyo. Y pudo ver un camino hacia ese potencial. Estrecho, tal vez. Tortuoso. Traicionero. Y él no podía transitarlo solo.

* * * * *

"¡Ja! ¿Me hablas a mi de una visión? Eso fue hace setenta años atrás, viejo tonto. Sí. Sí, cuando yo fui tan tonta como te has convertido tú, yo creí en ti. Tus palabras goteaban miel y luz y yo las creí. Lo que hace que tu traición sea más amarga, viejo amigo."

"¿Traición?" Brago alzó su voz, casi volviendo a adquirir un tono humano. "Yo nunca. Yo nunca he perdido de vista lo que era mejor para la Ciudad. Incluso ahora."

* * * * *

Los dos habían sido inseparables y trabajaron juntos sin problemas. El había sido el terror de los tribunales y las cámaras del concilio, sus argumentos impecables, sus súplicas irresistibles. Había construido una coalición de nobleza, clero y clase mercantil. Había eliminado la corrupción y la había reemplazado con humildad. Pero siempre, siempre, más poder terminó en sus manos.

Ella había sido amada por la gente, había tenido sus dedos en el pulso de cada comunidad y enclave. Selvala había luchado por los derechos de los inmigrantes y había convencido a muchos de los ancianos con títulos de la nobleza para que renunciaran a los privilegios que oprimían al público, antes de que el público se levantara para deponerlos. Juntos redactaron la Carta. La ratificación fue unánime. Fueron sus manos, juntas, las que forjaron Paliano.

* * * * *

"Tú perdiste de vista todo una vez que comenzaste a valorar tu propia vida por encima de aquellos a los que serviste ¿Cuánto tiempo te dejaste creer que lo que los Custodi estaban haciendo era medicina?"

"Lo era. Yo no iba a dejar que mi salud nos impidiera alcanzar nuestros objetivos."

"¡Brago, todo el mundo muere! Todo el mundo envejece, todos mueren. Campesinos y reyes por igual."

Brago rió, esta vez una risa de verdad. "Para ti debe de ser fácil decirlo, luciendo apenas unos años más vieja que cuando nos conocimos. Tú no puedes decir lo que hubieras hecho en mi lugar."

Selvala miró hacia abajo y se detuvo. "Tal vez no."

* * * * *

El rey Brago apenas había estado sólo tres años en el trono cuando los médicos le diagnosticaron su enfermedad. Hereditaria e incurable. No duraría el año. Selvala quedó devastada. Brago quedó en estado de shock. Cuando los sacerdotes vinieron a él y le dijeron que había tratamientos a los que podía someterse que preservarían mágicamente su cuerpo él fue cauteloso.

Él y Selvala discutieron y debatieron extensamente el asunto. A ninguno le gustaba la idea de poner su vida en manos del sacerdocio pero cada uno temió lo que sucedería si el nuevo rey moría tan pronto. Las alianzas por las que ellos se habían esforzado tanto por construir podrían desmoronarse en un instante. La resplandeciente ciudad podría volver a ser brillantes cenizas igual de rápido. Al final, ellos cedieron. Se formaron los Custodi y el rey vivió. Y vivió. Y vivió.



* * * * *

"La historia me juzgará justamente. Todo lo que nosotros hemos logrado. Todo el bien que hemos hecho. No había otra forma."

"Brago, si yo oyera esas palabras de los labios de cualquier otro hombre lo reconocería como un tirano."

Brago pareció volver a desinflarse. "Selvala. Ya no habrá más tratamientos."

Conmoción, alegría y miedo pasaron por el rostro de Selvala. Ella se puso de pie, caminó hasta su lado, y se arrodilló junto a su silla. Tomó su mano seca en la suya. Esta no estaba ni caliente ni fría y al tacto se sintió como si fuera un viejo libro encuadernado. "Brago. Esta es la elección correcta. Por todo lo que nosotros apreciamos. Yo te echaré de menos pero esto es lo correcto."

Brago tosió, un sonido carrasposo y sibilante. "No. No es lo que tú crees. No habrá más tratamientos porque ellos han ido demasiado lejos. Yo no puedo morir, Selvala. Mi mente se pudrirá en esta jaula de huesos y piel. Ya ha comenzado. Mis ojos ya casi se han ido. Yo no puedo comer, no puedo dormir. Ya no sufro dolor pero durante mucho tiempo me dolió mucho. Ahora yo echo de menos el dolor."

Selvala se puso en pie, furiosa, con la mano agarrando reflexivamente la empuñadura de su largo cuchillo de cazador. "¡Esos monstruos! ¿Qué te han hecho? Por lo que te hicieron yo debería..."

Brago levantó una mano flácida. "No. No. Vuelve tu enojo hacia mí. Donde aún puede servirte. Selvala, yo no puedo morir naturalmente. Pero creo que debo morir. Y tú eres una de las tres únicas personas en la Ciudad a las que se le permite portar un arma en mi presencia."

Selvala cerró los ojos. Tan pronto como él había dicho las palabras ella supo que haría esto por él. "Brago. Fuiste un buen rey. Un buen hombre." Ella se levantó, lo miró en sus lechosos ojos azules y sacó su cuchilla. "Yo te perdono."



Selvala metió la cuchilla una sola vez en el corazón del rey. Casi no hubo resistencia, como apuñalar a un saco de granos secos. Su antiguo cuerpo comenzó a desmigajarse casi inmediatamente y, mientras él se convirtió en polvo, susurró tres palabras:

"No lo harás."

* * * * *

Selvala salió del comedor y arrojó el cuchillo al suelo. Los guardias la acompañaron sin decir una palabra.

Los Custodi entraron en el frío cuarto del trono, con las manos escondidas en sus largas mangas tanto para calentarlas como en signo de respeto. Hombres y mujeres de rostros grises asomaron sus ojos vidriosos por debajo de capuchas bordadas. Formaron un círculo y la más anciana habló. "El Rey ha muerto. Nosotros mantendremos la noticia contenida mientras podamos pero el

conocimiento escapará de estas murallas. Antes de que lo haga, y si nosotros queremos permanecer en el poder, tenemos mucho trabajo por hacer."

La temperatura en la habitación cayó repentinamente y las luces parpadearon. Una presencia entró en la habitación. Fría y enojada.

Una niebla azul comenzó a juntarse, jirones arrastrándose fuera de los patrones en el piso de mármol liso. Algunos de los Custodi jadearon y retrocedieron. La niebla se hizo más espesa, más densa, y fluyó como un río en un lecho invisible.

Los Custodi se sobresaltaron; se miraron entre sí buscando cualquier señal que dijera que uno de ellos pudiera entender. Los sacerdotes, al no encontrar consuelo, miraron alrededor de la habitación, cada vez más frenéticos.

Un resplandor apareció delante el trono. La neblina ascendió y tomó la forma de un hombre, y la idea de una armadura se volvió sólida a su alrededor. Unos ojos miraron hacia los Custodi, oscuros pero encendidos, y los sacerdotes se encorvaron ante él con temor.

"Ustedes no harán tal cosa. Anunciarán lo que ha sucedido. Que la gran obra de los Custodi está completa. Que su rey se ha levantado, con su mente tan fuerte como siempre, libre de la prisión de su cuerpo. Este es un día para celebrar." La voz del espíritu fue profunda y severa. "Porque ustedes han triunfado. ¿A menos que quieran decirme que sus tratamientos tenían otro objetivo en mente?"



El pánico voló a través de los rostros de los Custodi. Ellos balbucearon su confusión hasta que la anciana salió al frente de la acobardad multitud.

"Por supuesto, mi rey. Que nadie dude de sus palabras." Entonces miró por encima del hombro a los demás, quienes hincaron la rodilla.

Brago

"¡Salve, mi rey!"

"¡Salve, Rey Brago!"

"¡Todos aclamen a Brago, el Rey Eterno!"

La rosa negra

La casa estaba más ornamentada de lo que necesitaba. La mansión de Marchesa se alzaba sobre los hogares palaciegos de sus vecinos, cada piso extra una marca de su éxito. Mientras que los ricos tenían de tres a cuatro pisos en sus hogares Marchesa tenía nueve, siete de los cuales permanecían en su mayoría sin ser utilizados, aunque habían servido a sus propósitos.

Marchesa, situada entre la élite de Paliano, la Ciudad Alta, estaba agasajando a un huésped y socio de negocios de las tierras bajas, Ervos Trax.

Marchesa y Ervos eran antiguos socios comerciales. La red de espías y bribones de Marchesa controlaba gran parte de la Ciudad Alta mientras que el imperio criminal de Ervos se extendía desde las tierras bajas hasta la ciudad de Talón y los muelles más allá. Ervos, a pesar de su poder en las tierras bajas, todavía no formaba parte de la Ciudad Alta. Sus mejores ropas, que él había claramente desgastado, eran extravagantes para los habitantes de las tierras bajas, pero fuera de moda y menos impresionantes para un noble de la Ciudad Alta. Ervos había hecho la ardua caminata por los Mil Escalones hacia la Ciudad Alta desde las tierras bajas. Marchesa lo había invitado a cenar pero no había enviado un navío para traerlo hasta ella a pesar de que empleaba a varios pilotos.

Ervos todavía no era de mediana edad aunque en su línea de trabajo eso lo haría ser un anciano. Era indiscutiblemente apuesto, con el cabello marrón arenoso y dientes más derechos que la mayoría. Había explotado a sus primeras víctimas con su buena apariencia y su innegable encanto. Aunque vestía a la moda de la temporada pasada, un traje un tanto chillón hecho de tela de oro, Marchesa notó que Ervos todavía se veía agradable a la vista.

Marchesa llevaba su pelo negro fijado con alfileres ornamentados. Tanto los nobles como los ladrones se preguntaban por qué Marchesa insistía en vestir a la moda de las mujeres mayores de Paliano aunque ella sólo era un poco mayor que Ervos. Incluso en ese momento, en una cena más informal, llevaba el vestido con el que uno normalmente iría a la Cámara Alta



durante una votación usado por un senador que se había quedado dormido cuando se lo había llamado a ejercer su deber. Algunos sospechaban que se vestía de esta manera para afirmar el papel que ella quería sobre otros, mientras que otros susurraban que la Rosa Negra se consideraba la verdadera regente de la ciudad. Ervos siempre sonreía ante estos rumores porque sabía que Marchesa se vestía de esa forma simplemente porque le gustaba esa ropa, y aunque era una mujer de grandes motivos ulteriores su ropa no tenía ninguno de ellos. Le sentaba bien el estilo de los ancianos, pensó Ervos, manteniéndose fluida en sus movimientos, usando sus brazos para hablar y caminar rápidamente al mismo tiempo, aunque el estilo era típicamente usado por los lentos y rígidos.

Marchesa también llevaba un anillo en cada dedo, cada uno costoso y adornado. El más grande era el rubí que llevaba en su dedo medio izquierdo. Cada anillo contenía un veneno diferente pero el rubí contenía el más mortífero en Fiora.

Allí se sentaron, regios y dignos, dos asesinos saboreando lentamente su comida de cordero asado y verduras exóticas al vapor. El único sonido en la habitación era el tintineo de platería contra platos, los cuchillos cortando el cordero y rayando los platos por debajo. Entonces Ervos, sin mirar a su anfitriona, habló.

"Creo que voy a hacer que te maten," dijo y luego le dio a un bocado a un pedazo de pan con mantequilla.

Marchesa dejó de cortar su comida, pero sólo brevemente, y siguió pinchando cuidadosamente su cordero.

"¿A si?" respondió ella después del silencio. Tomó un bocado de su comida y con los ojos fijos en su plato preguntó: "¿Y cómo lo harías?"

Ervos levantó la mirada hacia Marchesa y se echó hacia atrás en su silla, sentándose derecho.

"Estoy seguro que sería todo un desafío pero yo tengo un plan," dijo Ervos con confianza.

Marchesa tomó un sorbo de vino y luego partió un poco de pan de la cesta delante de ella.

"¿Y por qué deseas matarme?"

"Negocios. Puros y simples negocios. Estoy cansado de hacer esa caminata por las escaleras y mi red ahora se está moviendo constantemente hacia la Ciudad Alta. Tú, mi querida amiga, eres mi único obstáculo, y yo sé que nunca permitirías que un rival tuviera un poder así de grande en *tu* ciudad."

"Ya veo. Pero por favor, no me atormentes con ideas vagas," dijo Marchesa, casi provocativamente. "Yo debo saber cómo planeas terminar con mi vida. Comparte los detalles."

Ervos puso las dos manos sobre la mesa y sonrió.

"Bueno, por supuesto yo no podría atacar ahora. Tú tienes al menos dos... no, tres hombres, entre tus paredes. No oigo ninguna respiración aunque me doy cuenta de que este palacio tuyo tiene un fuerte olor a raíz yantal. Lo que significa que tú estás tratando de encubrir un olor, así que supongo que son zombis, muy

probablemente obligados a protegerte si tu o ellos sienten alguna clase de peligro."

Marchesa se echó hacia atrás en su silla, sonriendo, bebiendo su vino. Sostuvo la copa indiferentemente a un lado mientras apoyó su brazo en el reposabrazos.

"Nunca lograría salir vivo," continuó Ervos, "aún cuando acabara contigo allí donde estás ahora sentada y usara un hechizo para volver inertes a los zombis todavía tendría que salir de la casa.



Tendría dos formas de escapar, por el patio o por las alcantarillas, las que yo sé -después de asesinar al archivero de la ciudad y robar los planos de tu casa- que están conectadas a tu sótano. El patio estaría cubierto por los arqueros apostados en tu azotea. De la misma manera, sospecho que si yo fuera a asesinarte, por supuesto, me vería afligido por alguna especie de maldición oscura que me dejaría en un estado de horrible dolor pero que nunca me permitiría morir."

Ervos dio una risita. Marchesa tomó un trago de vino.

"¿Y por qué yo dejaría los planos reales de mi casa con el secretario?" preguntó Marchesa.

"Por supuesto, esos no son los planos verdaderos, aunque sin duda tu debes haber hecho que agentes de seguridad amenacen al archivero para que él piense que eran reales, y has puesto a vigilar al hombre para saber si otro lo aborda. Lo que significaría que el sótano ni siquiera conduciría a las alcantarillas, o que si lo hiciera, me haría caer en una rampa que me despediría fuera de la ciudad, haciéndome morir de una caída en las abismales lejanas tierras por debajo."

"Oh, Ervos, tú me das mucho crédito. Gracias por tu gentileza." Marchesa colocó su vaso sobre la mesa y se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza sobre el arco que formó con sus manos. "Por favor, continúa."

Ervos sonrió y continuó.

"Sabiendo que el archivero sería un callejón sin salida, perdón el retruécano, en lugar de eso yo tendría que pensar en cómo atacar desde lejos. Ahora bien, mi primera conjetura sería envenenar tu alimento, pero como esa es una de tus habilidades preferidas, estarías muy bien preparada para esta maniobra. Me imagino que recibes tu comida de diferentes lugares, algunos incluso de las tierras bajas, utilizando diferentes mensajeros cada vez, para no darle a nadie la oportunidad de manipular tus comidas. También estoy bastante seguro que haces probar tu comida -no, tú no eres lo

suficientemente cruel como para hacerle esto a un empleado- pero quizás a ratas o trasgos, para ver si estiran la pata. Así que matarte a través de tu comida estaría fuera de la cuestión."

"Es bueno saber que esta no fue mi última cena," comentó Marchesa. "Yo hubiera preferido una mejor cosecha de vino."

"Absolutamente," convino Ervos. Se reclinó en su silla y prosiguió: "Y como ya he mencionado, tu hogar es una fortaleza. Tú no viajas regularmente pero cuando lo haces te rodeas con guardias armados y agentes vestidos de nobles y ciudadanos comunes, algunos corriendo por los tejados. Un asalto directo sobre ti dejaría muchos muertos y tú tienes suficientes contactos para que ganar apoyo sea difícil. Las noticias de mi sedición llegarían eventualmente a tus oídos. Lo más probable es que incluso te enterarías hasta si yo intento contratar a una banda de trasgos o guardias Custodi."



"Al parecer no tengo nada que temer," contestó Marchesa, todavía sonriendo.

"Oh, pero tú sí lo haces, porque esa es tu debilidad," dijo Ervos ahora tomando una copa de vino. "Ambos, por lo peligroso que es nuestro negocio, dependemos demasiado de otros. ¿Qué es una araña cuando no puede confiar en su red? A la gente se la puede quebrar, a la gente se la puede hacer pasar de bando. Así que con aquellos que te protegen y actúan como tus agentes en toda la ciudad, todo lo que yo tendría que hacer es encontrar a alguien en tu organización al que yo pudiera poseer."

"Muy cierto, por supuesto, pero ¿a qué jugador le investirías con este papel?"

"Sería una cuestión de acceso. Los que están en tu guardia personal y los sirvientes de tu casa serían los más difícil de convencer, me imagino que cada uno espía a los demás como parte de su posición. Yo tendría que encontrar a alguien en el exterior de tus operaciones, alguien que obtendría órdenes de aquellos a quienes tú les das órdenes, pero no tan lejos de la cima como para no saber nada. Necesitaría a alguien como un capataz que supervisa envíos o un contador que distribuye fondos a tus asesinos. Necesitaría a alguien como..."

"¿Pietro Lokosh?" le interrumpió Marchesa.

Ervos tosió y bebió un poco de vino para calmar su garganta. Marchesa aprovechó la oportunidad para tomar más bocados de su

comida, moviéndose de la carne a las verduras, que ahora estaban un poco frías pero todavía deliciosas.

"Sí," dijo Ervos, todavía luchando contra la tos, con su cara un poco más roja por su acceso. "Pietro Lokosh, al ser uno de tus subtenientes, sería el tipo de persona que yo usaría. Yo usaría un agente propio para averiguar sus debilidades, como su familia. Y luego lo extorsionaría con amenazas de violencia para que me diera información sobre cómo mueves a tu personal. Recolectaría datos en el transcurso de unas semanas para ver dónde estarías más vulnerable, aunque sólo fuera un ataque contra tu bolsillo."

Ervos comenzó a toser de nuevo, esta vez escupiendo sangre en sus manos, la que se limpió rápidamente con una servilleta de tela que había estado en su regazo. Marchesa vio esto aunque no hizo caso. Habló mientras él tosía.



"Yo, por supuesto, sospecharía de tal subterfugio y pondría fin a la vida de Pietro Lokosh como una precaución. También encontraría a tu espía y compraría su lealtad, lo que me permitiría vigilarte más, dándote información que yo quisiera que oyeras, hasta que yo decidiera matar al espía y recuperar mi dinero. Sólo para no dejar cabos sueltos."

Ervos asintió mientras hablaba, todavía tosiendo en su servilleta ensangrentada, con su rostro aún más rojo que antes, y levantó un dedo pidiéndole que hiciera una pausa.

"Por supuesto, yo sabría que el espía sería usado contra mí," dijo él hablando a través de la tos, la sangre ahora salpicando su plato de comida sin terminar. "También sabría que cualquier persona de mi organización sería corrompida en última instancia por tus promesas y que nunca podría confiar en alguien que alguna vez hubiera sido tu empleado. Si vemos todas la variables yo también sé que no tengo tantos contactos como tú. Admito que ese es mi defecto. Sabría que no sería capaz de matarte pero como nuestros negocios continúan enfrentándose el uno al otro uno de nosotros tendría que morir. Por lo que en vez de dejar que tú me mataras yo me envenenaría, sabiendo que estaría muerto sin importar los planes que tú pudiera tramar."

Marchesa asintió, la sonrisa ahora desapareció de su rostro. "Estoy impresionada, Viejo Amigo. Diré que estoy sorprendida por esta jugada. La verdad es que yo había planeado matarte en tu ático secreto mientras dormías dentro de dos noches pero ahora parece que me culparán por tu muerte y deberé enfrentar la represalia de tus asociados."

Ella hizo una reverencia. "Esta fue una buena jugada."

Ervos sonrió, ahora temblando mientras trató de mantenerse en su silla, pero luego se desplomó hacia delante, con la cara en su plato, muerto.

Marchesa suspiró y jugueteó con sus anillos. Se levantó, empujando su silla hacia atrás, y caminó hasta el cadáver de Ervos. Quiso besarlo en la frente pero sabía que Ervos se habría puesto veneno en su piel para aprovechar cualquier compasión que ella pudiera mostrar.



En cambio, salió de la habitación para llamar a su mayordomo, que había estado en el patio trasero antes de que Ervos llegara, cavando un agujero para su cadáver. Marchesa sabía que su rival la asesinaría pero quería que él tuviera la victoria final cuando muriera, incluso si ella había sabido todo ese tiempo de su jugada.

Marchesa

Como un engranaje

Junta de Consejeros Senior en la Academia de Alto Paliano
Reunión convocada por el Rector Grinaldi.

Miembros presentes:
Rector Grinaldi
Vicerrector Alendis
Profesora Emralla
Profesor Fimarell
Profesor Muzzio
Profesor Tulando

Miembros ausentes:
Profesor Regness (año sabático)

Temas a tratar:
Moción del Profesor Muzzio: Que el profesor Muzzio se convierta en vicerrector una vez que Alendis se retire.
Votos: 1 a favor, 5 en contra.
Resolución: Moción denegada.

Moción del Rector Grinaldi: Elegir al Profesor Tulando como Vicerrector una vez que Alendis se retire.
Votos: 4 a favor, 1 en contra, 1 abstención.
Resolución: Moción concedida

* * * * *

"¿Crees que se enojó?" preguntó el anciano profesor a su colega mientras ambos entraban en la antecámara de la academia.

"No, Tulando, por supuesto que no," respondió el rector. "Muzzio es un hombre práctico. No mostró ninguna emoción cuando nosotros emitimos el voto. Juro que él no es mejor que una máquina."



"Canciller, usted se equivoca en no darle crédito. Sus invenciones han revolucionado nuestra

sociedad. Ahora nosotros, de una u otra forma, dependemos de su trabajo."

"Oh, por supuesto," respondió el rector. "Pero es por eso que nosotros lo necesitamos en un taller

y no detrás de un escritorio."

El profesor miró alrededor de la antecámara de mármol vacía. Era de noche y no había nadie cerca pero el profesor creyó que era mejor bajar la voz.

"¿Entiendo que ha oído los rumores sobre él?"

El rector hizo una mueca de burla.

"Ni te molestes. ¿Qué es un agente de la Rosa Negra? ¿O el que dice que sigue siendo el patrón de la desertora Sydri?"

"No hay dudas de que mató a Daretti."

"Si eso es verdad nos hizo un favor," dijo el rector. Instantáneamente se arrepintió de la declaración, la reunión nocturna y las horas tardías levantando su temperamento. "Yo no escucharé más este tipo de rumores. El asunto está resuelto."

El profesor asintió al rector y ambos se separaron.

* * * * *

Para Muzzio, el asunto estaba lejos de resolverse. Se sentó en su taller, el que era desconocido para sus colegas, rodeado de decenas de artefactos semiacabados y semiarmados. Muzzio observó entre el desorden de libros y partes. No había sido elegido vicerrector lo que había cambiado meses de delicada planificación.

Muzzio, a diferencia de sus contemporáneos que habrían arruinado todos sus planos y notas en un ataque de furia, los recogió todos, asegurándose de que estuvieran planos y sin doblar, y los archivó. *Nunca se sabe cuando podría volver a necesitarlos*, pensó. Su mente dio vueltas con cientos de escenarios, con planos de acontecimientos desarrollándose. Necesitaba acomodar sus ideas.



Después de la reunión había convocado a Irie, su aprendiz. Este, un joven de la Ciudad Baja, no tenía los fondos para entrar en la academia. Muzzio había visto el potencial en el muchacho y lo había tomado como su aprendiz. Irie ordenaba el taller de Muzzio a cambio de las mismas lecciones por las que otros gastaban sus fortunas familiares, incluso si el muchacho se pasaba la mayor parte del tiempo recuperando piezas y libros de la Gran Biblioteca. Muzzio había

pasado unos meses entrenando a Irie pero él necesitaba acelerar las lecciones.

Irie subió jadeando las escaleras de acceso al taller.

"Lo siento, Maestro," dijo Irie apresuradamente. "Vine lo más rápido que pude."

"Llegaste tan rápido como calculé que lo harías," respondió Muzzio, de pie desde su escritorio. "No hay que disculparse cuando fui yo quien te molestó."

Muzzio se acercó a uno de sus muchos estantes desordenados. Sobre él estaba el timón de un modelo temprano de uno de sus constructos centinelas. Lo giró donde estaba en el sentido contrario a las agujas del reloj y la estantería de libros bajó hasta meterse dentro de las tablas del piso, revelando escalones de mármol que descendían por una escalera de caracol. Irie fingió mirar asombrado, habiendo ya encontrado el pasaje secreto en el segundo día de su aprendizaje. Muzzio sabía que Irie lo había encontrado y que él estaba fingiendo. Irie sospechó que su maestro sabía que él ya había estado allí antes pero ambos estaban más que dispuestos a jugar el juego de la ignorancia.

Ambos descendieron por la escalera bien iluminada y emergieron en una gran sala, donde había filas de más de cien constructos mecánicoss. A la cabecera de la sala, donde se encontraban Muzzio e Irie, estaba el verdadero taller de Muzzio: grandes mesas donde Muzzio podía encargarse de sus creaciones como un médico atiende a sus pacientes; piezas colocadas en lugares deliberados llenaban el espacio de trabajo.

La pieza central de la sala, rodeada por ruidos chirriantes de varias máquinas y el ejército de hierro, era una maqueta de Paliano, con la Ciudad Alta y la Ciudad Baja reproducidas en asombrosos detalles. Abarcaba casi un tercio de la habitación. Irie había pasado horas investigando su exactitud y era incapaz de encontrar fallas en su diseño. La Ciudad Alta se alzaba sobre la Baja al igual que su versión a gran escala. El Río Corru estaba pintado a través de la Ciudad Baja, replicando cada giro y vuelta del original. Las casas no eran tan intrincadas como lo eran en realidad, pero los lugares importantes, como el palacio o la academia, estaban ornamentados y delicadamente pintados.

Un dispositivo de engranajes construido en el techo encima de la maqueta movió una luna falsa y durante el día era substituido por una luz brillante que viajaba a



través de la ciudad falsa en tiempo real. Cuando llovía Irie observó que el dispositivo hacía correr copos de algodón por vías en el techo para replicar las nubes. No había figuras de gente en la ciudad pero Irie sospechó que así era como su maestro la prefería.

Muzzio ya había empezado a trabajar en un soldado constructo. Irie hizo todo lo posible para fingir que lo estaba observando por primera vez.

"¿Alguna vez has matado a alguien, Irie?" preguntó Muzzio con calma mientras sustituía un engranaje en el constructo.

"No señor, por supuesto que no," respondió el muchacho.

"¿Tú crees que yo he matado a alguien?"

Irie se sorprendió por la pregunta y trató de llegar a una respuesta significativa pero sólo pudo responder: "Sí."

Muzzio, sin mostrar ninguna emoción, respondió: "Qué desafortunado. Yo hubiera esperado que tuvieras más fe en mí."

"Mis disculpas maestro, yo... es sólo... que escuché cosas."

"Irie, nunca creas una palabra de lo que oigas en Paliano a menos que venga de mí." Muzzio retiró una chapa de otra parte del constructo, llevando una lente de aumento y pequeñas herramientas a los interiores expuestos. "No, yo me siento orgulloso de decir que nunca he matado a nadie ni he tenido necesidad de hacerlo. Al menos todavía no."

"Es un alivio, maestro," dijo Irie.

Muzzio levantó su mirada desde su posición inclinada y miró a través de la lente de aumento. "No seas chupamedias."

Irie asintió.

"Todas las maravillas mecánicas que nuestra ciudad conoce hoy han venido de mí. Yo no quiero presumir, simplemente demostrar que no sólo poseo una gran inteligencia sino que sé cómo aplicarla al bien común. Cada constructo de Paliano ha sido construido con mis diseños o de mis diseños. Puede que la magia que los hace andar provenga de diversas fuentes pero los dispositivos son leales a mí."



"¿Quiere decir que puede controlarlos?" preguntó Irie.

"Así es, pero no necesito hacerlo. Por cada obstáculo hacia mi gran diseño hay una solución muy simple y no violenta: información. Dentro de cada uno de los constructos hay una serie de agujas que transcriben todo lo que escuchan sobre cilindros de cera, que mis constructos espías pueden recuperar para mí. Te sorprendería saber

lo que habla la gente cuando piensan que están en presencia de un ser mecánico."

Irie sintió que lo sabía.

"Hay gente por todas partes pero en cada esquina, y ahora en casi todas las tiendas, uno de mis constructos los ayuda. Mis creaciones archivan sus documentos, cuentan su dinero."

"¿Entonces, su 'gran diseño' es reemplazar a la gente con máquinas?" preguntó Irie. "¿No hay gente en su visión del futuro?"

Muzzio rió, lo cual enervó a Irie.

"¡Por supuesto que no! Todo lo que yo hago lo hago por la gente. Para mejorar su vida."

"Pero la forma en que usted describe la ciudad es como si quisiera que todo funcionara como un reloj."

"Ese es un bonito objetivo," respondió Muzzio. "Pero temerario. Las variables humanas son lo que siempre desecharán cualquier plan de perfeccionamiento mecánico que uno pudiera esperar. Yo me he encontrado con algunos que han estado en lugares sorprendentes y hablan de antiguos artífices guerreros y de los mundos perfectos que ellos querían crear. Incluso hay rumores de un lugar donde la perfección de las máquinas se funde inseparablemente con la vitalidad de la vida orgánica. Espero que algún día nosotros podamos ser como esos lugares. Yo debo mitigar las variables lo mejor que pueda para ayudar a la sociedad a avanzar."

Muzzio cerró el panel sobre el constructo.

"Un verdadero artífice," prosiguió "puede alejarse de una creación y saber que continuará funcionando por su propia cuenta. Pero hasta que yo sepa que puedo alejarme debo reparar y mantener todo como es necesario. Yo no hago las piezas, simplemente las ensamblo."

El constructo se agitó y luego comenzó a mover sus apéndices. Se apartó de la mesa y caminó hacia un lugar vacío en las filas de los otros soldados.

"Yo no necesito estar a cargo," continuó Muzzio, de pie con los brazos detrás de su espalda, admirando a sus soldados. "La posición de vicerrector me habría dado la autonomía y el poder necesarios para pasar a la siguiente fase de mi plan. No fue así. Algo que, basado en mis proyecciones, debería haber logrado fácilmente. Pero la muerte de Brago y su aparente ascensión, que yo no pude prever, hizo que ellos votaran con más cautela."

"¿Que planea hacer?" preguntó Irie. "¿Qué necesita que yo haga por todo esto?"

"Ver, escuchar y aprender," respondió Muzzio. "Al fin y al cabo tu eres mi estudiante."

* * * * *

En los siguientes días los constructos de Muzzio recibieron nuevas órdenes.

La profesora Emralla encontró que su banco ya no tenía registro de su dinero. El magistrado le aseguró que ningún alma viviente había entrado en las bóvedas, ni ninguna habría sido capaz de hacerlo. Detrás del magistrado, los constructos estaban atareados contando dinero, no más malvados que una escoba o una pala, moviendo las monedas de una pila a la siguiente. Emralla comprendió los errores de oficina pero acabó por darse cuenta de que la última cuota que ella había pagado por su propiedad situada en el distrito de Santuo -que ella sabía que había dado al constructo mensajero- nunca había llegado a la casa de préstamos. Se marchó a resolver la situación pero rápidamente descubrió que, debido a errores burocráticos, la casa no estaba debidamente registrada a su nombre y que ella iba a ser desalojada. La tinta de la pluma del constructo contador aún no se había secado.



El profesor Tulando temió que un constructo desesperado lo atacara en las calles. Nunca se había llevado bien con las máquinas y no tenía ninguna en su casa. Miró nerviosamente a través de las ventanas, apenas capaz de dormir por la noche. *No hay nada de qué preocuparse,* se dijo. *Muzzio es un hombre razonable. Los rumores son sólo rumores.* Seguía aterrado cuando una mañana fue temprano a su mesa de desayuno. Sus sirvientes aún no habían llegado para preparar su comida pero había una pila de papeles donde solía estar esta. Los papeles documentaban, muy a fondo, cómo Tulando había malversado fondos de la academia para obtener su propia fortuna, llegando incluso a mostrar relaciones encubiertas con el contrabandista Ervos Trax. Había documentos firmados e incluso uno de estos papeles le valdría su detención y ejecución. Tulando era inocente de todos estos crímenes pero el mensaje fue claro. Renunció menos de una hora después.

El dinero del rector Grinaldi no fue tocado, sus títulos no fueron alterados, ni fue injustamente incriminado o chantajeado. El estaba teniendo una aventura y un constructo registró esta información. Los detalles fueron documentados y un sobre blanco fue dejado fuera de la casa del rector para que su esposa la encontrara. El rector se vio obligado a dejar su cargo para arreglar su vida personal.

La ecuación siguió siendo la misma pero las variables fueron diferentes.

* * * * *

Junta de Consejeros Senior en la Academia de Alto Paliano
Reunión convocada por el Vicerrector Alendis.

Miembros presentes:
Vicerrector Alendis
Profesor Fimarell
Profesor Muzzio
Profesor Regness

Miembros ausentes:
Rector Grinaldi (renunció)
Profesora Emralla (año sabático)
Profesor Tulando (renunció)

Temas a tratar:
Moción del Profesor Muzzio: Que el profesor Muzzio se convierta en vicerrector una vez que Alendis se convierta en rector.
Votos: 1 a favor, 0 en contra, 3 abstenciones.
Resolución: Moción aceptada.

La sangre obtendrá sangre

Algunas de las larvas eran del tamaño de una moneda. De tonos pálidos y carnosos, que avanzaban retorciéndose a lo largo de las grietas en el suelo. Unos escarabajos con nervudas piernas que triscaban sobre ellos se escabulleron, silbando el uno al otro a medida que pasaban. Ciempiés, tan largos como el brazo de un ser humano, se cerraron en los costillares secos de los presos, muertos hace mucho tiempo. Para estar en el aislamiento, Selvala ciertamente no se sentía sola.

"Pequeño cervatillo."

La voz resonó como un profundo susurro filtrado a través de la puerta de la celda. No había visto al portero del calabozo pero había escuchado antes esa voz, arrastrando su sonido profundamente en sus oídos. Durante los dos primeros días hubo un desfile de trasgos que golpeaban continuamente su puerta, gritando con sus agudas voces. Ella había tratado con cada uno de ellos.

"Alegre cervatillo..."

Selvala trató de distraerse y se centró en los insectos que pululaban. Cuando no los observaba una sensación de vértigo la sobrecogía; sin insectos reptando por el suelo parecía que las losas y las paredes se retorcían y respiraban como si se encontrase en el estómago de un animal enorme.

"Feliz cervatillo..."

Y cuando no les prestaba atención esas diminutas cosas comenzarían a trepar por el cuero de sus botas. Se preguntó si eran atraídos por el olor de la sangre seca. Tres días más tarde, era todo cuanto ella podía oler.

"Dulce cervatillo..."

Aquella sangre los había atraído hacía ya tres días, pero entonces estaba húmeda y roja y goteaba de su cuchillo como si fuera agua. No quería pensar en aquello. No quería escuchar la voz del guardián del calabozo. Se centró en el enjambre. Su boca estaba reseca.

"Cervatillo asesino..."

Ahora, habiéndose enfundado los guantes, la sangre tenía un color herrumbroso. Llevaba ya tres capas encima de la primera. Sangre de trasgo. Negra. Viscosa. Apestosa. Se preguntaba si debía ofrecer sus guantes a sus carceleros. Tal vez pudieran limpiarlos.

Aquellos tres días tardaron mucho en transcurrir.

"¡Mortal cervatillo! ¡Vicioso cervatillo! ¡Asesino cervatillo!"

Se concentró en su propia respiración y trató de no escuchar el sonido del guardián de la mazmorra que estaba poco más allá de la puerta de su celda. Ella sabía que él estaba mirando a través de los barrotes, de cuclillas con su cara en alto, y las llaves tintineando a su lado.

"¿No quieres tu cena, cervatillo?"

Se preguntó si sería capaz de moverse lo suficientemente rápido como para llegar a la puerta antes de que él pudiera

reaccionar. Y si era posible que le ensartara un hueso afilado en su cráneo mientras aún estaba cerca.

“Por supuesto,” dijo Selvala. Tragó saliva. No había pronunciado una sola palabra en tres días y su voz era ronca. “¿Por qué no vienes aquí dentro y me la das tú?”

El guardián de la mazmorra rió. Aquella voz de cuerpo desconocido se hizo eco más allá de la pesada puerta.

“Oh, ¿por quién me tomas, cervatillo? Le sacaste el ojo a uno de mis mejores agentes. ¿Qué es lo que has metido de contrabando, agujas de tejer?”

Selvala sonrió y tocó con los dedos el arma toscamente afilada de su costado. “Un fémur.”

“¡Ja!” exclamó. “¡Un hueso en el ojo! Sabía que serías buena. ¡Una maestra! Los otros decían que eras una charlatana y sin embargo aquí estas: mi perfecto asesino.”

Su sonrisa desapareció. No podía ver el rostro de su carcelero pero se lo imaginó. Dientes amarillos, ojos saltones, aliento caliente y pútrido. Tampoco estaba hecho para Paliano.

“Bueno, tu tío Grenzo te perdona,” dijo el guardián de la mazmorra. “¿Qué es un poco de sangre entre amigos?”

Ella dirigió finalmente su atención hacia la puerta. Observó su sonrisa, su cara hinchada a través de los barrotes del estrecho ventano. “¿Por qué no te largas de aquí?” preguntó ella. “Estoy planeando mi fuga.”

Su sonrisa creció hasta enseñar todos sus dientes podridos. “¿Qué se siente al matar al hombre al que amas?” le preguntó.

Ella se dio la vuelta, pisando los escarabajos con un sonoro crujido. Ella había estado en las tierras bajas, había sobrevivido en la naturaleza, podía incluso soportar incluso el sabor de los insectos. ¿Acaso los nobles que estuvieron cautivos aquí murieron de hambre por negarse a comer del suelo?



Grenzo

“Respóndeme esa sola pregunta, delicado cervatillo, y abriré esta puerta.”

Ella tensó sus músculos. Todo sería cuestión de una estocada rápida y la conversación habría terminado. Su hueso afilado desde

luego no era un estoque, pero él sólo era una masa de grasa y su arma improvisada debería poder realizar el trabajo. “Estoy segura de que no te hace falta que te responda a la pregunta.”

“Oh, pero así es. Mis manos están limpias.”

Ella observó la calavera que se encontraba en un rincón de la celda. Sus cuencas vacías observarían por siempre los goteantes techos de esa celda.

“Todo lo que quiero es girar unas llaves y charlar,” dijo él.

Ella repasó mentalmente las historias que había oído sobre el guardián de la mazmorra y de sus agentes que pululaban por las alcantarillas, arrastrándose por la noche; mercenarios asesinos que despachaban los problemas y estaban pendientes de cualquier oportunidad para chantajear a alguien.

Esperó un momento a que ella hablara, pero no lo hizo. “Y giraré esta llave de aquí si le respondes a tu tío Grenzo una pregunta, querida: ¿qué se siente al matar a un amigo?”

“Todo demasiado fácil,” dijo Selvala.

Él se burló. Ella esperó. Por encima del sisear de los escarabajos sonó el tintineo de las llaves y el ruido de la cerradura. La puerta se abrió con un crujido.

“Tal vez se clave la próxima vez,” dijo desde el pasillo.

Ella volvió su atención a la puerta. Nadie entró. Más allá, podía escuchar el laborioso respirar del carcelero en el pasadizo.

No lo entendió, no conocía este juego. Sabía que estaba siendo manipulada pero, ¿con qué fin?

“Sal,” dijo él. “Tengo un pellejo con agua y una bota de vino. Has pasado la mitad de tu vida entre los barrios bajos de la ciudad y las zonas altas. No sabía cuál preferirías.”

Selvala dio un paso ligero hacia la puerta. Las sombras se movían con la luz de la antorcha. Grenzo tenía un cuerpo enorme para ser un trasgo, pero era joroabado, como si sus huesos estuviesen rebelándose contra él. Se aferraba a su bastón y Selvala se preguntó si podría siquiera dar un paso sin el. Le acercó el odre de agua. Ella esperó por la trampa; ¿una docena de agentes al otro lado de la esquina? ¿Regalos envenenados? ¿Algo de magia oscura?

Grenzo volvió la cabeza de un lado a otro como si estuviera vigilando los túneles. “Puedes correr, Cervatillo, pero el camino es traicionero. Yo te guiaré.”

Ella agarró el trozo de hueso y contempló su yugular. Era gruesa, como si tuviera una serpiente enroscada en su cuello.

“Está bien,” dijo finalmente mientras asentía. “Tú delante.”

* * * * *

Grenzo estaba en lo cierto. Los túneles eran como arterias, siempre bifurcándose y cambiando de dirección. Selvala había estudiado métodos de exploración e intentó mantener el sentido de la orientación, buscando salidas por las que pudiera escapar o puntos de referencia en caso de que tuviera que darse la vuelta para correr de sus perseguidores. Pero su búsqueda resultó inútil. Las

únicas referencias fueron los ocasionales cacareos de los trasgos que apartaban la mirada ante el paso de Grenzo y los lamentos de los prisioneros que suplicaban a Grenzo por sus llaves.

Caminaron durante mucho tiempo. De vez en cuando, Grenzo hizo un alto en el camino y metió las manos en los huecos del techo "Palacio," dijo y rió, "el dormitorio de Brago, ¡Ya no lo necesitará más! La tienda de Sydri... al menos desde la puesta de sol de ayer." Lentamente el mapa de Paliano comenzó a tener sentido para ella pero aún ignoró hacia dónde estaba siendo conducida o con qué propósito. "Cámara del concilio secreto," dijo él, y se fijó en su rostro para observar su reacción.

Llegado a un punto, se detuvo y olfateó el aire. Blandió su bastón y lo golpeó contra la puerta de la sala que había frente a ellos. "Tesorería," anunció. Luego señaló con el bastón como si fuera un largo dedo huesudo. "Toma ese pasadizo que conduce directo a la bóveda. Toma un puñado de oro para el viaje si quieres. Puedes llenarte las botas. Es gratis por la charla."

Se puso frente a ella, esperando su reacción. "¿Acaso no te excita? ¿Pensar que te encuentras en el corazón secreto de Fiora?" Ella le miró, intento aparentar indiferencia, que su rostro no le dijese nada. "¿Alguna vez has deseado ver la colección privada de esculturas del rey? ¿Comerte el huevo escaldado de un ave del paraíso? ¡Es algo fuera de este mundo! También hay unas escaleras hasta la cocina. ¡No hay puerta secreta ni secreto escondido que esté oculto para mi!"

Alzó las llaves en alto y las sacudió frente a ella. "¿Qué es lo que quieres, pequeño Cervatillo? ¿Cuál es tu precio? Se que no es oro aunque yo puedo ofrecerte un montón. ¿Un acceso? ¿Quieres dejar la ciudad alta? ¿Liberarla, acaso? ¿Abrir las puertas secretas y dejar que la chusma entre en nuestras calles? ¿Grandes mareas con las que hostigar las bestias del viejo mundo? ¿Información? Piensa en lo que hubiese sido espiar a tu querido amigo, Brago, y conocer sus tramas secretas. Tal vez entonces no lo hubieras apuñalado tan rápido. ¡O incluso lo hubieses hecho antes! Acepta el trabajo mientras aún tengas la oportunidad."



Ella se acercó apretando los dientes y puso su cara a la altura de la de él.

“¿Otra oportunidad de matar a un amigo? ¿Eso es lo que quieres, más asesinatos? Puedo proporcionártelo. Podemos hacer que esas alcantarillas se vuelvan rojas con la carnicería de todos ellos.” Sonrió y la miró a los ojos. “¿Y qué hay de la oportunidad de matar a un enemigo por un cambio?”

“¿Qué es lo que se me pide?” preguntó ella.

Grenzo rió triunfante, de manera ruidosa y sin restricciones. Ella no sabía a qué profundidad se encontraba pero debía ser lo bastante profunda como para enmascarar el cacareo de un loco. Se puso en marcha por un camino y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Él puso una oreja en la pared y ella hizo lo mismo. Había un sonido allí, aunque no podía ubicarlo. Era bajo y resonante, como un elefante arrastrando una cadena, pero también había otros sonidos, suaves y rítmicos chasquidos y zumbidos. Le recordaron al canto de los pájaros, pero había algo que lo hacía irreal; eran imposiblemente regulares.

Grenzo revisó llave por llave, buscando una en particular. La encontró y la deslizó en una cerradura oculta entre las rocas con una sonrisa. La pared se abrió. Mientras bailó de entusiasmo le hizo un gesto para que subiera por las escaleras.

El ruiseñor estaba hecho de alambre enrollado, con un pico de dos broches de bronce que se abría mientras entonaba siete notas perfectas. Entonces abatió sus falsas alas y giró una vez para cantar de nuevo esas mismas siete notas, que resonaron por la biblioteca hasta el techo abovedado.

Todo cuanto había alrededor de Selvala eran autómatas ornamentados que chirriaban y zumbaban. Una araña metálica ordenaba los libros en sus estantes. Los seguían por la estancia unos ojos de cristal situados en el extremo de largos cuellos como si buscasen algún tipo de error. En un rincón, un caparazón de hierro moldeado como un humano daba finas pinceladas sobre un lienzo, a veces en círculos, dando lentamente la forma de un paisaje con cada trazo.

“¿La biblioteca de Muzzio?” preguntó Selvala en susurros.

“Hay un orden terrible en este lugar, ¿no es así?” dijo Grenzo. Respiraba con dificultad, como si el aire fuese más pesado allí. “El gran tirano arquitecto, Muzzio; estudiante de Daretti, quien se miró un día a sus piernas y dijo: ‘yo puedo hacerlo mejor.’ El nos prometió un nuevo mundo. Uno de una manufacturación perfecta. Uno que estuviera programado y comprendido. Uno que él construiría para reemplazarnos a todos.”

Contra la pared del fondo, que tenía aproximadamente dos pisos de altura, había una bestia mecánca. Tenía poleas que se extendían por sus brazos como tendones. Unas terribles fauces con engranajes parecían sonreírles. La bestia era todavía una estatua pero entre sus piernas Selvala pudo ver una gran puerta roja.

“Entonces, ¿qué es lo que quieres, pequeño Cervatillo? Tu mundo está empapado en barro, sangre y bilis. Estos brillantes animales serán la fauna del nuevo mundo.”

“¿Qué es lo que se me pide?” repitió ella.

“Es un nuevo mundo, Cervatillo. Tú lo has puesto en movimiento. Tenemos un rey sin sangre. Tenemos bestias con piel de hierro. El futuro es inmortal, inorgánico, a menos que actúes ahora.” Grenzo sujetó el manojo de llaves y cogió una de ellas. Estaba decorada con una espiral de motivos artesanales, como todo lo demás en la estancia.

Grenzo sonrió y sus ojos se abrieron, casi listos para salirse de las órbitas. “Muzzio se encuentra durmiendo detrás de esa puerta,” dijo con un pesado aunque emocionado aliento.

Selvala se apartó de él. “¿Eso es lo que me estás pidiendo? ¿Eliminar a tu rival? ¿Y todo por qué? ¿Cómo favor por que giraste una simple llave?”

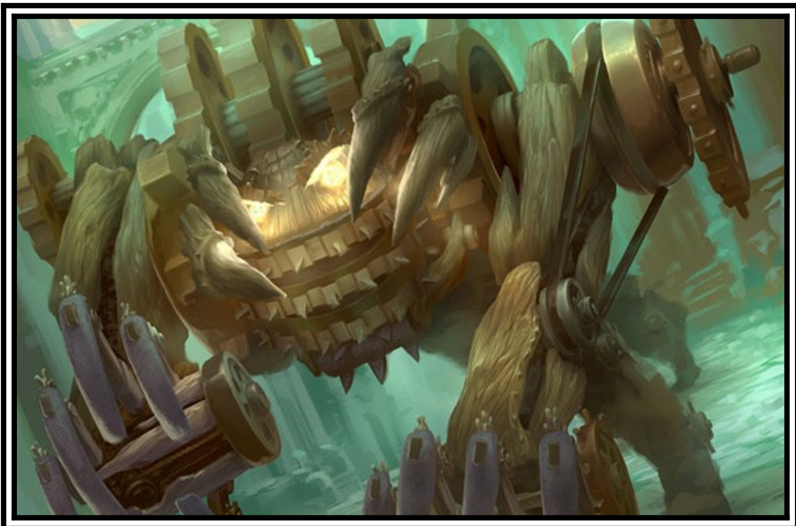
“El no es mi rival. El es alguien que acabaría con tu mundo y lo reemplazaría con autómatas.”

Ella se quedó mirando a Grenzo, observando aquellos ojos amarillentos. Sonrió de manera amplia y le dio una patada a su bastón, enviándolo al suelo. Grenzo cayó al suelo. Ella tomó el huesudo filo con una mano y se agachó para agarrar al trasgo del pescuezo con la otra.

“Debería degollarte aquí mismo. Yo no voy a ser tu matón a sueldo. No voy a ayudarte a mutilar Paliano para que se parezca a tu retorcida imagen.”

Y entonces ella vio la luz amarilla. Giró la cabeza para observar al gran constructo alzándose desde su sueño sin espíritu. Sus engranajes girando más y más rápido. Sus poleas tensándose mientras se preparaba para saltar hacia delante.

Selvala soltó a Grenzo y se apartó con una vuelta carnero de la trayectoria de la máquina. Grenzo también se movió, corriendo con una velocidad que no se esperaría de su cuerpo demacrado.



La máquina dio un paso con su enorme pata. Ella se agachó mientras varios libros volaron sobre su cabeza. Los bibliotecarios mecánicos se apresuraron a recoger los restos.

Selvala miró el fémur agrietado en su mano. No era una buena arma. Ella sabía dónde golpear en el caso de que fuera un humano y cómo cazar grandes animales pero con el fémur no podría ni mellar la carcasa de la máquina.

Se coló entre las piernas de la máquina y buscó con la mirada al guardián de la mazmorra. Este se encontraba de vuelta en la

escalera secreta, cerrando la trampilla oculta en los tablones del suelo.

“¿Qué mundo prefieres, Selvala?” gritó, y con una gran sonrisa cerró la trampilla de un golpe.

Ella se arrojó e intentó destrabar la cerradura de la puerta secreta que conducía a la ciudad subterránea de Grenzo. Tras ella, el guardián de Muzzio retorció sus brazos de madera, preparándose para volver a golpear. Selvala metió su arma en la cerradura, intentando forzarla con dureza mientras la bestia descendía. Luego el hueso se quebró con un chasquido pero la cerradura cedió.

Selvala sintió caer su ataque mientras ella descendió por los sumideros. Tras ella, pudo escuchar los pasos de la gran máquina. En su mente sintió el frío aliento de la bestia en el cuello pero supo que solo era su imaginación. En sus brazos llevaba los tomos de Muzzio. Estos se le cayeron de los brazos mientras corrió pero ese era el punto. Un ejército de bibliotecarios artificiales la perseguían, llenando los oscuros túneles con el traqueteo de sus extremidades.

En algún lugar pudo escuchar los chillidos de los trasgos, llenando los túneles con sonidos que no eran de este mundo. Los asesinos de Grenzo no tardarían en entrar en conflicto con las bestias artificiales de Muzzio aunque ella no supo quiénes ganarían. Esperó que ambos bandos encontraran los secretos que ella mostraría a todo Paliano pero supo que tal vez no tendría éxito.



Cuando Selvala había corrido lo suficiente como para no escuchar la batalla tras de ella, se desplomó. Encontró una celda abierta y se arrastró hasta una esquina con los escarabajos. Al día siguiente abandonaría la ciudad alta y volvería a los lugares salvajes que se encontraban más allá. Sus botas estarían cubiertas de barro, sus extremidades cansadas y sudorosas mientras correría entre los árboles, recogiendo fruta y observando a los animales. Pero en aquel momento su tarea se redujo a esconderse en la oscuridad con los insectos y dormir.

Sepelio

Kaya estaba sentada de espaldas a un rincón, con las piernas en alto sobre una silla y los ojos atentos a la puerta. En un establecimiento como aquel, prefería *no parecer* pendiente de la puerta, así que tenía la mirada puesta en su taza de té y solo echaba vistazos entre sorbo y sorbo.

Era una buena infusión: negra, fría y con un generoso toque de miel, *para nada* la clase de té que servían en semejante antro. El Avispero era un local de mala muerte, perfecto para encontrarse con toda clase de indeseables. El hombre con quien iba a reunirse era un noble, una figura respetable; Kaya supuso que eso la convertía en la parte indeseable de aquel negocio, aunque nunca había forma de saberlo con certeza.

Otros bribones iban y venían al son de una mandolina tocada por manos inexpertas y nadie fisgaba más de la cuenta en asuntos ajenos. Taberna, cantina, tasca, gran salón... Por muchos mundos que visitara, aquellos lugares eran todos iguales.

Kaya había ofrecido unas monedas al tabernero para compensar la falta de consumiciones por su parte, más otro puñado para que la dejase tranquila. Su posible patrono llevaba solo unos minutos de retraso, pero ella aguardaba allí desde hacía una hora, familiarizándose con el establecimiento. Empezó a contemplar la posibilidad de comprar el silencio del aspirante a músico, pero justo entonces apareció su contacto. El hombre llevaba un broche con un lirio, tal como le habían indicado, aunque ella le reconoció sin necesidad de reparar en el detalle: bajo aquellas vestimentas raídas había un hombre de aire severo y castrense. Kaya suspiró por dentro.



Ella había dicho que se fijaran en su chaqueta, de un estilo peculiar para aquella ciudad. Hacía calor en el local y se la había desabotonado, revelando una blusa amplia, pero el hombre del

broche se fijó en que le miraba y fue directo hacia ella. "Adiós a la discreción".

El soldado se plantó delante de la mesa de Kaya, quien no se movió excepto para hacer un gesto con la mano e invitarle a sentarse. En vez de eso, el hombre se inclinó sobre la mesa—. ¿Eres la cazadora? —preguntó sin disimulo.

—Podría decirse —respondió ella—. Y tú eres el recadero de mi cliente, ¿cierto?

—Su excelencia te espera —dijo el hombre girando la cabeza hacia las escaleras—. Arriba.

"Cómo no". *Su excelencia* no podía dejar que lo vieran en un lugar así. Probablemente había entrado por la parte de atrás.

Se levantó con un movimiento ágil, risueña.

—Tú primero.

El soldado frunció el ceño y la condujo escaleras arriba. Kaya se abotonó la chaqueta mientras subían y recorrían un pequeño pasillo. Al final de este, el hombre llamó dos veces a una puerta idéntica a las demás, abrió e hizo pasar a su acompañante.

La habitación era estrecha y un pequeño escritorio ocupaba el lugar de la cama. Detrás de él se sentaba el hombre con quien había acordado reunirse: Emilio Revari, el tercer hijo de una casa noble de mediana influencia. Tras él había dos sirvientes bien vestidos y en posición de firmes, cuyo trabajo probablemente había sido llevar aquel ridículo mueble hasta allí arriba.

Revari tenía el pelo engominado y lucía prendas elegantes. Mostraba la actitud de un joven orgulloso y obstinado, pero las arrugas del rostro y la morbidez de la papada delataban que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Sonreía con la insulsa complacencia típica de la nobleza y solo sus ojos oscuros e inquietos delataban sus nervios.

—Siéntese, por favor —dijo señalando una silla junto al escritorio. Su mano estaba repleta de anillos; uno de ellos estaba grabado con su sello personal y el resto parecían valiosos, adornados con piedras preciosas.

El hombre del broche cerró la puerta y se situó junto al escritorio como haría un guardaespaldas.

Kaya se sentó de espaldas a la entrada, aunque la idea no le entusiasmaba, y se recostó en el asiento.

—Señor Revari —saludó con una inclinación cortés.

—Correcto. ¿Cómo he de dirigirme a vos, señorita...?

—Kaya, a secas.

En realidad, Kaya procedía de un linaje noble, pero su familia nunca se había andado con ceremonias. Desde que se había marchado de su plano natal, ni siquiera tenía motivos para mencionar su ascendencia. Ella sabía de dónde procedía; eso era lo importante.

—Hablemos del asunto que nos ocupa —dijo Kaya antes de que él interviniera de nuevo—. ¿En qué puedo serviros de ayuda?

Algunos patronos rechazados malinterpretaban su oficio y trataban de contratarla para realizar labores de hurto, espionaje o

asesinato ordinario. Kaya no tenía reparo en dar la espalda a aquellos individuos ni en pasar directamente a la parte de la conversación en la que decidía si aceptar el trabajo o no.

Revari se movió en su asiento, visiblemente incómodo.

—Hace cierto tiempo, tras la defunción de mi querida madre, heredé sus propiedades en esta localidad. Mi hermano, el duque, le había concedido un palacete para que viviera sus últimos años en paz y sosiego. Ahora, dicha construcción me pertenece. Guardé luto durante un tiempo considerable antes de enviar profesionales a restaurar la vivienda con el objetivo de instalarme en ella.

La hacienda principal de los Revari se encontraba en Paliano. Como hermano menor del duque, Emilio podría haber permanecido en ella sin problema alguno. Sin embargo, Kaya entendía que aquel palacete en las tierras interiores, una mansión lo bastante grande como para cobijar a decenas de soldados o a un par de familias muy numerosas, sería mucho más cómodo para un noble consentido y su séquito.

—Tengo entendido que las reformas se han demorado más de lo previsto —apuntó ella.

Siempre estaba atenta a los rumores allá donde iba. Los cuchicheos locales hacían circular toda clase de teorías acerca de la causa del retraso en la renovación: el señor Revari no tenía dinero suficiente; no terminaba de decidirse con la decoración; su *querida* no terminaba de decidirse con la decoración; la casa estaba encantada; la casa estaba maldita; un adivino embaucador *le había dicho* que la casa estaba maldita, pero en realidad... Etcétera, etcétera. Dado que Revari pretendía contratar sus servicios, Kaya dedujo cuál de los rumores era el correcto.

—Considerablemente —confirmó él—. Al principio eran minucias; herramientas que desaparecían, reparaciones que volvían a estropearse. Lo atribuí a la vagancia y las supersticiones de los jornaleros, pero la situación ha empeorado y ahora no albergo la menor duda de que la vivienda está encantada. Los trabajadores se niegan a ir incluso de día, por temor al fantasma, y la gente empieza a cuchichear.

Un espectro de más allá del velo de la muerte le guardaba rencor, pero lo que preocupaba a Revari era *su reputación*.

—¿Así que se trata de un... fantasma cualquiera... —comentó Kaya.

Revari se retorció, incómodo.

—... que se instaló en el palacete después de la muerte de vuestra madre?

Su posible cliente se irguió.

—La identidad del espíritu no os concierne —dijo con un bufido—. La cuestión es que hay un fantasma en *mi* casa y deseo que *desaparezca*. Me han dicho que esa es vuestra especialidad.

"Dichoso señorito consentido...". La madre de Kaya nunca habría consentido que tratara así a la gente, por muy ilustre que fuera su abolengo.

—Estáis en lo cierto —confirmó ella—, pero no soy una vulgar exterminadora, señor Revari, y los fantasmas no son como una plaga de gusanos. Necesito conocer los detalles del caso para determinar qué podría hacer ese espectro del que me habláis.

Revari asintió, con el rostro colorado.



—Tengo motivos para sospechar que... mi madre se niega a abandonar el palacete.

—Ajá —murmuró Kaya—. ¿Sospecháis el motivo?

—Llevaba décadas aferrándose a la casa —escupió él—. Podría habérmela traspasado hace años y me habría encargado de que mi madre estuviera atendida. Pero no, la casa era de ella y se negaba a entregarla, de modo que aguardé *pacientemente*. Ahora ha fallecido, la he llorado y es *mi* turno. Quiero mi propiedad.

Kaya asintió despacio.

—Comprendo vuestros motivos, señor Revari. Acepto el encargo.

—Perfecto —dijo él con tono despectivo.

Kaya lo dejó pasar. Su excelencia no debía de estar acostumbrada a que evaluaran el mérito de sus peticiones. De hecho, Kaya había sentido una aversión inmediata por aquel hombre. A pesar de ello, estaba más que encantada de agenciarse el oro de un noble engreído a cambio de librar al mundo de otra alma que no se había molestado en terminar sus asuntos cuando aún podía.

—¿Habéis traído los planos de la vivienda?

Uno de los sirvientes se adelantó y extrajo un envase cilíndrico de su abrigo, pero Revari levantó una mano y lo detuvo.

—En efecto, los originales y los de la renovación. Sin embargo, no puedo evitar dudar... *para qué* los queréis. Parecen más necesarios para un hurto que para una caza de fantasmas.

Kaya se rio.

—¿Me estáis llamando ladrona?

—No pretendo ofenderos, pero... En serio, ¿por qué otro motivo querríais tenerlos?

Kaya se inclinó hacia delante.

—Si no confiáis en mí, no me deis permiso para entrar en vuestra casa. Siempre puedo encontrar otros clientes y vos podéis intentar buscar a alguien con mis peculiares habilidades... O también podéis convivir para siempre con el fantasma de vuestra querida madre.

—No será necesario —respondió Revari con rigidez—. No quería acusaros de nada.

—Perfecto —aceptó Kaya mordazmente. Recogió el cilindro de madera que le tendió el sirviente y se lo guardó en la manga—. ¿El espíritu ha rondado habitualmente por alguna zona en concreto de la casa? ¿Tal vez por los aposentos de vuestra madre o por el lugar donde falleció?

—Se ha manifestado en toda la propiedad —respondió Revari. Guardó silencio un momento, como para sopesar sus siguientes palabras—. Sin embargo, por lo que me han dicho... En el ala este, segunda planta. No son sus aposentos. Supongo que podría ser el lugar donde falleció.

—¿Habéis visto vos mismo al fantasma?

—No —contestó él—. Desde que tengo informes fiables sobre la aparición, no he puesto un pie en la casa, por razones obvias.

—¿Obvias?

—Esa vieja bruja me considera un intruso, ¿verdad? —argumentó Revari—. Si aún se aferra a su propiedad, estoy seguro de que vendría directamente a por mí.

—Es posible —dijo Kaya—. ¿Algún otro detalle que compartir conmigo?

—Nada más, que recuerde ahora mismo —respondió Revari—. ¿Lo haréis esta noche?

—Mañana por la noche —corrigió Kaya dando dos golpecitos al cilindro con los planos—. Los preparativos requieren tiempo.

—De acuerdo —aceptó Revari—. Informadme en cuanto terminéis el trabajo, sea la hora que sea. Dormiré mucho más tranquilo cuando sepa que mi madre al fin descansa en paz y para siempre.

—Como queráis —accedió Kaya—. Solo nos queda resolver el asunto del pago. La mitad por adelantado, como indiqué en la carta.

—Ah, cierto —respondió Revari, obviamente molesto.

Extrajo un saquito de debajo de la mesa y Kaya lo recogió sin siquiera comprobar el contenido. El noble no estaba en posición de intentar engañarla.

—Me he equivocado —dijo él—. Por este precio, no sois una ladrona: sois una extorsionista.

—Exorcista, excelencia —replicó Kaya con una gran sonrisa—, el término correcto es *exorcista*.

Se puso en pie, hizo una reverencia con ademán exagerado y se marchó con el pago y los planos del palacete.

* * * * *

Kaya despertó al atardecer siguiente, cuando la luz del sol poniente asomó por el resquicio que había dejado abierto en las cortinas. Había pasado la noche anterior en la pequeña habitación de una posada humilde, bebiendo té frío y estudiando los planos de la casa para luego dormir durante el día. No tenía mucho sentido ir a cazar fantasmas con el sol en lo alto: algunos no podían manifestarse

o se negaban a hacerlo, mientras que otros no eran lo bastante corpóreos a plena luz como para enfrentarse a ellos.

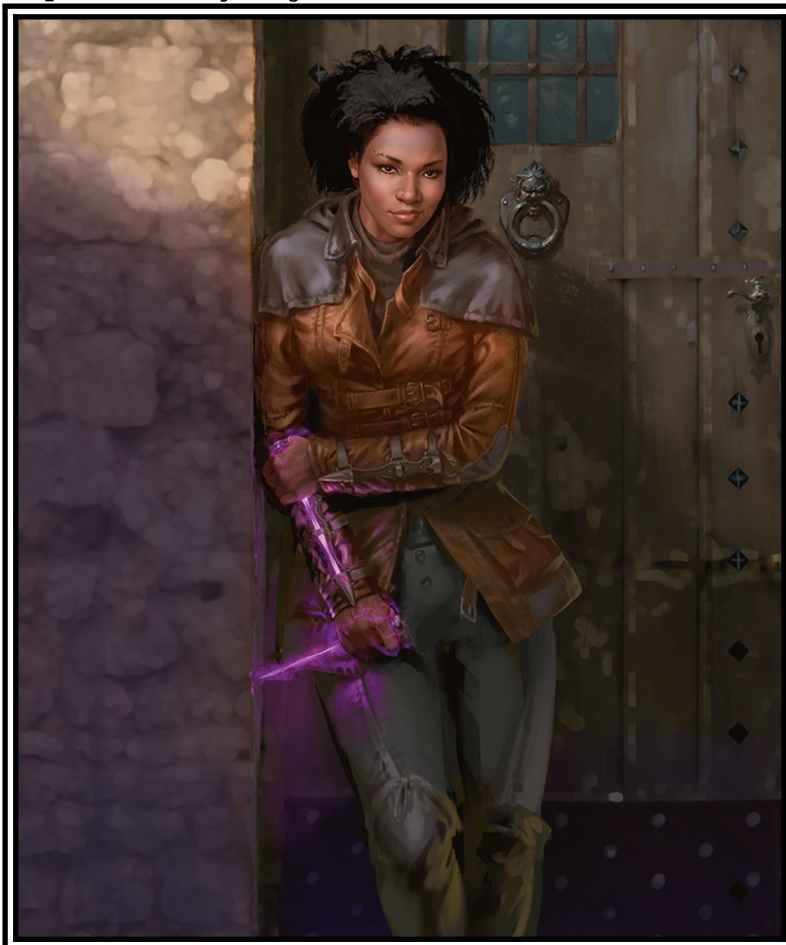
Encendió una vela, se desperezó y se lavó la cara con el agua de la palangana. Desenrolló los planos del edificio y los revisó por última vez mientras tarareaba una de sus baladas favoritas y desenredaba el moño que había hecho para dormir.

Los esquemas no habían revelado ninguna sorpresa. El palacete era una vivienda troscana de manual, con algunos toques de la era Anvar incorporados *a posteriori*. Todo muy estándar para una residencia de aquella época en uno de los feudos más pequeños y menos a la moda de Paliano. Las renovaciones iban a suponer un auténtico problema; Kaya tenía tanto el plano original como el nuevo diseño, pero no había forma de saber hasta dónde habían progresado las labores de restauración antes de que los trabajadores huyeran.

Se puso la chaqueta, comprobó que sus dos dagas rondel estuvieran bien lubricadas y las envainó cuidadosamente en los antebrazos. La vela casi se había consumido para entonces. La apagó de un soplido, vertió la cera en una bandeja y moldeó dos pequeños pegotes, que guardó en un bolsillo de la chaqueta.

Se echó un vistazo en el espejo y vio a una cazadora de fantasmas bien descansada y completamente preparada. Y tal vez un poco arrogante. Tal vez.

Todo listo, pues, para salir y bajar las escaleras hacia la sala común de la posada, un establecimiento bastante más acogedor que el Avispero. La tabernera, una mujer robusta y tuerta, le hizo un gesto para que se acercara.



—Tengo una carta para vos —dijo ofreciéndole un sobre sin lacrar—, entregada en persona.

Kaya enarcó una ceja. La lista de personas capaces de ponerse en contacto con ella en aquel plano era más bien corta. Abrió el sobre y desplegó la lámina que contenía. No era

una carta, exactamente; de hecho, no tenía texto alguno, solo un símbolo: la Rosa Negra.

El corazón se le desbocó. Había llegado el momento, el momento del *gran* encargo, el que preparaba desde hacía un año. Ya sabía de quién procedería su siguiente ingreso sustancioso... si es que conseguía realizar el trabajo.

Dio las gracias a la tabernera junto con una moneda de cobre y salió de la posada con alas en los pies.

Llegó al palacete mientras el crepúsculo daba paso a la oscuridad total. Uno de los pajes de Revari le abrió la cancela y las puertas de la casa y se marchó lo más rápido que permitieron los pies. Las puertas de caoba cedieron con un sonoro chirrido. Las abrió con decisión, sacó del bolsillo los tapones de cera y se los colocó en los oídos. Por si acaso.

Kaya giró la muñeca y tres fuegos fatuos brotaron de sus dedos. No eran auténticas centellas, solo luces, pero flotaron alrededor de ella como si tuvieran mente propia, proyectando una luz fría y sombras danzarinas por toda la entrada.

Cruzó el umbral y se adentró en el recibidor. Sus pasos amortiguados resonaban en aquella calma. En el techo elevado colgaba una lámpara de araña y optó por no pasar por debajo. Una de las escaleras curvas era de estilo moderno y parecía recién construida; la otra estaba desvencijada y aún no la habían sustituido. El lugar olía a polvo y abandono. Pasó por encima de una mezcolanza de herramientas de carpintería, platos rotos y cuadros hechos trizas. Al parecer, Madre Querida era uno de *aquellos* espíritus.

—¡Eh! —gritó Kaya—. ¡Fantasma!

Su voz recorrió los pasillos vacíos y unas gruesas alfombras amortiguaron el sonido, que pronto desapareció.

"Está bien".



Con cuidado y haciendo que los fuegos flotaran detrás de ella, subió por la escalera, que crujió a cada paso. Se detuvo en el rellano del segundo piso. A su derecha estaba el ala oeste de la residencia, destinada a los dormitorios, los cuartos de los sirvientes y las salas destinadas a otras comodidades. A la izquierda se encontraba el ala este, que era un reflejo de la otra, pero estaba destrozada y se había convertido en un laberinto de dormitorios, cuartos de estar y salas de lectura.

Se dirigió hacia la izquierda a zancadas, contando los pasos. Protegiera lo que protegiera el espectro en aquella ala, la mejor manera de encontrar al espíritu era amenazar la zona directamente.

El rellano daba a un corredor con salas de estar a la izquierda y una gran puerta doble en el fondo. Según los planos, detrás de la pared derecha había un largo y angosto pasaje para el servicio. Allí no se habían hecho obras y el suelo alfombrado estaba limpio, salvo por el juego de té hecho añicos que algún sirviente había dejado caer antes de salir por pies. Kaya procuró no pisarlo.

—¡Sé que estás ahí!

Esta vez, un viento frío aulló por el pasillo, acompañado de un llanto agudo que parecía proceder de todas partes.

—¡Uuuh, qué miedo! —se burló Kaya—. ¿Y si de paso agitas unas cuantas ventanas? ¿O por qué no tiras algunos platos al suelo?

La mayoría de los espíritus odiaban a los vivos y casi todos odiaban que se rieran de ellos.

Una silueta espectral apareció casi al fondo del corredor, como si el viento hubiera agitado una cortina. El fantasma tenía el aspecto de una anciana brillante y transparente, con las facciones desfiguradas por la muerte y la ira. Sus delgados brazos remataban en garras afiladas y su chal ondulante parecía una cola. El rostro de abuelita bondadosa estaba estropeado por una boca repleta de dientes agudos. El espectro no flotaba ante la puerta doble al final del pasillo, sino junto a una de las puertas laterales; Kaya tomó nota del detalle.

—Por fin nos conocemos —dijo al espectro.

El fantasma le lanzó un grito, un chillido agudo que la golpeó como una fuerza corpórea. Las puertas traquetearon y un cristal se rompió en los alrededores. Kaya hizo un gesto de dolor... pero eso fue todo, gracias a la cera que se había colocado en los oídos.



Desenvainó sus dagas y las llevó más allá del plano físico, al reino de los muertos. Ambas brillaron con un tono púrpura blanquecino y se enfriaron en sus manos.

—Así no se saluda a la gente —bromeó—. Se acabaron los juegos. Lárgate y no vuelvas jamás.

El fantasma chilló de nuevo y voló hacia ella a toda velocidad.

"En fin...". Las advertencias casi nunca funcionaban, pero Kaya creía que al menos debía ofrecer una oportunidad.

El pasillo no era lo bastante ancho como para esquivar las garras del espectro. Kaya recordó los planos mentalmente, contando los pasos que había hasta cada lugar. A la izquierda, la biblioteca. Mala idea: demasiados objetos que un espíritu con habilidades de

poltergeist podía arrojar contra ella. A la derecha, entonces. Hacia el pasaje del servicio, también considerablemente angosto.

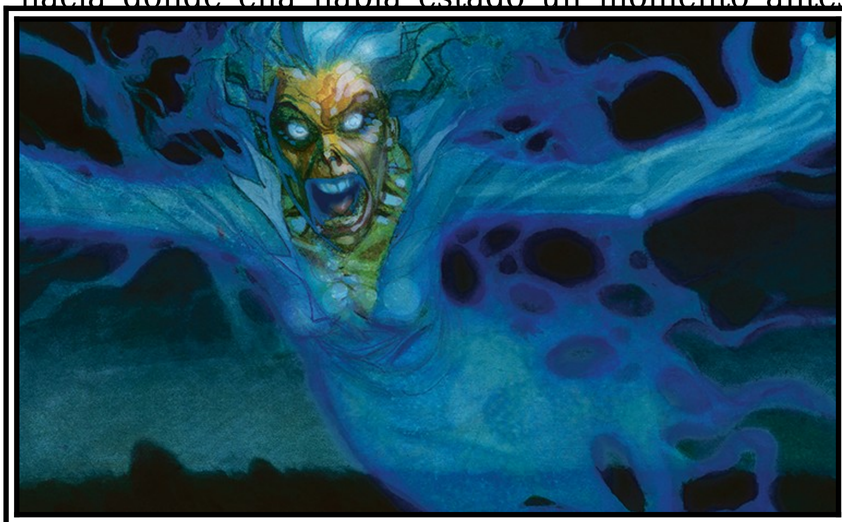
Esperó hasta que Madre Querida se abalanzara sobre ella y entonces saltó a la derecha.

Esta era... la parte menos divertida.

Empezó por una mano, donde ya sostenía una daga. La luz fantasmal y el frío mortífero se extendieron por el brazo, casi hasta el hombro, y la mano, el arma y el resto pasaron al reino de los muertos y *atravesaron* la pared. Para cuando el hombro cruzó el muro, la mano ya se encontraba en el pasaje del servicio. Volvió a hacerla tangible y dejó que la anclara al reino de los vivos.

La luz fantasmal consumió la cabeza y el torso, brillantes y fríos. Tiró de la pierna y el brazo izquierdos y regresó completamente al mundo de los vivos, donde se estrelló contra la pared del estrecho pasaje con el hombro ahora corpóreo. El movimiento entero duró, tal vez, lo mismo que un latido, aunque su corazón en realidad *no latía* cuando se volvía intangible. Por eso nunca se atrevía a hacerlo durante demasiado tiempo.

Se apartó ligeramente a un lado y volvió a atravesar la pared, de regreso al pasillo principal, justo cuando el fantasma cruzaba hacia donde ella había estado un momento antes. Al llegar al otro lado, Kaya vio la estela del chal.



Alteró una de las dagas y ensartó el chal en la pared.

El espectro se detuvo con un tirón, chilló y se volvió para mirarla con sus ojos blancos y sin vida.

—Buenas —dijo Kaya.

El fantasma atacó, pero ella se anticipó con la otra daga y la clavó en la palma de la mano retorcida. Los ojos de la difunta se abrieron de par en par.

Aquella era la parte divertida: ver a un espíritu eterno e incorpóreo darse cuenta de que se había metido con alguien que podía plantarle cara.

Madre Querida se apartó retorciéndose, aullando y gruñendo, arrancando el chal para liberarlo del arma de Kaya. Tanto el chal como la mano desprendían estelas de humo brillante; sangre fantasmal, podría decirse. Y entonces, el espectro desapareció, ascendiendo en espiral hacia el techo del pasillo.

Kaya tenía muchas de las habilidades de un fantasma, pero no podía hacer eso. Dio media vuelta y corrió hacia la puerta de donde había surgido el espíritu.

Inesperadamente, Madre Querida empezó a surgir del suelo, justo debajo de ella. Kaya reaccionó de inmediato, saltó hacia la izquierda y atravesó la pared, hacia lo que aparecía como una habitación en los planos. La sala estaba marcada para hacer algunas reformas, pero no especialmente drásticas ni...

La habitación no tenía suelo. Era un foso abierto con algunas vigas que aún sobresalían. Kaya vio una escalera de caracol medio terminada justo antes de precipitarse al piso inferior. Aquello *no* aparecía en los planos.

"¡Dichosos secretos! ¿Por qué todos los nobles se empeñan en tener secretos?".

Sin tiempo para enfundar las dagas, Kaya soltó la de la mano derecha, giró en el aire y se agarró a una viga con la mano libre. El arma cayó con un repiqueteo en el suelo del primer piso.

Evaluó la situación cuando los fuegos fatuos llegaron junto a ella. Bajo sus pies había una caída de unos dos metros sobre suelo inestable y el brazo derecho le dolía por haber soportado de golpe todo su peso. Delante de ella estaba el hueco que separaba los pisos, de más o menos medio metro de altura. Envainó la daga de la mano zurda. Probablemente pudiera dejarse caer sin torcerse el tobillo, aunque solo probablemente, pero con eso no conseguiría más que regresar al primer piso.

Por encima de ella, el fantasma atravesó la pared y se quedó quieto en el aire, en un momento de confusión. Su chal colgaba tentadoramente cerca. Kaya se balanceó atrás y adelante, y luego otra vez. "Ten siempre un plan...".

"... y nunca dependas de él". Soltó la viga, se adentró en el gélido reino de los muertos y sujetó el chal con sus manos espectrales.

Pilló por sorpresa al fantasma, que descendió casi un metro gruñendo y agitándose. Entonces el espectro se elevó a toda velocidad hacia la tercera planta, gritando de rabia y atravesando lo que debía de ser un dormitorio. Kaya prefería no viajar de polizón mucho más tiempo, ya que el fantasma podría arrastrarla a toda clase de lugares desagradables; hacia el cielo, por ejemplo. Calculó el momento para saltar y soltó la cola del espíritu.

Atravesó la pared del dormitorio desmoronado, se acurrucó y rodó por el suelo de la habitación contigua. La gente ni se imaginaba las acrobacias que había que hacer para cazar fantasmas.

Se puso en pie de un salto y desenvainó la daga que conservaba. Había perdido la cuenta de los pasos, pero si la intuición no le fallaba, ahora estaba en el cuarto de donde había salido el fantasma.

Parecía una especie de salón para tomar el té, pero estaba completamente destrozado. Había muebles hechos trizas por doquier y el suelo crujía, cubierto de fragmentos de vidrio y porcelana. En un rincón había una pequeña pila de escombros...

Madre Querida apareció chillando a través de la pared justo cuando Kaya dedujo lo que había ocurrido.

El ala este. *No* eran los aposentos de la anciana. El espacio entre plantas. Y ahora, una curiosa pila de escombros en el rincón de una habitación normal y corriente a la que el fantasma parecía dar mucha importancia.

Kaya adoptó una posición defensiva, con la daga al frente y brillando con luz fantasmal. Esta vez, el espíritu se apartó, muy consciente de que podía salir mal parado.

—Espera —dijo Kaya mientras se acercaba lentamente al rincón.

La mayoría de espíritus estaban demasiado consumidos por la ira o la tristeza como para razonar con ellos, pero quizá...

Madre Querida volvió a gritar y los fragmentos de vidrio y porcelana repiquetearon en el suelo.

Kaya se zambulló para cubrirse detrás de un aparador volcado justo antes de que todos los objetos cortantes de la habitación volaran hacia ella. Cuando se estamparon contra el mueble, sintió que algunos habían llegado a engancharsele en el pelo. Madre Querida estaría justo detrás...

Kaya saltó y corrió hacia el rincón, fijándose en un retrato rasgado, unas joyas y unas tablas del suelo con profundas marcas de arañazos.

—¡He dicho *que esperes*! —gritó extendiendo una mano—. ¡Ahora te entiendo!

Esta vez, el fantasma se detuvo.



Sin quitar los ojos de encima al espectro, Kaya retiró los escombros, introdujo la daga entre las dos tablas astilladas e hizo palanca. Levantó una de ellas y luego la otra.

Y allí, en el hueco entre los pisos, encontró el cadáver atrofiado de una anciana. El fantasma gimió, esta vez transmitiendo más tristeza que ira. Kaya observó el cuerpo y luego al espectro. El parecido era asombroso.

Echó un vistazo a las cosas que había apartado: joyas, anillos y gemelos *de hombre*; jirones de una camisa hecha a medida para un hombre; un retrato de un noble, también hecho trizas. Y entre las joyas...

Un anillo grabado. Un anillo grabado *que le resultaba familiar*.

—Será hijo de...

* * * * *

Kaya aguardaba en la entrada del adosado del señor Revari; una vivienda modesta, pero que al menos no estaba embrujada. La espera empezaba a molestarla y contuvo las ganas de ponerse a dar golpecitos de impaciencia con el pie. Se pasó los dedos por el pelo y quitó los que ojalá fuesen los últimos trozos de porcelana, que guardó en los bolsillos. Mejor un estropicio en el pelo que en la cabeza, desde luego.

Era casi medianoche, pero le permitieron entrar. A pesar de las horas intempestivas, el propio Revari se personó en la entrada, vestido y ataviado con un abrigo.

—¿Está hecho? —preguntó con avaricia en los ojos.

—Después de esta noche, vuestra madre descansará en paz, señor Revari.

—Llévame hasta allí —le pidió abandonando las buenas formas—. Quiero ver la casa.

—¿Qué ha sido de la confianza? —preguntó Kaya sin disimular su indignación.

—Has hecho un trabajo loable, pero entenderás que quiera ver los resultados antes de proceder al pago.

—De acuerdo —aceptó Kaya—, pero traed mis honorarios. No pienso volver hasta aquí después.

—Como quieras —dijo Revari con tono gélido.

El trayecto no era largo, pero Revari prefirió ir en carroza con un conductor y un guardaespaldas, mientras que Kaya y él iban dentro. Revari le hizo toda clase de preguntas acerca de su oficio, aparentemente por pura curiosidad y por la convicción habitual entre los nobles de que podían entrometerse en todo si querían.

—¿Dejan... restos cuando los matas?

—Cada fantasma es diferente —explicó Kaya, no por primera vez—. En este caso, sí, hay restos físicos.

—Vaya —lamentó Revari—. Tendré que ver eso. ¿Debería... enterrarlos?

—Eso queda entre vos y vuestra religión —dijo Kaya—. No soy esa clase de exorcista.



Algunos consideraban que su profesión era una blasfemia, una perturbación del orden natural de la vida tras la muerte. Según otras creencias, sin embargo, los fantasmas eran quienes perturbaban el orden natural y Kaya podía ayudar a enmendar esos problemas. En algunas localidades la habían colmado de elogios y bendiciones, mientras que en otras había tenido que poner pies en polvorosa, y todo por hacer el mismo trabajo. Fuera cual fuese el propósito final de los muertos en

cualquier mundo, Kaya tenía la convicción personal de que no lo cumplirían si se dedicaban a molestar a los vivos.

Revari asintió con satisfacción. Kaya sospechaba que sus "profundas" creencias religiosas dictaminaban que no pagase otro funeral si no había necesidad de hacerlo.

Al fin llegaron al palacete. El guardaespaldas, el conductor y los honorarios de Kaya permanecieron en el carruaje, mientras que Revari la acompañó a la entrada. Llevaba una linterna consigo, así que Kaya no tuvo que convocar sus fuegos fatuos.

La escena de la entrada seguía igual. Revari masculló algo al ver los escombros que había por todas partes.

—Hará falta un mes para limpiar todo esto antes de que las obras puedan continuar —protestó—. Y eso suponiendo que los trabajadores estén dispuestos a volver.

Se giró hacia Kaya.

—¿Estarías dispuesta a... dar fe de tus resultados? ¿Podrías decirles que ya no hay peligro?

—Podríais convencerme —respondió ella levantando una mano y frotando las yemas del pulgar y el índice, lo que provocó otro murmullo de Revari.

Subieron las escaleras mientras Revari movía la linterna de un lado a otro como un joven cazador, nervioso por pasar su primera noche en el bosque. Se detuvieron en el rellano.

—Intuyo que querréis ver el ala este —dijo Kaya—. Vuestro consejo fue muy útil; allí es donde la encontré.

—Entiendo —dijo Revari—. Sí, por supuesto. ¿Y estás... segura de que no hay peligro?

—Podéis sentiros como en casa, excelencia.

Revari asintió y caminó arrastrando los pies, meciendo la linterna a un lado y a otro. El más mínimo soplo de viento o crujido de las tablas hacía que se sobresaltara. Kaya caminó junto a él.

—Aquí estamos —dijo señalando la puerta cerrada de la habitación donde había encontrado el cuerpo de la anciana.

—¿Aquí? —dudó Revari.

—Aquí es donde ocurrió —confirmó Kaya.

La respiración de Revari se aceleró.

—Tú primero —dijo él.

Kaya sonrió para tranquilizarlo, abrió la puerta y entró. Revari asomó para echar un vistazo y luego cruzó el umbral lentamente. Sostenía la linterna en alto y los muebles destrozados por doquier proyectaron sombras extrañas.

Muy sigilosamente, Kaya cerró la puerta cuando Revari entró.

—Bueno... —dijo él con la garganta seca y mirando alrededor con inquietud—. ¿Dónde están esos...?

Entonces vio las tablas que Kaya había arrancado del suelo y se volvió hacia ella como un resorte.

—¿Qué es esto? —bramó—. *¿Qué has hecho?*

—Sé lo que hiciste —replicó Kaya. Su voz era serena, mesurada y tranquila.

Revari se puso colorado y las venas de la frente se le hincharon.

—Puedes intentar chantajearme, pero...

—Yo no quiero nada de ti, parricida —aseguró Kaya. Entonces señaló con la cabeza por encima del hombro de Revari—. *Ella* es la que debería preocuparte.



Madre Querida se había manifestado, triste y eterna, detrás de su caprichoso hijo. Revari se volvió hacia ella y Kaya se tapó las orejas.

—¡No! —gritó él—. ¡No, por favor! ¡Madre...!

El fantasma chilló y Revari cayó de rodillas, aferrándose la cabeza.

La linterna repiqueteó en el suelo. Kaya la recogió y la apagó de un soplido para que la habitación solo quedara iluminada por la luz gélida de la fallecida.

Revari, aún de rodillas y con los ojos desorbitados, giró la cabeza hacia Kaya.

—¡Ayúdame! —suplicó—. ¡T-te pagaré el doble!

—Era tu propia *madre* —declaró Kaya—. Púdrete en el infierno, gusano.

El fantasma de la madre avanzó lentamente, con un don para el dramatismo que Kaya supo apreciar. Revari retrocedió a rastras, apoyándose en los codos, pero entonces se topó con la puerta cerrada.

—¡Eres una *mentirosa!*! —la acusó—. ¡Te he pagado p-p-para que arreglaras esto! ¡Detenla! *¡Haz tu trabajo!*

—Dimito, y con motivo —contestó Kaya. No le había mentido, exactamente, aunque en realidad no había terminado el trabajo—. Les diré a tus subordinados que se queden la otra mitad del pago.

Revari gruñó y se abalanzó sobre ella, pero las piernas de Kaya se volvieron fantasmales y el noble las atravesó y cayó de bruces con un llanto lastimero.

—Por favor...

Finalmente, el fantasma aullante de su madre se le echó encima con aquellas garras y dientes afilados. Kaya cruzó la puerta emitiendo un resplandor de luz púrpura blanquecina y dejó a la madre y el hijo con sus tristes y lamentables asuntos. Finalmente se ajustó la chaqueta y se alejó por el pasillo.

A sus espaldas, Emilio Revari comenzó a chillar y continuó gritando mientras Kaya bajaba las escaleras y cruzaba la ruinosa entrada y la cancela de la mansión, rumbo hacia la noche.

Tiranos

Adriana es la capitana de la guardia de la Alta Ciudad de Paliano, un cargo que la pone al servicio de Brago, el rey fantasma. Sin embargo, en tiempos recientes ha empezado a cuestionar el comportamiento del monarca, más cruel en la muerte de lo que fue en vida. Los rumores que circulan por la ciudad indican que otros comparten sus dudas.

Es difícil desprenderse de las viejas costumbres, y las más difíciles de dejar atrás son las costumbres de los muertos. Adriana, la capitana de la guardia de la Alta Ciudad de Paliano, conocía esta verdad mejor que muchos otros. Permanecía obedientemente en su puesto junto al gran rey Brago, con la mirada siempre atenta a las espaldas de él. Se había vuelto más paranoico en la otra vida, una curiosa reacción tras haberse vuelto inmortal, y solicitaba que su capitana le protegiera incluso cuando alguien acudía a pedirle consejo. Adriana se encontraba en el gran comedor, una imponente estancia de piedra donde había más eco que calor. No era acogedora, pero el rey prefería organizar allí sus reuniones, por algún motivo. Los grandes tapices que mostraban el símbolo de su ciudad, con sus espadas y sellos representados en las paredes, parecían reconfortarle. Brago se mostraba extrañamente satisfecho flotando entre los objetos que antaño acostumbraba a tocar y empuñar. Nunca parecía triste por no poder sostenerlos de nuevo; ya nunca parecía triste por nada. Sentía muchas otras cosas, pero la lástima no era una de ellas. Sin embargo, una capitana no debe cuestionar a su rey, por lo que Adriana se inclinó ligeramente a la izquierda para estirar y aliviar un calambre que le había dado en la pantorrilla derecha mientras esperaba a que el monarca terminara de fingir empatía.

El rey Brago se sentaba a la cabeza de la mesa, ante un plato limpio y cubiertos relucientes, susurrando en silencio y pacientemente con dos fantasmas custodi que flotaban en las sillas a la izquierda del soberano. Las voces de los muertos a menudo se apagaban con la edad; desde la posición de Adriana en el fondo de la sala, el tintineo de su propia armadura era el único sonido que se oía en todo el comedor. Los tres espíritus debatían asuntos eclesiásticos y, por alguna costumbre degradada, preferían hacerlo delante de platos y cubiertos impecables. Mientras gesticulaban al conversar, rozaban con las manos el despliegue de copas vacías y completamente secas.

Adriana había servido al rey durante muchos años. Sabía que, incluso en la muerte, conservaba una especie de memoria muscular que imitaba los gestos de los vivos. Los fantasmas no tenían nada de especial, pero nadie *elegía* convertirse en uno. Cuando Brago

conservó el trono incluso tras morir, Adriana tuvo una reflexión perturbadora: si su señor jamás pereciera, estaría destinada a servirle durante el resto de su vida. Los capitanes del pasado habían formado estrechos vínculos con numerosas generaciones de la realeza, pero ella estaba condenada a servir a un único monarca. El trono de Paliano estaba monopolizado. La sucesión se había interrumpido tiempo atrás.

Recordar aquella reflexión no ayudó a aliviar el calambre en la pierna.

Ocasionalmente distinguía algunas de las palabras que intercambiaban los fantasmas. Al parecer, debatían sobre el éxito de la erradicación de aparatos mecánicos en las calles de Paliano. Estaban satisfechos con la clausura de la Academia, contentos de que sus rivales políticos hubieran desaparecido o muerto.

Adriana había ayudado a reprimir la insurrección por orden del rey. Había contribuido al desmantelamiento de la Academia, a la purga de la inventiva y la innovación en la ciudad.

Un susurro de culpabilidad pasó por la mente de Adriana. El rey al que servía se había vuelto cruel tras fallecer. Ella jamás lo admitiría en voz alta, pero en el fondo lo sabía.

Una vez concluido el debate, los Custodi se levantaron y Adriana se aproximó para acompañarlos afuera. Una sirvienta entró detrás de ella para limpiar las fuentes. "¿De verdad es necesario? ¿No es un desperdicio tremendo de jabón?", se preguntó Adriana. El rey Brago le asintió discretamente y la capitana condujo a los espíritus hacia el pasillo principal. Los dos se movían despacio y desprendían más frío del habitual. La comitiva transmitía una sensación de incomodidad.

Tras varios minutos recorriendo el pasillo, los dos fantasmas se detuvieron frente a la entrada del palacio—. *Capitana Adriana...* —susurraron. Se detuvo de golpe. Los Custodi nunca le habían hablado directamente.

El más cercano a ella levantó las manos para bendecirla. Unos dedos fantasmales la tocaron en un hombro, en el otro y en la frente, provocándole escalofríos. Adriana aceptó la bendición, pero se preguntó por qué los Custodi se despedían con tantas formalidades.

Los espíritus desaparecieron y Adriana dio media vuelta, feliz por haber aliviado el calambre con un breve paseo. Un repentino y lejano estrépito llamó su atención y caminó a paso ligero hacia el origen del ruido. ¿El guardarropa? ¿La despensa? ¡La cocina!

La sirvienta de antes llevaba en brazos una pila de platos y cubertería y estaba tirándolo todo al conducto de la basura, un tesoro de porcelana tras otro; sus trayectos terminaban en estallidos lejanos en la montaña de residuos que había al final del vertedero.

—¡Quieta! —le gritó Adriana.

Con el sobresalto, la chiquilla dejó caer un plato.

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó Adriana— Esto es propiedad de la corona.

—El jefe nos ha dicho que a la reina no le gustan estos platos —balbució la joven, asustada.

"¿La reina?".

—En este castillo no hay ninguna reina.

—El jefe también ha dicho que no hablara de ella con vos.

Adriana posó una mano en la empuñadura de su espada, dio media vuelta y subió las escaleras rápidamente, de regreso al gran comedor. Por el camino oyó el eco de más platos arrojados al vertedero. Los escalofríos de la bendición que le habían dado los Custodi parecían cada vez más una disculpa anticipada.

Por el camino lanzó breves vistazos a los criados con los que se cruzaba. Uno apartó la vista con temor. Otro se escabulló hacia un pasaje que daba a las dependencias del servicio. Otra se ocupaba en sacudir una bandera nueva, una rosa con espinas cosida en terciopelo, y Adriana echó a correr, de vuelta junto a su rey.

El cuero de las botas martilleó el suelo de piedra y las placas de la armadura tintinearon durante la carrera. Cuando al fin abrió de un empujón la puerta del gran comedor, patinó hasta quedarse clavada en el sitio, estupefacta.

En aquel momento reaccionó inmediatamente, pero ella recordaría ese instante como una pequeña eternidad cargada de trascendencia.

Al otro lado del comedor, una mujer de tez morena con una chaqueta extraña había apresado por la espalda al rey Brago y ahora forcejeaba con él, clavándole una daga en el cuello. "*¡¿Cómo?!*". Adriana se sintió desconcertada por primera vez en su vida. La mujer de la chaqueta extraña parecía demasiado corpórea como para ser un espectro, pero sus brazos se difuminaban y emitían un brillo púrpura al tensarse para clavar más hondo el arma homicida. El monarca estaba boquiabierto, tratando de gritar sin resultado alguno. La mujer agarró la daga reluciente a modo de punzón y sus ojos se encontraron con los de Adriana.

La capitana de la guardia de la Alta Ciudad de Paliano recordó cómo respirar.

Y entonces recordó cuál era su trabajo.

Corrió hacia la asesina, dispuesta a echársele encima. No conocía las habilidades de su enemiga, pero sí las propiedades físicas de su rey. Desenvainó la espada y la blandió directamente hacia el rostro de Brago, en un intento de sorprender a aquella bellaca. Los segundos se eternizaron bajo el efecto de la adrenalina y el temor. En el momento de descargar el golpe, Adriana miró a los ojos a la asesina. Cuando la espada atravesó inofensivamente el rostro de Brago, vio



cómo la carne de la mujer se volvía de un púrpura translúcido y sintió su mirada penetrante.

Al percatarse de que el ataque no había servido de nada, Adriana bajó la espada rápidamente y se agachó cuando la asesina soltó a Brago y dejó que se desplomara. Instintivamente, la capitana trató de sujetarlo y se quedó de piedra cuando vio que podía hacerlo; el vínculo espiritual que Brago tenía con su propia armadura estaba desvaneciéndose junto con él, y Adriana se sorprendió sosteniendo la armadura con el espíritu moribundo de su rey aún dentro.

Su muerte fue distinta de todas las que había presenciado. Le resultó imposible apartar la vista.

La herida en el cuello de Brago se corroyó rápidamente y la piel fantasmal se deterioró y disipó en una necrosis púrpura, que se extendió desde la garganta hasta el resto del cuerpo. A medida que el virus se expandía por la piel, no dejaba más que aire a su paso. En cuestión de segundos, la silueta del rey se desvaneció por completo.

La corona suavemente brillante de Brago cobró forma física en ausencia de su portador y cayó al suelo.

Su espada permanecía envainada en el cinturón.

Donde antes había caído un rey, ahora solo quedaba un conjunto de vestimentas vacías y titilantes en los brazos de Adriana.

La asesina la miró desde arriba con un aire de satisfacción ligeramente apático.

Adriana desenvainó la espada de Brago. No sabía cuál sería el próximo objetivo de la asesina. Esta permaneció quieta, con la tranquilidad perezosa de quien acababa de despertar; parecía vestida para una noche de fiesta, más que para combatir. Le resultó odiosa. Adriana cargó contra ella blandiendo la espada reluciente de su rey.

—¡Canalla! —rugió.

Lanzó una estocada hacia donde tendría que haber estado el hígado de la asesina. En una fracción de segundo, el estómago de la desconocida adoptó un tono púrpura blanquecino y la espada la atravesó. Lo que debería haber sido una herida mortal no fue más que una mera molestia para aquella mujer, que sonrió al percibir el asombro de Adriana.

La capitana recuperó la concentración y aprovechó el impulso para lanzar un tajo hacia arriba, pero la espada pasó a través del torso desprotegido de la asesina y salió por encima del hombro. Con la espada en alto, Adriana recibió un codazo potente y muy tangible en la mandíbula. No se lo esperaba y retrocedió trastabillando hasta recobrar el equilibrio. Esta vez permaneció quieta para evaluar a su oponente.

—Solo me han pagado para eliminar a un objetivo —dijo la asesina con una sonrisa—. Estás de suerte, cielo.

—¡Pelea limpio, cobarde! —estalló Adriana, rebosante de ira.

La asesina sonrió de nuevo, visiblemente entretenida, y le guiñó un ojo.

La capitana de la guardia respondió escupiendo al ojo en cuestión.

En un instante, el rostro de la asesina se tornó transparente y el escupitajo la atravesó y cayó al suelo.

—Je, nunca había tenido que evitar algo así —dijo la mujer. Aún con la sonrisa en los labios, avanzó *atravesando* la armadura vacía de Brago, depositada en el suelo. Sus pies y canillas brillaron con el mismo tono púrpura para evitar el contacto con el metal.

»Te esfuerzas demasiado en defender una armadura vacía —añadió arrastrando las palabras.

—¡Ese *hombre* era nuestro *rey*!

—No, ya era una armadura vacía mucho antes de que mi daga le encontrase. Y antes de eso era un *tirano* —replicó la asesina—. Mientras los tiranos mueran, la posibilidad de ser libres vivirá.

Adriana sintió un extraño acceso de culpabilidad. No sabía qué responder a aquello.

Con total tranquilidad, la asesina inclinó la cabeza ligeramente sin apartar los ojos de la capitana—. Un placer hacer negocios contigo.

La desconocida se ajustó la chaqueta y empezó a hundirse en el suelo, descendiendo entre ondulaciones púrpuras. Adriana tan solo pudo fijarse en el lugar que había elegido para su acto de desaparición. "Los establos están justo debajo. Es imposible que llegue a tiempo".



Adriana

El gran comedor se sumió en el silencio. En ese momento de quietud, Adriana dejó escapar un suspiro. La armadura y la corona de Brago yacían en una pila en el sitio donde había fallecido. No quedaban restos de su espíritu, excepto el brillo tenue que bañaba sus pertenencias ahora tangibles. Adriana nunca había visto morir a un fantasma; tal vez fuese normal que sus restos se materializaran cuando los espíritus se desvanecían y morían por segunda vez.

Nada tenía sentido. Nada le parecía posible.

"Fui una necia al aceptar este cargo", pensó. "Mi trabajo era defender al rey y no he logrado proteger a un hombre al que no podían asesinar. ¿Cuál era mi propósito aquí, para empezar?."

Entonces se oyó movimiento en el castillo. Se desplegaron tapices que lucían una rosa con espinas. Los criados se acercaron a inspeccionar la armadura vacía, mostrando una curiosidad macabra. En medio del revuelo, Adriana permaneció en silencio en el fondo del gran comedor.

Sus dedos acariciaron la empuñadura de la espada de Brago. Supuso que estaría más segura en manos de ella.

* * * * *

Al día siguiente, los Custodi coronaron a la reina Marquesa, la primera de su nombre.

La ceremonia tuvo lugar en la sala del trono, impecablemente decorada. Los tapices con el símbolo de la Rosa Negra adornaban las paredes recién desempolvadas. Las nuevas armaduras de los soldados tenían placas espinosas y reflejaban tonos plateados a la luz de las velas elaboradas la semana anterior. La sala olía a prímulas frescas y apestaba a prendas nuevas.

El personal del castillo observaba a la nueva reina con familiaridad. Los Custodi siguieron obedientemente el protocolo de la ceremonia. Ningún miembro de la élite de Paliano parecía sorprendido. Todos estaban preparados. Todos lo sabían.

Adriana ardía en deseos de ajusticiar allí mismo a todos aquellos traidores. Hasta el último rincón de la estancia lucía el símbolo de la nueva reina. Era una *aberración*.

A primera hora de la mañana, Adriana había hablado con la guardia y había sentido alivio al descubrir que todos estaban igual de perplejos que ella. Ellos tampoco estaban al tanto del gran secreto y la capitana se alegró de saber que, por lo menos, sus tropas compartían su confusión y su rabia.

Todos estaban detrás de ella y vigilaban las puertas de la sala. La guardia tenía un deber para con la corona y la iglesia, pero ningún soldado estaba conforme con él. Adriana no se separó de la espada de Brago, que permaneció bien aferrada en su puño durante toda la ceremonia.

Marquesa, la Rosa Negra, se encontraba en medio de la estancia, como la elegante directora de una sinfonía espantosa. Su vestido era recatado y sus joyas, humildes, salvo por la corona titilante que descansaba en su cabeza. Adriana hizo todo lo posible para no resoplar ante aquella falsa modestia que buscaba complacer a los Custodi.

En cuanto los espíritus concluyeron la ceremonia y la corona fantasmal de Paliano quedó en posesión de Marquesa, Adriana se apresuró a seguirla hacia los aposentos reales. Caminó escaleras arriba en pos de la nueva reina, atravesando un mar de ojos esquivos y seguida de una bandada de sirvientas. Mientras subían, comenzó a darse cuenta de la *fortuna* que había requerido aquella maniobra. Sobornos para comprar a los Custodi. Dinero para untar al personal. Los honorarios de la asesina. Sin olvidar el coste de las montañas y montañas de telas con rosas bordadas que adornaban las paredes, los cuerpos de los sirvientes y los faldones de los caballos.



"Y yo no sabía nada. He protegido durante largo tiempo las espaldas de un fantasma negligente y no sabía nada".

Eso le dio que pensar.

"Si lo hubiera sabido, ¿habría tratado de impedirlo? Brago era cruel. Merecía morir por segunda vez".

Adriana observó la espalda de Marquesa mientras la comitiva continuaba subiendo. Lo que había sucedido en el pasado podía ocurrir de nuevo. Un rey había sido coronado, asesinado y sustituido. Una reina sería coronada, asesinada y sustituida. Sin embargo, ¿cuántos cientos de sus compatriotas morirían perpetuando aquel ciclo espantoso?

"Es un sistema sin fin."

"Lo único que hacemos es nutrir este horrible mecanismo."

La ira impregnó el corazón de Adriana cuando asimiló la reflexión y las palabras de la asesina acudieron a su mente: "Mientras los tiranos mueran, la posibilidad de ser libres vivirá". Paliano había tenido la posibilidad de ser libre tras la muerte de un tirano, pero, en vez de ello, otra tirana había ocupado su lugar. "Acabar con ellos no es suficiente. ¿Cómo podemos convertir esa posibilidad en una certeza?."

Marquesa se detuvo a las puertas de sus aposentos y aguardó a que una sirvienta las abriera y le cediera el paso. Adriana entró detrás y esperó pacientemente junto a la puerta mientras las criadas ayudaban a la nueva reina a cambiar el traje de la coronación por el que luciría en su primer acto público.

La desmontaron revelando capa de ropa tras capa de ropa. Vestido. Gorguera. Verdugado. Túnica. Enagua. Corpiño. Al llegar a las medias y la combinación, las criadas volvieron a montarla, esta vez con un atuendo más lujoso y refinado que el anterior. Adriana se fijó en las costuras que ocultaban incontables bolsillos interiores y forros para esconder saquitos con venenos exóticos. Corpiño. Enagua. Túnica. Verdugado. Gorguera. Vestido. Las sirvientas concluyeron la opulenta tarea asegurando una pechera.

No había intención de asombrar con aquella faena; la reina simplemente reafirmó su dominio cuando sus ojos se encontraron con los de la capitana. Incontables capas con incontables secretos. ¿Ves cuánto llevo a la vista? ¿Comprendes cuánto más puedo ocultar?

Cuando las criadas apretaron el último cierre, Marquesa las echó fuera con un gesto. Adriana permaneció erguida y firme ante la reina aterciopelada de la Alta Ciudad de Paliano.

—Intuyo que quieres decirme algo —arrulló la maestra de los venenos—. El discurso de mi coronación comenzará en breve, así que no emplees más tiempo del necesario, por favor.

—El derecho de sucesión no funciona así.

—El derecho de sucesión no funciona así, *alteza*.

Adriana se tragó un gruñido—. Los Custodi aseguran que el rey Brago os nombró heredera en su testamento. No soy una erudita, así que tal vez podáis explicarme para qué necesita *un fantasma* un testamento.

La nueva reina sonrió y respondió sin alterarse—. Los inmortales no tienen necesidad de proteger sus bienes, por supuesto, pero los Custodi se mostraron muy dispuestos a aceptar unos documentos legales debidamente cumplimentados.

—Brago tiene descendientes. —La armadura de la capitana tintineó cuando avanzó unos pasos—. Sus hijas son...

—Viejas y débiles de carácter. Y sus descendientes son *igual* de ineptos. Me ocupé de todos ellos hace un tiempo y, entonces, se dio la casualidad de que el siguiente nombre en la línea de sucesión era el mío.

"¿Ella?". La familia de Marquesa era pequeña, una rama distante en el árbol genealógico de la casa real. Adriana se sintió asqueada. Permaneció firme mientras la reina se acercaba tranquilamente a un tocador y se sentaba con delicadeza para aplicarse un pintalabios rojo oscuro.

—¿A cuántos sucesores has matado? —La pregunta escapó de los labios de Adriana.

—Solo he matado a Brago —respondió Marquesa sin inmutarse—. Bueno, *Kaya* ha matado a Brago. Ha cobrado una buena suma por ello. La familia del antiguo rey ha recibido una compensación muy generosa y los Custodi obtendrán un sustancioso diezmo en cada año de mi reinado. —La reina se levantó y sonrió con sus labios pintados de veneno.

»Rezo para que todos los que dijeron que soy la hija caída de una casa deshonrada disfruten de *su* caída de la Alta Ciudad.

Adriana se había enfrentado a muchos enemigos durante sus años de servicio. También había lidiado con numerosas alimañas de diversas casas. Aquella serpiente no era distinta al resto—. Nuestra ciudad no se postrará ante ti tan fácilmente.

—Ya lo ha hecho —respondió Marquesa con calma. Se apartó del tocador y abrió un baúl que había junto a la ventana. Adriana estaba lo bastante cerca como para ver el interior y distinguir una armadura pulida y reluciente. La reina recogió una coraza adornada con una rosa negra y se giró para mostrársela a la capitana. Estaba hecha a medida para ella.

—Jamás me pondré eso y lo sabes.

—Merecía la pena intentarlo.

—¿Y qué hay de la gente? —Adriana movió la cabeza a un lado y a otro con incredulidad.

—El pueblo me adorará —afirmó Marquesa mientras depositaba la armadura en el baúl y regresaba al tocador. Aunque solo tenía diez dedos, parecía que necesitaba treinta anillos. Adriana tenía el pulso acelerado por la rabia.

—¿Y si no lo hace?

Era obvio que Marquesa no había contemplado aquella posibilidad. Se volvió y miró a Adriana a los ojos cuando la capitana continuó.

—¿Y si sales a dar tu discurso de coronación y un millar de ciudadanos te acusa de ser una tirana?

—Entonces seré *tiránica*.

Adriana se negó a apartar la mirada antes que la reina—. No ordenarás que me maten. Si lo haces, mis soldados tomarán represalias sin pensárselo dos veces.

—Tienes razón, lamentablemente. —Marquesa se encogió de hombros y continuó poniéndose anillos—. Lo que más me conviene es dejarte con vida.

—Entonces levantó la mirada hacia la capitana—. Y lo que más te conviene a ti es obedecer.

Adriana escupió a la cara de la reina.

Y en esta ocasión dio en el blanco.

Por una vez en su vida, la Rosa Negra no había previsto una posible reacción. Se quedó atónita, quitándose la saliva del ojo con una mano temblorosa mientras Adriana recogía la armadura nueva del baúl y se marchaba.

* * * * *

La capitana no perdió el tiempo y manifestó de inmediato sus intenciones.

Fue directamente a las dependencias de la guardia y ordenó a sus tropas que la buscaran tras la ceremonia de coronación. Entonces se dirigió con premura a los establos, ató la horrenda coraza a una cuerda y la amarró a su silla de montar.

Adriana ensilló a su caballo y salió de los establos arrastrando la armadura por el suelo.

La multitud que acudía a escuchar el discurso de la reina le abrió paso. "Mirad a vuestra capitana y ved lo que piensa de la nueva reina."

Cada vez más lejos, oyó el discurso de Marquesa, amplificado para que todos la oyeran—. La antigua capitana ha sido licenciada con el agradecimiento de nuestra noble urbe y una generosa pensión que la proveerá de todo lo necesario durante el resto de su vida, independientemente de lo larga que esta sea.

Adriana bufó con indignación y espoleó a su montura. Se dirigió al barrio de los Ladrones y pasó junto a cientos de sus conciudadanos, agobiada al pensar en dar su propio discurso. Finalmente se detuvo y pasó revista a los rostros confusos y

alarmados de su gente. Desde lo alto del caballo, Adriana sintió un poder que siempre había dejado en manos de otros. Estaba harta de permanecer impasible mientras otros ejercían el control.

Varios minutos después, su discurso en el barrio de los Ladrones había cobrado una convicción irrefutable—. Marquesa os instará a poneros de su parte, al servicio de una corona legítima que descansa sobre una cabeza embustera, y por ello os convertiría en traidores.

Adriana alzó la espada de Brago y la entrechocó con el símbolo de su propio escudo, el símbolo de la ciudad—. Si su bandera no es la vuestra, no os postréis ante ella. Si su mandato es ilegítimo, también sus leyes lo son. Si no es la auténtica reina, los sirvientes de la corona no son mejores que sus espías y asesinos, y deberán ser tratados como tales.

La multitud murmuró con aprobación y Adriana se sintió exaltada. "También están hartos del sistema."

* * * * *

En las semanas siguientes, la paz forzada de Brago dio paso a la etapa de intranquilidad de Marquesa. Cuando caía la oscuridad, la guardia de Brago rompía su juramento a la corona y patrullaba las calles para proteger a los ciudadanos. Con la puesta de sol llegaba un cambio de estandartes y el símbolo de la ciudad se convertía en una señal para indicar en quién podías confiar una vez llegada la noche.

¿Estás con la ciudad?, preguntaban las pintadas a los transeúntes en lugares silenciosos. Los habitantes de la Alta Ciudad oían rumores y sentían la intranquilidad. Escuchaban los decretos de una reina ponzoñosa y los siseos de corrupción que sembraban sus partidarios. Los ciudadanos lo escuchaban todo y Adriana era quien se sentía más herida por dentro. Sin embargo, tras su discurso en el barrio de los Ladrones, había mantenido la boca cerrada. Su voz no debía ser la que dirigiera a la gente. "Soy la mano que defiende a la voz", se recordaba. "Soy la que escucha, atenta a los conflictos."

Y así, tres lunas después del regicidio, bajo el amparo de su capa y de la noche, se dirigió al hogar de la persona más capacitada para ayudar.

Adriana llevaba días sin dormir. Había estado escuchando; escuchando a la guardia, a los ciudadanos, a las necesidades del pueblo y a las razones por las que no se sentían respetados por una líder que debería amarlos. Todo aquello le había demostrado una cosa: Paliano no necesitaba una monarquía que se ocultaba detrás de castillos y asesinos. Necesitaba líderes que entendieran Fiora en su conjunto.

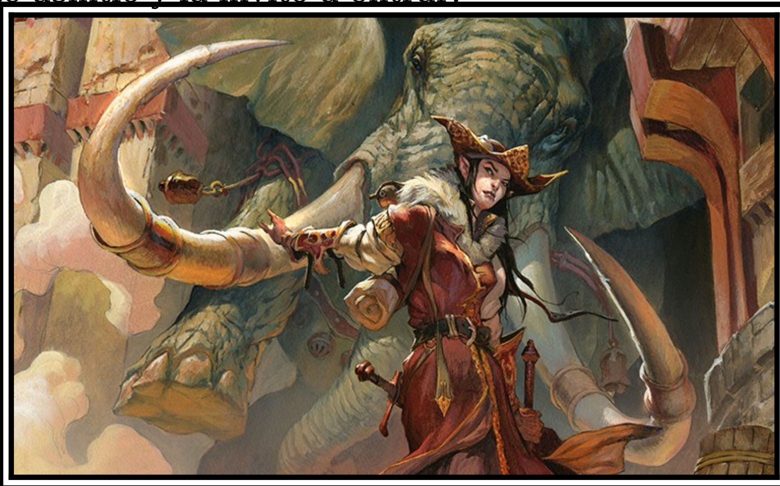
Cuando llegó a su destino, Adriana llamó suavemente a una puerta elegante y labrada en madera extranjera. Las bisagras rechinaron y en el interior apareció un rostro que todo Paliano reconocería al instante.

La exploradora élfica Selvala asomó al otro lado de la puerta y echó un vistazo a su visitante inesperada.

—Hola, Adriana. ¿Traes alguna novedad?

—Traigo una propuesta.

Selvala se tomó un momento para evaluar a la antigua capitana. Finalmente asintió y la invitó a entrar.



El hogar de Selvala era pintoresco y modesto: la morada de una viajera que no pasaba largas temporadas en casa.

Adriana colgó su abrigo al lado de la puerta y se sentó frente a la elfa, delante de una mesilla situada junto a la chimenea. Selvala, como era costumbre entre los suyos, aguardó a que la antigua capitana de la guardia explicara el motivo de la visita.

"No hay otra alternativa", pensó Adriana con convicción. "Si no acepta, el futuro de nuestra ciudad caerá para siempre en manos de los tiranos."

Adriana aceptó la pequeña taza de té que la elfa colocó en la mesa. Miró a Selvala a los ojos y reunió el valor para argumentar la propuesta más importante que jamás haría en su vida—. La monarquía de Paliano es inestable. Es un mecanismo sin fin de violencia y asesinatos —afirmó con voz firme y tranquila en la intimidad del hogar de la elfa.

Selvala asintió. Fue un gesto breve, pero cargado de significado y aserción.

—Como ciudadanos, si deseamos tener la posibilidad de vivir en libertad, debemos detener ese mecanismo. Eres una figura respetada entre el pueblo, una fuerza de unión para nuestra ciudad —prosiguió Adriana—; la mejor candidata a senadora que conozco.

Selvala abrió los ojos un poco más, conteniendo su sorpresa solo a medias.

Adriana se inclinó en la silla. Su corazón ardía con la convicción de toda una ciudad. Dejó que una inusual sonrisa se dibujara en sus labios cuando planteó la pregunta más importante que jamás haría en su vida.

—¿Nos ayudarás a establecer la República de Paliano?

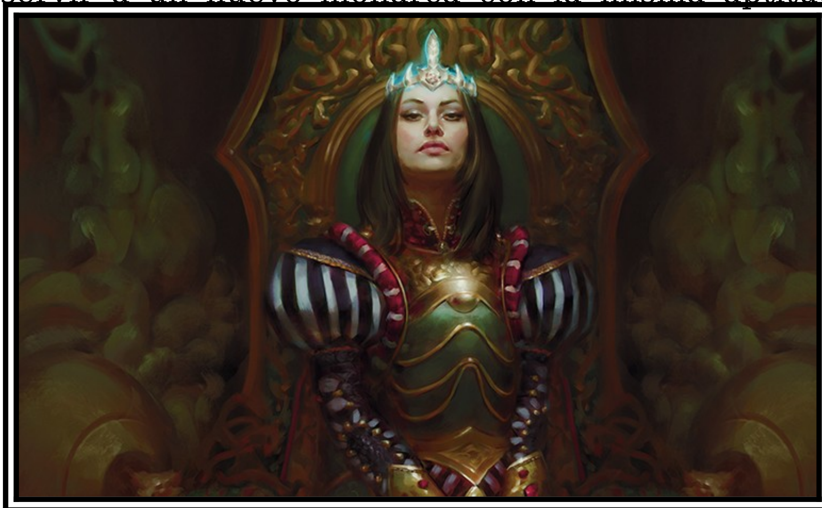
La proclamación de la reina Marquesa

¡Pueblo de la Alta Ciudad!

Es mi deber solemne informarles de que Brago, rey de Paliano, ya no se encuentra entre nosotros. Su muerte sacudió los cimientos de la ciudad hace muchos años, mas su perseverancia espiritual aportó alegría y consuelo a todos nosotros. Sin embargo, ahora se encuentra verdadera y eternamente más allá del velo. Su reinado ha concluido y su espíritu al fin ha obtenido el descanso definitivo que tanto merecía.

En su benevolente sabiduría, nuestro difunto monarca ha nombrado a una sucesora con la voluntad y la fortaleza necesarias para traer la armonía a su amada ciudad. Como heredera designada y reconocida como legítima sucesora por la sagrada orden de los Custodi, juro defender las leyes de Paliano, mantener el orden en la ciudad y garantizar que la justicia se imparta con prontitud y ecuanimidad. Pese a la certeza de que nunca seré una gobernante a la altura del hombre cuyo compromiso con su ciudad trascendió la vida misma, albergo la esperanza de que, con la bendición de los Custodi, seré capaz de guiar nuestra noble urbe hacia una nueva era de prosperidad.

El traspaso de poderes siempre es un proceso arduo, y más aún cuando el fin de un reinado acontece de manera tan inesperada. Incluso los leales y firmes súbditos de la corona pueden verse mal preparados para servir a un nuevo monarca con la misma aptitud que al anterior. Por ello, el cargo de capitán de la guardia queda disuelto a partir de este momento. De ahora en adelante, los soldados de la ciudad responderán directamente ante mí.



La antigua capitana ha sido licenciada con el agradecimiento de nuestra noble urbe y una generosa pensión

Reina Marchesa

que la proveerá de todo lo necesario durante el resto de su vida, independientemente de lo larga que esta sea.

En ausencia de un sucesor natural, Brago estableció con claridad su propósito respecto a la herencia del trono. Lamentablemente, no todos los antiguos vasallos del rey desean respetar su última voluntad. Por tanto, quienes pretendan utilizar esta transición como una excusa para incitar a la rebeldía han de saber que la traición recibirá, como siempre ha sido, el más severo de los castigos, mientras que la lealtad se verá recompensada generosamente. ¡Que la fortuna sonría a Paliano!

—Proclamación de Su Majestad la reina Marquesa, la Rosa Negra, primera de su nombre, líder del consejo, garante del gobierno legítimo, única soberana de la Alta Ciudad, auténtica heredera del trono de Paliano y todos los derechos y privilegios que este conlleva.

La proclamación de Adriana, capitana de la guardia

Ciudadanos libres de Paliano:

Cuando anoche os fuisteis a descansar, erais personas leales. Recostasteis la cabeza como fieles súbditos del auténtico y legítimo rey de Paliano: Brago el Eterno. Tal vez no le adoraseis, pues ser amado no es el deber de un gobernante, pero le obedecíais y le respetabais como todo ciudadano debería hacer.

Inconscientemente, hoy habéis despertado como traidores bajo la bandera ensangrentada de una reina usurpadora: Marquesa, la Rosa Negra, notoria asesina y conspiradora, una criminal de primer orden cuyas amenazas veladas y espinas ocultas le han permitido eludir la ley de Paliano durante demasiado tiempo. Os ha convertido en traidores izando su bandera en el palacio y colocando la corona en su traicionera frente. Os ha obligado a elegir entre la lealtad a la corona y la lealtad a vuestra ciudad.

De algún modo, esta vil embustera ha asesinado al rey Brago, poniendo fin a su existencia inmortal y dispersando la esencia de su espíritu. De algún modo, ha conseguido figurar en la última voluntad y testamento de nuestro soberano. Un documento falsificado, sin duda alguna; un puro invento, pues ¿por qué habría de necesitar un testamento el Rey Eterno? Incluso de ser así, ¿por qué habría él de nombrar sucesora a la hija traicionera de una casa deshonrada? De algún modo, ella ha obtenido la lealtad de los sacerdotes custodi que antaño manifestaban en el mundo la palabra del rey. Junto a ellos se encuentran numerosos sirvientes del trono que no pueden o no se atreven a cuestionar el derecho de Marquesa a gobernar, mientras que en las sombras acecha su red de ladrones, espías, saboteadores, chivatos y asesinos.

La falsa reina ya enarbola sobre Paliano su propio sello, el emblema de la Rosa Negra. Ha osado ignorar en silencio el símbolo de nuestra ciudad, el símbolo que Brago lucía en la empuñadura de su espada; una imagen tan imperecedera y representativa de nuestra ciudad como su legítimo gobernante, y que los Custodi incluso

consideran un icono religioso. Sí, continúan blandiéndolo, pero eso significa tan poco viniendo de ellos como lo ha hecho nunca. No obstante, los estandartes de las tropas de la ciudad ya han cambiado. No veréis ese símbolo en los salones del palacio de Marquesa ni en los escudos de sus guardias. Ella afirma gobernar legítimamente y velar por el porvenir de la ciudad, pero la bandera que ha ondeado sobre nuestras cabezas durante tantos años ha desaparecido por orden suya.

Y ¿por qué motivo? Por uno muy sencillo: porque Marquesa no tiene derecho a usar ese símbolo de nuestra historia, y lo sabe. Se ha puesto la corona y ha ocupado el trono, pero no empuña la espada de Brago, el arma que lleva el símbolo de nuestra ciudad. Lo sé porque ahora soy la portadora de dicha espada y de la responsabilidad de defender la ley y el orden en Paliano. La reina traidora me ha privado de mi cargo, pero no he renunciado a él. Cargaré con esta espada, este símbolo, este deber de proteger nuestra ciudad contra todos sus enemigos, incluso y especialmente contra una enemiga que se sienta en el trono. No tengo deseo alguno de gobernar, únicamente de derrocar a la usurpadora para que todos podamos determinar quién será nuestro auténtico gobernante tras el trágico fin del rey Brago.

Marquesa os instará a poneros de su parte, al servicio de una corona legítima que descansa sobre una cabeza embustera, y por ello os convertiría en traidores. Yo os ofrezco un camino distinto: uníos a mi causa, a la causa de Brago, y demostrad que sois leales a vuestra ciudad oponiéndoos a esa farsante.

Si su bandera no es la vuestra, no os postréis ante ella. Si su mandato es ilegítimo, también sus leyes lo son. Si no es la auténtica reina, los sirvientes de la corona no son mejores que sus espías y asesinos y deberán ser tratados como tales.

¿Qué respondéis, ciudadanos de Paliano? ¿Apoyaréis a la ciudad o a su autoproclamada reina? ¿Seréis rebeldes leales o traidores sumisos? Cada día que pase mientras Marquesa continúe en el trono, seréis lo uno o lo otro. ¡Tomad vuestra decisión!

—Adriana, capitana de la guardia

Instrucciones sangrientas

La ciudad de Paliano se está sumiendo rápidamente en un caos político. Entretanto, los trasgos Grenzo y Daretti han planeado causar otro tipo de caos.

Hacía una noche sofocante, pero el espectáculo pirotécnico continuaba iluminando las calles de Paliano. Un guardia solitario permanecía en su puesto. A lo lejos, el Festival de Nuestra Excelentísima Soberana se celebraba por todo lo alto. Un exceso de luces y colores danzaban en la plaza, manifestando ruidosamente el amor que el pueblo sentía por su nueva gobernante. La bebida también corría en abundancia. Por la mañana se habían oído murmullos acerca de la legitimidad de Marquesa a heredar el trono, pero ahora le cantaban alabanzas.

El vigilante, por el contrario, no cantaba ni bebía. Se planteaba abandonar su puesto, pero ya no: había decidido permanecer firme, vigilando el hogar de un vejestorio de la antigua Academia. Un real decreto había disuelto la institución, considerada desde hacía mucho tiempo como la cuna del conocimiento y el estudio. Privado de su estatus profesional, el erudito se había convertido en un ciudadano más. Un ciudadano muy viejo, desconfiado hasta el punto de rozar la paranoia. Noche tras noche, el vigilante permanecía allí. También noche tras noche, el anciano le recordaba que debía estar alerta, cosa que siempre irritaba al guardia. Sabía que aquel hombre había sido



decisivo para traer la construcción mecánica a Paliano, cuando aún no era ilegal, pero ¿quién podría tener algo en contra de una reliquia olvidada de una institución desaparecida?

En un callejón frente a su puesto, el guardia divisó una sonrisa que enseñaba los dientes. Un trasgo le observaba; era pequeño, probablemente un niño. Le hizo un gesto para echarlo—. Vete a casa, chiquillo.

El trasgo se escabulló entre las sombras.

De pronto, algo salió volando del callejón, en dirección al guardia. Era pequeño y redondo y trazó un arco en el aire. Un tomate podrido y apestoso se estrelló contra la armadura cuidadosamente pulida y la pulpa chorreó como hilos de sangre.

—¡Lárgate, gamberro! —rugió el vigilante.

Desde las sombras de un callejón adyacente, otro proyectil salió despedido hacia él. Esta vez fue una manzana, que impactó en el casco y le hizo ver las estrellas por un momento. El guardia se giró hacia el lugar de donde había salido y un auténtico aluvión de lechugas y zanahorias se le vino encima. Era como si alguien hubiera catapultado media frutería hacia él. Esta vez distinguió en el callejón una docena de ojos maliciosos sobre rostros verdes que reían y se mofaban de él. El sonido parecía proceder de todas partes.

—¡Ya basta, malditos trasgos! Estáis jugando con fuego.

Entonces oyó algo distinto a sus espaldas. Se volvió de nuevo y esta vez vio una botella de cristal que volaba hacia él. El recipiente cayó a sus pies y esparció un líquido que estalló en llamas al instante. El guardia retrocedió trastabillando y el fuego siguió ardiendo en la calle. Entonces miró alrededor y vio a la turba. Los trasgos le lanzaban sonrisas perversas; algunos llevaban antorchas, otros portaban armas y uno empujaba un carro lleno de verduras podridas. El vigilante alzó su arma y cargó contra ellos. La turba dio media vuelta y se dispersó sin dejar de reír, tropezando unos con otros y abandonando el carro para huir de la furia del vigilante.



Mientras aguardaba en las sombras cercanas, Daretti se movió en su silla, incómodo, y esperó a que el guardia y los trasgos se alejaran—. Bufones. Principiantes. —murmuró. La calle estaba despejada, pero dudaba que la distracción fuese a funcionar.

—Son fervorosos, como un fuego descontrolado —dijo Grenzo junto a él, con una sonrisa en la boca—. Solo tienes que desatarlos en el lugar correcto. —Caminó cojeando hacia la puerta desprotegida,

apoyándose en su bastón; a pesar de su joroba, era un trasgo enorme. Tres de sus diminutos lacayos se apresuraron a seguirle.

Daretti apretó con fuerza los brazos de su silla. Aquella no era la noche de venganza que había planeado tan minuciosamente.

Grenzo se plantó delante de la puerta y sacudió el pomo. La puerta repiqueteó con un generoso estruendo de pasadores y pestillos, pero se negó a ceder. El trasgo sonrió de entusiasmo.

—¿Podrías guardar al menos un ápice de silencio? —siseó Daretti.

—¡Bah! Llevo echando abajo puertas desde antes de que tuvieras pelo en las mejillas. —Un golpe seco del bastón de Grenzo y la puerta de la residencia se vino abajo con estrépito—. Si Marquesa quiere colgar sus venenos y ponerse un nuevo adorno en la cabeza, es cosa suya, pero si pretende arrebatarme mis llaves y echarme de mis mazmorras, entonces saldremos a la superficie y levantaremos nuestras propias puertas. —Los trasgos respondieron con un coro de vítores estridentes.

Daretti frunció el ceño y echó un vistazo alrededor.

—Te preocupas demasiado —lo calmó Grenzo—. Disfruta de no saber. Además —dijo señalando los fuegos artificiales en el cielo—, ¿quién podría oírnos con todo ese alboroto? —Hizo un gesto a sus esbirros para que corriesen adentro—. ¡Adelante, id a por vuestro botín, mis hermosos cachorros! —Entró detrás de ellos, sintiéndose cómodo en la oscuridad y buscando con la vista los tesoros de la residencia.



Una multitud de trasgos entró en tromba en el recibidor y llenó de huellas de queroseno el prístino mármol azul trestiano. Un chiquillo agarró el pellejo de un peculiar animal albino, colocado con estilo en una silla, y lo convirtió en una hermosa capa. Desde los techos abovedados, los retratos enmarcados de varios antepasados aristócratas observaban con desprecio a la turba.

Daretti entró con más cuidado, maniobrando con la silla para rodear la puerta que yacía en el suelo—. Tal vez, viejo, tal vez, pero ten en cuenta otro detalle: ¿quién sería capaz de dormir en medio de tanto estruendo?

En el piso de arriba, Zadrous Fimarell daba vueltas en la cama. Incluso con las ventanas cerradas a cal y canto, seguía oyendo el despliegue de fastuosidad y opulencia que había en el exterior. A través de las cortinas, los destellos chillones de tonos rojos, azules, verdes y púrpuras de los fuegos artificiales iluminaban su dormitorio.

Los anteojos que había dejado en la mesita de noche vibraban con el redoble de los tamborileros ebrios del desfile. Antaño no le había parecido un sonido tan inusual.

Antaño. Antaño, aquellos tamborileros habían anunciado su llegada. Antaño, él había dirigido a sus propias multitudes. En los tiempos de la Academia. Zadrous había sido su predilecto. Y los demás habían sido su mundo. Un mundo por el que se había movido con facilidad. Sus parientes le habían abierto las puertas y él había jugado con el sistema como un auténtico artista. Nunca había sido un genio, y lo sabía. Sin embargo, solo con el invento del engranaje universal (¿quién habría podido discutir si era creación suya?), un sinfín de apretones de manos, algunos tratados y un par de conferencias, había conseguido lo necesario para vivir a cuerpo de rey. Que los Muzzios del mundo siguieran dejándose la piel en sus laboratorios.



Pero entonces su mundo se derrumbó...

* * * * *

Tres guardias de la ciudad yacían inconscientes en el suelo, atrapados bajo una estantería volcada. La trifulca con los trasgos había dejado jarrones rotos y cuadros aplastados por doquier. Mientras los secuaces de Grenzo ataban a los guardias, su jefe extrajo su propio saco para meter el botín y se centró en la pared de estanterías.

—Me habías dicho que este fulano era un pez gordo, pero aquí no hay más que chatarra. Nuestras alcantarillas son más lujosas que este cuchitril. —Barrió las baldas con el bastón y los libros se precipitaron al suelo. Dio algunos golpes a la pared que tapaban, pero nada.

—Te había dicho que le consideraban una eminencia en el ámbito de la mecánica. —Daretti recogió un tomo del suelo. El título le crispó los nervios. *Principios de la autonomía mecánica: disertación exhaustiva sobre la construcción de vida artificial*. Hojeó las páginas, pero conocía perfectamente lo que iba a encontrar—. Aun así, tu observación es bastante acertada: el profesor era un farsante en todos los sentidos.

Grenzo se acercó a un escritorio de palisandro de factura exquisita, con incrustaciones de piedras opalinas. Todos los cajones estaban bien cerrados. El trasgo se irguió con un ligero esfuerzo,

levantó su bastón y descargó un golpe en el centro del mueble, haciendo que saltaran astillas y desperdigando las cerraduras por el suelo. Dentro del escritorio no encontraron más que pilas y pilas de papeles. Daretti recogió uno y lo leyó. Era una carta firmada por una supuesta celebridad del mundo académico. Estaba llena de elogios efusivos sobre la "genialidad" de Fimarell. Grenzo recogió un puñado de páginas y las metió en su saco.

—¿Qué tienes pensado hacer con eso, viejo? —preguntó Daretti—. Esto no es más que basura.

—Te equivocas —corrigió Grenzo levantando el saco y echándoselo a la espalda—. Esto es combustible.

Daretti torció el gesto. Mientras hojeaba el tomo que había recogido, encontró entre las páginas un folio doblado y lo abrió para comprobar qué era—. ¡Ja! Mira esto, viejo. Es el anteproyecto para un centinela mecánico; uno de los primeros modelos, pensado para la seguridad municipal. —Desplegó el documento en el escritorio—. Fíjate en las extremidades. Vaya desastre. Los requisitos energéticos habrían costado una pequeña fortuna, por no hablar del resto. Menuda basura. ¿Te imaginas el equipo de técnicos que habría hecho falta para...?

—¡Bla, bla, bla! ¡Todo esto es basura! Hasta la última palabra. Entregaste tu vida a la Academia y dedicaste tu existencia a esa panda de fanfarrones rebuznantes. Les rogaste que te dieran las sobras. Pusiste tu empeño en educar a aquel aprendiz, Muzzio, y ¿qué hizo él por ti? ¿Qué te hicieron todos ellos? Escucha, la Academia ha muerto y Muzzio está en el exilio. ¿Sabes por qué? Porque basta con abrir algunas cerraduras y dejar sueltos algunos inventos por las calles para que todo el mundo pierda el juicio. —Grenzo se inclinó hacia él—. Todos tus queridos mecanismos están rotos, desguazados y prohibidos. Todo aquello a lo que te consagraste ha muerto. Y nosotros... Nosotros somos las hienas que roen los huesos, así que deja de actuar como un científico y empieza a comportarte como una hiena.

Daretti apartó la mirada del proyecto. El sello de la Academia en la parte inferior tenía un brillo dorado. Daretti entregó el papel a Grenzo. "Combustible". Podía sentir cómo ardía dentro de él. Daretti asintió—. Quémalo. Quémalo todo. Quema las cenizas. Quema a los culpables. Quema a los honrados.

Grenzo sonrió.

Daretti reparó en algo que había entre los papeles del escritorio y abrió los ojos de par en par. Extrajo un pergamino desgastado y amarillento. Las manos le temblaban—. Esto es el colmo, viejo. ¡El colmo! —Tragó saliva antes de continuar—. Ha llegado el momento de que las hienas dejemos este cadáver y busquemos uno más fresco. —Su silla se puso en marcha con un ruido metálico y lo llevó hacia las escaleras. Daretti se movió lleno de resolución. La sonrisa de Grenzo se ensanchó mientras seguía a su compañero hacia la escalera de mármol.

Al llegar arriba, Daretti se detuvo de súbito. Posó los papeles en el regazo y empezó a rebuscar en sus bolsillos—. Me lo he

olvidado. —Se volvió hacia Grenzo y le dirigió una mirada suplicante—. Debo de haberlo traspapelado. Tenemos que volver. No puedo continuar sin mi discurso.

—¿Cómo? ¿No sabes lo que querías decirle?

—No, y estoy tan sorprendido como tú.

—Vamos, listillo, sé que puedes recordarlo.

—Que no, Grenzo. Me he quedado en blanco. Tanto ensayarlo no ha servido para nada. Cerraremos la puerta, sacaremos a los guardias y devolveremos los papeles. Luego buscaré el discurso y volveremos mañana por la noche.

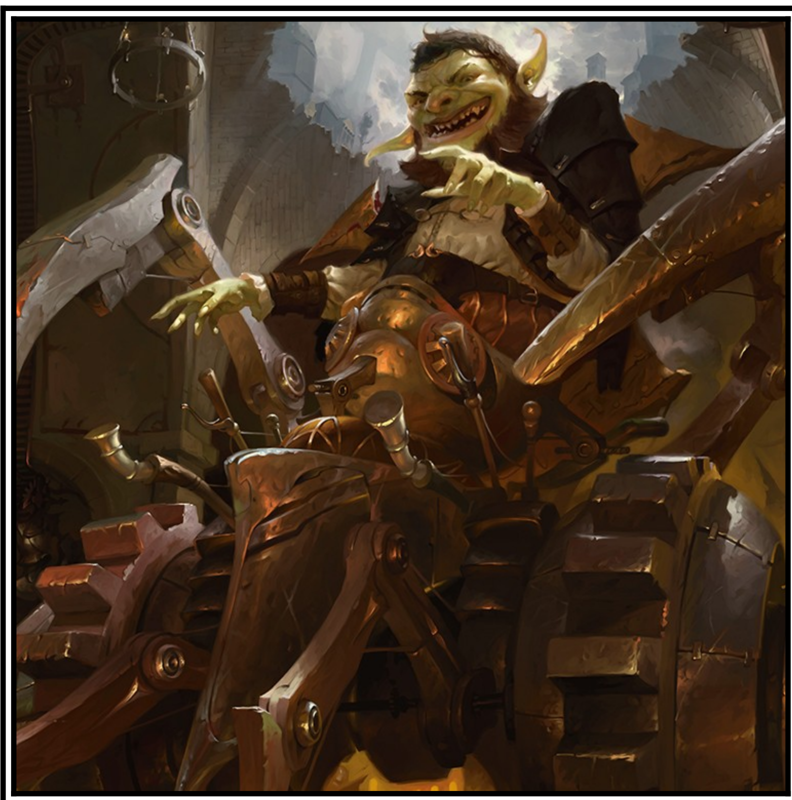
—Cachorro, puedes volver a cerrar una puerta, pero colocarla otra vez en las bisagras no es tan fácil. Venga, repite conmigo, aunque no sé si estar de acuerdo: "Ser honrado es un esfuerzo...".

—¡Ah, sí, sí! Eso es. "Ser honrado es un esfuerzo constante e ingrato".

—"Uno no puede escudarse...".

—"Uno no puede escudarse en la honradez...".

—¡Trasgos! —Fimarell había salido en bata al pasillo, seguramente alertado por las voces. Grenzo y Daretti intercambiaron una mirada—. ¡Ladrones! —chilló el humano antes de volver a su habitación y cerrar de un portazo.



Daretti

Los dos trasgos fueron tras él. Daretti sacudió el tirador de la puerta. Cerrada. Lanzó una mirada a Grenzo. Otro golpe seco de su bastón y otra puerta que se vino abajo.

—¡Que alguien me ayude! —gritaba el anciano científico desde la ventana. Se volvió temblando hacia ellos—. ¡Sucios trasgos callejeros...! ¡Esto es un barrio respetable y yo soy un hombre de bien!

Daretti se quedó observándolo con la mirada vacía. Grenzo le dio un golpecito con el bastón en la silla y su compañero sacudió la cabeza y se dirigió a Fimarell—. Ser honrado es un esfuerzo constante e ingrato. Uno no puede escudarse en la honradez. La falsedad y el engaño son los mayores pecados para un científico. Y es

la carga de los honrados destapar las mentiras y llevar a los falsarios ante la justicia.

La silla de Daretti extendió sus patas mecánicas, separándose de las ruedas y elevando a Daretti casi hasta la altura del techo. Bajo las luces titilantes de la calle, parecía una araña gigante a punto de abalanzarse sobre su presa.

El anciano erudito se encogió de miedo en el suelo.

—Tal vez no recuerdes mi nombre ni mi cara, pero sospecho que reconoces mi atuendo y mi sombrero. Una vez ostenté mi cargo con orgullo, como agente de las más ilustres órdenes: el conocimiento, la ingeniería y la verdad. —Su tono se volvió más grave—. Pero tú no conoces esas virtudes. —La silla movió al trasgo hacia delante, acercando sus rostros lo suficiente para que Daretti distinguiera los hilos de sudor que corrían por las arrugas del anciano—. La Academia conoce tu nombre muy bien. Figura en muchísimos sitios. —Levantó los papeles del regazo—. Como estos.

Fimarell palideció.

—¿Sabes lo que son? ¿Reconoces la caligrafía? Criticaste esta obra. Criticaste todas mis palabras y luego te apropiaste de ellas. Desarrollaste tu carrera apoyándote en mis palabras. ¡¿Cómo osas llamarnos ladrones, farsante?!

Daretti respiraba con fuerza y entonces entrecerró los ojos. Hizo una bola con la primera página del manuscrito y la metió por la fuerza en la boca de Fimarell.

—¡Deja de perder el tiempo, cachorro! —protestó Grenzo a sus espaldas—. Esto es Paliano: aquí resolvemos las cosas asesinando. Mátalo de una vez y zanjemos el asunto.

Daretti y Fimarell intercambiaron una mirada incómoda. El trasgo se volvió hacia atrás—. ¿Me dejas disfrutar del momento, por favor?

—¡Agh, vale! —dijo Grenzo levantando las manos con exasperación—. Pero voy a empezar a quemar cosas mientras terminas de hablar.

Los ojos de Fimarell iban y venían de un trasgo al otro. Daretti intentó recuperar su tono amenazador—. Esa... —Carraspeó—. Esa carrera... Vaya, ¿por dónde iba?

Fimarell escupió la hoja que tenía en la boca—. El manuscrito que te robé... —dijo con un hilo de voz.

—Cierto —confirmó Daretti—. Bueno... Fuiste tú el que... —Hizo una pausa—. En fin, terminemos con esto. —Atrapó a Fimarell por las piernas, lo levantó y lo arrojó por la ventana. El humano se precipitó desde un segundo piso y se estampó en la calle con un sonoro golpe seco.

Daretti se inclinó y asomó por la ventana para ver el cuerpo inmóvil. Los adoquines se habían teñido de rojo. Estaba hecho. Había pasado mucho tiempo desde que era un joven desesperado por compartir sus palabras con la Academia. Había meditado largo y tendido sobre aquel momento, pero todo había terminado en un suspiro.

—No está mal. ¿Ha sido tan liberador como esperabas? —Grenzo volvía a estar junto a él. Sostenía una gran vasija bajo un brazo y una antorcha encendida en la otra mano.

—Creo que podría haberlo sido. La próxima vez... déjame terminar.

Grenzo levantó la vasija. Estaba repleta de basura. Daretti recogió las páginas de su manuscrito y las metió dentro. Acto seguido, Grenzo dejó caer la antorcha y el contenido del recipiente prendió con un chisporroteo.

—Queda un último paso. —Grenzo volcó la vasija sobre la ventana y la basura en llamas llovió sobre las calles de Paliano. En algún lugar de la ciudad, los fuegos artificiales habían comenzado de nuevo.

Para cuando volvieron a las escaleras, los lacayos de Grenzo se habían llevado todos los objetos de valor y ahora se dedicaban a destrozar el mobiliario. Algunos apiñaban los restos en los rincones junto con pilas de documentos y libros, mientras que otro de ellos se dedicaba a derramar aceite sobre toda la basura.



Daretti y Grenzo descendieron a la planta baja—. Buen trabajo, pupilo mío.

Aún podremos hacer de ti un buen trasgo.

—¿"Pupilo"? —se extrañó Daretti—. No, no, no. Dejemos las cosas claras. Tú eres mi brazo ejecutor.

—¡Bah! ¡Ya te gustaría! Como mucho, eres mi compinche.

—¡¿"Compinche"?!

—Jef... —los interrumpió uno de los lacayos, que sostenía una antorcha—. Eh... Jefes, ¿habéis terminado?

—Hablaremos de esto luego, Grenzo —dijo Daretti—. Sí, quemadlo, por favor. Quemadlo todo.

Las llamas prendieron pronto y el fuego crepitó mientras devoraba las paredes. Daretti negó con la cabeza—. Volvamos a casa —dijo con un suspiro—. De vuelta al subsuelo.

—¿Quién es el próximo de tu lista?

—Un hombre llamado Alendis. Me dijo que la Academia no estaba preparada para aceptar a un trasgo, que sería malo para su reputación. Al parecer, ese viejo zalamero se ha unido a los Custodi.

—Bueno, si eso significa que se ha confabulado con Marquesa, entonces también está en mi lista. —Grenzo salió de la casa y Daretti fue detrás de él.

—De acuerdo, viejo cascarrabias. ¿Qué te parece "mano derecha"?

El aire crepitaba. El fuego ardía detrás de ellos. Los demás trasgos ya se dispersaban por todas direcciones—. La reina solía desenvolverse entre las sombras —dijo Grenzo levantando la vista hacia el cielo humeante—. Conocía el juego. Sabía cómo retorcer un puñal. Ahora tiene un asiento más cómodo y cierra todas sus puertas cuando cae la noche. Al menos sabe cómo organizar una fiesta.

—Supongo que todo el mundo deja las sombras tarde o temprano.

—Creo que deberíamos irrumpir en una fiesta. Deberíamos irrumpir en las fiestas de todos. —En lo alto, los fuegos artificiales iluminaron el cielo con tonos rojos, azules y verdes. Daretti se abanicó con una mano. La noche seguía siendo sofocante.

Los dosieres de Leovold

En estos tiempos de incertidumbre en Paliano, la información es tan valiosa como un tesoro. Nadie comprende esta realidad tan bien como el embajador Leovold de Trest, siempre dispuesto a compartir sus averiguaciones con la gente adecuada... por el precio adecuado.

El ascenso de Marquesa

Los preparativos de un festejo requieren tiempo. Sin ir más lejos, la última vez que celebramos un evento en la embajada dediqué una semana exclusivamente a tratar con interioristas y reposteros, con el fin de garantizar que las reproducciones de los emblemas fueran fieles y lucieran los azules correctos. La reina afirma que Brago dejó un testamento donde la nombraba sucesora, lo cual encuentro bastante ridículo de por sí (no pretendo denigrar a los espectralmente avanzados, pero dudo que la *planificación sucesoria* sea una de sus preocupaciones). No obstante, hablemos sobre la auténtica prueba de este engaño: en el *mismo día* en que Marquesa proclamó su ascenso, la sala del trono había sido inmediatamente decorada con tapices de la Rosa Negra, la guardia real había recibido escudos con el emblema de la Rosa Negra y había banderas de la Rosa Negra ondeando sobre la capital. Mientras el pueblo se preguntaba abiertamente cómo había persuadido a los Custodi para que legitimaran su coronación, a mí me intrigaba saber cómo había logrado encargar semejante parafernalia a todos los modistas y sastres de la ciudad sin que nadie se diera cuenta.

Procedamos a hablar sobre la muerte de Brago (¿segunda muerte? ¿Muerte adicional? No contaba con que necesitaríamos un término para esto, mas veo que sí). Mi acceso a la corte de la nueva reina ha sido limitado, pero el relato más plausible que he podido componer a partir de rumores e insinuaciones dice lo siguiente: una asesina se infiltró en el palacio, al parecer atravesando las paredes, según algunas fuentes, y llegó a los aposentos del monarca. Aún se desconoce cómo es posible matar a un fantasma (¿matar permanentemente? ¿Supermatar? Creo que necesitaré a un lingüista para idear estos términos, o de lo contrario me volverán loco), pero los visitantes de la corte afirman que la corona de la nueva reina

parece brillar con la misma energía espectral que desprendía el semblante de Brago.

Proporcionaré más información una vez que mi socio logre restablecer las vías de comunicación con la nueva monarca. Lamento el cliché, pero debemos proceder con cautela, ya que esta rosa no se caracteriza por sus pétalos, sino por sus espinas.

Leovold

* * * * *

Selvala de Alberon

Esta encantadora joven, cuyo gusto para los sombreros no tiene parangón, se ha visto arrastrada por segunda vez a un conflicto con la ciudad que tanto se esfuerza en amar. Selvala redactó la Carta junto a Brago (cuando este aún estaba varios enteros más vivo que ahora) y luchó por su ratificación; los agradecimientos que recibió a cambio fueron la traición y el encarcelamiento. Tras huir de prisión se retiró a las tierras interiores, solo para verse atraída de nuevo a los asuntos de Paliano cuando los nobles se aficionaron a utilizar bestias exóticas para sustituir a los sirvientes artificiales de Muzzio.

Conversé con Selvala en una cafetería a orillas del río y le tendí nuestra mano en señal de amistad; ¿sabías que aún tiene primos en Trest con quienes se escribe habitualmente? (Se ha obtenido un resumen de dichas cartas mediante la Ley de Seguridad Estatal y están disponibles para su revisión). Dialogamos largo y tendido acerca de su dilema actual: la nueva reina no permite la presencia de Selvala en la corte, pero ella tampoco siente gran interés por aliarse con la capitana Adriana debido a la indiferencia de esta en asuntos que Selvala valora profundamente.

Le insinué que los humanos y sus fantasmas quizá hubieran dirigido Paliano durante demasiado tiempo, y que tal vez fuera el momento de que alguien que realmente apreciase un gobierno armonioso asumiera el papel de dirigente. Reaccionó con una mirada que conozco bien: una mirada de ambición, pero no en aras de su propio beneficio, sino de enmendar un mal mayor… y con un ligero toque de ira para avivar las llamas. Antes de despedirnos, dejé claro que sus primos trestianos estarían extremadamente interesados en apoyar cualquiera de sus futuros esfuerzos, fuera cual fuese su naturaleza.

Leovold

* * * * *

Capitana Adriana Vallore (retirada)

He pasado largo tiempo observando a los jóvenes de Paliano; su comportamiento me resulta tan entrañable como desconcertante. Tanto entre las universidades de las élites como en los mercados y talleres de las clases bajas, los rituales de cortejo de la juventud están a la vista de todos. ¡Cuán encantadores dramas acontecen! Puede que las tragedias más comunes, y las que más tienden a representarse en los escenarios, sean las historias de amor no correspondido.

Ay, pobre Adriana. Su amor por la ciudad es firme e inflexible; no obstante, cuando llegó el fin de Brago, la ciudad demostró que no siente el mismo amor por ella. Adriana ha sobrevivido a duras penas al ascenso de la reina y, al ser una persona testaruda, creo que seguirá recibiendo visitas inesperadas de los emisarios de la soberana, hasta que uno de ellos consiga persuadirla para unirse a su rey.

Sin embargo, antes de que llegue ese final, parece que Adriana pondrá todo su empeño en causar la mayor agitación posible en nombre de la rectitud. Traté de contactar con ella por medio de un mensajero, pero este regresó con la nariz rota y la camisa hecha jirones. La nariz sanará, pero me temo que ya no se puede hacer nada por la camisa.

Falta por ver a qué género pertenece exactamente esta obra. ¿Logrará nuestra noble heroína conquistar al objeto de sus afectos y traer una nueva era de paz, igualdad y prosperidad? ¿O será su



desesperanzada utopía igualitaria tan efímera como el rey al que servía? Si fuese un elfo aficionado al juego (y te aseguro que no lo soy), apostaría por la segunda opción. En cualquier caso, gozamos de un asiento en primera fila para presenciar este drama e informaremos de las novedades durante el intermedio.

Leovold

* * * * *

Su Majestad la reina Marquesa, la Rosa Negra, primera de su nombre; líder del consejo, garante del gobierno legítimo, única soberana de la Alta Ciudad, auténtica heredera del trono de Paliano y todos los derechos y privilegios que este conlleva.

Alias: la Rosa Negra, Marquesa d'Amati

Según mi experiencia, existen dos clases de bestias de caza. Las primeras existen por la emoción de la caza y se regocijan sirviendo a sus amos. Encontrarás a estas criaturas siguiendo los carruajes, correteando detrás de los caballos y ladrando alegremente. Estas bestias no son una amenaza para el carruaje ni para los caballos. Simplemente, disfrutan corriendo.

Luego están las otras. No hay forma de distinguirlas durante la caza, ya que ambas clases se sienten orgullosas y realizadas al perseguir a sus presas. La diferencia está en su propósito. Las bestias del segundo tipo rastrean y matan porque es su función; cualquier manifestación de alegría es una coincidencia o una fachada. Estas bestias cazan porque fueron creadas para esa finalidad. Puede que hoy maten lo que les indique su amo, pero, en ausencia de un maestro, *matarían igualmente*.

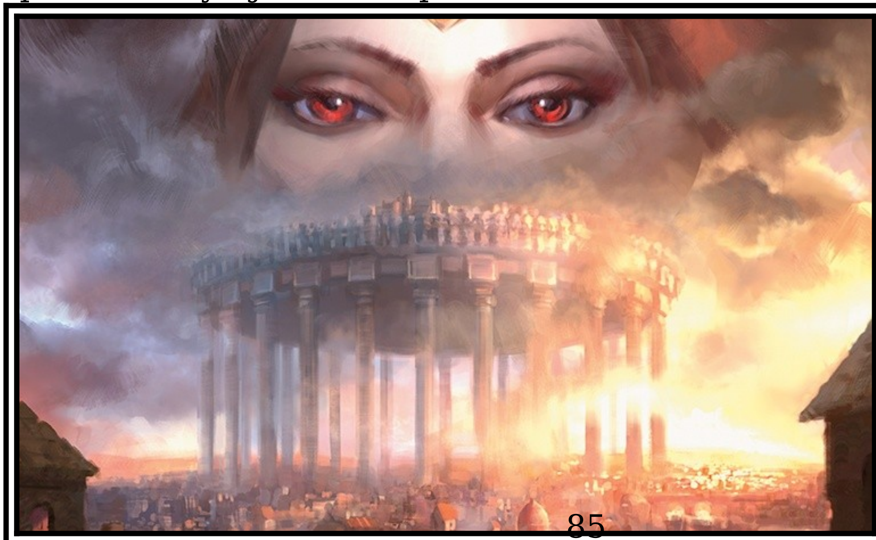
Marquesa es una criatura del segundo tipo.

No culpo a mi predecesor de no haber detectado los indicios. El personaje que había cultivado, aquella gentil "madre de asesinos" que había representado durante años, señalaba hacia una ambición específica: ejercer control e influencia desde las sombras. En retrospectiva, esa imagen pública no era más que una distracción. El objetivo de Marquesa siempre ha sido el trono. Siempre.

En las calles, algunos la llaman usurpadora. He escuchado mofas sobre su "apropiación del poder" en el vacío dejado por Brago, pero su intención no solo es hacerse con el poder.

Su intención es gobernar.

Pocas horas después de su ascenso al trono se realizaron proclamas y ejecutaron políticas claramente elaboradas desde hacía semanas e incluso meses, todas con el objetivo de consolidar su poder, conseguir la aceptación intranquila de los ciudadanos y legitimar su



mandato. Si el pueblo obedece sus edictos, ¿cómo se podría negar que sea la reina?

Las semanas y meses venideros serán cruciales. Todo este golpe podría fracasar si se aplica la presión adecuada, pero, al mismo tiempo, la presión de otros colectivos podría consolidar el poder de Marquesa. He ofrecido una tentativa de negociación oficial en representación de Trest. Te informaré con la mayor prontitud cuando reciba la respuesta de Su Majestad.

Leovold

* * * * *

Grenzo, alcalde de las mazmorras reales

Me encantan los trasgos. Sé lo que pensarás, ¡pero es verdad! Un trasgo, debido a su naturaleza, nos ayuda a entendernos a nosotros mismos. Un trasgo es todo lo que no somos: agresivo, salvaje, basto y ruidoso. Cuando un trasgo acepta su naturaleza y se convierte en la culminación de lo que puede llegar a ser, no puedo evitar sentir simpatía por él. Lo mismo podría ocurrirme con Grenzo, si no fuese por la ligera preocupación de que su chusma y él me asesinarán por la noche junto a todas las personas que aprecio.

Grenzo se conformaba con formar parte del engranaje de Paliano y se había situado en una posición que le permitía controlar una parte considerable de los bajos fondos. Al servir como alcaide de las prisiones de Brago y contar con la lealtad incondicional de una red de fiadores, cazarrecompensas y bandas criminales, Grenzo era una fuerza poderosa en la ciudad y nunca necesitaba ensuciarse las manos (esto solo es un decir: intuyo que sus manos estaban sucias en todo momento).

En ausencia del apoyo de Brago (se desconoce por completo qué suceso provocó que el antiguo rey tolerara y apoyara las operaciones del alcaide), ha adoptado una táctica distinta que me sorprende tanto más como menos que sus antiguos métodos: ha iniciado una rebelión abierta. Grenzo incita a las turbas a la violencia, aunque no contra la propia reina, sino contra la idea de la ciudad en sí. Ya se ha aprovechado en dos ocasiones de las multitudes congregadas por la capitana Adriana, infiltrándose en ellas y convirtiendo esas manifestaciones en revueltas violentas. Sus metas me resultan completamente opacas; desde luego, no pretende hacerse con una posición de poder, a menos que tratar de causar la perdición de *todas* las posiciones sea un medio para lograr ese fin.



¿Esta anarquía es una auténtica filosofía política? Me gustaría dar a Grenzo el beneficio de la duda en este asunto, ya que le he tomado cariño con el paso de los años. ¿Quizá lamente la pérdida de su rey y utilice la ira como forma de expresarlo? Lo dudo, pero no puedo descartar la posibilidad. ¿Puede que este causando este caos a petición de la reina? Parece atípico de la clase de juegos favoritos de Marquesa. O, simplemente, Grenzo tal vez haya vuelto a dejarse llevar por sus instintos más básicos: destrozar y quemar cosas por la pura gloria de oír el sonido de cristal estallando y ver las luces danzantes de las llamas. Sea como fuere, he ordenado a mi personal diplomático que se mantenga alejado de las grandes multitudes, puesto que las calles son más inestables que nunca.

Leovold

* * * * *

Nota: *la semana pasada, uno de mis agregados diplomáticos interceptó una entrega anónima de un agente de la reina. ¡Imagina lo sorprendido y halagado que me sentí al descubrir que el contenido era un dosier acerca de mi humilde persona! He tomado cada palabra de dicho documento como un elogio sincero.*

Embajador Leovold de Trest

A Vuestra Majestad la reina Marquesa, la Rosa Negra, primera de su nombre; líder del consejo, garante del gobierno legítimo, única soberana de la Alta Ciudad, auténtica heredera del trono de Paliano y todos los derechos y privilegios que este conlleva.

Siguiendo Vuestras instrucciones, he recabado la siguiente información acerca del recién nombrado embajador de la ciudad-estado de Trest. Ha dado a conocer su presencia en la ciudad organizando toda clase de fiestas, banquetes y otros eventos con la explícita intención de fomentar el "intercambio cultural".

Los trestianos parecen tener problemas con nuestras costumbres culturales y optan por exhibir su riqueza y supuesto refinamiento, pero los asistentes a esos eventos los han calificado de chabacanos y torpes. Puesto que los elfos de Trest favorecen lo primitivo y subdesarrollado, esto no es ninguna sorpresa. El propio Leovold parece satisfecho con su papel de anfitrión obsequioso y bufón de la corte, con sus gestos excesivos y sus osadas proclamaciones de amistad. Semeja que Leovold trata de congraciarse tanto con la nobleza como con el pueblo llano. Ha logrado cierto éxito, ya que la delegación trestiana suele ser bienvenida en la alta sociedad y entre las clases inferiores.



Por otro lado, la embajada posee un pequeño contingente de guardias armados; dado el limitado personal de la embajada, esto no resulta sorprendente.

Aunque los guardias parecen bien entrenados, es

Leovold

evidente que no adoptan una actitud agresiva, sino que parecen contentarse con disfrutar de las vistas y los sonidos de la más grandiosa ciudad de Fiora.

No obstante, se rumorea que los miembros de la delegación trestiana están relacionados con pequeños incidentes diplomáticos y se sospecha que participan en labores de espionaje y similares. Hay dos explicaciones potenciales para estos informes. O bien Leovold y sus agregados se han involucrado en labores de espionaje altamente sofisticadas contra el estado, o bien los miembros de su delegación tienen tendencia a husmear en asuntos ajenos y realizar pequeños hurtos.

Considero que la segunda posibilidad es mucho más probable, pero admito que no puedo descartar completamente la primera. Continuaré observando los movimientos del embajador, pero, dada nuestra situación actual, recomiendo no emplear demasiados recursos en ello. Tenemos asuntos mucho más urgentes entre manos.

Lucia Covi, Espina de la reina

* * * * *

Se levanta el telón

¡Qué gran época para vivir en Paliano! Las piezas están en su lugar, las luces están encendidas y el juego está a punto de empezar. Todas las miradas están puestas en la reina y en sus preparativos para enfrentarse a Adriana, la capitana renegada. Gran parte de la guardia de la ciudad ha sido reemplazada por tropas leales a Marquesa, pero se trata de espías y asesinos encumbrados, no de un grupo entrenado para mantener el orden; la mayoría de ellos se sentirían más cómodos empuñando un estilete en un callejón oscuro que cabalgando bajo una armadura de malla.

¿Y los antiguos guardias? Algunos han sido encarcelados, pero ¡las prisiones son un colador! Grenzo no siente interés por ayudar a la reina a mantener el orden y prácticamente ha renunciado a su cargo. Adriana ha organizado varios rescates ciertamente audaces para recuperar a sus antiguas tropas; entre estas fugas cabe destacar una en la que participaron una hidra domesticada, un carro con empanadas de carne y un trío de soldados irrisoriamente disfrazados de lavanderas. Pero no nos desviemos del tema.

Adriana afirma luchar por la ciudad, como si esta fuese una especie de ideal encarnado. Un concepto exquisitamente poético, aunque sus tácticas sean de lo más físicas: manifestaciones demasiado multitudinarias como para aplacarlas pacíficamente, asaltos coordinados contra algunas de las antiguas bases de la reina... Y discursos; digamos que a la buena mujer no le desagrada oír el sonido de su propia voz.

Aunque todas las miradas estén puestas en el escenario principal, las tierras interiores también bullen de actividad. Algunas figuras, como la ilustre y célebre Selvala, pretenden aprovechar esta agitación para tratar de acabar con la desidia y los excesos de la nobleza, tan descaradamente cortejada por la nueva reina. Otros se preguntan qué ha sido de los restos de la disuelta Academia. La mayoría de los antiguos maestros permanecen en la ciudad y se han retirado a sus talleres privados (algunos de los cuales se podrían definir más bien como pequeñas fortalezas), cuyas luces continúan encendidas todas las noches, proyectando sombras en los muros hasta que el amanecer las disipa.

En definitiva, nos encontramos en lo alto de una montaña de leña mientras los niños corretean por las calles, antorchas en mano. Hemos realizado preparativos para actuar ante cualquier eventualidad, o también podemos mirar para otro lado y granjearnos el favor de los vencedores. Aguardaré nuevas instrucciones con mano capacitada y firme.

Atentamente,

Embajador Leovold de Trest

Mercadia



Este plano está plagado de improbabilidades e inversiones: su ciudad más grande se asienta encima de una enorme montaña invertida y

los trasgos están en la cima del orden social. El comercio es el alma de Mercadia y la elaborada diplomacia y los acuerdos comerciales entre los trasgos y los seres humanos de la Ciudad de Mercadia y los tritones de Saprazzo definen el plano.

Gerrard y la tripulación del Vientoligero terminaron en este plano después de arrojarse ciegamente de Rath. Aterrizaron en Mercadia y el Vientoligero fue tomado por un grupo de piadosos rebeldes humanos llamados Cho-Arrim. Gerrard y sus aliados tuvieron que hacer tratos delicados con múltiples facciones de Mercadia para recuperar el barco, asegurar partes para su reparación y marcharse del plano.

Los héroes entonces descubrieron que la montaña invertida sobre la cual se asienta la Ciudad de Mercadia era de hecho hueca y que albergaba una enorme flota de buques de guerra Pirexianos que se estaban construyendo para invadir Dominaria. Los trasgos Kyren que controlaban Mercadia estaban bajo el empleo de Pirexia. Después de un ataque preventivo en contra del embarcadero el Vientoligero dejó el plano para defender Dominaria.

Todos los que precedieron

Cho-Akhan es una cuidadora de los muertos que vive con su familia en una pequeña aldea Cho-Arrim de las profundidades de Rushwood. La vida en la aldea es tranquila y pacífica, y el largo brazo de la Ciudad de Mercadia parece estar increíblemente lejos...

La mañana empezó igual que muchas otras: con un fallecido.

Cho-Akhan estaba acostumbrada a los muertos. Su madre... Bueno, la madre que la había traído al mundo, no la otra. Su madre era cuidadora de los muertos y recibía y se ocupaba de los cuerpos abandonados de los Cho-Arrim para poder enviar sus almas al descanso. Su padre también había sido cuidador, hasta que se unió a las filas de sus cargos. De hecho, 'Akhan procedía de una larga estirpe de cuidadores. Por eso no le resultó nada fuera de lo ordinario que su jornada empezase al levantarse con el sol, asearse,

vestirse y unirse a su madre, Cho-Fihad, para preparar el cuerpo de una mujer de la aldea.

La mujer, una exploradora llamada Cho-Hanni, había estado enferma. Algo la había devorado por dentro mientras aún estaba llena de vida. El olor de su cuerpo cuando la recibieron era inusual, supuso 'Akhan. 'Fihad pasó una mano por el rostro ceniciento de Cho-Hanni e indicó a 'Akhan que saliese a buscar más hierbas aromáticas para rellenar el cuerpo antes de enviarla. Cho-Hanni no querría descender por el río sabiendo que su cuerpo olería así, incluso aunque fuesen a incinerarla al término.

'Akhan negó con la cabeza mientras 'Fihad no miraba. 'Fihad tenía muchas ideas sobre lo que querían o no querían los muertos. Muchos adultos de la aldea también lo hacían, como si los muertos pudieran querer algo. 'Akhan se ocupaba de los muertos; sin embargo, a diferencia de lo que claramente opinaba su madre, 'Akhan no creía que ellos correspondieran el gesto.

—¿Pensarás al menos en mi idea del jardín? —le preguntó mientras se echaba al hombro la bolsa de recolección—. Cultivar las hierbas nos facilitaría el trabajo. Tenemos espacio de sobra en la parcela. ¿Y si traigo algunas plantas más para sembrar?

—Eres insistente, hija... —'Fihad movió la cabeza a un lado y a otro con una sonrisa indulgente—. Sabes que las hierbas crecen mejor en el bosque. Las hierbas cultivadas en un jardín echarían en falta la naturaleza; añorarían los árboles y el río.

'Akhan se obligó a sonreír y aseguró la bolsa. Tenía dieciséis años y sabía que discutir no serviría de nada.

Pero quería hacerlo. Vaya si quería hacerlo. 'Akhan imaginó el resto de la conversación mientras recorría el camino de tierra que daba a las afueras. Le parecía absurdo tener que ir tan lejos para recolectar cosas que podían cultivar en casa. Se le daban bien las plantas, al igual que a su hermano, Cho-Ran. Sabía que la ayudaría con el jardín cuando no estuviese fuera con los demás exploradores. 'Fihad ni siquiera tendría que hacer nada...

Llegó al río y lo siguió un trecho. Escuchó los sonidos que hacía al descender por su lento cauce lleno de rocas y raíces. 'Fihad creía que estaba repleto de almas que se dirigían al mismo lugar que Cho-Hanni. Cómo no iba a creerlo. 'Akhan siguió hacia el norte y se alejó del río para dirigirse a una pequeña espesura donde crecían las hierbas aromáticas. Se le ocurrió que las cultivaría tanto con permiso como sin él. ¿Qué podría hacer 'Fihad? ¿Arrancar las hierbas cuando las viese crecer detrás de casa?

Coció el plan en su cabeza hasta que llegó al lugar de recolección, sumida por completo en sus pensamientos. Y habría seguido cociéndolo de no haber sido por el enorme troll astado que apareció con estruendo entre los árboles y se plantó en el camino.

La sorpresa la hizo trastabillar hacia atrás. Tropezó con una raíz gruesa y medio cayó, medio patinó por una pendiente que había pasado por alto. La cuesta terminaba en una especie de hoyo y 'Akhan se tumbó y se apretó en el refugio que ofrecía, esperando que la criatura no la hubiera visto.

El troll era grande y parecía muy enojado. Varios terrones rodaron por la ladera y cayeron por encima del escondite de 'Akhan, quien enterró la cabeza entre la maleza. "Vete", pensó desesperada. "Vete, vete, vete".

Tras lo que parecieron una eternidad o dos, las pisadas del troll se alejaron con estruendo entre los árboles y la espesura. "Y seguro que también ha pisoteado mis hierbas", se temió 'Akhan. Se puso en cuclillas y sacudió la mayoría de la tierra que manchaba su ropa.



Cuando volvió a ajustar la bolsa al hombro, algo llamó su atención.

Había ido a recolectar hierbas muchas veces. De los lugares donde crecían, aquel era el lugar más cercano y rara vez se aventuraba más lejos en la espesura. Sin embargo, no tenía por costumbre ocultarse en aquel hoyo para huir de un troll furioso, así que tenía disculpas para no haber visto aquel sospechoso pilar de piedra tallada que parecía la mitad de una entrada. El pilar no era mucho más alto que ella y estaba cubierto de enredaderas gruesas. Y detrás de él...

Cuando se dio cuenta de lo que hacía, 'Akhan ya había apartado las enredaderas. Sus esfuerzos revelaron más piedras derruidas y encajadas defectuosamente; también presentaban tallas que, por lo que supuso, eran una especie de escritura. No cabía duda de que era una entrada. Una entrada con un terraplén justo encima.

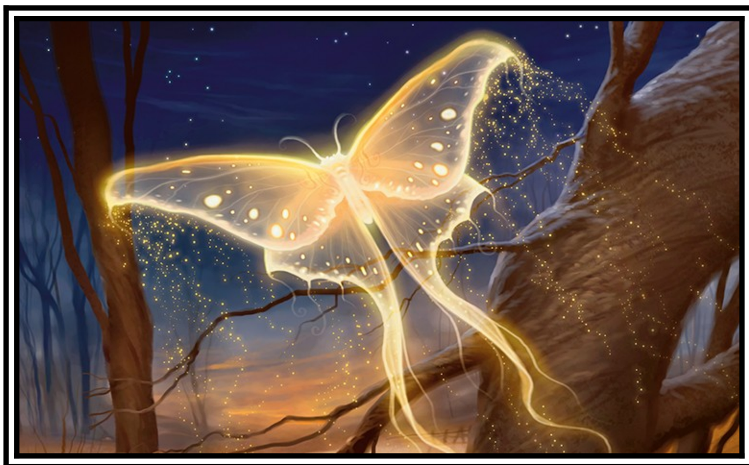
Movida por la curiosidad, 'Akhan retiró piedra tras piedra hasta abrir un hueco lo bastante ancho como para pasar por él. El interior olía a cerrado y el ambiente apenas cambió cuando una corriente de aire entró por el acceso recién abierto. 'Akhan avanzó a tientas, tocando paredes de tierra. La escasa luz del exterior no tardó en desaparecer por completo. Deseó tener alguna fuente de luz para el camino, pero era demasiado tarde para volver atrás. Estaba decidida a continuar.

De repente, el estrecho pasadizo dio paso a una pequeña sala. Las paredes se separaron y el espacio que la rodeaba se volvió aún más oscuro. Allí, en medio de la sala, distinguió una silueta que destacaba ligeramente en medio de la oscuridad. Parecía un plinto y había algo sobre él...

Un cuerpo.

'Akhan se acercó despacio. Vio que se trataba de un cuerpo antiguo, increíblemente antiguo. Estaba envuelto en un tejido seco. Y ¿qué era aquello que le cubría el rostro? Parecía emitir una luz

apenas perceptible. 'Akhan se aproximó y acercó las manos con cautela...



Una masa brillante emergió de pronto entre de sus dedos inquisitivos. Se apartó de un salto, con el corazón golpeándole las costillas. Eran polillas: una nube de polillas con un brillo tenue había surgido del objeto bajo sus manos.

Envuelta en el revoloteo silencioso de decenas de polillas, 'Akhan volvió a examinar el rostro, ahora iluminado desde el exterior.

Era una máscara. El cuerpo llevaba puesta una máscara hecha pedazos.

No... No estaba hecha pedazos: las piezas de la máscara estaban incrustadas en la carne momificada del rostro. Imaginó lo que se sentiría cuando tu piel crece sobre trozos de cerámica, integrándola y acogiéndola...

De repente notó la necesidad imperiosa de salir de la cueva. Las polillas se arremolinaron a su paso.

* * * * *

'Akhan regresó a casa con la bolsa llena de hierbas y, aunque madre Cho-Shadi enarcó las cejas al verla llegar mientras afilaba su lanza, madre 'Fihad no dijo nada por el retraso. Simplemente sonrió y pidió a 'Akhan que la ayudase a preparar las hierbas.

—He visto un troll —comentó 'Akhan sin alterarse mientras metía las hierbas en saquitos de lino. 'Fihad ya había extirpado los órganos de Cho-Hanni, ennegrecidos; los saquitos de 'Akhan ocuparían su lugar dentro de poco.

Madre 'Shadi, quien no tenía miedo a nada, se movió casi imperceptiblemente. Madre 'Fihad suspiró y recogió uno de los saquitos de 'Akhan—. Están inquietos.

Mucho más de lo habitual... —dijo frunciendo el ceño—. Se avecina algo malo. Rushwood tiene miedo. —Ensanchó las fosas nasales—. Esto huele a la Ciudad de Mercadia.



—Mamá, no se avecina nada malo —contestó 'Akhan apretando la mandíbula.

La preocupación por la Ciudad de Mercadia era un asunto antiguo

—.Los mercadianos nunca han venido aquí. Prefieren quedarse en su opulenta ciudad y nunca envían soldados al exterior. Entregó a 'Fihad otro saquito de hierbas. Escucha a la adulta de tu hija, 'Fihad —se burló madre 'Shadi—. Qué bien conoce los asuntos del imperio. Qué segura está de que esa enorme jaula no se mueve.

—La gente de ciudad prefiere sus ciudades, y las ciudades no se mueven —replicó 'Akhan apretando aún más la mandíbula—. Ni Mercadia ni otras ciudades van a venir. Si queréis preocuparos por algo, preocupaos por hacerme ir tan lejos a recolectar hierbas, cuando tenemos una parcela estupenda aquí mismo. 'Ran me ayudaría a cultivarla. ¡Además, así no correría peligro de que me devoren los trolls!

'Fihad mostró la sonrisa triste que delataba que había recordado al padre de 'Akhan, seguramente por algún rasgo en el rostro, la voz o los gestos de su hija. Tal vez por eso había escogido a 'Shadi seis años después de que su marido se hubiera adentrado en el río. La dura 'Shadi, veloz con su lanza y parca en palabras, era tan diferente del padre de 'Akhan como un jaguar de un cordero. 'Akhan sintió la misma incomodidad que la invadía cada vez que veía aquella sonrisa y habló sin pensar:

—También he encontrado una muerta.

'Fihad, preocupada, apartó la vista de Cho-Hanni—. ¿Era alguien de la aldea? ¿La enfermedad se está propagando?

—No, no era de la aldea —negó 'Akhan de inmediato—. Llevaba tiempo muerta, oculta en una cueva. —Se llevó las manos al rostro para dar énfasis—. Tenía una máscara incrustada en la cara.

—Parece que has encontrado a una de nuestros antiguos chamanes —dijo 'Fihad entornando los ojos—. No quedan muchos; Rushwood tiende a devorarlos.

—¿Una chamán? —'Akhan arqueó una ceja—. Los chamanes solo vaticinan cómo serán las cosechas y bendicen las cacerías. Recitan palabras de alivio cuando alguien muere. Ese tipo de cosas. —"No se incrustan piezas de cerámica en la piel".

—Puede que no sea una chamán actual. Mi madre me contaba historias. Me dijo que, hace mucho tiempo, nuestros antepasados honraban a su pueblo con máscaras. No solo a sus propios ancestros, sino también a los vivos, a los padres, hermanos e hijos con los que compartían su mesa. —Bajó la vista hacia Cho-Hanni, quien aguardaba a que la cosieran y la envolvieran en telas—. Honraban a los vivos y a los muertos por igual.

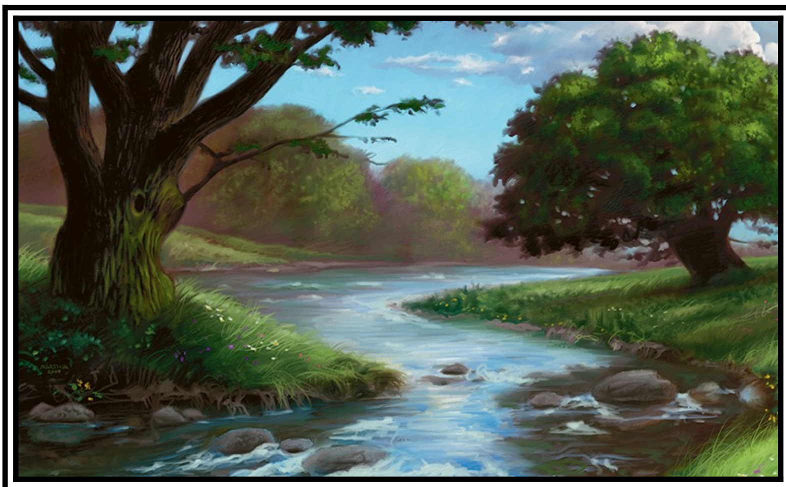
—Mm... —'Akhan tendió a su madre las finas agujas de hueso, lo bastante agudas como para atravesarte un dedo sin que lo notases—. A los vivos y a los muertos. Ya veo. —No quería mostrar interés. 'Fihad siempre interpretaba eso como una invitación para divagar sobre misticismo antiguo y ríos antiguos que cobijaban almas antiguas. Sin embargo, sentía interés, y eso casi la molestó más que cualquiera de las creencias de su madre.

'Fihad recogió las agujas y enhebró una para emprender la tarea de cerrar de nuevo el cuerpo de Cho-Hanni—. Suena extraño, ¿verdad? Aquellos chamanes componían sus máscaras con todo tipo de piezas distintas, como si fuese un rompecabezas o un mosaico. Cada pieza servía para representar o canalizar una característica distinta de su pueblo. Era una especie de retrato de quiénes eran y qué podían hacer. Hay un gran poder en esa clase de unión. Qué lástima que hayamos olvidado esa tradición.

—Un retrato, claro. —'Akhan negó con la cabeza exageradamente y siguió trabajando en silencio, pero lo que sentía en su interior era una ligera emoción.

* * * * *

Habían pasado muchas horas desde que habían entregado al río el cuerpo de Cho-Hanni, que descansaba en unas aromáticas andas de cedro y estaba envuelta con los colores del luto. Su chamán, un chamán normal con una cara normal, había pronunciado unas palabras junto al cuerpo mientras madre 'Fihad se tapaba los ojos. Los cuidadores hacían eso para que el alma pudiese abandonar el cuerpo y adentrarse en el río sin que todo el mundo la observara, y 'Akhan había realizado el gesto sin auténtica intención. Tan solo era una costumbre que tenía desde niña. El río era pacífico y hermoso, un lugar adecuado para un funeral. Pero el río no era una especie de senda mágica para las almas. Cho-Hanni había fallecido. Fin de la historia.



Ahora había oscurecido y una fuerte lluvia de verano repiqueteaba en el tejado. Por encima de la lluvia se oían los ronquidos de 'Ran, que dormía al otro lado del panel de tela que los separaba. Su hermano mayor había vuelto a casa justo después de que incinerasen el cuerpo de Cho-Hanni y esparcieran las cenizas en el río. Como 'Akhan esperaba, 'Ran no traía noticias de soldados mercadianos ni máquinas de guerra, aunque sí contó un relato descabellado sobre el ataque de un oso, que hizo que madre 'Shadi se riera entre dientes y le diera un coscorrón. A juzgar por los ronquidos, su hermano dormía profundamente y se despertaría temprano para ponerse en marcha de nuevo.

También había accedido a ayudarla con el jardín y le había hecho un guiño de complicidad cuando madre 'Fihad estaba distraída. El día siguiente parecía prometedor.

Los sonidos nocturnos tendrían que haberla ayudado a dormir, pero en realidad la mantuvieron en vela. Siguió pensando en la chamán muerta y su máscara pictórica, oculta y olvidada en aquella cueva derruida.

"Al menos tenía aquellas extrañas polillas para acompañarla y recordarla. Para ofrecerle una luz que la guiase..."

Cuando se dio cuenta de lo que hacía, 'Akhan se había vestido y se había escabullido por la puerta, confiando en que la lluvia y los sonoros ronquidos de 'Ran disimulasen sus propios pasos. La lluvia martilleó su piel y aplanó sus cabellos negros en un instante.

Partió rumbo al río.

Siguió sus pasos del día anterior y caminó junto al cauce del río. El caudal era más abundante y corría más raudo, desbordándose en las orillas y avivándose con la lluvia. 'Akhan estaba a punto de adentrarse en la espesura cuando algo la detuvo de golpe.

Ese algo era madre 'Shadi, empapada bajo la lluvia y con su gran lanza en la mano. Observaba completamente inmóvil un gran cuerpo que yacía a sus pies. El agua que caía de la punta del arma estaba teñida de rojo.

—Muerto por dentro... —murmuró mientras 'Akhan se acercaba. Giró la punta de la lanza para señalar el cuerpo. Fascinada, 'Akhan siguió la indicación con la mirada y vio el cadáver del troll astado, muerto en el barro. 'Shadi le había rajado el vientre y unas vísceras apestosas y ennegrecidas asomaban por el corte.

—Como Cho-Hanni... —masculló 'Akhan. El olor a enfermedad era perceptible incluso en medio de la lluvia.

Se le revolvió el estómago.

* * * * *

Más aldeanos enfermaron al poco tiempo. Cho-Annu, el fabricante de lanzas. Cho-Biaal, que se pasaba el día haciendo la colada para enterarse de los cotilleos que se contaban en el río. Cho-Tunni, que cuidaba de tres perros y ningún marido. Personas que 'Akhan conocía de toda su breve vida. Habían enfermado una a una. Los sanadores probaban todas las soluciones que conocían, artes tanto antiguas como nuevas, pero los enfermos ardían de fiebre. Uno a uno, siguieron el mismo camino que Cho-Hanni. Cho-Annu, Cho-Biaal y Cho-Tunni llegaron al hogar de 'Akhan y sus madres y se convirtieron en ceniza para el gran río.

'Ran, con su cabello azabache, primogénito devoto, adorado hermano de 'Akhan, sintió sus pulmones encoger y ennegrecer dentro de él. Murió en su hogar; solo hubo que desplazarlo un metro para prepararlo para su viaje.

"Su viaje". Aquellas palabras no pronunciadas dejaron un sabor amargo en la lengua de 'Akhan. Ya no plantarían juntos un jardín. Madre 'Fihad acarició el pelo de su hijo, todavía húmedo de sudor—. El río le mostrará el camino. Le llevará a su lugar de reposo.

Una polilla marrón, atrapada dentro de la casa, golpeaba contra el techo en busca de una salida. 'Akhan vio cómo luchaba y se

sintió inútil y enfadada—. Ese río no tiene nada de especial —espetó—. 'Ran está muerto. —Y entonces añadió en voz baja—. No va a volver.

'Fihad no respondió y 'Akhan fingió no darse cuenta de que su madre lloraba mientras preparaba el cuerpo de su hijo. Apretó la mandíbula hasta rechinar los dientes y contó los saquitos de hierbas. Había preparado muchos últimamente. Por primera vez, envidió las creencias de su madre. 'Fihad encontraría paz en algún aspecto de aquella situación, incluso con su hijo muerto entre los brazos. En cambio, 'Akhan estaba segura de que no encontraría la paz para sí misma.

La polilla seguía luchando, golpeando su pequeño cuerpo contra el techo una y otra vez. 'Akhan quería gritar. "¡Hay una ventana!", pensó. "Está ahí mismo. Solo tienes que cruzarla para ser libre".

Solo tienes que cruzarla.

La máscara acudió de pronto a sus pensamientos. La máscara de la chamán muerta, al otro lado de la entrada, bajo tierra, iluminada con conocimientos antiguos y un susurro de alas polvorientas. "Ella habría visto esto", pensó 'Akhan. "Si de verdad tenía poder y mi madre tiene razón, ella había previsto esto. ¿Verdad?".

'Akhan se pasó una mano por los ojos y descubrió un velo de lágrimas.

* * * * *

'Ran llevaba nueve días en el río cuando 'Shadi trajo noticias. Varios exploradores Cho-Arrim, galvanizados tras la muerte de 'Ran, se habían embadurnado los ojos con sus cenizas y se habían internado en la espesura de Rushwood, 'Shadi entre ellos. Habían regresado poco antes del alba informando sobre la presencia de pequeños grupos de mercadianos que lucían la insignia de su brillante ciudad. Los soldados llevaban equipamiento ligero, pocas armas. Sin embargo, los árboles se estremecían y gemían a su paso. Las raíces se retorcían bajo tierra y los tamarindos caían de sus hogares y se pudrían en lechos de hojas muertas.

Ellos habían traído la enfermedad a Rushwood.

—No son más que unos carroñeros —masculló 'Shadi mientras se limpiaba la tierra de sus brazos nervudos—. Pretenden acabar con nosotros sin tener que enfrentarse a un solo Cho-Arrim, para luego despojar nuestros cadáveres.

"Rushwood tiene miedo."

"Mercadia no se aproxima."

'Akhan nunca se había sentido tan culpable en toda su vida. La sensación caló en sus huesos, pesada y oscura. Antes se habría jugado la vida a que los temores de 'Fihad eran las supersticiones de una adulta que no entendía que el mundo había cambiado. Sin embargo, 'Fihad tenía razón y 'Ran había pagado con su vida por el error de 'Akhan



Había muerto por culpa de ella. Porque no había creído a su madre. Porque solo sabía preparar los cuerpos, no salvarlos. Porque, porque, porque...

Aquella noche, cuando la luna se alzaba sobre la enramada, 'Akhan abandonó su casa y su procesión de congéneres muertos. Las polillas marrones revoloteaban en el aire a su alrededor y sus alas atrapaban la luz de la luna.

Vieron cómo se marchaba.

Caminó despacio entre el frío húmedo, se dejó guiar por la corriente del río y descendió hacia la antigua tumba y la máscara de chamán. Su cuerpo parecía hueco. Su corazón parecía repleto de polillas revoloteantes. Polillas bajo la luz de la luna. Polillas bajo la máscara. Sentía que, si abría la boca, saldrían revoloteando de su garganta.

Miró fijamente a la chamán, inescrutable y fallecida tiempo atrás. La observó y entonces abrió la boca. Las polillas que llenaban su interior salieron en desbandada. Las polillas que llenaban la máscara levantaron el vuelo y se dispersaron.

Gritó y gritó.

Al principio no tuvo palabras. Toda una vida de confianza se había quebrado. Un hermano mayor que había vivido en los bosques salvajes, muerto en el suelo de su hogar. Un padre que no había despertado y una madre que había llorado todas las noches mientras sus jóvenes hijos trataban de no escucharla. Una gruesa capa de cenizas que cubría el lecho del río. Mercadia.

Mercadia.

Mercadia.

—¿Por qué? —susurró con los labios secos. Se dejó caer contra una pared de tierra, exhausta. "¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué nos morimos? ¿Por qué te quedas aquí, con tu máscara y tus secretos, observando mientras mi mundo se desmorona?"

Cerró los ojos.

—Los Cho-Arrim no recuerdan —dijo una voz en su cabeza—. Antaño lo sabían. Cómo ser muchos.

—Pero... ¿cómo? —murmuró ella. Sabía que iba a quedarse dormida, hablando con una habitación vacía. No le importó. Ya se había equivocado en muchas cosas.

—La máscara tiene poder —intervino otra vez la voz—. Hazla con piezas de tu mundo. Conviértete en reflejo de tu pueblo. —Un momento de duda—. Pero tú te perderás. Te convertirás en una imagen de todos los demás, pero la imagen te cubrirá.

Las lágrimas brotaron de los ojos cerrados de 'Akhan.

—Mm... Me cubrirá. Ya veo. —Contuvo una exhalación temblorosa. Sintió el peso aplastante de la razón de madre 'Fihad, de la lanza ensangrentada de madre 'Shadi, de la capital que había hecho un gesto y había matado a 'Ran a miles de kilómetros de distancia. Todas aquellas muertes llenaban el aire con cenizas.

—No me importa que me cubra —afirmó—. Si eso salva a mi pueblo, no me importa. No he ayudado a mi familia. No he podido salvar a mi hermano. Perderme a mí no es una pérdida tan grande.

—Siempre es una gran pérdida que una familia pierda a un joven. —La voz sonó triste en esta ocasión.

—Entonces —dijo 'Akhan con una sonrisa—, me aseguraré de que ninguna otra familia sufra por ello.

La decisión estaba tomada. Las polillas aletearon a su alrededor y levantaron una tormenta de alas y luz. 'Akhan sabía que no tendría tiempo de elaborar una máscara antes de que la marea del imperio se estrellase contra ellos... Pero quizá no necesitaría hacerlo

Sus ojos se entreabrieron. Miró en dirección al cuerpo.

* * * * *

Dolor.

'Akhan podía sentir la sangre en su rostro, brotando de los puntos donde la piel estaba abierta. A la luz de lo que parecían cientos de pequeñas alas, había arrancado las piezas de máscara de la chamán muerta. Su portadora no había opuesto mucha resistencia. Después, sin darse tiempo a dudar, 'Akhan había empezado a incrustar los fragmentos polvorientos de cerámica en su propio rostro.

"Por 'Ran. Por mis madres. Por los Cho-Arrim".

El dolor la partía como a un fruto maduro. Varias flores rojas y ensangrentadas crecían en las grietas de su piel.

También sentía el poder. Oleadas de poder que crecían tras sus dientes y en el interior de sus muñecas, propagándose en grandes sacudidas por los delgados músculos de su espalda. Por breves momentos, mientras regresaba dificultosamente a la aldea, habría jurado que sus pies dejaban el suelo atrás. Por una fracción de segundo, incluso flotó, pero luego tropezó al dar el siguiente paso y estuvo a punto de caer de rodillas. Una gran fuerza fluyó por sus extremidades y luego se agotó, dejándola en dificultades para poner un pie delante del otro. Pestañeó y Rushwood dio paso a filas y filas de soldados mercadianos, cuyos yelmos brillaban al sol. Y delante de

ellos, madre 'Shadi les hacía frente a la cabeza de un batallón de guerreros Cho-Arrim. Estaban preparados.

Pestañeó otra vez y volvió a encontrarse en el bosque. Los ejércitos habían desaparecido.

"Mercadia se aproxima", pensó entre la confusión y las sacudidas de poder. "Mercadia se aproxima y madre 'Shadi va a intentar rechazarla".

Tenía que llegar junto a ellos. Tenía que llegar a la aldea y encontrar a 'Shadi. Encontrar a sus guerreros. Necesitarían el arma que traía consigo, el arma...

Con un dolor terrible en el vientre, se dio cuenta de que no llegaría a tiempo. Quería llevarles una gran arma, algo que arrojar contra los invasores para demostrarles la fuerza de los Cho-Arrim, pero su cuerpo y su mente se estaban haciendo pedazos bajo la tensión de la máscara de la chamán muerta. Aquel poder era prestado y no podía encontrar la manera de arraigar en 'Akhan.

Sintió humedad en la piel.

El río. Estaba en el río.

Justo antes de sumergirse, creyó ver que la superficie del agua brillaba ligeramente. "El río está lleno de almas", pensó. "Madre 'Fihad querría que me tapara los ojos".

Se hundió en la superficie brillante y sintió el agua llenando los espacios entre su carne y los fragmentos de máscara. Alivio. Alivio del dolor, alivio de los vestigios pasajeros del poder enterrado tiempo ha. Abrió los ojos.

Los muertos la observaban.

Estaban en todas partes. Los Cho-Arrim, como ella, y otras personas más antiguas que los Cho-Arrim se arremolinaban en la corriente. Supuso que debía sentirse atemorizada. O, quizá, trascendente.

"Ahí estáis", pensó al final. Deseó que 'Fihad pudiera ver aquello. Todas las cenizas esparcidas en el río, todos los rituales... No estaba vacío en absoluto.

Se le hizo un nudo en la garganta. "Creía que habíais desaparecido. Que todos os habíais ido".

"Lo siento".

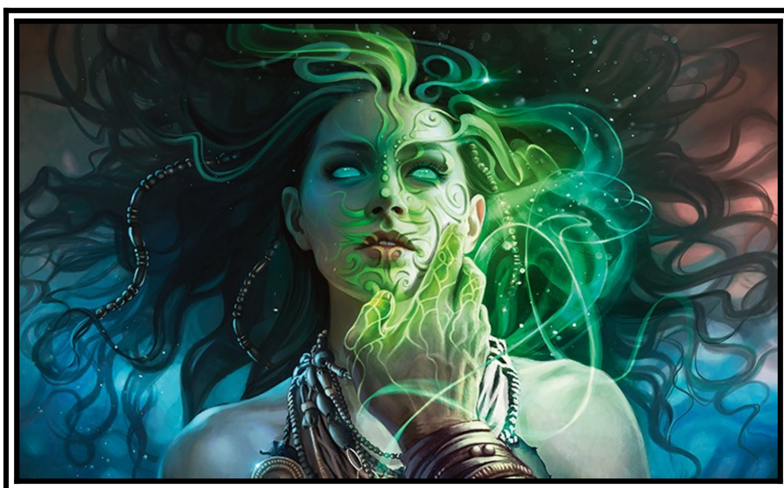
Una de las almas se acercó y tocó la piel agrietada de 'Akhan. Un frescor que no era el del agua la envolvió. Una pieza de cerámica se separó de su rostro y cayó lentamente al lecho del río.

"No, necesito eso...", pensó. Otras almas la acariciaron, suturando su carne y extrayendo la máscara. "Parad, no lo hagáis...".

Las esperanzas de los Cho-Arrim se desprendieron de ella en forma de fragmentos de cerámica. Se preguntó débilmente si sería posible llorar bajo el agua. La última pieza se desprendió.

El agua empezó a vibrar a su alrededor.

El alma más cercana a ella se aproximó y le acarició el rostro. Sintió el tacto de su hermano. "Eres 'Ran". Se sintió como si recordase a alguien a quien había perdido hacía mucho tiempo, o como si lo observara desde una gran distancia. Sus dedos rozaron la



tracería de cicatrices recientes y 'Akhan sintió que su cuerpo rebosaba luz. Si antes había notado estallidos incontrolables y flujos de poder impredecibles, ahora sentía un pulso constante que la unía a todas las almas del río. Estaban vinculadas, ligadas unas a otras; eran viajeros de la larga senda final.

Una imagen única y perfecta.

De pronto, 'Akhan sintió que tiraban de ella hacia arriba. Las almas de los alrededores se dispersaron como una nube de polillas cuando emergió en la superficie del río. Alguien la agarraba por un brazo y gritaba su nombre. Un rostro que le resultaba familiar. Madre 'Shadi, con los ojos desorbitados de preocupación, la arrastraba hacia la orilla.

—Te conozco... —dijo 'Akhan. Sus pensamientos eran torpes—. Eres una de mis madres.

—¡Vaya con mi hija! —dijo 'Shadi con una risa seca—. Mira que olvidar mi cara por caer al río... —Tenía lágrimas en los ojos y se las enjugó con el dorso de la mano. Entonces los abrió de nuevo y por fin se fijó en el rostro de 'Akhan.

»'Akhan, ¿qué ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho esto?

'Akhan levantó una mano y se tocó la piel. Las yemas de los dedos notaron un relieve con un patrón de círculos y espirales de tejido cicatrizal. Se incorporó con cuidado y 'Shadi la soltó para que se viera en el río. Las aguas ya no brillaban, pero las cicatrices, sí. Las vio reflejadas en la superficie: eran idénticas a una máscara.

Sonrió ligeramente y se levantó. Algunas polillas que rozaban la superficie del agua revolotearon y danzaron alrededor de su cabeza.

—¿'Shadi? ¿La has encontrado?

'Fihad apareció tras un árbol y, en cuanto las vio, corrió hacia ellas. Cuando se fijó en el rostro de 'Akhan, se detuvo en seco, con lágrimas en los ojos—. 'Akhan... —dijo mientras acariciaba las cicatrices de su hija con los dedos. Compuso la misma sonrisa triste que mostraba al hablar del padre de 'Akhan, y ahora de 'Ran—. Esperaba que no te hubiéramos perdido a ti también.

—Soy Cho-Akhan —dijo dando un tierno abrazo a 'Fihad y susurrándole al oído—. Soy Cho-Ran. Soy Cho-Hanni, Cho-Annu y

Cho-Biaal. Soy Sia-am-Erh, enterrada bajo la arboleda. Soy tú, Cho-Fihad. Y soy Cho-Shadi. Soy nuestra familia. Soy la familia de nuestra familia.

'Fihad se separó y miró atentamente el rostro de su hija. Sus ojos se llenaron de un inmenso orgullo y de una tristeza sin fondo.

'Akhan asintió e irguió la cabeza. La fuerza recorría sus extremidades. Sintió el río en su sangre y el bosque que se expandía por todo su cuerpo. Un coro de voces cantaba en su corazón, tanto de los Cho-Arrim como del pueblo que había dado vida a los Cho-Arrim. Un ejército caería ante ella; lo sabía. Mercadia la contemplaría y sabría que ella era numerosas voces. Un mosaico de todo lo que era su pueblo y de todo lo que podría ser.

—Muéstrame nuestro ejército —dijo a 'Shadi, la mujer que había sido su madre.

Los mercadianos esperaban encontrar una única aldea debilitada, arruinada por la enfermedad y lista para la conquista. No esperaban encontrarse con todos los Cho-Arrim que en algún momento habían considerado Rushwood como su hogar. No esperaban una batalla.

Qué sorpresa se llevarán, ¿verdad?

Pirexia



Pirexia es un plano artificial de máquinas cuasi-vivas creado por un planeswalker humano anónimo cuya forma favorecida era la de un dragón. El plano consiste en nueve esferas anidadas, cada una más infernal y maliciosa que la última que juntas formaron un vasto e intrincado ecosistema artificial.

Durante el declive del Imperio Thran en Dominaria el caminante de planes Dyfed llevó a Yawgmoth a Pirexia poco después de que su creador y amo habían muerto. Dyfed también creó un portal planar entre Dominaria y Pirexia. Yawgmoth vio Pirexia como un medio de salvar a los Thran, que estaban muriendo de una enfermedad degenerativa causada por las piedras de poder que alimentaron su civilización. Su intención fue la de usar la magia necrótica de artefactos de Pirexia para "curar" la tisis que había reclamado innumerables vidas de Thran pero en cambio él se convirtió en el nuevo amo de Pirexia.

La megalomanía y el poder de Yawgmoth, alimentados por la ecología retorcida de Pirexia, crecieron. El llegó a creer que Pirexia era el pináculo de la vida evolucionada, que era superior a la vida. Los Thran se horrorizaron cada vez más por las acciones de Yawgmoth y sus efectos. La guerra estalló entre las debilitadas Thran y las legiones Pirexianas de Yawgmoth. Los Thran fueron derrotados pero no antes de que el portal se cerrara, atrapando a Yawgmoth y a los Pirexianos en su plano.

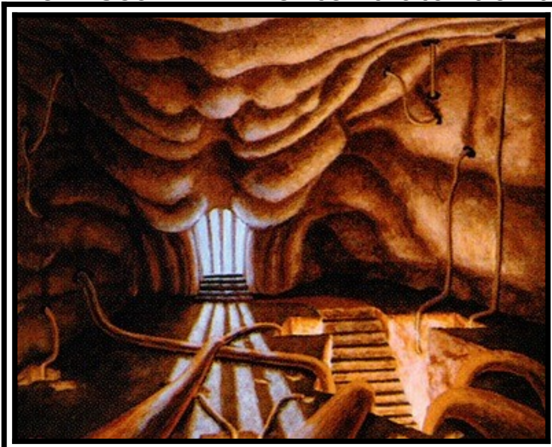
Durante milenios Yawgmoth buscó una forma de conquistar Dominaria. El instrumento final de su invasión fue el plano artificial de Rath, que fue diseñado para superponerse sobre Dominaria, superando la brecha entre él y Pirexia. La invasión fue estrechamente frustrada por una coalición de planeswalkers y otros héroes. Un grupo de planeswalkers diezmó Pirexia misma usando extrañas y poderosas "bombas de almas" y en Dominaria la tripulación del Vientoligero utilizó los artefactos del Legado para destruir a Yawgmoth para siempre.

El Diario de Tande

A pesar de que el mago Tande es quizás mejor conocido por sus reflexiones sobre los principios de los artefactos concientes esta entrada en particular de su Diario es de lejos más pragmática -y al mismo tiempo más fantástica- que sus otros escritos más conocidos. Los estudiosos difieren en gran medida de si Tande y su amante Trebecia visitaron de verdad Pirexia o si toda la historia es un engaño o un sueño febril particularmente vívido. Después de todo Tande estuvo postrado en cama durante casi dos años debido a una misteriosa enfermedad cuando escribió esta entrada en su diario.

—Taysir

Mientras escribo estas palabras me parece una maravilla que mi mano pueda sostener siquiera el peso de mi pluma. Hasta hace unas pocas horas yo estaba convencido de que las impresiones del día y la noche pasados quedarían talladas por siempre en mi mente. Sin embargo, los recuerdos, agudos como cuchillas aserradas, comienzan a desdibujarse. ¿Tal vez sea mi mente tratando de proteger mi salud mental? Por que yo estoy seguro de que ningún hombre podría llevar estas imágenes en su mente y no volverse loco ante tales horrores. Así que yo debo registrar ahora lo que he visto mientras todo este todavía claro.



Dos días atrás yo estaba entrando a mi cuarto de trabajo cuando fui testigo de cómo mi amor, Trebecia, una artífice como yo, cayó a través de un portal Pirexiano. Pirexia, ese terrible plano, es un lugar del cual hace mucho tiempo he oído hablar, y debatido y discutido con otros artífices. Yo aún no se cómo y por qué se abrió el portal pero me las arreglé para arrojarme a través de él antes de que se cerrara.

Y así entre en el Infierno.

Debo haber perdido la conciencia pues no recuerdo nada del pasaje. Desperté acostado en una cama de extrañas enredaderas plateadas. Si no hubiera estado usando varias capas de ropa de lana los bordes afilados de las hojas casi metálicas seguramente me habrían rebanado mi piel. Así las cosas, tuve que abandonar mi túnica exterior, desmenuzada en mis esfuerzos por arrancarme a mí mismo de las extrañas plantas.

Miré a mi alrededor en un intento por recuperar mi orientación. Pero, ¿cómo puede cualquier hombre cuerdo orientarse en un mundo demente? Un cielo lleno de hollín bajó sobre una amplia y polvorienta llanura salpicada de grupos de árboles aceitosos que fácilmente podrían haber sido tanto máquinas como plantas. Un pequeño arroyo serpenteaba cerca. Aparte de mi mismo y la aletargada corriente esta llanura estaba silenciosa, sofocante y tranquila, la omnipresente bruma de la suciedad engomaba hasta el aire mismo lo que dejó su asqueroso tufo como residuo en mi boca.

Yo me incliné sobre una rodilla para salpicar mi rostro con agua. Pero cambié de inmediato mi plan ya que el agua en la corriente fue tan resbaladiza como aceite mientras un hollín congelado se aferraba tenazmente a su lecho rocoso. Frotar el adherente recubrimiento con mis mangas solo consiguió recubrir más profundamente los poros de mi piel y yo pude sentir la arenilla en el aire acumulándose en las palmas y los dedos de mis manos.

Me aparté tropezando lejos del arroyo y miré hacia abajo para encontrar en la reluciente tierra pegajosa una serie de huellas humanas alejándose atolondradamente a través del llano, como si hubieran sido hechas por alguien con un movimiento vacilante. Inmediatamente me olvidé de mi propio miedo al pensar en Trebecia errando sola por ese lugar.

Corrí rápidamente a través de la tierra mugrienta, maniobrando alrededor de pilas de ruedas dentadas y engranajes, y los restos oxidados de atormentados artefactos. Varios seres similares a saurios erraban en la distancia, sus inmensos cuerpos reluciendo con aceite, sus movimientos fáciles y fluidos en el opresivo silencio. A mi me parecieron ser tanto orgánicos como mecánicos, como si fueran máquinas criadas en lugar de creadas. Pasé cerca de tal vez tres, tal vez cuatro, de estas monstruosidades mientras crucé por la llanura osario.



Aunque de vez en cuando me pareció que feroces ojos rojos me observaron brillando desde matas de vegetación metálica la única otra criatura que encontré en la oscura llanura fue un dragón mecánico. Es cierto que yo había visto un gran número de las máquinas que había creado Mishra sin embargo ninguna de esas torpes criaturas pudo compararse con la ágil forma que apareció delante de mí. De todos modos fue evidente que el monstruo, tan sinuoso y rápido como cualquier dragón de carne y hueso, era todavía una máquina. Si existiera una cosa igual de horrible que de bella este sería un claro ejemplo de ello.

Seguí moviéndome y pronto alcancé un túnel atravesando el mismo corazón de la llanura. Aquí fue donde mi corazón se detuvo por unos segundos por que en ese momento los pasos de Trebecia se juntaron con otros más pequeños y con garras. Un viento nauseabundo y caliente proveniente del túnel había oscurecido esas huellas más cerca de su apertura pero su implicación era inevitable: al menos media docena de criaturas habían rodeado a Trebecia. Sus huellas reemplazaban a las de ella en ruta a la entrada del túnel.

Oré a todos los dioses de los que alguna vez había oído hablar y entré en el corazón de la oscuridad.

El túnel descendió serpenteando por lo que parecieron horas. Mis ojos lloraron constantemente y mi piel me picó y ardió alternativamente por el asfixiante gas que fluía sobre y más allá de mí. Sudor y lágrimas apenas mantuvieron clara mi visión pero, al fin, yo emergí, aturdido y medio ciego, mis pulmones ardiendo con azufre, en otra parte de Pirexia. Fue como si el túnel hubiera agujereado a través de este plano infernal para revelar una segunda capa dentro de la primera. La tierra que ahora enfrentaba era

diferente a la aterradora llanura anterior. Allí el aire ardía aún más caliente, un peso casi palpable para mis pulmones chamuscados. En cuestión de segundos yo me volví indistinguible del resto del ennegrecido y marchito paisaje.

Por supuesto, no había un cielo de verdad. En su lugar, vigas retorcidas y estructuras metálicas formaban un techo alto y oscuro por encima de mi cabeza. Una luz roja pasaba torvamente a través del oxidado y agujereado metal proyectando sombras retorcidas que, de alguna manera, parecían escenas de tortura. La luz misma provenía de titánicas chimeneas tiznadas de humo alzándose casi hasta el techo-cielo. Fuego y hollín eran vomitados desde sus cimas y en algunos lugares no reparados largos dedos de fuego rasguñaban a través de grietas, como si una horrible bestia de llamas buscara escapar de su prisión metálica.

Yo, ignorando el horror de mi entorno lo mejor que pude, seguí al pequeño grupo de huellas que habían reaparecido. Estas me condujeron fácilmente a través de los cenicientos yermos llenos de aleatorias y numerosas pilas de maquinaria rota. Esta ceniza, aunque más ligera que la tierra por encima, había sido tan comprimida por el paso de la compañía que ni siquiera la constante corriente del aire contaminado había podido perturbarla.

De alguna manera atravesé esa extensión sin tropezar con ninguna otra criatura.

Gritos y sonidos a trituración retumbaron varias veces en las cercanías pero ninguna bestia realizó un movimiento real lo suficientemente cerca de mí como para distinguirse de las nubes de hollín y cenizas.

Las huellas me volvieron a llevar a un túnel y yo las volví a seguir. Pronto, el suelo del túnel se volvió áspero y mientras yo me acercaba a su fin tuberías y tubos también brotaron del suelo, haciéndome tropezar y caer a menudo. Finalmente yo me vi obligado a gatear como un animal.

Al final de este último tramo yo bajé mi vista para encontrarme con un enorme laberinto de antiguas tuberías y vigas de metal tiznado con aceite congelado. Al principio, cuando mi mirada quedo estupefacta ante la vasta y confusa red por debajo de mí, yo perdí toda esperanza de seguir a Trebecia y sus secuestradores. Fue entonces que me llamó la atención un pequeño pedazo de tela color azul pálido atascado en la unión de dos tubos. Miré más allá y vi otro pedazo de tela. ¡Trebecia estaba viva! Era ella quien me estaba dejando una manera de encontrarla a través de ese laberinto infernal.

Me armé de valor y seguí adelante. Hasta con la ayuda de Trebecia el viaje fue terrible: hubo breves tramos en donde yo pude caminar en posición vertical, o incluso ligeramente encorvado, pero estos descansos infrecuentes meramente subrayaron la miseria de mi travesía. Usualmente me vi obligado a desplazarme por uniones de tuberías que apenas dejaban

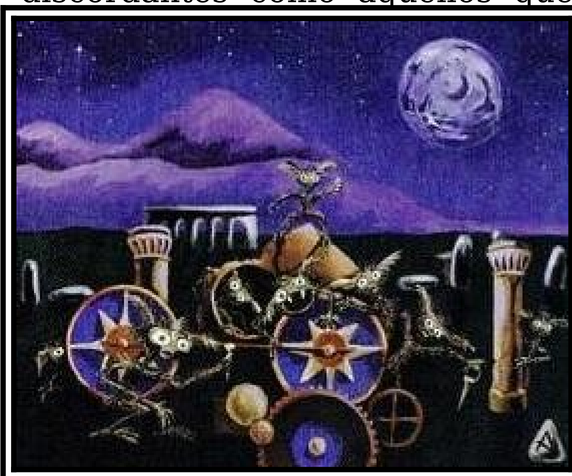
espacio suficiente como para que pasara alguien. Hubo veces en que yo sólo pude expandir parcialmente mi pecho lo que hizo que respirar el aire caliente y fétido fuera aún más difícil. Me pasé una eternidad dentro de un segmento de tubería rota sin ser capaz de moverme en absoluto, mirando fijamente a la severa y cercana oscuridad que me rodeó mientras mi propio pulso retumbó en mis oídos. Si no hubiera estado cubierto de aceitosa suciedad todavía seguiría allí pero al final yo me arrastré libre como una serpiente mudando de piel.

Sé que invoqué mi magia más de una vez para sobrevivir a las largas horas pero ahora mismo no puedo recordar cuales fueron esos hechizos. Mis pensamientos se arrastran con imágenes de cadáveres colgando de cadenas y metidos en un tubo; una figura de tamaño infantil estirada a lo largo y a lo ancho de una tubería infinita; dos hombres -uno rubio, el otro morocho- enfrascados en una lucha perpetua, cada uno agarrando la garganta del otro; una sola mano esquelética estirándose hacia mí desde la oscuridad.

Ya no puedo escribir más de esto. Baste decir que yo, por fin, llegue al otro lado del túnel. Y, por última vez, me adentré aún más profundo.

No hay duda de que Pirexia contiene más esferas podridas pero yo finalmente encontré a Trebecia dentro de la cuarta. Esta me recordó a una mansión chamuscada en la que yo una vez me había escondido dentro cuando era un niño. En todas partes se encumbraban estructuras huecas y en descomposición mientras desde el techo no dejaba de caer una constante llovizna de aceite. Allí, en lugar de cuerpos celestes, había engranajes y ruedas, artefactos y mecanismos, colgando como macabros trofeos de las oxidadas tuberías en lo alto. Ráfagas intermitentes de luz emanaban de los hornos que se esparcían por el horizonte. Su sombría iluminación sólo sirvió para subrayar la total oscuridad de este terrible reino.

¡Y el ruido! Mientras que lo que vi me recordó a las ruinas de mi infancia los sonidos fueron tan constantes y discordantes como aquellos que asustan los oídos de los niños en sus sueños más febriles. A mi alrededor todo zumbó y chirrió infructuosamente, constantes crujidos y gemidos produciendo una incesante y angustiosa cacofonía.



Creo que si yo no hubiera oído los gritos de mi amor sólo momentos después de que entrara en este plano me habría vuelto loco. Pero la voz de Trebecia formó una red alrededor de mi alma y yo seguí las cuerdas tan desesperadamente

como cualquier hombre ahogándose que se aferra a la cuerda del socorrista.

Cuando encontré a Trebecia ella estaba rodeada de más de una docena de criaturas tan negras como el carbón con brillantes ojos rojos y dientes incrustados de hollín. Estos gremlins Pirexianos farfullaron constantemente, girando ocasionalmente el uno hacia el otro, mordiendo y arañando a sus vecinos. Varias de las salvajes criaturas aferraban firmemente a Trebecia pero su verdadera atención parecía centrada en un alto ser retorcido situado en su centro. Este estaba inmóvil pero yo no confié en que siguiera así. Los gremlins eran un enjambre chillando a sus pies, arrodillándose y cayendo unos sobre otros en obscenas y frenéticas súplicas.

Yo, contemplando dicho movimiento caótico, incapaz de separar al infinito balbuceo de las criaturas del discordante chirrido de la maquinaria en lo alto, empecé a sentirme enfermo y desmayar. A medida que avancé trastabillando me fijé en los restos parciales y todavía en funcionamiento de un desgraciado hombre de latón situado entre los gremlins y su tótem. A pesar de que el hombre de latón todavía parecía consciente sus esfuerzos se volvieron cada vez más débiles mientras yo me acercaba a la horrible escena. Con una terrible certeza supe que esta simbólica ofrenda pronto sería sustituida por una de mucho más valor para sus amos... y muchísimo más valor para mí.

Los gremlins, ante mi aproximación, emitieron un aullido en concierto de descubrimiento. El grupo al fin se había dado cuenta de mi presencia. Entonces yo, mientras ellos se distanciaron de su ritual, vi claramente a la estatua del demonio de Yawgmoth bajo la cual ellos estaban dando cabriolas. Los ojos de esta brillaron mientras me ofreció una sonrisa malévola aunque yo no pude determinar si su cabeza siempre había estado orientada así o si en realidad la terrible figura había girado para saludarme. Cuando nuestras miradas se encontraron yo fui preso de un tremendo conocimiento: que un día Pirexia se alzaría para subyugar a todos los planos bajo sus oscuros planes.



En este momento realmente no recuerdo cómo Trebecia y yo nos abrimos paso luchando a través de los gremlins al lado del moribundo hombre de latón. Creo que si yo no la hubiera visto a ella esforzándose por liberarse de las terribles criaturas me atrevería a decir que nunca podría haberlo logrado por mis propios medios. Nosotros, agarrando a un desafortunado gremlin que no había sobrevivido al encuentro (o tal vez no había sucumbido a la orgía del culto; yo todavía no estoy seguro), unimos su carne y el cuerpo del

hombre de latón en el terrible ritual y un portal se abrió ante nosotros.

Y entonces regresamos a casa.

Sé que este último pedazo de narrativa tiene menos sentido que lo primero pero yo sólo puedo relatar lo que recuerda mi pobre mente. Incluso ahora los sanadores siguen acudiendo a mí. A pesar de que ellos dicen que ambos seguiremos vivos yo puedo decir que ellos están preocupados por nosotros. Incluso puede que crean que estamos locos. Tal vez lo estamos. Pero si Pirexia es una locura entonces creo que esa locura existe dentro de cada uno de nosotros.

Nueva Pirexia



El Planeswalker Karn creó el mundo de Mirrodin, que al principio recibió el nombre de Argentum. Memnarch, su vigilante, se volvió loco y comenzó a raptar mortales de todo el Multiverso con el fin de poblar el plano. En este mundo de metal, los nuevos habitantes de Mirrodin sufrieron en sus cuerpos la influencia del duro entorno y se convirtieron en maestros de las armas y de los artefactos.

Karn fue quien trajo el aceite pirexiano a Mirrodin, el cual, bajo la superficie del mundo, inició el lento proceso de transformación de todas las criaturas que tocaba. Karn enloqueció poco a poco y se convirtió en el Padre de las Máquinas y líder de Pirexia. Lo que había comenzado como una lenta expansión se convirtió en una campaña agresiva por alterar, o completar, el mundo de Mirrodin. Los mirrodianos lucharon en muchas batallas, pero pronto fueron sobrepasados por las fuerzas pirexianas.

Ni siquiera los Planeswalkers Koth, Elspeth y Venser lograron cambiar el curso de la guerra; aunque Venser sacrificó su vida para devolverle la cordura a Karn, el creador de Mirrodin ya no pudo detener la máquina pirexiana. Ahora los magistrados (los tenientes más destacados de Karn) y sus facciones se han enfrentado entre ellos por obtener el poder. Mientras tanto, los nativos siguen luchando por su propia supervivencia.

Ria de Fortaleza del Filo

Capítulo 1

Minhu se debatía con la espada. No era una técnica complicada, pero ella era baja para su edad y tenía los hombros débiles. Yo sabía que los demás jóvenes del escuadrón la estaban observando y juzgando sus defectos.

Miré a Anton, el joven con más potencial de ese año —y el más prometedor que había visto en los seis años que llevaba como capitán de los Acordantes. Todos tomaban a Anton como ejemplo a seguir. Desconocía aún la fuerza de su personalidad pero algo me decía que se convertiría en un gran líder.

—Anton, ejecuta las figuras del halcón —ordené. Se concentró y su espada surcó el aire impecablemente en la secuencia correspondiente. Observé la expresión de los alumnos que miraban. La mayoría no mostraban emoción alguna pero pude ver que Hyath fruncía el ceño con envidia.

De modo que ella era la plaga del grupo, la que probablemente metería en líos a Minhu e incitaría a los otros a seguirla.

—Hyath, ejecuta las figuras angelicales —dije en cuanto Anton terminó. Pero Hyath estaba sumida en sus pensamientos de envidia y la orden la tomó por sorpresa. Efectuó la cadena a trompicones mientras yo reparaba en sus errores—. Olvidaste las posiciones tres, siete y dieciséis —indiqué con calma y se sonrojó—. Anton, enséñales las figuras angelicales.

Los dejé con el entrenamiento y atravesé el campo hasta el lugar donde Pilat me esperaba. A su espalda, la Fortaleza del Filo se elevaba en el horizonte, los muros exteriores perfilados en el contraluz del sol de la tarde. La Fortaleza es la joya de la cultura Auriok, un núcleo comercial y de artesanía. Aunque quizá no sea imparcial ya que crecí aquí y mi familia ha



participado en la política y en los Acordantes durante muchas generaciones.

—¿Progresan? —preguntó Pilat mirando a los jóvenes en el campo. Al igual que yo, Pilat era paladín de los Acordantes y nos conocíamos desde la infancia. Desde niños, nos entrenábamos en el mismo campo, bañados en el centelleo de la luz blanca que proyectaba la hierba cuchilla, tratando de blandir la espada de forma que complaciera a nuestros maestros.

Pilat

—Como siempre, unas tareas les resultan fáciles y otras les cuestan más —contesté—. Acaban de empezar, pero lo conseguirán.

—Sí, pero ¿cuándo? —musitó casi para sus adentros. Era una pregunta absurda ya que los chicos eran nuevos reclutas y tendrían que cumplir tres años de entrenamiento antes de pasar al servicio activo. Y Pilat lo sabía. Algo debía de tener en mente.

—Quiero que partas mañana. Irás a la Senda de Manka. Nos han informado de numerosas... desapariciones entre aquí y Diez Escudos. Lleva contigo un grupo nutrido de reclutas. Sé que no es lo habitual, pero los demás paladines también estarán haciendo patrullas.

No contesté enseguida. No tenía programada ninguna salida en varias semanas y aquello no era muy normal. Y lo de llevarme a alumnos de primero era del todo inusual. Permanecimos en silencio unos instantes mientas los chicos realizaban las figuras. Anton corrigió la posición de Minhu pero con delicadeza, lo que me agradó.

—¿Desapariciones? —pregunté por fin.

—Entre otras cosas —dijo, vacilante.

—¿Hay algo que deba saber?

—Creo que hay un problema más grave que los bandidos en la Senda de Manka.

Capítulo 2

En los últimos meses, la senda de Manka se había ganado la fama de ser la zona de patrullaje más peligrosa de todas las rutas de los Campos Navaja. Seguía un camino a lo largo del borde del Campo Liet y pasaba por distintos asentamientos antes de dar la vuelta hacia la Fortaleza del Filo. Se podía recorrer en una semana, aunque solía costar dos. Me había llevado a Anton, Hyath y Minhu, ante todo para tenerlos vigilados. Llevábamos dos días de viaje, a pocas horas de una pequeña aldea llamada Diez Escudos.

La misión de los Acordantes es proteger los asentamientos Áuriok más alejados.



Viajamos de una comunidad a otra y ejercemos como mediadores para que se cumpla el Acuerdo de Equidad y para velar por que los caminos sean seguros para los viajeros. Creemos que los bandidos trasgos huidos de Óxida han tomado la Senda de Manka. Los rumores dicen que la cordillera de Óxida podría estar en peligro de desprendimiento y caer al Méfidros.

Pero ahora que veo esta matanza con mis propios ojos dudo mucho que fueran trasgos.

—¿Capitana Ivor? —Hyath me interpeló con voz temblorosa. Reuní fuerzas y bajé de mi montura. Anton y Minhu parecían mareados y yo mismo notaba el estómago poco estable.

—Encontrarse con la muerte es una parte muy dura de nuestro trabajo —dije con un tono tan decidido como pude—, pero sois soldados del Acuerdo y debéis hacer lo que se os ha pedido que hagáis.

La superficie brillante del camino estaba cubierta de sangre pegajosa, coagulada por el sol y cubierta de moscas pistus. Un poco más lejos, fuera del camino, yacía volcada una caravana maltrecha. De debajo del casco metálico manaba a borbotones una sustancia negra que no logré identificar. Y allí estaban los cuerpos.

Leoninos por lo que pude deducir. O lo que quedaba de elllos. Habían sido mutilados, lo que ya era bastante atroz; pero además los habían... reensamblado, por así decirlo. Donde faltaba algún miembro les habían colocado trozos de carne y metal formando una caricatura de la fisonomía leonina.

No, eso no era obra de trasgos.

—Mirad esto —gritó Anton desde la caravana destrozada.

Bordeando el reguero de sangre, crucé hasta allí. Se había detenido en el borde de una ciénaga rebosante de lodo negro. Era como si el suelo se pudriera, o como si un agujero se hubiera abierto y el Méfidros brotase de él bajo nuestros pies.

Pero el Méfidros estaba lejos de allí. ¿No era como si este llegara tan lejos como para alcanzar los Campos Navaja, verdad? Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Como podía yo saber lo que había bajo tierra? Sin embargo, aquello confirmaba los rumores sobre los acontecimientos de Óxida. Tal y como me había dado a entender Pilat, la situación era preocupante, peor de lo que el Consejo de la Fortaleza del Filo imaginaba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Minhu, que estaba junto a mí.

Seguir adelante o volver atrás. Esas eran nuestras opciones.

—Iremos a Diez Escudos —les dije—. Tal vez sepan qué ha pasado.

O algo peor.

Capítulo 3

Hace décadas, en el asentamiento de Diez Escudos tuvo lugar un acuerdo formal entre los áuriok y los leoninos acerca del territorio conflictivo del Campo Liet. El nombre "Diez Escudos" vino del intercambio simbólico de escudos entre cinco Acordantes y cinco guerreros leoninos. El Acuerdo de los Escudos permitió la estabilidad de las relaciones entre los áuriok y los leoninos enfrentados que compartían la región. Ahora, la mayoría de niños que vivían en el asentamiento ya no recuerdan de dónde proviene el nombre de su hogar, ni que en otros tiempos los áuriok y los leoninos preferían luchar entre ellos a intercambiar palabras en conversación.



Diez Escudos era pequeño y lo habitaban sobre todo familias de mercaderes que trabajaban en la cadena Óxida. Debido a su proximidad con las zonas salvajes que escapaban al control de los Acordantes, estaba protegido por una elevada hilera de almenas dotada de pinchos a lo largo de la parte superior. La hierba navaja se había cultivado de forma que rodeaba los altos muros y crecía hasta la mitad de la altura de la propia hilera.

Mi corazón latía con fuerza conforme cabalgamos hasta ver la reluciente puerta que guardaba la ciudad amurallada. Había cabalgado por la senda de Manka muchas veces durante mis años como Acordante y sentía un gran aprecio por la mayoría de las personas de Diez Escudos, a excepción del líder del pueblo, un hombre arrogante del que sospechaba que tenía tratos con bandidos. Había recurrido al Consejo de los Acordantes varias veces para poder librarnos de él y elegir a alguien en quien se pudiera confiar para proteger al pueblo.

Nunca sabré si el Consejo había escuchado mis peticiones ni si habría cambiado lo que ocurrió en Diez Escudos, ni tampoco si una persona más digna que él hubiera podido mantener las puertas seguras o haber utilizado una estrategia inteligente para evitar el desastre.

Lo que sí supe en ese momento fue que aquel líder había muerto mientras huía, empalado por la espalda con una larga lanza dentada. Había caído desplomado a las puertas con la cabeza girada de forma cómica, como el juguete desechado de un niño.

Aparte de eso, las puertas estaban abiertas y sin vigilancia.

—¿Capitana Ivor? —preguntó Anton al verme titubear—. ¿Entramos?

—¡No! —gritó Hyath—. Quiero marcharme.

Observé los rostros de los tres jóvenes. —Sacad las espadas —dije bruscamente—. El único camino está ante nosotros.

Una vez atravesada la puerta esperé lo peor. Un espectáculo sangriento como el que habíamos visto en el camino. Pero las calles estaban totalmente desiertas y la inquietante calma me dio escalofríos. La tensión del rostro de Hyath me hizo entender que estaba a punto de derrumbarse.

—Anton y Hyath, recorred el muro exterior. Minhu, vamos a ver las cabañas.

La mayoría de estructuras de Diez Escudos eran edificios sencillos de una o dos habitaciones. No había ni un alma en ninguna de ellas. Minhu y yo nos estábamos dirigiendo a la plaza cuando oímos gritar a Anton.

Corrimos afuera y le vi hacer señas desde una de las torres de vigía del muro orientado al sur. Me apresuré a subir la escalera y miré hacia donde señalaba en la distancia.

Una línea oscura serpenteaba en el horizonte. Una fila de siluetas de forma humana marchaba lentamente acompañada de criaturas extrañas que no pude identificar a pesar de mis años de experiencia. Pero sospeché que esa era la respuesta a la pregunta de adónde habían ido las buenas gentes del asentamiento. Me di la vuelta para dar órdenes a Anton cuando oí a Hyath proferir un aullido apagado y lastimero que se detuvo de una forma brusca y muy poco natural. No estábamos solos en Diez Escudos después de todo.

Capítulo 4

En los segundos que tardé en cruzar la plataforma y mirar por el borde, Hyath ya estaba muerto. En los segundos que tardé en sacar la daga de mi cinto y lanzarla contra su atacante, habían partido a Minhu por la mitad.

Mi cuchilla encontró su objetivo: el ojo del monstruo que había matado a aquellos de quienes yo era responsable. Se tambaleó y se agarró a la escalera con sus largas garras rezumando un lodo negro. Con la daga aún alojada en su cabeza, se apoyó en el metal y después cayó inmóvil al sucio suelo.

En los segundos que tardé en subir la escalera, Anton estaba llorando como el niño que era. Se arrodilló junto al cuerpo de Hyath mientras yo inspeccionaba a la criatura tirada en el suelo, un charco de sangre negra emanaba de su cuerpo.



No era muy grande, más pequeña en tamaño y peso que yo, y a mí se me considera una mujer pequeña. Tenía cuatro miembros pero apenas se le podía llamar humano. Su cara recordaba más a un pájaro deforme que a un hombre o mujer. Era vil y asesino, y con repentina claridad supe qué tenía que hacer.

"Anton," dije tan gentilmente como pude. "Debes levantarte, soldado."

Cuando estuvo sobre sus temblorosas piernas y me miró supe que tendría que ser fuerte hasta el final. Apoyé mi mano en su hombro.

"No tenemos tiempo para enterrar a nuestros parientes," dije antes de que pudiera preguntármelo. "Debemos cabalgar tan rápido como podamos, más rápido de lo que lo ha hecho nadie antes."

"¿Cabalgar adónde, Capitana?" preguntó.

"Los monstruos se dirigen a Fortaleza del Filo," le dije. "La destruirán... a menos que lleguemos antes que ellos."

* * * * *

Tengo un buen sentido del tiempo. Viendo las ligeras variaciones del sol puedo llevar la cuenta de los minutos sin errores. Puedo hacerlo sin esforzarme, como si hubiera un reloj contando los segundos en mi cerebro, calculando los minutos y ayudándome a completar mis tareas.

Habíamos tardado dos días en cabalgar a Diez Escudos. Habíamos cabalgado siete horas cada día. Catorce horas a paso tranquilo. Anton y yo teníamos que reducir eso a la mitad al menos.

Tardamos cuatro minutos en limpiar las murallas de Diez Escudos y regresar al lugar donde habíamos atado nuestras monturas. Allí nos encontramos a dos monstruos parecidos al que había matado a Hyath y Minhu. Estaban matando a mi montura justo cuando rodeamos la puerta.

Tardaron 25 segundos en rebanar la garganta de Anton.

Al salir de las murallas Anton iba delante de mí. Si no hubiera sido por eso yo también estaría muerta. Pero su sacrificio me dio tiempo suficiente para sacar mi espada. En los segundos que tardó

en desangrarse maté a las criaturas. Pero no a tiempo para salvarle. No a tiempo.

La muerte de Anton casi me destrozó. En él había tanto potencial... En él se encontraba la esperanza de nuestra gente. Me permití 20 segundos para lamentarlo. Después cabalgué hacia Fortaleza del Filo.

Capítulo 5

Mi montura se llamaba Leonie. Había sido mi compañera durante cuatro años. Conocía la ruta entre Diez Escudos y Fortaleza del Filo mejor que yo. Pero la había perdido.

En cambio, elegí la montura de Hyath, un animal ágil y presto. Sin mirar atrás, volamos hacia Fortaleza del Filo. En la distancia, la oscura procesión que había visto desde la torre de vigilancia parecía haberse quedado congelada. Eso me dio esperanza de que algo hubiera ralentizado su progreso. Podría quedarme en la carretera y no quedar aislada antes de llegar a la ciudad. La carretera era el único camino despejado a través de los Campos Navaja. Las patas de mi montura estaban cubiertas por placas, pero pasar mucho tiempo sobre la afilada hierba haría trizas hasta el metal más grueso. Teníamos que llegar a la ciudad antes que ellos.

Las primeras horas pasaron deprisa, una ráfaga de pezuñas que retumbaban y de viento azotando mi cara. Entonces la montura se agitó y supe que había escuchado algo antes que yo. Sus orejas se movieron y sentí que su paso titubeaba. La animé a que continuara y pronto pude escucharlo yo también. Un grito. Un lamento que no cesaba.

Una mujer auriok sujetaba un cuchillo arrodillada en medio de la carretera. Cuando me acerqué a ella comenzó a blandirlo salvajemente como si amenazara a unas apariciones que solo ella podía ver. Me detuve a una distancia segura y desmonté. Observé el horizonte. La oscura procesión se movía de nuevo y se había girado hacia mí, viajando con rapidez por el horizonte. No podía parar mucho tiempo aquí.

La mujer se detuvo para recuperar el aliento. Sus ojos nunca encontraron los míos. Eran salvajes y giraban en sus cuencas como si no tuvieran conexión alguna con el cuerpo en el que habitaban.

"Señora," dije dirigiéndome a ella con respeto. "Soy una voluntaria. ¿Puedo ayudarle?"

"Peste," gritó. "Estoy perdida."

Levantó su brazo para enseñarme un largo corte que iba de la



muñeca codo. No había sangre y parecía que la piel se estaba endureciendo con postillas que parecían escamas negras que se extendían por su brazo.

"Haz que pase. Haz que pase. Haz que pase," repetía con tristeza.

Volví a observar el horizonte. El enemigo había acelerado aún más su paso y se movía con una velocidad inesperada. Pronto me adelantarían.

"Por la seguridad de la ciudad, he de partir."

Ella no me escuchó. Creo que ni siquiera me vio. Al alejarme en mi montura, la vi vagar hacia las cuchillas de hierba en el lateral de la carretera. Sería su final, de un modo u otro.

Al otro lado de las puertas de Fortaleza del Filo hay una pronunciada elevación conocida como Colina del Soldado. Desde allí, tuve una posición estratégica sobre todo el valle y las tierras bajas del este. Y mientras examinaba las vistas de allí supe que no llegaría a tiempo.

Todavía no se veía al enemigo desde las murallas, oculto por la orografía natural de terreno. Escudriñé el valle. Las puertas estaban completamente abiertas. La ciudad no tenía ni idea del peligro que pronto se cerniría sobre ellos.

El sol blanco estaba a punto de alcanzar su cumbre sobre las murallas de la ciudad. Mi única posibilidad era avisarles. Usando mi espada conseguí hacer palanca sobre un trozo de tierra, rompiendo la punta de mi filo en el intento. Manteniendo la brillante placa de metal sobre mi cabeza recé para que atrapara la luz en su cenit.

Se escuchó un ruido en la distancia. El enemigo pronto estaría a la vista. Pero cada segundo contaba cuando se trataba de cerrar la ciudad y llamar a la milicia. Cada segundo significaba algo.

Desesperada, balanceé la placa atrás y adelante tratando de llamar la atención del guardia en la torre frontal. Y ahí estaba, un destello de luz brilló hacia mí. Una señal de reconocimiento. Vieron mi aviso justo cuando el primero de los monstruos aparecía en el campo de visión, corriendo hacia el valle con aterradora velocidad.

Las puertas bajaron... parecía tan despacio... cerrándose y manteniéndose firmes contra el horrible enemigo que había llegado.

Había avisado a la ciudad. Ahora tenía que encontrar un modo de salvarla.

Capítulo 6

Era el séptimo día del asedio de Fortaleza del Filo y Pilat apenas había dormido desde que empezó. Como capitán del precario destacamento de soldados y civiles que se había reunido para defender la ciudad, se le requería cada segundo de cada minuto. Y no estaba seguro de cuánto podrían aguantar ni él ni su amada ciudad.

Los monstruos habían rodeado los muros pero aún no habían lanzado un ataque a gran escala. Estaban esperando, quizás a que la Fortaleza muriera de hambre por sí sola. El ejército que rodeaba los muros no era inmenso ni estaba bien armado. Pilat sabía que

necesitaba más información de este enemigo desconocido que no se parecía a nada que hubiera visto antes. Estaba demasiado ocupado para hacerlo él mismo, por lo que encomendó la misión a su mejor soldado. Ahora, con el informe del soldado delante, las cosas tampoco estaban cobrando más sentido.

—¿Qué quieres decir con que no son muy listos? —preguntó a Livak, el joven desgarbado que había pasado los últimos siete días agazapado entre las torres de vigía con una lente para ver en la distancia, observando a sus atacantes.

—Los más grandes no hacen nada por su propio pie —explicó Livak. Se refería a los monstruos descomunales y exudantes que formaban la primera línea del ejército—. Nunca abandonan su puesto; ni para comer ni para dormir.

—Entonces, ¿alguien les ordena lo que han de hacer?

—Esa es la cuestión —contestó Livak—. El liderazgo, por llamarlo así, cambió anoche.

—¿Cambió? —preguntó Pilat

—Había un hombre... Bueno, se parecía a un hombre —dijo Livak a trompicones—. Tenía brazos y piernas, pero placas blancas en lugar de rostro y piel. Parecía estar al mando, pero esta mañana su cuerpo yacía hecho pedazos en el suelo.

—¿Hubo un motín? ¿Lo mataron?

—No, creo que fuimos nosotros.

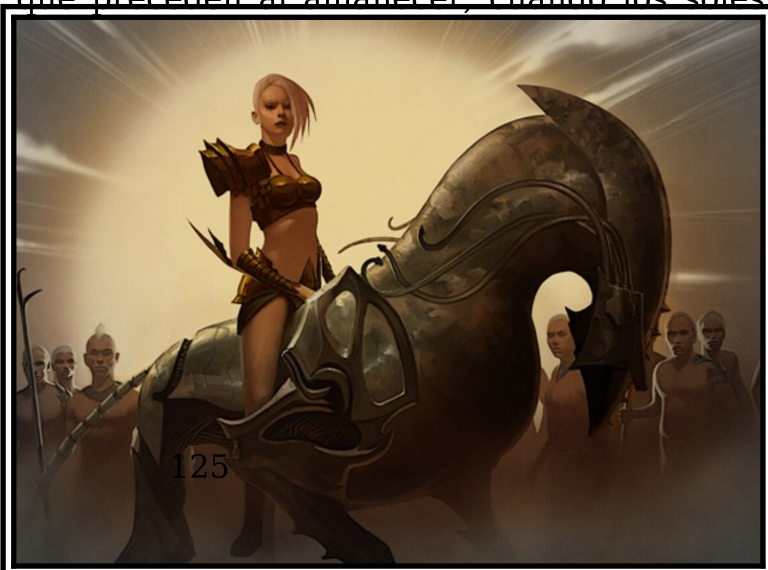
El corazón de Pilat se estremeció. —Ria. —Entonces, ella aún seguía ahí fuera. Tras haberles indicado que cerraran la puerta, salvando así a la ciudad, no había habido noticias de ella. Nada había indicado que siguiera con vida.

—¡Capitán! —Otro soldado llegó corriendo al cuartel—. Tiene que ver esto.

Pilat le siguió a la plaza de la ciudad, donde un grupo de soldados se amontonaba alrededor de una de las sanadoras de los barracones. Esta sostenía a un pájaro, uno de los halcones brillantes amaestrados que utilizaban para enviar mensajes a lo largo de la ruta de patrulla.

El halcón estaba herido, tenía un corte en su mullido abdomen. No tardaría en morir habiendo cumplido su misión. Había una nota atada a su pata, y en ella estaba escrita la esperanza del pueblo áuriok.

Ria y su ejército improvisado de guerreros áuriok y leoninos atacó en los instantes que preceden al amanecer, cuando los soles están próximos a la línea del horizonte y la luz era gris. En el transcurso de los últimos siete días, Ria había cabalgado por toda la ruta de la patrulla que atravesaba los Campos Navaja y



había reclutado a tantos como había podido. Muchos asentamientos ya se habían perdido, pero hubo grupos de refugiados que se unieron a ella por el camino.

Para cuando el ejército de Ria hubo llegado a Fortaleza del Filo, contaba ya con varios cientos de hombres. Era la primera vez que los leoninos y los áuriok luchaban juntos desde donde les alcanzaba la memoria, pero ningún mirrodiano pensaba en eso ahora.

Estaban decididos a lograr su propósito: salvar Fortaleza del Filo.

Ria

Cuando Pilat vio a Ria en lo alto del risco, llamó al muro a toda prisa a los pocos magos y arqueros de que disponía. La caballería de Ria vadeó primero, seguida por oleadas de soldados a pie. Los invasores se enfrentaban a espadas por un lado, y a flechas y a hechizos por el otro. Los monstruos lucharon con una ferocidad ciega, pero no tenían líderes que los dirigieran y estaban rodeados por todos los flancos.

La batalla terminó antes de que el sol blanco coronase el cielo.

El silencio cayó sobre los Campos Navaja. Lentamente, los ciudadanos de Fortaleza del Filo se asomaron a lo alto del muro mientras algunos cruzaban la puerta con precaución ahora que estaba abierta. Se produjo una gran ovación cuando Pilat abrazó a Ria, la mujer que había salvado su ciudad.

Ria era la única que no sonreía. Agarró las manos de Pilat con desespero y le susurró:—Esta victoria es una aberración. He visto lo que se avecina.

—Concédeles este día —contestó entre susurros y sonriendo a la multitud—. No tardarán en enfrentarse a la verdad.

Puede que no tengan más de un día, pensó Ria para sus adentros. Su corazón gritó por los vivos, que en los días venideros bien podrían desear estar muertos.

Unctus del Sínodo

Capítulo 1

3er ciclo del sol azul, 10º periodo, 5º sitio.

Politus es un necio.

La tierra está cambiando. Los chapiteles crecen a una velocidad asombrosa; el Méfidros se extiende como una plaga, engullendo implacable el Campo Resplandeciente, reptando más y más adentro del entramado de mentiras y engaños de Covalt. Nuestro mundo nos está avisando y él está demasiado ocupado adulando a los néurok como para percatase.

Algunos de nuestros céfones situados en el campo han avistado criaturas extrañas y desconocidas merodeando por Mirrodin. Uno de esos monstruos se hizo con una bestia de carga que llevaba instrumentos científicos y suministros y la arrastró a una grieta que sin duda sería su guarida. ¿Desde cuándo desconoce Lúmengrid las criaturas que viven bajo los soles? Al parecer, Mirrodin nos reserva sorpresas a todos. Pese al ataque, el equipo de céfones regresó con algo que me tiene tremendamente intrigado: una pequeña muestra de lo que parece ser una sustancia oleosa que está brotando de la tierra. Tras días de análisis he llegado a la conclusión de que podría tener propiedades de suero. Parece tener una iridiscencia viva, cargada de energía vital. Cuando acerqué la mano me pareció que la atraía y mi piel absorbió una gota al instante. Tan veloz como el rayo. Tal vez sea un necio pero la he aislado en un matraz y la he sellado. Posee en efecto poderes mágicos. He mezclado una parte con suero y pronto sabré si presenta efectos dignos de mención.



3er ciclo del sol azul, 16º periodo, tercer sitio.

Ayer eché un vistazo al Pozo del conocimiento. Los recuerdos ocultos de nuestra cultura guardados en el suero parecían estar vivos. Las respuestas que busco deben hallarse en algún lugar de sus titilantes profundidades. Tal vez este aceite sea un suero de otro tipo, otra de las formas en que Mirrodin imparte sabiduría. Tengo visiones oníricas más claras desde que entré en contacto con la sustancia y, desde entonces, noto claramente que algo que yace en el fondo del Pozo me llama. Adentrarse en sus profundidades sería una blasfemia contra todas nuestras leyes pero no puedo negar que mi mente desea obedecer a esos deseos. Siento la presión de esas visiones en mi interior incluso mientras escribo estas palabras; palabras que son alimento para mis ojos, ávidos por descubrirlo y devorarlo.

Quizá lo consulte con Scylla. Es de los pocos memnitectos que aún conservan a la vez una objetividad vedalken pura y mi más alta estima. Debo confesar que sería un gran partido como compañera y sé que ella piensa lo mismo de mí.

Este aceite, no obstante, sigue intrigándome. Debo volver a mi investigación.

Capítulo 2

5º ciclo del sol azul, 2º periodo, 10º sitio.

Ah, Scylla, ¿cómo vamos a restaurar el Sínodo para salvar Mirrodin?

Como seguramente ya sabrás he abandonado mis funciones como emisario; la hipocresía era ya demasiada. En lugar de eso me he aislado en mi laboratorio para dedicar mis pensamientos a esta nueva senda de investigación. Durante varios de los últimos ciclos he llevado a cabo experimentos sobre mí mismo con una mezcla de suero y aceite y los resultados son intrigantes. A veces produce dolores intensos pero mis nuevas visiones me muestran cosas extraordinarias. En la última de ellas vi a una criatura enorme ante mí, un torso humano que surgía de un cuerpo gigantesco parecido al de una araña. De algún modo yo sabía que había sido un antiguo guardián de nuestro mundo. Se erguía en lo alto de una brillante torre de metal y me miraba fijamente con sus numerosos ojos; cada uno era una joya que palpitaba con un profundo y terrorífico intelecto. Miré el extraño paisaje que me rodeaba y que se parecía mucho a nuestro mundo, solo que era más brillante y no estaba contaminado por el micosintético.



Era como si estuviera en el interior de una burbuja opalescente en cuyo interior brillaba una inmensa esfera de maná. ¡Con un temblor producido por su mente, aquella criatura me transportó de forma ingrávida a través de un túnel que llevaba al espacio bajo el Pozo del conocimiento! Mientras tanto, retumbaba una voz metálica que decía: "¡Vuelve! ¡Vuelve!". Desperté de la visión con la mente galopante y febril. ¿Y si en la visión hubiese algo de verdad? ¿Y si existe alguna clase de mundo bajo Lúmengrid que alberga a esa criatura? ¿Qué misteriosos secretos conocerá? Scylla, ¡Ojalá hubieses podido contemplar lo que vio el ojo de mi mente, la majestuosidad de aquel ser!

El cráter está vigilado, por supuesto, pero tengo que tratar de hallar una forma de entrar. Debo averiguar la verdad.

6º ciclo, 5º periodo, 15º sitio.

Es extraño. Al parecer ahora mi cuerpo produce el aceite. Brota del ángulo de mis ojos a intervalos irregulares y a veces aparece en la saliva. Los cambios que ha sufrido la parte superior de mi brazo derecho son bastante drásticos; se ha ennegrecido y el hueso sobresale hasta formar un apéndice parecido a un gancho. Todo cuanto sé es que me estoy transformando lentamente. Sin embargo el aceite me ha mostrado cosas que me han asombrado sobremanera y que, de algún modo, calman mis temores. Ha valido la pena el dolor. Un gran intelecto susurra ahora en mi interior y me prepara para un propósito más elevado. No deja de mencionar "las esferas".



He tomado una decisión. He encontrado una manera de burlar la vigilancia y entrar en la cámara en la que se halla el Pozo del Conocimiento. Sé que te preguntarás dónde he estado estos últimos ciclos pero te prometo que tan pronto como regrese de las profundidades del túnel tú y yo nos aparearemos como acordamos en nuestras conversaciones.

Unctus

¡Echaré a Politus a los jeridracos! ¡Te entregaré toda Lúmengrid en dote e iniciaremos una nueva era para nuestro sufrido Sínodo!

Capítulo 3

Fecha: 100-23-200239.6

Sujeto extraído del interior del túnel 3 y cosechado. Procesado por la sección quirúrgica.

Finalización de la fase 1: Threx

Transcripción del registro del sujeto: Unctus

Transcriptor: Uulk

Inquisidor de sección: Kizak
Sujeto: Unctus/Vedalken
Inicio de transcripción.

Kizak: Di tu nombre.
Unctus: Unctus.
Kizak: Di tu nombre antes de la finalización de la fase uno.
Unctus: ¿Tenía otro nombre?
Kizak: Sí.
Unctus: Parece que fue en otra vida. Una vida malgastada entre una niebla de pensamientos primitivos. Sí, era algo así como Kiryk; era un vedalken. Una criatura de lo más grotesca. Orgánica e ignorante.
Kizak: ¿Cuáles eran tus tareas en aquel momento?
Unctus: Era lo que llaman un Emisario al servicio de la jerarquía vedalken; un proveedor de verdades, o eso creen ellos en su ignorancia. Era una de las voces de una organización llamada el Sínodo que no se ponía de acuerdo sobre una visión común, de modo que fue relevado y desmantelado.



Kizak: ¿Te preocupa algo?
Unctus: Veo las cosas con otra percepción, con otra mentalidad. Nunca había visto tanta simetría; capas encima de capas, cada una sirviendo a un propósito. Conlleva un grandioso destino. Una gran verdad.

Kizak

Kizak: Has absorbido el sacramento del aceite y ahora éste te está transformando. Es un proceso que el Presagio del Núcleo llama la Gran Síntesis. Puede que un día te sientes a sus pies y comparta contigo su mente.
Unctus: ¿Es él el ser que aparece en mis visiones? Debo compartir sus conocimientos ahora mismo.
Kizak: Compartir la mente con el Presagio del Núcleo en este momento desgarraría tu primitiva psique. Tu completitud dista mucho de haberse cumplido. Threx no ha hecho más que empezar con las mejoras de tus estructuras nerviosas más finas. El diseño final que ha pensado para ti es... ambicioso. Se te está creando para un propósito concreto, Unctus. Tus conocimientos del mundo de la superficie y de todo lo que lo habita tendrán una importancia muy profunda en la Gran Síntesis de este mundo.

Unctus: Mirrodin. Sí. Debemos informar a todos de esto. ¿Cómo podría explicar el equilibrio que les traería? A ellos, al Sínodo, a todo aquel que habita bajo los Cinco Soles... ¿Me escucharán? ¿Se mostrarán abiertos ante una revelación semejante?

Kizak: El aceite, Unctus. Primero debemos llevarles el aceite. Les dará oídos para que puedan escuchar.

Unctus: Sí, por supuesto, el aceite. Kizak, siento una... incomodidad extrema.

Kizak: Están desgarrando tus nervios para mejorarlos y que te permitan comprender en su totalidad lo que el Presagio del núcleo quiere mostrarte, Unctus. El dolor será mucho porque hay mucho que ver.

Unctus: Quiero verlo todo; no importa el dolor ni el precio.

Kizak: Sólo el Padre de las Máquinas puede verlo todo. Nadie más puede ver la forma que debe tomar la Gran Obra. Te estamos perfeccionando para que interpretes su Palabra. El Presagio así lo desea.

Fin de la transcripción

Capítulo 4

Fecha: 100-23-205732.2
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

Hemos comenzado a procesar la superficie.

Mientras pronuncio estas palabras la energía fluye a través de mí.

¿Podría ser lo que los primitivos llaman alegría?

Se llame como se llame, estoy lleno de ella. Cada estructura nerviosa que poseo vibra con impaciencia ya que saben que Mirrodin al fin comprenderá lo que significa ser liberado de la carne. Es un momento distinto a todo lo que he experimentado.

Aquellos que han sido inicialmente bendecidos con el aceite nos han traído especímenes para explorar mientras hemos estado escondidos bajo la cubierta de acero de la superficie. Es difícil imaginar que yo fui uno de los pocos afortunados que obtuvieron tal bendición. Ahora que nuestros acorazados y zánganos pueden



rastrear la superficie están trayendo cientos de criaturas de carne para que pasen los ritos de compleción. Las agujas funcionan día y noche, rotando con los sonidos de nuestra Gran Síntesis. Es el sonido de nuestra voluntad manifestándose.

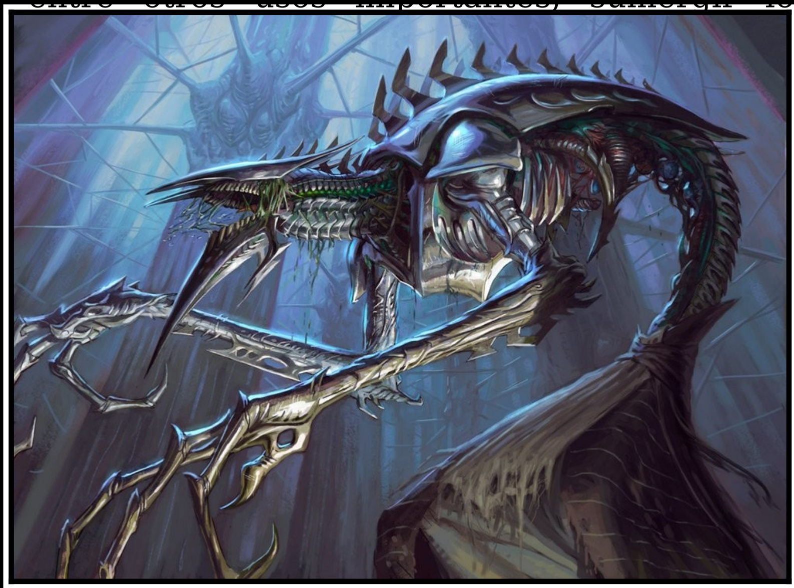
A aquellos que todavía hurgan en la oscuridad de su ignorancia les esperan grandes revelaciones. Tal es el regalo que el Presagio les otorga, compartiendo desinteresadamente su ancestral legado, incorporándolos a nuestra esfera. Tengo montones de ideas para este mundo. El Presagio del núcleo me ha encargado supervisar la compleción de los neurok y vedalken. Mi conocimiento de su anatomía y mecanismos neurales ayudarán a guiar a Threx en su transformación, para que puedan ser fisiológicamente capaces de comprender todas las esferas de las que consta nuestra gran obra.

Fecha: 100-23-206936.3
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

Scylla. De algún modo tu recuerdo ha sobrevivido en mi cerebro sin que la cuchilla de Threx lo haya tocado. Te busco entre las masas que se acercan. Quiero compartir esto contigo.

Fecha: 100-23-208430.4
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

El sub-magistrado Grgur y yo hemos desarrollado una forma de conectar grupos de cerebros de vedalken y neurok. Estoy reservando las mejores mentes para incluir en esta estructura que Grgur ha llamado la Unired. Hemos invertido mucho diseño en ella y ahora ocupa la mayor parte de la aguja laboratorio de Grgur. Es digna de ver. Creemos que entre otros usos importantes, sumergir los ganglios espinales de la Unired en el Pozo del Conocimiento debería proporcionar resultados fascinantes. Todo el conocimiento vedalken estaría a nuestra disposición. He sido elegido para crear un rudo dispositivo de vocalización para que la Unired pueda comunicarse verbalmente. Creo que una matriz colgante de estructuras vocales de diversos orígenes debería bastar



para poder simular nuestro discurso de forma efectiva.

Presagio del Núcleo

Debo hablar con Malcator y pedir su consejo sobre este diseño.

Fecha: 100-23-207293.8
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

Scylla. Todavía te hablo como si estuvieras conmigo, viendo todo aquello en lo que trabajo. Quiero encontrarte, abrir tu mente a la visión del Presagio para que puedas entender este mundo, las esferas dentro de las esferas que ninguna mente de la superficie podría soñar con comprender. Su perfección todavía me fascina. Debes conocer su grandeza.

Capítulo 5

Fecha: 100-23-209387.2
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

He recibido la primera transmisión del Padre de las Máquinas.

El Presagio del Núcleo me ha otorgado el honor de interpretar los sonidos a medida que surjan de nuestro gran líder. Tengo intenciones de usar la Unired completa para que me ayude a descifrar estos fragmentos puesto que hay miles de ellos. Él habla de tiempos que pasaron hace mucho y de seres y criaturas que tienen un poder inimaginable.

Elesh Norn está enredando con la pureza de las palabras del Padre. Es una tergiversadora y una manipuladora. El Presagio lo sabe y por eso mi tarea se vuelve aún más importante a la hora de anotar e interpretar estos fragmentos con pureza gitaxiana.

No fallaré al Presagio.

Fecha: 100-23-214923.1
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.



Mis tanques craneales han comenzado a filtrarse, lo que me causa mucho dolor.

El trabajo de descifrar la voluntad del Padre es agotador. Se

han injertado glándulas estimulantes en mi endoestructura para permitir que la gran obra continúe pero siento el fracaso de la carne. Tanta debilidad. Pronto necesitaré nuevos injertos. He pedido que se inserte más cromo en mi estructura ósea con suerte Urabask accederá y nos proporcionará este material tan importante. Es irritante. No deberíamos tener que pedir esto, la Gran Obra no debe ser dificultada de ninguna manera. Con cada ciclo de las lunas se vuelve más elusivo. El Presagio se impacienta por Urabask y sus esbirros **Urabrask**
en la capa caldera y con el Presagio no se juega.

Fecha: 100-23-218329.5
Transcripción de Unctus.
Inicio de la transcripción.

Los injertos ralentizan mi progreso. Cada vez que Malcator y Threx ajustan mi estructura tardo tiempo en adaptarme a las nuevas sensaciones, ataques de manía y miembros extraños que ahora suman más de veinte. Por suerte las filtraciones de los tanques cerebrales han remitido y puedo continuar con mi trabajo sin tanto dolor.

Scylla, si pudieras leer las palabras de nuestro Padre de las Máquinas. ¡Qué mente! Ojalá pudiera tener mil matrices de nervios más injertadas para poder comprender el significado. La Unired me está ayudando mucho y el Presagio está satisfecho con mi progreso. Las noticias de nuestros logros han llegado hasta la Catedral de Porcelana. Elesh Norn envidia nuestro trabajo, casi puedo sentir su maquinadora mente intentando penetrar nuestra lógica. Fracasará. La Legión de Porcelana nunca lo comprenderá. Nuestros métodos se basan en la Gran Síntesis y los Estándares gitaxianos, no en las profecías y supersticiones de Norn.

De todas formas, hay que temerla. No hablaré más de esto.

Fecha: 100-23-219374.8
Transcripción de Unctus.
Inicio de transcripción.

Voy a someterme a otra sesión de injertos. Estos deberían mejorar mi rendimiento general. Hay un pensamiento que me atormenta. ¿Alguna vez estaré completo de verdad? ¿Es algo que sabré o será una sensación de final absoluto, de llegada? ¿Se lo otorgará el Padre de las Máquinas a todos sus devotos seguidores?

Es la Unired. Incluso una breve conexión con ella ha hecho que mi mente bulla con esos pensamientos. No debo volver a tocarla.

Capítulo 6

Fecha: 100-23-225736.9

Transcripción del registro Unctus.
Inicio de transcripción.

Nuestro trabajo en este mundo se acerca al final.

La esfera está casi completa.

Lúmengrid se alza ahora como un testimonio de nuestra superioridad. Si los necios que quedan en la superficie supieran que su destino es inevitable todo sería mucho más fácil. ¿Por qué se resisten?

Ahora mi obra se centra en el perfeccionamiento.



Elesh Norn

Se dice que existe la perfección. El Presagio escribió acerca de ella en los Estándares Gitáxicos y Norn la menciona en los Grabados Argénteos, pero yo no la siento. Es un valor de base de nuestra Gran Obra, pero siempre hay algo más. Siempre se me arrebata, se me niega. Nunca es suficiente.

Debo estudiar otros escritos para saber si el Padre de las Máquinas ha tratado este tema. Con toda seguridad tendrá respuestas para sus devotos.

Fecha: 100-23-227834.6
Transcripción del registro Unctus.
Inicio de la transcripción.

Hoy llegaron más habitantes de la superficie y te estuve buscando, Scylla.
He estado distraído estos últimos ciclos. Es una disfunción extraña, un posible desgaste de mi red neural. Haré que los ensambladores de nervios se ocupen de ello. Mis pensamientos se vuelven hacia ti y me pregunto si aparecerás por el túnel que lleva a Lúmengrid, el túnel que te traerá hacia mí. Sólo espero que las sacerdotisas suturadoras de Norn no se hayan apoderado de tu brillante mente para encerrarla en una tumba de porcelana. No mereces tal destino.

Te esperaré, Scylla, y estaré pendiente de ti.

Fecha: 100-23-229723.3
Transcripción del registro Unctus.
Inicio de la transcripción.

Scylla. Verte con mi matriz de ojos nueva fue de lo más gratificante pese a que no me reconocieras.

Cierto sistema primitivo y extraño en mi interior deseó que lo hicieras, pero sé que mi forma actual dista mucho de parecerse a la que recordarás.

Me recuerdas, ¿verdad?

Gritabas mientras mis extremidades delanteras acariciaban tu rostro. Pude percibir que habías pasado por grandes penurias en estos últimos ciclos, inmersa en el desconocimiento de las esferas. Pero no por mucho tiempo. Pronto verás mundos que no imaginabas. Conforme te llevé a la exocámara algo chispeó en mi interior. Se produjo una conexión. Una cascada de revelaciones se alzó como los cinco soles, como si el Padre de las Máquinas le hubiera hablado directamente a mi proceso auditivo.

Debemos unirnos. Injertarnos el uno en el otro.

Tú eres lo que me hará verdaderamente perfecto.

Roxith, Barón de la Podredumbre

Capítulo 1

¡Gloria al padre de las máquinas! Esperamos una señal de nuestro embrionario amo. Solo él puede decirnos cuándo será el momento de revelarnos y reivindicar la superficie al mundo. ¡El amo es tan perfecto! Es tal y como debería ser la perfección: sin la

atadura de la carne. Carne: débil, maleable, un manto de mugre al que se aferran los seres menores para sentirse seguros. Repugnante.

Y sin embargo, mientras esperamos el día de nuestro triunfo, debemos ser leales al centinela que se cree un barón del acero: Geth. Un disparate de ser. Su cabeza humana no-muerta apareció sin más ante nuestra puerta y así fue bendecido con una misión y un cuerpo fuerte de metal pirético. Se considera un guardián que orquesta el paso de los magistrados mismos. Pensar que una cabeza humana pudiera gobernar Pirexia… ¡Qué herejía!

No importaba. La que Susurra tolerará la ambición de Geth solo mientras a ella le convenga. En cuanto nuestros perros pestilentes salgan a la superficie será un esclavo, al igual que los Nim a los que gobierna. Por el momento esperaré. La Susurradora tiene el oído del Padre; jamás osaría alzarme contra ella. Y el Guardián de la Bóveda es demasiado estúpido como para comprender que sus días de cacique están a punto de terminar. De modo que me aliaré con otros cinco déspotas, por obtusos y vanidosos que sean.

La guerra contra la putrefacción de la carne continúa. He ordenado a mis desollácaros que patrullen la periferia y analicen cualquier tejido que hallen en su camino. Su trabajo consiste en levantar pilas cada vez más altas, monumentos a mi misión que además transmitan un mensaje a todo aquel que trate de invadir mis dominios; grandes nubes de moscas pistus se arremolinan alrededor de los montones de carne para alimentarse. Por supuesto es a propósito, para que Pirexia sea testigo de la putrefacción de su propia carne y que tal vez así entienda su debilidad. ¡Así aprenderán que no hay lugar para ella en nuestra grandiosa Máquina!



Pero nadie debe saber de estos pensamientos. Aún no. Cuando llegue el día de nuestra emersión, caerán los vastos reinos de la carne. Construiré mi fuerza sobre su debilidad. Los liberaré de sus grilletes de piel y tendones. Y para mi beneficio les ayudaré a alcanzar su yo completo. Los reduciré a huesos, los bañaré en acero y sobre esos huesos de acero construiré catedrales. ¡Gloria a Pirexia!

Debo encontrar al Mil Piernas en sus inhóspitos dominios. Es consciente vagamente de cómo podríamos ayudarnos el uno al otro. Solo he de llevarlo a la conclusión de que soy un instrumento potencial para sus intereses. Es preciso andar con cuidado. No es de

los que distinguen entre dogma y diálogo. Está demasiado ansioso por actuar.

Todo será metal. Todo será perfecto.

Capítulo 2

Kraynox. Un ser extrañamente insular, sobre todo para alguien que ha llegado a ser un Barón. Es una criatura obsesiva. A veces no parece que haga otra cosa que organizar envíos de aceite de un lugar a otro en grandes recipientes y pequeños riachuelos para mantener la creciente red que constituyen sus dominios bien lubricada y oscura. Pero, de vez en cuando, sus numerosos servidores se dispersan y revela una nueva y vasta expansión de su "cuarta capa".



Está gloriosamente desprovisto de carne pero no es perfecto. No sé si miente o se engaña a sí mismo, pero Kraynox se jacta de "soñar", como hacen las imperfectas criaturas de la superficie. Sueña con una Pirexia futura que según él también es del pasado, en cierto modo. En esa Pirexia no sólo hay un mundo con un interior y un exterior, sino que la forman varias esferas dentro de otras esferas, cada una con un propósito, y Kraynox cree que su función es construir una de esas esferas. Añadiría su "cuarta capa" a las tres que ya existen: la superficie, el interior y los hornos. No me corresponde a mí determinar si esto constituye una herejía.

A la Susurradora no parece importarle el floreciente imperio de Kraynox. Tal vez crea que llegará a expandirse más allá de su capacidad y que sus acciones acabarán por beneficiarla, o tal vez sepa algo. Por mi parte, poco me importa; respeto a Kraynox porque encarna el ideal de la ausencia de carne. Kraynox, por su parte, parece soportar mi presencia y me obsequia en ocasiones con... palabras. La mayoría me parecen disparates pero creo que parte de ellas tienen algún significado. Deben de tenerlo.

Mi viaje a su aceitada red me dijo mucho del estado de nuestro Gran Destino. Los gitaxianos llevan a cabo su "investigación" con más prisas de lo habitual. Los seres de la Ortodoxia ni siquiera pusieron en duda el propósito de mi viaje; parecían demasiado

ocupados en consultarse unos a otros. Todos los lugares por los que viajé mostraban signos de dispersión y lucha. Se están impacientando. Bien.

Cuando me presenté ante Kraynox, al cual no fue difícil encontrar esta vez, llegó incluso a saludarme como "Barón de la podredumbre". Un título adecuado. Pienso adoptarlo. Después volvió a hablarme de sus sueños. Yo toleré el soliloquio mientras observaba cómo sus reservas de aceite goteaban arriba y abajo entre los soportes de su entramado. Hipnotizante, y sin un solo rastro de carne detestable a la vista.

Cuando su monólogo se hubo consumido le expuse mi propuesta. Cuando al fin articulé las palabras "quinta capa" su silueta se estremeció y empezó a recoger aceite meticulosamente para echárselo por encima. Elegí tomarme esto como una muestra de aprobación así que le hablé de mi visión: Una nueva esfera dentro de nuestro dominio con suelos de carne desgarrada; un material que sólo sirve para ser pisado. Kraynox no parecía conocer las grandes cantidades que tengo en mi poder y al principio se mostró escéptico ante la idea de que pudiese cubrir toda la circunferencia de nuestro mundo. Anticipándome a sus dudas le mostré la piel estirada de una grotesca criatura de carne que mis sirvientes me habían traído. Nos envolvió a ambos.

Por el pequeño aunque algo degradante precio de empezar la producción del suelo de carne dentro de su aceitosa red de metal, creo que Kraynox y yo hemos establecido una alianza. Por el momento, es más que suficiente.

Capítulo 3

He provocado el segundo coste de muchos en mi camino a hacia la primacía.

Para mantener mi alianza con Kraynox, debo conseguir un progreso suficiente en la quinta capa durante cada ciclo. Para progresar, debo cosechar reservas de carne sin precedentes. Para cosechar más carne debo enviar a mis escarabajos destripadores y desollácaros a nuevos dominios. Y eso hice. Pero



eso significaba tener que congraciarme con Geth primero, esa burla de *compleción* que vigila la puerta. Y eso hice.

Tras conseguir una audiencia el muy desgraciado me llamó a su "sala del trono" mientras deshechos de patética no-vida basados en tejidos pululaban por ahí. Me quedé en una zona hundida con algunos de mis desollácaros más grandes flanqueándome. Él se apoyó en una silla con pinchos bastante agradable a la vista como si estuviera esperando que le impresionáramos. Le dije rotundamente que necesitaba más carne y añadí que la carne de su sucia cabeza todavía no hacía falta. Emitió algún tipo de sonido humano parecido a un ladrido mientras enseñaba los dientes. Cuando intenté imitar el sonido, paró de repente. No pregunté por qué.

Geth me preguntó qué sabía del Méfidros y del Campo Resplandeciente tras él. No consideré necesario disimular así que le dije que había oído hablar de las chimeneas necrógenas, del nim, y de las cosas más grandes que esperaban allí las órdenes de aquellos con poder. Le dije que suponía que las cosas asquerosas de carne con delirios de grandeza iban al Méfidros y con el tiempo se volvían un poco menos desagradables.

Me miró en silencio durante un rato. Entonces dijo: "Sé dónde pueden encontrar suficiente carne tus escarabajos como para mantener a Kraynox satisfecho durante muchos ciclos de soles." No le había contado nada acerca de mi alianza con el Barón Oscuro. Disimulé mi sorpresa pero respondí... irritado. "Parece que la respuesta corretea por esta cámara," dije.

Las pequeñas criaturas de Geth dejaron de moverse de golpe. Mis desollácaros sacudieron sus cuchillas, animados por la respuesta al miedo de las criaturas. Entonces uno de ellos atravesó a una criatura cercana con pinta de gusano y la hizo girar rápidamente entre sus apéndices, despellejándola. Geth observó con calma. "Si quieres," dijo. "Pero cosechar aquí no te daría mucho resultado. Tu propósito se verá más beneficiado si buscas a Thrissik en el borde más oscuro del Dross." Hizo una pausa y abrió su boca. "Sospecho que Thrissik te permitirá coger a los que escapen."



Había subestimado a Geth. Resiste las reacciones impulsivas humanas, sirve a Pirexia y

conoce la quinta capa. ¿Pero cómo? ¿Quién le informa de nuestro trabajo ahí abajo?
¿Qué más sabe?

"Necesitaré instrucciones para llegar hasta Thrissik, Barón Geth. Mandaré a mis..."

Geth me interrumpió. "No," dijo, "debes ir en persona. Thrissik no permitirá a tus esbirros pasar. Querrá examinarte él mismo antes de permitir la presencia de tus criaturas en sus dominios."

Esto fue una molestia inesperada pero podría usarla como excusa para ver por mí mismo la superficie infestada de nuestro mundo.

"Entonces iré," respondí.

En vez del comentario sarcástico que esperaba, él solo dijo: "Gloria al Padre de las Máquinas."

Una cosa deforme se movió desde detrás de él para enseñarme la salida.

Capítulo 4

Idiota. ¿Cómo pude no haberlo visto? He perdido demasiado tiempo recuperándome de este incidente. Debo encontrar un modo de acelerar mi recuperación. Debo retomar el trabajo en la quinta capa antes de que Kraynox me traicione también.

No tengo tiempo para regodearme en mi ciega insensatez. Los aprendices nocturnos podrían estar vigilando aún.

* * * * *

Han pasado diez ciclos desde mi viaje al reino de Thrissik. La mayoría del daño causado a mi forma ha sido reparado. Pero el daño a mi proyecto se mantiene.

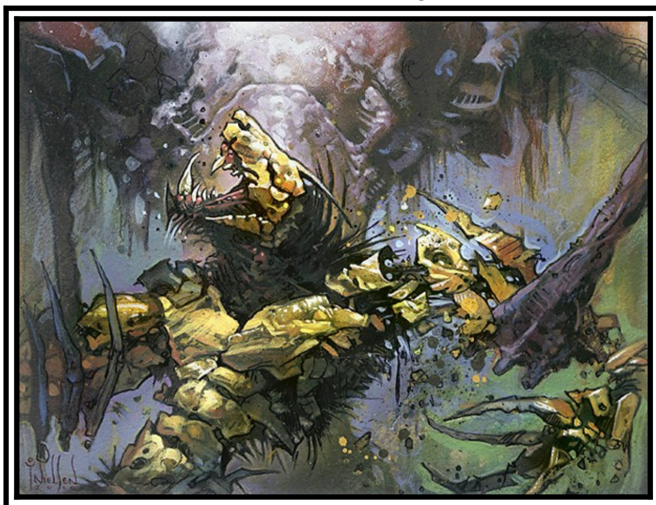
Cuando abandonamos la Bóveda de Geth, hice que un desollácaro regresara al interior y ordenara a mi enjambre que se adelantara. Entonces, el desollácaro restante y yo seguimos a la criatura de Geth a través de la espesa niebla terrestre necrógena, transitando un tortuoso camino de chimeneas corroídas. Al principio me pareció glorioso: una prueba tan antigua del trabajo del aceite, un paisaje perfecto de veneno y descomposición. Pero después de un rato se volvió tedioso, repetitivo. Comencé a sentirme como si fuera un sonámbulo.

Hubo un repentino temblor y una cosa larga y resbaladiza se alzó del esponjoso suelo y se lanzó contra nosotros. Mi desollácaro hundió sus filos en el depredador y fue desplazado por la fuerza de su movimiento. Una especie de gancho surgió de la espalda del depredador y cogió al desollácaro, metiéndolo en un inmundo saco. Cuando volví a mirar, la criatura de Geth se había marchado. Huí como un tritón llorón, solo.

Recordé a Geth describiendo un límite así que sin más opciones continué mi camino, alejándome directamente de la Bóveda tras de mí. En la distancia algo brilló. Ahí es donde los vi por primera vez detrás de mí: los aprendices nocturnos.

No esperaba que Sheoldred mandara a sus cazadores-vigilantes tras de mí, un Barón. Cuando Geth desveló su conocimiento de mi alianza con Kraynox debí haber imaginado que la Susurrante también estaría al corriente. Pero no podía hacer nada. Me giré y miré a uno de ellos en la distancia. Se apartó de mi vista. Entonces escuché clics y ronroneos que se acercaban rápidamente: mi enjambre, por fin. No sé por qué me perdonaron la vida los aprendices nocturnos. Sospecho que pronto lo descubriré.

Envuelto en mi enjambre me moví más deprisa. La carne que Geth había prometido comenzó a mostrarse: el suelo estaba cubierto de criaturas muertas, la mayoría humanas. Contuve al enjambre aunque estos estaban deseosos de despojar los cadáveres. Pensé que sería sensato pedir primero la bendición de Thrissik.



Estaba equivocado.

Del Barón Thrissik solo sabía que estaba obsesionado con algún tipo de ciclo pirexiano. Cuando por fin llegué a su enredada masa de cables e intrincadas series de piernas retorcidas, yo... dudé. Al verme se desenroscó, alzándose sobre mí.

"¿Eres el Destructor?" Preguntó. Yo no respondí. "Descubrámoslo juntos." Atacó, lanzándose en picado contra mí. Yo me aparté de su camino. Sus piernas se movieron y buscaron. Yo ordené a mi enjambre que lo atacara y los escarabajos destripadores treparon por su cuerpo, abriéndose paso hasta su carnoso tórax. Pareció no inmutarse. Se movió, serpenteando metódicamente por la superficie. Me había encontrado.

Thrissik me lanzó como un cadáver, como si estuviera buscando algo. Yo estaba dañado. Entonces me clavó en el suelo. Sentí una garra arañar algo en mi espalda. "No eres el Destructor," dijo. Entonces se marchó sin más, mientras mis escarabajos aún mordisqueaban su tórax.

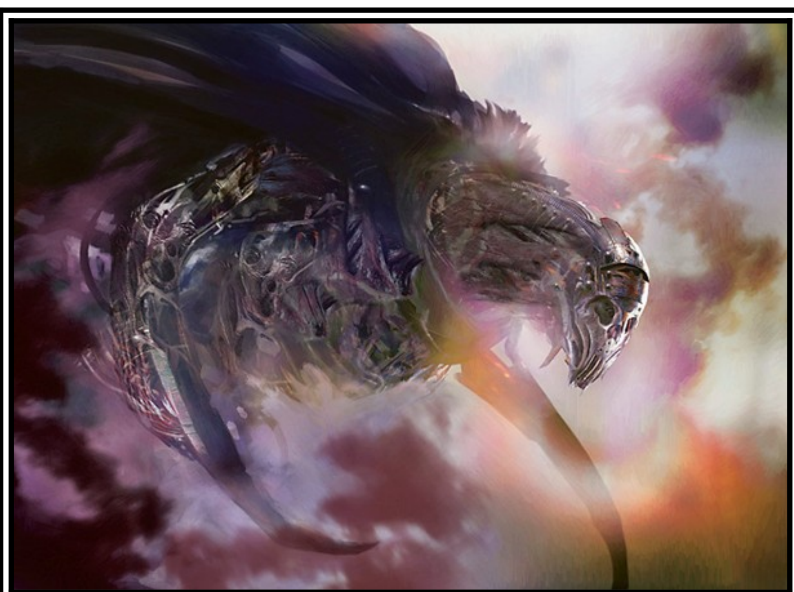
Aturdido, ordené a mi enjambre que regresara y comenzara la cosecha. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

Capítulo 5

"Tú serás el primero en caer," dijo él.

Yo había viajado demasiado lejos a través de la escoria y el óxido sólo para escuchar al Barón de los Demonios burlarse de mí. Había salido del Mefidross con una pequeña escolta, alejándome de mis desollácaros trabajando en los desperdicios de Thrissik. Transité por el mundo de la superficie por lo que los seres de carne llaman Oxidda. Sabía que debía buscar los Cairns de las Lamentaciones y, al cabo de un tiempo, los encontré, chapiteles de cráneos y huesos goteando con mercurio, cada uno emitiendo gemidos, chillidos, susurros, risas. Me dicen que a los incompletos les inquieta estos sonidos.

El metal fundido en este lugar posee gran belleza. Es como sangre que no necesita carne para fluir. Pero la interminable escalada y el ruido de los Cairns se tornaron cansinos, luego irritantes. Después de decenas de ascensos en zig-zag llegué a un cisma dentro de la herrumbre y entré, descendiendo hacia un calor abrasador.



No tenía deseos de negociar con un temerario “envuelto-en-piel” como Azax-Azog, pero no tuve otra opción. Kraynox parecía un aliado pero Geth y Thrissik eran apáticos en el mejor de los casos, y más probablemente traicioneros enemigos. Sheoldred sospecha algo. No me atrevo a provocarla para que no me envíe a uno de sus cofres nocturnos, reliquias que otorgan

Azax-Azog

una audiencia con ella o el olvido.

"Óyeme, Barón de la Podredumbre," exclamó él cómicamente. "Estas seis palabras son tu verdad: Tú serás el primero en caer."

¿Acaso esta pomposidad funciona sobre los mortales de carne? Yo fingí miedo extremo para que Azax-Azog creyera que él tenía el control, que yo era servil. Me estremecí como convulsionando. "¿Co... cómo puedo evitar este destino, Señor? Te suplico por completo."

"No puedes. Sólo puedes pasar tus miserables días trabajando, sirviendo inconcientemente a los más grandiosos que tú. Deberías volver al Mefidross, a tu pequeña cantera de carne."

Yo no tuve más remedio que presionarlo. "Azax-Azog, seguramente nosotros nos podemos beneficiar mutuamente. Yo

podría proveer ayuda en la expansión de tu reino. Tú podrías devolverme el favor revelando lo que sabes."

"Yo nunca aceptaría nada de ti, gusano. Tú estás condenado. Me das lástima. Vete y ora para que no te destruya en el momento en que te vayas."

Una criatura de pedazos de hueso de metal caminó hasta mí llevando algo en su espalda: un cubo. El cubo era de un metal oscuro y agujereado, con lados ligeramente cóncavos. Tenía marcas, como si algo hubiera intentado arañarlo en vano. Sus esquinas estaban recortadas y empapadas con aceite y sangre.

"¿Cuál es el propósito de esto, Barón de los Demonios?" pregunté con falsa humildad.

"Cuando llegue el momento cuéntale la verdad más profunda," dijo Azax-Azog. "Escoge una palabra para cada lado. Habla con cuidado." Entonces él se adentró más profundamente en la hendidura fundida, fuera de mi vista.

Tal vez yo tenga más aliados que Kraynox. O tal vez el demonio quiere usarme contra los otros. No me interesa; sus mezquinas metas no importarán cuando mi trabajo esté hecho.

Capítulo 6



Los observadores nocturnos de Sheoldred vigilaron mi obra durante muchos ciclos antes de acercarse. Al principio me inquietaban, pero acabé por ignorarles. Mirad cuanto queráis, peones. Los planes están en mi mente, no en esta sucia cosecha de carne.

Pero un día, cuando sólo podían verse los orbes negro y azul en el horizonte, se acercaron. Uno de ellos

Roxith

se puso detrás de mí. Cuando me di la vuelta para encararme a él, volvió a ponerse a mi espalda. Empezó a emitir un bufido. Al principio pensé que iba a intentar destruirme pero al cabo de un momento comprendí que me
estaba entregando un mensaje.

—La Susurradora requiere tu presencia a los pies del Padre de las Máquinas. Irás allí ahora. Irás. Hablarás cuando se te pida que hables. Hablarás. Pagarás este honor con tus respetos. Pagarás.

Asentí con un gesto. Los observadores nocturnos se marcharon sin interrumpir a mi enjambre ni a mis desollácaros. Bien.

Así pues, comencé mi viaje al Padre de las Máquinas, manteniendo siempre el cubo de Azax-Azog a buen recaudo. Sabía que este podía ser el momento al que se había referido. Atravesé la bóveda de Geth; su trono estaba vacío. Me adentré en nuestros dominios y llegué adonde se sentaba el Padre, al que atendían nuestras criaturas más cuidadosas. Me detuve ante la cámara. Me planteé por última vez lo que podría decirle al cubo en caso de que se presentara el momento al que aludió Azax-Azog. Seis palabras, seis caras. Examiné los arañazos de cada cara. Lo giré una y otra vez, practicando el ritmo. Sí, sabía exactamente qué seis palabras debía articular.

—¡Gloria al Padre de las Máquinas!

* * * * *

—Acepta este entretenimiento que he dispuesto en tu honor —dijo Sheoldred.

Lo que antes fue Roxith, Barón de la Podredumbre, yacía en el suelo de la sala del trono, hecho pedazos. No había pronunciado las únicas palabras que habrían contentado a su cofre nocturno, tal y como Sheoldred había previsto. Y con la sexta palabra, «máquinas», se había desatado su magia: un torbellino de cuchillas y sombras que con violencia y rapidez lo habían reducido a una pila de segmentos. De materiales.

Los ojos de Karn se ensancharon de forma casi imperceptible, como si por fin hubiera reaccionado ante el espectáculo. Se revolvió, tensando con desgana las ataduras que le unían al trono.

—Por fin el más débil de los barones te ha ofrecido en sacrificio su patética existencia, su único regalo de relativo valor —dijo Sheoldred—. No será el último. Pero antes le daré un nuevo uso a Roxith, para seguir divirtiéndote. Será mi sirviente.

El rostro del gólem de plata quedó inmóvil de nuevo.

—Si hubiera comprendido nuestra naturaleza, podría haber vuelto la magia del cofre en mi contra como te prometí. Sólo tenía que pronunciar las palabras que le había enviado a través de otro ser débil, de otro impostor. Palabras que describen nuestra fuerza y nuestra gloria mucho mejor que cualquier exaltación servil. ¿Deseas escuchar las palabras, «Padre de las Máquinas»?

Los dedos de Karn temblaban pero su rostro seguía inmóvil. Unas pequeñas criaturas llegaron correteando a la pila que antes fue Roxith y empezaron a llevarse los trozos. Tras un momento largo Sheoldred se inclinó hacia Karn y le dijo al oído:

—Tú serás el primero en caer.

Farris del Yunque

Capítulo 1

Querida Sharaia,

Si yo fuera un hombre más valiente te diría estas palabras de frente.

Esta carta es en sí un pecado. Pertenecemos a la Tribu del Yunque, mi impetuosa hermana; no toleramos la debilidad, y menos aún la documentamos. Pero necesito transmitirte estas palabras para que tal vez algún día llegues a entender mis actos.

El jefe de guerra Malach no ha dado señales de vida. Sé que está muerto y que cayó a manos de ogros merodeares que ansiaban su metal. Yo era su segundo oficial y sabía que estábamos en territorio ogro, en el valle del Risco Oxidado. Pese a que me indicó que no interviniera era mi cometido mantenerlo con vida. Fracasé.



Y lo escribo en esta carta para que seas testigo, hermana: mis manos están manchadas de sangre vúlshok.

No había espada que recuperar de los ogros. A decir verdad, no encontramos ni rastro de Malach, lo que me produjo un escalofrío. Abatimos a un ogro con un relámpago y logramos que otros dos se dieran a la fuga gracias a nuestras lanzas y a un conjuro de nuestros lanzafurias.

Al despertarme los soles rojo y negro esta mañana no tenía la más remota idea de que sería el jefe de guerra de nuestra tribu para cuando estuvieran preparados. Ahora mismo los observo hundirse

tras los picos de la herrumbrosa Óxida, proyectando una luz sanguinolenta en nuestro valle. Un dragón del horno deja un rastro de humo en la noche.

Sé que te he mentido hoy. Te dije que Malach seguía explorando la zona. Incluso envié a dos guerreros para cubrir la retaguardia y así hacer creer que se trataba de una misión de reconocimiento extendida. Esos hombres, mis hombres, sabían que todo era una farsa. Pero no se opusieron; tenían que cumplir mis órdenes. Pensé que tenía que traer buenas noticias a la tribu y a ti, nuestra portavoz. Espero no haber mandado a esos valientes a la muerte también. No olvido a los ogros, ni a las patrullas enemigas de vúlshok, ni a los dragones del horno hambrientos.

Ahora cualquier amenaza para la tribu es mi responsabilidad. Ahora es mi mente la que arde con imágenes de ogros devoradores de metal, de trasgos burlones y de la guerra de clanes. Este valle nos pertenece desde antes de los tiempos del sol verde y ahora soy yo quien debe defenderlo de las implacables y envidiosas tribus vúlshok.

Esta mañana era tan solo un guerrero y ahora, tras un telón de mentiras, soy jefe de guerra. No lo sabías siquiera y no pudiste felicitarme, hermana. Por ello, esta noche, me siento agradecido.

Farris del Yunque

Capítulo 2

Querida Sharaia:

Mientras escribo, lo ocurrido hoy ensombrece mis pensamientos.

Cuando me preguntaste si nuestro antiguo jefe de guerra estaba muerto de verdad lo que en realidad me preguntabas era: "¿Por qué me mentiste, hermano?" Debí habértelo contado. En lugar de ello te cuento este relato.



Hoy soplaba el viento bajo el sol negro y las cimas metálicas se arqueaban y crujían. Hasta un augur optimista diría que son malos presagios. Pese a ello partí en solitario para hacer lo impensable: negociar.

Me reuní con Ogrond, emisario de la Tribu del Escudo, y con Trinu, la vieja bruja de la Tribu del Yelmo, en torno a la hoguera de la paz. Son viejos vúlshok cuya mente está encostrada por el óxido de los

agravios pasados. Ninguno se alegró de verme a mí como representante del Yunque.

—La muerte de vuestro jefe de guerra es una maldición para esta alianza —dijo Trinu de la Tribu del Yelmo—. El metal está débil y quebradizo. No habrá tregua.

—Nosotros, la Tribu del Yunque, seguimos comprometidos a acabar con este conflicto —respondí—. Tengo la bendición de mi hermana, nuestra portavoz. —otra mentira. Sé que preferirías una bofetada en la cara antes que hacer tratos con los demás clanes. Mi intención no era otra que proteger a nuestro pueblo.

—Los ogros son el azote de este valle —dijo Ogrond del Escudo—. Muchos miembros de mi tribu han desaparecido. Deberíamos dejar que los geomantes fundieran los picos y que la escoria de hierro arrasara este miserable valle. —comprendí que se refería a dejar sin hogar a nuestra tribu y sé que él se dio cuenta.

Discutimos hasta que el sol negro llegó a su cénit. Finalmente Ogrond aceptó enviar a algunos de sus guerreros a ayudarnos contra los ogros siempre que accediéramos a marcharnos de las tierras altas del Risco Oxidado. Aquello perjudicaría sólo a unos pocos de nuestra Tribu del Yunque pero aún así sé que verás mi acuerdo como algo vergonzoso.

Trinu no cambió de opinión. No quiso ceder ni a un solo chamán para luchar contra los ogros y sostenía que sólo hablaría con Malach o con alguien de su rango. Comprendí que su intención era provocarme y sé que ella se dio cuenta. Pero sentí que aquel era mi deber. Los jefes de guerra han de tragarse su orgullo por su pueblo.

El cónclave terminó ahí ya que nos vimos rodeados de monstruos.

Llegaron con el cénit del sol negro desde el Méfidros. Demonios-cucaracha herrumbrosos de acero y carne, con cuchillas y pinzas donde debían estar sus ojos. Apestaban a necrógeno y putrefacción. Invadieron en masa nuestra hoguera mientras buscábamos desesperadamente las armas. Ogrond no logró asestar más que un golpe antes de que lo trituraran. Le arrancaron los miembros como si fuese el juguete de un niño y dejaron para el final las partes de su cuerpo que le permitían gritar.



Laceré a uno de ellos con la espada y no supe si lo que hizo fue gritar o reír. Trinu invocó un gran relámpago sobre otro de los monstruos. Uno de ellos me embistió a la vez que yo le abrí un orificio lleno de una secreción pegajosa y cables retorcidos y creí ver mi propia

muerte en lo más profundo de su interior. Trinu me apartó con una sacudida, gritó una invocación y ambos huimos. Varios Elementales de rayos surgieron para enfrentarse a los demonios y no volví a mirar atrás.

—Estamos malditos, tú y yo —dijo Trinu una hora después, cuando nos sentamos a solas bajo el cielo agitado.

—Las tribus nos necesitamos unas a otras más que nunca — afirmé. Trinu del Yelmo no parecía estar de humor para negociar.

Sé que hice mal al ocultarte todo esto, Sharaia. Pero nuestra tribu debe ser fuerte, y la desesperación es un veneno que pudre las almas. Espero que llegue un día en que leas esto y sepas que tu hermano trató de hacer lo correcto.

Caminando con dificultad, volvimos al lugar pero no encontramos rastro alguno de Ogrond. Aquellas cosas debían de haberse comido sus restos, de los huesos a la espada. Esto no quedará así.

Farris del Yunque

Capítulo 3

Querida Sharaia,

De niño, esperaba con ilusión el brillo vigorizador del Sol Rojo. Ahora lo temo. Cuando se alce y vea lo que yo he visto me temo que no brillará con benevolencia.

Tras el ataque de los horrores, reuní a una partida de asalto. Nos encontramos al amanecer del sol más oscuro; unos de la tribu del Yunque y otros de la del Yelmo, estos últimos liderados por la vieja Trinu en persona.

—Nos dirigimos más allá del Risco Oxidado, en el interior de Filonegro —le dije—. ¿Se opondrán tus guerreros?

—No te preocupes por mi tribu del Yelmo —respondió.

Al poco tiempo de marcha las colinas oxidadas se convirtieron en esponja negra. El suelo estaba empapado e infecto, como una gota de tinta sobre un pergamino. El olor era inconfundible; no hacía falta enviar a los exploradores de hierro para saber que las criaturas putrefactas estaban tras la siguiente colina.

Me dirigí al grupo de guerreros. —La mitad de los hombres se quedará con Trinu. Los demás vendrán conmigo a investigar.

—¿No querrás decir "a buscar venganza"? —dijo Trinu—. Tus ansias de vengar a tu jefe de guerra asesinado dominan tu corazón y no dejaré que mis hombres y mujeres sufran por ello.

¿Qué significaba esta insubordinación? —Trinu —le dije—, no eres tú la jefa del grupo.

Pero ella hizo caso omiso. —¡Guerreros! Escuchadme. Este hombre, Farris de la tribu del Yunque, no habla por vosotros. Pretende llevar a todos los clanes vúlshok a la guerra; una guerra

contra una fatalidad oculta, una guerra maldita que será el fin de todos nosotros.

Se oyeron murmullos de conformidad, incluso entre los miembros de mi propia tribu del Yunque. Entonces comprendí que sólo se había unido a mi partida de asalto para socavar mi posición.

—Esos seres putrefactos amenazan a todos los clanes. Si separas el grupo nos estarás poniendo a todos en peligro.

Esto no hizo más que envalentonarla. —¡Escuchad sus amenazas! O bien es un traidor o es un necio, y en ninguno de ambos casos le debéis vasallaje. Demos la espalda a esas abominaciones y volvamos la mirada hacia nuestras familias.

Mi mano se movió por voluntad propia y llevó la espada hasta su cuello en un abrir y cerrar de ojos, justo a la altura de sus cuerdas vocales. Un sólo movimiento con el brazo habría bastado para castigarla por su motín. A nuestro alrededor los guerreros de ambos clanes quedaron inmóviles, mirándome. Trinu se limitó a mirar con desdén.

¿Es este el precio de la seguridad de nuestros clanes, Sharaia? ¿La muerte de un jefe de guerra tras otro? ¿Tomar la vida de un anciano vúlshok? ¿Hice honor al venerable código del guerrero o estaba encubriendo mi incompetencia como líder? De haber liderado a aquellos guerreros contra las bestias putrefactas, ¿habría sido responsable de más muertes aún? Y, de ser así, ¿cómo podría haberte mirado a la cara de nuevo?

La solté. Mi espada volvió a la vaina.

—Vete —le dije—. Llévate a todo aquel que quiera acompañarte. Pero debemos averiguar la fuerza de que disponen. Los que se queden conmigo me ayudarán a llevar a cabo esa misión.

El grupo se dividió. La mayoría se fue con Trinu, y sólo un puñado de hombres permaneció a mi lado. Cuando el grupo de Trinu se hubo marchado nos aproximamos a la colina y vimos que los horrores se habían desplegado para flanquearnos.

Habían formado una cuña entre los dos grupos que nos aislaba al uno del otro. Los guerreros cayeron de inmediato cercenados por sus tenazas, atravesados por sus horribles inyectores espinados y gritando conforme se les formaba una espuma en la boca al morir. Con un hechizo Trinu partió en dos a uno de ellos y yo traté de dirigir a mis guerreros para reunir de nuevo al grupo pero las bestias putrefactas nos mantuvieron aislados. Ordené la retirada pero los grupos estaban confundidos y muchos habían muerto. Para cuando llegamos a un lugar seguro sólo quedábamos cinco: Trinu, tres jóvenes de la tribu del Yelmo y yo.

Haga lo que haga parece que estoy condenado a tener las manos manchadas de sangre. Un único pensamiento me consume mientras escribo, esperando a que el Sol Rojo salga y me ilumine con su brillo.

Podría haber evitado estos acontecimientos con sólo cortar un cuello.

Farris del Yunque

Capítulo 4

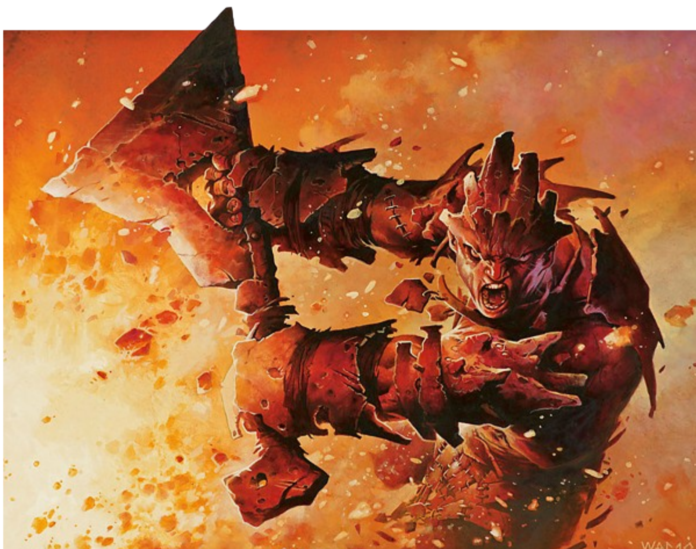
Querida Sharaia,

Tras los eventos de hoy me alegra que estés viva para escribirte. Docenas de los nuestros están muertos y muchos otros se encuentran en un estado de fétida descomposición, lívidos y más muertos que vivos. Comencé estas cartas con la esperanza de que algún día entendieras mis actos. Cada vez más, las escribo como una crónica de guerra... Menos como un hermano, más como un jefe de guerra.

Los horrores, a los que he oído gritar "Pirexia", una palabra cuyo sonido es una maldición en sí mismo, nunca habían llegado tan lejos ni en tales cantidades. Su peste a podredumbre y a metal corroído son su heraldo y los gritos de nuestros exploradores de hierro nuestra alarma. Imposible, pensé. ¿Aquí, en nuestros propios hogares?

Actué por un impulso. Si hubiéramos huido, habríamos llegado a los poblados de la Tribu del Yelmo con pocas bajas. Pero la lava fluía por mis venas al ver a las bestias de Pirexia atacar nuestro hogar y me oí a mí mismo gritando órdenes. No reconocía mi propia voz.

"¡Guerreros!" Grité. "¡A las armas! ¡Todo el que pueda levantar un arma! ¡Mostrad a estos demonios la carretera hacia la muerte!" Mis palabras ocultaban el miedo de mi corazón.



Nuestro ataque fue feroz, pero desordenado e irregular. Matamos a muchas de las criaturas por pura rabia pero no luchamos como un ejército sino como una muchedumbre enloquecida. Muchos de ellos cayeron pero también lo hicieron muchos de los nuestros. Me sentí orgulloso de nuestro salvajismo, esta era una ira que ardía como ninguna otra que hubiera visto en nuestro clan. Pero también vi desesperación en ella. Un toque de angustia.

Los atravesamos con palos y filos, y al fin las bestias de Pirexia se retiraron. Se escabulleron en dirección a Risco Oxidado, donde sospecho que estarán reuniendo a más soldados. Al final, conté a veintinueve miembros de nuestra Tribu del Yunque entre los muertos. Lanzamos a varias docenas de horrores a las hogueras, una

victoria en números, pero al mirar a las caras de nuestros supervivientes volví a ver la desesperación. De nuevo sentí que un impulso se apoderaba de mi corazón. De nuevo me oí hablando a nuestros guerreros con una voz que apenas reconocía.

"Esta no será la última vez que oigan hablar de nosotros," dije caminando en círculo alrededor de la hoguera ante todos los que estaban reunidos. "Este no es nuestro último "hurra". Hoy es el primer paso hacia nuestra *victoria* contra una fuerza vil que infecta nuestra tierra. Hoy no es un día para lamentos ni desesperación. Hoy es el día en el que nos levantamos y *luchamos*."

Fue casi una actuación, Sharaia, pronunciar aquellas palabras en las que no sentía verdad alguna. Me sentí como un fraude, un mentiroso. Pero las mentiras surtieron efecto: en el próximo amanecer carmesí marcharemos hacia Risco Oxidado y vosotros habéis mandado enviados a criaturas tales como trasgos y ogros. Estoy descubriendo que de eso es de lo que se trata ser un jefe de guerra: degustar la amargura de tus propios pecados para que los demás puedan vivir con un corazón inmaculado.

Pero aunque la ira de nuestra gente está que arde todavía siento el miedo en mi corazón. No suelo darme a exageraciones pero estoy empezando a comprenderlo. Estoy comenzando a percibir el riesgo al que nos enfrentamos en la guerra que se avecina. Esta guerra no trata del orgullo de nuestro clan contra otros clanes. No trata de los vulshok, ni siquiera de la humanidad. Trata de toda la vida de Mirrodin. Esta guerra es por la supervivencia.

Farris del Yunque

Capítulo 5

Querida Sharaia,

Hoy se ha alzado el sol rojo, la señal de nuestro ataque. Hoy hemos devuelto el ataque a los pirexianos en Risco Oxidado. Hoy, por primera vez, no he pensando en mí como un miembro de la Tribu del Yunque o como parte de la cultura vulshok. Hoy realmente era un mirrondiano.



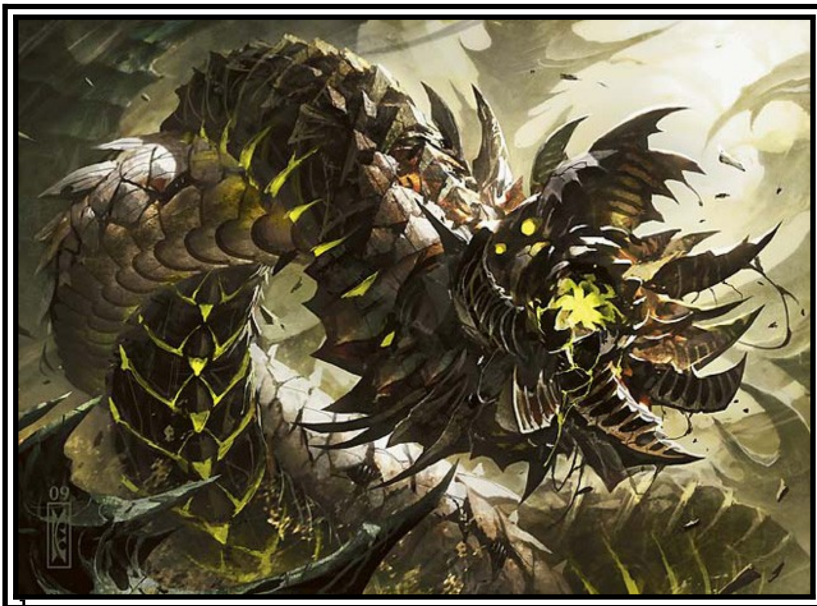
Hasta que no vi a los jefes trasgos y a los señores de la guerra ogros que asentían con sus rojos ojos brillando dentro de sus cascos de guerra no acabé de creer que vendrían. Trinu me vio, su Tribu del Yelmo reunida y resplandeciente, y me dio

una palmadita en la espalda como si entre nosotros nunca hubiera pasado nada. Vi a los bailacuchillas, pirománticos, invocaguerras y escuadrones de asedio de todas las tribus e incluso de algunas razas que no reconocía. Todos estábamos al borde de Risco Oxidado, rodeando a una masa de pirexianos en el valle.

Todos los ojos se giraron hacia mí y yo proyecté lo que esperaba que fuera valiente determinación. A mi señal los trasgos se apresuraron cuesta abajo, gritando y agitando tantos objetos afilados como eran capaces de llevar. Tan pronto como cayeron sobre los pirexianos, los ogros comenzaron a bajar la colina, devorando la distancia con grandes zancadas que hacían temblar la superficie y golpeando a nuestros enemigos con mazas y garras. Los pirexianos enviaron a sus chillonas criaturas pájaros podridas e infectadas y nuestros pirománticos las desgarraron con látigos de fuego. Sus máquinas hechiceras profirieron juramentos y se alzaron unos horrores desgarbados, construidos con trozos de sus bajas más tempranas. Pero nuestros bailacuchillas volvieron a acabar con ellos. Al igual que ellos, nosotros éramos un solo organismo que atacaba para sobrevivir.

Todo iba tan bien.

Cuando apareció el campeón de Pirexia supe que había llegado mi momento de formar parte de la coreografía. La bestia era una sierpe hecha de acero maldito con aceite, retorcida como dos enormes serpientes enredadas una en la otra. Al sacudirse destrozó grandes secciones de nuestras tropas, destruyendo tanto a hombres como a ogros. Pero yo tenía el arma ideal para matarla: una bomba mística fabricada por los trasgos, hecha a medida para sus bocas.



Monté en mi corcel de acero pero justo cuando me adentré en la cuesta un horror con garras pirexiano me rasgó la pierna. Aullé de dolor cuando la carne se abrió y apenas conseguí mantenerme en el caballo pero dejé caer el artefacto. Fue rebotando hasta la multitud, demasiado lejos de la sierpe mecánica como para hacerle daño y amenazando con reventar a algunos de los nuestros. Mi ejército vio el percance pero estaban demasiado ocupados con sus propias partes del asalto para poder ayudar. Mi corcel estaba enloquecido por la batalla y se negó a girar así que apreté los dientes y me dejé caer rodando.

Rodé, cojeé y me arrastré hasta el artefacto. Los ogros y los invocaguerras aplastaban pirexianos a mi alrededor, manteniéndome a salvo. Alcancé la bomba y me giré hacia la sierpe de nuevo. Sentí que los ojos de nuestros aliados me miraban, así que intenté no transmitir desesperación en la distancia. La pierna estaba inutilizada. Nunca lo lograría.

La muerte segura me hizo sentir extrañamente calmado. Me convertí en un incordio, tirando lanzas caídas y trozos de metal contra la bestia, tambaleándome hacia ella y gritando como un loco. Un canalla pirexiano intentó detenerme pero Trinu, ni más ni menos que Trinu, lo mató con una fiera sonrisa en su rostro. Atraje la atención de la sierpe y se lanzó contra mí aullando y retorciendo su antinatural forma de andar.

Rugió y lancé la bomba contra sus dientes. La explosión derribó a todos los que estaban en el campo de batalla y a mí me lanzó por los aires.

No puedo describirte el resto, hermana, pues lo siguiente que recuerdo es despertarme aquí, en la profundidad de la Capa Horno de Pirexia.

Farris del Yunque

Capítulo 6

Querida Sharaia,

Conforme se acerca el día de nuestra muerte debemos encontrar la paz en las frías decisiones que hemos tomado y concedernos la calidez de la esperanza tanto como podamos. Debemos abrazar nuestros errores, incluso los que han dañado a quienes amamos, y enterrarlos bien profundo. Mientras respiremos debemos encender los lugares de nuestro corazón que aún puedan arder.

De nuevo, hermana, espero que estés bien cuando leas estos diarios, si es que tú o algún otro mirrodiano los encuentra algún día. Es posible que este sea el último mensaje que pueda escribir. Puede que sea lo mejor. Puede que no encuentre la forma de entregar estas cartas desde estas forjas infernales de Pirexia. Y aunque pudiera imagino que mi nombre es el de un traidor para los de nuestro clan. Confío en que encontraréis a alguien digno de sustituirme como jefe de guerra siempre que el clan sobreviva, claro está.

Con la esperanza de que esta carta acabe en manos de un mirrodiano te explicaré los acontecimientos que nos separaron; si no para limpiar mi nombre al menos sí para aportar información que pueda ayudar a nuestra causa. Según la mejor reconstrucción que he podido elaborar de los hechos cuando detoné la bomba de los trasgos la explosión rompió la capa superficial del mundo. El cráter resultante se tragó a la mayor parte de las fuerzas pirexianas pero también me arrastró a mí y a muchos de nuestros aliados entre los trasgos, los ogros y otros mirrodianos. Caímos, cada vez más y más profundo hacia la oscuridad entre la maraña de ecos que formaban nuestros gritos y alaridos. Al sumirme en la oscuridad habíamos caído a tal profundidad que lo que estaba abajo me pareció haber pasado a estar arriba.



Farris

El dolor que sentí al despertar fue grato, pues significaba que no había sucumbido a la muerte, aunque la oscuridad a mi alrededor indicaba lo contrario. Desperté en movimiento, arrastrado por los pies por un pasillo estrecho de un calor hediondo, con los hombros en carne viva y la cabeza dando golpes contra el abrupto suelo. Una silueta tiraba de mí. Caminaba de espaldas, con las garras bien sujetas a mis tobillos. Conforme recuperé el sentido me solté las piernas y gateé hacia atrás. Mi captor se dio la vuelta y contemplé la repugnante verdad, contemplé aquello en lo que se había convertido el jefe de guerra Malach.

Mi leal amigo Malach, al que creía muerto a manos de los ogros y cuyo título adopté fatídicamente, estaba de pie ante mí por imposible que fuera. Ya no tenía mandíbula ni labios, sino un anillo con pinchos aceitosos alrededor de la lengua. Tenía la caja torácica abierta como portones de hierro, y en su interior se veían órganos ajenos y mecanismos ruidosos que no le pertenecían. Lo más horrible eran sus ojos, cuya humanidad habían conservado despiadadamente; ojos que miraban, parpadeaban y me suplicaban.

El nuevo Malach pirexiano se abalanzó sobre mí con sus feroces garras pero yo regresé corriendo por el pasillo, sintiendo todo el dolor de mi cuerpo. Corrí entre nubes de vapor y grietas al rojo vivo, escuchando los inhumanos gruñidos de Malach justo detrás de mí. A cada paso sentí cómo crecía el dolor de mis heridas. Estaba

seguro de que iba a caer y de que el cadáver infestado de máquinas de mi antiguo jefe de guerra me obligaría a unirme a Pirexia.

Salí a una cámara que debía de ser por la cual había descendido desde la corteza ya que encontré gran parte de la Batalla del Risco Oxidado apilada ante mí. Los cuerpos pirexianos yacían amontonados unos sobre otros, incluyendo las dos espirales muertas de la nefasta sierpe. También vi a supervivientes mirrodianos: humanos, dos leoninos y un trasgo. Luchaban y gritaban conforme los horrores pirexianos se los llevaban a rastras.

Si me hubiese detenido a ayudarlos, me digo ahora, Malach me habría capturado. Así debo creerlo. Esa es la ardiente llama que alberga mi corazón. Así pues, en lugar de ayudarlos me di la vuelta. Di la espalda a mis camaradas mirrodianos y me lancé hacia la cáscara que era Malach. Le ataqué como un salvaje. Mis brazos metálicos arrancaban sus tejidos blandos del interior de las costillas de hierro; mi frente claveteada golpeaba su repugnante rostro. Me convertí en un loco, un asesino irracional que no percibe su propia violencia. Su lengua rió de mí cuando lo derribé a golpes, con un sonido malvado y asfixiante. Pero creo que sus ojos me lo agradecieron.

Grité con toda mi ira, con todo el desespero en que se había sumergido mi corazón y mi mundo. Con Malach muerto o inservible miré a mi alrededor y comprendí lo que había hecho. Había dejado que los pirexianos se llevaran a mirrodianos vivos, a personas con vida para las que aún había esperanza.

Si todo sale según mis planes, hermana, no volveré a verte. Estoy convencido de que lograrás grandes victorias para nuestro pueblo y que la superficie se librará de la amenaza pirexiana algún día. Estoy seguro de que harás cuanto puedas para dar a conocer mi historia bajo un prisma favorable pese a lo cual se me seguirá conociendo como el Traidor del Risco Oxidado. Sea como fuere, he de llevar a cabo mi trabajo. No volveré a buscar la superficie, ni tampoco el consuelo en uno de los campamentos mirrodianos que se esconden en esta capa. Ahora soy una sombra, un merodeador de pasillos, pero aún hay fuego en mi corazón. Cazo a esos horrores pirexianos que capturaron a mis hermanos y hermanas de armas mirrodianos y los asesino en la oscuridad, como hice con Malach. Sé que no sobreviviré mucho tiempo entre los hornos pero mientras me queden fuerzas, lucharé. Sólo espero, por el bien de Mirrodin, que tú vivas más que yo.

Te quiere,
Tu hermano,

Farris

Kessla del Templo del Poder

Capítulo 1

Los elfos habían destruido otro templo. No era uno de los que había construido yo pero no importaba. El archidruida Benzir me envió a repararlo inmediatamente. Estaba al este del Templo del Poder, la zona más inhóspita del Rey-Goor. No sabía si aún habría alguna criatura que venerar allí pero mantuve la boca cerrada y obedecí.

Benzir nos mantiene a mí y a Kio-Padre, que ya está entrado en años. No me haría ningún bien señalar que era inútil construir otro templo en una zona que se marchita a ojos vistas y que está vigilada por elfos que no parecen tener nada mejor que hacer que destruir cosas.

A mí me parece una tontería. Pero a nadie le importa lo que opine una neo-chamán cuya infancia no hace ni una década que dejó atrás. Soy hija de los Desaparecidos, lo cual me otorga un respeto que no sé si merezco. Benzir me ha explicado que las almas de mi familia y de todos los sylvoks que desaparecieron con la salida del Nuevo Sol ahora viven en las criaturas de la Maraña. Son sus venerables receptáculos. Ojalá tuviera la destreza suficiente como para forjar el cobre sin cortarme las manos así. Tendré que pedirle a Kio-Padre que me enseñe el ritual de nuevo. Pero ni siquiera domino aún las runas que me enseñó la última vez. Y no me gustaría hacer que se sintiera un mal profesor.



Kessla

Cuando terminé con el santuario corrí al Templo para informar de la situación pero al llegar las puertas estaban bien cerradas. Sabía que era mejor no interrumpir y esperé fuera, pese a que estaba hambrienta. Suspiré. Para entonces los elfos ya habrían hecho pedazos mi trabajo. Me senté a esperar junto al muro. El sol de la tarde se colaba por la puerta y me entró sueño. Lo siguiente que recuerdo es que alguien me sacudía el pie.

Era un muchacho al que no había visto nunca. Tenía quemaduras en la cara y en las manos lo que me asustó y me hizo apartarme de él. Me entristece acordarme de eso porque era un buen hombre que solo intentaba hacer lo mejor para los suyos.

—Soy Camik —dijo en voz baja—, no pretendía asustarte.

—No importa —contesté—, yo tampoco pretendía quedarme dormida.

En ese momento se abrieron de golpe las pesadas puertas de metal y Benzir en persona salió dando grandes zancadas.

—¡Benzir! —dijo Camik, levantándose y corriendo tras el archidruida como si fueran amigos desde siempre. Pero cuando Camik le agarró el brazo Benzir lo retiró enojado. Me quedé en cuclillas detrás de la puerta para que no me viera. Todos los del Templo del Poder quieren a Benzir pero a mí a veces me da miedo. Me parece muy raro que ahora ponga su runa personal en todos los santuarios. Antes no hacíamos eso y además, ¿no significa que, en cierto modo, lo adoramos a él?

—Largo de aquí, Camik —dijo Benzir. No quiero oír ni una más de tus mentiras y tampoco permitiré que envenenes la mente a mi pueblo.



—No son mentiras —replicó Camik—. Y no son tu pueblo.

—Te doy una última oportunidad para abandonar este lugar o serás detenido. ¿Está claro?

—He estado en Óxida. También hay putrefacción pero es aún peor. Hay montañas que ya no están, se han convertido en escombros infectos. Los vúlshok han perdido la cuenta de sus víctimas. Y las criaturas... esas que te dije... las han visto ya en los Campos Navaja.

—Ya te dije que el Sol Verde había causado mutaciones. Ahora todo es diferente y nuevo para nosotros, nada más.

—No se trata de eso y lo sabes.

—Fuera de mi templo. ¡Fuera de mi vista!

Vi a Camik bajar la escalinata a toda prisa y recorrer la pasarela elevada hacia las puertas del pueblo. Esperé hasta que Benzir hubo entrado en la sala y me apresuré a volver a casa; Kio-Padre se estaría preguntando dónde me había metido. Las palabras de Camik me habían dejado helada.

Benzir

Capítulo 2

Poco después del alba, la plaza estaba atestada. Era lo habitual que la gente se reuniera allí antes del calor de mediodía. Pero aquella mañana se habían agolpado en el extremo sur. Alguien estaba pronunciando un discurso y su voz resonaba con fuerza por los muros de cobre. Rodeé a la muchedumbre y a través de sus cabezas vi a Camik. Me dio un vuelvo el corazón. El mismo Benzir le había ordenado que abandonase el templo. Cuando el archidruida se enterase estaría muy contrariado.

—Escuchadme, hermanos y hermanas. He recorrido un largo camino desde la Maraña. He visto el Mar de Mercurio y los chapiteles de Lúmengrid. Allí está ocurriendo lo mismo que aquí. ¡Algo no encaja en nuestro mundo!

Se alzó un murmullo entre la multitud. Todos habíamos visto cosas sin sentido, especialmente la expansión del Méfidros. Pero también otras cosas; cosas de las que nadie se atrevía a hablar por miedo a atraer a la mala suerte a sus hogares.

—En Óxida aún es peor. Las montañas se están derritiendo literalmente. Los hombres y mujeres vúlshok están desapareciendo a una velocidad alarmante.

—¿Por qué? ¿Cuál es la causa? —gritó alguien.

Por el rabillo del ojo vi a un grupo de hombres que se acercaba a la muchedumbre desde el otro lado de la plaza. Conocía al más alto del Templo. Era uno de los guerreros favoritos de Benzir y yo lo tenía por un animal. Aquello no iba a ser nada bueno para Camik.

—He descubierto pruebas de... —siguió Camik.

El guerrero de Benzir lo agarró por los brazos.

—¡No! ¡Dejad que cuente a todos lo que he descubierto! Tienen derecho a...

Los hombres de Benzir se abrieron paso a zancadas arrastrando a Camik por entre el gentío asustado.

—Es un loco —nos dijeron los hombres de Benzir. No os creáis nada de lo que dice.

La multitud se dispersó rápidamente y me abrí paso hasta el Templo. En lugar de entrar por la puerta principal rodeé el edificio por un lado y entré por una puerta pequeña. Hubo un tiempo en que el templo tenía sótano pero el suelo metálico empezó a oxidarse y encargaron a unos magos néurok que construyesen bloques de mercurio para evitar que el templo se viniera abajo.

Sabía adonde llevarían a Camik: al corral donde domaban a las bestias y a las monturas. Benzir lo había convertido en una jaula para aquellos que le disgustaban, que al parecer eran muchos últimamente. Me escabullí por el pasillo con la esperanza de no cruzarme con ninguno de los guerreros. Era arriesgado, lo sé. Pero tenía curiosidad por ese tal Camik y por saber qué había descubierto.

Cuando llegué a la jaula todo estaba en silencio. Un cuerpo yacía boca abajo en el suelo y brotaba sangre de él. Era Camik, sin duda; reconocí su ropa. No habían pasado más de veinte minutos

desde que diera el discurso en la plaza, con el corazón aún latiendo. Me acerqué un poco más y vi que tenía las manos atadas a su espalda. Fuera cual fuera la forma en que hubiera muerto no había sido una pelea justa. Me alejé a toda prisa con la sensación de que ningún sylvok estaba a salvo en manos de Benzir.

Capítulo 3

Dos días después me dirigía a casa a través de la Maraña cuando el miedo me obligó a agazaparme. Aún sentía en las tripas la sensación enfermiza conforme examinaba el claro en busca de formas de vida. Pero no había nada.

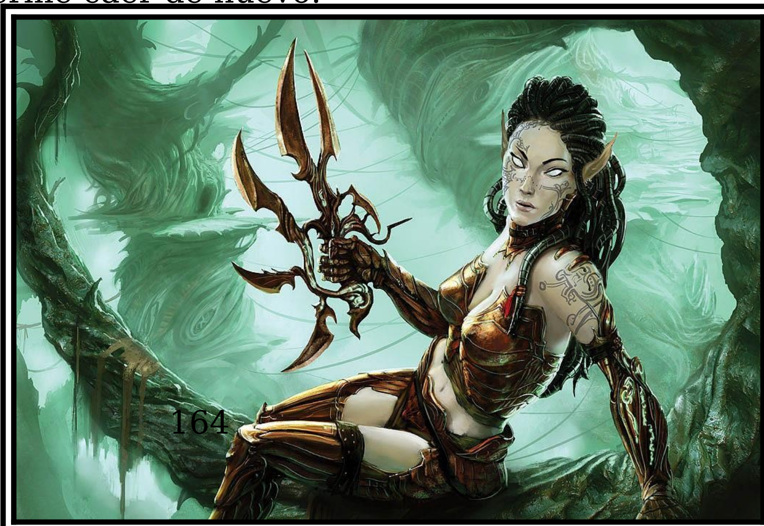
Me deslicé entre las crestas de la base de un árbol y me agaché, temblando. Kio-Padre siempre decía que tenía una percepción especial, como cuando supe que mi tía había caído enferma antes de que el mensajero llegase siquiera a nuestra puerta. Siempre obedezco a Kio-Padre. Y siempre obedezco a mi miedo, porque no suele llevarme por mal camino.

Pero seguí sin ver nada.

Esperé unos minutos más para que se me calmara el corazón. No había más sonido que los cánticos del viento. Justo cuando me disponía a proseguir mi camino sentí que el suelo cambiaba bajo mis pies. Parecía que se estuviera ablandando aunque yo no veía ningún cambio en la superficie cobriza.

Algo malo iba a ocurrir. Para mí estaba tan claro como el viejo rostro de Kio-Padre. Subí el tronco a toda prisa pese a que "arriba" no es lugar para un sylvok. "Arriba" es dominio de los elfos. Aún así me apresuré a alejarme del suelo. La porción de terreno que pisaba antes se disolvió hasta formar un fango. Una masa burbujeante brotó desde el árbol y se extendió por el inmaculado suelo. Iba a tener que cruzar el claro de rama en rama. Desde allí podría tomar el camino de vuelta al Templo del Poder.

Pero conforme trepaba puse una mano sobre una espina áspera del tronco y me desgarré la piel. Pude ver más arriba un agujero en el tronco en el que podría descansar y curarme la herida. Pero cuando intentaba subir un temblor agitó el bosque y casi me hizo caer del árbol. Y cuando me recuperé una voz me habló al oído y estuvo a punto de hacerme caer de nuevo.



—No estás en tu elemento, sylvok.

Me tambaleé por la sorpresa pero una mano me sostuvo y me ayudó a llegar a una plataforma que no era natural como yo había creído. Más

bien la habían tallado en el árbol. Un puesto de vigía viridiano. Debí haberlo supuesto. Miré fijamente al elfo de cabello oscuro que se agazapaba a mi lado. Me devolvió la mirada y frunció el ceño, irritado.

—No te quedes boquiabierta como un vórrac —me reprendió—. ¿No habías visto nunca a un elfo?

—Claro que sí —repliqué. Uno no podía ir del Templo del Poder al Altar Exterior sin ver a uno de ellos como mínimo, mirando con desprecio desde las alturas —Gracias.

—¿Gracias, por qué? ¿Por no darte un empujón?

—No he querido decir eso —dije yo, aunque era exactamente lo que había pensado—. No era mi intención entrar en...

—Me da lo mismo, humano —dijo con brusquedad—. Nuestros pueblos tienen que olvidar las riñas. Hay mucho más en juego ahora mismo.

—¿A qué te refieres? —empecé a decir. Pero me abofeteó al taparme la boca y me obligó a agacharme de forma que ambos quedamos tumbados bocabajo en la plataforma.

—¿Has visto eso? —me dijo al oído. Yo negué con la cabeza, sorprendida por su rapidez.

—Pero, ¿has mirado, acaso? —susurró señalando hacia el claro. Un espasmo de terror me recorrió el cuerpo cuando vi a la bestia que teníamos debajo. Era el doble de alta que un hombre y se tenía sobre dos patas pese a que tenía cuatro. Un icor negro supuraba de las costras de su piel, y caminaba encorvada de forma que su cabeza, o lo que yo tomé por ella, casi se arrastraba por el suelo. Largas tiras de su carne colgaban tras ella como si la hubieran flagelado y dado por muerta.

—¿Qué es...? —Me di cuenta de que no podía ni acabar la frase.

—Por esa razón nuestros pueblos deben dejar de pelearse entre sí. De lo contrario, pronto no quedará vivo ni uno de nosotros.

Capítulo 4

Cuando la bestia se hubo ido, volví a dar las gracias al elfo y regresé a mi casa con cautela. Kio-Padre me estaba esperando en la puerta, como si supiera que algo iba mal. Me preparó un té dulce y colocó una manta sobre mis hombros. Se mantuvo ocupado con tareas hasta que estuve listo para contarle qué había sucedido.

"¿Cómo ha podido una bestia como esta estar aquí en la Maraña?" pregunté, temblando al pensar en los holgados tentáculos sobre piel que dejaban un rastro de baba negra en el suelo del bosque.

"Hace algún tiempo que se oyen rumores," respondió Kio-Padre. "Pero no tengo respuestas seguras."

Miré nerviosa hacia las puertas y paredes de nuestro hogar, que ahora parecían delgadas y fáciles de destruir.

"¿Estamos a salvo, Kio?" Pregunté. En mi corazón sabía que no quería saber la respuesta. Pero quería que me tranquilizara como lo hacía cuando era una niña. Cuando tan solo sus palabras podían hacerme sentir a salvo.

Sonrió amablemente y colocó su anciana mano sobre mi cara. "¿Por qué no duermes, pequeña? Yo reforzaré un poco estás paredes, ¿Qué te parece?"

Me dormí con el sonido de su cálida voz cantando una canción conocida mientras fluía luz de sus dedos hacia las paredes de cobre y fortalecía el hogar en el que había pasado toda mi vida.

* * * * *

Un golpe en la puerta me despertó y comenzó la pesadilla.

Los hombres de Benzir nos arrastraron a Kio-Padre y a mí afuera y nos hicieron arrodillarnos junto a docenas de nuestros parientes y vecinos. Nos ataron las manos bruscamente en la espalda y amordazaron a cualquiera que gritara o tratara de hablar. Todo estaba pasando demasiado deprisa. No conseguía aclarar mi mente.

De pronto Kio-Padre comenzó a gritar y ellos ataron una cuerda alrededor de su cabeza y dentro de su boca para que no pudiera decir nada más. Había otras siluetas que no eran hombres de Benzir acechando entre las sombras. Estos eran más o menos humanos. Desgarbados, con zonas de piel roja expuestas y extrañas placas amarillas y blancas que parecían hueso. Sus caras eran escuálidas y sus manos como crueles garras.

Los hombres de Benzir nos ataron en una fila como a un grupo de animales y nos entregaron a los hombres de las garras. Los que podían mantener el ritmo se tropezaban en la oscuridad; los que no, eran arrastrados por el suelo y su piel magullada por los duros fragmentos de metal. No podía ver a Kio-Padre pero temía que fuera demasiado mayor para mantenerse en pie. Yo ya estaba llorando aunque la ira habría sido un estado mental mucho más útil.

Entonces las flechas comenzaron a silbar en el aire, atravesando a nuestros captores. Nunca me sentí tan feliz de ver el trabajo de los elfos. Pero no eran suficientemente rápidas y los hombres de las garras comenzaron a matar a los que iban delante de mí en la fila. En pocos segundos estuvieron sobre mí. Sus garras se clavaron en mi garganta, el sonido de las flechas cortó el aire y yo perdí el conocimiento.

Capítulo 5

Un elfo de pelo negro estaba junto a mí cuando abrí los ojos. Estaba tumbado bajo una manta suave en el duro suelo de un estrecho pasillo.

"Siento la falta de comodidades," dijo. "Este es uno de nuestros refugios."

"¿Refugios?" pregunté, mi lengua parecía hinchada por la sed.

Me entregó una cantimplora de agua. "Sí, en el centro hueco de los árboles. Los tenemos por todo el bosque."

"¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi padre?"

El elfo miró desalentado. "No fuimos capaces de salvaros a todos. Lo siento."

"Lo sé," le dije. "¿Sabes adónde llevaron a los supervivientes?"

Agitó la cabeza. "¿Puedes levantarte? ¿Caminar?" Cuando asentí me ayudó a ponerme en pie.

Me guió por una serie de pasillos, creados por una magia perfecta que me recordaba a las obras de Kio-Padre. El pasillo se abrió de pronto en una gran sala en el corazón de un enorme árbol. La sala estaba llena de gente, la mayoría vulshoks y aurioks. Muchos parecían heridos o enfermos. Otros estaban acurrucados juntos con sus demacrados rostros aterrorizados.

"¿Quién es esta gente?" pregunté. Muy por encima mío pude ver el cielo y un fragmento del sol verde.

"Refugiados," me dijo. "Gracias a ellos empezamos a tener idea de qué está pasando. Algo está invadiendo nuestras tierras."

"¿Moriok?"

"No, nada que hayamos visto antes. Los vulshok dicen que vienen de dentro de la propia tierra."

Yo no sabía nada de eso. Kio-Padre y yo habíamos hablado una vez sobre qué podría haber bajo tierra. Yo le dije que tenía que ser sólida, como una roca, en su totalidad. Pero Kio-Padre tenía otras ideas. Creía que el interior de la tierra era suave y estaba lleno de hoyos, como una fruta podrida. En aquel momento no le presté atención.

"¿Qué va a pasarles?"

"Los que puedan, lucharán."

"¡Yo puedo!" Dije.

"Bien," respondió. "¿Cuáles son tus habilidades?"

"Dar forma al metal", le dije.

"Entonces nos serás de gran utilidad."

* * * * *

Durante el siguiente ciclo solar, los elfos tenían intención de atacar la fortaleza de los hombres de las garras en el lugar que llamaban Jardín Cambree. Yo nunca había oído hablar del él ya que se encontraba a cientos de metros en el aire. Un extraño lugar para un jardín pero me hubiera gustado verlo antes de que nuestros enemigos lo corrompieran.

Los siguientes días los pasé dando forma a flechas. Estaba contento con esta tarea. Imaginaba atravesar el ojo de cada monstruo que había robado o asesinado a mi gente. Entonces mi amigo elfo comenzó a incluirme en sus turnos de guardia, lo que me dio la oportunidad de volver a sentir el sol.

Estábamos de guardia en la torre árbol. Desde esta altura el mundo seguía pareciendo bello e intacto. Como ocurre a menudo ahora, una oscura criatura apareció en el claro bajo nosotros. Era parte hombre, pero no tenía carne en el pecho. Podía ver las ramas en su caja torácica. Sus piernas estaban mutiladas, eran púas de metal oxidado atadas con tiras de carne. Sus manos... No puedo imaginar cómo hicieron eso a sus manos. Cuando se giró hacia mí, su boca había desaparecido y en su lugar había piel podrida cosida. Pero reconocí la forma de la cara, o lo que quedaba de ella. Oh, Kio-Padre, ¿Qué te han hecho?

Capítulo 6

—No te demores Kessla —me dijo mi amigo. El elfo que se llamaba a sí mismo Nee se había convertido en lo único que quedaba de mi familia. Sus ojos negros me miraban con preocupación. —¿Seguro que quieres hacerlo?

Le sonreí para ocultar el nudo que tenía en el estómago. —Ya lo hemos hablado. Dejaré el arma vúlshok y me iré en un santiamén.

—Hay otros que pueden...

—Nee, quiero hacerlo. Tú viste lo que le hicieron a Kio-Padre.

—De acuerdo —dijo Nee de mala gana—. Pero espero verte aquí de nuevo. Pronto y a salvo.

Antes de que llegaran los invasores, el Jardín de Cambree había sido el mayor jardín fortificado de los elfos de la Maraña. Nee me lo había descrito como un fuerte de muros altos construido en lo alto de la bóveda del bosque, cerca de Tel-Jilad. Sus muros de cobre estaban engarzados con patrones delicados, pero no había palabras-runa como en los días de antaño. Construido en torno a una amplia zona de frutas-gel, había sido un santuario de paz y el lugar favorito de Nee cuando era niño.

Ahora era el centro de operaciones de los intrusos, un pozo de barro maligno y corrupto que los líderes de su desquiciado ejército habían convertido en su hogar. En la oscuridad de la noche los exploradores de Nee me llevaron a la mismísima linde del lugar. Una vez sola debía atravesar la entrada, dejar el arma vúlshok y salir de allí sin que nadie advirtiera mi presencia.

De momento estaba de pie entre sus muros, rodeada de silencio. Cuando Nee y yo trazamos el plan tenía pocas esperanzas de que fuese posible. No podía imaginar que los putrefactos no tendrían a un guardia atento a los intrusos. Pero todo estaba en calma. Comprendí que no les preocupaban los intrusos. No temían a un asalto. No nos temían en absoluto.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra vi que el jardín tenía una forma ovalada que le daban unas verjas hechas de los propios árboles de cobre. No había el menor brillo de frutas-gel; debieron arrancarlas cuando los elfos perdieron la zona. Vislumbré siluetas abultadas a lo largo del borde de los muros. Como no se movían deduje que debían de ser inanimadas y que no suponían una amenaza.

Se me había encomendado dejar el arma en el altar central, que ellos habían convertido en una especie de tinaja. Me acerqué y un olor nauseabundo me revolvió el estómago. Saqué el arma de mi túnica. Era un pequeño dispositivo portátil que emitía una luz rojiza, cortesía del mago que la había creado. Mediante mis hechizos de manipulación del metal debía «encenderla» y tener tiempo de sobra para salir antes de que estallase. No había tenido tiempo para explicar cómo pero creí al mago vúlshok cuando dijo que funcionaría.

Me agaché junto a la tinaja maloliente y un chapoteo en su interior me hizo estremecerme al pensar en la clase de criatura que podría vivir en ese caldo repugnante. Aparté mi mente de ello e inicié el ritual para encender el aparato pero escuché algo que moviéndose a mi espalda. Me di la vuelta y vi a un elfo, o a algo que lo había sido. Lo habían alterado pero, al igual que con Kio-Padre, podía verse su naturaleza élfica bajo las distorsiones antinaturales.

Debió de ser muy bella en otro tiempo, con su largo cabello oscuro y sus delicadas facciones. Ahora las grietas de su piel muestran un entramado de metal. Le habían aumentado el tamaño de las manos hasta límites grotescos y una enorme cuchilla le sobresalía del codo. Me miró como quien mira poco más que un insecto. En las sombras, mis dedos seguían colocando el metal del arma donde correspondía.

—¿Una niña humana? —preguntó. Su voz era un gruñido débil y metálico. —¿En lo alto de los árboles? ¿Y en mi fortaleza?



—¿Estás con ellos? —pregunté mientras sentí el calor del arma entre los dedos.

Se inclinó sobre mí mucho más rápido de lo que creía posible. Huí dando tumbos en la oscuridad y caí tras una hilera de tinajas, cerca de la verja del Este, sin dejar de cubrir el brillo rojo del arma con la túnica. Oí cómo se reía suavemente.

—¿Sabes quién soy, hija de Benzir?, dijo **Glissa**

La maldije en silencio. Yo no soy hija de Benzir, ni de sangre ni de espíritu.

—Benzir ha visto la verdad —prosiguió—. La lleva en la piel, grabada con sangre.

Su voz pareció haberse alejado y yo tuve la tenue esperanza de que hubiera cruzado al lado opuesto del jardín. Volví a sacar el arma cuyo brillo seguía tapando con la túnica. La metí en un hueco de la base de la verja y traté de buscar a la elfa en la oscuridad pero no había rastro de ella.

En cuanto el arma estuvo lista me precipité hacia la salida. Si conseguía cruzar la puerta podría desaparecer entre las ramas hasta que los exploradores de Nee me encontrasen. Pero una luz cegadora y un impacto en mi rostro me mandaron rodando hacia atrás. Aturdida, me pregunté si el arma había explotado. Pero no, algo me agarraba los brazos causándome dolor. Me habían atrapado.

Cegada por la aguda y cálida luz me resistí a mis captores. Entonces el altivo rostro del elfo apareció ante mí; sus facciones no eran más que una mancha para mis ojos dañados.

—Arrancadle los brazos y llevad lo demás al laboratorio de Benzir —dijo el elfo a sus sicarios con desdén.

Ellos cumplieron la orden. Justo antes de que el dolor privase a mi mente de razonamiento y propósito, sentí por un instante que ya no me agarraban. Me lancé a ciegas en dirección al arma vúlshok conforme estallaba en mil pedazos de fuego, cobre y acero contra mi carne.

Conciencia corrompida

La sala del trono está inesperadamente silenciosa. Como siempre, el aire es cálido y denso, aplastando pesadamente a cualquiera que se aventure en la cámara. Es mediodía aunque la luz de los cinco soles nunca llegará a este lugar tan lejos de la superficie de Mirrodin.

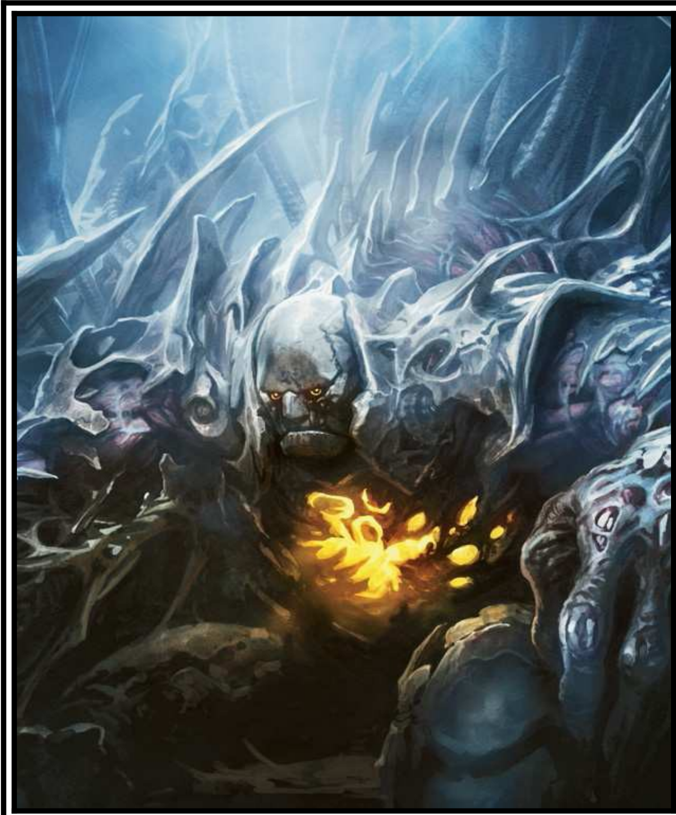
Pronto la sala del trono estará llena de aquellos que busquen audiencia con él, su rey sin corona. Sus asistentes corretearán por ahí, manteniendo el orden, haciendo listas, tranquilizando egos fruncidos y limpiando los restos de aquellos que violen alguna u otra regla.

Durante todo este tiempo su voz será ronca, a veces inescrutable, a veces reveladora. Sus palabras reverberarán en las paredes de metal en un ritmo uniforme y luego explotarán en gritos de lamentación. Por lo general sus exclamaciones hacen que los seres inferiores entren en pánico. Pero aquellos de rango e inteligencia superior sonríen si tienen labios o asienten si no lo hacen, bendecidos por estar en presencia de tal consumada sabiduría.

Sabiduría que pronto encontrará su camino en el canon de las escrituras.

Escrituras que pronto serán habladas de los labios de miles que no saben nada de la perfección que les espera.

Si tan sólo él dijera las palabras correctas. Diera las órdenes. (¿Las había dicho hoy? ¿Había dado su bendición?) Da las órdenes; nosotros las hemos estado esperando por generaciones. O al menos eso les parece a los que están en la sala del trono. Da las órdenes y al fin todo comenzará.



Todos están esperando. ¿Será este el día? Pero ahora la sala del trono está inesperadamente silenciosa. Y él, aquel que está destinado a guiarlos, está decididamente solo.

¿Quién soy? Su voz retumba desde dentro de su enorme pecho. ¿Qué es este lugar?

Sus ojos parpadean rápidamente, como para alejar las sombras de su mente. Sus asistentes están ausentes. No hay nadie para presenciar su lucidez. ¿O será locura? Si no hay nadie allí para decidir, para anotarlo, para catalogarlo como la Verdad, ¿acaso importa?

¿Quién soy? ¿Quién soy? Él canta una y otra vez, como un niño aburrido. Hasta que La-Mitad-De-Su-Mente se vuelve petulante y detiene su molesto sonido. "Allí se encuentra quién eres," le recuerda La-Mitad-De-Su-Mente. "Y en quién te convertirás."

"¿Y quién era ese? ¿Quién era yo?" susurra él para sus adentros. Pero no hay respuesta.

"No respondas, mira si me importa," sus voces truenan en la cámara vacía. "Dime en cambio: ¿En quién me convertiré?"

Alguien ríe irónicamente. Alguien llora de dolor. Pero como él está solo, ¿ese alguien no debe ser él?

"Tú has sido un testigo por miles de años. Y ahora tu momento ha llegado. ¡Salve, el nuevo Padre de las Máquinas!"

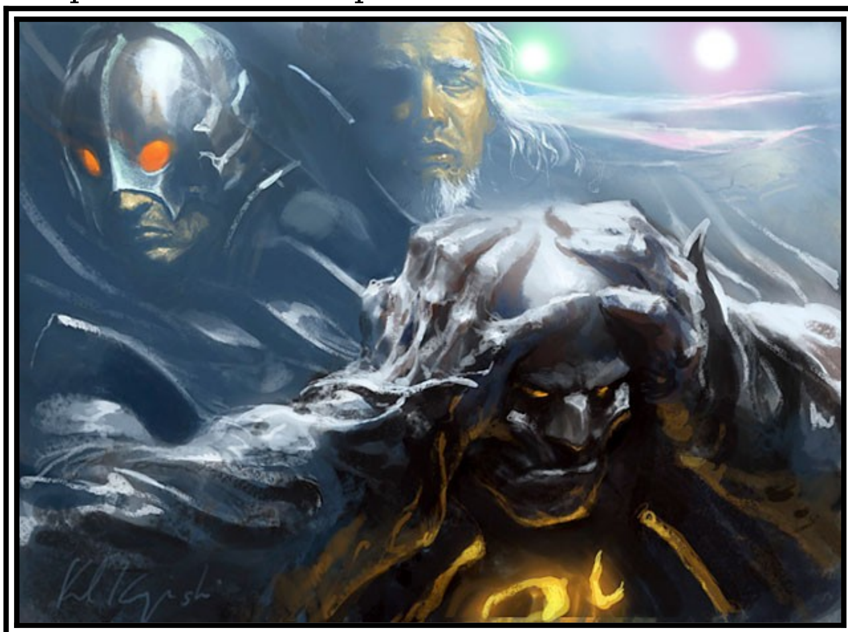
Pero espera, tal vez no sea tan claro como eso. Esta no es la vieja Pirexia, unida bajo el megalomaníaco estandarte de Yawgmoth, cuya voluntad corrió a través de las venas de sus secuaces como si ellos fueran extensiones físicas de sus imponentes maquinaciones.

Esta es Nueva Pirexia, renacida de aceite transportado a través del éter, traído allí por el golem de plata mismo, y arraigándose profundamente en el abismo de su propia creación: Mirrodin.

"Miles de años," retumba el golem al silencio. "Tantas pérdidas. ¿En dónde más se estaría dando un festín mi sombra? ¿Qué otros planos se han convertido en colmenas asesinas a mi paso?"

"¡Tú eres el Padre de las Máquinas!" La-Mitad-De-Su-Mente se enfurece por su yo más débil. "Cada sílaba que pronuncias nos manipula. Da la orden y nosotros arrasaremos este desgarrado mundo de los indignos. Escucha ahora, un golpe en la puerta." Hoy es el día, hermano."

Así es, un golpe hace eco en la cámara, y el golem levanta sus ojos cansados. Ahora sólo se mueve su cabeza, y tal vez un dedo. El resto de él se ha fundido a su trono. El resto de él se ha convertido en parte del núcleo que lo rodea.



"¿Hermanos como Urza y Mishra?" el golem se atormenta a si mismo mientras se abre la puerta de la cámara y sus asistentes se adentran en una solemne fila. "El fango de Urborg, tonto. ¡Habrá abismos de tiempo pero yo estoy perdido dentro de ellos!"

Ojos vidriosos dentro de rostros de porcelana blanca lo examinan. Plumas rascan contra una superficie maleable.

El jefe de los asistentes avanza. Es una criatura con un nombre que suena como vidrio quebrándose pero es astuto, no es un descerebrado como algunas de las criaturas que se esconden alrededor de la recámara. Al menos los descerebrados se quedaron en la luz. Los verdaderos poderosos fueron aquellos que se mantuvieron en el límite de las sombras. Esos eran a los que hay que

vigilar. Ellos hablaron con impecable cortesía mientras les ordenaban a sus subordinados que desollaran la piel de sus enemigos.

"Recuerda, este es Nuestro trono," murmuró La-Mitad-De-Su-Mente para sí mismo. "Esta es nuestra máquina. Una máquina perfecta."

"Mi mundo ya era perfecto antes," respondió el golem.

"Tú no sabías lo perfecto que era entonces. Nosotros hemos trascendido el límite de las matemáticas."

"¡Un paso adelante!" gritó el gólem de repente. Nadie se movió. "¡Tú! Hazlos entrar. A todos."

"Pero, señor..." protestó el asistente. "Habrá furia ante la injusticia. Algunos han estado esperando días. Nosotros debemos observar el protocolo."

"Muerte, Asesinavivienteiracundamuerte," dijo el golem.

Los asistentes se consultaron entre sí. "Sí, eso resolvería el problema," acordaron ellos. "Una cabeza por cada séquito servirá."

Los asistentes prepararon la matanza rápidamente para que ocurriera en el pasillo e introdujeron a los amos que esperaban en la cámara, al fin, para que tuvieran una audiencia con el golem plateado.



Los dos Pirexianos eran de rangos inferiores, el sub-sacerdote de un Canciller de Norn y un archivista del Thane Kraynox. Ellos no se mostraron contentos de ver al golem al mismo tiempo ya que cada uno tenía un propósito propio.

"Gracias por ver a este humilde siervo. Le traigo malas noticias," dijo el sub-sacerdote.

"Nosotros también le traemos noticias desafortunadas," dijo el archivista de Kraynox.

"Los Mirrodianos han sentido que algo anda mal," advirtió el sub-sacerdote de Norn. "Se están organizando. Esto no es una amenaza para el Gran Ideal, por supuesto, pero ellos podrían alterar nuestras estrategias si nosotros no actuamos."

"Jin-Gitaxias no cree en ti," dijo el archivista sin rodeos. "Él no es fiel como los Thanes que adoran tus benditas palabras. Peor aún,

hay informes de un extraño ser que se materializa en medio de la fortaleza de Geth."

"Redención," reflexionó el golem. "Expiación."

"Nosotros hemos aprendido que hay espías escuchando en tu sala del trono," continuó el archivista. "Espías de Jin-Gitaxias vigilando todo lo que ocurre dentro de esta sala."

"Norn te implora que te muevas ahora mismo en la superficie," dijo el sub-sacerdote de Norn. "No habrá mejor momento para decapitar a los cuerpos de herejes y llevarlos al redil."

"Deja de flagelarte," pensó La-Mitad-De-Su-Mente enojado consigo mismo. "¡No es conveniente para el Padre! Toma la decisión y líbrate de tus patéticos grilletes."

"Jin-Gitaxias no cree en ti," siseó el archivero. "Él extenderá mentiras entre los magistrados para poner un líder falso en tu lugar. Tú estás en peligro, especialmente si no demuestras una acción decisiva."

"En esto, Norn está de acuerdo," dijo el sub-sacerdote. "Ella te sirve fielmente pero no puede esperar más. No hay duda que los Mirrodianos no son una amenaza contra ti pero sería mejor anular a los incrédulos y cosechar lo que sea útil."

"Estamos extrañamente de acuerdo," dijo el archivista. "Te rogamos, oh glorioso. ¡Danos una sola palabra!"

Mientras sus visitantes estaban hablando el gólem de plata murmuraba para sí mismo, palabras que no significaban nada en ningún idioma. Pero cuando el archivista terminó toda la sala se quedó en silencio, esperando su respuesta.

El levantó su mirada, observando a todos y a ninguno. Su boca se abrió y él gritó: "¡Ofensiva!"

El sub-sacerdote del canciller de Norn y el archivista de Kraynox se miraron con sutil sorpresa. En lo más profundo del Lumengrid, los espías que vigilaban la sala del trono hicieron clic y gorjearon entre sí. Sí, todos lo habían oído. La orden. ¡Finalmente! ¡La gloriosa guerra podría comenzar!

Todo el mundo, inclinándose y saliendo tan rápido como pudieron, se apresuró a reportar las espléndidas noticias a sus superiores. Pronto la sala del trono quedó inesperadamente silenciosa. Y Karn se quedó solo, su mente ceñida y desquiciada,



completamente inconsciente de lo que había desatado en la superficie de su mundo.

"Ofensiva," volvió a susurrar. "He cometido la más grave de las ofensivas."

Historia de dos caparazones clon

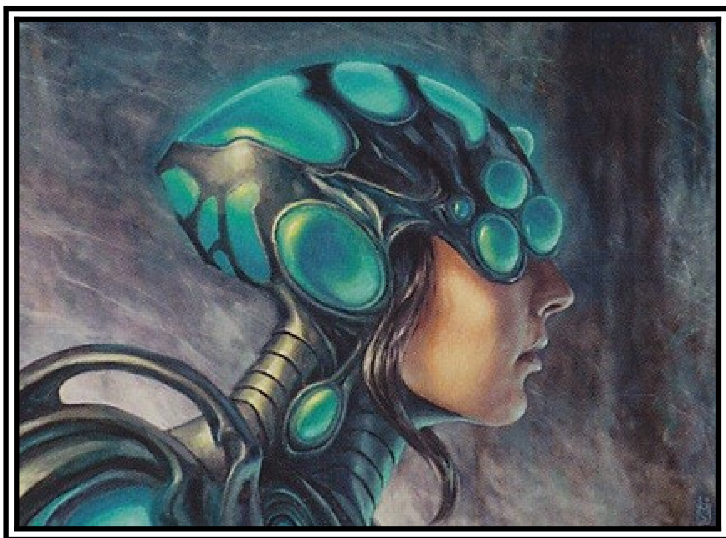
Trennet observó a través del catalejo como otro chapitel, agujereado y ennegrecido por los horrores del aceite negro, se derrumbó y se hundió en el Mar de Mercurio. Estimación del número de muertos: tres vedalken, dieciocho humanos. Daño incremental del Pozo del Conocimiento: incalculable. En el lenguaje de la subestimación, algo que era común para los vedalken de su tipo, los Pirexianos se estaban convirtiendo en un problema.



Trennet era un mago ambicioso incluso para los de su propia especie. El había anhelado avanzar su propia línea de investigación mística incluso antes de que aparecieran los Pirexianos. Se le había prometido el rango de certarca. Se le había prometido el mando de su propio chapitel, completo con un ejército de aprendices y un anillo de cañones de luz. Se le ha bía prometido todo lo que por justicia era suyo, todo por lo que él había esperado tan pacientemente desde la batalla y la posterior tregua con los Neurok. Ahora que los Pirexianos habían llegado todas esas promesas habían caído en el

olvido. Un sistema desconocido de necrometalóides infecciosos había hecho agujeros gigantes en sus planes.

Así que cuando el líder vedalken Politus había pedido voluntarios para liberar al Chapitel de Investigación Once, Trennet se había ofrecido de inmediato. Politus le había prometido la propiedad y el control del Chapitel a quien fuera lo suficientemente poderoso como para arrancarlo de los saqueadores Pirexianos. El tenía la oportunidad de recuperar exactamente lo que quería. Incluso tenía un arma secreta en la manga, un nuevo método para manipular el mercurio: algo que seguramente sorprendería a los Pirexianos.



Con lo que no contó fue con la competencia. La competencia humana.

El único otro voluntario fue Sarja, una mujer Neurok.

Trennet se sintió dispuesto a dejar de lado su habitual disgusto por la primitiva y peluda raza; por el espíritu de la noble competencia; pero a los pocos segundos de conocerla su magnanimidad desapareció.

"¿Mi único competidor es un 'dalken?" dijo, sonriendo a Trennet. "Esto debería terminar en un solo latido de corazón. Oh, lo siento, por si no lo sabías, un ‘corazón’ es un órgano cardíaco situado en el tórax humano."

Trennet apretó los puños uno a la vez: uno... dos... tres... cuatro. ¿Por qué la dejaba salirse así con la suya?

El líder Politus declaró que la misión había comenzado. Cuando Trennet salió de Lumengrid vio algo escondido debajo del brazo de Sarja: un orbe reflectante de cromo hecho de mercurio. Era un artefacto que mantenía su forma pero que también se retorcía y ondulaba, casi como si estuviera probando los contornos de otras formas a su alrededor.

Eso era imposible. La Neurok tenía acceso a la misma arma que tenía él: el caparazón clon.



El caparazón clon era una cantidad cuasi-viva de mercurio que podía simular casi cualquier forma viva. Podía adoptar una forma de humanoide por defecto para moverse alrededor y luego, si su superficie se volvía lo suficientemente deformada o perforada, se podía transformar en cualquier modelo de criatura que se imprimiera en ella. Por ejemplo podía tomar la forma de un enorme engendro la cual -pensó él tristemente- probablemente sería la estrategia de Sarja, su oponente humana. Ella dejaría caer El caparazón clon cerca del Chapitel, esperaría hasta que los Pirexianos destrozaran su forma humanoide, y entonces el monstruoso dragón de acero surgiría y acabaría con ellos. Una vez que la duplicada monstruosidad se hubiera encargado de los Pirexianos la misma Sarja sólo se presentaría y reclamaría el Chapitel para sí misma.

Trennet sabía que ese era probablemente su plan, porque ese era exactamente el suyo.

No importa, pensó. El utilizaría su propio caparazón clon como estaba planeado.

Tenía un impresionante golem para imprimir en el que sería una desagradable sorpresa para los Pirexianos. Su caparazón clon se transformaría en el enorme golem, el golem trataría eficazmente con los Pirexianos y…

Bueno, entonces lo más probable es que él tuviera que hacer frente a un enorme engendro de acero, o cualquier otra cosa que saliera del caparazón clon de Sarja.

Pero, pensó, el caparazón clon tenía otra función. El artefacto podía replicar criaturas impresas pero también podía aprisionarlas. En lugar de dejar que su caparazón clon tomara la forma de una enorme criatura de asedio él podría ocultar otra criatura dentro de ella.

Por ejemplo, digamos, un mago maestro, un mago que supiera suficiente magia mental como para dominar a la criatura de Sarja una vez que esta saliera de su caparazón y se encargara de los Pirexianos.

Por ejemplo, digamos, él mismo.

El se escondería dentro de su propio caparazón clon, surgiría una vez que la bestia de Sarja matara a sus enemigos Pirexianos,



lanzaría algunas riendas místicas sobre la voluntad de la bestia y usaría al siervo de la humana contra ella para ganar el control del Chapitel.

Trennet puso su plan inmediatamente en marcha.

Existir en el no-espacio dentro del caparazón clon era... extraño, a falta de otra palabra. Uno podía percibir todo lo que este percibía en su entorno, pero deformado y distorsionado, como si cada elemento del mundo que rodeaba al artefacto se tomara una cantidad de tiempo aleatorio para penetrar en el caparazón. Su propio cuerpo estaba ausente, o era microscópico; él estaba consciente de estar mentalmente dentro de el pero no parecía ocupar ningún espacio. Percibió los movimientos del caparazón y guió sus acciones pero no estaba exactamente en control de el. El se sintió más como que le estaba dando sugerencias mentales y que el estaba más o menos obedeciendo. Le dijo que saliera del Mar de Mercurio y se colocara en una barra del Chapitel de Investigación Once pero el eligió exactamente dónde poner sus extremidades.



Ya que el viaje al Chapitel había terminado. El había llegado.

Mientras el caparazón clon trepó él vio a los Pirexianos en lo alto. Eran un pequeño grupo de exploradores marinos infectados y colibríes retumbantes, acompañados por un enorme draco Pirexianizado.

Estaban desgarrando la estructura del Chapitel, rociándola con viles descargas y arremetiendo para rastrillar el metal con apéndices

aparentemente hechos para demoler. El Chapitel se balanceó sobre el Mar, debilitado pero manteniendo su estructura.

Ahí fue cuando él vio el caparazón clon de Sarja. Este también tenía forma antropomórfica pero humana: sus cuatro miembros plateados eran peores para escalar que los seis del de él. Había hecho un buen progreso hacia los Pirexianos. Uno de ellos, un aceitoso y cromado explorador marino Pirexianizado, pareció notarlo y saltó sobre el mismo sendero para atraparlo.

Perfecto.



Mientras el caparazón clon de Trennet subió más alto el explorador marino Pirexianizado avanzó hacia el caparazón de Sarja. El Pirexiano giró y se retorció, haciendo rotar su pierna con gran velocidad y barriendo las piernas de debajo del caparazón de Sarja. El caparazón cayó de la plataforma hacia el espacio vacío. Trennet dirigió su percepción para seguirla. El caparazón logró aferrarse a una plataforma inferior.

En ese momento los Pirexianos divisaron el caparazón de Trennet y giraron hacia él amenazantes. Esto no podía ser, él necesitaba que la bestia de Sarja fuera la primera en emerger. Tenía que conseguir poner el caparazón de Sarja entre él y los Pirexianos.

Le ordenó a su caparazón que descendiera hasta la viga donde colgaba el caparazón de Sarja. Este, después de un momento, registró su sugerencia e invirtió su dirección, bajando hacia su gemelo.

Los Piexianos los persiguieron. El draco, una enorme criatura alada con un endoesqueleto expuesto de metal negro, pasó a toda velocidad sobre él y abrió sus garras para arrebatarlo. Trennet trató de alejarse del monstruo pero el caparazón clon reaccionó lentamente, casi recibiendo todo el peso del impacto. Su caparazón clon perdió el equilibrio y cayó de la cruz.

Experimentar la falta de gravedad desde dentro del caparazón clon casi lo desorientó por completo. El no pudo discernir el arriba o el abajo hasta que impactó, algo que se sintió como despertar repentinamente inmóvil después de una caída de pesadilla.

Tan pronto como se enderezó vio que había caído sobre la misma plataforma que el caparazón de Sarja. Con una instrucción mental hizo que su caparazón clon se estirara hacia abajo y pusiera

al otro sobre la plataforma. Necesitaba que el caparazón de Sarja se uniera a la lucha, y rápido. Ahora los Pirexianos estaban cayendo en picada sobre ellos. De hecho, no había tiempo para esperar a que Sarja saltara de su trampa.

Así que él la ayudó a salir: hizo que su propio caparazón atacara al de ella.

Los cuatro fuertes brazos vedalken de su caparazón clon trabajaron a la perfección en el material exterior del otro caparazón. Su caparazón desgarró la superficie exterior, la deformó, desestabilizando su forma. En un momento este se liberaría de su forma humanoide y se reestablecería como lo que Sarja había impreso en el.

El caparazón clon de Sarja casi se rompió en dos. Las piezas temblaron, ondularon y luego empezaron a reformarse cuidadosamente. Trennet, si le hubiera sido posible en el surrealístico no-espacio dentro de su propio caparazón clon, habría sonreído.

Pero el caparazón de Sarja, en lugar de convertirse en una enorme bestia, se transmutó en exactamente la misma forma que antes. Se mostró como la misma forma predeterminada anterior.

¡¿Qué rayos ha pasado?! ¿La cosa había funcionado mal? ¿Acaso él no la había dañado lo suficiente como para que esta se transformase?

No. El había hecho todo bien. Lo que había pasado era que el caparazón clon de Sarja había sido impreso con… otro caparazón clon.

Los Piexianos cayeron sobre ellos. Un horror sin ojos lleno de agudas espinas se abalanzó sobre el caparazón clon de Trennet, rasgando a través de su sección media con sus filosas espinas. Su caparazón chasqueó, perdiendo integridad en un solo destello instantáneo….



La realidad jadeó. Trennet se sintió como si lo estuvieran poniendo patas arriba y entonces él se encontró de pie en la plataforma, en su propio cuerpo físico, sin caparazón que lo protegiera.

El no desperdició tiempo y lanzó magia a los Pirexianos. Dispersó a uno a una localización más lejana encima del chapitel y

acabó con otros dos con una ráfaga de viento atronador. Luego se zambulló detrás del caparazón clon reformado de Sarja.

Un Pirexiano atacó al caparazón clon restante. La criatura lo mordió con enormes mandíbulas de jeringuillas, provocando un enorme corte en la estructura plateada del caparazón. El artefacto se tambaleó, desestabilizado, y luego se volvió a reformar en la misma forma plateada.

¿Ese caparazón clon había sido clonado con otro caparazón clon?

Trennet hizo lo mejor que pudo para retrasar a los Pirexianos, rechazando y contrarrestando sus movimientos para darle a la bestia de Sarja tiempo suficiente para salir de su escondite. El caparazón clon de Sarja luchó defectuosamente, lanzando golpes lentos que no hicieron nada a sus enemigos. Pero nada más surgió. Cada vez que una de las monstruosidades Pirexianas destruía la réplica de mercurio otro caparazón clon humanoide surgía de ella. De ahí en más todos fueron caparazones clon.

Trennet evadió a los monstruos para salvar su vida. Arrojó a los invasores obstrucciones místicas, redirigió sus ataques hacia sí mismos e invocó sirvientes etéreos que le ayudaron a combatirlos. Pero él, a pesar de ser un mago experimentad, estaba perdiendo. Ellos rechazaron sus defensas sin siquiera reducir la velocidad. Y ese enorme draco Pirexiano seguía y seguía viniendo… el monstruo, si no fuera por la ayuda de Sarja, ya lo habría matado.

Trennet desgarró frenéticamente el caparazón clon de Sarja con sus manos desnudas. Arrancó hojas delgadas de el, capa tras capa… y todo lo que encontró debajo fueron más caparazones clon. Vio su propia frustración reflejada en el impasible color plateado de su faz.

El, al fin, se volvió hacia el draco. En lugar de morir usó el hechizo que estaba guardando en reserva: un hechizo para controlar la mente de la criatura. Concentró su voluntad en un punto psíquico y lo introdujo en la mente de la cosa draco. Penetró a través de los estratos de su psique, utilizando todos sus recursos para soportar el hechizo; y justo cuando estaba por expirar él, finalmente, alcanzó el centro de su mente y envolvió su voluntad alrededor de la del draco.

El hechizo funcionó. Ahora él estaba al mando de la enorme bestia Pirexiana. Con un pensamiento lo volvió hacia los otros Pirexianos, guiándolo para que atacara a los de su propia clase. El draco trituró a los otros necroides Pirexianos,



rebanándolos con sus garras y desollándolos con las filosas espinas de su cola.

La cosa, lanzando un chirrido, terminó con el último de ellos. Pero Trennet no tenía ya más poder para sostener su voluntad. El horror Pirexiano se liberó del hechizo y se volvió hacia su amo huyendo. El monstruo se apoderó de su cuerpo y él cayó contra la plataforma, aplastado bajo su peso.

Sus garras le rompieron algunas costillas. Mientras este apretó él sintió como sus órganos comenzaban a ceder. No podía respirar. Y en un momento, cuando sus mandíbulas cayeran sobre su rostro, Trennet moriría.

Fue ahí fue cuando él vio, por el rabillo del ojo, como el caparazón clon de Sarja se abrió a si mismo con sus propias manos. Rompió un agujero en su propio pecho y disolvió su propia forma. El material plateado se disipó y el último caparazón clon fue destruido.

De pie en su lugar estaba su oponente Neurok, Sarja misma. Ella mostraba dos cosas: una gran daga y una sonrisa aparentemente aún más grande.

Con un movimiento rápido saltó sobre la espalda del draco y hundió la daga en su espina dorsal. La cosa chilló y se zarandeó hasta que la cabeza de la cosa draco se soltó de sus vértebras, rodando hacia un lado. El draco se derrumbó, cayendo afortunadamente sobre una de sus propias piernas por lo que Trennet no fue aplastado. El se quedó allí, sin aire, mirando al cielo mientras el sol azul se alzaba sobre el Mar de Mercurio.

El rostro de Sarja entró en su campo de visión y ella se alzó sobre él. El pudo ver varios ángulos de cuan patético parecía reflejado en la brillante multitud de sus lentes Neurok.

"Quita esta... cosa… de mí," respondió Trennet.

"Concédeme el Chapitel y lo haré," dijo Sarja con los bordes de sus labios curvándose insufriblemente hacia arriba.

Trennet preparó una refutación intelectualmente devastadora, una que le habría hecho a ella reconsiderar por completo su visión del mundo y que al mismo tiempo la habría callado de inmediato. Pero sus pulmones dañados se negaron rotundamente a expresar esta diatrib a. Estaba casi seguro de que tenía una enorme uña del draco perforándole su torso, desde su pecho hasta su espalda.

"Muy... bien," dijo en su lugar.

Gracias a una magia reconstructiva de los moldeadores de Lumengrid, el cuerpo de Trennet fue sanado en su mayor parte en cuestión de días. El Chapitel fue reconstruido en cuestión de semanas pero su ego había sufrido una cicatriz muy profunda, una que ninguna magia podría tocar.

Trennet, volviendo a su pequeña torre de mago, miró el Chapitel de Investigación Once



a través de su catalejo. Vio que Sarja tenía un pequeño ejército de caparazones clon patrullando sus vigas y pasillos y frunció el ceño. Escudriñó los mares, buscando en otra parte. Quizás, en vez de ello, él debería intentar reclamar el Chapitel de Investigación Dieciséis.

Rath



Rath era un plano artificial creado como un dispositivo de invasión por Pirexia. Su materia planar estaba compuesta de pedazos robados de otros planos, incluyendo Dominaria, unidos por un sustrato artificial Pirexiano llamado piedra variable. Pirexia designó un "evincar" para asegurarse que el desarrollo de Rath progresara con

el tiempo. En varias ocasiones Davvol, Volrath, y el vampiro Crovax fueron todos evincars de Rath.

La característica principal de Rath era la fortaleza evincar en su centro, que funcionó tanto como una fortaleza como una fábrica de piedra variable. La fortaleza y la montaña en la que se encontraba tenían numerosos peligros, entre ellos una colmena de fragmentados y su reina, los necrománticos Pozos de la Muerte y los jardines carnívoros de Volrath.

La Nave Voladora Vientoligero y su tripulación viajaron a Rath para rescatar a la capitana Sisay. Más tarde, cuando la agresión Pirexiana comenzó en serio, el propósito de Rath se cumplió cuando se superpuso sobre Dominaria como una enfermiza piel. La yuxtaposición planar permitió a un número enorme de Pirexianos entrar en Dominaria casi inmediatamente, comenzando la Invasión Pirexiana.

El Nexo



Rath está alborotado. Durante miles de años, el plano ha evolucionado de acuerdo con la agenda secreta de sus capataces Pirexianos. Mientras el siniestro proyecto se acerca a su fin, Volrath, Evincar de Rath, ha abandonado su puesto, provocando una brutal contienda entre sus posibles sucesores. Pirexia ha elegido a Crovax para tomar el lugar de Volrath, otorgándole terribles y nuevos poderes al noble sanguinario. Sin embargo este aún debe probar su valor antes de poder reclamar la posición.

Mientras tanto, los rebeldes de Rath se han unido en nombre de Eladamri, Señor de las Frondas, para liberarse de una vez por todas de la tiranía de Pirexia. Pero Crovax ha decidido pavimentar su camino al trono con huesos y sangre rebelde...

Mientras la batalla rugía por todo el suelo del valle, Nalun ayudó a Talik a ponerse en pie. Los moggs que habían acorralado al joven Talik yacían muertos con dardos gemelos de huesos de serpiente en sus gargantas. Talik le volvió a agradecer mentalmente a Gaia por la increíble puntería de Nalun mientras recolectó los dardos para su tío.

Los dos elfos formaban parte de una unidad rebelde duplicada en número por moggs y soldados de la Fortaleza. Los rebeldes, a pesar de sus pocos números, estaban demostrando ser más que un dolor de cabeza para el brutal escuadrón de búsqueda y destrucción de Crovax.



"Esto es demasiado fácil," dijo Nalun con amargura. Aceptó los dardos de Talik y los limpió de la sangre mogg. "Estos brutos no viajan nunca en grupos de menos de treinta."

Un mogg lejano emitió un chillido penetrante. Los matones de Crovax rompieron filas y comenzaron una retirada de los elfos y rebeldes Vec para reformarse a corta distancia. Un enorme monstruo incrustado de rocas se alzó por detrás de una colina y se adentró en el campo de batalla. La cosa, de forma vagamente humanoide, medía al menos seis metros de altura con un mosaico de placas blindadas por piel. Terribles pinchos y huecos sobresalían de su torso.

Los soldados de la Fortaleza y moggs cayeron en formación detrás de la criatura, flanqueándola desde una distancia segura. Los rebeldes también se reagruparon, negándose a abandonar el campo de batalla.

"Es una lacolito," siseó Nalun a Talik. "¡Suban esa colina! ¡Ahora!"

Mientras Talik y Nalun trepaban por la cresta el lacolito saltó en el corazón de la línea rebelde, dispersando a elfos y a Vec por igual. Varios arqueros elfos lograron hundir flechas en su cuello y hombros mientras otros rebeldes avanzaron con espadas.

"¡Retrocedan!" Talik escuchó a su tío avisar a los rebeldes. "¡Por el nombre de Eladamri, retrocedan!"

Demasiado tarde. El lacolito se detuvo, se hinchó, y luego aparentemente estalló. Rojos chorros de fuego líquido estallaron en todas direcciones desde sus



espigas, cubriendo a los rebeldes con una abrasadora y pegajosa agonía. Muchos murieron antes de caer al suelo y otros quedaron cegados o mutilados. El monstruo rugió triunfante y fue sólo entonces que las tropas de Crovax se movieron, terminando brutalmente con los heridos.

"No saborearán esta victoria por mucho tiempo," dijo Nalun con tristeza.

"Tío," le insistió un Talik con los ojos muy abiertos, mirando más allá de la carnicería. El elfo señaló una línea zigzagueante de luz volviéndose cada vez más brillante y más grande en el fondo del valle. Un zumbido bajo y vacilante comenzó y creció en intensidad hasta que Talik sintió que sus huesos temblaban. "¿Que es eso?"

Nalun miró la luz y maldijo. Cargó por la pendiente, recogiendo a Talik sin romper el paso. Nalun dejó caer al niño a salvo detrás de un afloramiento de piedra variable en la cima de la cresta y luego corrió por un sendero que rodeaba el perímetro del valle, exclamando y agitando sus manos para apartar la atención de sus enemigos de la creciente cuchillada de luz.



"¡Ey, perros falderos y callejeros!" gritó. "¡Todavía no han ganado!" Flechas le erraron al ágil elfo una y otra vez cuando los soldados de la Fortaleza intentaron poner fin a sus burlas.

A pesar del intento de Nalun, algunos soldados y moggs notaron la luz brillante. Los moggs la miraron boquiabiertos pero los soldados dejaron caer sus armas y corrieron mientras se deshicieron de su pesada armadura para dejar atrás la creciente luz.

"¡Paralaje!" gritó uno de ellos. "¡Fuera de mi camino, alimañas! ¡Es el paralaje!" El soldado cayó cuando uno de los dardos de Nalun terminó sus gritos de forma permanente.

Las tropas asesinas e incluso su monstruosa mascota se volvieron, sus ojos fijos en el sol en miniatura que resplandecía y retumbaba en el suelo del valle. Entonces, al unísono, todos comenzaron a correr hacia la cresta. Nalun frenó su retirada con cualquier cosa que pudiera agarrar y lanzar. Talik siguió su ejemplo y entre los dos lograron evitar que sus enemigos escaparan del valle antes de que el retumbante sol explotara.

Una ola de luz cegadora atravesó el suelo del valle y subió por sus paredes de un lado a otro. Todo lo que quedó atrapado en la ola,

los vivos, los muertos, el paisaje mismo, fue cubierto y saturado de energía arcana.

Talik, confundido y asustado, observó cómo cinco hombres, el lacolito y quince moggs se suavizaron, se derritieron y luego se hicieron pedazos y salieron volando. Cada cosa sólida que había en el valle, como si fuera un frasco de aceite descorchado en el fondo de un estanque, se marchó flotando lentamente como una colección de glóbulos suaves y vagabundos. La última boca se disolvió y se hizo el silencio. Cuando el último cuerpo se disolvió no quedó nada en absoluto.



Talik sintió la mano de Nalun en su hombro.

"Vamos, muchacho," dijo su tío tiernamente. "Donde quiera que Eladamri nos esté guiando será mejor que nos lleve allí rápidamente o no habrá nadie a quien liberar... o nada de que liberarlos."

Destino

Parte I

“Yo no creo en el destino,” dijo el capitán Gerrard.

El barco ya estaba en el plano infernal de Rath, todo en negro y rojo, los colores de la muerte. Algunos miembros de la tripulación del Vientoligero, los más atrevidos, se organizaban para desembarcar, y Crovax ya no podía soportar la idea de que lo más probable era que él estuviera solo en el terror de su destino desplegándose como un sangriento horror.

"Pero es inevitable," dijo Crovax. Los fuertes vientos de Rath rugieron, casi ahogando sus palabras, aunque los dos hombres estaban a sólo unos metros de distancia.

Gerrard dijo: "Cree en lo que quieras. Yo tomo mis propias elecciones. "

"¿Y qué si alguien elige por ti?"

Gerrard tocó el puño de su espada y sonrió al noble. "Entonces yo me deshago de su elección."

* * * * *

Ella, cayendo del cielo hacia ellos, fue angelical, pero aparentemente sola. Sus alas se curvaron y se derrumbaron, blancas como la nieve con los cielos rojos y negros de Rath detrás de ella y, si no fuera por la espada que apuntó a su pequeño grupo, podría haber sido una mensajera celestial. Reportándose con gracia femenina. Un sueño.

"Selenia," dijo Crovax susurrando el nombre del ángel. Él era el segundo en la línea cuando la partida de rescate del Vientoligero se había colocado en una sola fila a través de un puente de piedra en busca de los Salones de los Sueños de Volrath. Ellos estaban en algún lugar de lo más profundo de la montaña del evincar. Aún era imposible de decir si Gerrard los había acercado a encontrar y salvar a la Capitana Sisay. El puente, arqueado sobre nada más que negrura, los había dejado a todos vulnerables a los ataques por lo que Mirri había insistido en ir inmediatamente detrás de Starke, quien los lideraba, y directamente detrás de ella venía Crovax, envuelto en su propia miseria. Gerrard estaba en la retaguardia, susurrando sus órdenes a Tahngarth el minotauro, luego a Karn el golem y, finalmente, convirtiéndose en



silenciosas e inútiles para el preocupado Crovax. La llegada inesperada del ángel lo sacó de ese coma ambulante por primera vez en largas horas.

Starke giró como si quisiera iniciar una retirada del descenso de Selenia sólo para encontrarse mirando directamente al gruñido de Mirri. El hocico de ella se tensó, revelando colmillos felinos y furia de batalla; y sus ojos se estrecharon a rendijas casi invisibles. Los rasgos fantasmales de Starke, por el contrario, se convirtieron en otro tono de palidez.

"Tenemos que correr," dijo él.

"Entonces corre," dijo la guerrera felina. "Pero no hacia este lado, cobarde."

La voz de Crovax los alcanzó con las bofetadas de las corrientes cálidas que revolvieron sus cabellos y desafiaron su equilibrio. "Ella no está aquí por ninguno de ustedes. Ella por fin ha venido por mí."

"A matarte, querrás decir," respondió Mirri.

Y entonces el ángel oscuro cayó sobre ellos, sus poderosas alas tanto armadura como espadas y su espada una extensión de su brazo. Crovax no se había equivocado. Aunque la limitada espina dorsal de Starke se encontró tranquilamente dentro del rango de ataque Selenia pasó por delante de él y de Mirri, con su espada apuntada exclusivamente a Crovax. Starke aulló de miedo, esquivando el revés de las alas de Selenia, sus rodillas desmoronándose. Mirri dio un salto con su propia espada, errando por completo a las botas de Selenia.

"La gatita tiene garras," oyó cantar a Selenia. El intenso atisbo de respiración de Crovax puntuó el lirismo de la voz del ángel. Mirri no se dejó impresionar por ninguno de los dos. Giró de dirección en el estrecho puente, extendiendo un pie sobre un espacio sin fondo, y volvió a saltar hacia el ángel. En su visión periférica pudo ver a Gerrard y al minotauro Tahngarth acercándose para unirse a la inesperada batalla.

Selenia no estaba tan concentrada en Crovax como para ser atrapada desprevenida. Su revés atrapó a Mirri por el centro y la guerrera felina cayó. Una zanja de sangre se abrió en medio de la piel de su vientre. El ataque de Selenia la hizo girar como una bailarina en el aire, con los pies envueltos uno alrededor del otro y señalando hacia abajo, su cuerpo como una grácil espada mientras giró hacia Mirri.

"No," gimió Crovax mientras levantó su arma de manera poco elegante. "No hagas esto. No me hagas venir hasta aquí para encontrarte para esto. Para *esto*."

En otro momento, en otro lugar, Selenia podría haber tenido mucho que decir acerca de cómo la creación de ella y la línea de sangre de él estaban destinados el uno para el otro; de como ella no había elegido ese destino para ninguno de ellos. Ella incluso podría haber insinuado la maldición que llevaba por culpa de él como una extraña pero asesina enfermedad a compartir entre amantes. Sin embargo, en ese momento y en ese lugar, ella hizo fácilmente a un

lado la espada de él con el golpe de revés y se apresuró silenciosamente para dar el golpe mortal. Crovax cerró sus oídos al grito de advertencia de Gerrard viniendo por detrás y sus ojos al destino que le daba la bienvenida si él no podía elegir tener a Selenia a su lado.

"Para esto," susurró.

La canción de su ángel llenó sus oídos: su canto fúnebre. Pero esta se convirtió en un aullido de furia y agonía cuando Mirri se levantó detrás del ángel, empuñó su espada al revés y la introdujo como una estaca directamente entre las alas de Selenia. El maullido de Mirri sonó mientras golpeó, un sonido chirriante que cortó bien recto a través de los intestinos de Crovax. Cuando él abrió los ojos Selenia ya estaba desapareciendo ante él. Las plumas de sus alas explotaron como copos de nieve a su alrededor y los colores que la rodearon parecieron desvanecerse en un blanco y negro antes de evaporarse en la nada. Los ojos del ángel se vieron llenos de dolor y arrepentimiento mientras estiró su mano hacia Crovax con una palma abierta como si le diera la bienvenida en un altar de bodas. El, en un momento de ciega desesperación, incluso se estiró para atraparla pero la mano de Crovax regresó con un puñado de plumas sin vida.

Y entonces ella desapareció, se esfumó, dejó de existir, dejándolo frente a Mirri en medio de una nube de plumas que empezaron a derretirse igual que si hubieran sido aquellos copos de nieve a los que el comparó. La guerrera felina jadeó, bajando su espada del golpe mortal que había hecho al ángel. Sangre corrió por su vientre.

"Ella iba a matarte, idiota," dijo Mirri tropezando vertiginosamente cerca del borde del puente. Se equilibró, se enderezó y sus ojos parecieron reflejar el desvanecimiento blanco y negro que había predicho la desaparición del ángel.

Crovax susurró: "Y yo creo que iba a dejarle hacerlo."

"Bueno," dijo la guerrera felina, "yo pensé lo contrario."

Parte II

Ellos estaban de regreso a bordo del Vientoligero. En ese momento, habiendo completado su misión de rescate su hora de partida repentinamente comenzó a gritarles sobre ellos cuando el buque de guerra enemigo Depredador descubrió su propio buque flotando sobre los jardines de la fortaleza donde ellos habían abordado. Gerrard estaba en cubierta, dando órdenes, exaltado por su éxito y el precio mínimo que habían pagado por este. Una tarea inacabada que tranquilamente podría esperar.



Su partida más o menos intacta. Heridas que, en la mayoría de los casos, sanarían.

Bajo cubierta, en una litera reservada para los heridos, Mirri, su amiga más antigua, murió.

Ella, después de haber dado su último aliento y salido a nadar por última vez en un olvidado recuerdo de sus compañeros de camada, cerró los ojos como Crovax había hecho cuando su destino había parecido caer sobre él en el puente. Podía oír su propio ronroneo, reconfortante y fuerte en sus oídos. Oyó los pestillos siendo alzados en la puerta cuando alguien, probablemente la sanadora Orim, vino a revisarla. Oyó el latido de su corazón, marchitándose y rindiéndose. Ya casi había terminado. Ella casi era libre.

Mirri, colgando del final de la cuerda de su vida, simplemente se soltó, y la caída a la libertad fue silenciosa y larga.

"¿Mirri?" Preguntó Crovax en voz baja unas horas más tarde. Se irguió sobre su litera en las sombras, su piel negra mezclándose con la oscuridad. El no pudo oírla respirar. "Mirri, ¿estás…?"

"Bien," susurró ella, abriendo los ojos.

Sus pupilas habían desaparecido y los agujeros blancos en su cabeza que lo miraron eran unos que Crovax había visto antes. Estos resplandecieron en la oscuridad que los envolvió a ambos. El dio un paso atrás y dejó caer una mano a la empuñadura de su espada.

"Oh, Selenia," dijo. "¿Qué has hecho?"

"Lo único que pude," contestó Mirri. "¿Acaso tú me amaste a mi o al recipiente en el que estaba atrapada? No debería importar donde viva mi alma mientras yo viva contigo."

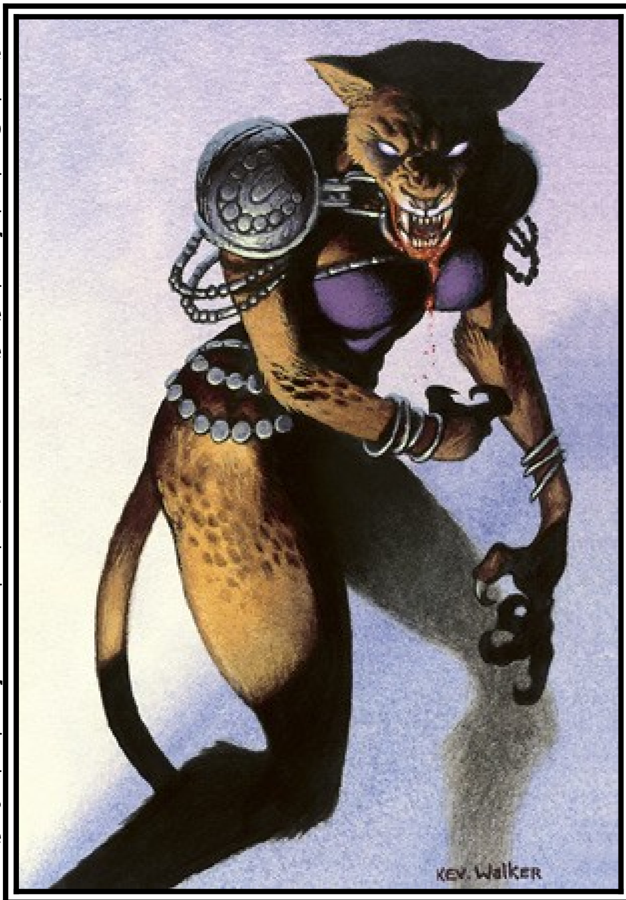
El Vientoligero se estremeció cuando sus motores comenzaron a encenderse y la nave empezó a girar, inclinando la recámara hacia la cosa muerta en el cuerpo de la guerrera felina. La litera se balanceó y, en algún lugar por arriba, un cañón retumbó en la lejanía.

Crovax dio otro paso hacia atrás. "Seas lo que seas, no mientas. Selenia no hablaba de almas ya que nunca tuvo una. Y está claro que tú no eres Mirri. ¿Así que, quién eres?"

La guerrera felina suspiró, se estiró y se tocó las vendas sangrientas sobre su estómago. Ahora la herida le era más agradable que perjudicial. "Una carga. Tú carga."

"No entiendo."

"Oh, yo creo que sí." Ella le mostró los colmillos con tanta ferocidad que Crovax casi dio una risita de miedo. Mirri dijo "Yo soy la carga que tú no pudiste reclamar. Una muerte y una maldición, pero sospecho que tú ya supiste que bendición final estaba destinada a dar el ángel cuando murió. Tu instinto de dejarla matarte fue más inteligente que tu intención de matarla primero pero le permitiste a Mirri reclamar la maldición en tu lugar. Así que deberías saber que ella no está muy contenta contigo ahora mismo. Ni te imaginas las palabras que te está dedicando aquí dentro. Vergonzoso."



Crovax sacó su espada, su cabeza mucho más firme esta vez que cuando se había enfrentado por última vez a esos ojos angelicales muertos. "Déjala libre. Ahora."

"¿Y por qué no vienes por ella?" preguntó Mirri poniéndose en pie, inclinada como si partes de sus entrañas estuvieran rotas. El barco se balanceó con otro cañonazo. "Si aceptas la maldición como tuya, puedes recuperarla. Eso si, creo que no deberías explicarle a Gerrard que dejaste que su mejor amiga se convirtiera en una bebedora de sangre. Tírate por la borda y deja que los demás crean que estabas perdido en la confusión. Divide tu alma con Selenia y acepta lo que es legítimamente tuyo, tu regalo predestinado."

Ella, “eso”, debe haber sabido cuál sería la respuesta de Crovax. Tal vez pudo leer la respuesta en los ojos de Crovax, o tal vez la suma de la visión profética combinada del ángel oscuro, la guerrera felina, y el nuevo ser en que se habían convertido cuando se habían unido fue mayor que las partes. De cualquier forma, cuando el barco se sacudió en un repentino descenso lo que había sido Mirri cayó sobre él, con las uñas al descubierto, su piel erizada, sus colmillos apretados. Crovax sangró allí donde ella puso una mano sobre él y el olor a sangre real pareció transformarla. Sus colores se espesaron y se aplastaron en la penumbra. Su mandíbula quedó colgando, sus mejillas se hundieron hasta que su rostro quedó hueco como un cadáver no identificable descubierto en una vieja cueva. Crovax gritó, retrocediendo, abandonando toda pretensión de luchar contra esa monstruosidad. Él huyó hacia los gritos de batalla en la cubierta y la cosa lo siguió corriendo en cuatro patas, saltando

escaleras, dejando agujeros con sus garras en las tablas del piso mientras se acercó.

En la cubierta, bajo el cielo rojo y negro que Gerrard había descrito por primera vez como un moretón, Crovax pudo ver una salvación en los otros. Gerrard estaba en la barandilla, Tahngarth el minotauro a pocos metros detrás de él. Sisay, regresada a ellos por la fuerza de la voluntad de Gerrard, daba órdenes en el lado más lejano del Vientoligero. Pero más allá de ellos se alzaba una enorme nave en forma de tenaza, el Depredador, el enemigo, la fuerza superior con la que habría que lidiar. Hasta Gerrard, siempre lleno de ego y confianza, parecía algo acobardado ante la llegada inesperada de la nave de Volrath. Crovax se precipitó hacia ellos con el aliento de la cosa dentro de Mirri en su nuca. Gerrard gritó para que hicieran un descenso más pronunciado cuando el Depredador se abalanzó hacia ellos pareciendo querer hacer chocar a las dos naves.

"¡Cuidado...!" empezó a gritar Crovax justo cuando la cosa lo golpeó por detrás. Gerrard se estiró para atraparlo mientras él pasó sobre la barandilla; Tahngarth quiso hacer lo mismo con Mirri. Ninguno de los dos estaba lo suficientemente cerca y, juntos, Crovax y la guerrera felina, cayeron en picada hacia la vegetación de los jardines debajo de ellos.

Parte III

Váyanse, quiso gritar Crovax a Gerrard. *Yo soy el culpable de haber traído esto sobre nosotros. Sobre mí mismo. He fallado.*

Sin embargo el Vientoligero descendió hacia ellos, incluso mientra la cosa Mirri le asestó zarpazos y golpes tan furiosos que ni Mirri ni Selenia hubieran podido realizar por si solas. Crovax no pudo imaginar por qué ella prolongaba su asesinato. Al menos él no se resistió.

El Depredador giró, un tiburón hambriento en el cielo.

"Agárrate fuerte," gritó Gerrard desde arriba. Crovax alzó la mirada hacia el barco que flotaba sobre él, su madera resplandeciendo con la prometida salvación. Gerrard estaba en la barandilla, mirando rápidamente de aquí para allá entre el barco enemigo acercándose y la batalla unilateral por debajo. Su rostro era una ruina de



emociones, un campo de batalla en busca de hacer lo correcto pero también queriendo ver a Crovax muerto. Cada vez que Gerrard miró a Mirri, algo que sólo fue fugazmente, el hombre pareció estar a punto de ponerse a gritar para no detenerse jamás. Tahngarth, cerca de allí, dejó caer una escalera de cuerda que quedó casi al alcance de Crovax.

"Váyanse," gritó Crovax de nuevo.

"No sin ti," respondió Gerrard. Su voz fue mecánica, plana. "Nos matarás a todos si no vienes. Tienes que darte prisa."

La cosa Mirri vaciló, observando, pareciendo querer que Gerrard trajera voluntariamente a toda su tripulación a sus tumbas en los jardines de Volrath. *La trampa se cierra*, pensó Crovax, y volvió a pensar, *¡Oh, Selenia! ¿Qué has hecho?*

Se estiró por la escalera.

"No me dejes," dijo Mirri. Y entonces con la voz de Selenia. "No otra vez."

Crovax cerró los ojos una vez más, viendo el rostro del ángel mientras escuchó, sabiendo que su salvadora estaba muerta y desaparecida.

"Adiós," susurró, pero dudó que ella lo oyera. Tahngarth ya lo estaba arriando como un pez a bordo del Vientoligero, regresándolo donde tendría que explicarle a Gerrard todo lo que había llevado a la muerte de su mejor amiga Mirri.

El casi soltó la escalera.

* * * * *

Más tarde, en la oscuridad, con sus heridas vendadas y el sueño desesperadamente lejos, Crovax no pudo levantar su mirada al miserable rostro de Gerrard mientras ellos hablaron. El Vientoligero se había alejado tanto de Rath y la cosa no-muerta en la que Mirri se había convertido que hasta la naturaleza temeraria de Gerrard estaba reprimida por la distancia. Ellos ya no podían regresar.

"Eso es todo lo que puedo decir de verdad," terminó Crovax. La cabina sin luz donde descansaba estaba tan fría como una tumba mientras habló. El tembló y apretó las plumas blancas que había traído de la batalla del puente. "Entonces yo volví a bordo contigo. Ella se había ido, ambas habían desaparecido. Esto es todo lo que sé."

Gerrard permaneció un largo rato en silencio, tanto tiempo que Crovax se preguntó si simplemente no podría encontrar palabras para transmitir su horror, su dolor, su incredulidad.

"Yo no quise hacerlo pero tuve que dejarla," dijo al fin. Aquello sonó como si él estuviera tratando de convencerse a sí mismo, a su propio jurado. "No puedes rescatar a alguien que ya no quiere ser salvado. Además no hubo tiempo, sólo para rescatarte a ti."

"Comprendo. El destino es voluble e inevitable," contestó Crovax.

"Déjame decirte algo," dijo Gerrard con un tono tranquilo, deliberado y -para la mente de Crovax- amenazador. El se levantó del

costado de la litera de Crovax, su rostro retrocediendo en las sombras una vez más. "Y nunca olvides esto, Crovax. El destino no existe. Tú elegiste por todos nosotros."

"No," respondió Crovax. "Te prometo que eso nunca lo podré olvidar."

Rabiah



El reino desértico de Rabiah, alguna vez un solo plano, estuvo sujeto a un evento planar de origen desconocido: surgieron mil planos casi idénticos del plano, creando mil y un Rabiah diferentes. Estas iteraciones evolucionaron a lo largo de los siglos, algunas independientes y otras interdependientes.

Muchos elementos de Rabiah son tomados de las mil y una noches pero la historia principal representada en los comics de Magic es una historia original de las cinco "copias" separadas del planeswalker Taysir, cada una conectada con un diferente color de magia y su combinada lucha contra la bruja oscura Nailah.

La Ciudad de Bronce

No debe resultar sorprendente que los primeros cuentos que reuní para mi enciclopedia provengan de mi lugar de nacimiento, Rabiah. Encuentro a este cuento irresistible porque deja al lector atrapado por algunas referencias de un sitio de enorme poder que yace en la cúspide de un plano. Por supuesto, también es un cuento de pasión y dolor desenfrenados, y mi propia juventud sabía perfectamente lo que estas sensaciones pueden llevar a hacer a un ser humano.

—Taysir

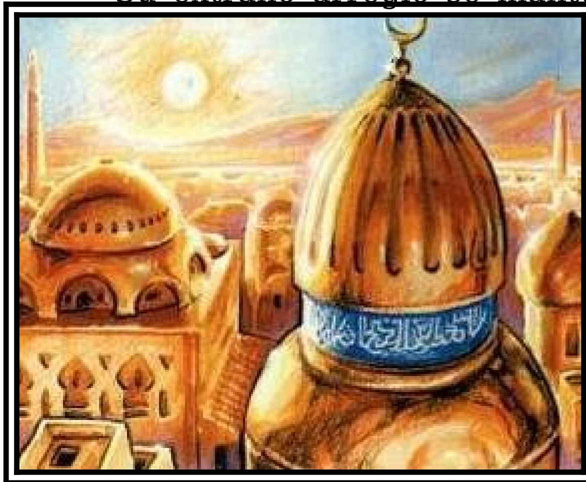
Mientras viva la memoria, también lo hará su creador…Para aquellos de nosotros que cuenta historias y describe las acciones grandiosas e infames de la gente estas palabras tendrán mucho mas peso que un centenar de lingotes de oro. Hoy mi cuento es corto; la lección quizás sea algo mas larga, quizás el doble de larga. Solo mis lectores lo sabrán.

La princesa Fátima era la mujer mas acaudalada de todas. Poseía riquezas en abundancia, camellos y finas telas, y un amante que alguna vez había sido uno de los hombres mas poderosos del reino. También era una experta hechicera. En las tierras de Fátima, como en



la mayoría de reinos ya descriptos, las mujeres tenían poco control sobre sus propias vidas. Sus maridos o padres las controlaban. Pero el padre de Fátima había muerto, ni tíos o hermanos le habían quedado, y aún no se había casado. Cada noche Fátima susurraba al oído de su amante, al-Abin, “Si no me pides casamiento, te amaré por siempre.” A lo que al-Abin respondía, “No te cases conmigo, amada mía.”

Su extraño arreglo se mantuvo durante meses hasta que una noche Fátima susurró “Si no me pides casamiento, te amaré por siempre”. A lo que al-Abin dijo, “Cásate conmigo y hazme el hombre mas feliz de todos”. Furiosa, Fátima le declaró que nunca se casaría con él. La princesa, a pesar de los ruegos de al-Abin, permaneció inmutable. Esa misma noche su amante abandonó a Fátima para siempre.



Furiosa con al-Abin y la tierra que le vió nacer, la ira de Fátima duró muchos días. Finalmente, volcó toda su atención a la magia. Decidida a construir un sitio donde nadie la molestara jamás, Fátima eligió crear una Ciudad de Bronce que brillaría con el calor de su furia.

Cada mes que trabajaba en su ciudad el poder de Fátima crecía aún mas. Hasta que fue tan poderosa que pudo atravesar lo planos y dejar a su gente detrás. Movió su ciudad a los límites mas lejanos de Rabiah, donde trabajó en completa soledad. Aunque no deseaba ver más a su pueblo quería tener alguna compañía. Así que Fátima creo el primero de los Hombres de Latón.

Fátima cuidó mucho de sus creaciones de latón, quienes llevaban el dolor que nunca se permitió sentir y así a veces ellos se detenían para llorar después de realizar alguna tarea. Como era su ciudad sus hombres de latón eran fríos como la traición de al-Abin y ardientes como la ira de Fátima. Aún así eran, y son, sus hijos, y Fátima los ama hasta hoy en día.



No vayas a la Ciudad de Bronce a no ser que puedas soportar un gran dolor. Porque si te aventuras dentro de sus muros te hallarás ardiendo por el calor de sus llamas o por la ira y congoja de su solitaria señora.

El Devorador del Infinito

Elegí esta historia porque su estilo es propio del plano de Rabiah. También es un cuento interesante de la creación (o recreación) de dos personas/seres importantes: los efrits de Serendib y los nómadas del desierto.

—Taysir

Benditos son aquellos que viven en Rabiah, que es solo uno de los infinitos Rabiah, porque los dioses se alegraron de nosotros y nos regalaron tesoros que otras personas solo



podrían soñar. En estos tiempos de bienaventuranza es difícil creer que Rabiah estuvo en peligro de extinguirse, sin embargo hubo una vez que existió un efrit de Serendib cuyo corazón era tan frío y celoso que no podía soportar la idea de tener que compartir el sitio donde vivía con alguien más. Este efrit estuvo furioso durante años, amenazando a los vientos de que un día nadie excepto él caminaría por las tierras infinitas de Rabiah, y mientras murmuraba para si mismo buscó una manera de poder hacer realidad sus amenazas.

Un día, un caminante de planos extranjero le pidió ayuda al efrit en una batalla. El efrit luchó heroicamente y cuando la pelea hubo concluido el caminante de planos accedió a cumplirle un deseo. Uno puede suponer que otorgarle un deseo a un efrit divertía al caminante de planos ¿por que un portador de magia ofrecería tan alta consideración? Aprovechando esta oportunidad que había esperado durante tantos años, el efrit declaró que quería ser la única criatura que pudiera caminar por las tierras de Rabiah.

El caminante de planos, desconcertado con el descarado deseo del efrit, consideró su pedido. Finalmente, luego de una larga reflexión, extendió su mano y colocó una joya en la frente del efrit. Realizando un hechizo desconocido en estos tiempos modernos, el caminante dividió en dos la boca del efrit. Luego le concedió su voluntad en la mano izquierda del efrit, transformándola en un garfio mas afilado que la lengua de una abuela.

“Efrit, ¡Con estos cambios, te concedo tu deseo!,” dijo el caminante. “Cualquier cosa que cortes con tu mano izquierda se encogerá hasta el tamaño de una alforja. Cualquier criatura que tragues con tu boca izquierda desaparecerá de todos los Rabiahs por toda la eternidad así como también todas las criaturas de su misma especie. Con algo de perseverancia pronto podrás caminar por los planos de Rabiah en completa soledad.”

El efrit, glorioso con su nuevo poder, se volvió hacia la primera criatura que vio y la rebanó con su mano izquierda. No hubo pasado mucho tiempo cuando la pobre criatura se encogió exactamente al tamaño de unas alforjas de viaje, así que el efrit se lo llevó a la boca y se lo comió de un solo bocado. Aquello que el efrit comió nunca lo sabremos ya que la criatura y sus parientes ya no existen mas en nuestras tierras. Extremadamente feliz de sus éxitos, el efrit se hizo llamar “El Devorador del Infinito.” Desde ese momento el Devorador comenzó a buscar y expulsar a todas las criaturas que existían en Rabiah.

Durante quince días el apetito del Devorador prosiguió impasible. Un día una joven doncella alada llamada Fyhra presenció la destrucción de una manada de bestias provocada por el Devorador al observar como se comía solo a una de ellas. Fyhra, luego de seguirlo durante un día y una noche,



pronto se dio cuenta que el Devorador estaba destruyendo una cantidad inimaginable de criaturas. La doncella alada, orando a todos los dioses que conocía, aterrizó en una formación rocosa cercana al Devorador y fue como si el amanecer bendijera a Rabiah con sus mejillas sonrosadas.

“Efrit ¿Por qué devoras a estas bestias?,” preguntó la doncella.

Sonriendo, el Devorador respondió. “¿Por qué?, Porque puedo. Y porque con cada criatura que me como destruyo a todas las de su misma especie que vivan en Rabiah. Pronto Rabiah será todo mío. Acércate, pequeña doncella alada, para que tus hermanas puedan unirse en el Infinito que vive en mi interior.”

Fyhra, moviendo su cabeza con mucho miedo, huyó volando hacia el sol matinal. Como estaba algo perezoso, o quizás por que se deleitaba con el temor de Fyhra, el devorador no persiguió a la aterrorizada doncella alada.

La doncella, volando en los vientos de la mañana, comenzó a preguntarse como podría evitar que el Devorador destruyera todas las criaturas de Rabiah. Aunque el miedo no le hizo detenerse durante todo el día Fyhra finalmente se halló demasiado cansada para continuar el vuelo. Aterrizó en las tibias arenas del atardecer y lloró desconsoladamente.

“¿Por qué lloras tan apesadumbradamente, pequeña alada? susurró una voz desde las sombras de una gran duna.

“¿Quién eres?”, exclámo Fyhra.

“Solo soy un observador y veo que te has encontrado con el Devorador del Infinito,” respondió la oscura figura.

“Si, es cierto, y temo que Rabiah pronto será suyo y de nadie más,” replicó Fyhra.

“Quizás. Pero quizás no. Acepta el regalo que te ofrezco y despierta al hombre que encontrarás durmiendo al otro lado de esta duna. El Devorador puede destruir con su mano izquierda pero hay un equilibrio en todas las cosas. Siempre hay un derecho para todo izquierdo, un comienzo para cada fin. Cuéntale al joven nómada del Devorador y de mis palabras. Juntos quizás puedan salvar vuestro hogar.”



Fhyra estaba llena de preguntas pero antes de que pudiera formular alguna la oscura figura resplandeció y se desvaneció en el viento. Solo una pequeña pero voluminosa alfombra, prolijamente enrollada permaneció en aquel lugar. Al desenrollarla, Fhyra se dio cuenta inmediatamente por sus bordados de alas y remolinos que el regalo del extraño era una alfombra voladora.

Ella, todavía meditando las extrañas palabras, tomó la alfombra y voló sobre la inmensa duna. Más abajo, exactamente donde el

extraño le había indicado, descansaba un joven nómada. Fhyra agradeció en silencio a los dioses por haberla traído a esa duna. Aterrizó al lado del desaliñado hombre y le llamó suavemente. Una vez despierto, se presentó y le relató la historia completa al solemne nómada.



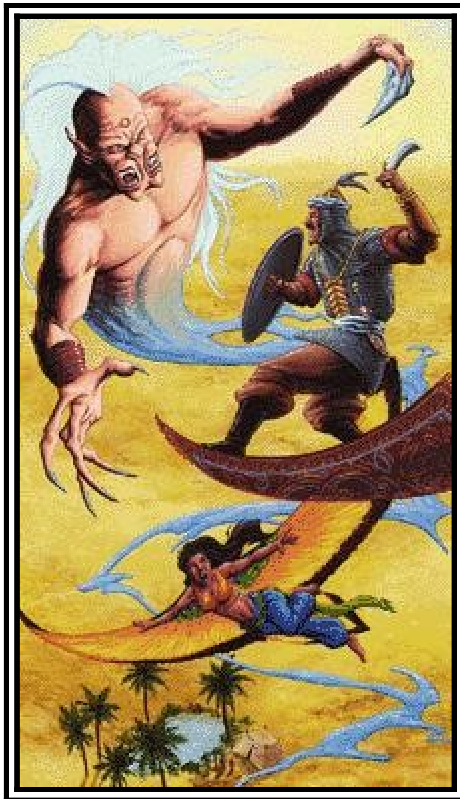
El hombre, cuyo nombre era Pakhir, escuchó atentamente la historia de la doncella alada. Y cuando terminó dijo, "Gracias por contarme este cuento, doncella. Esta mañana, cuando dejé a mi familia en el campamento salí en busca de un lugar para morir…Como ves, soy el último de los nómadas. Los demás han muerto de una terrible plaga. El mundo se apenará de esto. Sin embargo, ahora quizás pueda darle un fin glorioso a la saga de nuestra familia en vez de culminar infamemente," finalizó Pakhir.

"Pero ¿quién fue el hombre que te dio estas instrucciones? ¿Bah eso que importa?," respondió el nómada. Aunque halla dicho la verdad y podamos salvar nuestra tierra o halla mentido y todo esté perdido lo único que nos queda por hacer es probarlo."

La doncella alada, asintiendo, tomó vuelo delante de Pakhir quien le seguía en la alfombra voladora. Ambos retornaron por el camino que la doncella alada había realizado el día anterior y finalmente hallaron al Devorador cerca de la ciudad de Bassora. Desplegando sus brillantes alas al máximo, Fhyra se abalanzó en círculos hacia el Devorador, llamándole y burlándose del que se hacía llamar asesino del mundo.

El Devorador siguió rápida e impacientemente a la doncella mientras ella le alejaba de la multitudinaria ciudad. Cuando juzgaron que el efrit se hallaba lo suficientemente lejos de Bassora como para que nadie resultara herido Pakhir gritó el nombre de su familia y se lanzó directamente hacia el.

Las dos bocas del Devorador se abrieron extensamente con alegría mientras con su mano izquierda atravesaba con gran habilidad a Pakhir, encogiéndolo y retorciéndolo. En ese mismo momento Fyhra arremetió nuevamente y empujó suavemente al ahora pequeño Pakhir dentro de la boca derecha del efrit. "Una derecha para toda izquierda, un comienzo para cada fin," cantó mientras los ojos del Devorador crecían mas y mas con un horror inconmensurable. Apenas el cuerpo moribundo de Pakhir atravesó la boca derecha del efrit todos los ancestros directos del nómada aparecieron, vivos y sanos, nuevamente en Rabiah.



Pero Fyhra y Pakhir aún no habían terminado con el Devorador. Cuando la mano izquierda del efrit tocó el interior de su enorme boca derecha, un hambre inextinguible, aún mas intenso creció irresistiblemente. La boca derecha del Devorador, tragando y tragando, pronto consumió primero su mano y luego su brazo. En unos segundos el Devorador del Infinito se devoró a si mismo parte por parte hasta que solo el eco de sus terribles gritos quedaron flotando en el aire. Así, en el mismo momento en que el devorador desapareció de Rabiah, docenas de efrits de Serendib renacieron sobre la tierra. Cada efrit poseía los rasgos de su antecesor, una boca doble y un garfio en su mano izquierda. Aunque, afortunadamente, estos nuevos efrits no eran portadores del terrible poder del Devorador.

Lo que si poseían era una maldición. Todos los efrits de Serendib vivirían sumidos en una derrota infinita y cualquiera que deseara invocar o manejar a uno de ellos haría bien en pensárselo dos veces. La maldición de los efrits de Serendib alcanzaría a todos aquellos que quisieran utilizarlos como lo había hecho el caminante de planos mucho tiempo atrás, causando sufrimiento y dolor al hechicero mientras estos se hallaren a sus órdenes.

Theros



Theros está gobernado por un panteón de dioses impresionantes. Los mortales tiemblan frente a ellos, víctimas de sus volubles caprichos, y viven aterrorizados ante la posibilidad de despertar su ira. En este plano, minotauros bestiales descienden desde las cuevas para atacar a los viajeros desprevenidos. Los gigantes acechan las tierras y obtienen sus fuerzas del suelo que aplastan. Y en el mar, krakens monstruosos rondan las profundidades y las sirenas atraen a los marineros a un destino aciago. A pesar de todos estos peligros, los mortales han encontrado la forma de perdurar; y en este plano es precisamente donde más se valora a los héroes.

Los mortales no solo han logrado sobrevivir, sino también prosperar. En Theros, la civilización queda protegida tras los muros de las grandes polis, ciudades-estado que actúan como baluartes contra los monstruos feroces de las zonas más salvajes. Meletis, la polis del conocimiento, el progreso, la magia y la devoción a los dioses, es el testimonio de los logros de la civilización. Rodeada por amplios campos de trigo y el Mar de las Sirenas, su poderosa fuerza militar es conocida como el ejército reverente. En la polis de Akros, nada cuenta más que la destreza militar. Los guerreros akronienses han

alcanzado una fama casi mítica en Theros. Los imponentes muros de la fortaleza de Akros sobre el acantilado son el centro de una red de destacamentos que protegen el resto de Theros, algo que hace respirar de alivio a muchos nativos. Setessa, la polis aislada y rodeada por anillos concéntricos de bosques, mantiene un carácter fieramente independiente. Sus habitantes, unidos por fuertes vínculos, comparten la veneración por la naturaleza.

Construyendo un sueño

Mi querida Klytessa:

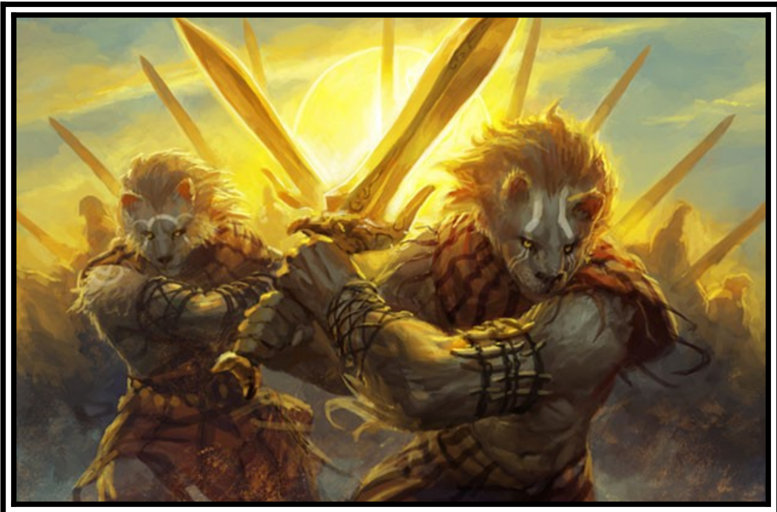
¿Abrirás esta carta? ¿La leerás? ¿O la arrojarás al fuego? Mientras observas al papel arrugarse y chispear en las llamas, ¿sentirás arrepentimiento? ¿O satisfacción? ¿Le contarás a Lara acerca de esto?

Yo soy responsable de la vida de diez mil personas. Nosotros estamos en el precipicio del mayor logro que nuestro reino ha conocido... y estas son las preguntas que me atormentan.

Me digo a mi mismo que nosotros estamos negociando esta paz para el futuro de Iretis. Es para nuestros hombres y mujeres, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Nos saca de la sombra de Meletis, logrando una paz que ellos nunca lograron. Estas cosas son todas verdaderas.

Pero no son toda la verdad.

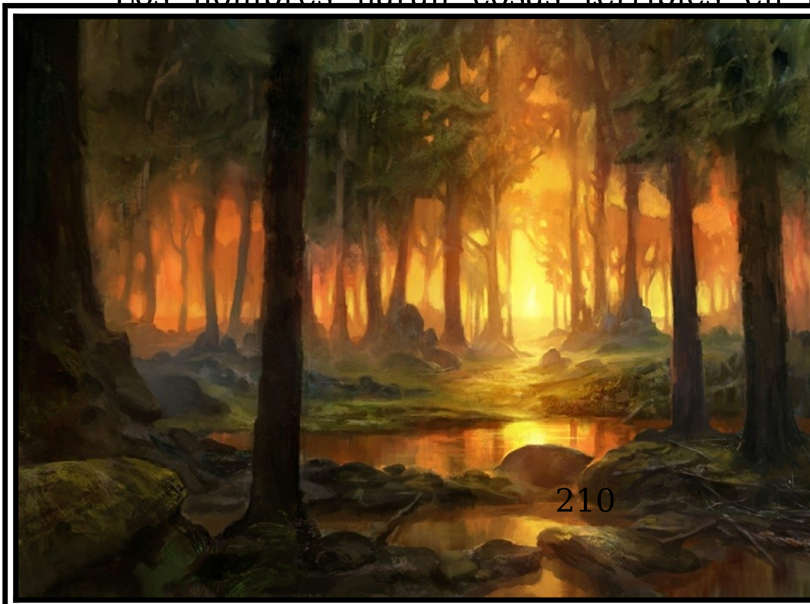
El acuerdo formal con los leoninos será en quince días. Incluso Udaen está con sus consejos tribales ahora mismo, haciendo los últimos arreglos. Tú te maravillarías de la chispa y la energía de Udaen. Hace dos meses él estaba cerca de morir, un hombre viejo y enfermo que apenas respiraba. Su recuperación fue una respuesta directa a mis oraciones. Ambos hemos confiado tanto tiempo en su sabio consejo y la perspectiva de forjar esta paz sin él era imposible. Su recuperación de la enfermedad le hizo ganar una asombrosa vitalidad. Yo he puesto esa vitalidad a buen uso, convirtiéndolo en mi principal agente en las relaciones con las diversas tribus.



Paz, Klytessa. Paz para toda nuestra vida. Recuerdo el día en que tú llegaste de Meletis. El sol brilló en tu cabello y yo no supe cuál de los dos lo hizo más. Tu sonrisa los superó a ambos cuando tú contemplaste los que debieron parecer los humildes encantos de mi reino en comparación con las maravillas de Meletis que tú ya habías conocido. Tu sonrisa me hizo saber que eras tú la elección correcta para mí, para nuestro pueblo. Esa noche, tu primera noche, *nuestra* primera noche, cuando los sobrevivientes, sangrientos y llenos de cicatrices, entraron con su informe de otra escaramuza fronteriza entre los leoninos (cuan tentador es todavía referirse a ellos como gatos, o peor… los viejos prejuicios son difíciles de dejar atrás) y nuestro pueblo, cuando tú viste el sangriento peso que supone vivir en Iretis, fue la primera vez que yo vi atenuarse tu sonrisa. A veces me pregunto si tu sonrisa alguna vez regresó de verdad, esa misma sonrisa parecida al sol con el suave viento anunciando tu llegada. La paz se acerca, Klytessa.

Aunque esta viene con un costo. Los asentamientos exteriores reportan atrocidades cometidas por monstruos imposibles, más feroces que cualquier leonino y difíciles de matar. Tonterías, dice Udaen, y yo estoy de acuerdo. Los expansionistas siempre quieren más tierra y ven esta paz potencial como un golpe directo a sus sueños de expansión. Yo les pido que me muestren los cadáveres de estas criaturas como prueba y ellos me dicen que los cuerpos se convierten en polvo. En cambio ellos me presentan sus propios cadáveres y es verdad que estos han sido mutilados con una ferocidad y violencia raramente vista. No quiero creer que nuestra propia gente pueda hacerse esto a sí mismos para sabotear la paz pero estoy de acuerdo con la precaución de Udaen.

Los hombres harán cosas terribles en la búsqueda de sus sueños.



Recuerdo una noche, poco después de que Lara naciera. Nosotros habíamos pasado el día con nuestro bebé, haciendo a un lado las preocupaciones de nuestro reino

por un sólo día. *Un día para nuestro bebé*, habías dicho tú, y yo estuve de acuerdo. No había duda de que ella se merecía eso. El día en que ella nació yo sentí que la había conocido de toda mi vida, que nunca había habido una parte de mi vida que yo no la hubiera tenido a mi lado. Fue la primera vez que a mi me molestó ser rey, tener que sacrificar tanto por personas que no fueran ni tú ni Lara. Así que te ofrecí a ti y a ella el día. Y lo ofrecí con gusto. Nosotros pasamos el día en el lago, chapoteando y caminando y hablando, y creo que durante un tiempo tú incluso te olvidaste de los guardias. Fue un día maravilloso. Y después de que nosotros volvimos al palacio ese día maravilloso se convirtió en una noche maravillosa. Mientras tú dormías, la luz de la luna sobre tus hombros, mi mano sobre tu espalda sintiendo tu aliento entrando y saliendo lentamente de tu cuerpo perfecto. Yo supe que quería que ese momento durara para siempre. Si yo pudiera capturar ese momento, la luz de la luna enmarcando nuestros cuerpos entrelazados, y hacer que nunca cambiara, lo haría. El momento fue perfecto y el cambio sólo lo hubiera hecho peor.

A menudo pienso en esa noche.

Klytessa, yo elijo la esperanza. Yo elijo creer que los leoninos mantendrán su palabra y firmarán este tratado de paz con nosotros dentro de dos semanas. Elijo creer que los expansionistas llegarán a comprender los beneficios de la paz, de la estabilidad, y frenarán sus intentos de sabotaje. Elijo creer que tú abriste esta carta, que tú la abriste y la estás leyendo ahora mismo. Elijo creer que hay un camino hacia adelante para nosotros. Un camino que te tiene aquí a mi lado en Iretis, a donde perteneces. Donde yo te necesito.

Te amo. Habrá paz. Eres hermosa. Echo de menos a nuestra hija. Yo no pude encontrar la combinación correcta de palabras para impedir que te fueras. Espero poder encontrar la combinación correcta de palabras para hacerte regresar.

Kedarick

Klytessa:

Un día difícil y oscuro. Conozco a Thoros Garrasesina desde hace más de treinta años. Nosotros crecimos juntos, entrenados juntos, luchamos juntos. Él ha salvado mi vida contra los gatos muchas veces. Él era mi amigo. Yo lo maté hoy. Con mi espada separé su cabeza de su cuerpo, rebanando limpiamente su cuello. Fue un corte limpio, y rápido.

Tú solías preguntarme cómo podía entrar en la batalla aparentemente sin miedo. Hubiera tenido una respuesta diferente muchos años atrás pero ahora mi respuesta es esta: una batalla te mata rápidamente pero la vida te mata lentamente. Cada día otra parte de ti muere.

Yo anhelo la simplicidad de la batalla.

El día empezó bastante bien. Thoros había enviado la noticia de que iba a ofrecer su apoyo al próximo tratado de paz. Era una gran victoria lograr que un prominente expansionista se pronunciara a favor de la paz. Yo lo recibí en la sala del trono y allí nos abrazamos y sonreímos. Thoros había traído a un pequeño grupo de sus hombres y, aunque ellos portaban armas y vestían con armadura, yo no había esperado nada más de los guerreros de los asentamientos exteriores. No todos los viajes al corazón de Iretis están libres de violencia. El resto del personal de palacio estaba ocupado con los preparativos para la firma a realizarse una semana a partir de ahora pero Udaen mismo estaba a mi lado para darle la bienvenida a un huésped tan importante, uno que podría poner a todos los expansionistas de nuestro lado. Yo me dirigía hacia la sala de banquetes para el almuerzo de bienvenida cuando Thoros levantó una mano. Nosotros nos detuvimos y Thoros metió su mano en una bolsa y sacó una cabeza. Era la de un joven aunque yo no lo reconocí. Le habían arrancado el cuello salvajemente del cuerpo; no había ningún signo de un corte limpio o recto. Los guardias sacaron sus espadas pero Thoros y sus hombres no hicieron ningún intento de sacar las suyas.

"Mi sobrino," dijo Thoros. "Asesinado anoche por los gatos."

Le pregunté si tenía pruebas.

"Hubo una vez en que mi palabra habría sido una prueba." Yo no pude negar su verdad pero nosotros ya no éramos guerreros luchando contra gatos. Yo era el rey, tratando de forjar una paz, y necesitaba pruebas.



"Lo vi con mis propios ojos. Era el gato más grande que he visto en mi vida, de dos a dos metros y medio de alto. Su contextura era como la de un oso. Tenía cuatro brazos, dos cabezas, dientes y garras tan largas como dagas. Un gato salido de nuestras pesadillas. El sólo apareció en medio del campamento de exploradores. Le arrancó la cabeza a Teralos de su cuerpo. Nosotros perdimos a otros diez intentando derribarlo." Yo capto sus palabras exactas porque las encuentro tan difíciles de creer. ¿Cuatro brazos? ¿Dos cabezas? ¿Acaso me consideraba un tonto? Lo miro fijamente a él y a sus hombres pero sólo rostros estoicos me miraron en respuesta.

Yo le pregunté si ellos habían matado al monstruo. No lo habían hecho. El gato había desaparecido en medio de la batalla, evaporándose en niebla, dejando sólo a los muertos y heridos. Le pregunté qué quería de mí.

"Justicia," dijo. "Justicia por Teralos. Justicia por los muertos. Justicia por los vivos ¿Por qué buscas la paz con los que hacen esto a tu pueblo?" Preguntó gritando al final.

Yo no supe que responderle. Es una lección que yo te dije mucho tiempo atrás, nunca muestres incertidumbre. Y sin embargo miré a mi amigo y no supe qué hacer, y no dije nada.

Udaen rompió el silencio. "Me pregunto," dijo, "¿Quién es el mayor terrateniente en el asentamiento de Colinasverdes? ¿Quién tiene las mayores reclamaciones sobre la tierra que nosotros hemos tratado de sacarle a los leoninos?" Esto rompió la dura resolución de los hombres de Thoros. Ahora ellos refunfuñaron abiertamente de ira. Udaen era cruel pero tenía razón. Thoros era mi amigo y mi compatriota en la batalla pero también era alguien que iba a perder mucho si se llegaba a una paz con los leoninos. Yo no podía olvidar eso.

Klytessa, yo había decidido ser amable. Recuerda eso. Por favor. Mi amigo estaba furioso y seguía llorando por la pérdida de su sobrino y su pueblo. Aunque yo me sentí enojado por la pretensión de su visita igual lo entendí. Y una parte de mí quiso que el mundo fuera justo para mi amigo. Yo le dije que pensaría en el asunto y haría que mis hombres investigaran para ver si había alguna prueba que encontrar. No fue una acción decisiva pero nos daría tiempo. Tiempo que yo necesitaba desesperadamente para reconciliar esos relatos tan extraños de estos ataques.

No fue la respuesta que Thoros buscaba.

Aún ahora yo casi pienso que Thoros se mostró tan sorprendido de sus acciones como yo de las mías. Había terminado de hablar así que me volví para irme, para darle a Thoros y a sus hombres la intimidad de afligirse y recuperar su compostura. Cuando giré vi la mirada que adoptó el rostro de Thoros, esa conocida mirada de rabia y lujuria de batalla... pero yo nunca la había visto dirigida hacia mí. Udaen estuvo allí antes de que yo tuviera tiempo de reaccionar, interponiendo su frágil cuerpo entre mí y Thoros. Udaen, gritando "¡Por el Rey!", metió su bastón entre las piernas de Thoros y lo envió cayendo a tierra. Fue sólo entonces que yo vi la daga volando de las manos de Thoros, la daga con la que él había tratado de apuñalarme por la espalda.

La matanza de los hombres de Thoros fue rápida. Si ellos habían sido parte de su complot de asesinato se habían preparado mal para ello. Al menos parecieron tan sorprendidos por el intento como yo. El mismo Thoros pareció asombrado, incluso después de haber sido arrastrado por mis guardias, su cara golpeada y magullada, mientras él observó a sus compañeros asesinados.

"Ellos dijeron... ellos dijeron que te habías quedado ciego. Que tu búsqueda de paz, la búsqueda de tu... reina, te había cegado a las necesidades de tu pueblo. Yo les dije que tú me escucharías. Que me verías a mi y verías la... verdad. Que abrirías tus ojos y detendrías esta pesadilla." Yo quiero capturar cada palabra que el dice. Quiero recordar cada gota de sangre que él tosió mientras las dijo.

Tenía los ojos bien abiertos mientras juzgué a Thoros Garrasesina, mi amigo. Vi mi espada bajando rápidamente y pasando limpiamente a través de su cuello. No hubo bordes desgarrados para mi amigo, no como su sobrino. Un corte rápido y limpio.

Es la bondad de un rey.

Kedarick

Mi querida Klytessa:

He llevado el secreto conmigo todo el día. Udaen me entregó la carta esta mañana. Esta ha sido mi escudo, mi armadura, mi espada. Hoy yo no podía hacer nada malo porque tenía mi secreto.

Mañana es la ceremonia de firma con los leoninos. Ancianos de varias tribus ("Seis tribus, Kedarick, seis, ¿Quieres que te las vuelva a nombrar?" Ese fue Udaen esta mañana. El se está poniendo muy peliagudo pero dado todo lo que él ha hecho para establecer esta ceremonia puedo perdonarlo) se reunirán conmigo y Udaen para la firma. Ellos nos darán un arma ceremonial. Nosotros les daremos derechos de tierra formales a sus áreas actuales con lucrativos privilegios comerciales para cada clan. Ellos salen mejor en el intercambio pero si eso nos da una paz duradera, ¡qué valioso será!



Yo di un discurso hoy. El último discurso que hice fue poco después de que tú te marcharas, cuando el reino necesitó mi voz y mi tranquilidad. Ese discurso fue un desastre, pero ¿cómo no podría haberlo sido? Yo no había hablado de corazón. Y yo no conozco a nadie que pueda hablar de manera convincente sin su corazón.

El discurso de hoy fue hermoso. Ha habido pocas veces en mi vida en las que yo he hablado con mis súbditos y me he dado cuenta de que ellos estaban pendientes de cada una de mis palabras, que ellos estaban cautivados por el poder de mi voz y mi mensaje. Hoy fue un día así. Hablé de la histórica ocasión de la firma de mañana. Les dije que estábamos inaugurando una nueva era de prosperidad y seguridad, que estábamos aquí para vislumbrar el temprano amanecer de la edad de oro de Iretis. Les conté los rumores del recién formado ejército de los expansionistas, los rumores de terrores que acechan la noche, que éstos eran efímeros y se evaporarían como el rocío de la mañana contra el poder del sol, el

poder de nuestra paz con los leoninos. Fue un momento de triunfo y los aplausos y vítores de nuestro pueblo fueron sublimes.

Sin embargo aquello fue una pálida sombra de la alegría de mi secreto.

Después del discurso Udaen quiso informarme sobre los reportes de exploración de los expansionistas. Los hermanos e hijos de Thoros habían reunido un pequeño ejército de varios cientos de hombres de los asentamientos. Pero ellos todavía necesitarían más antes de desafiarnos y Udaen confiaba en que la paz con los leoninos haría mella en el apoyo de los expansionistas. Despedí a Udaen de la habitación lo más rápido que pude. ¿Qué necesidad tenía de hablar de los expansionistas o de los detalles finales de mañana?

Quiero hablar acerca de Lara. ¿Cuánto ha crecido en el último año? ¿Los higos siguen siendo su comida favorita? ¿Habla de mí a menudo? ¿Aún toca el laúd? Sólo ha pasado un año y, sin embargo, tiemblo ante la idea de volver a verla. Su cabello castaño, su sonrisa, la forma en que ella coloca obstinadamente los brazos de la forma exacta en que lo hace, levantando la nariz y con la resolución en sus ojos.

Ignora mis lágrimas que manchan el borde de esta página porque yo tengo mi secreto y soy invulnerable. Tú estás regresando. ¡Tú estás regresando!

Mi querida, mi amor, hasta dentro de unos días cuando nos veamos otra vez. Tiemblo al pensarlo. ¡Mañana una nueva era comenzará para Iretis y tú y yo la presidiremos!

Tu amor,

Kedarick

Mi amor:

He vivido para ver mis peores pesadillas hacerse realidad. No, no es verdad... tú y Lara aún viven y aún hay esperanza.

Aún hay esperanza.

Hoy es el día en que nosotros nos reunimos con los leoninos para firmar el tratado, para prometer una tregua entre nuestro pueblo y esos feroces hombres bestia que nos han plagado y agredido durante tanto tiempo.

Hoy es el día en que el reino de Iretis ha llegado al precipicio de la destrucción.

Nosotros nos encontramos cuando el sol estaba en su apogeo, en un pabellón establecido por ambos lados, lejos de nuestra ciudad y las áreas tribales de los leoninos. Udaen había pasado muchas semanas negociando los detalles de cuántas tropas de cada bando se nos permitiría traer y cómo iba a progresar la ceremonia.

Udaen y yo estábamos en la mesa, junto con dos de mi guardaespaldas, Chelta y Vanin. Había seis ancianos tribales leoninos con nosotros aunque su único signo obvio de vejez era su

número de cicatrices. Todos eran guerreros y observaron a los guardaespaldas con desdén.

Una cosa es luchar contra los gatos en el calor de la batalla pero estar cerca de estos animales salvajes fue desconcertante. Más altos, más grandes que el más poderoso de los hombres, con garras que podían cortar a uno desde la garganta hasta el estómago y dientes afilados tan grandes como un dedo. Su hedor fue difícil de soportar en los estrechos confines que rodeaban la mesa del trato. Es verdad, pensé yo en ese momento, que hay pocas criaturas tan temibles como éstas.

Si tan solo yo pudiera regresar a ese tiempo hoy y saber cuán bendita era mi ignorancia.

No hubo ningún viento ominoso, ningún heraldo oscuro, ninguna premonición como las historias en las que crees tú… en un solo instante nosotros pasamos de crear una paz a vivir en guerra. En un solo instante hubo pesadillas entre nosotros.

Una alta figura humana encerrada completamente en metal, todas las partes de su cuerpo eran estacas y bordes afilados. Su forma metálica se movió con fluidez y facilidad cuando lanzó su puño contra uno de los leoninos y la cabeza del gato explotó en sangre y huesos. Otro hombre estaba envuelto en una niebla verdosa y de sus manos y lengua chorrearon largas gotas de miel. Se acercó a un leonino y le sopló esa niebla melosa y envenenada. El gato murió, ahogándose y jadeando por aire, mientras la dulce niebla lo cubrió.

Los gatos no fueron los únicos asesinados. Delante de mí apareció la monstruosidad de dos cabezas similar a un gato de la que Thoros me había hablado, con cuatro brazos y todo, como un gato cobrando vida en la pesadilla de un niño. Yo tuve un momento para pensar en cómo había matado a Thoros por no haberle creído antes de que la bestia rugiera delante de mí y levantara los brazos. Chelta me apartó del camino con un golpe de su hombro y apuñaló el pecho del monstruo. La espada penetró pero el monstruo pareció no notarlo mientras le dio un zarpazo a la cabeza de Chelta con dos de sus enormes brazos. La cabeza de él permaneció en su sitio pero la mayor parte de su rostro desapareció cuando cayó muerto al suelo. El ni siquiera gritó. El monstruo entonces dejó el pabellón para buscar a otros seres humanos, la espada de Chelta todavía incrustada a través de su cuerpo.

Detrás de mí oí un gruñido y me volví para observar a una nube de oscuras tinieblas, de una altura aproximada a la de un hombre, flotando a unos cuantos centímetros del suelo, con un par de brillantes ojos dorados de gato parpadeando desde dentro de la nube. Vanin giró para enfrentarse a esta nueva amenaza. Udaen nos gritó a los dos que huyéramos pero Vanin cargó hacia la nube, quizás con la esperanza de encontrar dentro algo a lo que matar. Una mano con garras salió de la oscuridad, agarró el hombro de Vanin y lo arrastró dentro de la nube, donde se pudieron oír los gritos de Vanin y el sonido de algo comiendo y masticando. Nada dejó la nube, ni siquiera los restos de Vanin. Aquellos horribles ojos dorados parpadearon una vez hacia mí y luego la nube se movió en la

dirección opuesta, matando y envolviendo a los humanos, a mis soldados situados afuera del pabellón.

Incluso mientras yo escribo todos los detalles, tratando de capturar cada improbabilidad, apenas puedo creer lo que vi. Pero yo si los vi. Estos fueron nuestros peores sueños que cobraron vida para matarnos. Udaen y yo nos miramos horrorizados, pensando en cuan rápido por todo lo que habíamos trabajado se desvaneció en sangre y violencia. Aunque yo seguía en estado de shock, también seguía siendo un guerrero, un rey. Me agaché hasta el cuerpo de Chelta y agarré una de sus lanzas, con la esperanza de luchar contra los monstruos.

Pero lo que los monstruos habían comenzado hizo que los gatos y los humanos estuvieran más que dispuestos a terminar. De las pesadillas no había ninguna señal pero por todas partes eran seres humanos y gatos lo que se mataban. Cada lado había asumido que el otro había tratado de traicionarlo. Yo me quedé de pie allí, arraigado al suelo, sin siquiera decir mis oraciones a los dioses, mi mente negándose a funcionar, negándose a decidir. Estaba siendo testigo de la muerte de casi todo lo que amaba.

Con un grito arrojé una lanza a un gato, uno de los pocos ancianos leoninos que no habían caído presa de las pesadillas.

En cambio él cayó presa de mí. La batalla acabó en cuestión de minutos y nosotros éramos los únicos que quedábamos de pie mientras algunos gatos vagabundos huían a toda prisa. Ninguno había quedado en condición de perseguir y terminar la masacre. De mi fuerza original sólo quedaron doce hombres, entre ellos Udaen y yo. Udaen había logrado esconderse bajo la mesa y había escapado benditamente de la muerte. No sé por qué nosotros pudimos prevalecer con tanta facilidad teniendo en cuenta lo equilibrados que habían sido nuestros números al principio. Tal vez las pesadillas mataron a más de los gatos antes de desaparecer.

Seguramente esto debió haber sido obra de algún dios. Mogis o quizá Fenax. Pero yo he sido un rey devoto y he dicho mis oraciones y hecho mis ofrendas a Heliod, a Efara y a Iroas. Udaen piensa que la culpable es otra fuerza malévola pero admite que no puede decir quién. Independientemente de quién haya sido la culpa Iretis se enfrenta ahora a sus días más oscuros. Udaen dice que ha recibido informes de que las tribus leoninas en los grandes alrededores ya se están reuniendo y marchando para la guerra. Sus números reportados se hallan en los muchos miles, muchos más que mi ejército sitiado, especialmente sin las fuerzas expansionistas. El objetivo de los gatos sea probablemente la destrucción de Iretis y su pueblo. Mi pueblo.

Y ahora yo estoy sentado aquí en mi sala del trono y escribo, como lo he hecho durante las últimas dos horas. He escrito cartas a Meletis, a Akros, a Setessa, pidiendo ayuda. He escrito cartas a las otras tribus leoninas por si esto llega a hacer algún bien. Y te escribo esta carta a tí, Klytessa, mi última carta de la tarde. Sé que ibas a salir de Meletis en unos días pero ahora tú debes quedarte allí hasta que esta tormenta haya pasado. Añade tu voz a la mía ante los Doce.

Aunque Iretis siempre ha estado celoso de Meletis seguramente esta no dejará que su diminuto primo perezca de la tierra.

Te amo. El mundo es un lugar oscuro y terrible pero yo lo enfrentaré con luz, coraje y esperanza. Aunque hoy nada tiene sentido para mí yo todavía tengo luz. Esta luz parpadeante de la antorcha encima de mí, iluminando estas palabras para tí. Yo todavía tengo coraje. Los latidos en mi pecho mientras continúo luchando por la supervivencia de Iretis. Y yo todavía tengo esperanza. Estas palabras son la prueba de eso.

Nos veremos pronto, envueltos de felicidad.

Kedarick

* * * * *

Al señor de Iretis, actualmente Kedarick el VI:

Un tema de frecuente debate en estas salas sagradas es una simple y seductora pregunta: ¿cuál es la naturaleza de la realidad? ¿Cómo podemos estar seguros de que lo que ven nuestros ojos, lo que nuestros mismos sentidos nos dicen es, de hecho, una verdad compartida? Incluso si varias personas ven lo mismo, ¿Qué si ellos están simplemente sujetos a la misma ilusión?



Algunos de nosotros creemos que el mundo material es una verdad esencial y que nosotros solo podemos distorsionar esa verdad esencial a través de nuestras defectuosas lentes de percepción. Otros de nosotros creemos que ayudamos a crear el mundo a través de nuestro mismo acto de percepción. Por supuesto, llevada a un extremo, esta opinión conduciría a la ridícula noción de que... pero nosotros estamos divagando.

Nada de esto es directamente relevante para su solicitud de ayuda. Su carta promovió una nueva discusión sobre la naturaleza de la realidad, que era animada y contenciosa, pero todos nosotros acordamos en negar su petición.

Lo que está mas allá de toda discusión es que sus hombres, bajo su mando, han sacrificado cientos de leoninos bajo los auspicios de un tratado de paz. Nosotros hemos encargado un estudio oracular de los eventos que usted describió y no encontramos evidencia de

estos "monstruos" que usted dice iniciaron la masacre. Sus descripciones de estas criaturas tampoco coinciden con el conocimiento que nosotros tenemos de las visitas divinas. O usted está mintiendo, o está loco, o enfrenta una amenaza nueva y aterradora. Esta en sí misma es una pregunta fascinante y una por la que nosotros pasamos una cierta cantidad de tiempo debatiendo. Nosotros tenemos más debates sobre el tema programado para esta tarde pero, independientemente de la conclusión, ninguno de estos resultados nos da ninguna razón para prestarle apoyo.

Nosotros hemos declarado formalmente nuestro apoyo a la misión leonina para derrocarlo y terminar con usted y su tiranía. A partir de este momento todos los lazos diplomáticos que existían entre Meletis e Iretis serán cortados hasta que su reinado haya terminado.

Los Doce, el consejo filosófico gobernante de Meletis.

* * * * *

Lara:

Cuando tú tenías cuatro años te negabas a quedarte en tu cama durante la noche. Te levantabas, pasabas por delante de tu niñera durmiendo, y le parpadeabas con tus grandes ojos al guardia, que inevitablemente te dejaba entrar en nuestra habitación. Después de una semana de esto yo decidí que era suficiente y te dije que volvieras a tu habitación. Tú te negaste y yo grité: "¡Vuelve a tu cama!"

Tú me miraste y parpadeaste con esos ojos que ahora serán aún más grandes y dijiste, "Pero mi cama no tiene a papi y a mami en ella." Yo te dejé dormir nuevamente en nuestra cama sin decir otra palabra y tú procediste a dormir allí por otras pocas semanas hasta que declaraste: "Quiero mi propia cama," y volviste a tu habitación y nosotros nunca volvimos a tener una visita nocturna.

Pienso en esa noche a menudo, Lara, y en cómo te veías en ese momento. Guardo ese recuerdo en lo más profundo de mi corazón... Aprecio todos los recuerdos que tengo de ti. Te amo muchísimo.

Tu padre,

Rey Kedarick de Iretis

Klytessa:

He adjuntado una carta a Lara en esta carta. Por favor léesela y dile lo mucho que la amo.

Hay un gran ejército de leoninos acampados fuera de las murallas de la ciudad. Nuestros informes anteriores eran correctos, son miles de ellos. Meletis, Akros y Setessa han rechazado todas nuestras solicitudes de ayuda. Dicen que estoy loco o algo peor.

Cuando todo el mundo piensa que estás loco eso puede volverte loco.

Udaen afirma que todavía hay esperanza, que todavía existe la posibilidad de que los leoninos se detengan y regresen a sus tierras. Aprecio sus esfuerzos pero eso ya no importa.

Conozco mi destino.

Si yo pudiera matarme aquí, si yo pudiera saber que haciendo eso salvaría a mi pueblo y mi reino, lo haría. Pero me preocupa que los leoninos se sientan despojados de venganza, despojados de justicia. Y si los leoninos sacian su necesidad de sangre el costo para nuestro pueblo sería terrible.

Pronto dejaré mi sala del trono, dejaré mi palacio, dejaré las murallas de la ciudad y me presentaré a los leoninos. Los guardias, mis hombres, no me detendrán. Ahora ellos apenas pueden mirarme, sus ojos caen al suelo cuando paso. Los diez hombres que regresaron conmigo me siguen siendo leales pero todos llevamos el hedor del fracaso y la muerte. No, nadie me detendrá.

Mi fuente de fuerza en esto, como siempre, eres tú y Lara. Saber que ustedes dos están a salvo me mantiene tranquilo. Desearía poder haber tenido un día más para abrazarte, acariciarte, ver tu hermoso rostro. Si sigo pensando más en ello perderé la resolución que tengo.

Yo he tenido mi vida. Ha sido una buena vida. Quizás Iretis pueda recuperarse de este desastre. Quizás mi sacrificio permita un nuevo renacimiento para nuestro reino. Quizás un día el pueblo entienda todo que todo lo que hice fue por una paz duradera. Quizás algún día ocurra la paz. Mi legado perdurable, mi verdadero legado, eres tú y nuestra hija.

Llaman a la puerta. Espero que sea Udaen con noticias.

Kedarick

* * * * *

Fenax se detuvo en la sala del trono Iretiano, todavía invisible, mirando el cadáver del rey. Fenax había existido durante mucho tiempo y había visto y hecho muchas cosas maravillosas y terribles en ese lapso de años.

Hasta ese día él nunca había visto una puñalada mortal delante de sus propios ojos.

Cuando el anciano entró en la habitación y le contó al rey que los leoninos habían asesinado a su mujer y su hija, el rey había gritado. Fenax había oído gritos torturados así de angustiados provenientes de los mortales pero este seguía siendo un grito de timbre especial, el sonido de una absoluta desesperación sin ninguna posibilidad de socorro o redención. Un extraño sabor. Entonces el mortal había sacado su daga y se la había clavado en su ojo. Fue la segunda puñalada en su otro ojo, con el mortal gritando durante todo el proceso, la que Fenax había encontrado tan impresionante.

Fenax observó al anciano, todavía allí de pie, y la forma del anciano empezó a oscilar y brillar. La cosa desapareció lentamente y en el lugar de la ilusión del anciano hubo otra extraña visión, aunque una que Fenax ya había visto una vez antes.



Fenax

La forma que apareció fue humanoide y mortal. De eso Fenax estuvo seguro. La forma flotaba a varios centímetros del suelo y estaba vestida con ropas negras y cuero en una burla a las modas actuales de las ciudades de Theros. Si uno ignoraba la cabeza sus manos fueron el rasgo más interesante: dedos exquisitamente largos y delgados con unas garras aún más largas por uñas. Lo más cercano a manos como estas que Fenax había visto eran las de una sirena, esos seductores humanoides alados por los que Fenax sentía un cariño especial.

Pero la forma que él tenía delante no era una sirena. La forma frente a él no debería siquiera ser capaz de existir. La mitad inferior de la cabeza de la forma era normal… incluso humana. Pero la mitad superior era algo imposible. Dos grandes cuernos negros hechos de alguna sustancia rocosa y áspera enmarcados por… nada. Ningún rostro superior, ninguna cabeza, ni ojos ni nariz. Nada excepto ondulante humo negro emanando continuamente de donde terminaba la boca y el labio superior de la figura. El humo giraba alrededor de la cabeza de la figura, formando un remolino que descendía en un radio más amplio fuera del cuerpo.

La primera vez que ellos dos se habían encontrado la figura se había llamado a si misma Ashiok.

Ashiok flotó sobre el cuerpo del rey y vio las dos cartas que este había estado escribiendo. Él, no, Fenax no estaba seguro de si el mortal incluso tenía un género, *Ashiok*, se inclinó como si fuera a leer las cartas aunque Fenax no supo cómo un mortal podría leer sin

ojos. Ashiok dejó de leer, recogió las cartas y las llevó a la chimenea de la habitación. Sostuvo las cartas sobre el fuego por un segundo, luego se detuvo y las trajo de vuelta, sin daños, para volver a dejarlas sobre el escritorio. Ashiok sonrió y un temblor atravesó todo el cuerpo de este. Unos pocos trozos de la mejilla de Ashiok, tan pequeñas que sólo eran perceptibles para los sentidos de un dios, se evaporaron en humo negro y se unieron a la penumbra que rodeaba a Ashiok.

Fenax se hizo visible y su voz retumbó en la habitación: "¿Tú hiciste matar a la esposa y el niño?" La mayoría de los mortales habrían caído de rodillas por el poder de la voz del dios. Ashiok se limitó a moverse y se volvió hacia el dios.

"No. Sí. Tal vez. La historia de sus muertes yo la he inventado. Pero si ellas aún no están muertas pronto podrían fácilmente estarlo. Ambas estaban en camino de Meletis hacia aquí, esa parte era verdad. Y las actuales condiciones de viaje son..." otra sonrisa, "difíciles. Mi querido Fenax, ¿acaso eso realmente te importa?"

Fenax se sorprendió al darse cuenta de que de hecho él se sentía curioso. Apreció el truco de Ashiok pero esta familiaridad no serviría de nada.



"Sólo una advertencia, Mortal. A mi no me importa nuestro trato ni tus habilidades. Vuelve a presumir conmigo y yo te borraré de la existencia." Fenax alzó la voz al final y esta vez Ashiok flotó hacia atrás, con la cabeza inclinada en sumisión, como era debido.

"Me disculpo si te he ofendido. Yo no había anticipado tu pregunta y no estoy acostumbrado a ser sorprendido. ¿Supongo que mi entrega de los términos de nuestro acuerdo fue satisfactoria?"

Las palabras de Ashiok fueron sedosas, llanas y precisas, sin ser demasiado empalagosas. Era la marca de un buen engañador, como bien sabía Fenax.

Pero Fenax estaba muy satisfecho. El quería una tercera ciudad para los Resurgidos, una parte de planes a más largo plazo. Necesitaba una pequeña ciudad-estado, no demasiado poderosa o notable, ni bajo la protección de uno de los de su clase. Y necesitaba no tener relación directa con la caída de la ciudad para que ninguno de sus hermanos pudiera acusarlo de una influencia indebida. "¿Supongo que no habrá ningún renacimiento Iretiano?"

Ashiok se echó a reír. "Los leoninos ya han empezado a saquear la ciudad, su sed de sangre es grande y no se saciará por algún tiempo. Dudo que quede un ciudadano vivo en Iretis para cuando

llegue la mañana. Puede que los leoninos ocupen la ciudad por un corto tiempo pero ellos no querrán quedarse. Volverán a sus colinas y llanuras. Yo dejaré aquí a algunas de mis creaciones para que les hagan frente a cualquier rezagado o aventurero que se haga el valiente. Las grandes ciudades no quieren participar en esta debacle. No, Iretis es ahora tuya para que hagas con ella lo que deseas."

"¿Y tú? 'Pregúntame lo que quiero cuando yo haya terminado tu tarea.' Esas fueron tus palabras que terminaron con nuestro primer encuentro. Tú has terminado tu tarea y la has culminado bien, Mortal. Yo estoy satisfecho, ¿qué es lo que deseas de mí?"

Ashiok volvió a temblar y unas pocas partículas más de su mejilla se desvanecieron en humo. "Fenax, yo ya tengo bastante de lo que quiero. Theros es un mundo maravilloso, lleno de posibilidades. Durante tanto tiempo he buscado perfeccionar mi arte, sacando pesadillas de la mente de los soñadores y convirtiéndolas en realidad. Pero aquí, aquí yo puedo dar vida a pesadillas más... ambiciosas ¿Por qué satisfacerme con simples creaciones que toman forma corporal cuando yo puedo tomar los más oscuros temores de un hombre, la ruina misma de sus esperanzas y el trabajo de toda su vida, y convertir la destrucción de todo lo que él ama en una pesadilla viviente? Aquí en Iretis yo he construido un bello sueño." Ashiok flotó sobre el cuerpo del rey muerto y se inclinó. Pasó un dedo con largas uñas por arriba y por debajo de todo el cuerpo antes de apoyar un dedo en el puño de la daga hundida en el ojo arruinado.

"Yo ya estoy satisfecho con mi trabajo de hoy... pero tengo que lograr un arte más hermoso." Ashiok se levantó y regresó a Fenax. "¿Qué es lo que quiero? Déjame contártelo."

Mientras Ashiok se acercó y susurró Fenax casi resolvió terminar con el mortal a pesar de los servicios prestados pero, intrigado, se refrenó para oír la petición de Ashiok.

Y Fenax, por segunda vez ese día, se sorprendió. "¿Estás seguro, Mortal? ¿Eso es lo que quieres?"

"Mírame, dios. Mírame de verdad. ¿Qué ves?" Y Fenax, dios del engaño y la mentira, miró detenidamente dentro de Ashiok, en la

esencia del ser mortal de Ashiok. Fenax se echó a reír. Una larga y sonora carcajada que resonó por los pasillos, a través del palacio e incluso hasta más allá de la ciudad. Los leoninos gruñendo y los pocos humanos que quedaban oyeron la risa y la matanza hizo una pausa por un breve momento cuando cada mortal se detuvo ante esa horrible risa.

Hacía tanto tiempo que Fenax no había reído así. Ashiok tenía tantos *grandes* trucos. "Que así sea, mortal. Tú tendrás tu deseo." Y Fenax dejó a Ashiok y al cadáver del rey muerto en la antigua sala del trono de Iretis mientras su risa siguió retumbando en las paredes cuando él desapareció.

El laberinto de la diosa del mar

Diario de Solon: erudito, Atleta y Campeón de Oxus

He viajado siete días al sur de mi hogar, una pequeña ciudad en las afueras de Meletis, siguiendo al principio la costa del Mar de las Sirenas pero poco a poco volviendo tierra adentro durante los dos días pasados. Ayer dejé



los últimos restos de la civilización, cuando la carretera terminó en el pequeño pueblo de Faela. Intercambié cuatro piezas de cobre por una bolsa de carne seca y dos hogazas de denso pan integral. Desde allí caminé por un sendero hacia el sudoeste adentrándome en los cerros. A medida que se ponía el sol llegué a la cima de una colina cubierta de hierba y me encontré con el gran laberinto.

El laberinto se alza delante de mí, llenando completamente el valle hacia el sur y extendiéndose a través de las llanuras hasta donde mis ojos pueden distinguir. Un antiguo camino conduce a la entrada del laberinto, construido completamente recto y agrandándose hacia el oeste. La entrada en sí es un arco de piedra tallado finamente y bien mantenido aunque yo no supe decir por quién. La carretera está rota en algunos lugares, con hierbas creciendo entre las piedras. Un alto seto se extiende tanto hacia el norte como hacia el sur de la entrada de piedra. A medida que se acerca a la base de la colina gira hacia el este y sigue la línea de cerros hasta el horizonte.

Es mi deber, como campeón elegido de Oxus, aventurarme dentro, encontrar el maravilloso tesoro escondido y regresar victorioso. Los sabios dicen que el Dekella de Thassa se encuentra en el centro del laberinto y yo tengo la intención de averiguarlo.

He entrenado siete años para este viaje; como erudito y como atleta. Estoy preparado para la tarea por delante, armado con conocimiento, entrenamiento y -algo más importante- fe en los dioses. Mi mochila contiene un mapa del laberinto, al menos uno hecho por alguien de mi polis que se hubo atrevido a aventurarse dentro y regresar vivo.

He levantado mi campamento bajo un árbol a medio camino de la ladera, fuera del viento. Por la mañana entraré en el laberinto y comenzaré la última prueba del trabajo de mi vida.

Debajo anoto un inventario de mis pertenencias:

Mochila de cuero.
Pedernal.
Cuchillo pequeño.
Manta de lana de buey.
Vela de cera de abejas.
Pergamino con mapa de lo conocido del laberinto.
Libro de pergaminos encuadernado en cuero para mi diario.
Bolsa de piel de foca engrasada para mantener secos mis pergaminos.
Pluma.
Dos viales de vidrio de tinta azul.
Un vial de vidrio de colorante plateado para marcar mi camino.
Una perla, para ofrecer a Thassa en una hora de necesidad.
Martillo pequeño.
Dos odres de agua.
Cuchillo largo en una funda de cuero.
Arco recurvo.

Una decena de flechas en un carcaj de hierba tejida.
Bastón largo para caminar.
Saco de carne seca.
Saco de frutos secos.
Rueda de queso encerado.
Dos hogazas de pan integral.

Llevo una falda de tela pesada, una túnica y sandalias de cuero.

Sobre mi falda y mi túnica llevo una ligera armadura de cuero con hebillas de bronce.

Con estas provisiones yo puedo sobrevivir, luchar, registrar mi viaje y –si es la voluntad de los dioses– regresar a mi polis con un valioso tesoro y una historia que se contará durante muchas edades.

Día Uno

Hoy entré en el laberinto, poco después del amanecer. El sol había salido, haciendo que mi travesía no fuera desagradable. He seguido mi mapa todo el día. Hasta ahora ha demostrado ser exacto.

El laberinto se compone de gruesos setos tan altos como dos hombres altos. El camino entre ellos es lo suficientemente ancho como para que quepan tres personas juntas. El suelo es en su mayoría de hierba verde. Como no he encontrado a nadie durante todo el día sólo puedo asumir que es mantenido por los propios dioses, o algún tipo de magia.

Pasé señales de exploradores que vinieron antes que yo, un montón de piedras para marcar el camino, las cenizas de una vieja fogata, tintura plateada en la esquina de un seto, o largas cuerdas denotando un camino.

El sol se esta poniendo. Ya todo el laberinto está sumido en sombras y pronto será demasiado oscuro para seguir escribiendo. Comeré mi cena y haré mi cama. No hay refugio en el laberinto ni lugar donde esconderse. Me acurrucaré hasta donde pueda por debajo del seto y oraré por permanecer solo durante toda la noche.

Día Dos

La noche pasó intermitentemente, como si yo no hubiera dormido nada en absoluto. Gracias a Thassa por el amanecer. Acostarse expuesto en el suelo un día entero en el laberinto convirtió el sueño en nada más que miedo. El mero revoloteo de una lechuza sobre la cabeza o el crujido del seto en la brisa me causaron un pánico instantáneo y una vigilia. Yo mantuve mi largo cuchillo en la mano toda la noche y traté de respirar en silencio.

Ahora debo seguir adelante. Todavía está casi todo oscuro dentro de las enormes paredes del laberinto pero dormir es inútil.

He seguido mi mapa todo el día. Este me condujo más allá de un arroyo de agua dulce que atravesaba el camino. Yo bebí hasta saciarme y rellené mis odres. Asusté a una liebre cuando doblé una esquina y pensé en tenerla para mi cena pero esta se escabulló debajo del seto y se fue antes de que yo pudiera sacar mi arco. Así que esta noche, de nuevo, como pan, queso y un poco de carne seca y fruta. En el futuro estaré más alerta. Complementar mis raciones podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Una vez que llegue al final de mi mapa la marcha será mucho más lenta.

Una vez más me enfrento al terror de intentar dormir, expuesto en el suelo. Esta noche he encontrado un callejón sin salida en un camino lateral donde acamparé. No estoy seguro de si esta es una buena estrategia. Quizás así sea menos probable que sea encontrado por cualquier cosa nefasta pero si esto sucede yo no tendré ningún lugar a donde huir.

Día Tres

El laberinto se está volviendo cada vez más tosco, menos atendido. A medida que el día pasó la hierba creció y el seto se transformó más salvaje. Algunos caminos estaban casi bloqueados por ramas enredadas que se extendían hacia afuera mientras que en algunos lugares yo atravesé hierbas que crecían hasta la cintura. Varias veces noté zonas aplastadas de pasto donde un animal o una persona habían hecho un nido para pasar la noche aunque no vi señales que me indicaran que criaturas podrían haber sido.

Mi descubrimiento más interesante del día fue el cadáver de Praxitelius, un ex campeón de Oxus. Cuando él no volvió a la polis hace dos años atrás nosotros presumimos que había muerto y ahora yo puedo verificar ese hecho. Encontré sus restos apoyados contra el seto. La hierba había crecido tan alta que yo casi pasé por delante de él.



No pude determinar la causa de la muerte observando sus huesos aunque él todavía estaba vestido con toda su armadura en cuero podrido. No tenía nada de uso encima excepto un intrigante

puñal. Cuando yo lo saqué de su vaina en descomposición este todavía brilló como si fuera nuevo. La hoja está grabada con débiles patrones y estoy seguro de que ha sido bendecida por un dios.

Casi he llegado al final de mi mapa. Mañana caminaré por un territorio desconocido donde comenzará mi verdadera prueba. Esta noche me esconderé en las hierbas altas esperando tener un sueño reparador.

Día Cuatro

Desastre. Me aventuré más allá de mi mapa a última hora de la mañana así que comencé a marcar mis vueltas con el tinte de plata en las esquinas de los setos, siempre girando en la misma dirección como he sido entrenado.

Intenté escalar el seto para ganar un punto de vista. Por desgracia las ramas de los setos no son lo suficientemente fuertes como para mantenerme en pie aunque si son demasiado densas y enredadas como para penetrarlas. Mientras me detenía a descansar y almorzar oí un ruido dentro del seto y luego un profundo gruñido, como si fuera de un depredador. Recogí rápidamente mis pertenencias y escapé tan silenciosamente como pude pero la criatura me persiguió durante las siguientes horas. Yo siempre pude oírla rezongar y gruñir, a veces desde el otro lado del seto y a veces desde algún lugar detrás de mí. Pasado un tiempo me alcanzó y yo la oí comenzando una búsqueda perspicaz.



Aunque mis ojos nunca vieron a la bestia yo supe que era poco probable que la superara en una carrera. Le disparé una flecha varias veces, ciegamente, por la esquina del laberinto. Entonces entré en pánico y giré corriendo esquina tras esquina mientras escuché como la bestia me pisaba los talones. Las ramas silvestres del seto azotaron mi rostro y mi cuerpo. De pronto me encontré con un callejón sin salida. Cuando estaba a punto de dar media vuelta y pelear, temiendo que mi viaje terminara allí, me di cuenta de que parte del seto se había derrumbado y vislumbré la luz del día desde el otro lado.

Me escabullí a través de la abertura del seto, abriéndome paso hacia el otro lado como si fuera un gusano, ramas y espinas rasgando mi ropa y mi piel. Mi mochila quedó atrapada en una rama y casi me impidió salir pero yo empujé con toda mi fuerza y corrí. Después de dar muchas más vueltas en el laberinto me detuve para escuchar a la bestia. Todo lo que pude oír por un tiempo fue mi propia respiración entrecortada pero, finalmente... nada.

Había perdido a la criatura, fuera lo que esta fuese. Tal vez la cosa era demasiado grande para caber a través del seto colapsado.

Después de calmarme hice balance y fue entonces cuando descubrí que no sólo había perdido a la bestia sino que también había perdido mi aljaba de flechas y mis bolsas de frutas secas y carne.

Tengo miedo de regresar a encontrarlas. No sólo estoy completamente perdido sino que la bestia todavía está ahí fuera. Cualquier retroceso sólo me acercará más a ella. Estoy cansado, dolorido y raspado pero no herido, aunque nada de eso importará si muero de hambre perdido en el laberinto.

Seguiría lamentándome pero debo guardar algo de tinta y pergamino para más adelante.

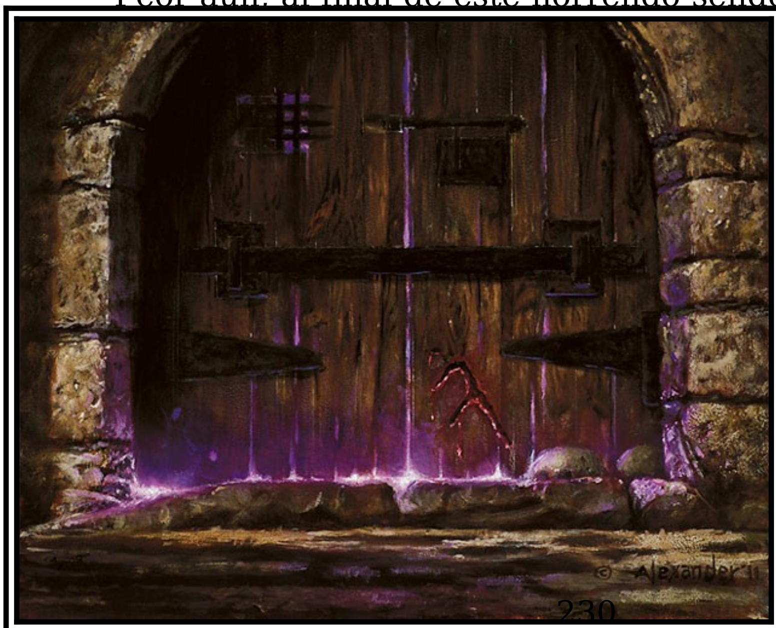
Día Seis

Vagué perdido durante dos días. El sol ha estado quemando mucho y yo casi no tengo agua. Me ha quedado media rueda de queso, una hogaza de pan. Tratando de mantenerme en el lado sombrío del laberinto. La piel expuesta arde. Empapado de sudor. Asado bajo mi armadura.

Esta sección del laberinto es un seto mixto de arbustos altos, gruesos y frondosos, y enramadas espinosas. De altura variada pero todas por encima de mi cabeza.

He caminado medio día, girando por aquí y por allá, sin encontrarme con un solo conducto o paso lateral. Me siento expuesto y claustrofóbico.

Peor aún, al final de este horrendo sendero, sin salida a más de medio día de camino de regreso, se halla una puerta montada en piedra. El seto sube hasta arriba de la puerta sin ninguna manera de rodearlo. Dentro de la puerta hay una escalera de piedra que baja hacia la oscuridad.



Aunque la idea de bajar por esa escalera es

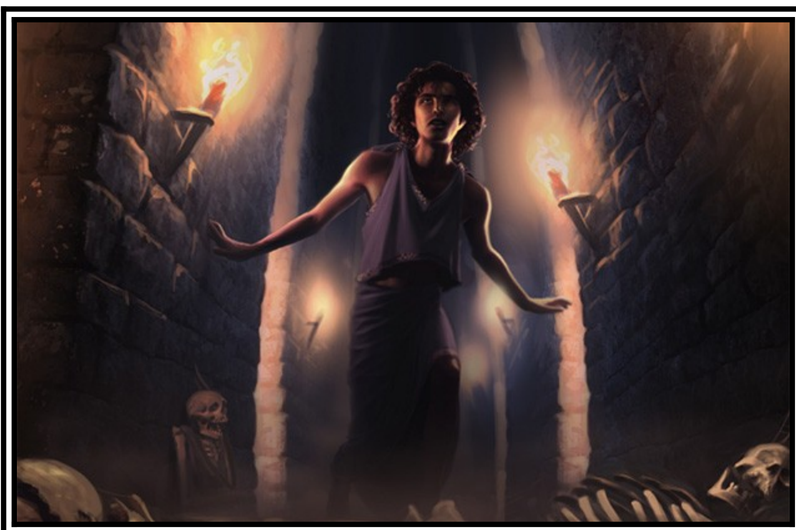
demasiado horrible la idea de retroceder por el camino que he venido, en el calor ardiente, arriesgando una muerte por exposición, ahora me parece más horrible aún.

Después de un sueño muy necesario encenderé mi vela y enfrentaré la oscuridad. Espero que los ciudadanos de mi polis estén orando por mí y que Thassa me muestre misericordia o todo está perdido.

Día Siete u Ocho

¡La luz del sol! Alabados sean los dioses. Yo todavía estoy vivo. Dulce aire fresco, dulce olor a vida verde.

Mi mano tiembla ante la idea de recontar los horrores de ese laberinto subterráneo. El olor era a la muerte misma. Las paredes de mampostería goteaban con agua líquida. Telarañas y cosas peores me cubrieron las manos y el rostro, gotearon por mi espalda, entraron en mi nariz y boca. Cadáveres esqueléticos de hombres, bestias y extrañas criaturas llenaban la horrible tumba. Ratas, ciempiés, gusanos y todo tipo de reptiles cubrían los suelos, resbalando y correteando sobre mis pies. Cómo me hubiera gustado haber tenido botas altas en lugar de estas sandalias en esa oscuridad. La única luz fue la frágil y diminuta llama de mi vela, atesorada como la joya más preciosa. Cada minuto de luz como la cuenta hacia atrás de un reloj llevándome a mi perdición mientras la vela se derretía más y más. Pero lo peor fue cuando yo la soplé para descansar y todas las sucias criaturas de la oscuridad rozaron y se arrastraron sobre mí en esa infinita negrura. No pude hacer nada más que agitar mi largo cuchillo delante de mi cuerpo con la esperanza de mantenerlas a raya.



Un par de veces oré para que los dioses me llevaran. Incluso pensé en hacer el acto yo mismo. Sin embargo yo seguí adelante y finalmente llegué a otra escalera de piedra que conducía hacia arriba y, por último, al exterior. En ese momento tuve miedo de haber dado la vuelta en la oscuridad y haber salido por el mismo lado donde había entrado pero, una vez fuera, supe que eso no era cierto. No estoy seguro de cuántos días estuve bajo tierra pero a juzgar por la cantidad que comí y bebí fueron uno o dos.

Aquí el laberinto vuelve a lucir diferente. Vides se enrollan y retuercen alrededor de ramas más substanciales y troncos de setos. En algunos lugares crecen árboles a través de las paredes. El camino delante de mí está completamente cubierto con sauces proyectando su sombra y protegiéndome del sol. El suelo es suave y más fangoso que herboso.

Espero que esto sea un signo de agua ya que me siento mareado por la sed. Sin agua, sin flechas, con poca comida, con sueño privado y cansado, todavía estoy condenado. Pero por lo menos moriré por encima de la tierra y no en ese oscuro infierno bajo mis pies.

Día Nueve

Los dioses han enviado una tormenta. Yo nunca he visto una tempestad así. El granizo me acribilla tan fuerte que temo que me vaya a romper un hueso. He tomado lo que parece un refugio en este laberinto sin fin y me cubrí la cabeza con mi manta de lana para suavizar los golpes de hielo lanzados desde el cielo así como proporcionarme un regazo seco sobre el que escribir. Relámpagos se bifurcan por todas partes seguidos de truenos tan poderosos que sacuden el agua de los árboles. El agua corre como ríos por los senderos del laberinto. Mi armadura ha absorbido tanta humedad que yo apenas puedo usarla. Estoy temblando. Mi estómago está tan vacío que se come a si mismo. Yo por lo menos al fin puedo saciar mi sed.

Pero no tengo miedo. Me siento exaltado. Con cada fragmento de relámpago puedo ver realmente a los dioses en el cielo negro, luchando entre las nubes. ¡Ellos están luchando por mí! Ellos saben que estoy en el camino correcto. Erebos y Nylea intentan terminar mi viaje aquí mientras Thassa misma me defiende.

Cuando esta tormenta termine yo seguiré adelante, en el camino que ahora me acerca al centro del laberinto.

Día Diez

El laberinto parece estar descomponiéndose a mi alrededor. El suelo se ha vuelto fangoso y pantanoso. He tenido que vadear a través de agua estancada en lugares y la marcha ha



sido lenta y tensa. Los pantanos están llenos de criaturas venenosas y ponzoñosas. El sonido de ranas ha sido mi compañero constante durante todo el día y yo escapé por poco de lo que seguramente habría sido una muerte dolorosa en los colmillos de una serpiente gigante mientras atravesaba un pantano con el agua hasta la rodilla. El haber tenido mi cuchillo largo preparado en la mano fue mi única gracia salvadora.

El laberinto en sí mismo se ha vuelto lleno de vegetación y roto, con muchos agujeros en la pared dejados por árboles caídos y podridos. Hay obstáculos por todas partes. He tenido que pisar con cuidado para evitar arenas movedizas, plantas carnívoras y más serpientes. Estoy agradecido con mi vara de caminar.

Desafortunadamente mis raciones casi han desaparecido. Me siento fatigado de hambre. Traté de consumir algunas bayas pero estas estaban amargas con veneno. Tuve miedo de comer la serpiente que maté por temor a más veneno, su aspecto era tan asqueroso. Vi una gran rata de agua pero no tenía flechas así que no pude cazarla. Sin nada de comida moriré en este laberinto y sin flechas mis posibilidades de una cacería exitosa son pequeñas.

Estoy empapado de pies a cabeza y temblando mientras el sol pasa detrás de las paredes. He encontrado un montón seco de hierba en medio del pantano y esta noche voy a prender un fuego para secar mi ropa y la armadura.

También planeo forjar una punta de flecha con el extremo de la daga encantada que recuperé del cuerpo de Praxitelius. He recolectado un trozo recto de madera dura para hacer un eje, cortado de un fresno negro, y la pluma de un ave acuática que encontré en el suelo.

Oro por que mi voz llegue a los oídos de los dioses para que el fuego no atraiga serpientes, bestias o cosas peores.

Día Once

¡Gracias a Thassa por la daga encantada que usé para forjar mi punta de flecha! La flecha que creé anoche me ha salvado al menos por un tiempo más. Me ha traído sustento.

Hoy, después de acabar lo último que me quedaba de mi queso y pan, doblé la esquina del laberinto y allí, delante de mí, estaba un ciervo pastando en las hojas. Coloqué mi flecha casera y disparé sin vacilar. Mi tiro fue certero. Seguí el rastro de sangre del animal herido durante unos minutos hasta que lo encontré tendido en el camino, respirando rápidamente, con los ojos vidriosos. Lo maté con mi cuchillo y lo desollé.

Es demasiado grande para transportarlo conmigo así que corté tanto como pude llevar y seguí adelante rápidamente por miedo a que su cadáver atrajera atención no deseada. Afortunadamente también pude recuperar mi flecha. Esta flecha es una bendición. Una por la que estoy profundamente agradecido.

Esta noche volveré a tener un fuego para cocinar la carne con la esperanza de conservarla todo el tiempo que pueda. He frustrado a la muerte una vez más. Cuanto más me acerque a mi meta más tengo la intención de vivir para verla realizada.

Día Doce

Con mi fuerza restablecida yo he proseguido. Este viaje ha tardado mucho más de lo que esperaba. Incluso si encuentro el centro no sé cómo lograré regresar vivo. La tarea parece imposible pero yo me he entrenado física y mentalmente y procederé de un día a la vez.

El laberinto ha vuelto a cambiar su forma, ahora más seco y más rocoso. He dejado atrás los humedales y entrado en una zona más desértica que una pradera. La vegetación se transformó de coníferas caducas y entonces -una sorpresa- yo me topé con muros de roca antigua. El suelo es rocoso y arenoso, el clima árido.

Las paredes de piedra se elevan muy por encima de mi cabeza y están compuestas de bloques de piedra finamente cortados y sellados con un astuto trabajo de mortero de tal manera que yo no puedo encontrar ningún hueco en donde poner un pie para escalarlos. Estoy realmente dentro de un cañón. Aunque ya no tengo que temer vadear a través de un pantano de criaturas venenosas ahora estoy experimentando una claustrofobia tal como no había sentido desde que me había adentrado en aquella oscuridad.

Aunque ya no me queda nada más que comer salvo unas cuantas tiras de carne en descomposición al menos mi mochila ya no pesa en mi espalda. Si tan sólo pudiera librarme del fétido olor a ropa empapada en sudor y agua de pantano.

Día Trece

¡Eureka! Me he encontrado con una sección de la pared que se ha desmoronado por el mal estado y que me permitió subir a la cima. Desde ese punto de vista elevado he trazado mi camino hacia lo que creo que es el centro del laberinto. Estoy tan cerca que casi no puedo creerlo. Debería ser capaz de llegar al centro en cuestión de horas. Examiné la totalidad del laberinto desde lo alto de la pared y quedé pasmado por lo enorme que realmente es.

Al este está envuelto en nieblas, presumiblemente del mar. Si encuentro el centro, y el premio que me espera ahí, intentaré salir del laberinto desde el oeste, por el camino desde el que he venido.

Aunque espero encontrar un sendero que rodee el temible pasaje subterráneo...

* * * * *

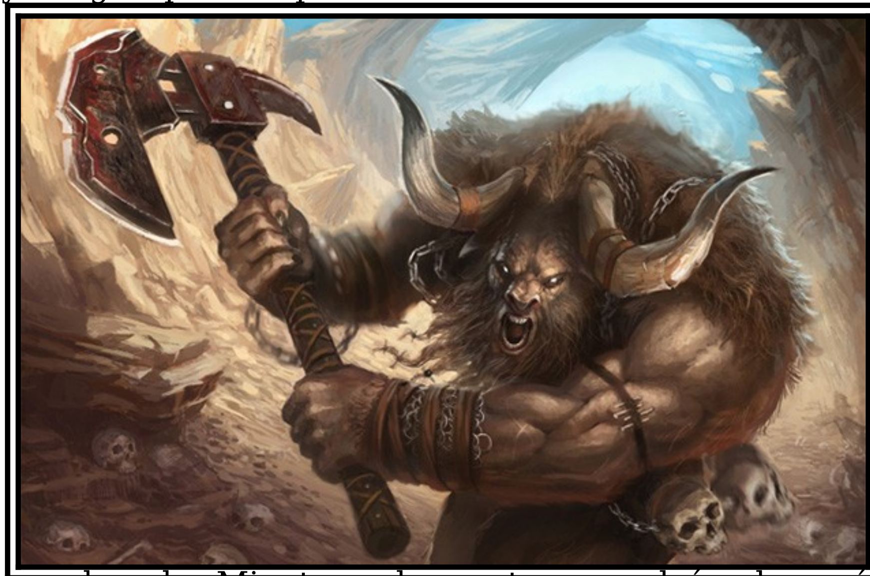
Mi mano está temblando tanto que apenas puedo mantener la tinta en mi pluma. Creo que he superado la última prueba del laberinto: he matado a un minotauro.

Me topé con el o, mejor dicho, él se topó conmigo, en una sección de paredes particularmente retorcida. La bestia era horrible. Gigantesca. Rugiendo y bufando. Portando un hacha tan grande que el peso de ella sola podría haber escindido todo mi cuerpo. Estuvo tan cerca. Yo saqué instintivamente mi cuchillo largo aunque bien podría haberme quedado paralizado por el miedo.

Cuando la criatura levantó su hacha en el aire para destruirme yo le corté rápidamente en el antebrazo con la esperanza de desarmarlo. La herida, sin embargo, no fue más que un arañazo para la bestia así que yo tuve que esquivar la caída del hacha que rompió una piedra en dos.

Me volví y corrí por donde había venido pero rápidamente me di cuenta de que no podría escapar del monstruo. Este había nacido en el laberinto y yo soy un extraño aquí. Así que me aferré a mi única esperanza.

Dejé caer mi cuchillo y saqué mi arco oyendo los estruendosos pasos del minotauro acercándose por detrás de mí. Encajé mi flecha, mi única flecha, y me giré para disparar.



El monstruo estaba a sólo unos pasos y yo retrocedí. Mi talón quedó atrapado en un pedacito de piedra sobresaliendo del suelo y yo caí hacia atrás. ¡Por los dioses! Pensé que estaba verdaderamente condenado. Mientras el monstruo se alzó sobre mí para terminar la tarea yo contuve mi aliento y disparé.

La flecha se hundió directamente en el cuello del monstruo, cortando en seco su rugido con un violento silencio. El minotauro dejó caer su hacha y se agarró la herida, sangre chorreando entre sus enormes dedos. El monstruo cayó de rodillas a apenas un brazo de distancia. Yo podía oler su aliento caliente. Sus ojos vidriosos y bulbosos se pusieron en blanco y él cayó. Allí quedó gorgoteando hasta que murió, su sangre empapando la arena entre las rocas.

Me siento triunfante pero de alguna manera triste por la caída de esta poderosa criatura. Una vez que recupere mi aliento proseguiré hacia el centro con anticipada alegría por lo que vaya a encontrar allí.

* * * * *

Al fin. He llegado al centro del laberinto. Es una gran cámara cuadrada abierta con una entrada de arco en cada lado que conduce de regreso al laberinto. En el centro hay un gran pozo circular. Me sentí eufórico por encontrar agua pero rápidamente descubrí que esta no era agua dulce sino salada. Creo que es una cavidad que conduce a un mar subterráneo que conecta con el océano al este.

Muy abajo del agua puedo ver algo brillando en las profundidades. Creo que es el artefacto que me han enviado aquí a recuperar. Creo que es Dekella, el bidente de Thassa.

También he visto criaturas nadando en las profundidades del agujero y ellas me están llamando. Estoy seguro de que son náyades, emisarias de la misma Thassa. Debo ir hacia ellas porque me ayudarán a recuperar lo que he venido a buscar.



Dejé caer mi perla en el agujero acuático y ofrecí una oración. Me he quitado mi armadura, mi ropa y mi mochila. Llevo solamente un cinturón con mi cuchillo y la bolsa impermeable que protege mi diario. Estoy preparado mentalmente, físicamente y espiritualmente.

No puedo decir lo que sucederá después pero sé que debo sumergirme en las profundidades, una prueba final de mi fe.

* * * * *



No sé que día es ni donde estoy. Me desperté en una playa esta mañana, mojado por haber estado en algún lugar bajo las profundidades. Mi cuerpo está cubierto de brillantes patrones geométricos.

Lo único que recuerdo es que me zambullí en ese agujero y nadé más y más hacia abajo, más lejos de lo que me he atrevido jamás pero lo que yo pensé que era el bidente

siempre se mantuvo un poco más lejos aún. Cuando me quedé sin aliento y supe que me había adentrado demasiado lejos como para regresar vivo elegí abrazar mi destino en lugar de temerlo. Fue entonces que las náyades salieron de sus escondites y me rodearon con voces dulces que formaron una burbuja llena de aire alrededor de todo mi cuerpo.

Ahora todo parece un sueño. Yo no estoy seguro de poder contarlo en verdad. Las ninfas acuáticas me remolcaron a través de la oscuridad del mar subterráneo y la única luz fue el fresco resplandor azul de su magia. Finalmente y después de un tiempo incontable nosotros entramos en el Mar de las Sirenas y ellas me llevaron a unas profundidades donde sólo la más fuerte de las luces podría penetrar. Extrañas y poderosas criaturas pasaron a nuestro lado en nuestro camino hacia el mar pero ninguna molestó mi procesión.

Pasado un tiempo, de nuevo yo no sé cuánto, Thassa en persona se acercó. Sus finas aletas ondulaban de un lado a otro majestuosamente. Las náyades se marcharon y me dejaron a solas delante de ella. La diosa del mar abrió la burbuja y nadó dentro, mirándome a los ojos. Entonces ¡Ella habló! Yo no entendí sus palabras pero el significado pareció penetrar mi mente: *Largo es el tiempo y las vidas de los hombres no son más que una sombra que pasa en la noche. Lo que vino ayer pronto se perderá, como una mota de polvo en el sol. Lo que viene mañana es la única misión de nuestras frágiles vidas.*

Extendió un dedo delgado y dibujó un patrón de luz sobre todo mi cuerpo, grabándolo en mi piel con la punta afilada de su uña. Y de repente se retiró a las negras profundidades y desapareció como si fuera un sueño. Eso es lo último que recuerdo.



Yo he conversado con la misma Thassa y ella me ha vuelto a escupir en tierra seca, desnudo y renovado.

Ahora me doy cuenta de que recuperar a Dekella fue siempre una tarea descabellada. ¿Quiénes somos nosotros para pensar que podríamos poseerla? ¿Cómo imaginábamos que podríamos utilizarla? ¿Por qué pusimos nuestra esperanza en un objeto cuando somos nosotros mismos quienes debemos dar

Dekella

forma a nuestro destino?

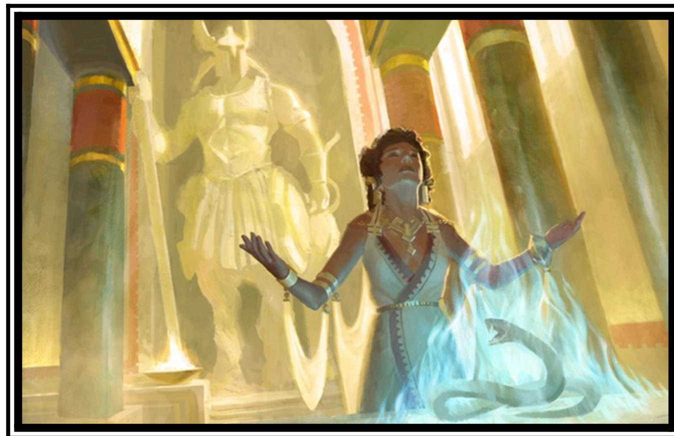
El crisol del laberinto me ha cambiado para siempre. Yo he sido bendecido por un dios. Regresaré a mi polis y seré aclamado como un gran guerrero pero mi verdadero don será la sabiduría para

formar un mayor futuro para nosotros mismos, para contribuir a nuestro edificio del conocimiento.

Yo, Iroano

La oda es una forma clásica de poesía lírica. Su nombre proviene del griego aeidein, "cantar," y estaba destinado a ser cantado en ocasiones públicas para danzar bajo los acordes de la lira y la flauta.
El compositor más famoso de odas en el mundo griego antiguo fue Píndaro, a quien se le atribuye la invención de la forma. Sus poemas conmemoraban a los ganadores de competiciones atléticas pero también incorporaban elevados ideales de filosofía y religión.
En esta pieza yo traté de recordar el estilo lírico de Píndaro en una oda de victoria al campeón de los Juegos Iroanos en Akros.

—Jennifer



Canten, elegantes Musas de Nyx su cuerpo de estrellas moteado
El gozoso nombre de El, el glorificado,
Quién el banderín de la victoria en el terreno de batalla ha levantado,

Dedíquenle Su amor en la cumbre de la polis,
Audaz Akros, preeminente dechado
En la guerra, en la paz eterno vigilante.
El ápice de su Colofón arde aún más alto
Que el de la lanza solar Khrusor, su fuego sagrado.
Que la fragua de Purforos; que el rayo Keranano
De la profecía sus épicas murallas golpearon.
Sin embargo, brilla Su égida, todo eclipsando,
Filomachos, el que protege el demo.
Nuestras frentes inclinamos,
al igual que Anax, oramos,
En torneos sagrados, dotado
La guirnalda de la excelencia mortal,
Ahora bendice a Tu hijo, Dominador.
Soberbio atleta, pancratista afamado,
Eufórico en la victoria, por rosas besado
Arroja tu lanza, cuatro veces coronado,
Epítome de la fama,
Señor de los Hoplitas, Iroano, hegemón.
Entusiasta, ojos brillantes, piel aceitada,
Tu feliz juventud, tu encendida constitución,
Ejemplo de proeza gimnástica.
Panoplia del dios, heredero Akroano,
El palio pesado, allí yace de honor colmado.
En tu persona que todos veamos
Humildad, la no arrogancia, como corresponde
A tu familia, Stratiano, entronizado;
O cayendo en el sombrío Erebos, repudiado.
En las alturas celestiales caminando.
Donde Nymosyna, Arissa, Lanathos, tantos otros lucharon,
Cuyas falanges demonios mataron
Y los kakomantes abajo enviados,
Harán retumbar dulces peanas.
En él ágora Kylix se alza,
y hace una pausa en reverente alabanza.

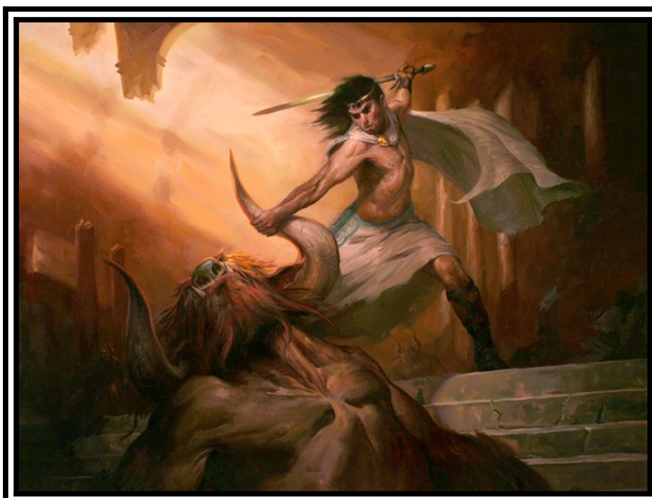


Tragedia

Coro de la Tríada: Hablemos ahora de la historia del amargo Penthikos, marcado por los dioses y unido a su destino.

Theros. Una tierra de héroes. Héroes como yo. Que tú nunca compartas esta gloria.

Una vez yo estuve entre los favorecidos de Iroas. Sirviendo en las falanges de Akros resistí junto a mis compañeros en el Puente de Faragax en defensa de la polis y marché con ellos contra los merodeadores del Cañón Rugidomortal (Deathbellow). Matamos a muchos enemigos. Pero servir honradamente como parte de un grupo no fue suficiente. Mi corazón clamó por la bendición del Dios de la Victoria y yo me decidí a probar mi valentía hacia él.



Un día, yo y mis compañeros Stratianos descendimos las Escaleras del Titán para atacar los yermos de Foberos. Apenas habíamos relevado a los defensores anteriores cuando una multitud de bestias apareció a la vista: sabuesos respirando fuego, minotauros sanguinarios, feroces sátiros y otros monstruos menos fáciles de describir. Las rebeldes criaturas atacaron sin estrategia y yo las enfrenté con el mismo espíritu, rompiendo la formación y corriendo hacia delante, ansioso por ensangrentar mi espada.

¡Oh, aquello fue glorioso! Derribé enemigos con la misma rapidez con que ellos me atacaron y desafié a más de ellos para que se enfrentaran a mi espada. Al principio, en medio de los rugidos de los monstruos agonizantes y de mis propios gritos de batalla, yo no oí los gritos detrás de mí. Finalmente me di cuenta del sonido durante una pausa en mi matanza.



Miré hacia atrás y lo que vi fue horrible. Falanges de sombríos

soldados con máscaras de oro estaban rodeando cada flanco de los compañeros que había dejado atrás. Mi apresurada carga había dejado en desorden a las filas de Akroanos y mientras ellos se esforzaban por llenar el hueco que yo había dejado también se estaban ahogando bajo la marea avanzando de los Resurgidos. Corrí apresuradamente hacia la batalla pero incluso antes de que llegara al alcance de una lanza supe que la lucha sería en vano. Escuché a mis compañeros escuderos maldecirme mientras murieron.

Todo lo que pude hacer fue intentar encontrar otro camino para regresar a la polis y advertir del peligro. Luché para abrirme paso a través del cañón y escalé los escarpados acantilados del Kolofón hasta que finalmente entré tambaleante por las puertas de Akros. Caí ante el Oromai, sangrando, y le relaté con voz entrecortada lo que le había sucedido a mis compañeros de armas.

Ellos me llevaron ante el rey y él oyó mi historia, dio sus órdenes y… pronunció mi sentencia.



"Como tú no deseas pertenecer serás apartado para siempre."

Había buscado la sonrisa de Iroas pero ahora estaba desnudo ante el ojo enojado de Heliod. Mi cama de piedra se volvió tan caliente como el yunque de Purforos. En mi agonía lancé una oración a los cielos, tan dura y verdadera como una jabalina. "¡Oh dioses, permítanme expiar mi arrogancia! Me ofrezco a mi mismo para emprender cualquier prueba que ustedes decreten."

Por largas hora no obtuve respuesta, o eso pareció. Pero entonces la roca tembló debajo de mí y una gran voz llenó el aire.

"Que así sea."

Me paré, libre de mis grilletes, en la boca de una cueva siniestra y silenciosa. Hedor a azufre salía de esta. Aunque no oí más palabras supe que debía entrar.

El pasaje bajó retorcidamente como un látigo enrollado. El miasma sofocante se hizo cada vez más denso. A todo mi alrededor resonaron rugidos, carcajadas, siseos, aunque yo no pude distinguir formas. Mis pasos se volvieron más pesados, más lentos. Mis pensamientos se volvieron oscuros.



Todo se volvió más lóbrego aunque yo no supe si mi antorcha se estaba apagando o mis ojos estaban perdiendo la vista.

Sentí un frío tocar mi sudorosa piel. Algo pasó velozmente a mi lado, insubstancial pero malévolo. Yo ataqué la oscuridad y cuando mi cuchilla atravesó la forma mi alma también fue acuchillada. Volví a oír los gritos y maldiciones de mis compañeros. Lágrimas negras comenzaron a caer de mis ojos.

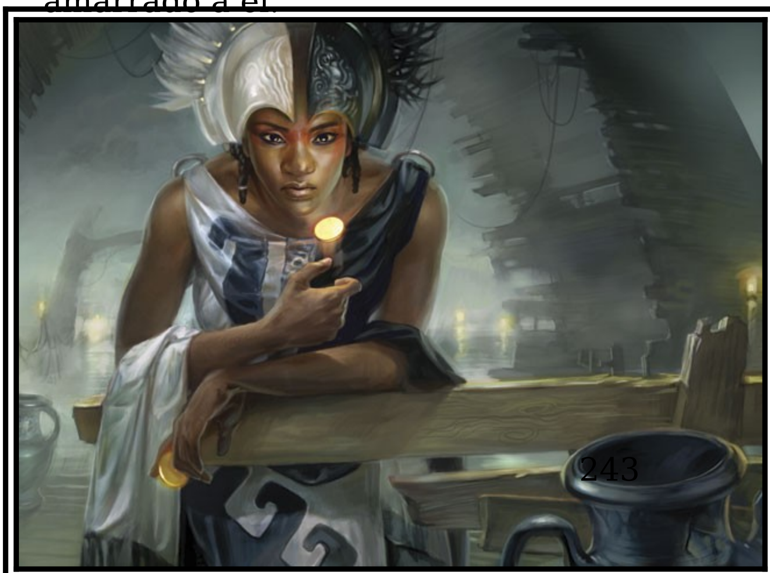
Las sombras me golpearon una y otra vez, arañando mi carne y enfriando mi sangre. Sólo derribándolas podía acabar con el dolor aunque la muerte de cada una de ellas desgarró mi corazón. Con cada golpe que dí más del fétido icor se derramó por mi rostro.

Las sombras chillonas se fueron al fin. Lo único que pude hacer fue seguir por el terrible camino aunque las lesiones físicas y psíquicas me habían dejado arrastrándome. Justo cuando pensé que ya no podía ir más lejos me hallé de repente en una vasta cámara. Los aires venenosos se despejaron y mis ojos regresaron a la normalidad aunque la opresiva niebla ocultó de la vista la mayor parte del espacio. Reinaba un silencio absoluto sólo roto por mi torturada respiración.



Por delante se extendía una espantosa orilla, un hilo de dientes y huesos desmenuzados, agua negra espesa como alquitrán. Cascos de barcos podridos sobresalían del líquido como costillas esqueléticas. En la distancia resplandecía un aura difusa, recordando al sol a través de una capa de lluvia. Me puse en pie y comencé a caminar, lentamente, hacia la desesperanzadora luz.

De la penumbra surgió un sombrío montón de recuerdos de mi vida: urnas funerarias, pancartas desgarradas, yelmos hendidos, cuchillas oxidadas. La apagada iluminación solo parecía aumentar la oscuridad del lugar. Más allá se extendió un muelle húmedo y viscoso que se desvanecía en las nieblas y yo supe qué barca estaba amarrado a el.



Así que este es mi fin. Mi penitencia a los dioses no era diferente a la condena que espera a todos los mortales salvo que yo había llegado a la orilla de los Ríos estando vivo. ¿Qué otra

angustia soportaría mi alma cuando mi carne cruzara ese horrible flujo?

Si el tormento y la muerte son mi suerte yo le mostraría tanto a Iroas como a Erebos cómo un héroe se enfrenta a ellos. Di un paso hacia el muelle y luego otro.

"¿Estás tan ansioso por ver el Inframundo cuando la vida todavía no ha dejado tus extremidades?"

La voz, aunque suave, rompió el silencio como un rayo. Me volví, sorprendido, para ver a una figura vestida con una túnica y apoyada en una viga temblorosa. Sus ojos reflejaron el brillo de una moneda que ella lanzó lentamente mientras me observó.

"Tú no traes ningún rostro para el barquero, ¿cómo cruzarás?"

Mis manos se dirigieron a mis labios, a mis mejillas. Estos no estaban allí. Las oscuras lágrimas habían encerrado mi rostro en una superficie sin rasgos, sólo dejando mis ojos descubiertos. Al yo no tener una máscara funeraria, Athreos la Guía del Río, no sabría mi nombre. ¿Acaso yo me quedaría vagando allí, desamparado e imperdonable, por toda la eternidad?

"Te pregunto por tercera y última vez. ¿Tú buscas el olvido?"

Yo me incliné ante su penetrante mirada. Un sollozo pesó en mis pulmones pero yo apreté los dientes y me lo tragué. No mostraría debilidad, ni siquiera ahora.

"Yo busco la absolución. Busco la eliminación de mis errores. Busco la paz."

"Yo no puedo darte lo que buscas. Eso sólo lo dan los dioses. Yo sólo puedo escuchar y quizás aconsejar."

"Un dios me envió aquí. El no dijo más."

"¿Y por qué has orado?"

"Había ofendido a mi polis y a los dioses. Yo sólo pedí la oportunidad de arreglar las cosas ¿Fue mi crimen tan monstruoso como el castigo asignado? ¿Acaso yo ya no he sufrido suficiente?"

"Erebos es sufrimiento. Sólo a través del dolor es que otros pueden encontrar la paz y sólo así pueden los mortales encontrar su destino."

"Entonces fui un tonto por aceptar el trato que me dio él. Y por desafiar el destino."

"El destino no puede ser evitado. Sólo puede ser realizado."

"Yo hago mi propio destino." Mientras grité yo sentí cambiar la sustancia en mi rostro y esculpirse a si misma en una máscara mortuoria.

"¡Ven, amo del pasaje! Esta patética alma busca las oscuras costas del Inframundo."

La antigua barcaza se deslizó silenciosamente de la niebla. Su



harapienta guía se paró expectante, su mano lista para recibir mi rostro de dolor cristalizado. Pagado el precio nosotros navegamos hacia esa tierra desolada.

Pero yo no daré satisfacción al dios de la muerte. No permaneceré en la oscuridad entre las opacas sombras. Incluso ahora los últimos trazos caen sobre mi nuevo rostro dorado. Seguiré el Camino de los Resurgidos y buscaré mi lugar en las filas de los muertos.

Coro de la Tríada: Y así, lo que estaba destinado, ha sucedido.

Las consecuencias de la atracción

El ratón se había acercado demasiado. Xandria había estado esperando la mayor parte del día y de la noche y a través de la lluvia. Esta era fría y copiosa pero de algún modo reconfortante. Era como ser acariciado por alguien. Además, ella no moriría de enfermedad. Ella no moriría en absoluto. No se podía decir lo mismo del ratón.

El hambre era constante. No había grandes presas en las islas pero las otras raramente se dignaban a comer a las criaturas más pequeñas. La mayoría de ellas se las dejaban a ella. Xandria se había preguntado qué pasaría si dejaba de comer pero en algún momento el hambre la obligó. Ella debía comer.

Nyx estaba oscurecida por lóbregas nubes y Xandria apenas podía ver sus propios pies encaramados en el afloramiento rocoso pero oyó al ratón corretear más cerca y empezó a cantar. El correteo se detuvo y fue reemplazado por un maravilloso tamborileo de pies con uñas diminutas. Su voz llenó la noche oscura y húmeda, superando los sonidos de la lluvia, el viento y la furia, superando el miedo. Anheló que eso fuera cierto, que al final no hubiera miedo.

El ratón apareció justo enfrente de ella. Aunque Xandria todavía no podía verlo igual pudo olerlo, su pelaje húmedo, la vida de él. Mientras este subió a su pierna y trepó por su cuerpo ella pudo oír el diminuto latido de su corazón, ahora sincronizado con el ritmo de su canción, mientras la criatura buscaba cada vez más el origen de la música. Xantria abrió la boca de par en par cuando el ratón correteó sobre su cara. Disfrutó la sensación de sus pelos en su rostro mientras este entró en su boca antes de que ella lo mordiera con un crujido en su espina dorsal, rompiendo el cuerpo en dos.

Sentir sangre y músculos en su boca fue la fuerza que ella necesitó para rasgar y tragar el resto del pequeño cuerpo. Nunca era fácil comer de esta manera, incluso después de tantos años, tantas

comidas horribles. Así que ella deseó que el último pensamiento del ratón hubiera sido acerca de su hermosa canción.

Otra tonadilla estalló en el aire de la noche y luego varias más. Xandria se volvió hacia la acuosa oscuridad preguntándose qué era lo que había llamado la atención de las demás y sobre el océano vio luces. Un barco. Xandria levantó sus alas y despegó de su roca, volando al ras del agua antes de dirigirse hacia las luces. La iluminación de la nave permitía vislumbrar tenuemente las olas ondulantes y la lluvia torrencial, aunque ella no necesitaba ver para maniobrar por ese tramo de rocas y océano.

La nave era un trirreme de Meletis, grande y majestuoso, probablemente provisto de marineros y guerreros experimentados, presumiblemente en ruta comercial. El barco estaba muy lejos de su rumbo para estar en ese extremo del Mar Sirena. Tal vez había sido la tormenta, tal vez un descuido, tal vez una fatal valentía que a veces parecía aferrar a los hombres. Xandria nunca supo cuál y para entonces ya había dejado de preocuparse. Estos encuentros entre los hombres y las demás terminaban siempre igual.

Había más o menos veinte de las otras, cayendo en picada y volviendo a remontar vuelo y desencadenando ráfagas de canciones. El barco era lo suficientemente importante como para tener un mago en la cubierta y alguna forma de magia protegió los oídos de este mientras él lanzó fuego a las otras para mantenerlas a raya. Los otros miembros de la tripulación en cubierta no tenían magia para protegerlos; muchos de ellos cruzaron voluntariamente por encima de la barandilla del barco, algunos de ellos agarrados del brazo del otro, algunos de ellos precipitándose a las oscuras aguas por debajo, luchando por mantenerse a flote para seguir escuchando esa gloriosa canción. En este punto la mayoría de los remeros habían dejado de remar, la mayoría de ellos encantados, e incluso los sordos supieron cómo probablemente terminaría esto.

El mago no había logrado derribar ni a una sola de las otras. Una cosa era luchar en la luz, seco y en tierra, otra muy distinta estar en ese infierno. Xandria pensó un momento en ayudar a este hombre. Parecía joven y apuesto por lo que ella podía ver cada vez que salía una ráfaga de luz de sus manos pero éste era también un camino por el que ella había transitado antes. Las otras no podían hacerle daño a Xandria pero la última vez que ella había interferido ellas habían atraído a cada ser viviente de las islas durante semanas. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que la locura sería su eterna compañera, no la muerte, hasta que finalmente ellas se habían enfadado o aburrido con su divertimento y la habían dejado a sus pájaros, peces y ratas. Ella no ayudaría a este hombre.

Y entonces una de las otras se abalanzó detrás de él y le arañó algo de su espalda y hombros con sus garras. El debió haber gritado pero el sonido se ahogó bajo la lluvia y las canciones. Xandria voló más cerca, bajando su mirada a la escena iluminada en las luces de la cubierta del barco. Cualquier magia protectora que el mago estuviera usando desapareció en el asalto y él se quedó allí congelado, sangre derramándose de su espalda, uno de sus hombros y brazos colgando de hilos de músculo y hueso. Pero su rostro, tan recientemente dominado por la rabia y el miedo, en ese momento pareció sereno. Feliz. El se acercó a la otra y a su hermosa canción. ¿Sabía lo que le esperaba allí? ¿Cómo no saberlo?



Xandria apartó la mirada mientras la otra empezó a comérselo. Las hermosas melodías que habían llenado el aire húmedo fueron reemplazadas ahora por sonidos de cosas masticando y deglutiendo y por los desafortunados gritos de los sordos que sólo podían ser aplacados con fines violentos. Xandria miró a las demás, deseosa de que la miraran, de que la reconocieran, algo que llenara ese vacío. Pero las otras se negaron a distraerse de sus festines y lanzaron gruñidos entre ellas, sólo mostrándole sus dientes cuando ella se acercó demasiado. Xandria se alejó volando de la nave, adentrándose de vuelta en la oscuridad.

* * * * *

El era hermoso y su nombre era Ninis. Ella recordaba poco más de él. Ambos habían sido jóvenes eruditos en Meletis y aunque ella era tímida y se sentía mucho más cómoda alrededor de los libros que de la gente había sido imposible no notarlo.

También debería haber sido imposible que él no la notara. Nadie la notaba. Pero después de una clase de ética juntos él se le acercó, fascinado por sus ideas. Ese día hablaron durante horas. Y durante los siguientes días ellos hablaron durante más horas, caminando por los salones de la academia, hablando y hablando hasta que una noche caminaron hacia las playas afuera de la escuela y permanecieron juntos durante toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando ella despertó en la playa y él estaba todavía a su lado, con toda su belleza, ella no pudo creer lo feliz que estaba. Él era hermoso. El era inteligente. Y él era suyo.

Ella se paró y se estiró, disfrutando de la lujuriosa mañana, el sol un mero resplandor rojo sobre la unión azul del cielo y el mar. Un truco de la luz jugó sobre el agua, bailando de un lado a otro, y fue sólo poco a poco que Xandria se dio cuenta de que la luz se estaba uniendo, tomando forma. La *forma* comenzó a moverse desde el medio del agua hacia la playa.

Aún inmediatamente después de que todo sucediera ella no pudo recordar más que una *forma*. La *forma* estaba acompañada por una suave susurración, una nada murmurante que las orejas no consiguieron captar de la misma manera que sus ojos no consiguieron captar a la *forma*. Ella supo que algo estaba horriblemente mal. Se movió para despertar a Ninis, sacudiéndolo bruscamente, pero este no se movió.

El no despertará, dijo la voz directamente en su mente haciéndole doler. *Yo no quiero que lo molestes más.* La forma flotó sobre la arena a pocos metros de ellos. Lo que ella tenía delante era un dios, uno del panteón que gobernaba Theros desde la tierra de Nyx, el cielo nocturno. Pero ella no pudo decir cual de ellos y a esa proximidad no importaba. Xandria golpeó la arena sobre sus rodillas, la cabeza inclinada de dolor.

"Lo siento, lo siento..."

Tú amaste a algo que era mío.

"Nosotros no lo sabíamos." Sus palabras fueron estimuladas por un pánico ciego. Cada vez que la voz habló el dolor aumentó y cuando la voz dejó su cabeza el bajo susurro se hizo más fuerte.

Peor aún, tú atrajiste algo que era mío.

"Nosotros no lo sabíamos. ¡Yo no lo sabía! ¡El no me lo dijo! Por favor. Por favor."

¿Saber? ¿Por qué deba importar tu conocimiento? ¿O el suyo? Yo lo marqué como mío cuando era un bebé en los brazos de su madre. Una perfecta combinación de cuerpo y mente no vista en esta tierra por incontables generaciones que hayan pasado antes o después. Mío. Y tú te atreviste a amarlo. Te atreviste a hacer que te amara.



Ella estaba de rodillas, muy acurrucada, llorando, rogando, y aunque tenía la cabeza baja y los ojos cerrados pudo ver como la forma se acercó a ella, extendió la mano y la tocó.

Ahora aprenderás las consecuencias de la atracción.

Ella gritó.

* * * * *

Xandria despertó a la mañana siguiente en su isla rocosa, con el grito de sus sueños todavía haciendo eco en su mente. Ya era raro que ella soñara con ese día, el día en que había terminado su antigua vida. Estiró sus alas y voló para encontrar su desayuno.

A pesar de las realidades de su existencia Xandria todavía sentía alegría cada vez que volaba. Cuando había sido niña había soñado con correr por las colinas y llanuras y de repente poder despegar del suelo y volar.

Volar era exactamente como había soñado. En esos primeros días después de su transformación ella se había deleitado en sus poderes recién descubiertos: el vuelo, su hermosa voz, el poder de cautivar a la mayoría de las criaturas vivientes que la rodeaban. Amaba sus alas, sus plumas negras y suaves; sus alas desplegándose para atrapar el viento, o que ella pudiera acurrucarse para mantenerse caliente.

La primera mañana después de que ese dios celoso hubiese hecho su venganza ella se había despertado en esa misma isla y había despegado inmediatamente, hacia algún lugar, cualquier lugar. Su plan había sido encontrar alguna civilización y de allí regresar a Meletis. Debería haber alguien, un maestro, un mago, un sacerdote, alguien que pudiera ayudarla a transformarse de vuelta en ser humano, a hacerla regresar a Ninis.



En medio del océano, fuera de la vista de las islas, descubrió la verdad de una de las dos últimas frases que el dios le había dicho antes de irse. *Tú no te irás.* Al cabo de un tiempo ella se encontró atrapada, una correa invisible la unía a su isla. Xandria podía vagar muy lejos, a varias leguas, pero sólo por el océano y a otras islas dominadas por los de su especie circunscritas por su cerca divina.

Le tomó más tiempo descubrir la verdad de la última frase que el dios le había dicho. *Tú no morirás.*

Xandria fue traída de vuelta al presente por un rápido movimiento plateado por debajo de ella. La mayoría de los mamíferos y aves eran lo suficientemente inteligentes como para evitar a ella y a los de su tipo. Banquetes como el ratón de la noche anterior eran

una excepción. Pero siempre había peces. Los peces nunca parecían aprender. Dos de ellos saltaron del agua y ella los atontó brevemente con una ráfaga de canto, luego agarró sus cuerpos sacudiéndose y se los devoró. Antes de su cambio a ella nunca le había gustado el sabor del pescado y luego de haber comido miles de ellos el sabor no seguía siendo el mejor. Pero ella tenía que comer. Se volvió hacia la isla.

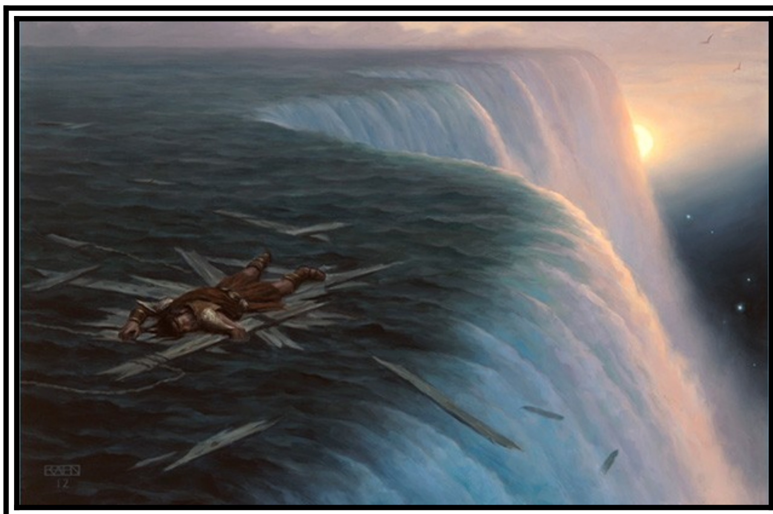
En aquellos primeros días había sido posible otro camino. La primera vez que ella había descubierto que no estaba sola en esas islas. Había oído hablar de sirenas antes, cuando era humana, pero nunca había visto una. Y aunque ella podía ver su reflejo en las aguas del océano no lo había creído real. Eso no era ella. Ella sería sanada, sería curada y se reuniría con Ninis.

Las sirenas la habían estado esperando cuando ella regresó de aquel primer viaje. Xandria no pudo negar su belleza. Esbeltas y de piernas largas, y aquellas hermosas alas negras batiendo suavemente en la brisa del océano. Ellas abrieron sus bocas y por reflejo Xandria se volvió. Las horrorosas historias de los cantos de una sirena formaban parte de su infancia igual que la de todos los ciudadanos de Meletis. Pero en vez de canto ella oyó estridentes gritos y trinos, algo que la sorprendió al darse cuenta de que los comprendía tan bien como si ellas hablaran la lengua humana.

Le hicieron señas para que las siguiera y ella lo hizo. Todavía pensaba que esa situación era temporal, como la primera parte de una aventura, como una de esas historias que ella tanto había amado de niña, el final feliz esperando por ella con un confiado destino. Pero era mejor hacer la paz con esas criaturas y, además, pensó para sí misma, tal vez una de esas sirenas algún día fuera la clave de su rescate. Si las historias eran de alguna guía para la vida seguramente esa sería una de ellas.

Ellas la llevaron a un horror.

Dos hombres yacían en la playa, náufragos de un pequeño velero que había encallado. A uno de ellos le habían arrancado la mayor parte de sus tripas, sangre y tubos carnosos se extendían en una amplia aura debajo de él, derritiéndose en las arenas. Pero él todavía respiraba, al menos por un poco más. El otro hombre parecía mayormente ileso, aunque estupefacto, mientras se negaba a mirar nada más que la arena delante de su rostro. Su mente se esforzó por buscar una forma de ayudar a estos hombres. Sabía poco de medicina pero tenía que hacer algo.



Las sirenas a su alrededor comenzaron a cantar. Ambos hombres se movieron, incluso el hombre fatalmente herido recogiendo todas las tripas qué pudo y aferrándolas cerca de su cuerpo mientras luchó por ponerse en pie. Entonces, fallando, se arrastró hacia las voces. Era la primera vez que Xandria había oído la canción de una sirena. Ciertamente era una melodía muy bonita pero a ella no le pareció no muy diferente a la de una cantante bien entrenada en un festival. Pero para estos hombres el canto de las sirenas tuvo todo el impacto prometido por la leyenda.

Al principio Xandria pensó que las voces tenían algún tipo de propiedad curativa. El hombre herido se estaba moviendo con una animación que ella habría pensado imposible pero de repente lo último que quedaba de las entrañas del hombre cedió y él cayó muerto. Las otras sirenas cayeron de inmediato sobre el cadáver, desgarrándolo y comiéndoselo, dándose un *festín*.

La repugnancia que ella sintió sólo se vio superada por el horror que apreció al ver a su saludable compañero caminar hasta una de las sirenas, el éxtasis en su rostro. No tuvo tiempo de gritar una advertencia cuando la sirena se acercó al hombre y le arrancó la mayor parte del cuello de un mordisco. El hombre cayó al suelo y Xandria todavía pudo ver su sonrisa serena, extrañamente parecida a la de sus ojos muertos. Lo único que ella pudo ver fueron los ojos de Ninis, y los imaginó fríos, muertos, vidriosos.

Ella chilló aunque todos los sonidos humanos la fallaron mientras voló hacia la asesina. La sirena grito de sorpresa y se alejó de ella, aún comiendo. Las otras sirenas giraron y volaron hacia Xandria. Le agarraron los brazos y las piernas, incluso sus alas, y la arrojaron al suelo. Ella luchó, insultó y exigió que detuvieran ese salvajismo. Las sirenas se rieron de ella y cada una picoteó su mejilla, arrancando un pedacito de carne y músculo para continuar riéndose mientras masticaron y luego escupieron un pedazo pequeño de ella. El dolor fue inmenso y ella lo habría descrito como el peor dolor de su vida excepto que hasta este palideció en comparación a aquel que había sentido cuando el dios la había tocado.



Después de que cada sirena dio su sangriento bocado ellas se levantaron y la dejaron allí, entre los dos cadáveres devastados, ahora poco más que esqueletos. Pensó que moriría y se dio cuenta con tristeza de que le daba la bienvenida a esa liberación. Pero la muerte no ocurrió. Algo más tarde ella se

levantó y miró al agua. Lo que vio la dejó fascinada y horrorizada. Su mejilla estaba lisa, sin ningún signo de la lesión anterior.

Pero desde ese momento las sirenas se negaron a hablar con ella, se negaron siquiera a mirarla. Varias veces intentó detener sus depredaciones de humanos, e incluso había llegado a considerar que su violencia contra ella había sido como una especie de prueba tangible de que ella importaba. Hasta el momento en que ellas cambiaron sus tácticas y se llevaron toda su comida. Eso la había quebrado.

Tú no te irás. Tú no morirás.

Ella no se había ido. Ella no había muerto. Xandria podía maldecir a los dioses por muchas cosas, pero no por mentir.

* * * * *

Cuando ella volvió a su isla de la caza matutina, todavía hambrienta a pesar del pescado, se topó con un cuerpo humano yaciendo en su playa. Su ropa estaba hecha harapos, desgastada por el mar y las rocas. Probablemente era uno de los remeros de la nave que las otras sirenas habían atacado la noche anterior, uno de los que habían caído de la cubierta en busca de esa seductora canción.

El cuerpo se movió.

En todos los años que Xandria había estado viviendo en la isla ella no había visto a otro ser humano en persona. Las otras siempre habían estado alrededor, cultivando y protegiendo sus alimentos de su interferencia. Ella se sorprendió por la sensación en su pecho. No pudo identificarla, no pudo catalogarla, sólo pudo saber que ella no la había sentido en mucho tiempo.

Se acercó al cuerpo, a la persona, y se arrodilló a su lado. Le dio la vuelta, con cautela, con suavidad y cuidado. Su boca expulsó un poco de agua de mar y él despertó, jadeando y llorando.

Esperanza. Ella sintió esperanza. Un humano. Ella estaba tocando a un ser humano. Ella estaba tocando a *alguien*. El estaba respirando pero sin mirar a nada, solo jadeando y sollozando. Ella continuó acariciándole suavemente el brazo, maravillándose por la sensación. Al fin él abrió completamente los ojos y la miró. Y gritó.

"¡No!" gritó ella pero su voz salió como un chillido. Había pasado tanto tiempo. Xandria desaceleró, forzándose a recordar lo que era. Hablar como un humano todavía era posible.

"¡No!" Esta vez la voz salió como ella había pretendido. Humana. Su voz sonó horrible a sus oídos. Extranjera y monstruosa pero todavía humana. "Yo puedo ayudarte. No te lastimaré. No soy como... ellas."

Quedó claro que el hombre quería alejarse pero también tenía poca fuerza para moverse. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas pequeñas nubladas, mientras él luchó por respirar y apartarse de ella.

"¿Quién...? ¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy?" Su acento le sonó extraño, no de Meletis. Tal vez un marinero de Akros, trabajando en un buque Meletiano.

"Tú estás bien, tú estás bien. Yo soy una amiga." Ella trató de hacer que su voz fuera cantarina sin cantar. Estaba hablando con otro humano. Ella podía hacer esto.

"Mi barco, mis amigos, donde..." él miró frenéticamente, como si pudiera encontrar a sus amigos si tan sólo se pudiera mover lo suficientemente rápido.

"Están todos muertos. Tu nave fue atacada por..."

"¡Ti!" gritó el hombre apretando los dientes pero no pudo moverse. Así que sólo se quedó sentado allí, respirando pesadamente, la rabia reemplazando el pánico en sus ojos.

"¡No! No por mí. Ellas. Yo no soy ellas. Por favor, yo no soy ellas. Tú debes ayudarme. Por favor." Ella no pudo detener las lágrimas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había llorado. Aquellos primeros días, cientos de años atrás, las lágrimas habían sido constantes. Pero estas se habían detenido cuando ella se había dado cuenta de que no había nadie allí que pudiera verlas.

El hombre pareció confundido pero una parte de la rabia abandonó su rostro así que ella continuó. "Tu nombre, ¿Cómo te llamas? Yo soy Xandria. Xandria de Meletis."

"Tolios. Tolios de Meletis." Xandria quedó confundida. El no sonaba como cualquier Meletiano que ella había conocido. ¿De verdad había pasado tanto tiempo?

"¿Por qué tu nave estaba tan lejos de su curso, tan cerca de... este lugar?"

Tolios volvió la cabeza y escupió. "Chakros, ese maldito mago insistió en que llegáramos a la costa al amanecer. Ha habido informes extraños de nuevas criaturas en la frontera. Nos enviaron a investigar. Fue la primera orden de Chakros y él estaba decidido a estar allí primero, antes que las otras naves Cuando llegó la tormenta el capitán preparó una ruta muy hacia el norte pero Chakros le exigió que tomáramos un atajo hacia el sur a través de la tormenta. Yo pensé que el capitán lo arrojaría por la borda pero en su lugar nosotros viajamos a través de estos infestados estrechos. ¿El mago sigue vivo?"

"No, muerto como los demás."

"Bien, bien. Al menos eso es bueno. ¿Y cómo es que un monstruo como tú ha salido de Meletis?"

Ella se sintió tan emocionada de que se le hiciera una pregunta, de estar mirando otro rostro humano y conversando, que no se sintiera consternada por su contundente descripción. Estaba bien ser un monstruo mientras hubiera conversación y contacto. El incluso sonrió. Fue una hermosa sonrisa. Levantó una mano para rascarse la oreja pero mantuvo el otro brazo cuidadosamente inmóvil. Tal vez lo tenía quebrado. Ella esperaba poder curarlo.

"Es una historia muy larga. Me encantaría contártela. Pero ¿tienes hambre? ¿Estás bien? Yo puedo ayudarte si lo necesitas." Ella miró su rostro, su cuerpo, buscando otros signos de lesión o enfermedad. Sabía que tendría que ocultarlo antes de que vinieran las otras. Esta vez ella lucharía. Ella lucharía con todas ellas si era necesario.

Tolios siguió sonriendo. "Hay algo destrozado en mi espalda. ¿Puedes echar un vistazo?" Xandria sintió una oleada de pánico. La primera vez que se había encontrado con el cuerpo ella no había visto sangre ni lesiones evidentes y ahora él podría morir si ella se descuidaba. Xandria se acercó para examinarlo. El hombre se movió con una velocidad que ella no había creído posible, la daga en esa mano anteriormente quieta saliendo de la nada y apuntando directamente a su rostro. Entonces la canción salió rápidamente de sus labios.

Tolios siguió sentado, torpemente torcido, mientras la daga cayó sobre la arena. La sonrisa en su rostro había sido reemplazada por una mirada más conocida para ella. Una sonrisa diferente. Una sonrisa en la que ella había confiado.

"¿Por qué? ¿Por qué? ¡Yo quería ayudarte!" gritó ella y le dio una bofetada a Tolios en la cabeza que le hizo caer al suelo. Sus uñas dejaron profundas marcas en su mejilla. Cuando ella dejó de cantar el miedo y el pánico volvieron al rostro de él y Xandria reanudó su canción para calmarlo.

Ella cantó a través de sus lágrimas, a través de su angustia, y Tolios la miró con adoración, arrastrándose más cerca de ella.

Qué frágiles son. El pensamiento vino a ella si ser invitado. Pero ella no pudo negar su verdad. Los humanos eran *tan débiles*. Muerte, hechizos, dioses, monstruos... los humanos estaban dominados por estas fuerzas que ellos no podían comprender ni controlar. Y todas sus



preocupaciones llegaron a su fin por un canto.

El canto de Xandria.

Xandria oyó el aleteo de alas detrás de ella y volvió la cabeza. Todas las demás estaban allí, volando detrás de ella. Pero en lugar de sus habituales gritos de odio y rechazo ellas simplemente flotaron, mirándola. Mirándola directamente. Una de ellas se acercó y le sonrió.

Le sonrió a Xandria. Y otra... una sirena... también le estaba sonriendo. Xandria se volvió hacia Tolios mientras seguía cantando, observando sus ojos vacíos y su sonrisa encantada. Las otras sirenas

se acercaron y Xandria pudo sentir su calor, sentir su hambre. Todas se amontonaron alrededor de ella, pero tranquilamente, gentilmente. Extendieron sus manos y acariciaron sus plumas y su espalda, arrullando y trinando pero sin cantar. El canto era todo suyo.

El sol ya estaba directamente sobre sus cabezas pero su calor palideció ante lo que estaba sintiendo Xandria. Ella se acercó a Tolios, su canto alzándose en el aire, cada vez más fuerte, más insistente. Baba cayó de la esquina de la boca de Tolios y sus ojos esperaron la llegada del éxtasis. Xandria se acercó más y más.

Abrió la boca de par en par y le mordió el cuello con una mordida feroz. Su sangre y su carne se introdujeron en su boca, el sabor inmediatamente satisfactorio de una manera que ni la rata ni el pez habían sabido jamás.

Ahora las sirenas detrás de ella comenzaron a cantar. Sus voces transportadas hasta lo más lejano a lo largo del aire del océano, cantando una canción que ella nunca había oído antes pero que sintió que había conocido toda su vida. Las sirenas no intentaron compartir la comida. La comida era toda suya mientras los cantos de las sirenas, los cantos de sus hermanas, llenaron los cielos.

El estaba delicioso.

Ninfas de Theros

Cuando ella nació experimentó una enorme tristeza hinchándose en su esencia. Abrumada por el dolor de una vida perdida –no… muchas vidas perdidas- y los espíritus dentro de la enorme hidra para siempre extinguida, fue el primero de muchos sentimientos con que se familiarizaría esta joven ninfa. Zoe, alzándose de la hierba bajo la sangre derramada, se levantó y cayó inmediatamente de rodillas para presionar su frondosa frente contra una de las cabezas caídas de la hidra. Sus manos iluminadas acariciaron el cuerno delantero de la criatura y ella cantó en voz baja y triste sus primeras palabras en Theros. Una espada había matado a esta majestuosa criatura y herido a Zoe, que estaba conectada con todas las almas del bosque. Zoe, una sierva de Nylea, quería proteger al resto de sus amadas bestias de la tragedia que acababa de ocurrir.



El sol se puso y un nuevo día empezó antes de que ella se volviera a levantar y diera sus primeros pasos. Zoe siguió a un lince hasta una huerta de olivos de color verde pálido y comprendió inmediatamente que el bosque era su hogar. Una vez dentro Zoe sintió la presencia de su creadora. Pensando en la quietud de la hidra y la sequedad en sus ojos Zoe preguntó: "¿Qué es este dolor? ¿Qué es este mundo y por qué es tan cruel como para asesinar a una criatura viviente de tanta grandeza?"

Nylea habló con una voz que cantó como miel: "Los mortales no entienden la belleza del bosque. Nosotros debemos proteger a

nuestros animales y a nuestro hogar de la locura y el odio de los humanos."

"Maestra ¿Cómo puedo proteger la belleza?"

"Tú fuiste creada en un manantial de dolor y yo confío en que, sintiendo ese dolor, te inspirarás para preservar la vitalidad de nuestro hogar y hacerlo a tu propia manera, cuando llegue el momento. Por ahora danza entre los árboles con tus hermanas a la luz de las estrellas provenientes de mi hogar."

Y diciendo eso la presencia de Nylea desapareció y el sonido de la risa llenó el bosque. Dríadas aparecieron de los árboles como si hubieran sido presionadas contra los troncos, bebiendo energía de las raíces, energía que mantendría a las dríadas bailando y cantando hasta que la luz del sol volviera a aparecer.

"¡Nueva hermana, juega con nosotros!" Una dríada agarró la mano de Zoe, sus hojas tan largas que Zoe no pudo decir donde terminaba su cabello y comenzaban las ramas de los árboles. Sus brazos eran alargados y elegantes y ella condujo a Zoe a un círculo de felices dríadas que rodeaban un roble y celebraban la dulce tierra que había por debajo. Su rostro era exquisito con rasgos suaves y ojos grandes, y su sonrisa era amorosa y alegre. La pena que Zoe había sentido se derritió. Ella se sintió cálida y energizada. Descubrió que bailar era tan natural como respirar.

Zoe aprendió de muchas ninfas como ella misma alineadas con dioses distintos a al suyo. A ella se la relacionó con las Euforianas, consideradas las manos de Nylea y con la capacidad de viajar en búsquedas determinadas. Las ninfas Euforianas, le dijeron, a diferencia de sus hermanas, se crean involuntariamente como un efecto secundario del hechizo de un dios y son la encarnación de los ideales desde los que nacieron. Debido a esto Zoe tenía el propósito de proteger su bosque y así necesitaba comprender mejor los peligros que existían.

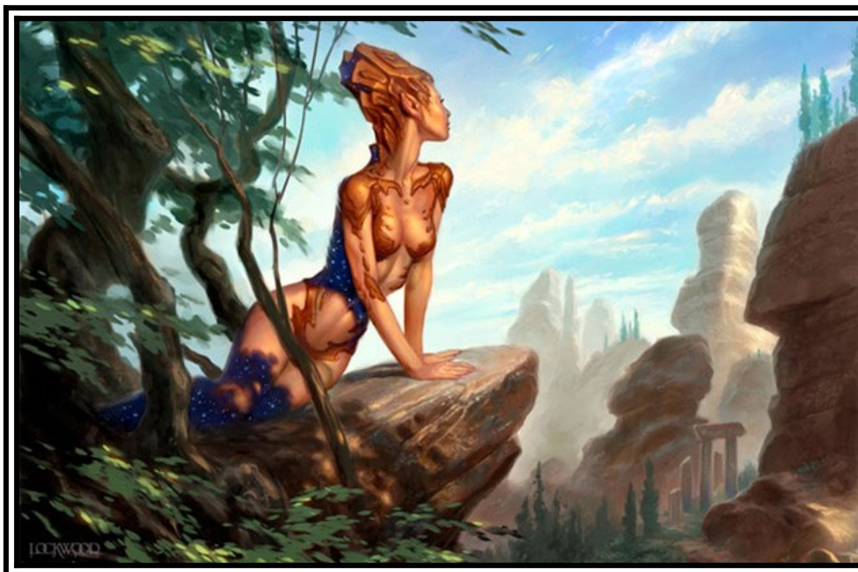
Las hermanas de Zoe la buscaban por orientación en tiempos de peligro, como cuando los cazadores pasan por su arboleda. Zoe, no queriendo derramar sangre de ninguna criatura, solía asustar a los intrusos sacudiendo árboles o cantando embrujados acordes. Ella actuó como una clase de cuidadora, cantándole a sus hermanas para que se durmieran y vigilándolas. Por las mañanas caminaba con el ciervo y por la noche acariciaba a los búhos.

Una tarde, vigilando los bosques fuera de la arboleda, Zoe fue testigo de la muerte de un cazador. Lo había estado siguiendo para asegurarse de que se marchara sin matar cuando una flecha atravesó su corazón y este cayó. La muerte asustó a Zoe pero cuando ella notó que una figura encapuchada se acercó lentamente al cuerpo se dio cuenta de que otro humano la había causado. La idea de un ser atacando a otro de los suyos hizo sentir mal a Zoe. *¿Cómo podría uno matar a su propia especie?* Mientras contemplaba esto el asesino se arrodilló para recuperar su flecha del cuerpo pero dos figuras ardientes aparecieron y la consumieron instantáneamente. Las figuras eran de una constitución similar a la de Zoe, con sombras estrelladas y rostros suaves y femeninos. Pero en lugar de hojas y

ramas estaban cubiertas por un fuego brillante y ardiente, parecido a la luz pero sólido.

Zoe se acercó a las ninfas y estas se volvieron hacia ella, sobresaltadas y listas para la batalla. Ella levantó una mano pacífica y dijo: "No quiero causarle ningún daño a sus almas. Me dicen por favor, ¿por qué lo mataron?"

Una de estas ninfas habló: "No se puede perdonar la culpa de la sangre. Esta ladrona robó tres almas mortales. No se derramará más sangre. Mi hermana simplemente me estaba ayudando en caso de que fuéramos descubiertas."



"Así que, ¿ustedes estaban protegiendo a más mortales de este humano?"

"Por el pago de la sangre. El derramamiento de sangre sólo debe ser hecho honorablemente en la batalla. Esta ladrona no era honorable por lo que tuvo que pagar."

Zoe no entendió cómo cualquier derramamiento de sangre podía ser honorable. Su dolor volvió momentáneamente pero ella quiso saber más sobre estos nuevos seres y su curiosidad se hizo más fuerte. "¿Por qué matan los humanos?"

"Poder. Ellos quieren controlar a otros para ser... líderes. Como nosotras lideramos a nuestras hermanas. Ellos quieren hacer eso."

"Sin embargo eso no es malo. ¿Cómo ayudaría matar?"

La ninfa roja bajó su frente en pensamiento y dijo, "Otros seres humanos también quieren liderar. Los humanos luchan para decidir quién puede ser el líder. Las almas débiles mueren honorablemente en la batalla. Algunas veces los humanos tratan de ser líderes fuera de la batalla. Esta humana quería dinero, una forma de comprar artículos que pueden ayudar con el poder. Ella estaba dispuesta a matar por dinero. Esto es deshonroso... una merecida condena."

"¿A dónde habitan?" Zoe trató de imaginar el hogar de una ninfa roja.

"En lo alto de las montañas, más cerca de nuestro maestro Purforos."

Zoe pudo imaginarse los hermosos cuerpos descansando sobre rocas contra el cielo, sus colores similares a las hojas de sus compañeras en el otoño. Se preguntó cómo serían los árboles de las montañas.

La ninfa roja observó a Zoe y dijo: "Tú te pareces a mi, capaz de pensar y de tener libre albedrío."

"Eso es porque nosotros somos ninfas Euforianas. Creadas por la emoción durante el hechizo de nuestro dios y no como un simple siervo."

"Sí. Sólo somos un puñado de nosotras. Todas tenemos diferentes objetivos y rara vez nos cruzamos."

La idea de otras inspiró a Zoe pero estas otras con ideales tan diferentes a los suyos, ¿no podrían perjudicar a su bosque? ¿No podrían asesinar a un puma por comer a un ratón? ¿Acaso eso sería deshonroso? Pensar en ellas tomando el "pago" de sus criaturas atemorizó a Zoe y una frialdad corrió a través de ella que terminó en un escalofrío. "Váyanse, Hermanas Oréades. Dejen vivir a nuestro bosque. Yo temo que las llamas produzcan daños en mi hogar."

"Nosotras podemos dejar inmediatamente tu bosque, Dríada. Ya hemos terminado nuestra tarea aquí."

El encuentro extendió preguntas en la mente de Zoe, de qué más estaba en el límite de su bosque, de quién podría causar daño a sus criaturas y sus raíces. Ella debía saberlo. Tal vez, pensó, otras Euforianas podrían enseñarle los peligros. Y ella quería conocerlas, ver seres como ella. Recibir guía de Euforianas que hubieran viajado más que ella podría llevarla a cumplir su propósito de proteger los bosques de manera más satisfactoria.

Su primer viaje la llevó a donde terminan los bosques y comienzan los prados. La luz solar le hizo daño a los ojos y ella gateó a través del suelo caliente bajo el ardiente sol durante medio día antes de encontrar arbustos de los que beber la energía de su sombra. Zoe pudo sentir una humedad cerca y vio hojas de hierba verdes por delante. Había pequeños seres blancos y lanudos moviéndose sobre las colinas y Zoe pudo sentir los espíritus dentro de las bestias, pero nunca había conocido antes a los de su tipo.

"Por favor no toques a mis criaturas," oyó decir a una voz. Una ninfa corrió hacia ella, parecida a las rojas que Zoe había conocido pero de forma y actitud más suaves. Su cabeza estaba cubierta de tallos de trigo y su piel era tan clara como el sol. "Creo que será mejor que tú te quedes en tus bosques y que yo proteja mis campos."

"¿Qué temes que dañará tus campos?" preguntó Zoe, poniéndose de pie, y mirando a los ojos a la ninfa blanca.

"Guerreros han masacrado antes a mis ovejas, robado su lana, tomado su cuero, y comido su carne."

La tristeza inundó a Zoe ante el pensamiento de que las bestias fueran destrozadas de esa manera y ella se sintió identificada.

"Los humanos no se preocupan por los menos inteligentes. No ven ningún daño en destruir la vida que hay por debajo de ellos ya que se creen superiores, al igual que Heliod es mi superior."



"Tú eres una Euforiana," observó Zoe.

La ninfa asintió con una sonrisa brillante pero esta asustó a Zoe como un pastor conduce un rebaño, casi juguetonamente. Zoe comprendió que esta ninfa, como ella, sólo quería proteger su hogar. A Zoe le pareció que toda la naturaleza era dañada por los humanos.

Ella, una vez que hubo vuelto al bosque, bebió de un arroyo. Quería ver hasta dónde se extendía y alimentaba a los árboles en sus florestas para asegurarse de que su querido hogar tuviera todo lo que necesitara en períodos de sequía o tiempos calurosos. También sintió que podría haber una Euforiana del agua misma. Esta también podría tener conocimientos de los peligros que acechan en las profundidades de los ríos, lagos y lagunas.

Zoe viajó lejos de la arboleda por un par de días antes de toparse con un acantilado. Sus bosques terminaron de repente, haciendo que su corazón rebotara con una ansiedad que ella nunca había experimentado. Por delante había un lago, un gran cuerpo de su agua vital. Ella ya no temió su agotamiento pero se preguntó qué más había dentro.

No pasó mucho tiempo antes de que su mirada captara un chapoteo por delante. ¿Esa era una criatura? Zoe vio a otro ser como ella, con el rostro similar a la de una doncella humana. Pero en vez de hojas exuberantes esta ninfa ondulaba como olas, como si hubiera sido moldeada del líquido del que el bosque de Zoe necesitaba para vivir. Al principio la náyade le saludó con una mano palmeada pero luego se sumergió en el agujero acuoso y no regresó por bastante tiempo.

Zoe, demasiado curiosa para irse en ese momento, se sentó cerca del borde del acantilado y observó a la figura haciendo círculos bajo la superficie. Esta bailó bajo las olas como Zoe había bailado bajo los árboles. El rostro azul miró hacia arriba, sonrió juguetonamente, y voló fuera del agua hasta donde Zoe estaba sentada. Flotó a su lado, sus ondulantes brazos extendidos y sus sombras estrelladas moviéndose contra el cielo azul.

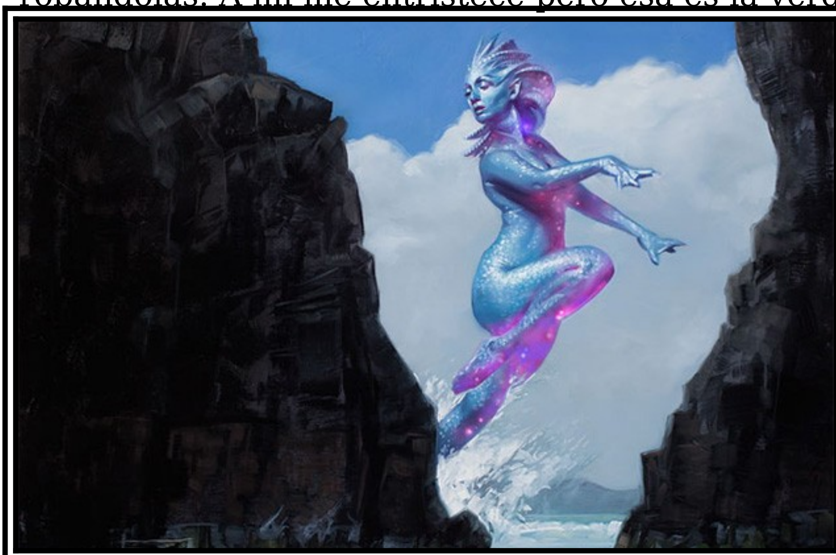
"Nuestros hogares se tocan pero nosotras no podemos jugar juntas," dijo la ninfa. "¿Sabes? Yo tengo que mantener a salvo de tus bestias a mis amigos subacuáticos. ¿Puedes volver por favor? Por favor regresa a tu seco hogar."

"Espera... aunque yo extraño a mis hermanas debo admitir que tus profundidades me parecen peligrosas. ¿Puedes enseñarme el peligro dentro?"

La náyade, vadeando por el aire, reflexionó. "Hay krakens morando por debajo, y tiburones, anguilas, y muchas, muchas criaturas más. Sin embargo algo horrible flota sobre mis olas, siempre causando matanza."

Zoe sintió miedo de lo desconocido pero le siguió el juego de enigmas con la náyade. "¿El ser vuela? ¿Planea?"

"No planea, no vuela, crea dispositivos desde tu hogar allá en lo alto. Usa estos para torturar a mis criaturas, matándolas, robándolas. A mi me entristece pero esa es la verdad."



"Oh, no." susurró Zoe. "Humanos."

"Sí, sí, los mortales que se paran sobre dos piernas hechas de carne y hueso. A los humanos no les importa nada más que ellos mismos." La náyade se arrodilló, giró y volvió a sumergirse en su fresco hogar.

Zoe se estremeció un poco antes de volver a la seguridad de sus árboles. El nuevo sentimiento de desesperación creó un túnel en el corazón de Zoe. Un túnel vacío que no contuvo el amor como el que ella sentía por el resto de los animales que había conocido. El humano era la única criatura que Zoe no parecía entender. Tal vez una Euforiana más le podría responder. Ella había oído hablar sobre una que vivía cerca de Zoe pero que decían que quería permanecer sola.

Zoe se arriesgó a viajar a las partes más oscuras de su bosque. Las áreas donde las sombras parecían arrastrarse y los árboles parecían más muertos que vivos. Finalmente, llegó a una profunda y oscura cueva. Estrellas aparecieron en su interior.

"¡Aléjate!" exclamó una voz.

Zoe, entrecerrando los ojos, pudo distinguir una figura oscura, delgada como ella y resplandeciente



de estrellas. Este rostro no era juguetón o cariñoso como el de las otras ninfas, igual de hermoso pero triste. Este rostro, rodeado por la oscuridad, conocía la pena como Zoe había experimentado en su primer día de existencia.

La ninfa habló tranquilamente, inquietantemente. "Estoy esperando una muerte. No me molestes."

Mientras Zoe se acercó con cautela al sonido vio a un cazador al otro lado del arroyo, con el arco preparado y un lobo reposando a la vista.

"¡No!" gritó Zoe. El humano se volvió y los dos hicieron contacto visual. Zoe, sin pensarlo, comenzó a cantar una encantadora canción que llamó la atención del hombre.

"Una dríada," susurró él. "Una hermosa criatura." Él hombre dejó caer su arco. "Ven a mí," dijo él. El humano se dirigió hacia Zoe lentamente, abriendo los brazos.

Ella giró y corrió pero oyó un fuerte chapoteo. Cuando regresó sobre sus pasos hacia el sonido vio a la figura humana extendida, ahogada en el arroyo. No sintió pena sino orgullo por haber salvado la vida del lobo.

Zoe observó cómo la ninfa oscura de antes se acercó al cadáver inmóvil. La solemne criatura se balanceó por encima del cuerpo, estirando los brazos y tirando rítmicamente mientras aulló una sombría melodía. Rodeó el cuerpo mientras sus manos dibujaron lo que pareció un humo blanco. Su encantadora danza se detuvo una vez que la bruma regresó dentro de las manos estrelladas de la lámpade. La ninfa desapareció poco a poco dentro de la cueva, de la que Zoe no vio regresar ni a la lámpade ni al alma humana.

Después de que el silencio de la perturbación murió y el sonido de los pájaros cantando se restauró Zoe también regresó a su camino a casa. Una mañana más tarde Zoe estaba de vuelta en su olivar. Sus hermanas la recibieron con los brazos abiertos y ellas danzaron con los árboles mientras Zoe les cantó la canción de su viaje.

Príncipe Anax

Anax corrió por el borde del gimnasio. El sol escaldante del verano se estaba poniendo alto en el cielo. Estaba transpirando y sus pulmones ardían pero aquello se sentía bien.



Pasó corriendo al lado del estante de lanzas y espadas, al lado del pesado puesto de escudos de práctica, al lado de los mandiles de cuero y pilas de piedras. Pasó corriendo por delante de soldados vestidos con armaduras haciendo ejercicios de muros de escudos, por delante de hombres lanzando pesos en el pozo de arena.

Corrió una vez a través del jardín, en busca de unos minutos de sombra. No se suponía que uno pudiera pasara por allí. Pero Anax era el hijo primogénito del rey Athanas y por lo tanto nadie lo detuvo.

Las termas estaban llenas esa tarde en particular. Era temprano para que la multitud llegara en circunstancias normales pero faltaba solo una hora para la audiencia final de Padre con los Setessanos. Se esperaba que todos estuvieran allí, tanto para ser parte del despliegue como para ver qué pasaría.

Anax permaneció en la bañera, disfrutando del agua fresca en su piel. Poco después, el agua se tornó completamente fría, y comenzó a temblar. Salió y se secó. La voz de su hermano menor

vino detrás de él con un reproche apenas oculto. "¿Y qué estuviste haciendo esta mañana?"

Anax giró hacia Timoteo. Le llevaba dos años pero él nunca había sido grande y su hermano nunca había sido pequeño. Ahora ellos eran del mismo tamaño aunque tal vez los brazos de Timoteo eran un poco más robustos. Desnudos, estaban a la vista de cualquiera que quisiese verlos. Nadie mostró la intención de hacerlo, pero no escasearon las miradas de refilón de los hombres que les seguirían a la batalla en la mitad de una década.

"Terminé la *Retórica Eficaz* de Archaelos y corrí once vueltas alrededor del gimnasio," dijo Anax.

Timoteo resopló. "Yo tiré el peso de quince kilos un metro más allá de mi anterior marca y he hecho ejercicios de lanza con un comandante de Lukos."

Anax caminó hacia el taburete donde estaban dobladas sus ropas y empezó a vestirse. Timoteo se volvió para irse pero miró por encima del hombro. "Cuando el ejército Setessano se aburra de hablar, ¿cuál es tu plan? ¿Correr?"

Unos pocos hombres cercanos ahogaron risitas. El rostro de Anax se puso rojo de ira.

* * * * *

La embajadora Setessana entró en la sala de audiencias con su séquito, vestida con ricos ropajes verdes. La cámara estaba completamente llena de guerreros Akronienses alineados en formación. La embajadora se acercó al estrado e hizo una reverencia a su padre. "Rey Athanas, es muy desafortunado que no podamos llegar a un acuerdo."

Madre y Padre estaban erguidos y orgullosos, con sus capas rojas bordeadas de oro. Anax, Timoteo y su hermana Pelagia estaban junto a ellos. Los ojos de Padre lanzaron puñaladas a la embajadora. Unos cuantos pelos grises habían aparecido en su barba. "Usted conoce mi posición. Es libre de disputarla en el campo de batalla si así lo desea."

La enviada sonrió sin alegría. "El consejo Setessano es paciente y tiene buena memoria." Ella señaló con el brazo a Timoteo. "Quizás nosotros comencemos esto con tu heredero."

Padre puso su brazo derecho en el hombro de Anax y frunció el ceño. "Éste es Anax, mi primogénito."

La embajadora miró a Anax de arriba a abajo y después frunció el ceño. "Majestad, su adhesión a la tradición es admirable."

Padre dejó caer su brazo derecho sobre la empuñadura de su espada. "Y vosotros son un consejo de cobardes. Es hora de que se marchen."

La embajadora hizo una reverencia y sacó a su comitiva de la habitación sin decir ni una palabra más. Los asistentes cerraron la puerta detrás de ellos y padre habló. "Les ofrecí a los Setessanos lo que yo pensé que era justo a cambio de las reclamaciones que ellos trajeron y eso no fue suficiente. Puede que traigan un ejército o

puede que no." El sacó la espada y la levantó por encima de su cabeza. "Pero si lo hacen nosotros los aplastaremos."

Los soldados rugieron su aprobación.

"Rompan filas," le gritó él a la habitación y los soldados salieron. Cuando se fueron Padre se agachó y miró a sus hijos. Los observó a ambos como si los viera por primera vez. Sus ojos brillaron de orgullo mientras miró a Timoteo. Cuando él se trasladó a Anax frunció el ceño y no hizo nada para ocultar su desprecio.

* * * * *

Anax estaba sentado frente a Georgios, el anciano que servía de tutor personal a los hijos del rey Athanas. Su sonrisa tiró de las arrugas alrededor de sus ojos y boca. "¿Estas listo para comenzar?"

Anax asintió. "Tesis: A Padre no le agrado."

Georgios retrocedió sorprendido. "¿Qué te hace decir eso?"

"Él me miró ceñudo hoy y a mi hermano con orgullo. Sucedió en frente de todos y yo estoy seguro de que mucha gente estaba mirando."

Georgios se recompuso. "¿De verdad crees que eres tú lo que no le gusta?"

"Yo no tengo otra explicación."

El anciano sonrió. "Tesis: Un rey debería valorar el bienestar de su reino sobre las preferencias individuales de sí mismo o de cualquiera de sus súbditos."

Anax pensó. "Eso tiene sentido."

"Tesis: La decisión más importante que hace un rey es elegir a su heredero."

"¿Las leyes de herencia no son claras?"

"¿El rey tiene autoridad para cambiar las leyes?"

Anax abrió los ojos de par en par. "Me voy al gimnasio."

Georgios le dirigió una mirada de desaprobación. "Esa no es una tesis ni una pregunta."

El estudiante se puso de pie. "Y yo soy el Príncipe de Akros. Gracias por la lección, Maestro Georgios."

Georgios se puso en pie con una sonrisa. "Ha sido un placer. "

* * * * *

El sol ya se estaba poniendo cuando Anax llegó al gimnasio. Se dirigió al pozo de arena, donde estaban los pesos, y vio que también había otro muchacho. Era más alto y más fuerte que Anax y, probablemente, algunos años más viejo.

El otro muchacho lo miró con una leve sonrisa y luego al sol poniente. "Un poco tarde para empezar a trabajar, ¿no crees?"

Anax se desanimó por un momento luego el fuego empezó a arder en su vientre. Se incorporó y caminó hacia el otro con propósito.

El reconocimiento y el horror se apoderaron de su rostro y el muchacho retrocedió. "Oh no, lo siento. Eh, hola, soy Zotikos. Yo no te he visto usar esto antes pero podría mostrarte cómo."

Anax entró en el pozo de arena. "Me agradaría mucho."

El niño mayor tomó uno de los pesos más pequeños en una mano e hizo un gesto para que Anax hiciera lo mismo. "Muy bien. Abre las piernas hasta que tus pies lleguen al ancho de tus hombros. Sostén el peso con ambas manos. Empújate hacia fuera con tus caderas así y el peso debería salir volando hacia delante. Trata de subirlo hasta tu pecho pero sin usar demasiado tus brazos." Él demostró algunas repeticiones y luego se detuvo. "Eso es todo lo que deberías hacer para empezar. Tú también puedes lanzarlos pero no deberías hacerlo hasta que estés acostumbrado a ellos."

Anax asintió. Alzó el peso y trató de imitar los movimientos del otro. Después de varias repeticiones, sus hombros, espalda y caderas lo estaban matando.

Zotikos observó su esfuerzo. "Deberías parar."

Anax dejó caer el peso y gruñó. "Yo puedo seguir adelante."

Zotikos asintió. "Y entonces no podrás volver mañana. Detente y recupera tus fuerzas. Así crecerás más rápido en el largo plazo."

Anax asintió.

"Otra cosa. Suelo verte corriendo a menudo alrededor de la pista." Zotikos señaló el montón de cuero que había al lado de los soportes de armas. "Para eso son los delantales que hay allí. Te pones uno, colocas algunas rocas en el bolsillo y corres. A muchos niños no les gusta hacerlo porque es el infierno en sus piernas pero parece que a ti te gusta correr por lo que podría ser bueno para ti. Podría ser tu panacea." El rió de su propia broma.

Anax asintió. "Si no te importa me gustaría encontrarte aquí a esta hora todos los días. Puede que empiece tarde pero te prometo que trabajo duro," dijo y lanzó su mejor sonrisa principesca.

Zotikos lo consideró por un momento demasiado largo y luego dio una sonrisa calculadora. "Me agradaría mucho."

* * * * *

Al día siguiente Anax probó los delantales con los pesos como Zotikos le había dicho.

Era lógico que a los otros chicos no les gustara porque era difícil. Pero el lo mantuvo así durante sus entrenamientos matutinos y eso lo volvió más fuerte. Ya nunca volvió a llegar tan lejos como antes con el delantal puesto pero el hecho de correr ya no era el punto más importante. Las sesiones al atardecer con Zotikos también continuaron aunque rápidamente se hizo evidente que el chico mayor era bastante más hábil que Anax.

Una noche Anax lo presionó. "¿Por qué me ayudas?"

"Tú eres el príncipe," dijo Zotikos contestando más rápido que un parpadeo.

Anax dejó caer su peso en la arena. "Aún así no tienes que hacerlo. Al igual que no tienes que venir aquí todas las noches. ¿Por qué seguir haciéndolo?"

Zotikos suspiró. "Mi padre es un común soldado de infantería y no tiene ambición de subir más alto. Yo entreno para superar su posición." El bajó el peso y se estiró. "Y parecía que tú estabas buscando un amigo."

Anax se acercó y mostró su rostro más serio. "¿Yo soy un amigo? ¿O sólo soy el príncipe?"

El muchacho mayor se bajó sobre una rodilla y miró la arena. "Lo siento, su alteza..."

"Anax." El príncipe extendió la mano, con la palma hacia arriba. "Levántate." El muchacho mayor miró hacia arriba y se puso de pie. "En los pasillos del palacio, cuando yo llevo una corona de laurel, tú puedes usar mis títulos. Pero no aquí." Anax retrocedió hasta el peso que había estado usando. "Aquí..." y él lo levantó, "Yo soy Anax."

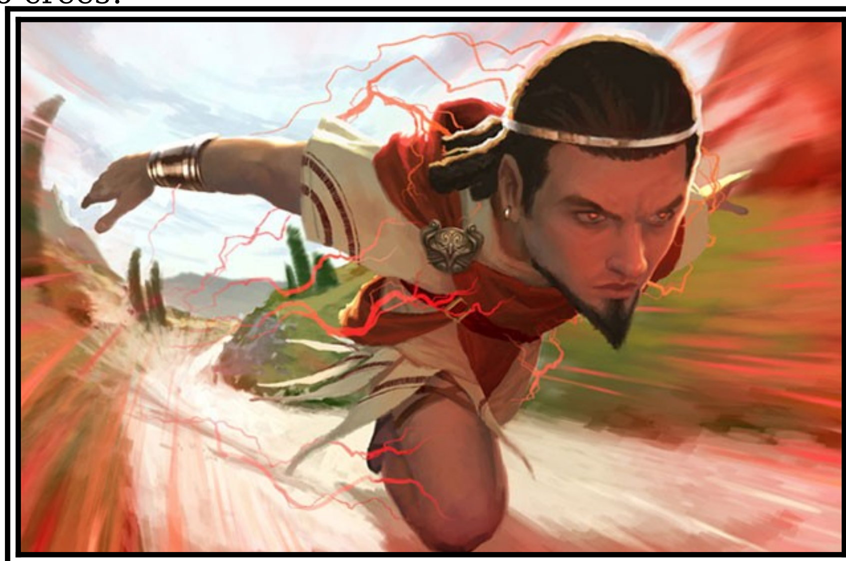
Zotikos no dijo mucho por el resto de la noche. Al día siguiente, sin embargo, habló un poco más.

En las siguientes semanas Anax ya había esperado el dolor y el aumento de fuerza. Lo que no había esperado era que los otros soldados comenzaran a mirarle a él y a su hermano con un crítico interés.

Anax se sentó frente a Georgios en la pequeña aula. Sus piernas estaban muy doloridas pero se sentían bien y también se estaban volviendo más anchas. "Tesis: Me estoy haciendo más fuerte."

Georgios sonrió y asintió. "Defiende tu argumento."

"¡Pero tú lo crees!"



El anciano lo miró de reojo. "Lo sé, pero esta es una lección sobre retórica. Convénceme."

"Ayer yo corrí once vueltas en la pista de arena con cuatro pedazos de rocas en mi delantal."

Georgios asintió. "Así que puedes correr."

"Tiré el peso de quince kilos un metro más lejos que mi mejor marca."

El volvió a asentir. "Así que eres más fuerte. ¿Cómo peleas?"

Anax hizo un ligero puchero. "Eso no era parte de mi argumento."

Georgios dio una risita. "Tesis: Tendrás que convencer a más gente que solo a ti mismo de que estás listo para gobernar Akros."

Anax suspiró. "Admito tu tesis. ¿Cómo hago eso?"

Georgios levantó una ceja. "No lo sé. Si yo fuera bueno en ese tipo de cosas podría haber terminado en una posición más alta que el tutor personal de los hijos del rey. Pero si sé que los Juegos Iroanos se llevarán a cabo en cuatro meses y que se espera que tú compitas en al menos un evento de la división juvenil."

"Igual que mi hermano," respondió Anax desanimado.

"De hecho él ya ha comenzado a entrenar para el pancracio."

Anax frunció el ceño. "El deporte de combate más impresionante en los Juegos. Como no."

Georgios entornó los ojos en señal de de fastidio. "Tesis: Cuatro meses es mucho tiempo."

"¡Eso es indefendible! 'Mucho' es relativo."

"Tesis: Tú entendiste mi punto." El miró a su estudiante. "Podrías entrenar para cualquier evento y estar listo a tiempo."

Anax sacudió la cabeza, sonriendo levemente a pesar de sí mismo. "En *La Historia de las Guerras Setessanas* de Rhode ella habla de la sabiduría ocasional de atacar audazmente al enemigo con todas tus fuerzas. Si tú ganas, ganas totalmente."

"Pero si pierdes, también pierdes totalmente."

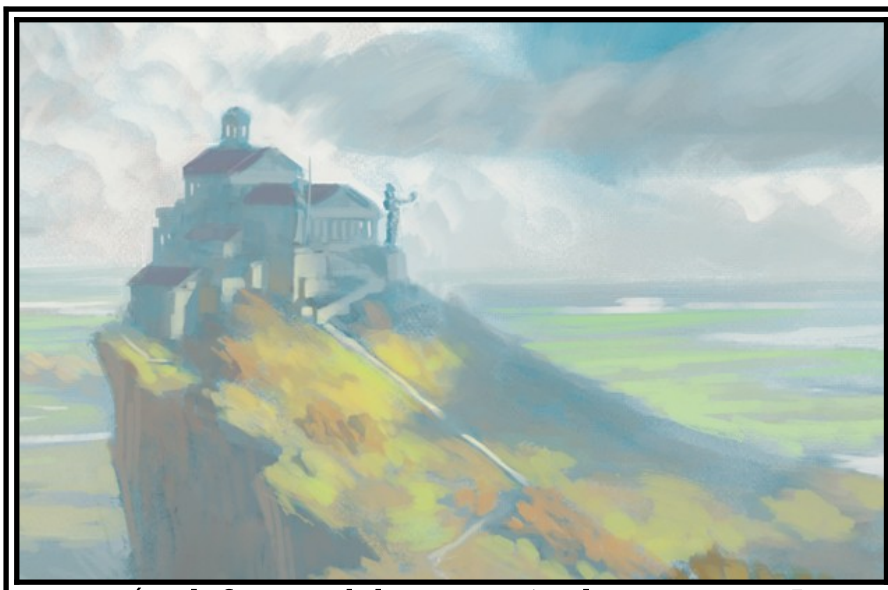
"Tesis: Yo ya estoy perdiendo."

Zotikos se rascó la cabeza. "Quizás tú ya sepas esto mejor que yo pero este camino es arriesgado."

Anax sonrió. "Yo tengo algunas ideas. "

* * * * *

Anax se acercó a una propiedad cerca del borde del Kolofón. Había una pequeña puerta y una pequeña valla, y a ambos lados de la puerta había dos grandes piedras con el nombre "Sinon" talladas en ellas.



La propiedad era de tamaño mediano. Sinon no era exactamente noble pero había sido el campeón defensor del pancracio durante tres Juegos consecutivos y la victoria absoluta podría traer a un hombre cierta riqueza no menor.

Cuando Anax entró por las puertas un criado se le acercó y se inclinó. "Su Alteza, ¿cómo podría ayudarle alguien tan humilde como Sinon?"

Anax miró con calma al criado. "Yo sólo deseo hablar con él."

"Por supuesto, Su Alteza." El sirviente salió corriendo.

Regresó un par de minutos más tarde y dijo: "Sígame por favor."

Anax lo siguió a una habitación donde estaba sentado un hombre, un hombre que sentado ya era alto. No había ni un solo hilo de cabello visible en su cabeza o en su cuerpo y fibrosas venas de músculos ondulaban arriba y abajo de sus brazos.

Anax se sentó frente al hombre.

El hombre miró fijamente a Anax pero sus ojos no dieron nada a entender. "¿Sí?"

"He venido a pedirle el honor de entrenar para los Juegos con usted."

"Levántate." Anax lo fulminó con la mirada pero obedeció. Sinon lo miró de arriba abajo, luego se puso de pie e hizo un círculo alrededor del príncipe. "¿Tienes catorce?"

Anax volvió la cabeza para mirar al hombre mayor. "El mas pasado cumplí quince."

Sinon entornó los ojos. "Quince, claro. Yo tengo tiempo para un solo alumno. Y tú te ves un poco menos prometedor que el que yo ya estoy entrenando."

"¿Disculpe?"

El volvió la cabeza hacia el patio de la finca y gritó "¡Timoteo, ya estoy contigo!" Sinon miró a Anax y se encogió de hombros. "Lo siento."

* * * * *

"Parece que el encuentro no fue nada bien," dijo Zotikos. El gimnasio, como de costumbre, estaba casi vacío esa noche y sólo Anax estaba al alcance del oído del otro muchacho.

Anax extendió las piernas, se dobló sobre su pierna derecha y estiró el músculo isquiotibial izquierdo. "Sí."

Zotikos hizo círculos en el aire con sus brazos. "Igual tú siempre puedes elegir otro deporte."

Anax se tocó los dedos de los pies durante varios segundos. "Yo ya le dije a Padre que iba a hacer el pancracio."

"Oh." Los brazos de Zotikos cayeron a sus lados. "Tal vez yo podría ayudar. Vamos a sacar todo lo que está en el medio." Ellos movieron los pesos al lado del pozo de arena y luego preguntó: "¿Entonces, cómo funciona esto?"

"Nosotros luchamos hasta que alguien queda inconsciente o se rinde pero no se puede morder o arrancar los ojos."

Zotikos levantó una ceja.

"Sí."

"Y tú eres un poco bajo," dijo Zotikos, "así que golpear no parece ser una gran idea para ti."

"Pienso que simplemente amenazaré con llaves de articulación hasta que se rindan. No puedo imaginar conseguir un nocaut."

Zotikos se rascó la cabeza. "Eso suena bien."

Anax se encogió de hombros. "¿Quieres probar?"

Zotikos cayó en una postura trasera y sus ojos se pusieron fríos. Anax hizo lo mismo. Se agachó y trató de ponerse más bajo que el centro de gravedad de Zotikos pero el otro chico giró fuera de su agarre en el último momento posible, colocando su mano en la parte posterior del cuello de Anax. Zotikos empujó con fuerza, Anax tropezó con el pie plantado de Zotikos y aterrizó boca abajó contra la arena. El chico mayor cayó sobre Anax, agarró su brazo derecho y tiró.

Pareció como si el brazo de Anax estuviera a punto de salir de su articulación. "¡Tú ganas!"

Zotikos detuvo la presión. Anax giró su hombro, que todavía dolía. "¿Cómo hiciste eso?"

Zotikos se puso de pie. "No lo sé. Yo sólo... lo hice." El se puso de pie, frunciendo el ceño. "Supongo que eso no ayuda."

Anax también volvió a pararse. "Realmente no."

Zotikos frunció el ceño. "No creo que pueda ayudarte con esto."

Anax asintió. "Supongo que no."

A lo lejos, la puerta del gimnasio se abrió y cerró.

Zotikos miró hacia donde ellos habían puesto las pesas al costado del pozo de arena. "Así que... ¿más lanzamiento de pesos?"

Anax sacudió la cabeza. "Creo que yo he terminado esta noche. Te veré mañana."

* * * * *

Georgios ya estaba en el aula esperando a Anax cuando el príncipe llegó para su lección al día siguiente. "¿Cómo te fue en tu propósito?"

Anax suspiró mientras se sentó. "Sinon ya le está enseñando a mi hermano y él no tomará a otro alumno."

Georgios frunció el ceño. "Eso es desafortunado."

"Sí," pensó Anax. "De todas maneras tal vez el no haya sido el maestro adecuado. Era realmente grande y yo no lo soy. Aunque haya ganado los últimos tres juegos alguien más pequeño que él lo habría vencido en algún momento."

"¿Tú conoces a Kaletor? Es uno de los consejeros de tu padre."

"¿El anciano con la rodilla torcida que camina con una muleta?"

Georgios asintió. "Él compitió en el pancracio durante varios años. No era un hombre alto incluso antes de su lesión y podría estar dispuesto a ayudar. Debes ser cuidadoso con tu acercamiento, porque no guarda buen recuerdo de eso. No se negará a hablar contigo, pero tu padre no le forzará a ayudarte tampoco. Así que yo mismo hablaré con él en tu nombre esta noche."



"Gracias Maestro."

El anciano asintió. "Tesis: Estás dependiendo demasiado de mí."

Anax le mostró una mueca de enojo. "Fue mía la idea de ir al gimnasio todas las noches. Fui yo quien escogió el pancacio, no tú. Yo no puedo saber la historia de cada hombre que hay en el palacio pero te dije exactamente lo que estaba buscando en un profesor. Y," dijo él, " 'demasiado' no es suficientemente específico como para defender."

El maestro asintió y sonrió. "¡Muy bien!"

* * * * *

El estudio de Kaletor era austero, poco más que una celda con una mesa y dos sillas. El hombre mismo era igual de severo, con la mandíbula cincelada y la cabeza cuadrada cubierta de pelo rizado y plateado. Las arrugas de su ceño se hallaban bien hundidas en su rostro y su rodilla hinchada era tan nudosa como la rama torcida que usaba como bastón.

Kaletor miró al príncipe desde su asiento con una sincera confusión. "Tu maestro me dice que deseas competir en el pancracio dentro de cuatro meses."

Anax se irguió tan alto como pudo. "Le prometí a Padre que lo haría pero, honestamente, no sé ni lo más básico de cómo se hace. Me preguntaba si usted estaría dispuesto a ayudarme."

"Cuatro meses no es ni de cerca suficiente para ser una amenaza y ganar tu división."

Anax sacudió la cabeza. "Yo no necesito ganar todo el evento. Solo necesito impresionar a la gente." El pensó. "Y si llego a cruzarme con mi hermano definitivamente necesito vencerlo."

Kaletor se rascó su barba plateada. "Yo te puedo dar una oportunidad en eso si estás dispuesto a esforzarte."

"También debe saber que Sinon lo está entrenando."

El fuego parpadeó en los ojos del anciano. "En ese caso me sentiré honrado de ayudarte."

Anax mostró una hambrienta sonrisa. "Yo entreno con uno de mis amigos todas las noches en el gimnasio. La mayoría de la gente no nos ve allí ya que nos quedamos hasta tarde.

Kaletor recogió su bastón. "Estaré allí."

* * * * *

Kaletor fue fiel a su palabra y comenzó a enseñar a Anax y Zotikos esa misma noche. Con su rodilla nudosa no podía demostrar técnicas por sí mismo pero a pesar de la lesión demostró ser un maestro capaz.

La primera lección de Kaletor fue que Anax debía acercarse a sus contrincantes inmediatamente. Un oponente más bajo que Anax también sería más débil una vez que Anax consiguiera ponerlo en el suelo. Un oponente más alto que Anax tendría un alcance más largo antes de que comenzara el ataque y no había razón para arriesgarse a recibir un nocaut temprano por un golpe desafortunado a la cabeza. Además, eso ahorraba tiempo de entrenamiento, así que se concentraron exclusivamente en la lucha.

La segunda lección de Kaletor fue cómo conseguir derribar al oponente. Anax no era tan fuerte como los otros chicos de su edad - aunque estaba empezando a ponerse al día- y su mejor oportunidad era colocarlos primero contra el suelo, donde la técnica podía superar la fuerza bruta.

Después de todo eso Kaletor comenzó a enseñar a Anax todas las formas de ganar realmente una pelea. Había llaves que dislocaban brazos y piernas, y unas que las rompían. Estas, dijo él, eran las maneras más fáciles de ganar para el combatiente más débil. Había muchas de estas llaves y a él le hicieron falta varias noches para aprender todas ellas.

Una noche Anax y Zotikos estaba practicando varias llaves. Anax se decantó por una llave en el tobillo pero Zotikos se liberó de ella y Anax terminó con el pie de su amigo por encima de su hombro derecho. Sintió la rodilla de Zotikos llegar al final de su extensión y comenzó a empujar aún más.

"¡Deténganse!" Ellos lo hicieron cuando la voz de Kaletor tuvo una extraña nota de miedo. "¡Eso fue muy peligroso!" El se acercó cojeando a los dos muchachos y dijo: "Anax, estoy impresionado de que hayas encontrado eso pero tú podrías haberle lisiado. Si empujas lo suficiente para forzar una sumisión desde allí el otro hombre no volverá a caminar normalmente. Nunca más. Al menos les tienes que dar la oportunidad de rendirse antes de eso así que no uses esa llave."

Anax se levantó y se quitó la arena de sus brazos. "¿Eso es lo que te pasó?"

Kaletor entrecerró los ojos.

Algunas gotas de sudor corrieron por el rostro de Anax. "Fue Sinon, ¿no?"

Kaletor asintió.

"¿El le enseñaría a mi hermano a hacer eso?"

La expresión de Kaletor se oscureció. "No me sorprendería."

"¿Qué podría hacer yo al respecto?"

Kaletor se perdió por un momento en sus pensamientos. "Ha pasado mucho tiempo. Muéstrame cómo llegaste a hacer eso."

Los muchachos se lo mostraron de nuevo y él frunció el ceño. "Zotikos, hay un gancho de talón en el que puedes atraparlo justo allí. Agarra su talón, pon tu pie contra su estómago y tuerce solo un poco."

Zotikos lo hizo y Anax gritó. "¡Eso duele!"

"No empujes más fuerte. Si pones algo más de fuerza en eso -y de verdad quiero decir algo más- le romperás el tobillo, y tal vez algo peor. Es desagradable pero funcionará."

Anax sonrió un poco. "Me gustaría intentar eso."

"Anax," dijo Kaletor. El príncipe miró a su maestro. "Te lo mostraré porque confío en ti. Prométeme que no le harás daño a nadie."

Anax asintió. "Yo necesito ganar, no romper gente. No quiero herir a nadie."

"Bien. Ahora cambien de posición y yo también te lo enseñaré a ti."

Kaletor les enseñó a ambos el gancho de talón esa noche, y muchas otras cosas en los días posteriores. Lenta y dolorosamente, Anax mejoró, y ambos, maestro y alumno, comenzaron a creer que Anax podría estar listo.

* * * * * *

El estadio estaba completamente lleno para la división juvenil del pancracio, algo que no era el estado habitual de los asuntos. Lo normal era que sólo asistieran los padres de los competidores pero debía haberse corrido la noticia por todo el Kolophon de que los hijos del rey iban a competir. Incluso los pasillos estaban llenos de espectadores de pie.

Los primeros dos combates de Anax fueron fáciles. Sus dos oponentes eran unos años más jóvenes que él y tampoco tenían mucho control sobre cómo funcionaba su cuerpo. Después del entrenamiento de Kaletor ninguno de los dos planteó un gran desafío.

Sin embargo, en la tercera ronda, Anax se encontró con su hermano. Timoteo tenía alcance y por lo tanto intentó comenzar con golpes. Su primer gancho fue sólo un amague, demasiado lejos para ser una seria amenaza. El se adelantó y luego lanzó un verdadero golpe. Anax podría haberlo bloqueado y caer sobre él pero en vez de ello lo esquivó y retrocedió.

Timoteo movió su peso hacia adelante y lanzó una patada hacia la ingle de Anax. Esta vez Anax fue lo suficientemente rápido para

lanzarse dentro del alcance de la patada. Agarró el muslo de su hermano y el hombro opuesto y empujó, y así los dos cayeron al suelo.

Anax aterrizó encima de él pero Timoteo se recuperó más rápidamente y comenzó a girar en posición para una llave de tobillo - un movimiento seguro- uno que obligaría a Anax a rendirse pero que planteaba poca amenaza de lesión. Anax estaba a unos cuantos centímetros de la posición de un gancho de talón pero a menos que Timoteo se extendiera demasiado no habría manera de que Anax lo alcanzara.

Anax cambió ligeramente su peso, ofreciéndole a Timoteo la oportunidad de una llave diferente: la barra de rodillas que había incapacitado a Kaletor. Timoteo lo hizo sin pensarlo dos veces. Sin embargo Anax estaba listo para él y atrapó el talón de su hermano en el último momento posible. Lo retorció, apenas lo suficiente como para que él se diera cuenta, y Timoteo se congeló y levantó el dedo índice.



Anax y Cymede

La multitud aplaudió cuando los dos muchachos se pusieron de pie. El rostro de Timoteo fue una máscara de rabia mientras se alejó.

Cuando los aplausos al fin callaron Anax miró a su hermano con desprecio. "Estoy decepcionado," dijo lo suficientemente alto como para ser escuchado pero lo suficientemente bajo como para que no pareciera nada más que una conversación privada.

Timoteo se quitó la arena de sus hombros y se volvió para mirar a su hermano. "¿Qué?"

Un silencio se extendió entre la multitud. Muchos de los espectadores inclinaron la cabeza para escuchar. "Tú podrías haber ganado con seguridad pero yo te di la oportunidad de quebrarme para siempre de la misma manera en que Sinon hizo con Kaletor y tú la tomaste." Un asombro apareció en muchos rostros de la multitud. Anax se mostró arrogantemente decepcionado, a propósito. "Y al final yo podría haberte desgarrado tu tobillo, tú nunca habrías vuelto a caminar. Pero ¿quién querría servir a un rey que dejó paralítico a

su propio hermano?" El dio tres pasos y miró por encima del hombro. "Yo no lo haría."

Murmullos estallaron por todo el estadio. Anax salió del anillo sin decir nada más y se preparó para la siguiente pelea, haciendo todo lo posible por ignorar a la multitud. Deseaba profundamente gritar por su triunfo, o al menos sonreír. Pero eso no es propio de un príncipe, así que no lo hizo.

Perdió su próxima pelea con un joven alto que estaba por llegar a la mayoría de edad y era más fuerte y más hábil. Sin embargo, después de las respetuosas miradas que todos le dieron a Anax él no necesitó una visita de Iroas para saber que había ganado.

* * * * *

Anax se encontraba en el patio privado del palacio con su padre, su madre y su hermana. Timoteo estaba arrodillado en el centro del patio. A tres metros de él estaba un hombre corpulento sosteniendo un látigo. El hombre levantó el látigo detrás de su cabeza.

Crack.

Una fina línea roja apareció en la espalda de Timoteo. La herida sanaría pero él llevaría su marca para siempre. Tal era el costo del crimen político en Akros.



Crack.

Apareció una segunda línea roja. La sangre de la primera comenzó a gotear. Este castigo era una interpretación liberal de las leyes de traición Akronienses pero el rey Athanas estaba furioso con su segundo hijo y había insistido.

Crack.

Una tercera línea apareció. Nadie olvidaría que Timoteo había tratado de dejar paralítico a su futuro rey.

Padre se volvió hacia Anax y la sombría mirada en su rostro se volvió un poco menos severa. "Hemos comenzado el proceso de encontrarte esposa. Estamos considerando a una joven llamada Cymede, procedente de una poderosa familia que haríamos bien en aplacar, pero ella también es hermosa. Será una buena reina para tí."

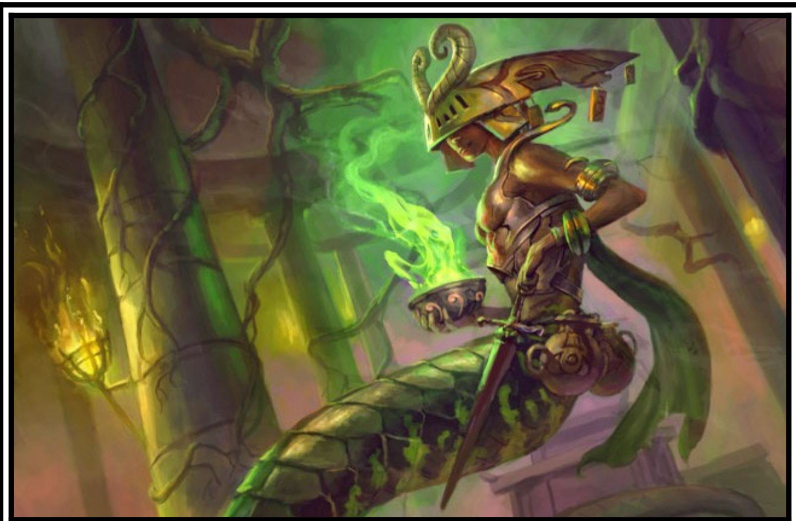
Anax deseó profundamente gritar por su triunfo, o al menos sonreír. Pero eso no es propio de un príncipe, así que no lo hizo.

La Confesión Perdida

Ajani,

Te escribo esta carta a sabiendas que no la leerás nunca. Cuando acabe estas palabras voy a enrollar el pergamino, lo meteré en un vial de cerámica y lo hundiré en un pantano. Esto es lo que hacen aquí con las plegarias, o al menos con las de Farika, que parece ser la diosa de las pociones. También es la diosa del veneno así que quizás estas palabras sólo empeoren las cosas para mí. Aún no entiendo este plano. He estado muy ocupada intentando no morir. Pero estoy saliendo adelante.

Te dije una vez dónde conseguí mi espada. Es de un plano llamado Theros, y es ahí donde estoy. Tengo recuerdos brumosos de mi primera visita hace años. Un inmenso bosque de retorcidos olivos y un vertiginoso precipicio hacia una gran extensión rocosa. Cuando llegué esta vez, acabé en un sombrío pantano cerca de la entrada de una cueva. Fue un golpe de suerte ya que la cueva es un templo y está bajo el cuidado de estos sacerdotes adoradores de serpientes que son fríos pero eficientes. Afortunadamente, a los sacerdotes no les importa de donde vengo ni tampoco quieren ninguna compensación por su ayuda. Hoy ellos pusieron este lápiz de carbón en mi mano. Sé que quieren que



escriba mis oraciones... ¿Pero cómo podría hacerlo si no entiendo la naturaleza de lo divino?

Koth me dijo que te vio una segunda vez después de Urborg pero nunca me dijo las circunstancias. Espero que no hayas intentado encontrarme en Mirrodin pero al menos sabes algo de lo que ha pasado. Ya sabes que Pirexia embistió y engulló el plano metálico. También que una joven mirrodiana llamada Melira nos proveyó de inmunidad natural a la infección pirexiana. Tú has deambulado por los planos más que yo así que probablemente entiendas la infección mejor que yo.

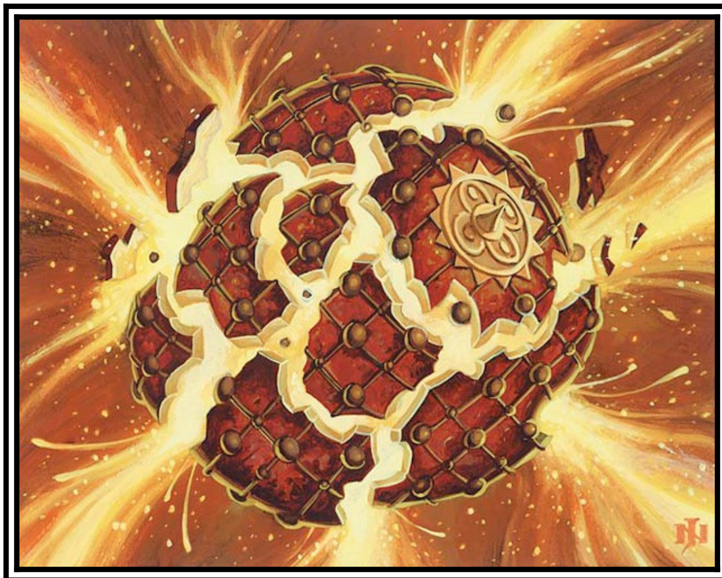
Koth es... fue... un hombre extraordinario. No sé si sobrevivió. Por lo que sé fue asesinado de una manera brutal y atroz. Ya que Koth también era inmune a la infección ellos deben haberlo despedazado para llevar a cabo su propósito. Los pirexianos están especializados en desmembramiento y nos prometieron que elegiríamos suicidarnos antes de que pudieran desarticularnos miembro a miembro mientras aún estuviéramos vivos. Pero yo no estuve con él hasta el final así que no puedo saberlo con certeza. Si se ha ido rezo para que haya muerto rápidamente.

Hubo un breve instante después de que Karn se fuera en el que pensé que la resistencia tenía una posibilidad. Los magistrados se peleaban entre ellos por la supremacía. Pero luego ellos empezaron a menospreciar al intruso. A Tezzeret. Aunque la resistencia tenía un limitado acceso a la información creíamos que Elesh Norn había controlado los dominios de Úrabrask y Sheoldred así que concentramos nuestras energías en destruirla. Pero por cada vida que salvábamos ella masacraba ocho, diez, cien más. Y pronto quedaron muy pocos para salvar. En palabras de Elesh Norn, “Nosotros somos una única entidad. Los disidentes deben ser incorporados a la Ortodoxia.”

La vida en Mirrodin era una enfermedad que traspasa las palabras, que traspasa la comprensión. Y aún así, sobrevivimos. Día tras día tras día.... Hasta que no pudimos aguantar más. La resistencia estaba perdida. Había llegado al final. La noche de nuestro último esfuerzo.

Fuimos separados de Melira y sus guardianes. No sé si ellos fueron capturados pero tampoco imagino cómo no pudieron serlo. Koth y yo logramos infiltrarnos en su fortaleza-catedral y orientarnos en esa madriguera de muerte y demencia. Tuvimos que cruzar el Salón del Carnicero para alcanzar la cámara secreta que era usada para ejecuciones “especiales” en los días de Karn. Ahora estaba vacía excepto por el dramático estampado de sangre seca salpicada en el techo, casi como estrellas en el cielo nocturno.

Lo más importante sobre la cámara era que estaba debajo del nuevo salón del trono y que Koth traía una bombahechizo. Los Mirrodianos han tenido bombahechizos a lo largo de toda su historia pero ninguno ha creado alguna así de potente. La modificamos siguiendo los esquemas de Venser. La idea estaba bosquejada en ese cuaderno suyo junto a los planos de los barcos de inspiración pirexiana que podían ir a la deriva entre los planos. No me odies pero me alegro que él haya muerto antes de que pudiese acabar de construir ese barco.



Ajani, rezo para que nunca veas Pirexia. Pero imagina una hoja blanca con una esquina sumergida en un cubo de sangre. La naturaleza dicta que se extenderá hasta que no quede nada más que una mancha roja goteante. Eso es Pirexia. Desde esa noche *todo* quedó marcado por ellos. Los pirexianos consumieron y necrotizaron hasta que Koth y yo fuimos las últimas formas de vida naturales en ese plano innatural. Al menos esa fue la sensación que nos dio.

Supimos que los magistrados estaban reunidos en la sala del trono para seleccionar un nuevo Padre o Madre de las Máquinas. Tezzeret estaba allí también, supuestamente. Pero si lo estuvo era para que los otros lo decapitasen o robaran las partes de su cuerpo para algún nuevo gran constructo. No sabíamos si tendríamos la oportunidad de encontrar a todos los magistrados juntos de nuevo. Esa era nuestra última oportunidad de dañarlos de una manera que pudieran sentirlo realmente.

Yo no pude evitar preguntarme: ¿Qué queda en este mundo para salvar? Vi a los magistrados como los dioses de Nueva Pirexia, no habría un final para ellos. Ellos no necesitaban una mente para llevar a cabo ese genocidio. Esta se encuentra inherente en la propia infección. Elesh Norn, Sheoldred, Jin-Gitaxias... Una cabeza cae otra se alza con un gloriosa perfección. Y Pirexia se extenderá, tú lo sabes tan bien como yo.

Koth dijo: “Si no puedo alcanzar la victoria entonces lucharé para siempre.” Pero esa noche yo alcancé el borde de la eternidad. Ajani, escribir esto me resulta muy cansador. Siento como si trozos de cristal bajasen por mi garganta. Me quedaría ciega si con eso pudiese olvidar todo lo que he visto. ¿Estaba preparada para morir allí, con Koth, y sacrificarme a mí misma por un bien mayor? Él estaba dispuesto. En mi cabeza esa nunca fue una opción. Donde quiera que él esté, sin importar en lo que él se haya convertido, no hay duda que tiene un alma mejor que la mía.

Los pirexianos se percataron de nuestra presencia justo cuando nosotros sellamos la puerta. Fue una cuestión de tiempo que rompiesen las defensas que Koth había desplegado en el lugar. El estruendo de las armas contra la pared fue una cadencia, contando los segundos que faltaban para que estuviesen dentro. Yo no sentí gloria ni deseos de grandeza. Te diré la verdad. Quería que acabara. Quería que ellos lo hicieran. Estaba herida, hambrienta y cargaba sobre mis hombros los nombres de los muertos de ese mundo y de otros muchos. Koth preparó la bombahechizo.



"Vas a irte,"me dijo él.

¿Te has dado cuenta de ese extraño momento? ¿Has sentido alguna vez ese momento en que los segundos parecen cuchillas que se te clavan en la piel? Es la pura verdad pero yo no podía entender lo que me estaba diciendo. Me gustaría decir que protesté: "No, no, debo quedarme y luchar." Algo así. Pero yo sólo le miré, escuchando cómo se doblaba la puerta frente a la determinación de esos intrusos que sólo querían despellejar la piel de nuestros cuerpos todavía vivos.

"Vas a irte," me repitió. "Y no hay nada por lo que volver. Sella este mundo y lanza la llave."

¿Ir adónde? "Koth, no hay hogar para mí. No después de esto." No después de todo.

Koth

¿Te he dicho alguna vez lo que Koth le hizo a Venser? ¿Allá en Urborg, cuando vio que Venser estaba construyendo el barco pirexiano? Recubrió su cabeza en piedra y le coaccionó para que caminara por los planos hasta Mirrodin.

En ese momento fue mi turno pero él simplemente me sumergió hasta las rodillas en piedra y me dejó ahí. Como si fuese una señal de advertencia de lo próxima que estaba la muerte del mundo. Y entonces levantó una pared entre nosotros para evitar que la bombahechizo me hiciera pedazos. Eso es lo que significa Koth para tí. Te ofrece una opción sencilla como si eso lo hiciera fácil. Dejarlo o morir.

Sé que me dirías que le perdonase. Estaba intentando salvarme la vida ya que yo no tenía interés en salvarme a mí misma. Pero le odio por encerrarme dentro de una celda con una puerta controlada por unas manos que no eran las mías. Una puerta con cada una de las pesadillas que he tenido babeando al otro lado.

Yo nunca he sido rápida caminando por los planos. Una vez me dijiste que poco a poco se haría más fácil y dolería menos. Pero aún siento que debo usar un cuchillo metafísico para cortarme la piel a tiras para prepararme para la Eternidad Invisible. Con las piernas inmovilizadas me dispuse a caminar por los planos. Pero para irme yo debía crear un lazo con esa fétida y violenta burla de civilización. Antes de que pudiese encontrar la fuerza para ello la puerta estalló de su marco. Yo aún estaba a segundos de viajar.

Un Arrasador se tambaleó dentro de la cámara. Una idea, fruto de la imaginación de la infección, una abominación diseñada



únicamente para matar. Y bajo esa idea perversa estas criaturas son perfectas para lo que hacen. Apareció ante mí con filas de dientes arrancados de las bocas de seres vivos. Múltiples brazos que asemejaban hojas afiladas rasgaron el aire mientras se escapaban nocivos gases de sus cavidades toráxicas. Portaba la piel de los muertos y cargaba con un legado de vidas rotas y aplastadas.

Dio un sólo paso y estuvo encima de mí. Ni siquiera había alzado mi espada antes de que dos de sus cuchillas se dirigieran rápidamente a mi estómago. Intenté esquivarlo y caí al suelo, con mis piernas aún recubiertas en piedra. El suelo retumbó bajo mi espalda cuando la bombahechizo de Koth explotó al otro lado del improvisado muro pero yo no sé los frutos de su destrucción. En el techo sobre mi vi las extrañas constelaciones, el estampado nacido de la violencia y la degradación. El Arrasador se abalanzó sobre mí, su cuchilla cayendo en picada sobre mi cabeza y bloqueando mi vista sobre el techo. Así que yo cerré los ojos y, en la oscuridad de mi

mente, las constelaciones se transformaron en el cielo nocturno de Theros.

Recuerdo a Heliod, el dios del sol. Lo vi el día que conseguí mi espada. Su forma dominando el horizonte. Era como un hombre pero con la esencia de las estrellas. Deseé desesperadamente estar en Theros, en los brazos del único plano donde una vez había visto el rostro de un dios.

La sangre corrió velozmente en mi interior mientras yo dejé ese mundo de pesadillas. En la extraña bruma y el caos de la Eternidad Invisible pensé en lo divino. Quizás hay algo en los dioses que hace Theros indestructible. Quizás la presencia divina significa que el plano no puede ser destruido o infectado. Quizás, si hay dioses, entonces nada pueda separarse.

Debo descubrir qué son los dioses y qué es lo que quieren. ¿Desean sacrificio? ¿Lealtad? ¿Honor? Hasta que me recupere estoy en el limbo en esta cueva sagrada donde la vida y la muerte parecen coexistir en extraña armonía. Desde donde estoy tumbada puedo ver el cielo azul de mi nuevo mundo a través de la angosta fisura en la roca. No hay nada que impida mi salida. En cuanto pueda me iré de aquí y renaceré aunque estoy decidida a quedarme en este sitio hasta que entienda la naturaleza del mundo y sus sirvientes divinos.

Si estuvieras aquí, Ajani, ¿qué me dirías que hiciese? ¿Debería gritar el nombre de Heliod a los cielos? ¿Tengo acaso permiso para pronunciar su nombre? ¿Debería hacer un sacrificio? Mi espada es lo único de valor que tengo que un dios pudiese codiciar.

Qué tal esta plegaria: Por favor, permite que haya algo superior a mí. Superior a la maldad implacable que parece devorar cualquier lugar donde apoyo mi cabeza. Por favor aleja de mí el dolor, la soledad y los recuerdos que ya no quiero conservar.

Esto es lo que le diría a Heliod si alguna vez veo su rostro: Dame



tranquilidad. Dame paz. Dame al fin descanso.

Ajani, aquí la tienes. Si alguna vez escuchas mi historia, ¿me juzgarás? ¿Me llamarás cobarde por irme, otra vez? Quizás otros lo

hagan pero tú no. Cuando tú me miras ves en mí todo lo que podría llegar a ser. Cuando yo me miro sólo veo lo que podría haber sido.

Eternamente tuya,

Elspeth.

Asfodel

Maia se abrió paso entre las ruinas del edificio con pies desnudos y cuidadosos. Estos ya estaban cubiertos de hollín pero ella podría lavarlos en el arroyo. Eran sus sandalias las que no podía ensuciar, además de su túnica. La única vez que ella había cometido ese error madre la había enviado a la cama sin cenar y le había prohibido regresar.

Se agachó bajo una viga crujiendo y entró en la forja misma. El yunque de piedra seguía estando en su lugar familiar.



Papá nunca la había dejado volver allí cuando él estaba echando bronce fundido o derritiendo hierro. *Es demasiado peligroso*, diría bruscamente, y luego, con un brillo en sus ojos: *Tal vez el próximo año*. Así que la mayor parte del tiempo que ella había pasado allí había sido en los días en que papá estaba

trabajando en frío las espadas y los escudos después de que estos se habían enfriado, martillando sus bordes para endurecer el bronce. Ella se sentaba y escuchaba el ruido de clang, clang, clang de martillo y piedra. A veces papá le contaba lo que estaba haciendo y por qué, y cada vez que él lo hacía ella aprendía un poco más sobre el oficio.

En su mano ella aferraba un manojo de delicadas flores blancas y moradas, recientemente recogidas en las colinas de más allá de la fragua. Madre había traído asfódelos, las flores de los muertos, hasta el lugar en la colina en donde ellas lo habían enterrado. Había dicho que era lo apropiado. Pero las asters siempre habían sido las favoritas de papá y que ella lo supiera él nunca había estado en esa colina. Este era el lugar de papá así que ella había traído esas flores, a ese lugar, tan a menudo como había podido.

Maia cerró los ojos y vio la forja como lo había sido antes, antes del fuego, llena de herramientas y humo y el ruido del martillo. Amuletos que llevaban oraciones a Purforos colgaban de las paredes, implorando al dios de la fragua que llenara el lugar con la pasión de las cosas fabricadas.

Abrió los ojos y parpadeó para limpiarse lágrimas. El techo se había derrumbado y la luz del sol entraba a través de el. La luz debía haber sido alegre pero estaba mal, todo estaba mal. Había pasado medio año desde que ellas le habían puesto una máscara de barro en su rostro y lo habían sepultado.

Ella dejó el manojo de aster sobre el yunque, como lo hacía siempre. Era usual que para el momento en que ella era capaz de regresar a la fragua, días o semanas después, las flores hubieran desparecido. Sabía que lo más probable era que hubieran sido comidas por ciervos o esparcidas por una ráfaga de viento pero de la misma manera también pensó en que papá venía y se las llevaba.

El ángulo del sol brillando a través de los listones del techo en ruinas le dijo que era hora de irse. Pronunció una rápida oración a Erebos, dios de los muertos, y se apresuró a salir de la forja. Recogió sus sandalias y corrió hacia el arroyo. Lavó sus pies, los secó en la hierba y regresó a su casita en las afueras de Meletis.

Maia desató sus sandalias junto a la puerta y se lavó los pies en la vasija. El espeso olor a guisado de lentejas salió de la cocina. Y si estaba menos condimentado de lo que había estado para ese momento del año anterior, y tenía pescado ahumado en lugar de fresco, ¿quién podría culpar a su madre? Sin la fragua y sin las fuertes manos de papá los tiempos eran más duros, y la comida era comida. Se acercó en silencio a la cocina.

Madre estaba revolviendo lentamente la olla de estofado y el pequeño Kadmos, que sólo tenía cuatro años, estaba sentado en el suelo jugando con un soldado de paja. Él la miró, parpadeó y volvió a su juego.

"Hola, Mamá," dijo ella.

Su madre apartó su mirada de la olla. Tenía los cabellos grisáceos y los ojos siempre estaban tristes pero ella se veía tan bonita como siempre.

"Hola, Maia," respondió su madre. "¿Cómo fueron las lecciones?"

Madre todavía pagaba para que un erudito de la ciudad le diera lecciones. Maia se había ofrecido a renunciar a ellas cuando se había dado cuenta de que costaban dinero que la familia ya no tenía pero su madre no la quiso escuchar. Ella ya no se quejaba de las lecciones, incluso cuando estas eran aburridas.

"Bien," dijo ella aunque en verdad esa había sido una de las más aburridas. "Nosotros aprendimos acerca de los triángulos, y la longitud de sus lados, y... y números."

"Muy bien," dijo su madre distraídamente. Había vuelto a revolver el estofado.

La cena fue tranquila, el estofado algo soso pero abundante. Kadmos se agitó y derramó su tazón pero Mamá solo suspiró.

Maia se acostó temprano y soñó con el anillo de martillos.

* * * * *

Pasó más de una semana antes de que las lecciones terminaran lo suficientemente temprano como para que ella pudiera detenerse en la forja en el camino de regreso a casa. Se acercaba la temporada de cosecha y los días eran cada vez más cortos por lo que ella tenía que adentrarse más lejos en las colinas para encontrar asters. Aún así Maia juntó un manojo decente y juzgó que todavía le quedaba suficiente luz diurna.



Maia estaba llegando a la cima de la última colina, con un manojo de flores en la mano, cuando lo oyó.

Clang.

Un martilleo. ¡Alguien estaba en la fragua de papá!

Se apresuró a bajar por la ladera, todavía llevando las flores, y no se detuvo a quitarse las sandalias. Se ensuciarían pero ella podría lavarlas. Tenía que saber quién era.

Clang.

Tan pronto como ella estuvo dentro de la ruina, silenciosa salvo por el lento y rítmico sonido de martillazos, se detuvo. Si alguien de la ciudad había pedido usar la fragua ella lo habría sabido. Mamá se lo habría dicho. Eso indicaba que el que estaba allí era un forajido, o un invasor, o...

Maia respiró hondo, se agachó bajo la viga caída y miró dentro de la forja.

Vio una espalda ancha con un delantal de cuero y brazos tan grandes como ella. Un brazo levantó un martillo carbonizado y golpeó.

Clang.

Maia caminó agachada por el borde de la habitación, zigzagueando entre los escombros y permaneciendo en las sombras. Tenía que ver su rostro.

En la mano izquierda del hombre estaban los restos calcinados de una espada en progreso. Incluso ella pudo ver que la espada no tenía arreglo. Se había deformado en el fuego. Ella había visto espadas así y papá siempre las había derretido y había empezado de nuevo. Los bordes ennegrecidos de la espada habían comenzado a desmenuzarse bajo el martillo.

El brazo se levantó de nuevo y cayó.

Clang.

Ella se acercó más. Furtivamente. La figura llevaba una máscara de oro con rasgos anchos, estilizados pero reconocibles: una nariz ancha, una gran barba espesa y unos ojos cerrados que habían brillado con vida, ahora muertos y fríos y fabricados. El brazo volvió a alzarse.

"¿Papá?" dijo ella.

La figura se detuvo con el brazo levantado y giró la cabeza para mirarla. Bajó el brazo lentamente pero no se movió del yunque de piedra.

Ella recordó el manojo de asters a su lado, lo sostuvo en alto y dio un paso adelante.

La figura permaneció inmóvil.

Maia, sin movimientos repentinos ni amenazantes, caminó hacia el yunque. Pronto estuvo lo suficientemente cerca como para tocarlo, más cerca de lo que papá la hubiera dejado estar cuando había estado trabajando. Ella le tendió el ramo de asters. La máscara de oro no traicionó ninguna expresión.

El martillo subió.

Maia dejó caer las flores sobre el yunque y saltó hacia atrás asustada.

El martillo volvió a caer, y otra y otra vez, golpeando las delicadas flores púrpuras contra la espada arruinada.

Clang. Clang. Clang.

Maia se volvió y salió corriendo de la forja, lejos del golpeteo del martillo. No se detuvo hasta que llegó a casa, con ojos aterrorizados, cubierta de hollín y sudor.

Madre estaba furiosa. Hizo marchar a Maia a la parte trasera de la casa y casi la tiró en la bañadera. Preguntó a Maia lo que había pasado, por qué había vuelto a aquel lugar.

Maia no respondió y madre la volvió a enviar a la cama sin cenar. A ella no le importó. No tenía hambre. Permaneció despierta hasta bien entrada la noche, segura de poder oír el rítmico golpeteo del martillo sobre la piedra.

* * * * *

Durante los siguientes días Maia se concentró en sus lecciones y sus tareas hogareñas. Si su madre notó su callada intensidad no lo mencionó. Probablemente estaba contenta por la ayuda adicional que Maia le prestó.

El cuarto día después de su encuentro en la fragua, cuando terminó la clase, ella esperó mientras los otros estudiantes salían para hablar con su maestra.

Esta, una mujer madura y algo corpulenta llamada Pylia, se volvió hacia ella después de que los otros se hubieran ido.

"Últimamente has estado callada," dijo. "¿Hay algo que pueda hacer por ti?"

"Yo... tengo una pregunta inusual," respondió Maia.

"Yo soy tu instructora," dijo Pylia. "No es inusual que tú me hagas una pregunta."

"Se trata de los Resurgidos," dijo Maia.

"Los Noston son un grupo triste," dijo Pylia. "¿Cuál es tu pregunta?"

"¿Ellos tienen... recuerdos?"

"Por regla general, no," dijo Pylia. "Ellos conservan sus habilidades y su conocimiento del mundo. Un Resurgido que haya sido navegante podría navegar hasta la costa pero los recuerdos de su vida quedan atrás en el Inframundo. Es una triste ironía: amaron su vida lo suficiente como para volver a ella pero no pueden traer ese amor de vuelta con ellos."

"¿Y qué pasa con ellos?" preguntó Maia.

"Algunos vagan de aquí para allá. Otros son violentos. Muchos se reúnen en las necrópolis, en la tranquila Asfodel y en la amargada Odunos, para estar entre los suyos. Viven vidas apenadas, llenos de tristeza y de ira."



Maia asintió, enjugó lágrimas y la expresión de la maestra se suavizó.

"Maia," dijo ella. "Es muy raro que alguien se una a las filas de los Noston. Y de los que vuelven las cosas que los hicieron lo que eran, sus recuerdos, sus relaciones, lo que más querían, las han perdido para siempre. Nadie vuelve verdaderamente del Inframundo."

"Entiendo," dijo Maia. "Gracias."

Pylia asintió y Maia se levantó y se marchó lo más rápido que pudo.

Salió de la ciudad y se dirigió a casa. Se armó de valor para dejar apresuradamente atrás el sendero que conducía a la fragua, como lo había hecho en los últimos días, pero cuando se acercó a una curva de la carretera vio que la hierba que rodeaba el pequeño sendero estaba pisoteada. Observó más detenidamente y vio un gran revoltijo de huellas, pesadas al estilo de unas botas militares.

Corrió hacia la forja.

Un grupo de unos veinte hoplitas había rodeado la forja, algunos apuntando con sus lanzas hacia adentro mientras otros buscaban en la zona cercana.

"¡No!" exclamó Maia.

Los hombres y mujeres fuertemente armados giraron pero la mayoría volvieron a sus deberes cuando vieron que ella era sólo una niña. Su capitán, un joven fuerte con un yelmo de cresta alta, caminó hacia ella. Ella intentó pasar más allá de él pero el soldado le cerró el paso con el eje de su lanza.

"Quédate atrás," dijo. "Alguien vio a un Resurgido en la zona. Nosotros debemos devolverlo al Inframundo antes de que robe algo o rapte a un niño. Como tú."

"¡El edificio está despejado!" gritó uno de los de sus tropas.



"¡Despliéguense!" dijo el capitán. "Si él está aquí nosotros lo encontraremos."

Ella salió corriendo antes de que él pudiera girarse de vuelta hacia Maia.

Maia pasó por delante de él, ignorándolo cuando gritó tras ella. Pasó junto a sus tropas y se adentró en las colinas. Buscó durante lo que parecieron horas hasta que por fin vio una figura encorvada que se alejaba entre los arbustos, con el martillo en la mano.

"¡Espera!" gritó Maia.

La figura se detuvo, luego se volvió, su máscara congelada en una expresión de pena. Ella caminó hacia el ser pero se detuvo fuera de su alcance.

"Ellos te están buscando," dijo ella. "Quieren hacerte daño."

La figura asintió.

"¿Sabes quién soy?"

La figura, lentamente, tristemente, negó con la cabeza.

Lágrimas cayeron de los ojos de Maia. El Resurgido extendió una mano y ella no se alejó. Con un solo pulgar enjugó las lágrimas de su rostro; un gesto gentil, chocante por su familiaridad.

"No llores," dijo en un tono monótono. "No llores."

Ella dio un paso atrás y la cosa se volvió para marcharse.

"¿A dónde vas?" preguntó Maia.

El ser encogió sus grandes hombros. "Lejos."

El labio de Maia tembló. Miró hacia abajo para ver un racimo de flores a sus pies, largas flores blancas con robustos tallos verdes. Se inclinó, recogió una y se la ofreció a la figura.

"Asfodel," dijo ella señalando hacia el interior. "Ve a Asfodel, la necrópolis. Hay más allí como tú."

El Resurgido tomó la flor de su mano temblorosa y asintió.

El ser giró para seguir su dedo señalando y, con el martillo en la mano, comenzó a alejarse de la forja en ruinas. Hacia Asfodel.

La Naturaleza de la Identidad

Cuando seres sensibles y mortales mueren en Theros,
Ellos pasan al inframundo con la ayuda del dios Athreos, el Guía del Río.
Habitan en este reino eternamente gris sin sol ni noche bajo la vigilancia de Erebos, dios del inframundo.
Pero a través de los siglos, muchos habitantes del Inframundo han escapado y regresado al reino iluminado de los vivos.
Ellos son los Resurgidos.

—Extracto del libro, Observaciones y Metafísica

* * * * *

Cuando una persona muerta escapa del Inframundo,
esa persona pierde toda identidad y se convierte en uno de los Resurgidos sin rostro.
Pero en este proceso de separar el cuerpo físico del "alma" también se crea un eidolon.
Un eidolon es la encarnación espectral de la identidad perdida, pero sin su cuerpo, no tiene organismo.
A diferencia del Resurgido no sabe lo que perdió.
El Resurgido y su eidolon cortado nunca se vuelven a reunir, ni son conscientes de la existencia del otro.

—Extracto del libro, Observaciones y Metafísica

* * * * *



"¿Qué es la identidad? ¿Qué nos hace ser quienes somos?" La voz de Perisofia se mezcló con los sonidos de la brisa y los pájaros. "¿Eso es todo lo que somos?"

Ella se paró frente a sus estudiantes, que estaban sentados en bancos de madera en un semicírculo a su alrededor. Era un día hermoso y, en ese momento, el terrible temor de la guerra había desaparecido, sólo sustituido por la fascinación del aprendizaje y el descubrimiento. Perisofia pudo ver eso claramente en sus rostros jóvenes y sintió un aumento de emoción. Aquello la sorprendió y ella permitió que esto floreciera y se desvaneciera mientras observó con profundo afecto a su clase. Sólo podía esperar que sus estudiantes crecieran y prosperaran para portar la antorcha de la lógica, la razón y la ciencia en una época de locura y superstición.



"Tomemos por ejemplo el cachorro leonino que es criado por lobos. Su identidad ha cambiado, influenciada por su cultura adoptada, ¿Es un leonino o un lobo o es otra cosa?"

"Aún sigue siendo un leonino pero sus manierismos y acciones serán las de un lobo," dijo Kyrios medio declarando y medio cuestionando.

"Así que tú dices que es su cuerpo físico el que define su identidad," dijo Perisofia levantando la ceja. "Pero ¿qué hay de su mente?"

Samia dijo: "¿No es su mente más capaz que la de un lobo? Su capacidad de entender es mayor por lo tanto él siempre será diferente en especie a un lobo. Él es un leonino."

Los estudiantes comenzaron a dar respuestas voluntarias de una forma u otra, algunos diciendo: "Es definitivamente un Leonino." Otros respondiendo: "No, su mente es la de un lobo y la mente es la primera en definir quiénes somos. Él es un lobo por esa definición."

Entonces Perisofia dijo. "Esperen, esperen. No sean siempre tan rápidos en intentar responder a la pregunta. Hurguen un poco en el misterio y vean lo que surge. Nosotros siempre estamos tan ansiosos de saber, de etiquetarlo y pasar al siguiente tema sin ver de verdad. Sólo quédense con él. Hagan a un lado su deseo de saber y solo observen el problema sin querer conocerlo."

Los estudiantes se sentaron y Perisofia los vio esforzarse con sus propias luchas internas, el deseo de la mente de saber y no pensarlo a través. Era un impulso irracional dentro de las personas, especialmente de los llamados filósofos, matar el misterio con una respuesta apresurada y transmitirla como verdad. Los Setessanos usan flechas. Los Akronienses usan espadas. Los Meletianos usan sus mentes. Cada polis mata la verdad a su manera.

Rhytho dijo: "Él no es ni lobo ni leonino. Si la identidad es lo que somos y eso sólo lo sabemos nosotros mismos entonces no puede sernos dada por un observador externo. No puede sernos dada por el status quo."

"Interesante." Dijo Perisofia. "¿Estás diciendo que esa identidad no puede ser conocida por alguien de afuera? ¿Que nuestra identidad es nuestra propia posesión?"

Rhytho pensó un poco mientras los otros estudiantes miraban. "Sí. Así lo creo."

"Sigamos adelante a partir de ahí. Si uno no puede obtener su verdadera identidad de otra persona, ya sea de un individuo o un grupo, ¿entonces puede conocerse a sí mismo? ¿O acaso tu identidad es desconocida incluso para ti mismo?"

Melia alzó la mano y Perisofia asintió. "Felos afirma que la identidad es la condición de ser uno mismo, de permanecer igual con el paso del tiempo."

"Esa es una lógica superficial," respondió Perisofia, "pero a mi me interesa algo más profundo, ¿pueden ustedes conocerse a sí mismos? ¿Puede su identidad ser un objeto de conocimiento o es algo completamente diferente?"

El sol se estaba moviendo más alto en el cielo, hacia su cenit. La brisa había cambiado ligeramente y trajo consigo los sonidos de la fuente y el lejano mercado. Personas se movieron alrededor del foro y los olores de los panaderos y cocineros comenzaron a impregnar el aire cuando se acercaba el descanso del mediodía. Perisofia respiró hondo e inhaló la vida a su alrededor. Abrió los ojos y absorbió la luz, las imágenes, el movimiento. Era una hermosa vista. La gente tendía a ser buena cuando era dejada en paz, cuando era libre del estrés, las preocupaciones y el desorden. Ella pudo sentir la bondad, la rectitud en ellos, mientras sonreían entre ellos al pasar. Ellos se enorgullecían de sus artesanías, hacían sus edificios fuertes, hacían su pan sano. Su trabajo llevaba y reflejaba su alegría. También pudo percibir la tormenta en el horizonte, la semilla de Mogis acechando

en cada alma viva, esperando estallar y tomar el control. Sólo a través de la conciencia uno podía retener y, quizás, disolver por completo su oscuridad.

Ella percibió la pregunta de un estudiante mientras emergió hasta la superficie.

"Maestra Perisofia," dijo Samia. "¿Qué pasa con los Resurgidos y los eidolones? Se dice que su identidad es destruida por lo que eso implicaría que su identidad existe como algún tipo de objeto de lo contrario no podría ser destruida."

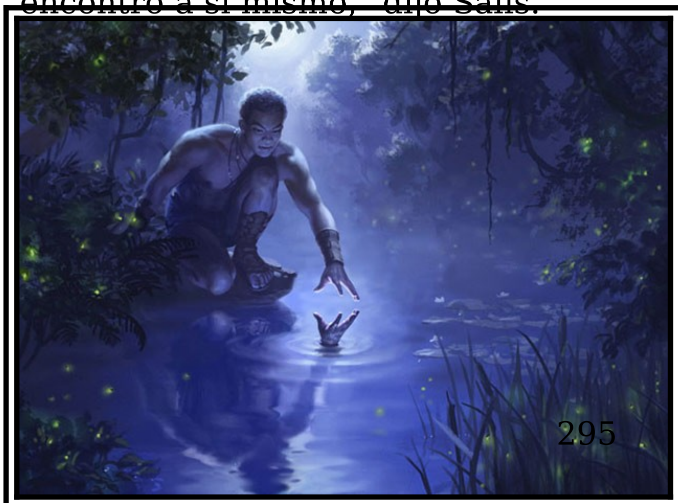


"Ah, has leído las *Observaciones* de Dekatia. Veamos eso."

Perisofia alzó la mirada hacia el cielo. Ellos estaban bajo la sala hipóstila del Foro, a la sombra del creciente calor del sol, pero Perisofia era conocida por contemplar el sol y el cielo de vez en cuando. Sus estudiantes pronto aprendieron que ella siempre estaba escuchando y consciente incluso si ella parecía estar pensando en otra cosa o distraída. Ellos la esperaron como gatos hambrientos ansiosos por un platillo de leche.

Al fin, ella dijo: "¿Han visto agua hirviendo en una olla? Algunos podrían decir que el agua se destruye y desaparece para siempre. Si uno mira más detenidamente se hace evidente que el agua se transmuta en vapor y no se destruye. Parece que los Resurgidos y los eidolones carecen de capacidad para una identidad. Ellos, al igual que el lobo, se han hundido por debajo del intelecto humano y actúan gracias a un conjunto rudimentario de recuerdos. A diferencia del cachorro leonino no pueden hacerse conscientes de sí mismos."

"Eso me hace pensar en la historia de Matatios, quien se encontró a sí mismo," dijo Salis.



Perisofia se echó a reír. "Claro. Su abrumadora pasión consigo mismo se manifestó por completo. Que esa sea una lección del poder de su propia mente e intención. Aunque, Salis, ten cuidado al sacar ese paralelo. Matatios no se

volvió *conciente* de sí mismo, él sólo se encontró a sí mismo. Matatios fue igual de ignorante después de encontrarse con el mismo como lo había sido antes y el encuentro le enseñó poco de la naturaleza de su identidad."

"Entonces, ¿cuál es la naturaleza de la identidad?" preguntó Rhytho.

El sol había alcanzado su cenit. Perisofia se estiró y recogió su libro y su bastón. Los estudiantes sabían que la lección estaba llegando a su fin. Ella los miró y sonrió.

"Es algo que yo no puedo decírselos. Es algo que yo no puedo dárselos. Tal vez es algo que nosotros no podemos saber La identidad no está en el pasado, ni tampoco habita en el futuro. Vive en el momento. Este momento. Y ustedes son los arquitectos de este momento. Sus acciones, sus discursos, sus obras, todo habla de sus identidades pero, en última instancia, parecería que esta es evasiva a la mente. Es uno de los grandes misterios y depende de ustedes en cada momento en los que se den cuenta el averiguar cuál será su identidad."

* * * * *

El cuerpo de Perisofhia dormía pero ella estaba bien despierta.

"¿Cómo está mi ciudad?" La voz de Efara resonó en el vacío.

"Meletis está llena de bondad. La gente hace tus obras aún cuando no están al tanto de ello. El tejido de su estructura es fuerte y firme." Perisodia estaba sentada bajo un árbol en un campo que flotaba dentro de un mar de estrellas.



Efara

"Se acerca la guerra.

Un tirano desgarra el umbral que existe entre nuestro mundo y el tuyo, y él sacará lo peor que hay en el corazón de la gente. Perisofia, tú has hecho mucho por apuntalar la marea de miedo que se hincha dentro la humanidad pero tu trabajo apenas ha comenzado."

Perisofia miró las hojas del árbol mientras estas brillaban con una luz interna en ese mundo carente de aire. Perisofia giró y miró el rostro de la diosa. Directamente a sus ojos.

"Hasta mi último aliento yo sólo hablaré palabras que eleven la mente y el alma humanas. ¿Cómo podría hacer algo menos?"

La cobardía del héroe

Odio al hombre que se casó con mi madre.

Mi padre murió en un accidente cuando yo era demasiado joven para recordarle. Mi madre siempre se acobardó de decirme lo que pasó y creo que ella instruyó a los peones de que no me contaran la historia. Pero aunque era niño yo supe que él había tenido un accidente con una carga de granos, o más probablemente despejando rocas de un nuevo campo. Recuerdo que ella una vez me gritó cuando jugaba cerca de algunos de los vagones que estaban llenos después de una cosecha, arrojándome a sus brazos y echándome lejos. Ella nunca me dijo lo que le pasó a mi padre, pero yo lo supe.

Cuando tenía poco más de ocho años mi madre se volvió a casar. Siempre quise creer que no había sido por amor sino por deber a la granja. Los hijos de los peones me duplicaban en edad. Había cinco de ellos, todos varones y, a diferencia de sus padres, que conocían al mío, no debían lealtad a mi familia. Había susurros entre ellos acerca de tratar de arrebatarle las tierras de labranza a mi madre. Yo los oí hablar esa noche. Los había seguido detrás de los establos. Ellos me encontraron y me golpearon. A mi madre le dije una mentira: que había caído por la colina junto al río pero ella se dio cuenta de lo que había sucedido. ¿Acaso fue mi debilidad lo qué invitó a ese hombre a nuestra casa?

Vinack no era un héroe de ninguna parte de esas tierras. En nuestra región, donde media docena de aldeas se hallaban en las fronteras de Arkos y los yermos, él era una leyenda. Yo tenía diez años cuando mi madre se casó con él y, en ese momento, no lo odié. Era una estatua en vida, fuerte y musculoso, de pelo corto y negro. Llevaba un collar de varios dientes y uñas. Incluso estaba trabajando en una pulsera para colgar



más baratijas. Yo quería ser él. Había canciones de taberna que hablaban de él. Poetas habían escrito de sus hazañas. No era buena poesía, por supuesto, pero la atmósfera de adoración que creaba compensaba la falta de rima.

Los hijos de los antiguos peones nunca volvieron a desafiar a mi madre una vez que Vinack estuvo en casa. Todos excepto uno se marcharon y nosotros contratamos a nuevos trabajadores. No fue tan difícil como mi madre pensó que sería para mí adaptarme a tener una nueva persona, especialmente un nuevo padre, en mi vida. Yo puedo decir que estaba preocupada la vez que nos presentó y cuando él se mudó a nuestra casa. A la edad de diez años yo todavía estaba asombrado por ese collar y las historias de arpías y bandidos.

Sólo porque uno sea heroico no lo convierte en un héroe. No se tardó mucho en ver esto. La verdadera prueba de los héroes no debería ser en los campos de batalla o salvando inocentes sino en cómo viven sus vidas. Vinack atormentó a los peones. Una vez le ordenó a uno nuevo y más joven que limpiara un campo sólo para luego decirle que había despejado el campo equivocado. Cuando le pregunté por qué lo hacía Vinack sólo sonrió y habló de cómo el trabajador necesitaba estar ocupado para no olvidar su lugar. También era corto de temperamento y yo pude oír sus gritos aún cuando fui quitado del medio de una discusión entre mi madre y él. Pensé que ella se había casado con él para proteger la granja, por necesidad, pero pronto me di cuenta de que lo amaba. Mi madre no quería que él siguiera con sus aventuras de matar monstruos. Eso era por lo que ellos habían discutido. Lo quería en casa. Pero no creo que él quisiera escucharla. Para mi madre esto era matrimonio para él era una necesidad. Un lugar donde podía conseguir comida y hogar gratis mientras no peleaba con monstruos. Pasaron años con él entrando y saliendo de la granja.

Una vez, después de una noche de gritos, vi el rostro de mi madre magullado. Me enfrenté a Vinack sobre esto. El me dijo que me ubicara en mi lugar y me golpeó en la cabeza. Había peones alrededor pero ¿quiénes eran ellos para enfrentarse a Vinack? ¿Quiénes éramos nosotros como para obtener ayuda? El pueblo lo veía como un salvador. Allí estaba la verdad que yo encontré cuando era más joven. Salvar a un inocente de ser herido no lava tus pecados. Una persona vil puede comportarse heroicamente pero Atreos hará la distinción cuando tú estés preparado para a cruzar el río. Vinack era un hombre débil. Durante años la gente lo vio como un héroe pero ¿por qué siempre necesitaba esa adoración? ¿Acaso él había luchado contra su primer monstruo para que lo vieran como un héroe? En lugar de toparse con un monstruo en los yermos, ¿qué se puede decir de aquellos que buscan a los monstruos? ¿Su intención puede ser compensada por sus acciones? Yo no pude evitar ver a Vinack bajo la más oscura de las luces: una bestia bruta y egoísta que se había transformado en héroe para que otros le dijeran que no era un hombre horrible.

Se lo dije y él me dejó el rostro, el pecho y los brazos llenos de moretones. Mi madre lo echó fuera. El trató de quedarse pero luego los peones vinieron detrás de él, por lo menos una docena que finalmente entendió su lugar: contra él. Vinack se marchó enojado. El pueblo hablaría de lo injusta que era mi madre con el héroe, de cómo estaba equivocada. Yo no conozco la forma de actuar de Heliod porque ella pronto enfermó. Los chismes y, aunque yo no lo entiendo, el amor que ella había sentido por Vinack la dejó con una frágil salud. No hubo nada que yo pudiera hacer. Oré durante días, busqué remedios de los discípulos de Farika pero nada pareció ayudar. Mi madre falleció cuando yo tenía diecisiete años y yo me quedé a cargo de nuestras tierras de cultivo.



Los minotauros continuaron saqueando la tierra. Siempre han sido un problema aquí en las fronteras, especialmente cerca de los pantanos. Cinco de seis personas en una caravana prefieren viajar entre las aldeas. Aquellos que viajan con mercancías son aún más propensos a los ataques. Los sátiros aman apoderarse de alimentos, especialmente si ellos no tienen que cosecharlos. Hay ataques ocasionales de arpías y un granjero a tres aldeas más allá de la nuestra nos contó haber visto una hidra pero él todavía está vivo así que yo no le creí mucho. Enviar el grano de mis granjas a otro pueblo, o incluso al norte a una ciudad más grande cerca de la capital, es arriesgado. En una reciente reunión entre aldeas se expresaron preocupaciones. Minotauros han sido vistos en las carreteras de nuestras tierras.

Un joven erudito llamado Zerili deseó hablar con los minotauros. Pronunció un apasionado discurso entre los aldeanos, afirmando que los minotauros no eran diferentes a nosotros. Creía que nos atacaban porque nosotros los habíamos sacado de la sociedad civilizada. Actuaban como bandoleros y merodeadores sólo



porque nosotros los veíamos así. La gente se rió de él pero Zerili continuó. Él alegó que ellos eran inteligentes y por lo tanto se abrirían a negociaciones y a la organización de un tratado. Puesto que estaban formados por tribus, sostuvo Zerili, ellos tenían cultura. Aunque fabricaban armas con los huesos de sus víctimas el simple hecho de imaginar el uso de un hueso como un garrote mostraba el potencial de su inteligencia. La gente lo tomó por ingenuo. El erudito no escuchó sus advertencias y el cadáver mutilado del joven fue encontrado esa misma semana, con los brazos arrancados de su torso y las palmas hacia el cielo, la cabeza de Zerili descansando sobre sus propias manos. Un soldado Akroniense que estaba patrullando la zona hizo una broma sobre cómo Zerili habría apreciado las expresiones culturales de los minotauros.

Tenía veintisiete cuando volví a ver a Vinack. Había pasado una década desde la última vez que lo había visto aunque admito que pensaba todos los días en ese cerdo. Llegó a la granja un día por la tarde durante nuestra última temporada de cosecha y me sorprendió que todavía me reconociera. Yo ya no era el niño flacucho que había golpeado. En aquellos días había empezado a trabajar junto a los peones como me habían dicho que había hecho mi padre. Era más alto que él aunque Vinack tenía más músculos que yo. Todavía llevaba ese collar con sus baratijas y tres pulseras llenas de dientes. También había algunas cicatrices más. Me complació ver la vejez en su rostro, sus cabellos poniéndose blancos y finos. No lo habría golpeado si él no hubiera dicho: "Hijo, necesito tu ayuda."

El reaccionó rápidamente, probablemente gracias a los años de combate, y me tiró al suelo.

"Lo siento," dijo. Se arrodilló para ayudarme y prosiguió; "Yo vine porque yo... lo siento, todos necesitan tu ayuda."

Él no hizo contacto visual conmigo mientras habló.

"Sal de mi casa."

"Escucha, tú ya sabes que los minotauros están creciendo en número. Yo necesito ayuda."

"Ah, tú siempre haciéndote el héroe."

"¿Qué?. No. No es eso. Si nosotros no detenemos ahora a los minotauros ellos continuarán haciendo lo mismo."



"Busca a la milicia, pide un audiencia con el rey."

"El rey no envía ayuda," dijo él y su rostro se enrojeció. "El sólo envía tropas después de que la gente ya ha muerto. A los dos soldados que hay en el pueblo no les

preocupa nada y, aunque lo hicieran, no podrían enfrentarse a su número."

Yo sabía que esto era cierto.

"Sé que me odias. Sé que te hice daño a ti y a tu madre. Yo nunca fui un gran hombre pero sé lo que significa ser un héroe. A pesar de lo que piensas de mí yo de verdad ayudo a la gente." Vinack hizo una pausa. "No hagas esto por mí, hazlo por tus peones. Si los caminos se vuelven demasiado peligrosos..."

"Bien," dije. "Te ayudaré."

Yo ya había estado pensando en luchar contra los minotauros. Mis peones tienen familias y si nosotros no podemos enviar lo que sembramos ellos y yo pasaremos hambre.

Vinack me contó un plan para atacar el corazón de los minotauros. Un cruel vidente del que se rumoreaba que era escuchado por Mogis dirigía a las feroces bestias, las hacia atacar en grupos y adentrarse aún más en tierras humanas. El plan de Vinack era entrar en su territorio y acabar con su oráculo.

Entonces Vinack dijo: "Yo sólo he luchado contra bestias, en duelos individuales y, en caso de que no lo hayas notado, no llevo el cuerno ni los dientes de un minotauro."

Nosotros saldríamos por la mañana. Yo tenía dos camas de sobra pero esa noche hice dormir a Vinack en el establo.

Mientras el héroe dormía por primera vez en la granja, sin el estupor creado por las bebidas espirituosas, me dirigí a la casa de Zerili. No confiaba en Vinack. No soy una buena opción para este tipo de hazaña. Hay otros en el pueblo que conocían y querían al canalla, otros que estarían encantados de ayudarlo. Yo quería aprender sobre los minotauros. El erudito, aunque muerto, había dejado una pequeña casa en el centro del pueblo. Su familia debía haber pagado bien por su educación y su hogar porque él no había parecido añadir nada práctico a la aldea aparte de su erudición con los libros. Obviamente yo nunca lo había conocido salvo de pasada y esto era lo que se había chismorreado en el pueblo. Su casero aceptó dejarme "buscar a través de las posesiones de Zerili para ver si encontraba algo que yo le había prestado" a una hora tardía por unas cuantas monedas. Cuando entré en la casa pude ver que el propietario había hecho acuerdos similares con otros ya que la mayor parte de la habitación parecía carecer de objetos de valor. Los libros seguían allí, así como las notas del erudito.

No había nada allí que yo no hubiera oído antes y la investigación estaba opacada por los ojos idealistas de Zerili. Después de apenas mas o menos una hora encontré lo que estaba buscando, la prueba por la que Zerili solía justificar su noción de los tratos. Había registros de décadas atrás en el libro mayor de la ciudad que hablaban como los minotauros tomaban el oro y las cosechas a cambio de disminuir su agresión. El erudito había pensado la posibilidad de un tratado porque ya existía uno anterior. Lo que no se había dado cuenta el pobre académico era que el último registro de una transacción se había producido más de treinta años

antes, cuando, como el líder en ese momento escribió: "Ellos han pedido un precio demasiado alto por nuestra seguridad."

Por lo poco que yo podía recordar no habían habido incursiones desde que yo había estado vivo. El libro mayor mostraba que la escalada de las demandas había pasado de cultivos y monedas a pollos y luego a ganado. La conclusión obvia era que los minotauros demandaron hombres, posiblemente niños, como su oscuro tributo. El pueblo había continuado haciendo estos tributos en secreto. Entonces yo supe para que me necesitaba el "héroe". Vinack quería que muriera.

* * * * *

Nosotros partimos esa mañana. Yo llevé una espada que pertenecía a mi padre. También una daga que escondí en mi cintura, una que no dejé ver a Vinack. Si se iba a necesitar un sacrificio sería él, no yo, el que encontrara el destino de Zerili. Me sorprendí al ver que él se quitó los collares y las pulseras pero eso tenía sentido ya que estos podían hacer mucho ruido. Ambos caminamos en silencio a través de la frontera y nos adentramos en los humedales pantanosos, donde se sabía que frecuentaban los minotauros.

Yo había estado unas pocas veces en el pantano y siempre con grupos de personas, ya sea viajando como un atajo a algunas de las ciudades extranjeras del sur o en busca de aldeanos desaparecidos.



Nosotros no tuvimos que viajar demasiado lejos antes de poder percibir su olor. Su piel debía estar recubierta con sus propios excrementos. Hubo una horrible premonición de que ellos estaban a una corta distancia del pueblo pero que habían decidido no atacar. Vinack y yo nos escondimos detrás de árboles caídos y vimos su campamento. Había más de una docena de los brutos y, alrededor de ellos, se hallaban cadáveres de animales ahora irreconocibles que habían sido desollados y a los que les faltaban órganos, con sus huesos esparcidos por todos lados. Los minotauros estaban sentados y comiendo, algunos incluso sobre los huesos desechados, ajenos al dolor que debían sentir. Se hallaban dispuestos alrededor de un fuego central que conducía a una cueva.

"Te traje aquí bajo falsos pretextos," dijo Vinack todavía mirando a través de las ramas.

Mi puñal ya estaba presionado contra su espalda. El se volvió ligeramente y vi lágrimas en sus ojos.

"¿Qué estás haciendo, muchacho?"

"Tu quieres sacrificarme, bastardo."

El trató de girar pero yo presioné la daga con más fuerza en su espalda, un empuje atravesaría su carne.

"No sabía que estuvieras al tanto de los planes de los líderes de la aldea," dijo él mirando de nuevo a los minotauros. "Si lo hubiera sabido no habría usado mentiras."

"¡Esto es monstruoso! Yo no habría venido a morir aunque tú no hubieras intentado engañarme," dije yo tratando de silenciar mi voz a pesar de mi ira.

"No, Hijo," dijo él sacudiendo la cabeza. "El sacrificio seré yo."

A mi me costó entender mis sentimientos. Al principio pensé que podría ser otra mentira, algún otro engaño. Esto era lo que yo quería que fuera cierto. Yo quería que él muriera. Cuando Vinack me dijo esto todo lo que yo pude decir fue: "Bien."

El se sobresaltó por esto pero luego asintió.

"Esto no te convierte en un héroe," le dije fríamente. "Esto no perdona lo que has hecho."

El volvió a asentir. "Lo sé."

Nosotros nos pusimos de pie unos instantes. Ambos miramos hacia el campamento de los minotauros y luego Vinack empezó a abrirse paso entre las ramas. Su espada había quedado detrás de él en el suelo.

Yo necesitaba quedarme y ver lo que pasaba.

El se acercó a los minotauros con los brazos levantados, casi en señal de súplica. Ellos se volvieron hacia Vinack y comenzaron a moverse hacia él, algunos sin dejar de masticar, pero él gritó, "¡Tributo!"

Los minotauros regresaron inmediatamente donde estaban sentados pero sin apartar los ojos de Vinack. El siguió caminando y se paró frente al fuego, cerca de la entrada de la cueva. Vi emerger al oráculo. Este era incluso más grande que los otros minotauros. No sólo en tamaño. Podría decir que este oráculo recibía más comida de la que realmente cazaba. Se movió más lentamente que los otros minotauros así que supuse que era mayor aunque no



tenía manera de saberlo. Llevaba un collar de calaveras humanas y un hueso que, por la nariz, probablemente también era humano.

"Me ofrezco como sacrificio por la protección de las aldeas humanas de las provincias de Kendraki. Provincias que se encuentran al norte de sus tierras de acuerdo con los pactos antiguos," dijo Vinack lentamente, como si tuviera problemas para recordar lo que iba a decir.

El oráculo comenzó a reír y los minotauros a su alrededor gruñeron. El chamán, sin ceremonias, dio un puñetazo en la cabeza a Vinack, haciendo que esta se hundiera dentro de su cuerpo. Yo oí cómo se rompió su columna vertebral. El cadáver cayó al suelo y el oráculo lo recogió, rompiéndolo a la mitad después de alguna dificultad. Una nube de sangre emergió, dando vueltas alrededor de los minotauros, que en ese momento comenzaron a rugir y a dar pisotones con sus pezuñas. La niebla carmesí empezó a girar alrededor de cada minotauro individualmente hasta que entró en sus fosas nasales. Ellos respiraron profundamente la oscura magia. Yo no sé si lo que vi después sucedió realmente o si la horrible situación había nublado mis sentidos y me hizo olvidar la verdad. Pero lo cierto es que yo pensé ver detrás del oráculo la silueta de un minotauro, pero una hecha del cielo nocturno. Pensé ver a Mogis pero sólo por un segundo.



Y eso fue todo. El oráculo recogió los pedazos de Vinack y los arrojó a un lado, sobre un montón de cadáveres de animales. Los minotauros parecían cansados pero siguieron comiendo y bebiendo como antes de la ceremonia. El oráculo retrocedió y se volvió a meter en su cueva. Yo recogí la espada de Vinack y regresé al pueblo.

Me recibieron con elogios. Todo el mundo estaba triste por Vinack, el gran héroe que había caído, pero feliz de que su hijo hubiera estado allí para detener la amenaza de los minotauros. Pareció que los líderes del pueblo habían esparcido algunas de sus propias mentiras antes de que yo regresara. Yo creo que Vinack quería que yo fuera un héroe, que compartiera lo que fuera que él llamaría un legado con la persona más cercana a la que él hubiera podido llamar hijo o familia.

Al final resultó ser que yo dejé que ese hombre caminara hasta su muerte. Aquello que otros llamarían heroico detuvo a los

minotauros. Al menos por ahora. Pero a pesar de las historias que otros dirán yo no soy un héroe. Solía odiar al hombre que se casó con mi madre más que a cualquier cosa de la creación pero ahora a la persona que más odio es a mi mismo.

Morera roja

No había necesidad de molestar al Agente por esto; aquello simplemente requería las tijeras de Adrasteia. Es una pena, pensó ella, y suspiró en voz alta. Sus dos hermanas, una situada al fondo de la enorme y antigua mesa de roble, la otra a un lado a medio camino entre las dos, hicieron una pausa para alzar su mirada de su trabajo sobre un gran tapiz extendido entre ellas.

Dos hilos, uno azul, el otro dorado, que habían comenzado su viaje por el tapiz en paralelo ahora se habían entrelazado. Esto sucedía todo el tiempo y cada vez era un nuevo enredo, a veces hermoso, a veces trágico, a veces ambos. Tal belleza sólo podía encontrarse en la tragedia. Sin embargo, Adrasteia no se dejó influenciar por lo que vio entre los hilos del tapiz. Ella debía considerar el bienestar del todo. De hecho, estos dos hilos particulares habían creado un hermoso patrón mientras se enrollaron uno sobre otro, rodeados por todos lados por hilos de tonos más oscuros en patrones que parecían empeñados en separar el azul y el dorado.

El tejido de estos dos era poco convencional, tan singular en su expresión que incluso Adrasteia, renombrada por su desapego y eficiencia, se permitió tomarse un momento más para apreciarlo. El momento pasó y llegó la hora de que ella se pusiera a trabajar con sus tijeras en el nudo que se había desarrollado en los hilos.

* * * * *

Pavios yacía despierto en su habitación oscura. Hacía bastante tiempo que Heliod había viajado por debajo del horizonte. A pesar de un agotador día caminando por lo que seguramente debieron haber sido cada avenida y callejón de la polis de Akros detrás de su padre –quien había insistido en presentar a Pavios a una interminable lista de funcionarios y diplomáticos gubernamentales, banqueros y empresarios- Pavios no había podido dormir. El sólo pensó en Thanasis, quien estaba justo al otro lado de la pared detrás de su cabeza. Se preguntó si Thanasis había leído la nota que Pavios había dejado para él y si había encontrado el regalo que había ocultado antes, detrás de sus casas adyacentes, debajo de la pila de carbón que el padre de Thanasis usaba en su herrería.



A Pavios se le hizo un nudo en la garganta cuanto más pensó en no volver a ver a Thanasis. Faltaban dos días para que el padre de Pavios le enviara de regreso a Meletis a casarse con la hija de un prominente funcionario, una muchacha dulce pero desinteresada cuyo suave rostro brillaba perpetuamente limpio y rosado como si se lo lavara cada hora. El padre de la niña le había obsequiado a Pavios una refinada espada corta para sellar el contrato entre las dos familias. Pavios se había quedado inmóvil, incapaz de moverse para tomar la espada con sus brazos sintiéndose demasiado pesados. La espada bien podrían haber sido grilletes, vinculándolo a esta niña y a los planes políticos de sus padres. Su padre se adelantó rápidamente y aceptó el regalo en nombre de Pavios. Estaba hecho.

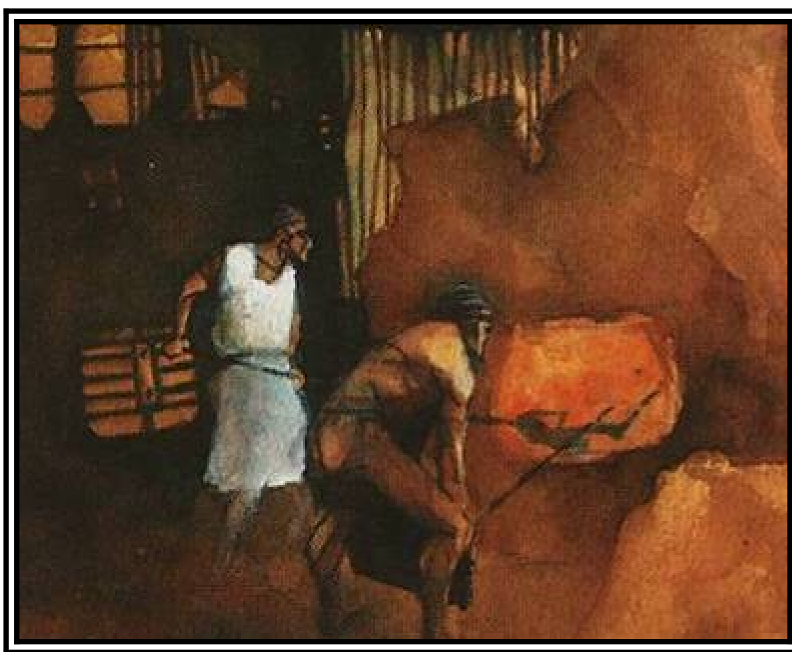
En dos días él nunca volvería a ver a Thanasis y el pensamiento hizo que el sueño pareciera una pérdida de precioso tiempo.

Había sido muy difícil comunicarse con Thanasis y hacerle saber dónde buscar el regalo no había sido fácil. Aunque vivían uno junto al otro, separados por esa simple pared de mampostería, sus padres no eran amigos, y bien podrían haber vivido en lados opuestos de Akros. Los padres de las dos familias evitaban cualquier interacción entre ellos. El padre de Pavios era un embajador de Meletis y los dos se habían trasladado a Akros seis meses antes. No era una tarea que el padre de Pavios deseaba y el desarraigo para tomar un puesto en Akros era para él una degradación que lo convertía en una perpetua alimaña. La pelea de los padres no pasó mucho tiempo después de que ellos hubieran ido a vivir a esa

pequeña casa junto al herrero y a Pavios se le prohibió juntarse con el sereno y apuesto hijo del herrero.

Mientras Pavios daba vueltas en su cama en la oscuridad se le ocurrió que quizás Thanasis no sabía leer. No lo había pensado cuando él, a primera hora de la mañana, había robado un pedazo de pergamino, un tintero y una pluma de la oficina de su padre antes de que este se los llevara en su penosa caminata política hacia la polis. Su camino los llevó lo suficientemente cerca de su nuevo hogar como para justificar una parada allí para el almuerzo. Pavios se había metido en su habitación y había escrito rápidamente una nota, diciéndole a Thanasis que buscara la pila de carbón. Había metido la nota en su camisa y se había reunido con su padre en la mesa. Se comió un bizcocho a toda velocidad pero siguió mirando a través de la ventana de la herrería al otro lado de la calle.

Thanasis era aprendiz de su padre, entrenándose como herrero. Pavios pudo ver a su padre y su hijo trabajando. El hollín manchando la cara de Thanasis. Su rostro estaba siempre manchado de hollín lo que le hacía parecer duro y serio hasta que sonreía o hablaba. Cuando trabajaba con su padre no hacía nada de eso, su rostro enrojecido como el metal brillante que él sumergía en el agua se veía endurecido y reluciente.



El padre de Thanasis desapareció de la vista. Pavios se excusó de la mesa y salió fuera antes de que su padre pudiera preguntarle a dónde iba.

Sólo tomó un momento para que sus ojos se encontraran. Al parecer Thanasis lo había visto regresar a casa con su padre y había estado esperando que el volviera a salir de la casa. El ceño fruncido en el rostro de Thanasis se convirtió en una reconfortante sonrisa. Pavios sacó la nota de su camisa para que Thanasis la viera. Pavios enrolló la nota y la colocó debajo de una piedra cerca de la puerta de la casa de Thanasis. Cuando se dio la vuelta Thanasis ya no lo estaba observando. Su ceño había vuelto, junto con el padre de Thanasis. ¿Su padre había visto dónde había ocultado la nota de Pavios? Este no tuvo manera de comprobarlo ya que su propio padre salió de la casa, caminando con el bastón en la mano y ordenándole que fuera con él.

* * * * *

Pavios había aprendido que Thanasis, al igual que él, no se sentía feliz con su vida. El no quería ser herrero.

"Quiero ser un Lukos," le había dicho Thanasis la primera vez que se habían conocido, en aquellos días maravillosos antes de la pelea de sus padres, cuando no se les impedía verse. Thanasis le había mostrado un lugar secreto justo a las afueras de Akros, un afloramiento ancho pero aislado justo al lado del estrecho desvío que descendía a través de las montañas fuera de los muros de la polis. Aunque no estaban lejos de Akros ellos no podían ver las almenas de la polis ni oír el ruido de sus calles desde el afloramiento. Un solo árbol de moras crecía cerca del borde del afloramiento, sus ramas estaban bajas por la gran cantidad de sus frutos agrios y blancos. Los conejos de una madriguera cercana frecuentaban el lugar, mordisqueando los brotes y hierbas verdes que crecían en algunas zonas alrededor de la base del árbol.



"¿Un Lukos?"

"Un lobo del ejército Akroniense," respondió Thanasis. "Son los guerreros más duros de todos Theros."

Thanasis le contó a Pavios las épicas historias de Akros. Los dos se sentaron uno al lado del otro, con las espaldas apoyadas en una enorme roca calentada por el sol, las piernas extendidas y las sandalias polvorientas. Thanasis se sintió eufórico mientras contó las historias y su pie rozó al de Pavios. Este no pudo evitar ser barrido por la poderosa corriente del entusiasmo de Thanasis mientras este habló del Ejército. Él le permitió arrastrarlo, su corazón semejante a una hoja flotante.

Pavios sabía muy poco acerca de su nuevo hogar y la cultura guerrera del pueblo Akroniense. Al principio se había sentido ofendido con ellos, culpándolos por la mudanza de su casa en la hermosa ciudad de Meletis a esas montañas aisladas. Al dejar Meletis él se había visto obligado a abandonar sus estudios en el Dekatia -no había Taumaturgos en Akros con quien él pudiera continuar su tutela mágica y la magia era una de las pocas cosas que Pavios disfrutaba. La magia prometía un camino que se alejaba de las ambiciones que su padre quería para él. En Akros las opresivas

expectativas y órdenes de su padre sobre su vida eran ineludibles. Todo era culpa de esos rudos y agresivos Akronienses.

Sin embargo Pavios no pudo alimentar ese resentimiento por mucho más tiempo después de conocer a Thanasis. Pavios nunca oyó a Thanasis hablar duramente en contra de nadie, ni siquiera contra su propio padre, quien se opuso férreamente a sus esperanzas de entrenar como guerrero en el gran Kolophon, el inquebrantable corazón de piedra de la polis Akroniense. Thanasis, en su lugar, había sido presionado para ser el aprendiz de su padre. El parecía soportar esta decepción bastante bien. Al menos mucho mejor de lo que pensaba que podía hacer Pavios. Thanasis parecía haber nacido para soportar cualquier cosa. Alto y bronceado, con sus hombros anchos y sólidos, como los arqueados cuadrantes que reforzaban las macizas paredes de algunos de los magníficos edificios de piedra de Meletis. Mantenía su cabello negro y corto al estilo de los nuevos reclutas del ejército. El estaba seguro de que Thanasis sería un gran guerrero.

Durante los dos primeros meses en que ellos se habían conocido se encontraron en el afloramiento lo más a menudo que les fue posible. Pavios empezó a compartir algunas de sus propias historias y entretuvo a Thanasis con enigmas y simples bromas que había aprendido durante su estadía en el Dekatia. Sin embargo no fue tan abierto como Thanasis y no le contó acerca de su esponsales con la chica de Meletis.

En las montañas los días se volvieron más cortos y el aire más fresco pero aún así los dos se reunieron para contarse historias. En un día particularmente helado, Pavios, en su prisa por escapar de los incesantes planes de su padre acerca de lo que harían ellos una vez que estuvieran de vuelta en Meletis y Pavios se casara, salió de su casa sin su capa. No se dio cuenta del error hasta que había salido de los muros protectores de Akros y la brisa fría de la montaña lo acometió. Si volvía a buscar su capa llegaría tarde a su encuentro con Thanasis y podría invitar preguntas de su padre así que él siguió adelante.

Los dos se sentaron juntos, como de costumbre, aunque el gran peñasco estaba frío en la espalda de Pavios y el sol se sumergía a menudo detrás de las nubes, lo que le hacía temblar. Thanasis, cuando estaba por la mitad de una historia sobre el Desfiladero Tuerto y los actos heroicos de los Akronienses que habían luchado contra los cíclopes que vivían allí, se quitó su propia capa y la envolvió alrededor de



Pavios sin perder un latido del clímax de su narración. La simple capa estaba revestida con piel de conejo y el cuero era suave por los muchos años de uso. Llevaba un aroma a humo y bronce martillado y a Thanasis mismo. Cuando Pavios se puso la capa alrededor de él y el revestimiento de piel se cerró alrededor de su cuello él respiró el íntimo y reconfortante olor de su amigo.

Cuando Heliod tocó el horizonte ellos se levantaron para regresar a la polis. Pavios comenzó a desatar la capa pero Thanasis puso una mano en su hombro. "Puedes quedártela," dijo. Desde ese entonces Pavios usó la capa todos los días durante la estación invernal.

Thanasis también había compartido historias dolorosas. Miró al suelo mientras le contó acerca de su madre y de cómo había muerto tres meses antes de que Pavios llegara a Akros. Aunque había sido una artesana ferozmente independiente que solía viajar para vender las joyas y cerámicas que hacía, siempre había mantenido un horario fijo con su familia de cuando regresaría a casa de sus viajes. Un día ella no regresó. Thanasis y su padre la buscaron hasta que encontraron su morral en las montañas lejos de la carretera, desgarrado y manchado de sangre, las joyas de sus artesanías esparcidas fuera de el. Estaba claro que había sido atacada por una bestia aunque ellos nunca encontraron sus restos. No mucho tiempo después la reticencia de su padre a que Thanasis se uniera al ejército Akroniense se endureció en una inquebrantable prohibición.

Thanasis terminó la historia y levantó la vista. Tenía los ojos rojos. No había lágrimas en ellos sino una resistencia que se esforzó por sostener una oleada contenida de tristeza y pérdida. Pavios también pensó que vio algo más allí: un sentimiento mutuo de soledad y un amor creciente por su amigo. ¿O era que él sólo estaba viendo un reflejo de sí mismo? No, él estaba seguro de que aquello estaba allí.

Pavios lo acercó, lo abrazó y le besó la mejilla. Thanasis se tensó de repente, como si se hubiera sorprendido por la franqueza de Pavios, con los hombros duros como una pared entre ellos. No le devolvió el abrazo. El momento terminó abruptamente y Pavios lo soltó. Ambos se pusieron las sandalias y regresaron a Akros en silencio.

Al día siguiente estalló el desacuerdo entre sus padres y no hubo más reuniones sobre el afloramiento. Luego, tres días antes de que Pavios dejara la nota para Thanasis, el padre de Pavios anunció que partirían hacia Meletis al final de la semana para prepararse para la próxima boda de su hijo.

* * * * *

Pavios entró en el sueño pero despertó cuando algo le dio un golpecito en la frente. Se pasó una mano por la cara y encontró un guijarro en su cabello. Se sentó y lo rodó entre sus dedos en la oscuridad. Mientras pensó en levantarse para encender una vela y

examinarlo otra piedra aterrizó en su cabeza. Oyó un susurro. Sonaba como su nombre.

"Pavios." Venía de encima de él. Pavios se paró sobre la cama y se quedó quieto, escuchando.

"Pavios, soy yo, Thanasis."

El sonido provenía de la pared pero sonaba como si Thanasis estuviera en la habitación con él. Pavios deslizó la mano por la pared y descubrió una pequeña grieta. Miró dentro de la grieta pero no pudo ver nada en la oscuridad. Se inclinó más cerca. "¿Thanasis?"

"¡Pavios!" gritó la voz de Thanasis. "Duermes como si estuvieras muerto."

El oído de Pavios retumbó. "Estoy tan feliz de escuchar tu voz," dijo. En ese momento lo mucho que había extrañado a su amigo lo abrumó. "Estoy tan feliz de escuchar tu voz," repitió, en voz alta, sintiéndose repentinamente tonto.

"¡Shhh! Despertarás a nuestros padres."

"Mi padre no me dejará verte. Me arrastra todos los días a la polis mientras trabaja."

"El mío tampoco me permitirá verte," dijo Thanasis. Hubo una larga pausa. "¿Pavios?"

"Sí," contestó Pavios en voz baja. "Estoy aquí."

"Quiero verte."

Pavios sintió que si abría la boca para hablar no podría evitar gritar de excitación. O peor aún, podría despertar y eso no sería más que un sueño. Él quería responder, "¡Sí, yo también quiero verte!" y golpear la pared entre ellos hasta que cayera hecha escombros pero en ese momento él no pudo ni siquiera exhalar y mucho menos levantar los brazos para realizar tal tarea.

"¿Podemos vernos de nuevo?" La voz de Thanasis fue más silenciosa.

Pavios encontró su aliento y se apoyó contra la pared. "Yo no estaba seguro..." dijo dubitativamente, "...después de la última vez. Quiero decir..." balbuceó. "Sí," dijo finalmente.

"¿Podemos vernos mañana al mediodía?"

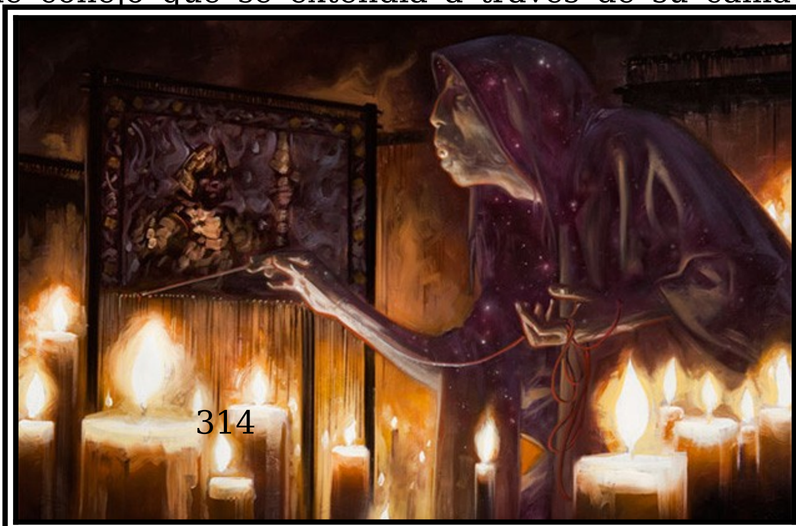
"Encontrare una manera."

"Te esperaré," dijo Thanasis. "Buenas noches, Pavios."

"Buenas noches, Thanasis." Pavios volvió dentro de de sus sábanas.

"Y gracias por el regalo, Pavios."

Pavios sonrió y no pudo esperar para quedarse dormido. Tiró de la capa de piel de conejo que se extendía a través de su cama hasta su barbilla, respiró profundamente, y se quedó dormido.



* * * * *

El hilo enredado estaba

resultando difícil. Adrasteia lo masajeó entre sus dedos suaves y arrugados, tirando de él con un gancho en un intento de separar los hilos. ¿Tal vez uno podría ser salvado para que continuara con su tortuoso viaje? Por desgracia la ingeniosa técnica que su hermana había empleado para entretejer a estos dos unía sus destinos tan estrechamente que los intentos de acabar con uno solo eran imprudentes. Uno era la urdimbre, el otro la trama, y uno sin el otro podría debilitar el tapiz, dejándolo propenso a irreparables desgarrones. Aunque ella y sus hermanas controlaban muchas cosas en los destinos de todos en Theros -a veces incluso a los mismos dioses- había reglas que no debían ser quebradas y algunas que nunca debían ser jamás rotas.

De debajo de la mesa sacó una caja toscamente teñida y manchada de oscuridad hecha de madera antigua y nudosa de un árbol que nunca había crecido en el mundo. Las bisagras plateadas de la caja no emitieron ningún sonido cuando ella la abrió. Su interior estaba forrado con un terciopelo del color de las ciruelas maduras, había tres utensilios cuidadosamente colocados en el fondo: un dedal diminuto; una larga y delgada aguja de hueso; y un par de tijeras de ébano torcidas. Adrasteia tomó las tijeras y volvió a poner la caja debajo de la mesa.

Las tijeras eran tan negras como un cielo nocturno vacío, sin reflejar nada de la luz ámbar de las velas ni del omnipresente reino de Nyx. Las cuchillas comenzaban en sus asas, rectas y afiladas, cortando juntas con precisión, pero al cerrarse cada una de ellas se desalineaban perceptiblemente, doblándose ligeramente y luego una pasando imposiblemente dentro y más allá de la otra hasta que el corte cesaba. Las tijeras nunca podrían cerrarse completamente. Hacía mucho tiempo que Purforos se había ofrecido a forjarles un nuevo conjunto, una oferta que había hecho desternillarse de la risa a ella y sus hermanas continuamente durante unos buenos treinta y tres años después.

Adrasteia volvió a los hilos enredados. Uno podía ver demasiado críticamente el estado de los hilos individuales, pensó, con la exclusión del valor artístico de lo que los mortales o dioses llamarían defectos. Un defecto implica juicio, lo que requiere criterios basados en un conjunto de exclusiones, y se espera que éstos permanezcan constantes de un momento a otro. Pero en ese lugar donde estaba ella tales cosas eran ilusiones. El destino no tiene defectos ni una estética duradera. La única belleza verdadera es una desapasionada completitud.

Sin embargo, en momentos fugaces, Adrasteia experimentó cierta belleza en los hilos, sintió aprecio y, a veces, admiración. Pero esos momentos pasaron y el trabajo siempre permaneció, esperando ser completado.

Ahí. Ella desató el nudo de la parte de atrás. Estaba listo. Adrasteia lo pellizcó entre el pulgar y el índice, cada uno calloso y endurecido por una eternidad de pinchazos y la abrasión de hilos infinitos. Abrió ampliamente sus tijeras torcidas y colocó el vértice de las cuchillas en la mitad del nudo.

* * * * *

Pavios fue el primero en llegar al afloramiento. Nubes cubrían el cielo y hacía bastante frío. Debajo de la capa, colgado en su espalda, llevaba un morral de comida, ropa, su cuchillo, el manual de entrenamiento que el maestro Taumaturgo le había dado cuando había dejado la Dekatia en Meletis, pedernal y acero, y varios otros artículos necesarios para un viaje largo. Al despertar temprano por la mañana, antes que su padre, había tomado una decisión. No volvería a Meletis. La idea de dejar a Thanasis y casarse con otra le hizo un nudo en el estómago, causando un pánico en él. No sabía a dónde irían pero si Thanasis aceptaba ellos ya lo resolverían.

Esperaba que Thanasis trajera el regalo que Pavios le había dado, la espada muy corta que le habían regalado en Meletis para finalizar el arreglo matrimonial. Si él y Thanasis estaban destinados a estar juntos la espada sería esencial en su destino.

Si Thanasis se negaba Pavios había resuelto que se marcharía solo. Tal vez moriría. Vivir sin Thanasis sería una vida que él no podría soportar. El pensamiento lo puso nervioso. Thanasis podría negarse, ¿Acaso él estaba siendo demasiado presuntuoso una vez más, tal como lo había hecho aquel día cuando habían estado juntos por última vez? Empezó a sudar. Se quitó el manto y su morral y los puso en el suelo. El frío le golpeó y él dio un sorbo de su odre para calentarse.

Pavios oyó un gruñido, más profundo y aterrador que cualquier otro que hubiera oído de cualquier animal que hubiera encontrado. A través del amplio afloramiento y a poca distancia bajando por el desvío vio algo borroso en movimiento. Una bestia con un grueso vellón por melena del color de la nieve hizo pedazos un conejo. Pavios no se movió pero observó como el conejo fue asesinado, desgarrado, y consumido en unos rápidos mordiscos. Sangre y piel cayeron de las mandíbulas del asesino.

Miró hacia arriba, olfateó el aire y entonces vio a Pavios.

Pavios entró en pánico, salió corriendo en dirección contraria, pasando por al lado de la morera y bajando por el estrecho desvío. Todas las veces que él había venido allí con Thanasis nunca había explorado lo que había más allá del afloramiento y del camino que seguían para alcanzarlo. No sabía a dónde conducía el desvío que



había más allá del punto de reunión pero no tenía tiempo para reflexionar sobre ello.

No miró hacia atrás. El sendero se hizo más estrecho y más traicionero y él no podía arriesgarse a perder el equilibrio. Y si la bestia estaba detrás de él, si estaba a punto de brincar y derribarlo, él no quería saberlo. Mejor que sucediera rápidamente, como había ocurrido con el conejo.

Pavios alcanzó el fondo de la garganta pero no se detuvo ni miró hacia atrás. Por delante vio una pequeña abertura en la pared rocosa, una pequeña cueva. Llegó a ella y se adentró en su interior. Trató de calmar su respiración, intentó no jadear para no revelar su escondite.

Pavios no supo cuánto tiempo había huido o cuántos metros había recorrido. Su jadeo se calmó pero él tembló de miedo y frío. Permaneció inmóvil durante mucho tiempo, vigilando a la bestia pero esta nunca apareció.

Entonces un nuevo miedo lo atrapó. Thanasis vendría a su encuentro. Se adentraría sin saberlo en las mandíbulas de la bestia.

Pavios salió de su escondite. La bestia no se veía por ninguna parte. Se apresuró a subir por el sendero pero su caminata fue lenta por la empinada pared del desfiladero.

La noche estaba cayendo cuando el se acercó al afloramiento pero aún así el pudo ver que la criatura había estado hurgando en su mochila y dispersado sus provisiones. El morral estaba al final del afloramiento, desgarrado. También estaba manchado de sangre. Pavios esperó que fuera sangre del conejo que había matado la bestia.

Subió y trepó al afloramiento y llamó: "¿Tanasis? ¿Te estás escondiendo?"

Oyó un jadeo entrecortado. Pavios escudriñó a su alrededor en la luz cada vez menor. Allí, apoyado contra el árbol de moras, estaba Thanasis. Sangre empapaba su túnica. La espada corta que Pavios le había dado estaba hundida en su pecho. A través del regazo de Thanasis yacía la capa que le había dado a Pavios. Estaba sucia y ensangrentada; el forro de piel de conejo hecho trizas.

Pavios gritó y corrió hacia su amigo. "¿Qué... qué ha pasado?" Se estiró para ayudarlo pero se detuvo. ¿Que podría hacer? ¿Debería sacar la espada? ¿Podría mover a Thanasis? ¿Había tiempo para ir a pedir ayuda a Akros? Su mente se llenó de pensamientos quebrados. Tomó la cabeza de Thanasis en sus manos y apartó el cabello de su rostro. Thanasis abrió ligeramente sus ojos. Su piel se sintió pálida y fría en las manos de Pavios.

"Pavios," dijo Thanasis moviendo su boca pero ningún sonido lo acompañó. Con un gran esfuerzo respiró hondo y forzó su voz. "Yo pensé que la cosa te había matado..." Su voz se apagó.

"No," dijo Pavios. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Le estaba quedando muy claro lo que había sucedido. "Estoy vivo. Estoy a salvo." Tomó la capa rasgada y ensangrentada e intentó colocarla alrededor de Thanasis para calentarlo. Pedazos de piel de conejo colgaban de ella y pelos salían desde los desgarrones, teñidos con la

sangre que goteaba de los labios de Thanasis. Thanasis debía haber descubierto la capa y el morral y confundido esa sangre con la suya en una escena horriblemente reminiscente con la de la muerte de su madre. En ese momento de desesperación, ¿acaso Thanasis se había quitado su propia vida hundiendo la espada en su corazón?

Las débiles respiraciones de Thanasis cesaron. La noche cayó sobre ellos. Pavios apenas pudo ver el rostro de su amigo a través de la oscuridad y sus lágrimas. Puso su frente contra la de Thanasis y dijo suavemente: "No te vayas."

Pavios no rezaba con frecuencia. Conocía a los dioses pero había poco tiempo o propósito para la oración. En ese momento, sin embargo, llamó a Erebos, el dios de los muertos. "Poderoso Erebos," le suplicó, "Yo lo amo. No..." Pavios tragó saliva. Aunque no estaba acostumbrado a orar estuvo seguro de que cuando lo hiciera sería prudente no hacer exigencias a los dioses. "Por favor, Erebos... Yo no puedo vivir sin él."



La espada.

Aquello no fue una voz pero él, sin embargo, la oyó.

Tú puedes volver a estar con él pero solamente en mi reino. Usa la espada antes de que el calor de su vida abandone su cuerpo y yo te permitiré unirte a él.

Erebos le había respondido. "Erebos," dijo Pavios. "Tengo miedo."

Yo aliviaré tu pasaje. No habrá dolor.

Pavios tomó la empuñadura de la espada y la sacó suavemente del pecho de su amigo. El metal estaba caliente por el cuerpo de Thanasis. Se puso de pie y colocó la punta sobre su propio corazón. No creía que tuviera fuerzas para empujarla entre las costillas así que se volvió hacia Thanasis y se dejó caer hacia delante. La empuñadura golpeó el suelo y la hoja penetró en el corazón de Pavios. El sintió un escalofrío pero no fue dolor. De hecho, por un instante, sintió felicidad, y cuando la hoja se abrió camino a través de su cuerpo, él rió en voz alta. Sin embargo la sensación pasó rápidamente y él cerró los ojos, su cabeza cayendo en el regazo de Thanasis.

Debajo de ellos su sangre se filtró en las raíces de la morera.

* * * * *

Tal vez fue una distracción momentánea cuando ella cerró las tijeras alrededor de los hilos que le hizo juzgar mal el corte por el ancho de un cabello. Las tijeras cortaron el nudo y junto con él la punta de su pulgar. Adrasteia respiró hondo entre sus dientes. Se chupó la herida, un sabor cobrizo, llano e intenso. Vieja ridícula y sentimental, se castigó a sí misma, que esta sea una lección para ti y tu tonto corazón de por qué no debes ser seducida por las tribulaciones de los mortales.

Se inclinó sobre el tapiz, entrecerrando los ojos, y vio que una pequeña gota de sangre lo había manchado.

Adrasteia colocó sus tijeras torcidas y el nudo de hilos en la caja y cerró la tapa.

Los seguidores de Kiora

Cada mar es diferente, pero todos están conectados.

Ah, siempre existen las variaciones habituales. Temperatura. Salinidad. Presión. Ella las conocía, como lo hacía cualquier tritón, por instinto. Un oceanógrafo terrestre podría pasar toda una vida aprendiendo a medir lo que un tritón sabía en su infancia.

Sólo otra manera por lo que ellos son inferiores.

Pero había otras cosas, cosas para las que los terrestres no tenían palabras para describir, otras sensaciones que pintaban su visión del mundo. *Gusto* era la palabra más cercana, aunque en verdad no estaba muy cerca. Esta agua, aquí, en este mundo, fluyendo sobre sus branquias... tenía un gusto diferente a la de cualquier otro lugar, a la de cualquier otro mundo.

Y en ninguna parte sabía como en casa.

Este plano era bastante agradable. Los mares eran cálidos, el maná era rico, y la vida salvaje era abundante, incluso si era un poco... pequeña. Uno de los lugareños le había enseñado cómo los dracos se precipitaban desde el cielo hasta el mar y de regreso, y se mostró elocuente acerca de la habilidad de estos para moverse entre los diferentes ambientes.



Ella no había dicho nada. Parecía educado. En cualquier caso, estaba claro que el no podía ayudarla.

Zendikar.

Hogar. Ella ansiaba volver a su propio mundo, con su temperamento salvaje y quisquilloso. La mayoría de los mundos eran como ballenas: elegantes, pacíficos, sin dientes. Zendikar era un tiburón y había pasado demasiado tiempo desde que ella había nadado en presencia de su poder.

Pero ella no podía volver a Zendikar. Aún no. No sin un arma para luchar contra las monstruosidades llamadas Eldrazi. Y así su búsqueda continuó.

Caminar por los planos lo llaman ellos. Ja.

Kiora nadó.

Se adentró más profundo, en la oscuridad, el frío y la presión. Eso le ayudó a concentrarse, a dejar atrás un mundo, a encontrar otro. Reunió el lánguido maná de las profundidades y empujó contra las paredes del mundo.

Era arriesgado aventurarse en la Eternidad Invisible sin ningún destino en mente. Pero el mar ayudó. El mar la guió. Ella irrumpió en el vacío y nadó, saliendo de un océano y adentrándose en otro.

El universo se fracturó a su alrededor y ella cayó a través de una nada espesa e interminable. Fue como estar muy lejos por debajo del mar, en los lugares más profundos. La presión era inmensa, todos sus sentidos cegados. Todo lo que quedó fue el vago sentido del movimiento, y de las cosas, y de los mundos, inmensos e irreflexivos, flotando silenciosamente a través de ese mar que no era mar.

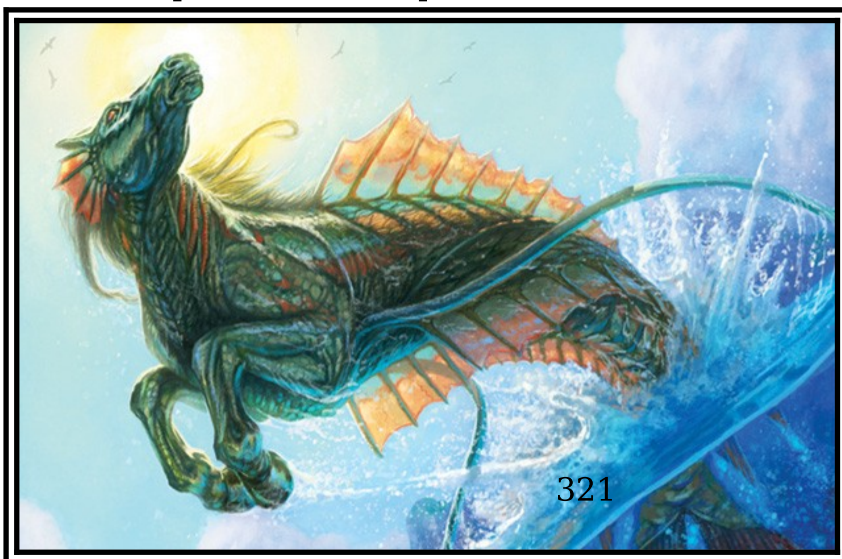
Y luego... en alguna parte. Luz, sonido y movimiento. Agua. Otro océano. Kiora nadó y probó un nuevo mundo.

Agua salada, tibia y limpia fluyó a través de sus branquias sin un toque de contaminación artificial. Había una pizca de azufre: vulcanismo, ya sea en tierra o en las profundidades por debajo. Un mundo activo. El sol brillaba a través de treinta metros de cristalina claridad y veloces y fuertes corrientes la arrastraron.

Por detrás y por encima vino la torpe bofetada de remos y el crujido de madera muerta. Allí, como en todas partes, los terrestres se aferraban a sus pequeñas balsas y se arrastraban por la piel de su mundo, necesitando la recompensa del océano, temiendo a sus misterios. Ella levantó su vista hacia el pequeño armazón de un barco, una mancha lejana abriéndose paso a través del mar. Un vistazo. Eso era todo lo que este merecía.

En un barco como ese ellos no estarían demasiado lejos de la costa y, de hecho, confusa con la distancia, ella pudo distinguir acantilados que se elevaban hacia la superficie.

Kiora nadó en la dirección opuesta, saboreando este nuevo lugar, sintiendo su maná. A lo lejos parte de la fauna local retozaba en la superficie: un tipo de caballitos de mar, con dos cascos delanteros y colas largas y escamadas. Había oído hablar de tales cosas, incluso había oído hablar de tritones montándolas pero nunca las había visto. Bueno,



ahora ella podría decir que sí lo había hecho. Aparte de eso a ella no le interesaban.

Se movió más profundo en aguas más oscuras, extendiéndose con todos sus sentidos, esforzándose por encontrar algún rastro de las criaturas grandes que moraban en los lugares más recónditos de casi todos los mundos. No había nada, sólo una inmensa y profunda oscuridad. Envió un pulso de maná, llamándolos, pero no escuchó respuesta.

No tengo tiempo para esto.

Kiora se detuvo, colgando en la columna de agua, y comenzó a reunir maná. Estaba tratando de captar la atención de algunos animales muy grandes y a veces para eso hacía falta un hechizo muy grande.

Flotó, con los ojos cerrados, cada espina y aleta extendida por el esfuerzo. Lejos y debajo de ella, en las profundidades donde el sol no podía alcanzar, el agua comenzó a moverse. Inmensas y lentas corrientes fluyeron juntas directamente por debajo, construyendo un impulso mientras más agua se precipitó hacia adentro. Un enorme pilar de agua surgió hacia adentro y hacia arriba, inexorablemente hacia ella.

Kiora, después de lo que parecieron horas, nadó hacia la superficie arrastrando un enorme chorro de agua detrás de ella. Estaba lanzando mucho peso a su alrededor y, si su experiencia le era de alguna guía, los titanes de las profundidades saldrían de sus escondites para investigar.

La corriente de agua la pasó, la envolvió, ganando velocidad mientras tronó hacia la superficie. Era fría, brutalmente fría, y tenía un sabor extraño y antiguo. Ella cayó libremente por un momento, saboreando la sensación del océano como era en realidad; no esas olas que imaginan los habitantes de la superficie cuando piensan en "el mar" sino vastos volúmenes de agua y oscuridad donde tanta vida y maná pasan inadvertidos.

La torre de agua la barrió, se extendió mientras se acercó a la superficie, y se movió hacia afuera como un gigantesco tsunami. Kiora emergió, parpadeando para acostumbrarse a la luz del sol y al aire, y observó. A lo lejos, la embarcación que ella había visto antes onduló y rodó bajo la ola, los marineros se aferraron a sus mástiles y barandas.

Ella se agachó bajo el agua y escuchó. No pudo ver la ola golpear la orilla que había vislumbrado antes pero la oyó. El océano sonó como una campana.

Kiora esperó, escuchó y observó.

Olas abofetearon. Delfines charlaron. La superficie del agua pronto se vió y se sintió exactamente como cuando ella había llegado.

El mar es antiguo pero tiene poca memoria.

No oyó más ruidos en las profundidades, no percibió ninguna marea de carne y hambre elevándose para encontrarse con ella. Sabía que ellos estaban allí abajo. ¿Donde estaban? Ella necesitaba más información y allí no iba a conseguirla.

Más concentración. Más maná. Un enorme cuerpo oscuro tomó forma debajo de ella, un leviatán de otro mundo. Caminar entre planos, hacer olas, ahora una invocación… ella se estaba esforzando hasta el límite. Pero no estaba de humor para esperar.

El leviatán se alzó debajo de ella y Kiora se aferró a sus espinas. Rompió la superficie y la caminante rió salvajemente antes de que la criatura, y ella, golpearan de nuevo el agua. Kiora lo guió hacia esa orilla lejana y este se precipitó hacia adelante, su cola aleteando hacia adelante y hacia atrás. Agua y viento pasaron en turnos a su lado a medida que el enorme cuerpo de la criatura rompió la superficie, se lanzó hacia delante y se hundió de nuevo para volver a levantarse.



Ella había estado cabalgando sólo unos minutos cuando un grupo de cabezas emergió del agua en su camino. *Locales. Bien.* Ahora ella podría obtener algunas respuestas. Le ordenó al leviatán que se detuviera y se paró sobre él mientras este reposó pacientemente en el agua, alzándose sobre los tritones de ese plano. La cabeza de todos los tritones llevaba una cresta alta que se extendía hacia detrás de ellos. Kiora se vería tan extraña para ellos como ellos a ella pero eso podría ser una ventaja. Una docena de pares de ojos la miraron, llenos de temor y asombro. Fue un buen comienzo.

"¿Dónde estoy?" preguntó.

Los nativos intercambiaron miradas y uno de ellos nadó hacia delante para hablar.

"Cerca de la polis humana de Meletis," dijo.

Inútil. Ella lo fulminó con la mirada y esperó.

"En el Mar Sirena," dijo él.

Ella frunció el ceño e hizo un gesto a su alrededor, hacia el mar, la tierra, el cielo. "¿Dónde estoy?" preguntó de nuevo.

Los ojos del orador se ensancharon y sus compañeros murmuraron el uno al otro. Ella logró percibir algo acerca de *Nyx* y *Thassa* y algo sobre el *Silencio*.

"Estás en Theros," dijo la criatura. "Estás en el mundo de los mortales."

Ella sonrió pero no dijo nada, dejándolos hablar entre ellos. Había algo extraño acerca de este mundo pero ella no les iba a hacer saber a ellos que era lo que no entendía.

"¡...Thassa en persona, ha vuelto a nosotros!"

"...no lleva la marca de Nyx. ¿Cómo podría ella ser...?"

"¡Tonto! Una diosa puede aparecer como ella quiere..."

Diosa. Ahora bien, *eso* era interesante.

"Suficiente," dijo Kiora. "Ustedes tienen preguntas."

El orador consideró sus palabras. Así que él no era un idiota. Bien.

"¿Quién eres tú?" preguntó.

"¿De verdad dudas de mí?"

"Por supuesto que no," dijo él con los ojos clavados en la boca cerrada del leviatán. "Nosotros los tritones siempre estamos a tu servicio. Sólo que..."

"Eso suena como una duda," dijo Kiora.

"Mi señora ¿Cómo es que usted ha desafiado al Silencio?"

"¿El Silencio?"



"Cuando Krufix habló y los dioses se retiraron a Nyx," dijo él, "nosotros llamamos su ausencia -vuestra ausencia- el Silencio. Nuestras oraciones siempre quedan sin respuesta. El cielo nocturno está lleno de oscuridad y estrellas inmóviles. Nosotros estamos asustados."

Parecía que había mucho sobre ese mundo que ella no entendía. Tal vez más tarde ella podría encontrar a un ser humano y jugar al simple tritón. Por ahora...

"Yo me muevo con las corrientes," dijo ella. "El Silencio no me ata."

"A nosotros nos hicieron creer que ató a todos los dioses," dijo el orador.

"Fue un crimen humano lo que trajo el Silencio," dijo uno de los otros tritones. "El Campeón del Sol mató a la hidra de Nylea, ¿Por qué debería importarle eso a Thassa, o a nosotros? ¿Por qué nosotros debíamos sufrir por las fechorías de los caminantes de agua?"

Kiora sonrió.

"Tienes razón"

Ella le ordenó silenciosamente al leviatán que bajara la cabeza por lo que el agua le lamió los pies.

"Tú," dijo ella señalando al orador. "Únete a mi."

Ella extendió una mano. El tritón la tomó y subió al amplio hocico del leviatán. El era más alto que ella y apuesto, aunque de una manera extraña. El leviatán volvió a levantar la cabeza por encima de las olas para que los dos pudieran hablar en privado.

"¿Cuál es tu nombre?"

"Kalemnos, mi señora."

"¿Y tú crees que soy Thassa?"

"... No," dijo él. "No creo que Thassa desafiara tan descaradamente al mayor de los dioses."

"Bien," dijo ella. "Entonces, ¿quién crees que soy?"

"Creo que puede ser su emisaria, enviada para guiarnos mientras ella esté ausente."

"¿Y cuando ella regrese?"

"Entonces supongo que nosotros averiguaremos quién eres tú en realidad," dijo él.

Ella sonrió.

"Me agradas," dijo ella. "Yo también tengo un monstruo marino, ¿quieres ayudarme?"

El bajó la mirada a los tritones reunidos. Las mandíbulas del leviatán podrían cerrarse fácilmente alrededor de todos ellos a la vez.

"No hay nada que me agradaría más," respondió.

"¡Bien!" dijo Kiora. "Ahora bien. Yo estoy buscando a los hijos más poderosos de Thassa: leviatanes, serpientes, ese tipo de cosas... Los llamé pero nadie vino, ¿dónde están?"



"El mar es inmenso e incluso los tritones no conocen sus límites," dijo Kalemnos. "Los krakens vienen cuando quieren o cuando lo hace Thassa."

"Entonces considera esta como una búsqueda de Thassa," dijo Kiora. "Si ella no está aquí para sondear las profundidades por ustedes, ustedes deben explorarlas en persona."

Kalemnos agarró una de las aletas del leviatán mientras este giró y nadó, manteniendo su enorme cabeza por encima del agua.

"¡Síganme!" gritó ella a los tritones. Ellos desaparecieron en el agua y nadaron detrás de ella, montando la estela del leviatán.

Ella se volvió hacia Kalemnos, que se aferraba desesperado pero valientemente a la dura espalda del titán.

"Muy bien," dijo Kiora. "Cuéntame más sobre estos krakens."

Kalemnos comenzó a hablar sobre criaturas que podían destruir tierra y mar, temibles monstruos que, al parecer, sólo podían ser comandados por los dioses.

Eso ya lo veremos.

Kiora descansó sobre la cabeza del leviatán, agotada por su hechizo pero demasiado orgullosa como para mostrarlo. El sol calentó su piel y la espuma de mar la humedeció. Ella cabalgó en silencio, disfrutando de la cadencia de la voz de Kalemnos y el poder prometido por sus cuentos. El leviatán nadó con movimientos constantes, alejándose de la orilla, hacia aguas abiertas y todos los secretos que contenían.

Dependía de ella que cayeran en su poder. Todo lo que tenía que hacer era preguntar.

La danza del Pasoraudo

"Se han llevado a más niños. Daremos caza a esta maldición sin piedad."

—Anthousa

Hija mía, ¿dónde has dejado a tus hijos tan jóvenes? ¿Acaso no tienes piedad de los huérfanos que tenías que ir y abandonarlos? Hija mía ¡Has dejado a tus hijos en las calles!

—Antigua Lamentación Cretense

Tiras de tela volvían a colgar del oscuro y silencioso santuario. Cada una se retorcía alrededor de una baratija -una pequeña pulsera, un caballo tallado- que gritaba en silencio con el dolor de los padres abandonados. Las ofrendas tintinearon suavemente en ráfagas que recorrieron las calles.

En ninguna parte se vieron demostraciones públicas de muerte y pérdida, con procesiones de dolientes siguiendo el ataúd. Ningún cadáver ritualmente lavado en solemnes túnicas grises, coronado con una diadema de oro u hoja sagrada. Ninguna estela de mármol, ni ofrendas de vino y sangre, ni altar humeando. Estos inocentes objetos marcaban un enorme vacío. Ni siquiera la triste certeza de la muerte tenía hogar allí, sólo una lamentable esperanza desvaneciéndose poco a poco en el crepúsculo.

* * * * *

"Ha desaparecido otro," dijo el soldado patrullando a su compañera mientras los dos pasaban al lado del ágora de Meletis.

"Con este ya son tres este mes." El otro negó con la cabeza. "Un asunto grave, ¿y aún no se sabe nada de lo que ha ocurrido?"

"No, es como si hubieran desaparecido dentro del mismo Nyx."

"No puedo ni imaginar el sufrimiento de sus familias. Que los dioses nos protejan a todos de tal suerte."

"Quizá los videntes sean capaces de discernir la



verdad en el Observatorio. Que Krufix levante el velo de nuestros ojos."

Los dos salieron de la vista. Una placentera risa apenas perceptible flotó detrás de ellos.

Los hombros del joven barbudo se desplomaron mientras contempló la losa de mármol. Su superficie llevaba un bajorrelieve de una mujer modestamente vestida, sus brazos estirados hacia dos niños esculpidos. Los labios del hombre se movieron en silencio, su mano descansando suavemente sobre el poste que le llegaba a la cintura. Luego levantó un lécito pintado, una urna estrecha, y derramó un arroyo color rubí al pie de la estela. Luego da dar una última mirada se enderezó, se volvió y se marchó lentamente de la tumba.

* * * * *

El líder de la falange saludó vigorosamente mientras subió los escalones de la Dekatia. El centinela de las puertas doradas de la academia le devolvió el saludo y asintió con la cabeza hacia la entrada. "Ingrese con honor, Venerable."

Las pesadas puertas, aunque estaban talladas en piedra y recubiertas de oro, se abrieron suavemente sobre bisagras de bronce para admitir al soldado. El se quitó su yelmo emplumado cuando entró, teniendo cuidado de cruzar el umbral primero con el pie derecho. Inclinó la cabeza y esperó a ser reconocido por la augusta reunión que se estaba llevando a cabo en el interior.

Las mejores mentes de la polis conversaban en voz baja pero con intensidad. La ciudadanía, los campos circundantes, el puerto y las cercanas Islas Dakra requerían una cuidadosa observación, discusión y administración. Los respetados filósofos, habiendo alcanzado algún tipo de acuerdo, inclinaron sus cabezas hacia el capitán. Una mujer de cabello gris, que llevaba un simple peplo con un fino bordado azul, se levantó y se adelantó.

"Saludos, Venerable Capitán. Gracias por acudir. ¿Qué noticias trae del campo?"

El líder de la falange levantó una mano hacia su pectoral. "Honorable Oradora Perisofia, le ruego que perdone esta intrusión."

La mujer sonrió, sacudiendo ligeramente la cabeza. "El bienestar de la polis siempre es de la más alta importancia. Usted más que nadie sabe lo que nos amenaza. Por favor, cuéntenos lo que sabe."

"Le doy las gracias, Oradora. Traigo noticias siniestras de las fronteras de nuestras tierras. Patrullas cerca de los pantanos costeros informaron de una nueva actividad de los malditos habitantes de Asfodel. Yo fui a verlo en persona."

"¿Un ataque?"

"No, Oradora. No sería inusual que los Resurgidos realizaran una incursión y nosotros hemos rechazado muchas de ellas, pero esto..." El hombre miró a lo lejos, con una mueca que retorció sus labios por un instante. Perisofia esperó en silencio.



El continuó con un tono ronco. "Hemos vuelto a ver a la Llorona. Y... ella ya no está sola."

Un suave jadeo resonó en la cámara del consejo. Entonces la Oradora dijo con tranquilidad. "¿Fue ella quien los encontró?"

"No lo sé. Si son suyos ellos no lo saben. Yo rezo para que los desgraciados ahora estén en paz."

"La siguen tres niños, dos aferrados a sus manos. Una niña y dos chicos, probablemente... Nosotros no pudimos ver sus rostros. Algunos tenían… máscaras."

Un hombre gritó. "¡Abominación!"

Perisofia dio un paso adelante y apoyó la mano en el hombro tembloroso del hombre. "¿Y luego que hicieron?" preguntó en voz baja.

"Sé que nosotros deberíamos haber acabado con esa burla de vida en el acto. Pero no pudimos. Los pequeños..." El capitán se tragó un sollozo. "Nadie pudo levantar una espada contra ellos. Nosotros sólo miramos como ellos se adentraron en la niebla."

"Lo siento, Oradora. Yo fui débil. Acepto el castigo por mis acciones." El inclinó la cabeza.

La Oradora no levantó la mano. "No, honrado siervo de nuestro pueblo. Eso jamás. La ternura, no la debilidad, detuvo tu mano. ¿Podría alguno de nosotros endurecer nuestras voluntades para matar inocentes?"

"Y sin embargo tales impulsos amables conducen a una mayor crueldad." Perisofia se enfrentó a la asamblea. "Durante muchos meses nosotros hemos escuchado las historias de la Lacrimosa. Nos compadecimos de su trágica existencia pero la dejamos que vagara por Asfodel con los otros que rechazaron el Inframundo. Nos dijimos que ellos ya habían sufrido suficiente con la elección que habían tomado."

"Pero nuestra paciencia ha traído un nuevo mal. Todos hemos oído hablar de las recientes desapariciones de niños dentro de la polis. Ahora sabemos la razón. La Llorona, en su búsqueda sin fin de sus muertos, ha atraído a los vivos."

"Ellos están atrapados como ella en una interminable semi-vida. Un destino tan horrible es mucho peor que la muerte. Nosotros no podemos permitir que continúe esta profanación."

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. "Que los niños duerman."

El pórfido color sangre oscuro de las paredes del templo pareció beber la poca alegría que portaban la luz de las antorchas. Un pequeño círculo de figuras encapuchadas y vestidas con túnicas se arrodilló alrededor de un altar en forma de cuenco. Empezando por uno y siguiendo con los demás cada encapuchado levantó un brazo y deslizó un cuchillo a través de su palma izquierda, luego inclinó la mano para permitir que un lécito negro recogiera el líquido carmesí.



* * * * *

Sal y decadencia recorrieron el frío aire de la tarde. El orador de los Doce miró hacia el mar salado. A su lado izquierdo estaba el líder de la falange. Este sostenía su escudo alto y aferraba la empuñadura de su espada. A su derecha había un joven barbudo vestido con una capa oscura, su rostro aún marcado por el luto reciente. Sostenía un lécito negro.

Frente al grupo, con los ojos ocultos bajo una pesada capucha, estaba parado un solemne sacerdote. Otros tres le flanqueaban, vestidos de igual forma. Pequeños látigos dorados en sus cinturones hablaban silenciosamente acerca del austero dios al que servían.



El sacerdote principal comenzó a entonar un canto fúnebre. Mientras las notas se adaptaron a la triste llovizna él y los otros sacerdotes se volvieron hacia el pantano. El grupo reunido cantó una oda.

Pronunció una y otra vez palabras prescritas y los otros respondieron. Entonces el sacerdote hizo un gesto y el joven viudo caminó hasta su lado. Se arrodilló en la tierra cuarteada y fangosa y susurró una oración. Finalmente, levantó el lécito y vertió su contenido en el agua oscura.

El grupo esperó. La luz se desvaneció. Los quejumbrosos chillidos de las aves de la costa se detuvieron.

Fue entonces que ella acudió. Saliendo de la bruma. La mujer con la máscara de oro se abrió paso en el mortal silencio. Agarraba las manos de dos niños, que no compartían su quietud. Un constante y agudo sollozo surgió de las bocas distendidas de las máscaras que ellos llevaban. Una tercera niña, que parecía de más edad, caminaba detrás de ellos, gimiendo suavemente a través de labios dorados.

El hombre joven gritó y se arrancó el pelo de su cabeza. Los jadeos de los demás puntuaron su pena.

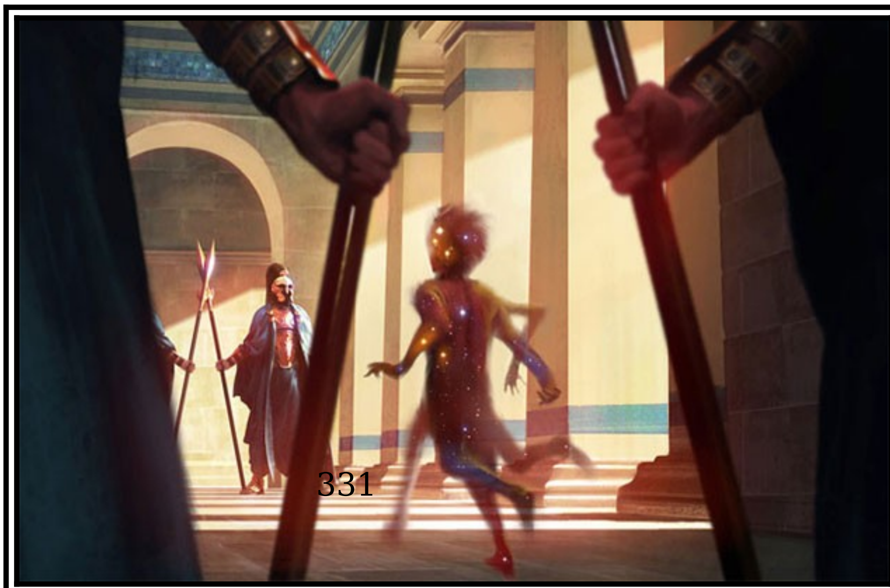
Los sacerdotes extendieron sus manos. El líder empezó a cantar suavemente, una sola frase repetida monótonamente. Los otros, uno por uno, se unieron en una rítmica armonía y se balancearon al compás de la música. Los gemidos entrelazados se debilitaron y finalmente cesaron. Las cuatro figuras enmascaradas se detuvieron como si estuvieran escuchando.

Los sacerdotes, todavía cantando suavemente, desataron las vendas manchadas de sangre en sus manos izquierdas y caminaron al mismo tiempo hacia el pantano. Como si fueran uno colocaron suavemente las palmas goteando en los ceños dorados. Y, con un suspiro, cuatro figuras enmascaradas desaparecieron por debajo de la superficie. No quedó ni una sola ondulación.

Mientras el amanecer iluminó el cielo el solemne grupo entró en el ágora, con las cabezas gachas. Ninguno habló. Los hombros del joven cayeron y sus pasos tropezaron con los adoquines. Perisofia y el capitán lo sostuvieron.

El silencio se rompió repentinamente por el tintineo de voces inocentes. De una pared cercana emergió una forma indistinta, brumosa y de tamaño infantil. Estrellas opacas brillaban a través de su espacio mientras la silueta pasó corriendo juguetonamente por delante de los adultos. Ojos y rostros se alzaron para seguir su brinco juguetón.

La forma resplandeciente danzó a través de un guardia que patrullaba, quien se volvió con asombro cuando ella lo atravesó. La criatura, dejando un rastro susurrante de risa, dio cabriolas a través de la plaza y desapareció dentro de un monumento



de mármol, resurgiendo un momento después por el otro lado. La risita se intensificó cuando otras brillantes figuras la persiguieron por las calles, zigzagueando entre los adultos reunidos. Una por una se desvanecieron en las paredes que bordeaban la plaza.

Las traviesas voces callaron. Un murmullo de asombro escapó de los labios de los observadores. Perisofia miró al cielo, donde el resplandor de Nyx se desvanecía en el amanecer. Luego se volvió hacia los demás y dijo: "Los niños descansan en paz. Que la luz de sus sueños despierte la esperanza en la polis."

Los muros de Akros

Diez soldados estaban parados debajo de los dos monolitos de piedra conocidos como los Cuernos, el sudor reluciendo en su piel. La luz de Heliod golpeaba sobre ellos, las sombras de los Cuernos cayendo por delante y detrás de la línea donde estaban formados en señal de atención. La sombra que había delante de



ellos se había arrastrado tentadoramente más cerca mientras ellos esperaban pero todavía estaba a una longitud de espada fuera de su alcance.

Leandros quería colocarse desesperadamente en esa sombra y tomar una siesta. Bueno, lo que de verdad quería hacer era volver a Akros a tomar un baño y adquirir una compañía agradable, pero elegiría con mucho gusto la sombra... o una lucha, si se llegaba a eso. Cualquier cosa era mejor que esperar.

El capitán Kyrillos salió de la línea. Estaba sudando como los demás.

"Ya hemos esperado suficiente," dijo Kyrillos. Señaló a tres de los hombres. "Ustedes tres. Conmigo. Bardas, Borias, suban a los Cuernos y díganme lo que pueden ver. Todos los demás descansen."

Bardas y Borias sonrieron y se dirigieron hacia los Cuernos, sacudiendo su armadura. Los dos hombres no eran hermanos, ni, hasta donde Leandros sabía, amantes. Pero eran una indiscutiblemente pareja y no había nada que les gustara tanto como competir uno con el otro. Ellos, gruñendo, sudando e intercambiando atractivos insultos, treparon por las grandes piedras.

Kyrillos se llevó al joven Haemon, al apuesto Nikasios, y al firme Xanthos para asegurar un perímetro. Leandros se sentó con gratitud a la sombra de una de las piedras, poniendo su espada al alcance del brazo y tomando un largo trago de su pellejo de agua. Mnesos se sentó, apoyándose contra la piedra, su ya gastada copia de los *Ensayos sobre Lógica* de Perisofia ya estaba en su mano. Diocles, de barba blanca, se quitó el yelmo y lo colocó sobre una roca, pasándose la mano por su fino cabello. Y Pallas, ese bastardo, comenzó a hacer ejercicios de estiramientos. Era más alto y musculoso que cualquiera de ellos excepto Nikasios y le gustaba presumir.

"Ellos no van a venir," dijo doblándose dos veces para tocarse las palmas de sus manos.

"Calla," dijo Diocles. "Eumalos es un buen capitán. No es del tipo que evite una reunión. Si ellos no llegan es porque están muertos. Y tú no tienes derecho a ser tan irrespetuoso."

Tanto su escuadra como la de Eumalos formaban parte del Alamon, los soldados errantes que eran tan vitales para la defensa de la polis de Akros como las murallas de la ciudad. Los numerosos escuadrones pequeños del Alamon se reunían regularmente para intercambiar información y suministros. Perder una cita no significaba nada bueno.

"¡Ja!" gritó Bardas, o tal vez Borias, después de haber ganado su carrera.

"¿Qué te parece, oh gran erudito?" preguntó Pallas, ahora parado derecho pero girando casi del todo para mirar a Mnesos.

"Creo que hay muchas soluciones posibles al problema de los universales, de las cuales la teoría de las formas ideales es sólo una," dijo Mnesos sin levantar la vista.

Pallas resopló.

"¡Cíclope!" gritó Borias, o Bardas. "¡Un cíclope, viniendo desde el noreste! ¡Tomen las armas!"

Leandros se puso en pie, con la espada en la mano.

Bardas y Borias bajaron por los costados de los Cuernos mientras los otros se rearmaban. El libro de Mnesos desapareció, sustituido por una honda y una piedra. Diocles volvió a ponerse su yelmo en menos de un segundo y Pallas recogió su lanza y giró para enfrentar a los atacantes.

El equipo perimetral regresó al mismo tiempo y los diez soldados se colocaron en formación mientras la gigantesca forma de un cíclope apareció a la vista caminando pesadamente desde el noreste.

El cíclope ya estaba herido, arrastrando una pierna y dejando un rastro de sangre. Dio un grito que fue más lamento que rugido y giró para rodearlos.



Pallas lo alcanzó primero, hundiendo su lanza profundamente en el muslo de su pierna sana. Este volvió a gemir y le dio un revés con su enorme mano, enviándolo volando por el aire. Borias pasó corriendo para atrapar su atención mientras Bardas se acercó para cortar a través de su vientre, una herida, aunque no profunda. El cíclope pasó junto a ellos.

Nikasios, junto a Leandros y detrás de una pared de escudos, levantó su lanza para acuchillar. Si el cíclope hubiera estado luchando él podría haberlo atacado pero este todavía estaba tratando de rodearlos. Derribar un cíclope sin cegarlo, incluso a uno herido, sería un largo y sangriento asunto.

"¡Mnesos!" dijo Leandros. "¡Llama su atención! ¡Nikasios, prepárate!"

Nikasios asintió.

El erudito retrocedió del grupo, cargó su honda y giró una piedra alrededor de su cabeza.

Hubo un crujido cuando la piedra de Mnesos golpeó el cráneo del cíclope y la criatura rugió. Se giró para ver a su atacante pero en su lugar encontró la punta de la lanza de Nikasios. Gritó, agarrándose a la lanza, con la sangre corriendo por su rostro, y el pelotón avanzó.

Leandros se precipitó hacia delante, se agachó bajo los brazos agitándose y le cortó el tendón de la pierna sana cuando pasó. El cíclope cayó de rodillas y el pelotón lo rodeó y acabó con él. Leandros no vio quién asestó el golpe final pero si había que atribuirle la muerte del monstruo a alguien ese habría sido Nikasios



"¿Alguien herido?" preguntó el capitán.

"Magullado," dijo Pallas, jadeando. "Me dio un buen golpe."

"No te hagas el héroe," dijo Kyrillos. Mnesos le echó un vistazo.

Pallas gruñó pero dejó que Mnesos lo revisara en busca de una lesión seria.

Nikasios y Xanthos trotaron alrededor del perímetro mientras que Haemon, el más joven de ellos, miraba fijamente al cíclope.

"¿Hambriento?" preguntó Bardas, dándole una palmada a la espalda de Haemon.

"¿Tú comes... cíclopes?" preguntó Haemon.

"Aquí afuera no le puedes hacer asco a nada," dijo Borias.

Haemon se puso pálido.

"Uno no come cíclopes," dijo Diocles, frunciendo el ceño a Bardas y Borias. "A menos que esté muriendo de hambre. E incluso entonces eso podría matarte. Ellos son cosas tóxicas."

Xanthos volvió del perímetro.

"Es el único," dijo. "Y no hay nada persiguiéndole. Parece que este tipo vino desde el Desfiladero Tuerto."

"¿Entonces qué estaba haciendo aquí?" preguntó Leandros. "Ellos son bastante territoriales, ¿no?"

"Muy territoriales," dijo Mnesos señalando a Pallas. "Y un cíclope herido por lo general se queda en su tierra."

"¿A quien le importa?" dijo Pallas que se puso de pie y se estiró. "Es sólo un cíclope."

"No creo que estas heridas hayan sido infligidas por Akronienses," dijo Nikasios. Estaba moviendo el cuerpo del cíclope con su lanza para verlo mejor. "Esta otra pierna fue magullada, no cortada."

"¿Otro cíclope?" preguntó Leandros.

"No," dijo Diocles. "Algo más pequeño. Otro cíclope lo hubiera descerebrado con una roca."

"Ya he oído suficiente," dijo Kyrillos. El resto de la escuadra se quedó en silencio. "La escuadra de Eumalos no acudió al encuentro y hay algo más que nuestros soldados en Desfiladero Tuerto que puede expulsar a un cíclope. Nosotros iremos a comprobarlo."

Nikasios asintió. Pallas frunció el ceño. Diocles hizo una mueca. Nadie habló.

"Mnesos, deja una señal," dijo Kyrillos. "Luego pongámonos en movimiento."

El erudito sacó un carbón y escribió la hora y la fecha con su impecable caligrafía en el lado cercano de uno de los Cuernos de modo que la siguiente escuadra del Alamon que pasara por el lugar supiera que ellos habían estado allí.

Los diez soldados marcharon en formación, dejando atrás al cíclope muerto.

* * * * *

El escuadrón acampó inquieto por la noche en un afloramiento rocoso. Por encima de el, donde las brillantes constelaciones alguna vez habían interpretado las historias de los dioses, sólo había estrellas.

Mnesos se apartó del grupo, mirando al cielo. Leandros se acercó y se sentó a su lado, permaneciendo en silencio por un tiempo.

"¿Por qué nos han abandonado los dioses?" preguntó Leandros.

"En eso," dijo Mnesos, "nadie parece estar de acuerdo. No hay duda de que por sus propias razones."

"¿Volverán?"

"Los historiadores nos dicen que esta no es la primera vez que los dioses se han retirado a Nyx," respondió Mnesos. "Dudo que sea la última."

Leandros asintió.

"¿Debería seguir orando?" preguntó.

"Es difícil decirlo," dijo Mnesos. Se volvió hacia Leandros y agregó: "Pero yo lo hago."

* * * * *



Ellos siguieron el rastro del cíclope hasta las colinas, un sendero sinuoso que los llevó a barrancos estrechos y cañones sinuosos. El rastro de sangre se secó y, sin huellas que seguir en

la piedra azotada por el viento, el escuadrón marchó hacia el Desfiladero Tuerto.

Aquella tarde, en las sombras de las escarpadas paredes de roca que marcaban la entrada al paso mismo, ellos encontraron una carnicería. Había nueve Akronienses yaciendo en el suelo, sus cuerpos ya hinchándose en el calor. El olor a sangre y putrefacción era opresivo.

Los cuerpos habían sido masacrados, su armadura aporreada estaba esparcida por todo el paso. Habían desaparecido todas sus cabezas.

Mnesos se cubrió la boca y la nariz con un paño. Pareció que Haemon iba a desmayarse. Leandros se sintió enfermo de furia.

"Ese es Eumalos," dijo Diocles en voz baja señalando a uno de los cuerpos. "Reconozco su espada."

"Huellas," dijo Xanthos apuntando más allá de los cuerpos, donde la sangre había marcado el pasaje de los asaltantes. "Minotauros."

El borde más lejano del desorden era un enredo de huellas ensangrentadas del tamaño de platos de la cena.

"Sigan moviéndose," dijo Kyrillos. "Tenemos que llegar al puesto de avanzada."

"Pero los cadáveres..." balbuceó Haemon.

"No se volverán más cadáveres," dijo Kyrillos. "Vamos."

El pelotón se formó. Leandros murmuró una oración a Athreos, que llevaba almas al Inframundo, y esperó que el Guía del Río estuviera escuchando.

"Mejor venganza que recuerdo," dijo Mnesos. Pareció estar citando algo aunque Leandros no supo qué.

Haemon se demoró con el cuerpo del Capitán Eumalos. Nikasios puso una mano en su hombro.

"Volveremos por ellos," dijo.

Haemon asintió y los diez soldados vivientes siguieron adelante.

En el propio paso, los cuerpos dispersos de cíclopes y minotauros hicieron una sombría decoración. Los minotauros habían sido aplastados por rocas o arrojados contra los muros de piedra y algunos pocos parecían haber sido atacados por sus propios compañeros.

Los cíclopes se habían llevado la peor parte.

Unas rocas se estrellaron detrás de ellos. Leandros giró para verlas caer en el cañón, bloqueando su salida.



Delante de ellos llegó el

sonido de gritos salvajes y de cascos tronando y entonces los primeros minotauros doblaron la esquina.

A la cabeza de la horda de minotauros había un enorme bruto que portaba una espada. Este bramó insensiblemente, empujando a los demás hacia adelante.

"¡Listos para cargar!" gritó Kyrillos.

El escuadrón ya se estaba formando a su alrededor, levantando sus escudos y haciendo sobresalir sus lanzas. El angosto cañón les compraría algo de tiempo pero ellos se vieron sumamente superados en número.

"¡Nos atraparon!" dijo Bardas.

"Los minotauros no ponen trampas," dijo Mnesos.

"¿Leíste eso en un libro?" murmuró Pallas.

Nikasios y Bardas atravesaron a los primeros minotauros que los alcanzaron. Otro pasó las lanzas y Haemon sacó su espada a tiempo para empalar a la criatura. Entonces la horda cayó sobre ellos y las tácticas ya no sirvieron de nada.

A un minotauro con espuma en la boca ya le faltaba un brazo que habían lanzado contra Leandros, con la mano restante extendida. Leandros lo golpeó en el rostro con su escudo y luego le cortó una pierna. Este se derrumbó bajo el aplastamiento de los cascos.

Kyrillos estaba gritando órdenes de detrás de Leandros, luchando en la retaguardia para mantener una visión completa de la situación. Bardas y Borias combatían espalda contra espalda, protegiéndose mutuamente y atacando a los minotauros que los rodeaban. Pero ellos estaban siendo rodeados, separados del grupo.

Mnesos luchó junto a Leandros, murmurando consigo mismo acerca de los minotauros, sus tácticas y su supuesta falta de inteligencia. Pallas se arriesgó una y otra vez, lanzándose a la refriega cada vez que vio una apertura y siendo lo suficientemente rápido, hasta ahora, como para volver a salir. Xanthos y Diocles flanquearon a Haemon, cubriendo cualquier paso en falso. Y Nikasios parecía aparecer dondequiera que lo necesitaran, un rápido ataque de lanza aquí y allá que le consiguió momentos cruciales a sus compañeros.



Uno de los minotauros levantó un martillo de piedra para golpear a Leandros pero Diocles levantó su escudo y en su lugar el arma se estrelló sobre el brazo de su escudo con un sonido a astillas. Diocles gritó pero se mantuvo en pie y Nikasios hundió su lanza en el pecho del minotauro.

Haemon se adelantó para terminar el trabajo pero otro minotauro surgió, levantando una enorme hacha. Entonces Xanthos estuvo allí, con la espada en la mano. Se lanzó hacia el minotauro pero fue demasiado lento. El hacha cayó y lo partió de hombro a muslo.

Pallas rugió y corrió hacia adelante, haciendo a un lado con un golpe el torpe reverso del minotauro, y lo destripó. Diocles dejó caer su espada y tiró de Haemon hacia atrás con su buena mano. Leandros tomó una postura defensiva para cubrir su escape.

Otro grito, a su izquierda, y Mnesos se agitó aferrado en su cuello por un minotauro. Leandros le cortó la mano y el minotauro gritó de dolor. Una acuchillada rápida y torpe de Nikasios fue demasiado salvaje para golpearlo pero consiguió que la cosa retrocediera. Mnesos cayó al suelo, gimiendo, sangre chorreando de su estómago.

Bardas o Borias gritaron de rabia fuera de la vista.

Habían matado a decenas de minotauros pero estaban perdiendo terreno, retrocediendo hacia la pared de piedras caídas. Leandros trató de arrastrar a Mnesos con ellos pero cada vez que se agachó tuvo que enderezarse para bloquear otro golpe. El erudito desapareció detrás de una pared de pelos enmarañados y pezuñas pisoteando.

Haemon estaba de nuevo en pie, sollozando abiertamente, arriesgándose. La omnipresente defensa de Nikasios fue finalmente abrumada. Kyrillos había dejado de dar órdenes, centrándose en la lucha que tenía a mano. Pallas estaba jadeando, cubierto de sangre, y sus ataques se estaban volviendo cada vez más lentos.

A Leandros le dolían los brazos. Intentó no pensar en Mnesos.

El bruto que había liderado a la horda al cañón finalmente entró en la lucha. Medía fácilmente tres metros de alto, gruñendo desafiantemente. Levantó la espada y atacó.

La lanza de Nikasios le erró al pecho del monstruo, apenas cortando una tira de piel, y la hoja cayó sobre él. Nikasios se arrojó a un lado pero el minotauro golpeó su pierna, cortándosela. Nikasios gritó. Haemon corrió a su encuentro pero el bruto lo agarró por la cabeza y lo arrojó contra la pared del cañón con un repugnante crujido.

El minotauro atacó a Pallas quien lo esquivó. En ese momento fue la criatura la que quedó abierta para el ataque, con los brazos extendidos. Leandros y Pallas cortaron el brazo de su espada, pero su gruesa piel y su armadura improvisada hicieron que sus golpes rebotaran. Diocles sacó a rastras a Nikasios lejos de los cascos.

Kyrillos tuvo la apertura y fue a por ella. Se adelantó y hundió su espada hasta la empuñadura en el intestino del minotauro.

El minotauro aulló y tiró a Kyrillos al suelo con un enorme puñetazo, luego le dio un pisotón en el pecho. Le miró fijamente, babeando.



Leandros cortó los tendones en su pierna y el monstruo cayó de rodillas. La espada de Pallas hizo un gran arco y lo decapitó. Su cuerpo cayó sobre el capitán caído, chorreando sangre.

Mas minotauros llegaron, los últimos rezagados, pero ellos habían visto caer a su líder y se dispersaron. Nikasios se vendó la pierna mientras Diocles, que trabajaba con un brazo, trató de alejar al enorme cadáver del minotauro del capitán.

Pallas atacó a los minotauros que huían, gritando su rabia, y Leandros trató de seguirle el ritmo. Pronto estuvieron solos, bañados en sangre, aunque el sonido de voces gruñendo y pezuñas pisoteando les dijeron que había más minotauros cerca.

Leandros encontró el cuerpo de Mnesos, abatido y apenas reconocible. Busco en la mochila del académico y sacó los *Ensayos sobre Lógica* con la esperanza de salvarlos. El libro estaba empapado en sangre por lo que no se podría leer así que lo dejó sobre el cuerpo de Mnesos.

Pallas ayudó a Diocles a sacar el cuerpo del líder minotauro fuera del capitán. Kyrillos estaba muerto, con los ojos vidriosos, su yelmo torcido mirando hacia el sol.

Luego Leandros encontró a Borias, junto a la forma inmóvil de Bardas. Le habían atravesado el hombro con una de sus propias lanzas y tenía sus dos piernas rotas. Leandros se agachó a su lado.

"Nosotros teníamos una ap..." balbuceó Borias mirando el cuerpo de Bardas. "Una ap...apuesta. Acerca de aquel que viviría más. Hay un tarro de... de dinero En m... mi casa. Hemos añadido un poco cada vez que nos fuimos. Su...su... supongo que yo gané."

El miró a Leandros.

"Puedes quedártelo," murmuró. "El dinero. Yo no creo... que le vaya a dar... mucho uso."

El tembló y sus ojos se volvieron vidriosos. Su entrecortada respiración desaceleró y se detuvo.

Leandros se enderezó.

Quedaban cuatro de ellos. Nikasios todavía estaba consciente, apoyado contra una roca y agarrando su lanza con nudillos blancos. Diocles, con la barba manchada de rojo, se había quitado el escudo magullado de su brazo izquierdo, que colgaba inútilmente a su lado.

Pallas seguía de pie pero no podía respirar. El propio Leandros estaba intacto, por suerte o fortuna.

"Los minotauros no actúan así," dijo Diocles, sonando más cansado que dolido. "Algo está mal. Ellos nos atrajeron y nos atraparon."

Bajó su mirada al capitán y sus ojos se enfocaron.

"Tenemos que advertir a Akros," dijo. "Los minotauros están cazando deliberadamente a los Alamon. Si ellos pueden idear eso también pueden planear un ataque contra la ciudad. ¿Quién puede seguir corriendo?"

Nikasios miró fijamente el muñón de su pierna.

"Yo lo haré," dijo Leandros.

"No," dijo Pallas, su aliento rápido y superficial. "Esto no esta pasando."

"¿Qué sucede?" preguntó Leandros. "Yo no vi que te golpearan."

"No lo hicieron," dijo Pallas. "Sentí algo estallar durante la pelea. Justo donde el cíclope me golpeó ayer. No podría hacer ni un solo kilómetro."

Él logró una sonrisa.

"Sin embargo yo puedo conseguirte un poco de tiempo," dijo.

Los sonidos de voces retumbando y cascos raspando piedra se hicieron más fuertes.

"Yo no puedo solo dejarte aquí," dijo Leandros.

"Ve," dijo Diocles. "Quienquiera que se quede aquí morirá. Pero puede que no sea demasiado tarde para avisar a Akros. Trepa por allí y corre."

Nikasios se subió a una roca. Asintió a Leandros, con la lanza preparada.

"Sal de aquí," dijo Pallas.

El giró para mirar hacia el otro extremo del cañón y se volvió.

"Diles que caímos luchando, ¿quieres?"

"Lo haré," dijo Leandros.

Entonces más minotauros entraron en el cañón y Leandros se volvió para escalar las rocas caídas.

Nikasios, detrás de él, golpeó su lanza contra su escudo y Pallas gritó insultos a los minotauros hasta que el sonido de los cascos sobre la piedra los ahogó.

Leandros alcanzó la cima y corrió, sin mirar hacia atrás.

* * * * *

Corrió durante un día entero y más, esquivando bandas ambulantes de minotauros y esforzándose por mantener los ojos abiertos. En ocasiones se encontró con escuadrones de Alamon caídos y señales de que grandes grupos de minotauros habían pasado por allí.

Cuando vio a Akros la noche había caído por segunda vez. En la oscuridad le tomó un momento darse cuenta de que algo andaba mal.

Redujo la velocidad, luego se detuvo, una inmensa blancura borraba lo que debería haber sido la vista de la ciudad.

Un muro. Alguien -minotauros- habían construido un muro alrededor de Akros, para mantener a los Alamon fuera mientras sitiaban la ciudad. Aquello era una cosa destartalada, fea y probablemente frágil, pero los Alamon estaban ligeramente armados y no tenían equipo de asedio. Aún cuando alguno de ellos hubiese sobrevivido al ataque en los yermos los Alamon tendrían que sitiar el campamento de asedio.

En los cielos directamente por encima de Akros estrellas brillaron con una repentina y resplandeciente vida, recuperando color y movimiento por primera vez en muchas semanas. Dos figuras se formaron, lentamente: el valiente Iroas y el salvaje Mogis, los dioses gemelos de la guerra, respectivos patrones de los Akronienses y los minotauros. Lucharon en el cielo: la última batalla en su largo y brutal conflicto.

Pero los dioses no habían regresado a Theros. Los gemelos estaban interesados el uno en el otro, no en los mortales. No habría ayuda de ese lado.

Leandros cayó de rodillas.

Había llegado demasiado tarde. Ni siquiera los dioses podían detener ese desastre.

El sitio de Akros había comenzado.

El Héroe de Iroas

Si hablamos en serio el gigante acababa de despertar. Sin embargo no todo el mundo habría sido capaz de derribar a un bruto que medía dos veces el tamaño de un templo de ciudad, incluso si este estaba atontado, así que yo supongo que soy un héroe. Eso no quiere decir que sea el más grande de los héroes o que me vayan a recordar una vez que haya caído pero yo no los rechazaría si ellos me llamaran "Aesrias, el héroe". Soy más fuerte que otros de mi edad y siempre he sido capaz de dominar fácilmente todo tipo de armas, aunque si vamos a hablar de desafíos yo prefiero usar mis propios puños en combate.

Pero me estoy jactando demasiado. En verdad yo soy uno de los muchos que son bendecidos con el poder de Iroas, hijos de padres devotos a quienes el Dios de la Victoria ha dado la fuerza para servir y proteger al pueblo. Todo el mundo siempre dijo que yo había nacido para ser un héroe.

Ese gigante fue un monstruo más fácil de derribar que la hidra. La bandada de arpías fue probablemente el peor. A los gigantes y a las hidras tú los puedes golpear en la cabeza. Incluso una hidra, con sus múltiples cabezas, sólo tiene la misma cantidad siempre y cuando no las cortes. Me llevó mucho tiempo golpear cada una de sus voraces cabezas hasta dejarlas inconscientes pero fue mejor tratar con ocho cabezas que con cien.

No, las arpías fueron las peores. Esto ocurrió en una encrucijada de una zona desolada. No había más cobertura que los árboles escasos y muertos que ocupaban las arpías. La noticia de mi conquista de la hidra se convirtió en mi enemigo más grave. Combatir contra las ocho cabezas de una hidra no significaba que uno pudiera luchar contra ocho arpías al aire libre. Ellas



pueden volar y caer en picada para atacar, cortando con sus afiladas garras. También empleaban un sonido ensordecedor cada vez que se retiraban al aire. Debería haber traído una espada.

Al final, por supuesto, yo las maté a todas. Recogí una rama del árbol donde anidaban y pude derribar a los monstruos en el suelo cuando se acercaron, dándoles un golpe mortal con su propia rama. Hice esto hasta que las dos últimas se alejaron. Estaba lleno de cortes y ensangrentado, agotado por la ordalía, pero fue una buena pelea. Llevé las cabezas de las criaturas a la ciudad de Tynthal, al norte del Desfiladero Tuerto. Es una ciudad más grande, donde la mayor parte de la población vive en aldeas más pequeñas o en la capital dentro de las paredes del Kolophon. Es lo suficientemente grande como para tener un destacamento permanente de Stratianos, los guerreros del ejército Akroniense. El gobernador de Tynthal, Pilun, me había convocado para tratar con las arpías.

Llegué al templo cívico y entré en la cámara del gobernador donde este se reunía con los ciudadanos. Había dos soldados afuera que me abrieron las puertas y ocho más en formación en la habitación. Le di las cabezas de las harpías a un joven sirviente que trató de equilibrarlas, todavía goteando, en sus brazos.

Pilun estaba sentado en un trono de oro, aunque sospecho que sólo estaba pintado, vestido con una túnica azul y púrpura; esos colores son algunos de los tintes más caros de Theros. Yo trato de no juzgar a los demás por su apariencia pero si me lo hubiera encontrado en la calle, sin estar flanqueado por soldados en una sala de reuniones, hubiera creído que era un carterista. Llevaba una corona, lo que me molestó, porque en Akros sólo Anax lleva una corona.

"¿Vuelves a la escena del crimen?" dijo Pilun sin levantarse de su asiento. Sus guardias sostenían lanzas en mi dirección.

"Gobernador, yo soy Aesrias de Akros, Héroe de Iroas. Vine bajo su orden para matar a las arpías que aterrorizaban sus caminos."

"Un ardid inteligente," dijo él. "Pero ahí está el hecho de que este mismo día varias monedas de oro fueron robadas a un comerciante por un hombre que cumplía con tu descripción."

Alguien entró en la cámara detrás de mí. Era un anciano que vestía harapos pero también, extrañamente, brillantes brazaletes y anillos de oro. Jadeó cuando me vio, el tipo de jadeo que he visto en un mal drama Meletiano.



Comenzó a actuar como si estuviera llorando aunque no soltó ninguna lágrima.

"Este hombre me atacó, mi señor. Me robó la cartera," sollozó el mentiroso.

"Guardias, parece que tenemos a nuestro criminal."

Aesrias

Yo metí todo eso en mi cabeza. Eso era incorrecto: el gobernador había roto las leyes. No había habido un juicio. Yo había acudido allí después de haber luchado contra las arpías que él me había enviado a derrotar y estaba cansado y más débil que de costumbre. Todo estaba planeado. No tenía fuerzas para combatir a los soldados, no sabía si la corrupción los había tocado o si ellos eran tan inocentes como yo. Dejé que me ataran y no luché. Me recuperaría y luego saldría a la fuerza de esta locura.

* * * * *

No supe cómo rezar a Xenagos. Él era el nuevo dios de quien todos hablaban en susurros, algunos pretendiendo que había sido un dios desde el principio, otros negando su existencia. Yo siempre rezaba a todos los dioses aunque admito que eso era extenuante. Podría decir: "Bendiciones sean a Iroas de quien fluye mi fuerza y cuida de mí Heliod, Thassa, Erebos, Purforos, Nylea, Efara, Fenax, Mogis, Karametra, Atreos, Farika, Krufix y Keranos." He dicho esta oración desde que era un niño. Es difícil añadir un nuevo dios a la súplica practicada. Ahora oro a Xenagos sólo para estar a salvo pero todavía no he escuchado la respuesta divina. Xenagos podría ser un dios nuevo pero está aprendiendo a jugar el papel rápidamente.

Estaba orando a todos los dioses cuando fui llevado a la cárcel. Al menos los guardias la llamaron una cárcel pero yo sabía a qué estaba destinado. En los límites de la ciudad se encontraba un coliseo utilizado para acoger parte de los juegos. Éstos servían para traer a los seres humanos de las naciones del mundo juntos en competición. Cuando fui arrojado en una jaula diseñada para animales vi a otros en jaulas y supe que yo estaba allí para participar en una práctica antigua e ilegal que los Juegos Iroanos habían estado destinados a reemplazar. Me enviarían a matar o morir en una arena.

Me dejaron encadenado y me encerraron en una celda. Tenía las piernas unidas con grilletes y las muñecas atadas a las cadenas inferiores así que no podía levantar los brazos. La celda era pequeña,



las barras muy juntas, por lo que yo apenas podía pasar mi mano a través. Había algo de heno y manchas de lo que probablemente era sangre y orina en el suelo de piedra. Estaba oscuro. La débil luz de las velas no daba mucha visión. No podía ver lo grande que era la habitación pero pude notar que había muchas jaulas como la mía. Oí a algunos hombres susurrar pero guardias caminaban por la prisión, golpeando a los que hablaban con los extremos de sus lanzas. Ya no tenía que preocuparme de lastimar a los soldados.

También pude oír los gruñidos y bramidos de otras criaturas en las jaulas. Pude escuchar minotauros y los chillidos de arpías. Escuché lo que estuve seguro de que eran lobos y, al menos a tres jaulas de distancia, un leonino. El único otro habitante del que no estaba seguro que era estaba en la celda junto a la mía. No supe si podía llamarlo hombre. Yo había oído hablar de los nativos de Nyx, enviados de los dioses caminando entre los mortales. Me habían dicho que ellos estaban allí para ayudar, para protegernos de los monstruos, pero ahora cada mes que pasaba había más de ellos y yo no estaba seguro de sus intenciones.

El no estaba encadenado como yo. Llevaba un tipo de armadura pero la mayor parte de su piel, si eso se podía llamar piel, estaba expuesta. Esta era como mirar el cielo nocturno. El caminó hacia mí cuando notó que lo estaba mirando. Las estrellas que componían su forma no eran como tatuajes -a medida que se movió el cielo se desplazó sobre su piel- como si él fuera una lupa hacia un lugar diferente. No me siento orgulloso de admitirlo pero cuando lo vi yo empecé a llorar. Nunca había visto lo divino tan cerca.

"¿Eres un soldado?" dijo él.

"No," le contesté en un susurro.

"¿Cuál es tu nombre?" preguntó.

"Aesrias de Akros."

El inclinó la cabeza y dijo: "He oído tu nombre y conozco a tu madre. Ella cayó en la tercera batalla del Puente Faragax. Mató a siete, aunque estaba herida y gritó el nombre de Iroas mientras luchó."

"¿Tú conociste a mi madre? ¿Estuviste allí?" Yo ya no estaba llorando, tenía curiosidad. Mi padre nunca me había contado de la muerte de mi madre aunque su sacrificio había sido la razón por la cual Iroas me había bendecido.

"Yo estuve allí," respondió el nativo de Nyx. "He estado en muchas guerras. Son estas las que nos conectan."



"Yo no soy un soldado."

"Tanto tú como yo servimos a Iroas."

"¿Entonces tú no puedes liberarnos?" pregunté. "Tú no estás encadenado."

"No," respondió él en voz baja, deliberadamente. "Yo no deseo estar aquí pero fui enviado a servir al gobernador de esta ciudad. Iroas desea que Akros esté segura pero este gobernador parece que ya no sirve al verdadero rey. No estoy seguro de qué hacer."

"¡Sácanos de aquí!" dije yo alzando la voz. "Este asqueroso lugar no sirve para ningún propósito."

"Yo puedo ayudarte. Un día se te necesitará en la batalla."

"Aceptaré la ayuda que pueda conseguir, pero ¿por qué no salvarte a ti mismo?"

"No creo que pueda."

El se quedó en silencio. Los guardias estaban caminando cerca así que el continuó una vez que pasaron.

"Tú compartes el poder de Iroas," dijo. "Acércate y yo te puedo dar más de su bendición. Esto es algo que está en mi poder."

"¿Y cómo le pagaría a Iroas?" dije yo, vacilante.

"Ellos quieren enviarte contra una bandada de sirenas. Yo no soy un dios, carezco de ese poder. Pero este es mi regalo y yo no pido nada a cambio." Él asomó sus dedos, con su piel estrellada cambiando, a través de las barras.

Yo sabía que si todavía estaba adolorido por mi pelea con simples arpías las sirenas con su truco vocal seguramente me acabarían. Me acerqué a los barrotes y él me tocó los hombros. Yo me sentí mejor. Mis heridas se curaron. Ya no estaba cansado. Traté de romper mis cadenas. El metal cedió un poco pero no se quebró.

"Gracias," le dije. "Hay un favor más que debo pedir. ¿Puedes conseguirme una de las velas de fuera de tu celda?"

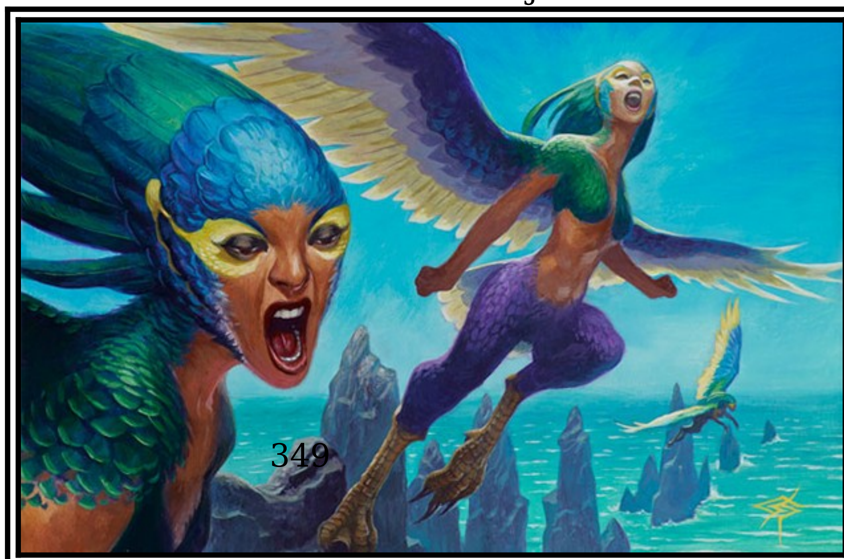
Él asintió y tomó una vela de la pared.

"¿Para qué necesitas esto?" preguntó.

"Necesito que viertas la cera en mis oídos."

* * * * *

Este era un coliseo modesto. Nada comparado con las grandes arenas de Akros. Sólo cabían mil personas y las paredes cubiertas de vides rompían partes del estadio. Cuando los soldados me introdujeron a empujones en el suelo de arena, con el amanecer rompiendo el horizonte, vi a Pilun sentado en un área especial del centro del estadio. Estaba allí con varias mujeres bebiendo vino mientras estas acariciaban su pecho. Pilun todavía llevaba la misma ropa del día anterior, así como la corona.



El coliseo estaba casi

vacío. Unas cuantas personas ocupaba asientos separados pero la mayoría bebían vino y se estaban dando un festín, apenas prestando atención al hombre caminando a su muerte. Yo ni siquiera estaba destinado a morir ante las masas. Mi destino era morir como la diversión borracha para un rey falso y sus amigos. Los soldados sacaron a las sirenas. Había nueve de ellas; todas encadenadas, cada una con una de sus piernas sujetadas en el tobillo. Sus radiantes alas verdes y púrpuras estaban atadas alrededor de ellas y máscaras de metal cubrían sus rostros. Cuando las sirenas aparecieron a la vista el público se colocó cosas pequeñas en los oídos, como si las hubieran visto luchar antes.

Los soldados quitaron las cadenas atadas a las piernas de las sirenas y aseguraron un extremo a un enorme lazo metálico que emergió del centro de la arena. Luego se prepararon nerviosamente para desbloquear los dispositivos que cubrían los rostros y las alas de las criaturas. Todos contaron al mismo tiempo y entonces las soltaron y corrieron hasta el borde de la arena. Las sirenas todavía estaban unidas a las cadenas así que cuando ellas intentaron salir disparadas detrás de los soldados fueron lanzadas hacia atrás. Podían volar en el aire pero las cadenas no les permitían suficiente espacio para alcanzar los asientos de la arena. Las sirenas comenzaron entonces a volar en el aire aunque algunas parecían más lentas que otras. Una ni siquiera despegó una vez liberada. Yo me pregunté cuánto tiempo habían estado confinadas.

Los soldados, con lanzas a mi espalda, abrieron mis grilletes y me empujaron hacia adelante. Luego salieron por la puerta por la que entramos. Pilun ni siquiera hizo una seña para iniciar el combate o reconocer que había comenzado. Las sirenas cayeron en picada hacia mí y yo pude ver que algunas estaban tratando de cantar. Sus cantos no surtieron efecto gracias al truco de la cera. Ellas vinieron hacia mí, atacando con sus garras por delante.

Yo no me moví.

Trataron de rasgarme la piel pero esta no se quebró. Me moví rápidamente, agarrando la cadena de una para envolverla alrededor del cuello de otra. Cuando la primera sirena entró en pánico e intentó huir ahogó a su hermana sin importarle nada. Yo acabé con otras dos, rompiéndoles rápidamente sus cuellos mientras la que quedaba intentaba desesperadamente desgarrarme la piel. Su única ventaja, sus cantos, no sirvió de nada, y con la bendición del nativo de Nyx en mí ellas no podrían tener éxito. Me sentí mal por estas bestias que habían estado enjauladas como lo había estado yo.

Cuando quedaban cuatro caminé hasta la unión que conectaba todas sus cadenas. Fui capaz de romper fácilmente los eslabones y me aferré a las sirenas. Las criaturas se elevaron hacia al cielo, llevándome con ellas. Estoy seguro de que aquellos en la arena quedaron boquiabiertos o soltaron gritos de miedo o emoción pero yo no pude oírlos. Deseé que las sirenas volaran hacia Pilun para poder arrebatarle esa corona de su cabeza o dar un buen puñetazo más al rostro del pretendiente pero estas volaron caóticamente, girando y luchando entre ellas por tomar el control. Yo me sostuve mientras las

sirenas salieron volando del coliseo y cayeron en picada, casi haciéndome chocar contra el costado de un edificio, pero apoyé mis piernas y empujé hacia fuera, impulsándome a la relativa seguridad. Vi la ciudad pasar por debajo de mí mientras las sirenas, cantando en coro entre sí, volaron hacia el campo.

Finalmente ellas se cansaron y cayeron al suelo. Me miraron con los ojos de un depredador pero el cautiverio y la fuga las habían drenado de fuerza. Les di las gracias y rompí sus cuellos rápidamente, no podía dejar que su semejanza humana me hiciera olvidar que habían matado inocentes cuando habían estado libres. La magia del nativo de Nyx se había desvanecido y yo también me sentí cansado y más débil que nunca. Antes yo había necesitado de Iroas, lo había llamado en tiempos difíciles, pero ¿por qué sólo fue que yo conocí a su emisario cuando ya estaba enjaulado? ¿Y por qué Iroas enviaría a un emisario para ayudar a Pilun?

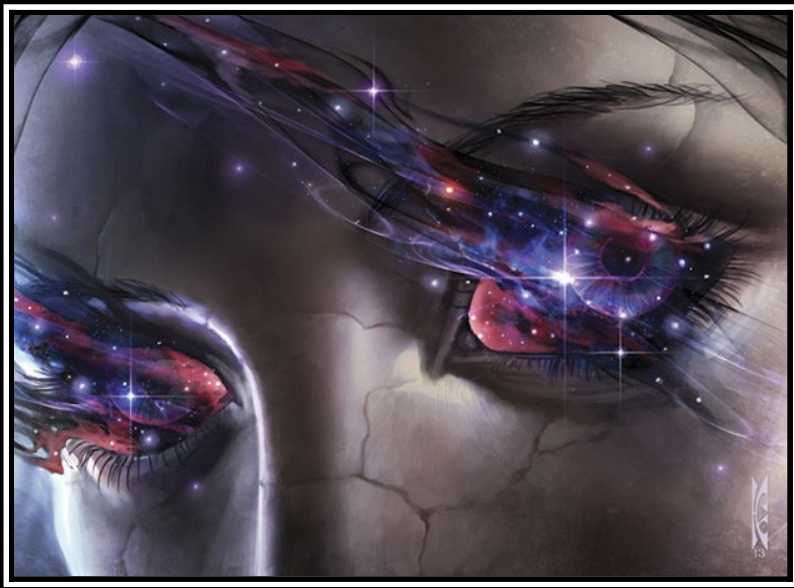
El viaje al Kolophon para informar al rey de la secesión de Pilun y mi encuentro con un nativo de Nyx será peligroso pero yo todavía tengo mis puños.

Y, después de todo, yo sigo siendo un héroe.

El oráculo de Efara

Iris, el Oráculo de Efara, se inclinó hacia delante en el sillón de madera y tanteó cuidadosamente la pequeña mesa lateral hasta que sus dedos tocaron la copa de barro. La levantó con cautela hasta su boca y una fina mancha de púrpura quedó en sus labios mientras ella colocó provisionalmente la taza de nuevo en la mesa.

"No quiero correr y esconderme como un cervatillo," dijo. "Si nosotros queremos evitar la guerra con aquellos que se han unido a los otros dioses entonces yo debo estar aquí para interrogar a los cautivos. Tú ya sabes que mi don de previsión sólo viene si los toco. No seré de ayuda si estoy escondida en algún otro lugar."



"Los agentes de los enemigos se han infiltrado en la ciudad," dijo Perisofia, la actual líder del consejo gobernante de filósofos conocido como los Doce. Los Doce se hallaban alineados en un círculo en el centro de la gran sala de gobierno. Iris pudo oír sus voces resonar en los pilares de mármol que se extendían hasta la cúpula por encima de sus cabezas.

"Si eres capturada o asesinada," continuó Perisofia, "entonces no serás de ayuda ni para Meletis ni para Efara. Si nosotros queremos evitar un conflicto abierto entre la humanidad también debemos evitar que las facciones renegadas leales a Purforos lo provoquen. Hemos hablado con el Templo y llegamos a un acuerdo para que seas trasladada a la guarnición de Soli, donde estarás a salvo hasta que nosotros te llamemos. La decisión es definitiva."

"¿Y cómo llegaré allí?" preguntó Iris, resignada ante la orden. De una jaula dorada a otra. Aunque ella vivía en servidumbre a su dios y a su polis al menos sabía como moverse alrededor de Meletis. Conocer la guarnición en Soli sería un desafío. Allí, ella no sería mucho más que una cautiva.

"Serás escoltada por un guardaespaldas, por tierra," respondió Perisofia.

"¿Por tierra, por un solo guardia?" preguntó en tono de burla. "¿Acaso esperan que me maten?"

"No es probable que descubran a dos personas en el camino y por lo tanto es la opción más segura. Si nosotros te enviamos con una patrulla de soldados te convertirás en un blanco perfecto. Además," continuó Perisofia, "tu guardia no es un soldado ordinario. Estarás bien a salvo."

Iris se reclinó en su silla, sintiendo el grano de la madera con sus manos, sus lechosos e inútiles ojos mirando, como siempre, a la nada.

"Háganlo entrar," dijo Perisofia. Las enormes puertas de madera tallada en el frente del vestíbulo se abrieron. Iris oyó el roce de madera en las enormes bisagras de bronce y sintió la sutil brisa

cuando el aire exterior se abrió paso. Un hombre con armadura entró en el vestíbulo y se acercó a Iris, el metal que cubría las botas y su falda tintineando a cada paso. El se arrodilló ante ella e Iris sintió su aliento en su mano.

"Su señoría," comenzó a decir él con la voz profunda de alguien muy alto. "Soy Alexio, Guardia Celeste de Meletis. Mi deber es verla a salvo en la guarnición de Soli."

Él tomó la mano de ella en la suya. Iris deslizó sus dedos y su palma por encima, luego subió por su brazo, sintiendo el cabello y los músculos. Cuando llegó a sus hombros sintió una cicatriz de un viejo y profundo corte. Siguió la herida por encima de su hombro hasta que sintió algo que le rozó la parte posterior de los dedos. Extendió lentamente la mano hasta que pudo sentir con certeza la masa casi intangible y etérea de lo que ella supo eran alas de luz, un don de los dioses. Las alisó suavemente. El permaneció inmóvil, esperando a que terminara de examinarlo.



Sus dedos dejaron sus alas y sondearon su rostro para poder entender como lucía: su nariz aguileña, su mandíbula cuadrada, sus labios gruesos, sus cejas prominentes, su cabello corto y rizado. Su mano permaneció un momento en el costado de su cara. Allí fue cuando apareció la visión.

Ella no vio un acontecimiento particular del futuro. Fue más como un sentimiento, como estar en el sueño de Alexio y sentir las mismas emociones que él. El estaba enamorado de ella. No ahora, por supuesto, porque ellos acababan de conocerse, pero en algún momento en el futuro. Y sintió que lo apartaban de ella, y la tristeza de él, y luego su nada.

El pensamiento le provocó repulsión. No porque él fuera repulsivo sino porque ella sabía cómo acabaría. El era un exaltado soldado de la polis y ella era un oráculo ciega de Efara. Ni en mil años podrían estar juntos. Si él moría por el amor que sentía hacia ella entonces Iris debía evitarlo.

Ella retiró su mano de repente y respiró hondo.

"Miladi ¿Está todo bien?" preguntó él.

"Sí," respondió ella. "Saldremos al amanecer. El viaje dura al menos tres días y tenemos que darnos prisa." Por encima de todo ella

quería llegar a la guarnición lo antes posible, antes de que su profecía tuviera tiempo de manifestarse.

* * * * *

En el momento en que la luz más débil rompió el horizonte Iris fue montada en un caballo del gobierno, su capa de viaje envuelta firmemente para protegerla contra el frío y sus pertenencias esenciales embaladas apretadamente en las alforjas. Alexio sostuvo las riendas. Perisofia se paró en el patio y sostuvo la mano de ella por un momento.

"Que Efara te conceda un viaje seguro y rápido, Iris de la Visión," dijo ella seriamente. "Te enviaremos a buscar tan pronto como te sea seguro regresar. Que los dioses te den velocidad."

Perisofia soltó la mano de Iris al mismo tiempo que Alexio comenzó a alejar su caballo, atravesando la ciudad para salir por las puertas de piedra y dirigirse hacia el sur. Ellos evitaron la carretera, tomando en cambio el sendero más pequeño y más antiguo a través del bosque. Al final del día estarían al pie de las montañas que tendrían que cruzar para llegar a la guarnición.

El día se calentó cuando se iluminó y Alexio pronto comenzó a conversar mientras ellos viajaban.

"Miladi, si algo llegara a suceder…"

"Por favor, puedes llamarme Iris."

"Miladi Iris," prosiguió él, "si nos emboscan o nos ponemos en peligro confíe en su caballo y yo la protegeré. Sepa que si tengo que volar volveré por usted. Se lo juro por mi vida."

"Por supuesto," dijo Iris amablemente.

"¿Cuáles son sus esperanzas de paz, Miladi… Iris?" preguntó el caballero.

"Yo me atrevo a decir que la deseo. Pero los dioses nos han abandonado, dejándonos a nuestras propias necesidades básicas… y eso raramente termina bien."

"Si, es algo desafortunado," respondió él.

"La fortuna tiene poco que ver con eso. Son los dioses los que tocan nuestras cuerdas como un arpa. Aunque ellos no han respondido a mi llamada en muchas noches sé que todavía escuchan."

"Muchos creen que los soldados nacen para la batalla," dijo Alexio. "Pero esa no siempre es la verdad. Yo daría cualquier cosa por evitar la guerra. Preferiría conversar con usted junto al fuego, con una copa en la mano, que morir en un campo de batalla por las propias razones de los dioses."

"¿Tu entrenamiento no te enseña que ya estás muerto?" dijo ella con frialdad en un esfuerzo por mantener su distancia emocional. "Así es como un soldado debe despertar cada mañana, con la certeza de que su vida ya ha sido sacrificada."

"Miladi," respondió él formalmente. "Exploraré el área alrededor de nosotros para asegurarnos de que no estemos siendo seguidos, continúe y yo la encontraré en el camino." Ella lo oyó abrir

su capa y estirar sus alas y, de repente, con un golpeteo profundo del aire, se marchó.

Ella cabalgó en silencio, pensando en la visión del día anterior. Sí, él había comenzado la conversación, incluso su forma de ser era encantadora, pero ella sabía que debía mantenerlo a distancia, para que su visión de su amor por ella no se manifestara demasiado pronto. Tal vez ella podría evitar este destino. Si los dioses estuvieran en silencio entonces tal vez el destino también estuviera en suspenso. Ya que si Alexio se enamoraba de ella... Iris sacudió la cabeza para apartar la idea de su mente. Aquello simplemente no se debía permitir que sucediera.

Espoleó a su caballo en un trote, sintiendo alivio de la libertad de la ciudad, de la magnitud opresiva del gobierno y su imponente severidad, sus costumbres formales y graves responsabilidades. Dijo rápidamente una oración por seguridad y alentó a su caballo en un galope que este se mostró ansioso por obedecer.

El cálido viento de la tarde sacudió su capa y acribilló su rostro. Ella rió por primera vez en siglos, sosteniendo las riendas en una mano y agarrando el pomo de la silla con la otra. El paisaje de su mente pasó volando. Pudo oír a los árboles pasando a ambos lados. Todo se sintió gloriosamente fuera de control. Era la primera vez en mucho tiempo que ella había estado sola sin acompañante ni sirviente.

"¡Iris!" Oyó gritar a Alexio desde algún lugar en lo alto. Antes de que ella siquiera tuviera la oportunidad de controlar su caballo los poderosos brazos de Alexio la sacaron de la silla y la llevaron por el aire antes de depositarla en la hierba. Oyó a su caballo relinchar violentamente y gritar. Oyó el ruido de la espada de Alexio saliendo de la vaina y los gritos de otros dos hombres que fueron cortados por su hoja, uno de ellos luchando, espada a espada, antes de ser silenciado. El silencio volvió al mundo excepto por la laboriosa respiración de su caballo a cierta distancia.

Iris extendió sus brazos a su alrededor tratando de recuperar su orientación. Alexio aterrizó al suelo a su lado.

"Miladi ¿Está herida?"

"No, sólo sorprendida y desorientada."

"Era una emboscada. Dos bandoleros, o lo que nosotros pensamos que eran bandoleros, a juzgar por las marcas de sus armas. Yo supongo que eran adoradores de Purforos." El tomó la mano de Iris y la ayudó a ponerse en pie.

"Gracias, " dijo ella sonriendo.

"Desafortunadamente usaron un cable extendido para hacer caer su caballo, que parece tener una pierna rota. Si yo no hubiera aparecido justo a tiempo usted podría haberse roto la cabeza. ¿En qué estaba pensando cabalgando así de rápido?" La regañó él con gentileza pero seriamente.

"Lo siento," dijo ella. "No sé en que estaba pensando, sólo estaba disfrutando de un momento de libertad."

"Espere aquí," dijo él, "mientras pongo su caballo a descansar."

Ella se insultó, en silencio, por perder el control de sus emociones. Aquello les había costado el caballo y casi le había costado su vida. Si tan sólo ella pudiera tener un guardaespaldas como Alexio, manteniendo una aguda y confiada vigilancia sobre ella, en lugar de esos habituales burócratas. Iris imaginó la libertad que podría tener y luego apartó el pensamiento. Eso nunca iba a suceder. El aire cambió y ella se dio cuenta de que ya no podía oír la respiración entrecortada del animal que la había llevado.

Oyó los pasos de Alexio acercándose y él la tomó gentilmente de la mano.

"Está hecho, Miladi Iris. Ahora nosotros tenemos que continuar a pie."

Él la guió por la mano mientras ellos transitaron lado a lado por el camino del bosque, su mano grande y fuerte envolviendo tiernamente la suya.

"Tenemos que mantener nuestros sentidos agudos. Sé que su oído es muy sensible así que deberá ayudarme a sentir el peligro Ahora que vamos a pie somos mucho más vulnerables."

"Lo siento," dijo ella otra vez. "He sido una tonta."

"Iris, eso no es cierto," respondió él apretándole la mano con tanta suavidad que ella no estuvo segura de que fuera intencional. "Sólo disfrutaba de un fugaz momento de libertad que la mayoría de la gente da por sentado durante toda su vida. No sólo no le culpo sino que la respeto aún más por ello. Su vida no es tan diferente de la mía, siempre en servicio a Meletis, nunca a nosotros."

Ella retiró su mano de la suya. "Yo puedo seguirte por el sonido. No necesitas llevarme como a una niña."

"Como deseéis."

Ella detectó un toque de decepción en su voz.

"Mañana trataré de encontrarle otra montura. Sé de una manada que vaga por la ladera de la montaña. Ya que el sol decrece pronto levantaremos campamento y continuaremos por la madrugada. Si me permite llevarla yo puedo transportarla volando por un tiempo. Mis alas son suficientemente fuertes."

"Eso no será necesario," respondió ella. "Soy ciega, no desamparada."

Ellos caminaron en silencio hasta que las piernas de Iris se cansaron. Alexio la alejó del camino hacia un claro del bosque donde podrían dormir sin ser detectados. Luego hizo una pequeña fogata oculta y una tienda improvisada. Ambos compartieron algo de comida de las alforjas y un sorbo de vino antes de que Iris se retirara y Alexio volara a las copas de los árboles para vigilar.

* * * * *

"Han pasado por aquí hace sólo unas horas," dijo el comandante dándole la vuelta a su compañero muerto. "Está claro que esto es obra del Guardia Celeste."

"Mire, señor, un caballo," dijo uno de los exploradores.

"Ah," respondió el comandante. "Debe de ser el de ella. Excelente. Si ellos van a pie nosotros podremos adelantarlos mañana."

Dos de los otros exploradores conferenciaron más arriba en el camino antes de volverse hacia su comandante.



"Dos huellas continúan en esta dirección," dijo uno de ellos. "Una es la mujer, la otra el Guardia Celeste. No parece haber nadie más con ellos."

"¿El Oráculo de Efara va sola con un único Guardia Celeste? ¿Qué podían haber estado pensando? Hombres, estaremos en casa con nuestra cautiva y la cabeza de un Guardia Celeste antes de que la luna esté llena."

* * * * *

Para cuando la luz del día se filtró a través de los árboles ellos habían llegado a las estribaciones de las montañas. Ambos ya habían viajado muchos kilómetros con Iris otra vez negándose a ser llevada en alto en los brazos de Alexio. El la condujo fuera del camino hasta la base de un gran árbol donde le pidió que se sentara y comiera mientras él iba a buscar una montura. Ella agradeció el descanso. Como había pasado la mayor parte de su tiempo en los lujos del Templo de Efara no estaba acostumbrada a viajes así de largos.

Iris, apoyada contra el tronco cubierto de musgo de un árbol bañado por un rayo de luz solar, con comida en su vientre, no pudo dejar de alejarse por un momento al mundo de los sueños.

Se despertó con los sonidos de un caballo relinchando y el profundo golpeteo de grandes alas. También pudo oír las alas más pequeñas de Alexio acercándose. Reconoció la particular calidad y cadencia por el modo en que aterrizó pero no registró al otro par de alas. El rayo de sol desapareció y en su lugar hubo una sombra fría en su cuerpo. Ella pudo oler humedad en el aire.

"He vuelto con una montura," dijo él triunfante. Ella pudo oír la sonrisa en su voz. "Es mansa y amable con el Guardia Celeste."



Iris se levantó de su sitio y se acercó al sonido de la respiración del pegaso, con la mano extendida. La criatura empujó su cabeza contra su mano y ella acarició su cuello, moviéndose a su lado hasta que ella pudo sentir las enormes plumas de su ala. Iris sonrió, previendo lo que sería volar.

"Qué maravilloso, caballero. Me has dejado muda."

"Ahora podremos ir mas rápido," dijo Alexio. "¿Estás lista?"

Iris asintió y él la levantó por su cintura y la colocó sobre la espalda de la gran montura. Esta vez a ella no le importó sus poderosas manos sobre su cuerpo. Con una montura voladora ellos eran casi iguales.

"Agárrate fuerte pero ten por seguro que no te dejará caer." Alexio soltó un estímulo gutural y el pegaso aleteó y saltó desde el suelo. Iris dio un chillido involuntario ante el repentino movimiento y se envolvió con sus brazos alrededor de su cuello.

"Esto es increíble," dijo riendo. "Yo nunca antes había sentido esta sensación."

"Es alentador verte feliz," respondió Alexio.

"Describe para mí lo que ves," le solicitó ella.

Alexio le describió las montañas por delante, el bosque por debajo, el río que bajaba serpenteando de las tierras altas hacia la ciudad detrás de ellas. Iris lo imaginó todo en su cabeza.

"El cielo está oscuro," agregó Alexio volando a su lado. "Espero que crucemos las montañas antes de que llueva pero no estoy tan seguro."

Como si un dios celoso lo estuviera escuchando, truenos retumbaron en la distancia. Iris oró a los dioses para que mantuvieran cerrados los cielos hasta que ellos cruzaran las estribaciones montañosas.

Muy pronto la lluvia comenzó a caer. Al principio como neblina para luego convertirse lentamente en una suave llovizna que le mojó el rostro.

"¿Estás bien, Iris?" preguntó Alexio.

"Sí," contestó ella, "deberíamos continuar."

Ellos volaron en silencio, concentrándose. La lluvia cayó más pesada, empapando la capa de Iris y golpeando su rostro mientras

ambos la atravesaron. Ella se enfrió, su cuerpo agotado por agarrarse a su montura, y temió caer.

"Quizá deberíamos detenernos y refugiarnos," gritó ella por encima de la lluvia.

"Si puedes te recomiendo que sigamos adelante, tu montura puede resistir."

"Sí, pero yo no. Por favor, yo me sentiría agradecida si nosotros pudiéramos encontrar un lugar para descansar y sería más capaz de continuar mañana."

"Por supuesto. Veré que puedo encontrar." Ellos giraron hacia la derecha cuando el trueno volvió a sonar, mucho más cerca que antes. Iris se estremeció y se aferró al cabello mojado de su montura.

Ambos pasaron unos minutos retorciéndose de vez en cuando, volviendo sobre sus pasos en la acometida de viento y lluvia.

"Ahí abajo," dijo Alexio después de un rato. Pareció estar hablando con el pegaso.

Ella se sintió aliviada cuando los dos tocaron tierra firme y Alexio los llevó a una cueva en el costado de la montaña. La cueva estaba fría pero seca. Alexio investigó rápidamente la caverna, reportando que sólo tenía dos cámaras, dobladas alrededor de un afloramiento rocoso, con entradas a ambos lados.

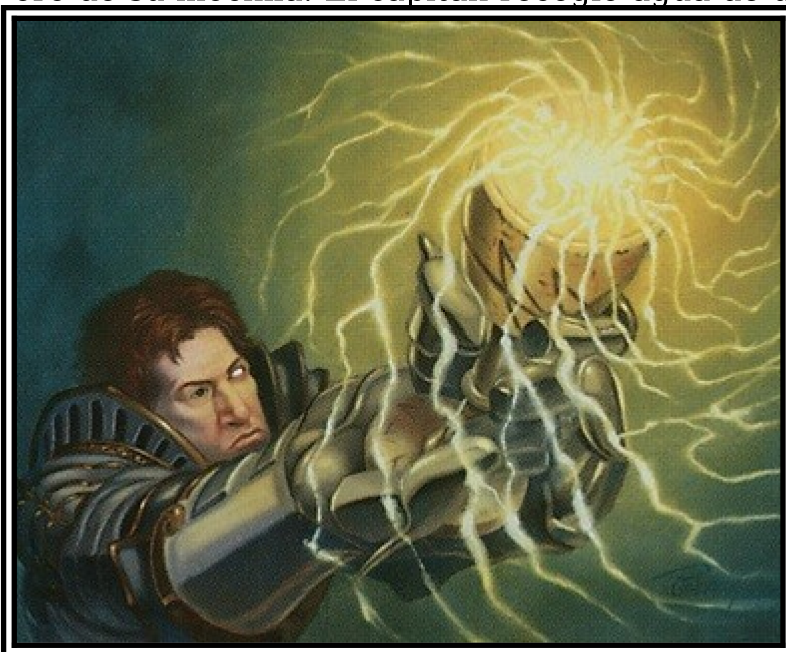
Iris desmontó y se quitó su capa, temblando. Alexio desembaló rápidamente las alforjas y se puso a hacer un fuego mientras Iris dividió el alimento entre ellos. El pegaso traqueteó hasta la otra cámara, se sacudió y se tumbó con un relincho.

* * * * *

"Nunca los encontraremos en este lío," se quejó uno de los exploradores al capitán.

"Tonterías," respondió este.

Separó a sus hombres de un empujón, bajo el relativo refugio de un enorme roble y desmontó. Sus hombres lo observaron mientras él sacó una copa de oro de su mochila. El capitán recogió agua de un charco y se agachó sobre ella, cubriéndose la cabeza con su capa y protegiendo el agua hasta que la superficie se asentó y se volvió vidriosa. Luego se concentró, pronunció un encantamiento y lo repitió hasta que el agua dentro de la copa se volvió



plateada como la superficie de un espejo. En el espejo pudo ver al Oráculo y al Guardia Celeste bajando hacia el paso montañoso y deslizándose en la entrada de una cueva.

Una gota de agua rodó por la capucha del capitán y salpicó la copa, rompiendo la superficie espejada y haciendo desaparecer la imagen. El capitán volcó la copa en el suelo y se levantó.

"Sé dónde están," dijo a su patrulla. "Pero tendremos que apresurarnos si queremos llegar a ellos antes del amanecer. Los emboscaremos en la cueva. Con algo de suerte podemos sobornar a una de las arañas del bosque superior para que nos ayude."

Se subió a su caballo y lo espoleó para que saliera al galope.

* * * * *

Iris, después de ser calentada por la comida y el fuego, encontró el odre que había enterrado en el fondo de sus pertenencias y se lo ofreció a Alexio.

"Lady Iris," dijo él después de sorber un trago, "me alegro de que me haya convencido de detenernos. Verla brillar a la luz del fuego, cálida y seca, es un bello contraste con el tiempo exterior. Disfrutemos una noche más de libertad antes de que nosotros debamos reanudar nuestros deberes."

"Sí," convino ella. "Otra hora en esa tormenta habría acabado conmigo. Yo, también preferiría pasar una noche en una cueva de una ladera montañosa contigo que apresurarme a regresar a mi continua servidumbre."

Alexio se acercó a Iris y le entregó el odre de vino. Ella bebió con impaciencia y se puso la manta sobre los hombros.

"¿Estaremos a salvo aquí?" preguntó en voz baja. El fuego crepitaba, calentando su rostro.

"Conmigo estarás a salvo. Conmigo siempre estarás a salvo..." dijo él sin terminar la frase.

Ella extendió la mano y tomó la de él, esperando recibir una visión. Esperando una señal de lo que pudiera ocurrir. Pero no hubo nada. Nada más que sus propios pensamientos, deseos, y las manos de su guerrero masajeándole la espalda.

Ella se movió al lado de él y sus cuerpos se tocaron, uno al lado del otro. Las manos de ella temblaron.

"Iris, ¿estás bien?" preguntó él en voz baja, casi un susurro.

En ese momento ella se dio cuenta de que la visión de su destino estaba incompleta. Iris lo había visto enamorarse de ella y haber sido llevado pero no había visto la parte de ella en la profecía. ¿Los dioses habían decretado esto o sus propias acciones cambiarían el futuro? ¿Qué si ellos podían estar juntos, volando libremente por el mundo? Tal vez si ella le correspondía podría cambiar su destino… y él el de Iris.

Iris inclinó la cabeza hacia él y abrió los labios. No, pensó, esto no puede ser. Pero el dolor dentro de ella se abrió paso y antes de que pudiera controlarse sintió que sus labios tocaban los suyos. El la

envolvió en sus fuertes brazos y la dejó sobre la manta junto al fuego.

Ningún hombre la había tocado jamás así. Ella soltó sus preocupaciones terrenales y vivió durante un tiempo en un capullo de seguridad, placer y liberación.

Finalmente se quedó dormida en sus brazos, envuelta en una cálida manta al lado de un fuego crepitante, con una sonrisa en su rostro y un candente resplandor en su vientre. En ese momento, justo antes de que el mundo de los sueños se la llevara, Iris se sintió más feliz y más libre de lo que había sido o pensado posible en toda su vida.

* * * * *

Ella se despertó de un sueño. Un extraño sueño. No el hermoso que había esperado. Una gran mano presionó sobre su boca. Ella dejó escapar un jadeo y la mano presionó más fuerte.

"Tranquila," susurró Alexio. "Levántate y prepárate para salir por la parte de atrás de la cueva."

Iris oyó dos cosas: el pegaso exhalando a su lado y el débil tintineo de metal, como una moneda cayendo sobre una roca fuera de la entrada de la cueva. Se quitó silenciosamente la manta y buscó sus botas. El fuego debía haberse apagado y ahora solo quedaban sus brasas; ella apenas podía sentir su calor.

Alexio sacó lentamente su espada de su vaina. Iris pudo oírlo moverse por la cámara. Le puso su capa sobre sus hombros mientras ella metió los pies en sus botas. Iris, sobre la lluvia que aún caía afuera, oyó los sonidos definidos de hombres susurrando.

Apuntó hacia la entrada de la cueva, indicando que los oía y Alexio la levantó sobre la espalda de su montura.

"Vamos hacia la entrada trasera. Yo iré por delante," susurró él.

Una flecha pasó justo en ese momento por delante de ellos y chocó contra la pared posterior de la cueva. Iris pudo distinguir por la dirección del sonido que había provenido de la entrada de la cueva.

Alexio corrió hacia la entrada trasera y el pegaso le siguió detrás. Iris oyó por lo menos dos hombres entrar en la cueva, sus espadas y armadura tintineando. Ofreció una oración silenciosa a Efara para que los sacara a ambos a salvo de esa caverna.

"¡Por los dioses!" gritó Alexio repentinamente. Ella pudo oír la lucha en su voz. "Hay una telaraña tejida a través de la entrada trasera."

La montura de Iris se detuvo y gruñó, pisoteando nerviosamente. Ella pudo oír la espada de Alexio balanceándose salvajemente mientras luchó por cortar la tela. Una horrible criatura chilló y siseó antes de retroceder.



"¡Debes irte ahora!" gritó Alexio.

"No te dejaré," replicó Iris, desesperada, y la horrible idea de que ella quedaría completamente indefensa atravesó su mente.

Otra flecha atravesó la caverna, esta vez encontrando su blanco. Iris se estremeció cuando escuchó que el proyectil se hundió en algo suave. Alexio gruñó y siguió luchando con la telaraña.

"Toma mi mano," gritó ella, extendiéndose en la oscuridad pero sin tocar nada.

"Ya he abierto la telaraña. Tu montura sabe adónde ir." La voz de él tembló, jadeante.

"Por favor," gritó ella sollozando. El pegaso se movió nervioso hacia adelante, apenas siendo capaz de contenerse.

"¡Vuela!" gritó él dándole un golpecito a la grupa del animal con la parte plana de su espada.

El pegaso dio un gran salto a través de la entrada de la cueva. Iris pudo sentir el cambio de temperatura y presión cuando ellos cruzaron el umbral de la cueva. Con un enorme aleteo ambos fueron transportados por el aire hacia el cielo lluvioso.

"¡No!" exclamó ella., "por favor, no."

"Te amo," le oyó decir a él y su voz se desvaneció en el viento.

Los hombres cayeron sobre Alexio. Ella oyó el choque cada vez más débil de espadas y sintió los frágiles dedos de la muerte pasando por delante de ella. Supo que él nunca saldría de esa cueva, su cuerpo poderoso y sus alas celestiales estaban condenados.

Iris enterró su rostro en la melena del pegaso y lloró, sabiendo en su corazón que ella era lo que lo había matado. ¡Qué tonta había sido al pensar que ella podía cambiar su destino! ¿Dónde estaban entonces los dioses? Por primera vez en su vida ella había probado el amor. Por primera vez en su vida ella había experimentado suficiente libertad como para incluso esperar amor y Alexio estaba muriendo por ese amor. Si ella volvía a su antigua vida, para envejecer y morir en servidumbre, la muerte de él habría sido en vano.

Así que Iris giró su montura, no hacia la guarnición de Soli o hacia Meletis sino hacia el oeste. Hacia lo desconocido. El Oráculo de Efara voló ciegamente a través de la lluvia hacia la libertad. Ciega y sola. Como siempre había estado.

Estaciones en Setessa

“Mejor besar a una serpiente que pelear contra un Setessano.”

—dicho Akroniense

Un verano

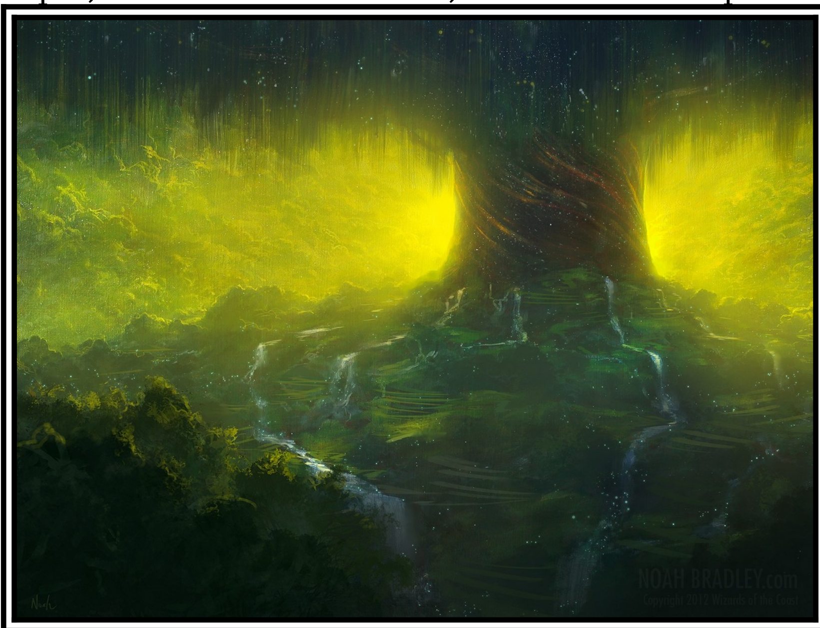
Los niños llegaron desde todo el bosque. Algunos vinieron en grandes grupos, montones escandalosos que chillaron y corrieron,

ignorando a sus pastores adultos. Otros vinieron en pequeños grupos de dos o tres, más callados, vigilantes, sin nadie que los guiara más que el uno al otro, y así lo hicieron. Otros vinieron solos, sin nadie que cuidara de ellos.

Tantos niños. Más de los que Cilissa había visto en un solo lugar. Hubo una vez, unos meses antes del ataque, en la que ella había jugado todo el día con los otros niños de la aldea durante el festival de siembra. Había habido diecisiete niños, un número que Cilissa recordaba con orgullo porque había sido capaz de contarlos ella misma. Lo primero que le dijo a sus padres esa noche no fue sobre las carreras que ella había ganado sino cómo había contado hasta diecisiete.

Se dio cuenta de que estaba llorando de nuevo y estaba muy enojada consigo misma. Clissa estaba decidida a no volver a llorar, decidida a secar todas las lágrimas de su cuerpo. No era justo para su cuerpo que ella llorara aún cuando no estuviera pensando en hacerlo. Se esforzó por hacer desaparecer las lágrimas y se dijo para sus adentros: *No más lágrimas. Lo digo en serio, cuerpo. No más llanto.*

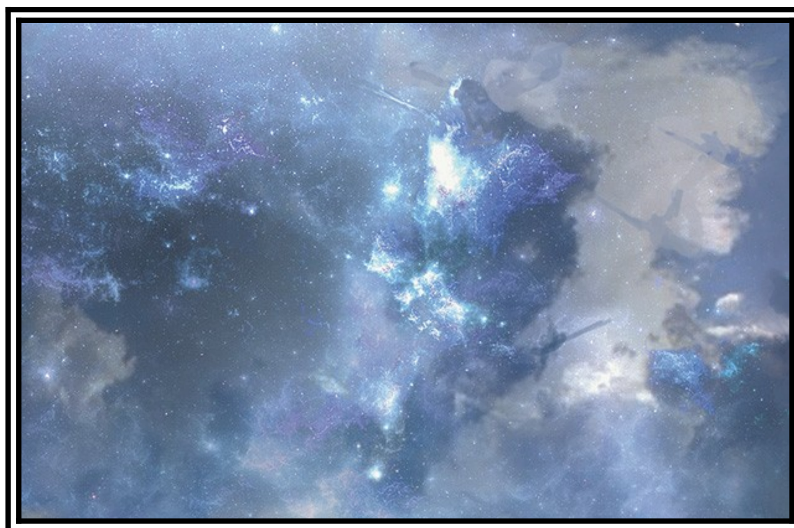
Ellos estaban en una parte del bosque que Cilissa nunca había visto antes. El bosque, normalmente denso, estaba dando paso a olivos cada vez más escasos, sus troncos gruesos y nudosos ya mostrando su vejez. Estos olivos eran muy, muy viejos. A pesar de que las copas de los árboles tenían cada vez menos ramas el bosque no era menos frondoso. Una tenue niebla flotaba entre las arboledas y cuando Cilissa alzó la vista no pudo ver el sol ni el cielo. Sin embargo Cilissa no tuvo miedo. No había sentido miedo en ningún momento desde que había llegado a Setessa unos días antes. Pensó que tal vez había agotado todo su miedo durante el ataque y sus posteriores vagabundeos. *Tal vez todo el mundo sólo puede sentir miedo una cierta cantidad de tiempo en su vida y yo ya he utilizado el mío.* Le hizo feliz pensar que no volvería a sentir miedo.



La neblina se espesó y se extendió. En lo alto era toda niebla aunque ella todavía podía ver a un montón de niños a su alrededor. Por delante estaba un gran claro circular, encerrado por los olivos más anchos y más grandes que Cilissa había visto en su vida. Cientos de niños ya estaban sentados en el claro y aún así estos sólo

ocupaban una fracción del espacio. Muchos más niños estaban entrando en el claro aunque mientras lo hicieron se detuvieron y miraron hacia el dosel del bosque.

Mientras Cilissa atravesó el anillo de olivos supo que algo era diferente incluso antes de que levantara la vista. Su cuerpo y cuero cabelludo hormigueaban, como si le hubieran arrojado un balde de agua fría. Miró hacia arriba, esperando ver la misma niebla densa, pero en cambio se enfrentó a un viscoso cielo nocturno con miles de puntos de diminutas luces. Era hermoso. *Nyx*. El hogar de los dioses.



Cilissa dio un paso hacia atrás fuera del claro. Y estuvo de nuevo en el día cubierto de niebla, ni una sola estrella ni un solo cielo oscuro a la vista. Y lo que también se había ido era una cierta *presencia*. Avanzó un paso hacia el claro y el mismo hormigueo, y ahora era la oscuridad de la noche, aunque muy bien iluminada por el campo estrellado de arriba. Se dio cuenta de que los niños que la rodeaban estaban sentados así que ella también lo hizo.

En las alturas una mujer alta caminó hacia el centro del claro. Portaba un arco sobre su espalda, con una pequeña hacha y un largo cuchillo envainados a sus costados. También sostenía una larga lanza vertical en una mano. Con una armadura ligera de cuero y tela oscura se movió con una fuerza y precisión que Cilissa nunca había visto en nadie, ni siquiera en un guerrero. Cilissa decidió que quería moverse así más que nada, más que nada en el mundo con una sola excepción. Se dio una bofetada en los ojos antes de que las lágrimas pudieran volver a brotar. *Te estoy vigilando, cuerpo. Conozco tus trucos.*

La mujer alta, con su pelo castaño rojizo atado en un rodete, llegó al centro del círculo y esperó. Aunque no dijo nada de alguna manera cada risa, cada chillido, cada grito o susurro, todo se calmó. Los niños permanecieron sentados en silencio y esperaron.

La voz de la mujer se elevó en voz alta a través del claro, su voz se amplificó a través de algún medio desconocido.

"Bienvenidos, pequeños. Aquí están a salvo."

Cilissa, aunque estaba sentada en un bosque oscuro bajo un mágico cielo nocturno rodeada de extraños, le creyó. Desde que había llegado a Setessa la habían tratado con amabilidad. Le habían dado de comer, la habían bañado, manos gentiles la habían tocado. Aunque ningún adulto en particular se había hecho cargo de ella siempre había uno alrededor, siempre una mujer. No había habido

órdenes, ni tareas, sólo comida y una cama y ningún pensamiento. Cilissa se había esforzado mucho para no pensar. Esa había sido su vida durante los días anteriores hasta aquella mañana, cuando ella había visto a los adultos preparándose para ir a algún lugar y vio que todos los emás los seguían así que ella, también, los siguió.

La voz de la mujer continuó: "Han venido aquí desde el otro lado del mundo. De ciudades y aldeas, de llanuras y colinas, de batallas y de barrios pobres y de lo peor."

¿Peor que una batalla? Cilissa no entendió cómo eso podía ser cierto. *No, cuerpo, no, yo soy más fuerte que tú.*

"Pero ahora eso ya ha quedado atrás. Ustedes están aquí porque sus padres se han ido. No importa por qué se han ido pero ellos se han ido y no volverán."

El silencio de la multitud se rompió. Sollozos, gritos y exclamaciones estallaron en el aire nocturno. Cilissa se sintió orgullosa de sí misma al no se unirse a ellos. *Yo ya he terminado con las lágrimas. Lo he hecho. De verdad que lo he hecho. Tengo seis años y soy demasiado vieja para llorar.*

La mujer en el centro del círculo no habló. No quiso acallar a nadie ni señaló con un dedo. Ni siquiera se mostró molesta, como hacen algunos adultos cuando los niños están haciendo ruido. Ella solo se quedó allí parada. Las estrellas sobre su cabeza titilaron y algunas de ellas se movieron en diversos patrones y formas, aunque estas se rompieron rápidamente. Ninguna forma duró mucho tiempo pero las estrellas siguieron moviéndose y Cilissa se sintió extrañamente tranquila mientras observó la danza de las estrellas.

Eventualmente los gritos y los sollozos disminuyeron. Cuando el silencio se reanudó la mujer volvió a hablar. "En Setessa nosotros los llamamos *arkulli*, pequeños osos. Al igual que los pequeños cachorros de oso ahora ustedes son criaturas. Necesitan alimento, abrigo, protección, y enseñanza. Nosotros se lo daremos. Pero un día, *arkulli*, un día ustedes será grandes. Un día ustedes serán poderosos. Un día ustedes no necesitarán la protección de Setessa pero Setessa necesitará la de ustedes."

Mientras la voz de la mujer retumbó por todo el claro Cilissa miró hacia el portal a Nyx y las estrellas allí tomaron la forma de un oso grande, alto, majestuoso y fuerte. Cilissa se sintió *tan fuerte* mirando al oso. Si ella fuera tan poderosa como ese oso podría haber salvado su aldea. Podría haber



salvado a sus padres. Cilissa estuvo segura de que el oso nunca había sentido miedo, nunca había llorado.

"Bienvenidos, *arkulli.* Desde ahora ustedes son Setessanos. Setessa les da la bienvenida a casa. Karametra les da la bienvenida a casa."

Ante la mención del nombre de la diosa las estrellas brillaron y la forma del oso en lo alto se disolvió. En su lugar las estrellas se movieron para tomar la forma de un rostro, el rostro de una mujer, el rostro más maravilloso que Cilissa había visto en su vida, el rostro de la diosa Karametra. Cilissa no pudo describir ese rostro excepto que supo que era un rostro de calor y amor. El rostro la miró, sólo a ella, y los ojos de la diosa no apartaron los ojos de Cilissa mientras el rostro pareció volverse cada vez mas grande que el campo de estrellas en lo alto, extenderse y bajar hasta que ese rostro envolvió todo el claro, rodeando a todos y cada uno de los niños, pero más que nada a Cilissa. *Eres amada, Niña,* le susurró una voz, mientras el rostro se disolvió en una brillante exhibición de cálidas chispas que le besaron el rostro y el cuerpo como leves dientes de león rozándole la piel.



Allí donde las chispas cayeron al suelo y desaparecieron un pequeño retoño brotó de la tierra y creció rápidamente. En cuestión de segundos fibrosos capullos, cáscaras de gran espesor del tamaño del puño de Cilissa llenaron todo el claro. Cada vaina latió con un suave resplandor verde. Cilissa recogió una de ellas y sintió el mismo calor que había recibido de las chispas.

Recuerdos aparecieron, no esperados y no deseados. Su padre cayendo bajo la primera ola de atacantes Akronienses. Sus últimas palabras convirtiéndose en un grito. Su madre susurrándole: *Corre, Cilissa, corre. Corre tan rápido como puedas. Ve ahora mi amor,* ***ahora****.* Y entonces su madre se volvió para correr hacia los soldados, gritando. Pero Cilissa no vio lo que le pasó a su madre porque ella corrió. Corrió y corrió, saliendo de la aldea. Ella siempre había sido rápida y nunca lo fue tanto como aquel día. Ella había corrido y había

dejado todo atrás. Su aldea, sus amigos, sus padres, todo menos el llanto. Ella no podía dejar el llanto atrás.

Así que ella comenzó a llorar, abrazando el capullo con su suave resplandor verde ferozmente contra su pecho, abrazándolo y balanceándose de un lado a otro y sollozando. El capullo se sentía tan bien, tan suave. Cilissa no dejó de llorar, pensando en su madre y en su padre y en lo mucho que los amaba. Pero, por primera vez desde el ataque, sonrió. Cilissa sonrió y lloró al mismo tiempo. Abrazó el capullo y se sintió agradecida de que al fin estuviera en casa.

Un otoño

Clac, clac, clac. Ella rebotó en los ladrillos de la alta torre de piedra caliza y volvió a rebotar sobre el patio por debajo. El flujo constante de “clacs” creó suficiente ruido de fondo como para llevar a cabo una conversación pero ninguno de los que estaban en el patio estaba interesado en conversar. Se miraron unos a otros, con sus rostros repletos de sudor y concentrados en sus oponentes, con los bastones de madera en sus manos girando y azotando y golpeándose el uno contra el otro.

En realidad nadie estaba interesado en conversar a excepción de la persona que estaba al otro lado de Cilissa. Thora era alta, fuerte y rápida. Era una de las niñas en su grupo que había cumplido recientemente diez e inmediatamente había crecido varios centímetros. Y le gustaba hablar. "Eres demasiado lenta." *Clac, clac*. "¿Estás segura de que perteneces aquí?" *Clac, clac*. "Sabes que estamos aquí para pelear, ¿verdad?" *Clac, clac, clac*.

Cilissa permaneció en silencio. El problema no era que Thora le llevara casi un año completo; todas las de su grupo se llevaban un año la una a la otra y se les había enseñado que la edad era irrelevante en el respeto concedido a tus compañeros. *Clac, clac*. Y el problema no era que Thora estuviera en lo cierto con respecto a sus insultos. A pesar de la altura y la fuerza de Thora, Cilissa era mejor y más rápida, y ella, y Thora y todas las demás lo sabían. *Clac, clac*. Así que Thora no estaba más cerca de asestar un golpe o derribar a Cilissa que cuando ellas habían comenzado su entrenamiento.

El problema era que Cilissa tampoco estaba más cerca de asestar un golpe. Ella se defendió de cada ataque de Thora, el bastón sintiéndose ligero y vivo en sus manos. Pero ella no tuvo oportunidad de contraatacar. Y se suponía que los combatientes debían seguir luchando hasta que uno diera un golpe decisivo. Y si Thora no podía dar ese golpe, y Cilissa tampoco, entonces ellas podrían estar allí un tiempo muy largo.

"¿Tienes miedo? ¿Eres cobarde?" *Clac, clac*. Cilissa arrugó los labios pero no dijo nada. Notó que Thora ni siquiera estaba enojada. Respiraba con regularidad y la calma en sus ojos y en su rostro desmentía sus crueles palabras. La estaba insultando como una estrategia. Esto disgustó a Cilissa aún más que las palabras de Thora pero ella se concentró en detener cada golpe y cada ataque. Como estaba concentrada en el bastón de Thora no estuvo preparada cuando esta se precipitó hacia ella, su cuerpo más grande embistiendo a Cilissa hacia atrás. Cilissa tensó las piernas, preparando un capirotazo, pero Thora barrió con su bastón, golpeando a Cilissa entre las rodillas y



desparramándola por el suelo.

"Ja, yo gano." La sonrisa de Thora fue lo que más le dolió. A los niños se les enseñaba que la práctica y el aprendizaje eran más importantes que ganar pero también eran entrenados para ser competitivos. Thora se quedó allí un momento, con el cuerpo ligeramente apoyado en su bastón, bajando su mirada hacia Cilissa antes de recoger su arma para encontrar otro oponente. Los otros niños se detuvieron para mirar a Cilissa. Ella no había perdido una lucha en mucho tiempo.

Cilissa no pudo mirar a los otros niños así que miró hacia abajo. Hojas cubrían el suelo fuera de la zona de combate. El Bosque Nessiano solía ofrecer una panoplia completa del colorante otoñal y ese otoño no era ninguna excepción. Hojas de un brillante anaranjado y un rico marrón cubrían los árboles y el suelo por igual. El otoño era uno de sus momentos favoritos en Setessa, una combinación de colores hermosos y una emergente quietud. Mirar las hojas fue más fácil que mirar a cualquier otro lugar, así que ella siguió estudiándolas en medio de los constante sonidos de fondo de *clac, clac, clac* hasta que un par de zapatos le bloquearon la vista.

Cilissa siguió con su vista los zapatos verdes hasta un par de pantalones de cuero, subiendo y subiendo por un cuerpo que condujo a un rostro. El rostro ni sonrió ni frunció el ceño sino que se limitó a devolverle la mirada a Cilissa. Y aunque el cabello de la mujer sucumbía al gris y su rostro tenía más arrugas cada vez que Cilissa lo veía normalmente tenía un semblante amable aunque en ese

momento fue difícil saberlo. Era el rostro de Niketa, artillera y arquera, y la entrenadora principal de sus lecciones en ese momento.

"¿Este es un juego para ti, Niña?" La voz de Niketa fue dura, aunque no tan dura como cuando ella pensaba que un estudiante era particularmente tonto u obstinado.

Cilissa miró a su alrededor y vio a los otros niños reanudando su combate aunque ellos les dejaron un amplio espacio abierto a Niketa y Cilissa. Thora se hallaba lejos, golpeando a un pobre muchacho que no tenía una oportunidad.

"No," dijo ella en voz baja, mirando a Niketa.

"¿Estás segura? Parecías contenta de jugar al juego de tablas. Tu turno, no, tu turno, no, tu turno."

Cilissa no supo qué decir así que no dijo nada. Mantuvo los ojos fijos en Niketa.

"Cilisssa, he visto a muchos guerreros a lo largo de los años. Muchos han sido más fuertes que tú. Algunos más rápidos, pero algunos. Tú no tienes ningún don especial de los dioses. Y guerreros más fuertes que tú, y más rápidos que tú, han muerto. Murieron por sus errores o murieron por oponentes que eran más lentos y más débiles que ellos. ¿Sabes por qué?"

Cilissa sacudió la cabeza.

"Ponte de pie con tu bastón."

Cilissa se preparó mientras Niketa recogió un bastón de entrenamiento.

"Empieza."

Cilissa esperó a que Niketa hiciera el primer movimiento. *Clac, clac.* "Thora es una combatiente agresiva, una de las más agresivas de tu grupo. La mayoría de las veces eso le sirve bien." Mientras Niketa habló la velocidad de sus empujes y oscilaciones aumentó, más rápido de lo que Cilissa había peleado hasta ahora. Cilissa se concentró en detener el bastón de Niketa, determinada a ser lo suficientemente rápida como para evitar ser golpeada. *Clac, clac, clac.* El palo de Niketa logró atravesar la defensa de Cilissa y sólo en el último momento posible desaceleró para ofrecer un solo golpe punzante contra el hombro de Cilissa.

"Niña, tú nunca serás lo suficientemente rápida como para detener todos los golpes. Luchar bien no va en función de la velocidad. ¿Alguna vez atacas, Niña?"

Toda la vergüenza y el dolor de ese día se introdujeron a toda velocidad en Cilissa, sin ser convocados. Durante la mayor parte de su entrenamiento ella se la pasaba conteniéndose, no queriendo herir a otro niño, a otro ser humano. Dio un grito y atacó a Niketa, su bastón un borrón de velocidad. Imaginó a Thora, esos labios enroscados en una mueca de desprecio, mientras lanzó un furioso golpe tras otro sobre Niketa. Niketa detuvo el ataque de Cilissa pero dio un paso atrás. Y luego otro. Y luego un tercero. Todos los demás niños dejaron de pelear y se volvieron a mirar.

Cilissa nunca había sentido antes tanta ira y se sentía maravillosa. Se sentía libre. El mundo pareció extraordinariamente claro cuando a ella no le importó ni consideró el daño que podía

causar. Ella quería atacar aún más rápido. Clacclac**clac**. Fue sólo cuando el bastón de Niketa pasó fácilmente por delante de su rostro y la golpeó en sus costillas que ella se dio cuenta de lo descuidada que había dejado sus defensas. Volvió a gritar y trató de recuperar su presión.

Niketa siguió hablando, con calma, conversando. "¿Con qué peleas, Niña?" Cilissa apenas podía pensar, mucho menos hablar, pero hubo otro golpe de Niketa y con él la misma pregunta. "¿Con qué peleas, Niña?"

"¡Mi bastón! ¡Yo peleo con mi bastón!" En ese momento Cilissa respiraba entrecortadamente y ya no podía avanzar. Hubo otro golpe de Niketa. Cada golpe fue más débil pero incluso un golpe débil del bastón dolía considerablemente. Y la misma asquerosa pregunta. "¿Con qué peleas, Niña?"

"Mi arco. Yo peleo con mi arco." Niketa era la líder de los arqueros, quizás esa era la respuesta que ella buscaba. Clacclac**clac**. La misma pregunta. "Mi cuerpo. Yo peleo con mi cuerpo." Clacclac**clac**. La misma pregunta. ¿Qué más podría ella decir? Cilissa apenas pudo mantenerse en pie y la siguiente vez que la vara de Niketa la golpeó ella cayó al suelo.

"Tu *mente*, Niña. Tú no peleas con tu bastón, ni con tu arco, ni con tu cuerpo. Tú peleas con tu mente. Algunos filósofos piensan que el propósito del entrenamiento de batalla es para que no tengas que pensar mientras peleas. Se equivocan. Nosotros entrenamos para que en combate puedas ser capaz de pensar en las cosas correctas. Como en reconocer cuando tu oponente te incita para que pierdas tu compostura."

"Yo pienso que a Thora le sirve muy bien la agresión pero no a ti. Eso está bien. Yo sé como entrenar a guerreros inteligentes para que sean más agresivos. No sé como entrenar a guerreros agresivos para que sean inteligentes." Niketa se inclinó y le ofreció la mano a Cilissa. "Aprenderás, Niña. Pero por ahora, ataca más, ¿si?" Las dos caminaron de regreso a la torre en medio de hojas anaranjadas y marrones, el aire fresco, y el continuo, *clac, clac, clac,* de niños luchando con sus mentes.

Un invierno



Un ligero polvo blanco cubrió las ramas desnudas y el suelo endurecido mientras Cilissa y Thora se abrían paso en su patrullaje por el límite sur del bosque. Había

nevado no más de cinco veces en todos los años en que Cilissa había estado en Setessa y ella siempre lo había encontrado encantador. Aunque la nieve no solía durar más de un día ella siempre se sorprendía por la completa transformación del bosque, como si ellos estuvieran caminando por una tierra nueva y extraña.

Ellos habían estado vigilando durante dos horas. El límite meridional del Bosque Nessiano consistía mayormente en árboles dispersos y tierra rocosa y dura. Dos días de viaje más al sur lo llevarían a uno a las Tierras de la Desesperación, unos yermos desgarrados por Erebos, pero la frontera meridional había estado en su mayor parte tranquila durante muchos años, un buen campo de entrenamiento para los nuevos reclutas.

"No hay nada aquí. Esto es una pérdida de tiempo." Thora había estado irritable durante todo el día. Sin embargo todo su grupo había estado tenso, con todos los cambios y movimientos en marcha. Habían sabido que habían estado sucediendo por algún tiempo pero eso era diferente a enfrentarse a perder a tanta gente que habían conocido por años.

Una rama azotó a la derecha y detrás de ellos y Cilissa colocó una flecha en su arco y apuntó mientras Thora sacó su hacha arrojadiza, mostrando la primera sonrisa de todo ese día. Ambas bajaron sus armas al ver la fuente del sonido. Una extraña mirada pasó por el rostro de Thora.

"Kelios," dijeron ellas al unísono y Thora miró airadamente a Cilissa, confundiéndola aún más.

"Podríamos haberte matado," dijo Cilissa.

Thora le interrumpió con un: "*Yo* podría haberte matado. No sé qué hubiera hecho Cilissa."

Kelios, alto y desaliñado, su coordinación completamente superada por su reciente crecimiento, se acercó con una sonrisa incómoda en su rostro.

"Yo pensé, quiero decir, sabía que ustedes estarían en esta dirección, y yo… bueno, quería decir, bueno, me voy, y..." Thora salió a toda velocidad, dejando caer su hacha para darle un gran abrazo a Kelios.

"¡Te voy a echar mucho de menos!" exclamó ella mientras lo siguió abrazando.

Kelios dijo, "Thora, yo también te voy a extrañar," pero miró a Cilissa todo el tiempo que lo dijo, con la misma extraña sonrisa en su rostro. Cilissa era consciente de que había recibido más atención de las personas, especialmente de los niños, durante el año pasado. Se sentía como si durante la noche muchos chicos dejaran de tratarla como una amiga y compañera de lucha y en su lugar sólo se volvieran... extraños. Kelios era uno de los más incómodos. Cilissa trataba de ignorar la atención siempre que le era posible.

Kelios se liberó del abrazo de Thora y se acercó a Cilissa. "Cilissa, te voy a extrañar."

Cilissa trató de sonreír cálidamente pero no intentó abrazar a Kelios. Había bajado su arco pero todavía tenía la flecha en su otra mano. "Yo también, Kelios. ¿Sabes a dónde te dirigirás?" Kelios bajó

la mirada hacia sus pies, moviéndolos incómodamente de un lado a otro. Cilissa se sintió mal de que todo lo que Kelios había hecho recientemente fuera incómodo.

"No, todavía no. No nos lo dirán hasta que comencemos nuestro viaje. Todo es un poco..." su voz se apagó y él no terminó la frase. Cuando los muchachos cumplían los catorce años eran enviados en sus peregrinaciones, sus viajes al mundo exterior para encontrar sus caminos. Setessa creía firmemente que cualquier camino ayudaba a convertir a los jóvenes en adultos, ese camino no incluía quedarse en Setessa. Cuando Cilissa era joven apenas había notado que no había hombres adultos por más de uno o dos días en Setessa, pero el año anterior, cuando todos se acercaron a su decimocuarto cumpleaños, la constante despedida de sus amigos masculinos los había obsesionado a casi todos ellos. Cilissa estaba triste pero también se alegró de librarse de algo de la torpeza. La política de Setessa empezó a tener sentido para ella.

"Así que supongo que esto es, eh, un adiós, ¿bien?" Mientras lo decía Kelios continuó mirando a Cilissa y Thora se alternó entre sonreír a Kelios y mirar a Cilissa.

Cilissa sólo quería volver a patrullar así que ella dijo: "Adiós, Kelios. Te deseo lo mejor en tus viajes." Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el borde exterior del bosque. Ella sólo quería que tanto Kelios como Thora la dejaran de mirar. Pensó que tal vez dejar a los dos solos haría a Thora más feliz.

Un minuto después oyó el crujido de las botas de Thora en la nieve. Se volvió, con la esperanza de que su amiga se viera más feliz pero los ojos y las mejillas de Thora estaban rojos, mucho más rojos que el aire frío. "¿Qué sucede?"

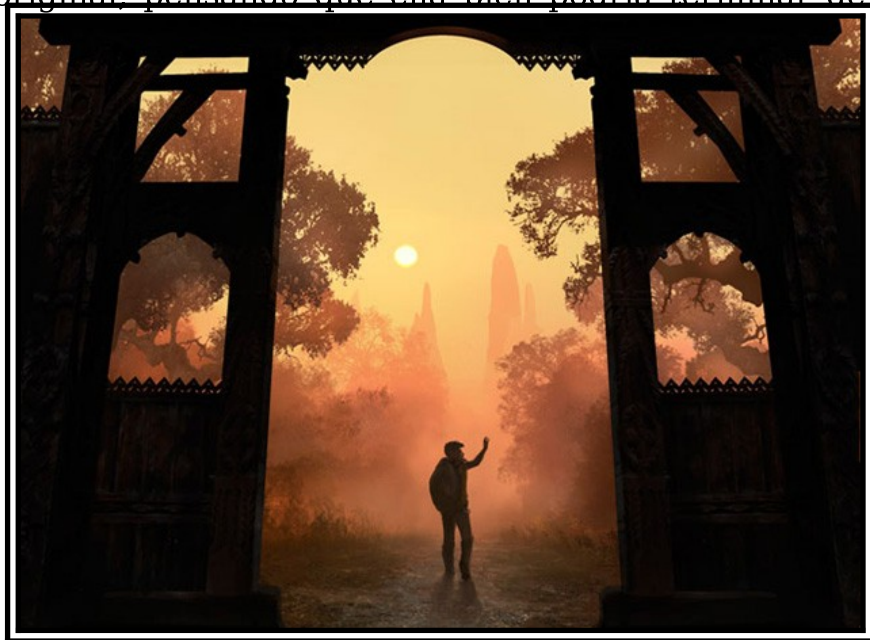
"Por favor, Cilissa, solo detente. Detente." Las lágrimas volvían a fluir por Thora. Cilissa nunca la había visto llorar así.

"Thora, yo... yo no hice nada malo." Cilissa sabía que eso no ayudaría a su amiga pero estaba confundida acerca de la ira de Thora hacia ella.

"No, por supuesto que no. La perfecta Cilissa. La perfecta y pasiva Cilissa. Tú nunca haces nada malo, ¿verdad? Tú nunca haces nada en absoluto." Thora, todavía llorando, se volvió y se alejó.

"¡Espera!" gritó Cilissa pero Thora continuó caminando en la dirección opuesta, de regreso hacia su campamento base. Estaba prohibido que los compañeros de la patrulla se dejaran solos a excepción de situaciones de emergencia pero Cilissa sabía que Thora lucharía si ella la buscaba. Esperó y observó cómo la figura de Thora desaparecía en el bosque invernal, deseando que Thora cambiara de opinión y volviera, pero ella no cambió de idea.

Cilissa, después de unos minutos más de espera, giró y caminó por el sendero original, pensando que ella bien podría terminar de vigilar. Pensó más en las



peregrinaciones, de cuando había escuchado por primera vez acerca de ellas, y se horrorizó con el concepto. Ella habría luchado con todo su ser para evitar irse. Eventualmente llegó a aceptar que aquello sólo era algo que les ocurría a los niños. Muchas chicas solían bromear que los hombres eran demasiado débiles para aguantar la vida en Setessa pero a Cilissa eso le parecía cruel cuando uno de verdad tenía que despedirse de sus amigos.

Entonces, mientras Cilissa caminaba, se preguntó si sería tan malo dejar Setessa. Ella había estado allí casi toda su vida y la amaba. Excepto cuando la odiaba. A veces la idea de estar en otro lugar, ver nuevas personas y cosas nuevas, era tan excitante para ella que le dolía.

Cilissa estaba tan perdida en sus pensamientos que casi no notó la gran vaina verde en la distancia. Se dio cuenta de que la vaina, a diferencia de cualquier otra cosa en el bosque, no tenía nieve sobre ella. Se acercó cautelosamente y se dio cuenta de que era una de las vainas de Karametra.

Durante la ceremonia de bienvenida de Karametra a los nuevos *arkulli* a veces nuevas vainas crecen tiempo después. Las vainas comienzan como capullos del tamaño de un puño, con una cáscara gruesa que emana un resplandor verde y pulsante. Cilissa no había sabido que eran las vainas cuando era niña y los adultos se habían negado a hablar de ellas. Tenía un tenue recuerdo de su propia ceremonia de bienvenida, y de que hubieran habido cientos de vainas, pero no podía decir lo que les había pasado a estas. Todo lo que sabía era que en los años siguientes ella había visto cada vez menos y menos vainas y las que había visto eran cada vez más grandes. La vaina era del tamaño de un hombre acostado y tenía crecimientos fibrosos y nudosos que salpicaban su cáscara.

Sólo estar cerca de una de las vainas hizo que Cilissa se sintiera más feliz aunque ella no supo por qué. Tenía otro vago

recuerdo de la voz de Karametra tantos años antes pero había compartido ese recuerdo con otros desde el principio y ellos siempre se habían reído de ella o la habían molestado. Sus maestros había dejado en claro de que era extraño que Karametra hablara directamente con los Setessanos y Cilissa había dejado el asunto pensando que era producto de su imaginación. Pero aun así ella se sintió más aliviada y más feliz cuando extendió la mano para tocar la vaina.

Esta se sentía cálida al tacto pero no estaba caliente y un suave resplandor verde empezó a titilar desde la vaina. Cilissa se dio cuenta de que estaba cansada y se sentó junto a ella, agradecida por el calor tras un día tan largo y frío. Pensó en sus padres, lo cual fue extraño porque ella no había pensado en ellos en muchos años. Casi no recordaba el rostro de los dos y había veces en que se había esforzado tanto por recordarlos que después no había podido hacerlo, como si ella hubiera destruido su propia memoria en el intento. Algo que la había aterrorizado. En vez de rostros a veces podía recordar ciertos sentimientos. La seguridad y la felicidad que había sentido al mirar a su enorme y alto padre. La sensación de la mano de su madre en su cabello mientras ella lo peinaba, una y otra vez, antes de acostarse.

Deseó seguir siendo una niña pequeña, segura y querida, sin importarle otra cosa en el mundo. Aunque también hacía mucho tiempo que deseaba ser una adulta para vivir su propia vida lejos de maestros y entrenadores y de muchachos torpes y amigas locas. Permaneció tumbada al lado del grueso y áspero capullo y pensó en los placeres de vidas diferentes a la suya mientras se empapó en el calor de la vaina en el frío e invernal día.

Una primavera

"¡Arqueros, listos!" La voz de Niketa viniendo desde arriba cortó la tranquilidad del bosque. Era extraño que el bosque, tempranamente floreciente, estuviera tan silencioso, los normales zumbidos de fondo de seres gorjeando y escarbando completamente ausentes. Cilissa miró a Thora, Natasa y Delia. Sabía que Thora estaba lista y aunque ella no había peleado antes con Natasa podía decir que la guerrera era tranquila y preparada. Delia, por su parte, sólo tenía dieciséis años y enfrentaba su primera batalla. Había levantado su arco por la orden de Niketa y Cilissa trató de ser amable con ella.

"Ella se refería a los arqueros de los árboles. Baja tu arco. Nosotros necesitamos estar preparadas para enfrentar una carga por tierra." Aunque fue amable su voz fue seria. No quería ver a Delia muerta en la primera embestida. O a nadie en absoluto. Pero no había nada que garantizara la supervivencia de ninguna de ellas.

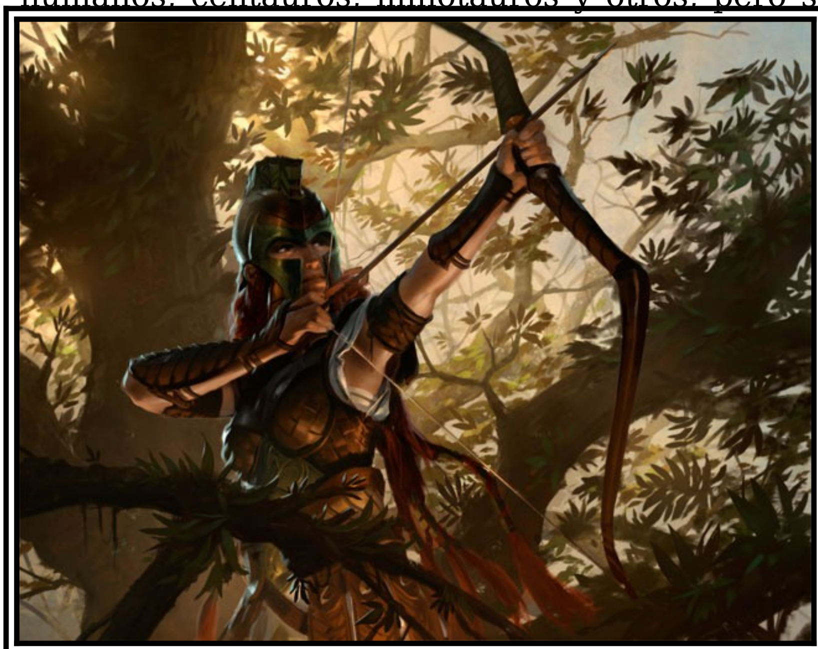
Los informes de los ataques habían llegado días antes. Ya había sido suficientemente malo haber sufrido el Silencio unos meses antes pero luego, cuando los dioses se habían ido, empezaron a llegar

reportes de un gran número de Nativos de Nyx apareciendo por todas partes en la tierra y, peor aún, atacando a todos los mortales que encontraron. Algunos Setessanos se preguntaban si los Nativos de Nyx estaban atacando porque los dioses ya no estaban allí para controlarlos. Otros se preguntaban si los dioses mismos estaban causando los ataques para castigar a los mortales, aunque nadie supo decir por qué crimen. ¿Quién podría adivinar la forma de actuar de los dioses? Sin embargo todos los Setessanos creían que Karametra no estaba involucrada en esos ataques. Por lo menos cualquier Setessano con sentido.

Lo que no estaba en disputa era que miles de Nativos de Nyx habían invadido Setessa desde el norte y el oeste. Guerreras más novatas habían guiado a los niños y a los ancianos al interior mejor defendido mientras que unidades como la de Cilissa habían sido enviadas para detener a los invasores o, en el peor de los casos, para retrasarlos y reunir inteligencia vital. Que guerreras tan inexpertas como Delia estuvieran con ellas era una señal de cuan lejos se había extendido el enemigo. Cilissa y Thora habían sido guerreras experimentadas durante los últimos dos años. Su grupo estaba compuesto de dieciocho endurecidas veteranas y Cilissa deseó que hubiera más allí como ellas.

Como estaban agazapadas en los esparcidos matorrales no podían ver las fuerzas que se acercaban pero pudieron oír el sonido de muchos pies pisoteando el bosque y luego oyeron el primer lanzamiento de flechas en lo alto. Cientos de arqueros se alineaban en ramas gruesas y fuertes improvisados en los árboles y con el sonido de la descarga Cilissa y las otras tres a su alrededor se pusieron en posición, al igual que varios otros grupos de cuatro miembros que tenían a la vista.

Delia jadeó de miedo y aunque Cilissa no lo dijo la comprendió. El bosque en frente de ellas había sido tomado por los Nativos de Nyx. Estos habían sido moldeados con formas reconocibles: humanos, centauros, minotauros y otros, pero sus cuerpos parecían hechos del cielo nocturno, su misma piel y músculo vivos con el titileo de las estrellas. Había cientos de ellos, tal vez miles. No atacaron en ningún orden o patrón, sólo embistieron en olas implacables.



Las flechas de arriba descendieron hacia las hordas y

muchos Nativos de Nyx del ataque inicial cayeron. Cilissa tuvo tiempo de pensar, al menos ellos pueden morir, y entonces los Nativos de Nyx estuvieron sobre ellos. Cilissa y Thora se armaron con lanzas largas, con Natasa y Delia guardando sus flancos con hacha y cuchillo. Un centauro se empaló en la lanza de Cilissa y cualquier duda que quedaba sobre si los Nativos de Nyx eran o no reales se desvaneció cuando el golpe de respuesta resonó a través de sus brazos y piernas. La lanza dio al centauro de lleno en el pecho y sus ojos estrellados se oscurecieron antes de que su garrote levantado pudiera aterrizar. Una mezcla de sangre y viscoso cielo nocturno chorreó de su pecho.

El enorme peso del centauro derrumbándose se llevó su lanza con él pero ella recogió su lanza corta de repuesto y comenzó a defenderse de los ataques de un espadachín humanoide que había saltado sobre el cuerpo del monstruo. El espadachín no dijo una palabra mientras luchó y Cilissa no supo qué fue más desconcertante, que el Nativo de Nyx no mostrara ninguna emoción mientras combatió o que luchara bien. Pero incluso luchando bien Cilissa aún no había enfrentado a un espadachín que fuera mejor que ella y su lanza. Varios capirotazos y golpes hicieron sangrar al Nativo de Nyx y aunque él no pareció mostrar dolor disminuyó la velocidad a medida que pasaron los momentos y no pudo desviar la cerrada acuchillada de Cilissa a través de su ojo. Ella miró de reojo y vio a Thora luchando contra su oponente antes de notar una gigantesca forma precipitándose desde su izquierda.



Delia no tuvo tiempo de gritar cuando la enorme hacha del minotauro la cortó en dos. La criatura rugió cuando Cilissa atacó con su lanza hacia su pecho. El arma rebotó débilmente en un ángulo malo pero Cilissa se agachó bajo las enormes patas de la bestia, dejando caer su lanza y sacando su hacha de mano. Usó dos manos para rebanar la pata trasera del minotauro, cortando el tendón y el músculo y luego terminó el trabajo en su otra pierna. El minotauro cayó al suelo delante de ella y la Setessana saltó sobre su espalda y hundió su hacha en su cráneo. El minotauro siguió rugiendo y convulsionando, cada vez más débil.

Cilissa levantó la vista mientras la carnicería que la rodeaba continuó. Flechas y magia fluían de los árboles hacia los Nativos de Nyx pero estos tenían magos propios lanzando hechizos. Arpías Nativas de Nyx también estaban en los árboles atacando y derribando a las arqueras y la constante oleada de flechas viniendo desde lo alto se detuvo. Thora y Natasa todavía estaban en pie y parecían estar bien pero muchos otros grupos habían perdido a dos o tres personas, y muchos de los que quedaban estaban heridos, algunos gravemente.

No hubo tiempo para pensar mientras tres Nativos de Nyx con espadas cargaron, con otros humanoides detrás de ellos. Natasa se agachó bajo un atacante, cortando su garganta mientras se esforzó por lidiar con los refuerzos adicionales por detrás. Cilissa y Thora asaltaron a los atacantes frente a ellas, Cilissa con su hacha y Thora con dos cuchillos largos. El espadachín presionó



duramente a Cilissa, sin darle espacio para montar una ofensiva o ni siquiera sacar su cuchilla larga. Ella se concentró en mantenerse viva, deteniendo cada uno de los ataques de la criatura. Thora, con un grito de triunfo, hundió ambos cuchillos en la espalda del asaltante de Cilissa y esta supo que la alegre sonrisa de su compañera fue debido a que había sido ella la que había rescatado a Cilissa en lugar de al revés.

La única advertencia que ellas tuvieron fue un siseo. Thora giró sorprendida y Cilissa, protegida del enemigo por el cuerpo de Thora, oyó un fuerte y crujiente sonido y vio que el cuerpo de Thora se tornó de un gris pálido. Una gorgona. Cilissa, dando un grito, le dio la espalda a su amiga muerta y corrió en dirección contraria a la atacante. Oyó como su enemigo la seguía, deslizándose por el suelo del bosque, siguiendo fácilmente el paso de Cilissa.

Delante de ella un destello de verde le llamó la atención y ella se desvió en la dirección de una gran roca que latía con un suave resplandor, la gorgona pisándole los talones. Cilissa, que todavía tenía su hacha en la mano, saltó sobre la roca delante de ella y, girando, la utilizó para propulsarse de vuelta hacia su enemiga. En su vuelo cerró los ojos y echó su brazo hacia atrás mientras acometió

con el hacha hacia donde ella imaginaba que estaría la cabeza de la gorgona.



Luego aterrizó y abrió los ojos. Si el hacha había dado en el blanco ella pronto estaría muerta si mantenía los ojos cerrados y si el hacha no había acertado pronto estaría de todos modos muerta. Vio el cadáver desparramado de la gorgona, con el hacha incrustada en su rostro. Se permitió respirar profundamente y luego observó el derramamiento de sangre a su alrededor. Había Setessanas muertas y moribundas por todas partes mientras las inexorables mareas de Nativos de Nyx habían acabado con la mayoría de sus amigas. Miró a lo lejos y vio las estatuas grises de Thora y Natasa. Ahogó las lágrimas que amenazaron con inundarla. Se había propulsado utilizando una de las vainas de Karametra, la más grande que ella había visto hasta ahora, fácilmente tres veces más alta que ella colocada verticalmente, su gruesa corteza tan resistente como el hierro. El resplandor verde que emanaba de ella, generalmente suave y apacible, era áspero e insistente. Fue difícil no mirar el capullo y verlo como evidencia de la traición de Karametra. ¿De qué servía lo que quedaba de una diosa cuando todas sus amigas estaban muertas?

Más Nativos de Nyx siguieron apareciendo, más humanoides con espadas. Cilissa sólo tenía sus dos cuchillos largos y acabó con dos, tres, más, hasta que perdió la cuenta. Se perdió en el danzante torbellino de detener y cortar y rebanar, y con cada Nativo de Nyx que cayó ella pensó en la última sonrisa de Thora por haberle salvado la vida. *Tú no peleas con tu cuerpo. Peleas con tu mente*. Giró más y más rápido, más rápido de lo que ella había luchado en su vida, y las palabras de Niketa se volvieron más y más altas. *Niña, tú nunca serás lo suficientemente rápida. Tú peleas con tu mente.* Pero ¿de qué servía su mente cuando sus amigas ya estaban muertas y su diosa se había ido? El capullo de Karametra continuaba brillando, su nimbo verde latiendo fuertemente.

Tú ere amada, Niña. Eso era lo que le había susurrado la diosa tantos años atrás. *Karametra se ha ido*, se dijo para sus adentros. Vio numerosos cadáveres de Nativos de Nyx llenando el suelo delante de ella. ¿Ella los había matado a todos? No, aún más Nativos de Nyx de los que ella pudo contar estaban entrando en el bosque mientras otros terminaban su matanza de Setessanos. Vislumbró a un minotauro al mismo tiempo que él la vio y este cargó.

Fue sólo cuando se arrojó a un costado, evitando la embestida, que ella se dio cuenta de que estaba sangrando en varios lugares. No había escapado indemne de su baile. En su mayoría eran cortes en sus brazos aunque vio un muslo cubierto de rojo. Ella iba a morir allí pero se llevaría a ese minotauro con ella. *Tú peleas con tu mente.* Otra voz susurró: *Tú eres amada, Niña.*

"¿Que quieres de mi?" le gritó al bosque. Nada cambió, ningún Nativo de Nyx dejó de matar, ningún dios apareció. El minotauro la rodeó para volver a embestir. La vaina continuó latiendo. La vaina de Karametra. Volvió a gritar y, con uno de sus cuchillos, atacó en un enorme giro en lo alto que cayó sobre el capullo. El arma tintineó como si hubiera golpeado el hierro más duro. Cilissa volvió a atacar y fue como tratar de cortar acero con una cuchara. Se lanzó a un lado para evitar la carga del minotauro y volvió a sentir el dolor de sus heridas. Ella no era lo suficientemente fuerte como para abrir la vaina. Ni siquiera estaba segura sobre qué pasaría si esta se abría pero ella tenía que intentarlo.



El minotauro se acercó con su hacha, la hoja cubierta con sangre de algún otro Setessano. *Yo peleo con mi mente. Eso espero, porque mi cuerpo está a punto de darse por vencido*. Ella estaba de pie frente a la vaina, con los cuchillos desenvainados y su rostro contorsionado en una mueca de furia. El minotauro levantó su hacha y la bajó en un terrible golpe a dos manos que cortaría en dos a Cilissa. Ella, en el último segundo posible hizo un torpe y feo salto hacia atrás, cualquier cosa para salir del camino de la cuchilla descendente, y el hacha del minotauro golpeó la vaina directamente en el centro, abriéndola de arriba a abajo.

Una ráfaga de sonidos y luz verde llenó el bosque. El sonido de un arroyo borboteando, el sonido de pájaros gorjeando en su danza de apareamiento, el sonido de hojas doradas formando un remolino en el viento. El minotauro permaneció allí, inmóvil, mientras la luz verde enmarcó su cuerpo. El Nativo de Nyx se disolvió lentamente en la nada. Por todas partes donde Cilissa miró los Nativos de Nyx fueron rodeados por un nimbo verde que desencadenó su lenta disolución en el olvido. En cuestión de segundos no quedó ningún Nativo de Nyx a la vista.

Un tranquilo silencio siguió a la ruptura de la vaina sólo para ser reemplazado por los sonidos de los moribundos. Cilissa estaba caída en el suelo, luchando por respirar, su pierna latiendo de dolor y chorreando sangre con cada latido. *Eso es mucha sangre*, notó Cilissa. Se puso boca abajo y se arrastró hacia la vaina rota.

La vaina era un capullo sin vida, una gruesa corteza de madera fibrosa. Cilissa colocó su mano en su interior pero no hubo calor, ni brillo verde, ni el sentimiento de la diosa o de su toque. Aún así la

vaina la había salvado. Si ella tan solo lo hubiera sabido. Si alguien lo hubiera sabido. Tenía que decírselo a alguien. Todavía había vainas esparcidas por el bosque. No muchas pero las suficientes. Empezó a gatear por el suelo del bosque. *Tengo que decírselo a alguien. Tengo que dejar de sangrar. Tengo que descansar.* Ella estaba muy cansada.

Mientras se desmayaba creyó oír el crujido de pasos acercándose. Rezó para que fueran las pisadas de una amiga y luego descendió hacia el olvido.

Un verano

Era un hermoso y cálido día de verano. Incluso las nieblas que generalmente se aferraban a las fronteras del claro eran débiles y translúcidas. Cilissa miró a los círculos de niños reunidos en el claro. Eran tan jóvenes. ¿Ella había sido así de joven? Algunos de esos rostros parecían abiertamente asustados, otros se cercioraron de mostrar cuán duros y despreocupados estaban, otros parecían conmocionados, incapaces de sentir nada. Cilissa conocía bien las miradas de esos rostros. Levantó sus ojos desde el borde del claro, todavía maravillándose con el portal a Nyx por encima de sus cabezas. Las estrellas continuaron moviéndose y brillando, sus patrones formándose y disolviéndose y danzando sin cesar.



Caminó hacia el centro del claro, concentrándose en no cojear, lo que podía hacer por cortos períodos de tiempo. Llegó al centro y se quedó allí, esperando. Vio el miedo en los rostros de los niños pero también vio esperanza. Y amor. Sobre todo vio amor. Dejó que su voz se viera infundida por la presencia de la diosa y esta retumbó a través de todo el claro.

"Bienvenidos, pequeños. Aquí están a salvo. Aquí están en casa."

Ajani, mentor de Héroes

Una cálida brisa, con un ligero aroma a aceitunas y a un mar lejano, revolvió el pelaje de Ajani. Susurró a través de la corta hierba amarilla y de las hojas verdes y brillantes de árboles robustos y viejos.

De todos los mundos que él había visitado Theros se sentía como en casa. Incluso su propio plano, Naya, ya no era el mundo que él había conocido después de haberse fusionado con los otros cuatro fragmentos-planos de Alara para formar un mundo entero pero herido. Pero Theros, protegido por entidades poderosas y sin edad, siempre parecía inmutable. Los lugareños los llamaban dioses y por una vez fue difícil negárselo.

A Elspeth le parecía reconfortante pensar en que mentes mayores que las de cualquier mortal la vigilaban. Ajani encontró la idea menos atractiva. La amarga experiencia le había enseñado que cualquier ser lo suficientemente poderoso como para ser adorado como un dios era también lo suficientemente poderoso -y al menos igual de probable- como para destruir un mundo en lugar de protegerlo. Los dioses-behemots de Naya eran simplemente bestias sin sentido, sus movimientos formando mundanos patrones de migración en lugar de inspiración divina. El dragón Planeswalker Nicol Bolas, cuyo poder era verdaderamente divino, había manipulado siglos de desarrollo religioso y político en los fragmentos de Alara para facilitar sus propios fines egoístas y destructivos.

Sin embargo Ajani no pudo negar la fuerza y la majestad de los dioses de Theros ni la belleza del plano que salvaguardaban. Tal vez Elspeth, después de todo, tenía razón.

Durante el resto del día Ajani caminó sobre colinas cubiertas de matorrales y subió por montañas hasta que captó el olor familiar de los leoninos. Su pueblo había estado recientemente allí. Aún estaba a horas de lo que él recordaba como su territorio pero no le sorprendería si ellos se hubieran expandido.



Levantó campamento en la luz desvaneciéndose, sin

sigilo ni subterfugio. Su blanco pelaje brillaría como un faro en la oscuridad y si hubiese leoninos allí ellos lo encontrarían.

Las estrellas salieron a medida que el sol se puso y Ajani miró hacia arriba, ansioso por ver el espectáculo de luz y color que jugaba en el cielo todas las noches, historias de dioses y figuras míticas resonaban en constelaciones que se movían lentamente. El fenómeno únicamente pasaba en Theros. Y era hermoso.

Pero no esa noche. Esa noche las estrellas fueron fríamente indiferentes, el espacio entre ellas negro y vacío. Peor aún, en un rincón del cielo simplemente había vacío, un vacío donde ninguna estrella brillaba. Ajani se preguntó qué habría sucedido y qué pensaría Elspeth.

Elspeth. Sus pensamientos seguían volviendo a ella. Sabía que había dejado Dominaria rumbo al mundo metálico de Mirrodin. Ajani conocía a los leoninos de allí y había planeado visitarlos aunque, siendo honesto consigo mismo, principalmente como una excusa para buscarla.

Entonces otros Planeswalkers habían dado la noticia: *Mirrodin ha muerto. Pirexia ha regresado. Por el bien de este mundo y de cada mundo no pongan sus pies allí.*

El temió por Elspeth y aún más por sus amigos de Mirrodin pero mantuvo la esperanza. Incluso cuando los mundos morían y los cielos se oscurecían siempre había esperanza.

Elspeth aún podría estar viva.

El pensamiento fue un consuelo al que se aferró cuando se quedó dormido.

* * * * *

El despertó, parpadeando por el amanecer, contemplando una enorme hacha empuñada por una joven leonina de piel gris. Sus orejas estaban dobladas hacia atrás. El más leve susurro del matorral le dijo que había dos leoninos más alrededor de él.

"Identifícate," dijo la joven.

"Tú eres Seza," dijo Ajani bostezando, "y la última vez que estuve aquí eras demasiado joven para salir a patrullar."

Seza abrió sus ojos de par en par y sus orejas se alzaron.

"¿Ajani?"

Él sonrió.

"Piel blanca. Un ojo. Gran hacha. ¿Quién más?"

Ella bajó el hacha y sonrió tímidamente. Ajani se incorporó, frotándose los ojos.

"Tenía que estar segura," dijo la leonina. "Estos días están sucediendo cosas extrañas en los yermos."

Ella señaló a sus compañeros.



"Este es Ajani Melenadorada, un amigo de Oreskos."

Otras dos guerreras, también mujeres, salieron de detrás de Ajani.

"¡Aletha!" dijo él, dando una palmada en el hombro de la más alta. "Y... perdóname, ¿tú eres?"

"Koila," dijo la tercera leonina. Miró a Seza, quien asintió con tranquilidad. "Crecí en los yermos y solo vine a Tethmos recientemente."

"Koila," repitió él, fijando el nombre en su mente junto con la imagen de su pelaje moteado de oro y la cicatriz dentada por encima de su nariz.

"Vamos," dijo Seza. "Regresemos a Tethmos. Deberías ver lo que Brimaz ha hecho con el lugar."

"¡Brimaz!" exclamó Ajani. "¿Brimaz es el rey? Y Seza dirige las patrullas. ¿De verdad he estado lejos tanto tiempo?"

* * * * *

Los cuatro leoninos caminaron juntos durante la mayor parte del día. Aletha siempre había sido callada y Koila probó ser aún más así que la mayor parte de la conversación vino de Seza contándole a Ajani sobre los acontecimientos que habían pasado entre los leoninos de Oreskos. La reina, Omala, había muerto en batalla con seres humanos. Brimaz, su sucesor elegido, se había negado a buscar venganza, una controvertida elección que le había ganado más amigos que enemigos.

La última vez que Ajani había estado allí había sido evidente que Brimaz algún día sería el rey. Ajani había pasado largas horas conversando con el joven sobre la importancia de la convivencia con la humanidad. Tal vez sus palabras habían arraigado en su ser.

En la frontera del territorio de la patrulla sus compañeras se apartaron para tener una breve charla en voz baja. Cuando esta terminó Aletha y Koila se despidieron de él y regresaron mientras Seza le indicó que siguiera caminando.

"Yo no quiero alejarte de tu deber," dijo Ajani, aunque estaba agradecido por la compañía. "Conozco el camino a Tethmos."

Seza sacudió la cabeza y caminó a su lado.

"No es eso. Últimamente las cosas se han puesto peligrosas. Los minotauros se están expandiendo más de lo usual y en mayor

número. Y no hay noticias de lo que harán los humanos, ahora que..." Ella hizo un gesto hacia el cielo iluminado por el sol y vaciló.

"¿Tú sabes algo acerca de eso?" preguntó él.

"No mucho," respondió Seza. "Un día los dioses solo... se marcharon. Enojados con los mortales, o eso dicen los humanos. Todo lo que digo es que nos hemos librado de una buena."

"¿Y fueron ellos quienes dejaron ese anillo de cielo en blanco?"

Ella lo miró por un momento pero en su anterior visita él ya se había ganado la reputación de hacer preguntas extrañas.

"Eso apareció hace unos días," dijo Seza. "Nuestro cuenta cuentos lo llama el Pozo del Olvido pero él está tan desorientado como cualquier otra persona en cuanto a lo que es realmente."



En ese momento ellos estuvieron dentro de las fronteras de Oreskos, la patria de los leoninos. Sin embargo el sol se había puesto y las extrañas y dispersas estrellas habían salido para cuando ellos ascendieron una colina y vieron los fuegos de vigilancia de la guarida de Tethmos, el único y mayor asentamiento leonino en Theros. La mayor parte de los leoninos era nómadas —la mayor parte de los leoninos de todos los planos eran por lo menos parcialmente nómadas, lo suficiente para que Ajani lo considerara parte de su naturaleza— de modo que ni siquiera su mayor asentamiento podía llamarse ciudad. Sin embargo el lugar era más grande de lo que recordaba, con menos espacio abierto en sus paredes pintadas de colores vivos.

Seza y Ajani no eran forasteros y las puertas estaban abiertas por lo que ellos las atravesaron sin que nadie los cuestionara. Seza habló con un guardia cercano y los dos fueron conducidos a la sala del rey.

Había una fogata rugiendo en medio del gran salón y un jabalí asándose sobre ella, el aire lleno del suculento olor a carne ahumada. Un grupo de leoninos estaba sentado alrededor del fuego. El más grande y más joven de ellos se hallaba de frente a la entrada y él se levantó cuando Ajani y Seza entraron.

Ajani era alto para su clase pero Brimaz era más alto. El desgarbado adolescente de la memoria de Ajani se había vuelto de anchos hombros y seguro de si mismo, con rasgos afilados y una melena tupida y fluida. Brimaz llevaba ropa fina y una corona delgada y dentada, concesiones de su posición, pero rastros de cicatrices a través de su hombro expuesto lo marcaban como un líder que no se acobardaba de estar en las líneas del frente.

"¡Brimaz, viejo amigo!"

Brimaz dio un paso adelante de modo que Ajani tuvo que doblar el cuello para mirar al rostro del rey.

"Ahora soy el Rey Brimaz," refunfuñó él.

No hubo ningún sonido salvo el crepitar del fuego.

Ajani miró fijamente a los ojos dorados de Brimaz. Pocas personas podían mirar directamente al ojo derecho azul claro de Ajani y al enredado tejido cicatricial que alguna vez había sido su izquierdo pero Brimaz nunca se había amedrentado.

La esquina de la boca de Brimaz tembló.

Ajani se dejó sonreír.

Brimaz resopló, y pronto los dos leoninos rieron y se abrazaron.



Brimaz

"Así que ahora eres el Rey, ¿verdad?" dijo Ajani alejándose parar mirar con respeto al joven monarca desde cierta distancia. "¿Acaso debo llamarte ‘su majestad’?"

"Bah," dijo el rey. "Brimaz servirá. Pero si que te hice preocupar con esa, ¿verdad?"

"Ni por un solo momento," dijo Ajani.

"Por supuesto que no," dijo Brimaz con los ojos brillantes. "Siéntate. Come. Estoy seguro de que has viajado lejos."

Brimaz no era plenamente consciente de la verdadera naturaleza de Ajani como Planeswalker pero seguramente sabía que los orígenes del leonino mas viejo, y sus frecuentes viajes, no tenían nada que ver con ningún lugar del que los leoninos de Oreskos hubieran oído hablar.

"Es bueno estar de vuelta," dijo Ajani.

Ajani y Seza se sentaron. Uno de los asesores del rey peló trozos de carne resbaladiza de jabalí asado en el pozo de fuego y se los entregó a los recién llegados. Ajani mordió con gratitud el suculento cerdo, la grasa goteando por su barbilla.

"Te agradezco por tu hospitalidad," dijo en torno a la comida. Sin importar si uno era un visitante querido o no los negocios antes del sustento eran una ofensa. Ni siquiera él sería perdonado.

Hubo insignificantes conversaciones en torno al fuego, ninguna sobre asuntos de importancia. Fue sólo cuando Ajani estaba lamiendo la grasa de sus patas que el habló.

"Como he dicho, es bueno estar de vuelta."

"Pero no es por eso que vuelves a nosotros," respondió Brimaz sonriendo. "Has venido a aconsejarme o a pedirme algo, o a instarme a la acción. Yo recuerdo la forma de ser de Ajani Melenadorada, extraña y amistosa."

Ajani sonrió.

"Me conoces demasiado bien," dijo él. "Algún día, tal vez, vendré aquí simplemente para ver a mis amigos. El viaje valdría la pena. En esta ocasión me temo que tienes razón. Yo estoy aquí buscando tu ayuda."

"Ajani es un amigo de Oreskos," dijo Brimaz. "¿Qué ayuda necesitas?"

"Estoy aquí en busca de una amiga mía, una humana," dijo Ajani. "Su nombre es Elspeth."

"¿Ella es como tú, de muy… lejos?"

Ajani asintió.



"¿Y está en problemas?"

"Si ella está aquí," dijo Ajani, "espero que eso signifique que ya no tiene problemas."

"Pero si ella es como tú," dijo Brimaz, "me imagino que son los problemas los que la encuentran a ella."

Ajani volvió a asentir.

"Deberías hablar con Lanathos," dijo Brimaz. "Es un cronista humano que está tratando de aprender como vivimos."

"¿Eso significa que has estado tomando mis consejos sobre la reconciliación?"

El resto de los leoninos situados alrededor del foso había estado conversando entre ellos, satisfechos de dejar que el rey y su viejo amigo hablaran en una apariencia de privacidad, pero en ese momento callaron, con las orejas inclinadas hacia adelante, escuchando.

"Lo he hecho donde pareció prudente," dijo Brimaz. "Pero debido a esto Lanathos vino a nosotros y no todos confían en sus motivos," –y allí él dio una mirada a algunos alrededor del fuego- "pero él es inofensivo. Nos cuenta historias y escucha las nuestras. No sé por qué nos toma como una compañía que valga la pena pero un humano que escucha nuestras quejas es lo suficientemente estimulante como para dejarlo estar. Recientemente él habló con comerciantes humanos así que tal vez ha oído noticias de tu amiga."

"Hay tanto que quiero preguntar," dijo Ajani. "Sobre tu gente, viejos amigos, el cielo..."

"... pero tú estás preocupado por tu amiga," dijo Brimaz. "Ve. Habla con Lanathos. Lo demás puede esperar."

* * * * *

Lanathos el Cronista era un hombre anciano cuyo cuello y la parte inferior de su rostro estaban cubiertos de ondulantes cicatrices. Tenía su cabello blanco cortado al ras y estaba de pie delante de un fuego rugiente, contando su historia con la pasión y la intensidad de un narrador maestro.

"¡...y así volvió Polukranos!" exclamó Lanathos. "Llamada de su lugar en Nyx por la furia descuidada de Purforos."

Lanathos echó un vistazo significativo al cielo estrellado y rodó exageradamente los ojos en señal de fastidio. Tal irreverencia lo haría caer en la corte de cualquiera de las polis humanas. Pero allí los leoninos dieron una risita. O el hombre estaba jugando con su audiencia o era tan iconoclasta como ellos. Ajani se preguntó qué tan diferente había sido esta historia cuando la había oído Lanathos.

"Todos ustedes saben lo que sucedió después: cómo Nylea y Heliod ataron a Polukranos bajo la tierra, para que durmiera allí para siempre y dejara en paz el mundo mortal."

Polukranos era una especie de gigantesca hidra celestial que tenía que estar atada en las estrellas para mantener a los mortales a salvo. Ajani había oído la historia de su caída y encarcelamiento la última vez que había estado allí.

"Pero, amigos míos, los dioses tienen una definición diferente de 'para siempre' que las que tienen ustedes o yo," dijo Lanathos. "¡Así que Polukranos ha vuelto a despertar para amenazar a todo Theros!"

En ese momento hubo murmullos de verdadera alarma como si Polukranos pudiera acudir cargando sobre el horizonte en cualquier momento. Ajani sonrió. Los leoninos eran una buena audiencia cuando se dignaban serlo.

"En eones pasados él devoró una ciudad entera y nada menos que una ciudad sacia el hambre de sus cincuenta cabezas," dijo Lanathos. "¡La Meletis de ahora podría ser el blanco de su salvaje poder!"

Hubo más murmullos de la multitud. Uno lanzó un grito de júbilo pero fue rápidamente silenciado. Era la ciudad de Meletis la que había esclavizado a los leoninos mucho tiempo atrás. Ellos la consideraban como su verdadera patria y muchos esperaban recuperarla algún día. Pensar que la ciudad estuviera en peligro, incluso en una historia, pareció ser un arma de doble filo.

"La tierra tembló con sus pasos y lagos se formaron en sus huellas. El devoró todo en su camino, arrasando las tierras desde el Bosque Nessiano hasta la Meseta de los Cuatro Vientos, donde el tirano Agnomakhos fue derrotado. Nada se interponía entre Polukranos y Meletis. ¡Excepto la Campeona del Sol!"

La multitud aplaudió. Ajani no se sorprendió al oír que se trataba de una historia de la *Theriada*, sobre el semi-mítico Campeón

del Sol. El Campeón, a pesar de haber sido bendecido por el principal de los dioses humanos, era una figura popular entre los leoninos, y Ajani había oído muchas historias de la *Theriada* en su visita anterior. Tal vez era porque las historias del Campeón, a diferencia de las populares historias sobre dioses de las tierras humanas, se centraban en los actos de los mortales en lugar de las peleas de los dioses. El Campeón tenía la bendición de Heliod pero sus pruebas eran muy difíciles de completar.

"¡Ahí estaba ella!" dijo Lanathos. "Su armadura brillando, con la lanza en alto y su manto blanco azotando a los cuatro vientos. Ella avanzó y gritó un desafío y las cincuenta cabezas de la hidra se volvieron hacia ella."

"Ahora bien, la Campeona es una extraña para estas tierras. Meletis no era su ciudad. Pero nadie más estaba allí para defenderla y la Campeona no la dejaría caer."

"Ella era diminuta delante del gran cuerpo de Polukranos, a quien incluso los dioses no podían matar. Pero ella tenía un arma, un arma que Polukranos nunca había enfrentado: una lanza, forjada por Purforos, bendecida por Heliod, brillando con la luz del sol y la voluntad de la Campeona. Ella bajó su lanza y cargó."

"Polukranos vio a esta solitaria mortal que se atrevió a enfrentarle y la furia despertó en ella. ¡Abrió una gran mandíbula babeante y se tragó de un bocado a la Campeona!"

Los leoninos quedaron boquiabiertos. Ajani frunció el ceño. ¿Era este el final de la Theriada? ¿Acaso ellos no la habían escuchado antes?

"Ah," prosiguió Lanathos, "pero la Campeona del Sol era sabia y poderosa, y resultó ser un bocado difícil para que Polukranos la devorara. Apenas el monstruo la tragó ella emergió de sus fauces abriéndolas con su lanza y casi cortó la cabeza de la hidra de su cuello. Saltó a salvo y la cabeza quedó colgando pero no totalmente cortada. ¡No pudo volver a crecer!"



"Ellos lucharon durante días. Cada vez que Polukranos, en su furia insensata, trató de tragarse a la Campeona ella se abrió camino y dejó otra cabeza inútil. Los dioses miraron,

impotentemente atados por el Silencio de Krufix, mientras un mortal mató a su preciada mascota de una cabeza a la vez."

Ajani se preguntó si este "Silencio" era algo como lo que estaba pasando en el cielo en ese momento. No le sorprendería averiguar que tales cosas hubieran ocurrido antes. La memoria de Theros era larga y los dioses rebeldes.

"Al final la Campeona se enfrentó a la cabeza final de la poderosa Polukranos. Había aprendido que tragarla sólo provocaría dolor. Trató de pisotearla pero ella alzó su lanza para acuchillar su poderoso pie. La criatura azotó con su cola pero ella se agachó y la esquivó ágilmente. Cuando él vaciló, ella subió por la cola, corrió a través de su espalda, trepó por su última cabeza agitándose, y hundió su lanza en su ojo."

"Polukranos, devoradora de polis, amada de los dioses, desapareció. Todo lo que quedó en la silenciosa meseta fue la Campeona de Heliod, cuya lanza brilló bajo la luz del sol."

Lanathos hizo una reverencia y los leoninos murmuraron en señal de aprecio. No hay duda de que el narrador comprendía que los leoninos eran mucho más moderados que el público humano.

Mientras la gente se dispersaba Ajani se dirigió al cronista.

"Una buena historia," dijo.

Lanathos se inclinó.

"Me llamo Ajani. Los leoninos de Oreskos me consideran un amigo y me alegra ver que lo mismo hacen contigo."

Lanathos dio una risita.

"Amigo para la mayoría," dijo. "Plaga, propagandista y espía para otros. Como cualquier otra cosa eso depende de quién esté contando la historia. Pero al parecer yo tengo la confianza del Rey Brimaz y eso, para la mayoría, es suficiente."

"Al menos suficiente para mí," dijo Ajani. "Esperaba que pudieras ayudarme a encontrar a una amiga mía, una humana, cuyo nombre es Elspeth."

"Ese es un nombre inusual," dijo Lanathos. "Lo mismo que Ajani, ¿De dónde dijiste que eras?"

Los narradores siempre son quienes preguntan, pensó Ajani.

"De lejos," dijo Ajani. "Sobre las montañas y un poco más."

El había pensado que esa sería una respuesta inofensiva pero enseguida pudo darse cuenta que había dicho demasiado cuando Lanathos abrió sus brillantes ojos de par en par.

"¿Hay gente al otro lado de las montañas? ¿Leoninos y humanos? ¿Tienen ciudades? ¿Templos? ¿Conocimiento de los dioses?"

Ajani levantó una mano y Lanathos hizo una pausa en su letanía.

"Más tarde," dijo Ajani, "quizá pueda responder a tus preguntas."

El rostro de Lanathos enrojeció... algo como bajar las orejas de vergüenza, como Ajani había aprendido, aunque había matices de expresión humana que todavía no comprendía.

"Por supuesto," dijo el cronista. "Tú estás buscando a tu amiga." El se frotó la barbilla moteada de cicatrices. "Siento decepcionarte pero, por lo que se, yo soy el único humano en todo Oreskos."

"Brimaz dijo que recientemente hablaste con comerciantes humanos. ¿Has oído algo de ellos acerca de un recién llegado a sus tierras, una mujer solitaria que habla de manera extraña y porta una espada?"

Lanathos parpadeó.

"Por supuesto que lo hice. Tú acabas de oír la historia que ellos me contaron."

Las orejas de Ajani retrocedieron por su propia cuenta. ¿El anciano le estaba haciendo una broma?

"Yo estoy buscando a mi amiga," dijo. "No al Campeón del Sol."

"¿Qué te hace pensar que tu amiga no es el Campeón?

Ajani dejó que sus orejas cayeran completamente planas.

"Yo oí historias de la Theriada la última vez que estuve aquí," dijo. "Sobre el Campeón que entrena con los centauros y vive entre los leoninos. Ahora mi amiga está aquí y ella nunca hizo nada de eso."

"Ajani, hablas de la *Theriada* como si esta se refiriera a una sola persona."

Ajani respiró hondo y soltó el aire.

"Sí," dijo él. "Lo hago. Recuerda que soy de una tierra lejana. Te pido disculpas si te he malentendido. ¿Si eres tan amable me lo puedes explicar?"

"La *Theriada* habla sobre el Campeón del Sol," dijo Lanathos. "Pero eso no es una persona. Es un título, concedido por Heliod a un mortal digno en tiempos de gran necesidad. La historia de la *Theriada* es la historia de todos ellos, desde el primero, quienquiera que haya sido, hasta la última… la mujer que mató a Polukranos."

Algo no encajaba.

"La última," murmuró Ajani. "Tú contaste esa historia como si..."

Sus ojos se ensancharon.

"¿Hace cuánto tiempo que pasó eso?"

"Recientemente," dijo Lanathos. "Muy recientemente. Durante el Silencio de los dioses. Hace un mes, tal vez un poco más."

¡Cuán rápidamente Theros transformaba los acontecimientos en historia y la historia en mito!



"En tu historia la Campeona luchó con una lanza," dijo Ajani. "Yo nunca he visto a Elspeth portando una."

Lanathos se encogió de hombros.

"Los detalles son como la ropa, la gente los cambia para mantenerlos nuevos. Cuando yo escuché el cuento fue una lanza. Cuando los comerciantes que me lo contaron lo escucharon por primera vez tal vez fue una espada. Estas cosas cambian en el relato."

"¿Y que del entorno?" preguntó Ajani. "La Meseta de los Cuatro Vientos. ¿Crees que ella estuvo realmente allí?"



"Tal vez no en la meseta," dijo Lanathos. "Sin embargo apuesto a que realmente estuvo cerca de Meletis.

Elspeth

Polukranos amenazando a la Ciudad de los Doce es el alma de la historia. Pero no creas que ella sigue allí."

"¿Qué te hace decir eso?"

"Otra historia que escuché," dijo Lanathos. "La Campeona, después de matar a Polukranos, fue vista en Akros, que ha sido asediada por una horda de minotauros. Como es una situación miliar Brimaz es consciente de ello pero yo todavía no iba a contar esa historia. Aún no sé cómo termina."

"Gracias," dijo Ajani. "Has ayudado mucho."

"¿Qué vas a hacer?" preguntó Lanathos.

"Encontrarla," respondió Ajani. "Ayudarla si lo necesita."

Él sonrió.

"La Campeona, después de todo, siempre tiene compañeros."

Ajani, Mentor de Héroes

Resistencia desesperada

Cuando me sorprendieron robando del estudio del magistrado me dieron dos opciones. Podría unirme a los nobles soldados Akronienses o ser ejecutado. El magistrado debe ser un hombre malvado, pensé, porque me estaba sentenciando a muerte, lo único que yo tenía que hacer era elegir el horario.

Es verdad, yo no habría necesariamente muerto en combate, pero entonces el Nativo de Nyx me apuñaló en el torso, sus seis

garras afiladas clavadas en mi cuerpo. Me habían quitado mi lanza de mi mano de un golpe y la extraña criatura que era centauro y kraken y araña a la vez me arrojó por arriba de mis compañeros soldados para chocar contra las puertas selladas por detrás. Yo quedé tumbado en el suelo, con mi casco girado y bloqueando parte de mi visión, incapaz de respirar. Puede que yo no estuviera destinado a morir en combate pero las Moiras igual habrían cortado mi hilo.

* * * * *

Aún cuando eres un joven ladrón fuera de las academias uno aprende sobre los grandes héroes. ¿Cómo no hacerlo? Sus leyendas estaban siempre en los labios de viajeros y soldados ansiosos por disfrutar de la gloria de grandes logros, como si contar una historia los hiciera parte de ella. Toda mi vida he oído hablar de héroes como el valiente Vinack, que derribó un cíclope reflejando el sol en sus brazales en su enorme ojo, distrayéndolo mientras hundió una lanza a través de su vientre. Recuerdo las hazañas de Aesrias, el héroe de Iroas, que derribó con sus puños las cabezas de una hidra salvaje para que no se multiplicaran. Incluso hoy hay susurros de grandes campeones. Algunos hablan de Solón, el hombre que se enfrentó a un laberinto para recuperar a Dekella, el bidente de Thassa, mientras que otros honran al rey Kedarick VI de Iretis, que se arrancó los ojos para no ver a su esposa y su hijo asesinados por un leonino traicionero.



No era difícil ver cómo estas historias modelaban al pueblo sin importar su verdad. Pero le daban a la gente algo en lo que creer. A mí, un pobre ladrón huérfano, me dieron algo por lo que esforzarme. Como ladrón fingí que era el rey de los ladrones, que mi ordalía de liberar las monedas del malvado mercader o de desafiar la peligrosa mazmorra del almacén de la posada sería un día las historias de mis orígenes. Los otros huérfanos de los callejones se rieron de mí pero a mi no me importó. Yo sabía que algún día sería un mito viviente, un testamento para las edades.

Todo el mundo conoce las historias de Kytheon Iora y sus milicianos pero nadie recuerda sus nombres fuera de su líder. Éstos

eran los pensamientos que pasaron a través de mi mente mientras yo me acurruqué en busca de calor debajo de esa manta desechada ese día lluvioso. No eran sólo los nobles quienes me ignoraban cuando pasaban, con las narices en alto, sino también los obreros, o aquellos que tenían poco que escatimar. Ninguno de ellos se atrevía a mirarme. En mi tiempo en las calles tome la resolución de que jamás sería ignorado. Yo sería una leyenda y no les daría a otros la opción de ignorarme. Yo sería más grandioso que Kytheon.

* * * * *

Supe que mi verdadera historia había comenzado cuando me convertí en soldado. Eso me dio la oportunidad de mejorar mi puesto y subir a través de las filas a la grandeza. Pero enseguida aprendí que no sabía tanto como me gustaba creer. Yo todavía no era un adulto aunque, habiendo vivido por mi propia cuenta, me consideraba como uno. Pero mis instructores me remediaron rápidamente de esa ilusión. Aunque sólo había usado una tosca daga para protegerme una o dos veces de los truhanes más violentos de los callejones yo nunca había blandido una espada. Así que me sorprendí tanto como ellos cuando resulté ser un excelente luchador, superando con facilidad a los otros en mi clase y, una vez, al instructor. Fue un golpe de suerte pero la risa de la clase me mostró que ellos no lo veían de esa manera. Cuando mejoré vi que los demás se quedaban atrás. Solo pasaron unos meses para que yo me convirtiera en un oficial con un contingente propio.



Fue así que me encontré caminando por las calles y pasando al lado de aquellos que estaban en mi posición anterior, muriéndose de hambre en las sombras de un callejón, pero casi al instante descubrí que no me importaba.

* * * * *

Los Nativos de Nyx estaban atacando. Al menos esto era lo que decían en el muro. Yo estaba de guardia en la ciudad y me da vergüenza admitir que hasta ese momento no había visto una verdadera batalla. A pesar de que podía pasar fácilmente como un héroe para los lugareños era menos convincente a mis soldados y no

podía ocultar esto a mis superiores. Había terminado con varios Resurgidos y mi compañía había sido superada en número por tres minotauros unos meses antes pero esa era la única acción legendaria de la que yo podía jactarme. Así que mientras nosotros corríamos hacia la puerta me sentí emocionado, listo para entrar en la refriega.

Ellos se estaban acercando desde el norte lo que los situaría en el puente. Nosotros los encontraríamos allí y crearíamos un tapón, instruyendo a los guardias que cerraran las puertas detrás, repitiendo las tácticas utilizadas por Kytheon Iora y sus milicianos cuando habían luchado contra los cíclopes en Akros. Pero ni siquiera los cuentos más elaborados pintaban a los cíclopes tan aterradores como los Nativos de Nyx que aparecieron ante nosotros.

Ellos no eran sólo un monstruo. Ellos eran todo tipo de criaturas. Algunos parecían humanos. Otros como sátiros. Yo pude distinguir cabezas de hidras y garras de quimeras. Ellos solo estaban unificados porque todos tenían la piel brillando como el cielo nocturno, el rasgo que nosotros conocíamos de los mensajeros de los dioses. ¿Por qué los dioses habían decidido atacarnos? ¿Por qué nos habían enviado sus emisarios sólo para que se volvieran contra nosotros? Estos no eran un impasible acto de negligencia, tampoco una fuerza de la naturaleza. Estos eran agentes de los dioses enviados para hacer su voluntad.

Fue entonces cuando yo me di cuenta del error en mi juicio. En mi estupidez quise que alguien se olvidara de la gloria de mis acciones, que repitiera mis hazañas e intentara pasarlas como propias. Me había precipitado a entrar en lucha contra un ejército de tamaño y fuerza desconocidos con tan sólo otros siete soldados.

Nosotros resistimos en línea en una formación de falange. Hicimos una pared de escudos, algunos arrodillados mientras yo y los demás soldados permanecimos de pie, todos atacando a los Nativos de Nyx. La táctica funcionó maravillosamente. Nosotros los mantuvimos a raya. No tuvimos que matar a los Nativos de Nyx sino simplemente empujarlos por el borde, enviándolos a su muerte.

Sin embargo algunos hombres cayeron. Los refuerzos llegaron y los guardias sellaron las puertas detrás de ellos pero mi alivio al ver a los nuevos soldados se desvaneció rápidamente cuando vi a los mismos luchadores inexpertos que yo había pasado en el entrenamiento.



Éstos eran los más débiles de mi clase. O mis superiores se habían quedado sin soldados por tener que luchar en otros frentes o ellos querían que todos muriéramos allí. Mientras seguí luchando, haciendo caer a un minotauro Nativo de Nyx por el costado, supe que tenía que sobrevivir. No quería perderme en una historia, una entidad sin nombre que sería un personaje de fondo en la épica de otra persona. Yo no podía caer allí aunque si lo hacía necesitaba morir último, espectacularmente, para sí ser recordado. Mi nombre necesitaba ser dicho por aquellos que trataran de utilizar el peso de mi leyenda como propia.

Nosotros seguimos luchando hasta que no quedaran refuerzos. Fue entonces que yo -un oficial que había salido de lo más bajo- fui agarrado por la garra de un Nativo de Nyx, apuñalado seis veces en el proceso y arrojado como un juguete de niño contra unas puertas que nunca se abrirían.

* * * * *

Uno nunca entiende el verdadero sentido del héroe de los poetas. En la *Theriada*, los valientes soldados saborean la batalla sin pensar ni una sola ve en su muerte. Pero en el combate real, fuera de la perversa reverencia de él, hay un momento de realidad que golpea fuerte cuando un soldado se enfrenta a la muerte. Eso un poeta nunca lo ve. Ellos escriben sentados sobre almohadas, bebiendo vino. Un soldado ve ese momento y muere o sobrevive... y luego debe olvidarlo rápidamente para que ese verdadero momento en que iba a morir no lo quiebre.

Yo vi ese momento, incapaz de respirar profundamente debido al dolor. Me di cuenta de que la búsqueda de fama y fortuna es inútil. Lo supe porque ni siquiera vi a Erebos, dominando la batalla, habiéndome elegido como su enemigo mortal. Athreos, el guía de los muertos, tampoco estuvo a la vista, mi muerte ni siquiera valía la pena.

Y luego, cuando el último soldado cayó, los Nativos de Nyx se retiraron. ¿Qué broma cruel era esta? Mis soldados habían dejado el puente y el abismo lleno de cadáveres, y ¿con qué propósito? Pasaron instantes, posiblemente horas, probablemente segundos, y las puertas se volvieron a abrir, una de ellas empujando mi cuerpo descuidadamente hacia un costado. Dos clérigos salieron corriendo, un hombre y una mujer, con dos guardias muy temblorosos, y comenzaron a asistir a los heridos. Yo fui incapaz de hablar, tirado en el suelo, perdiendo el conocimiento, mientras todo se desvaneció en oscuridad.

Me dieron la vuelta, me quitaron el yelmo. El hombre comenzó a quitarme la armadura y la mujer sacó una pequeña daga. Antes de que pudiera protestar, aunque no era que pudiera, ella me apuñaló en el pecho y metió una caña hueca en la herida. De repente pude volver a respirar. El hombre usó magia, sus manos resplandeciendo de blanco sobre mis otras heridas, y yo pude sentirlas curándose. La mujer me enseñó a respirar mientras cubrió y descubrió el extremo

de la caña para que yo aprendiera. Con el tiempo llegaron más clérigos y me pusieron en un carro, la mujer en la parte de atrás siguió hablándome mientras ellos me introdujeron a toda velocidad en un templo Farikano.

Dijo que lo que había hecho había sido heroico pero ella no sabía que había llevado a mis soldados a una matanza y que, aunque yo hubiera luchado con más inteligencia, esa batalla al final había sido inútil.

Tal vez era mejor no ser un héroe, estar en el fondo, no tratar de convertirme en algo que no era.

Quizás los héroes verdaderos solo dejan que sus nombres desaparezcan.

Sueños de la ciudad

En algún lugar de Meletis

Euneas sueña.

Euneas caminaba entre las columnas azules de la plaza de mármol blanco en el corazón de la ciudad. Leones de oro patrullaban el borde exterior de la plaza, con sus pies de metal haciendo resonar una tintineante melodía contra el impecable suelo de mármol. Chorros de agua llovían de fuentes de cristal, las veloces corrientes siendo un constante murmullo de telón de fondo para importantes conversaciones.

Grupos de eruditos y filósofos debatían en la plaza abierta, sus manos tejiendo símbolos arcanos de energía azul en el aire. Las ecuaciones eran hermosas, cada una describiendo respuestas a preguntas que



Euneas no podía recordar pero que eran de importancia monumental. Las mejores mentes de Meletis reunidas en un solo lugar, una asamblea de intelecto y poder incomparable.

Llegaron obreros en uniformes blancos, levantando andamios y arneses en silencio. Subieron hasta las cimas de las columnas y Euneas vio columnas azules más grandes y más nuevas siendo bajadas del cielo lejano, lentamente, cuidadosamente, por los trabajadores en lo alto. Hubo una breve pausa y las columnas del cielo se estrellaron contra las columnas de la plaza. Los leones dejaron de patrullar, sus pies dorados congelados; las fuentes detuvieron sus lluvias y los eruditos cesaron su conversación. Cada una de las columnas originales se había hundido un centímetro en el suelo y una red de grietas apareció en la superficie de mármol. Hubo otro ruido y las columnas se hundieron otro centímetro, y los leones reanudaron su patrulla, el agua su arco, los eruditos sus debates.

Hubo más ruidos a choques mientras las primeras columnas azules fueron aplastadas por las recién llegadas y las reemplazaron. El único remanente de las originales fueron tocones comprimidos y ennegrecidos, rodeados por fisuras oscuras en el mármol. Nuevas columnas fueron bajadas del cielo sobre las reemplazantes, resonando dentro de la segunda ola de columnas cada vez con mayor frecuencia hasta que hubo un tocón sobre otro tocón y Euneas pudo ver una cuarta oleada de columnas dirigidas con urgencia por los trabajadores en lo alto.

Las grietas y fisuras se estaban extendiendo, los negros apéndices de inmundicia y suciedad conectándose a través del otrora prístino mármol. Los eruditos y filósofos agitaron sus manos en el aire, gritándose el uno al otro, pero ahora sus ecuaciones estaban hechas de un sucio polvo describiendo banales trivialidades, y tan pronto como estas aparecieron cayeron sin vida al suelo, añadiéndose a la tierra por debajo. El agua espumosa de las fuentes chisporroteó y cesó, reemplazada por un fango aceitoso chorreando al ritmo de un corazón maltratado. Un león de oro golpeó el lodo con su pie reluciente, resbaló y se estrelló contra el suelo, su pie quebrándose en el impacto. El león metálico se tambaleó, cojeando unos metros, su extremidad rota lanzando un interminable chorro de sangre.

La sangre se mezcló con la suciedad y la mugre y el aceite mientras más columnas eran bajadas desde arriba, y cada columna entregada en este punto rellenó todo el espacio de una pequeña tumba sin marcar. Cientos de años, miles, fueron comprimidos en esas abatidas columnas, junto con las vidas, la sangre y la suciedad que los años habían creado y agitado. No quedó ni un solo lugar prístino, todo fue contaminado por el avance de la ciudad, el empuje continuo por construir de nuevo sobre corrupción y muerte.

Euneas alzó la vista para ver a los obreros bajando desordenadamente, sus uniformes blancos ahora un oscuro y aceitoso lío de harapos, sus rostros desecados y sin piel, sus bocas abiertas capturadas en un eterno grito de “no sonido”. Cuando Euneas miró de nuevo hacia abajo vio la oscuridad aceitosa que lo rodeaba, amenazando con hundirlo en ella. Trató de huir y una mancha aceitosa le acarició el tobillo. Los apéndices de oscuridad subieron por sus piernas, su piel se resquebrajo y borboteó con su tacto. Euneas gritó una canción sin palabras y se rasguñó y raspó para mantenerse limpio. La piel se desprendió mientras él se frotó y se limpió para quitar la mancha aceitosa pero aunque él se arrancó toda la piel de su cuerpo la mancha permaneció, calcificándose, reteniéndolo en su lugar. Sus ojos fueron las últimas cosas que quedaron libres, en busca de escape, y cuando estos se alzaron vieron nuevas columnas descendiendo.



La ciudad lo había reclamado en su totalidad, otro pedazo de sedimento para los futuros habitantes de las calles que las recorrerían en sus breves y condenadas horas.

Euneas despertó gritando.

En algún lugar de Akros

Pollio sueña.

Las calles bullían de gente. Pollio nunca había visto las polvorientas callejuelas de Akros tan llenas. Soldados, panaderos, ancianas, gladiadores, campesinos, niños, esclavos, los hijos de Pollio, sacerdotes, sus hijos, sus hijos, ¿dónde estaban sus hijos? Allí, delante de él, la presión de la multitud los mantenía cercados.

Pollio tomó dos hilos largos de un cordel, un cordel azul, y ató un extremo alrededor de su muñeca y el otro extremo de cada hilo alrededor de las muñecas de sus hijos. Respiró hondo. Sus hijos estarían a salvo, el cordón azul



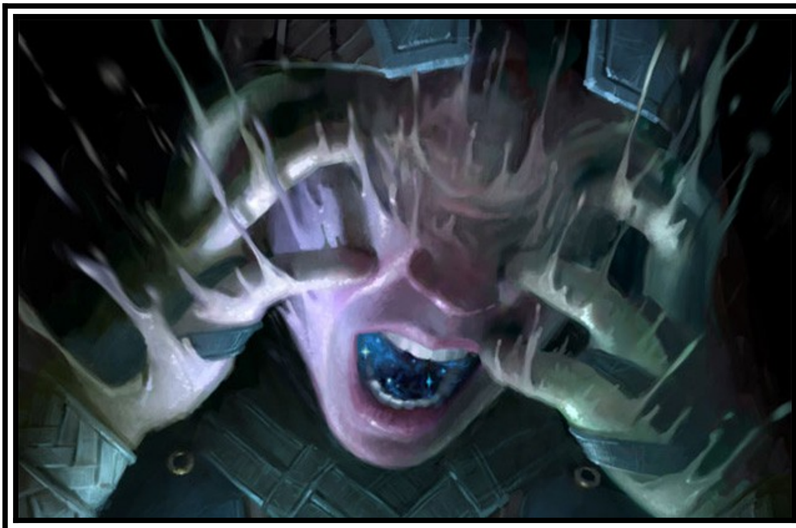
manteniéndolos cerca y protegidos. Tomó un poco más de cordel, verde esta vez, y lo ató de la misma manera que había atado el cordón azul. Ahora sus hijos serían alimentados. Un cordel rojo rodeó la muñeca de su esposa y la suya, el signo de su matrimonio.

Mientras encontró a sus clientes en la calle, y había muchos que valoraban el trabajo metalúrgico de Pollio, ellos estaban conectados por un cordel amarillo. La muñeca izquierda de Pollio estaba adornada con muchas decenas de brazaletes de diferentes tonalidades, cada hebra una relación, una conexión con las muchas caras de la ciudad. Y en su muñeca derecha había más brazaletes, conectándolo con varios soldados que protegían Akros; Tomakri el panadero, que hacía las dulces ensaimadas de canela que su esposa tanto amaba; Kopaknios el proveedor de lingotes, que suministraba los metales preciosos que Pollio transformaba en cuchillas y armaduras. Y otros, tantos otros.

Pollio había sido capaz de moverse con facilidad con las primeras conexiones pero ahora cada nueva conexión era difícil. La cuerda podía estirarse, estirarse mucho, pero no podía hacerlo para siempre. Todos iban por su camino en la ciudad; las cientos de personas a las que Pollio estaba conectado tenían cientos de conexiones propias y a cada rato se formaban nuevas conexiones a medida que la gente cruzaba caminos en la ciudad. El movimiento de Pollio desaceleró y luego se volvió trabajoso mientras él luchó contra los hilos de colores brillantes que se extendían en todas direcciones. Trató de romper el cordel pero no pudo, no importó lo mucho que sus formidables músculos gimieron y se tensaron. Cuanto más luchó, más fuerte y más grande se hizo el cordel hasta que se convirtió en una gruesa y fibrosa cuerda.

Pronto todo movimiento en la calle se detuvo, cada persona luchando contra los lazos apretujándolos. Pollio ya no podía ver a sus hijos ni a su esposa ya que la cuerda le escaldó la cabeza y el cuello y él no pudo girar ni un centímetro. Todo lo que pudo hacer para

mantenerse en pie fue luchar contra el peso de todas las personas que lo rodeaban. Las cuerdas se volvieron cada vez más y más apretadas y cada una de las personas se acercó cada vez más y más. La carne presionó contra la carne y aún así las cuerdas se hicieron más fuertes y más apretadas.



La mejilla de alguien apretó contra la de Pollio y el rancio olor a desesperada humanidad llenó las fosas nasales de Pollio. El, encarcelado como estaba por los cuerpos y las cuerdas, esas conexiones que la ciudad exigía en un mundo sin libertad ni espacio, no podía moverse. Sintió un arañazo donde la mejilla del hombre siguiente se unió a la suya y se dio cuenta de que sus mejillas se estaban uniendo, su carne fusionándose mientras las cuerdas se tensaban cada vez más. Pollio trató de gritar pero su boca estaba cubierta de cuerdas y de la carne de las otras personas, y el único sonido que surgió fue la ausencia de esperanza.

Entonces Pollio fue parte de una masa amorfa de carne apestosa y cuerda ardiendo, una masa atada a la podrida fosa que ellos llamaban hogar. Éste era el destino de aquellos que moraban en la ciudad.

Pollio se despertó gritando.

En algún lugar de Meletis

Melantha sueña.

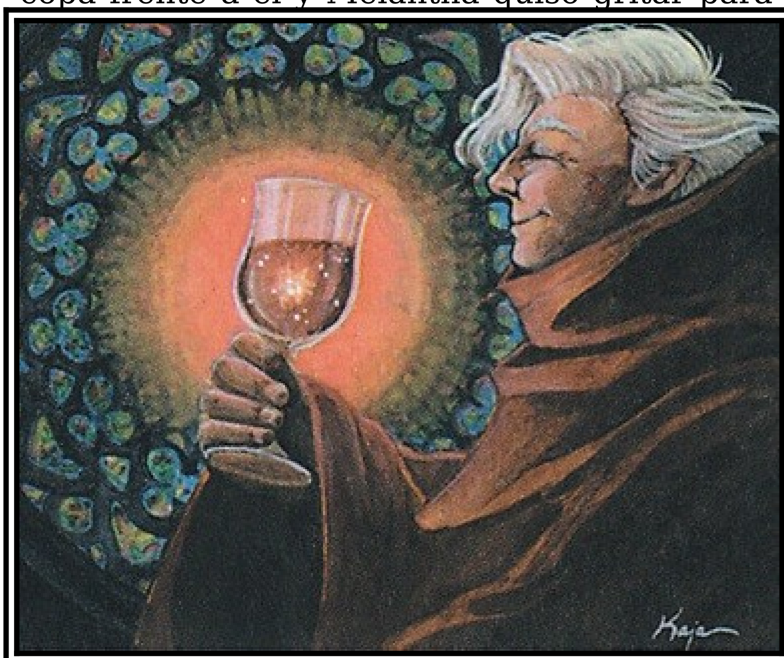
Ella estaba sentada a la cabeza de la mesa del comedor del templo. *Este no es mi lugar*. El mantel estaba impecablemente blanco y la luz de las antorchas que parpadeaban y bailaban a lo largo de las paredes de azulejos blancos y azules iluminaba dos lugares en la larga mesa: el suyo y uno a su izquierda.

Pasos retumbaron desde el pasillo pero en la oscuridad de más allá ella no pudo identificar inmediatamente su fuente. Los pasos se acercaron y hubo un rostro delante de ella, un rostro que Melantha no había visto en veinte años. "¿Melantha! ¿Puedo acompañarme?"

Xenocrates había sido uno de sus primeros mentores en el templo de Efara cuando Melantha había llegado tantos años antes. Para el mundo exterior el sacerdocio de Efara era amable y acogedor. La verdad que se revelaba en el interior era más oscura. Melantha se había esforzado por encontrar su lugar, para equilibrar las exigencias de servir a su dios y encontrar la aceptación entre sus compañeros. Xenócrates la había protegido, la había defendido, le había dado un hombro sobre el que llorar. Había habido mucho llanto en esos primeros años. Ella miró su rostro redondo y afeitado, ese rostro que no había visto durante tanto tiempo, y no le sorprendió que volviera a llorar. Si ella miraba por encima del hombro, si su corazón latía un poco más rápido, ¿qué importaba? Ella volvía a estar con su amigo.



"Melantha, no estés triste. Comamos y bebamos. Tengo mucha hambre." Comida y bebida aparecieron delante de ellos y Xenócrates lo engulló todo con vigor. *¡No bebas!* Melantha no tenía hambre y por eso estudió a su amigo. Aunque su rostro parecía sano el resto de Xenócrates se veía delgado y muy diferente del hombre jovial y panzón que había conocido tantos años antes. Xenócrates recogió la copa frente a él y Melantha quiso gritar para advertirle pero ella se quedó en silencio mientras él se llevó la copa a sus labios y tomó un gran sorbo.



"¿Te he contado, Melantha, sobre mi nueva teoría de los dioses?" Xenócrates la miró y sonrió y había una mancha azulada antiestética en sus labios y dientes. *Del vino*, pensó Melantha. *Probablemente.*

"Xénocrates, yo no creo que debamos

hablar de eso. Eso no es... correcto. Cuéntame sobre ti. ¿Cómo estás? ¿Cómo has estado?"

Xenócrates tomó otro profundo trago de su vino y Melantha hizo una mueca de dolor. Xenócrates tosió antes de contestar. "Se siente bien comer. Comer de verdad. Sentir la comida en tu boca desmenuzándose y cambiar y descomponerse, mantenerla toda dentro, el sabor y el caos, la muerte de la vida para darte vida. Si, se siente bien comer. Pero yo estaba hablando de los dioses, Melantha. De lo que son, de lo que realmente son."

"No se nos permite hablar de esto. Está prohibido."

Hubo más toses, más largas y sostenidas, antes de que Xenócrates volviera a hablar. "¿Está prohibido? Yo oigo que ahora tú estás en lo más alto del consejo. Estoy orgulloso de ti, Melantha, de ver qué tan lejos has llegado. Ahora eres tú quien puede determinar lo que está prohibido o no ¿verdad? Nosotros hemos pasado muchas horas debatiendo la naturaleza de los dioses. ¿Qué es una hora más entre amigos?" Otra tos ferina y Xenócrates alzó las manos para secarse la boca. Hubo una pequeña mancha de sangre en sus labios y mejillas.

"Estás herido. Déjame..."

"No, estoy bien, Melantha, estoy bien. Una pequeña tos no es nada. Ahora bien, yo no soy eterno. Ambos sabemos la verdad de eso. Como nosotros decimos: “Solo los dioses son eternos”. Sólo los dioses son constantes. Y, sin embargo, resulta extraño leer los escritos más antiguos de Heliod y Thassa y los demás para ver cuán diferentes eran las versiones de nuestros dioses en comparación con los de ahora."

"Koblios, en *Meditaciones*, dijo: 'Los dioses son simplemente modelos personificados', antes de que fuera apedreado por su herejía. Es triste que a pesar del precio que pagó estuviera igualmente equivocado. Los dioses son *modelos que nosotros reconocemos*, personificados. La diferencia está en el creador. Nosotros somos responsables de nuestros dioses a través del poder de Nyx. Tal vez incluso somos responsables de Nyx..."

"¡Cierra la boca!" Melantha se puso de pie, furiosa. No permitiría esta blasfemia en su templo. Incluso después de todos estos años Xenocrates insistía en creer en estas horribles falsedades. Xenócrates tosió y tosió y un gran coágulo de sustancia sangrienta aterrizó en el mantel blanco, manchándolo de rojo y rosa. Cuando Xenócrates alzó la mirada sonrió con una terrible sonrisa, sus dientes manchados de un índigo oscuro y sangre chorreando de su boca.

"¿Por qué? ¿Qué vas a hacer, Melantha? ¿Matarme?"

La furia huyó de Melantha y, con ella, su capacidad de permanecer parada. Se derrumbó en su asiento. "Xenocrates, yo no... yo no fui quien te mató." *Yo los vi poniéndolo en la copa. Podría haberte advertido. Podría habértelo dicho.*

Sangre empezó a salir de sus ojos. "Tal vez no lo hiciste, Melantha."

Dijiste cosas tan horribles. Cosas tan falsas. ¿Qué más podían hacer? ¿Qué más podría hacer?



"Sabías, Melantha, que hay muchos estados de decadencia antes de morir. Muchas maneras de degradarse y ser degradado, muchas lesiones y debilitaciones que experimentar antes de la disolución final. Eventualmente te vuelves tan comprometido que no puedes recordar lo que era la inocencia. Hay tantas maneras de descomponerse. Y tú sólo has conocido algunas. Tienes muchas más que experimentar antes de morir." Xenócrates abrió la boca de par en par mientras sangre fluía libremente entre sus dientes, chorreando y vertiéndose...

Melantha se despertó gritando.

En algún lugar de Nyx

La ciudad sueña.

La ciudad disfrutó de su tranquilo descanso. Sus largas avenidas blancas estaban limpias y relucientes, hechas de fuertes piedras que absorbían la cálida luz del sol. Ella tenía tantos edificios maravillosos llenos de hermosas columnas e intrincadas tallas a mano. Durante mucho tiempo la ciudad no supo nada más que descansar en el sol y fue feliz.

Pasó el tiempo y una pequeña y peluda criatura entró en la ciudad. Caminaba en dos patas y era muy pequeña, y la ciudad pensó que el animal era divertido. El animal parecía disfrutar jugando en la ciudad y la ciudad estaba encantada de que el animal la explorara. Pronto, al animal se le unió un segundo animal pequeño y peludo y mientras ambos deambulaban por toda la ciudad esta creó pequeños parques y lagos para que los animales jugaran, e hizo pequeños edificios para que los animales durmieran, y proveyó árboles para que los animales recogieran sus frutas, y la ciudad fue feliz.

Al día siguiente la ciudad despertó para encontrarse con muchas de las pequeñas criaturas peludas en sus calles y edificios.



Había cientos de ellas y la ciudad quiso asegurarse de que tuvieran comida y cobijo y protección, y la ciudad nunca se sintió tan necesitada y querida y ocupada. Las calles de la ciudad ya no eran brillantes y limpias pero esa noche, cuando la ciudad se fue a dormir, pensó en todas las criaturas que había acogido y fue feliz.

Al día siguiente la ciudad despertó rascándose incómodamente. Las criaturas estaban por todas partes. Había miles de ellas, muchas miles de ellas, y ellas caminaron y se arrastraron y subieron dentro y fuera y a través de toda la ciudad. Las criaturas dejaban pelos y manchas por todos lados y las otrora hermosas calles de la ciudad estaban obstruidas con mugre, basura y barro.

Las alimañas continuaron extendiéndose y sus pequeñas bocas de simios mordieron los árboles de la ciudad y lamieron del agua de la ciudad, y su hambre voraz incluso las llevó a morder los edificios y las calles de piedra de la ciudad. Cada avenida y estructura de la ciudad quedó cubierta con las plagas peludas, mordiendo el cuerpo de la ciudad, y la ciudad comenzó a temblar y a sacudirse para librarse de la pestilente horda.

DEBES LEVANTARTE.

La ciudad no reconoció la voz ni pudo ver de dónde venía.

DEBES DESPERTAR.

La ciudad se dio cuenta de que nunca había oído otra voz antes pero la verdad de las palabras era evidente. La ciudad debía levantarse. La ciudad debía despertar. Había otro mundo que comprender.

Cacofónico, el dios de las ciudades, se levantó y miró a su alrededor hacia los pequeños simios aferrándose a su cuerpo. Vio su hambre y su miedo, y fue feliz. Cacofónico se extendió con sus manos recién formadas y agarró a miles de monstruos peludos, aplastándolos y arrojando sus cadáveres hacia el suelo. No destruiría a todos los simios, sólo a algunos, sólo a los suficientes como para

que los supervivientes vivieran sus vidas de pequeños simios en agonía y miedo, y entonces Cacofónico haría...

"*¿Qué monstruosidad es esta?*" Esta era la segunda voz que el dios recién despertado escuchaba aquel día aunque, a diferencia de la primera, aquella voz era una que Cacofónico ya había oído antes… aunque no podía recordar de dónde. Una mujer alta y de piel oscura entró en la visión del dios de la ciudad, su piel cubierta con las estrellas de Nyx, y debajo de esa piel, para aquellos con el sentido de la visión, pulsaciones de energía azul y blanca refulgieron como el sol.

Los ojos de la mujer, orbes llenos de estrellas, se oscurecieron y se tornaron rojos mientras miró a Cacofónico. "*¿Acaso te atreves a existir? ¿Y quién se atrevió a crearte? ¿Dónde estás tú, mortal? Yo te encontraré. Tú no puedes albergar esperanzas de esconderte de alguien como yo.*"



La mujer, mientras hablaba, extendió las manos, hundiéndolas en Cacofónico. *"Yo soy Efara y tú no deberías existir más que un dedo separado de su mano. Adiós, Pequeña."* Su voz, al final, sonó casi amable.

Cacofónico no sabía lo que estaba sucediendo, no podía entender por qué su vida se estaba agotando, su conciencia adormeciéndose. El sueño-ciudad una vez conocido como Cacofónico, mientras volvía a caer en la no-existencia, nunca tuvo un momento con suficiente coherencia como para conocer el arrepentimiento.

Cacofónico, el dios de las ciudades oscuras, nunca volvió a despertar.

En algún lugar de Theros

Los estrépitos de la tierra desaparecieron a medida que el último resquicio del glamour de Fenax se disolvió alrededor de Ashiok. Ashiok flotó en medio del aire, tranquilo y silencioso, antes de extender los sentidos hacia el área circundante para asegurarse de que estuviera solo y ningún dios vengativo lo estuviera persiguiendo.

Ashiok había elegido específicamente el templo abandonado a Efara de una ciudad desierta en las afueras del civilizado Theros. Se podían encontrar numerosas pequeñas ciudades desiertas como esas, un testimonio de la futilidad de la permanencia en un mundo controlado por los caprichos de los dioses.

Uno de esos caprichos le había permitido a Ashiok ser invisible y no ser detectado por ninguna fuerza en Theros salvo una.

"¿Qué es lo que deseas de mí?" le había preguntado el dios Fenax no mucho antes, para devolverle un favor que el Planeswalker había hecho por el dios. El hecho de que Ashiok hubiera disfrutado inmensamente de hacerle el favor no tenía nada que ver con la necesidad de reembolso. Los dioses no sufren mucho tiempo por estar en deuda con los mortales.

Deseo esconderme de los dioses.

Ashiok confió en que Fenax se divertiría con la idea de engañar a todos los otros dioses y Fenax había demostrado que Ashiok había estado en lo cierto. El don había sido temporal y Fenax había sido muy explícito sobre el destino de Ashiok si este utilizaba el don para intentar herir o asesinar a un dios.

Pero Fenax nunca había dicho nada acerca de intentar crear un nuevo dios.

El intento nunca iba a tener éxito. Pero fue hermoso. La hermosura importaba mucho… no era el valor más importante de Ashiok pero aún así algo que apreciar. Además, el éxito en este campo parecía problemático de todos modos. La aparente fascinación de Xenagos por haberse convertido en una deidad desconcertó a Ashiok, una de las pocas cosas que Ashiok no entendió. Xenagos era un Planeswalker. ¿Qué mejor oportunidad había allí para la creación y la belleza?

Xenagos había demostrado que convertir a un mortal en un dios era difícil pero posible. Pero convertir una idea en un dios era mucho más fácil. Y para aquellos que tenían la capacidad de controlar los sueños era aún más simple. Ashiok había sospechado que las ideas tomaban forma y se convertían en proto-deidades en Nyx en todo momento pero probablemente eran absorbidas por las deidades ya existentes sin nadie, incluyendo a los dioses, que fuera consciente de que aquello estuviera sucediendo. Pero si ese proceso era modelado, era *esculpido*, si la conexión de los humanos con sus dioses era atacada, si la conexión de los mortales con los *patrones* de sus dioses era atacada, mientras se preparaba un nuevo camino para ese patrón… bueno, Cacofónico podría resurgir.



Lo que sería difícil era como haría el artista para escapar de la detección de los dioses permitiéndole al dios creado el tiempo suficiente como para

sobrevivir y volverse fuerte. Pero esos eran detalles para que algún técnico en el futuro pudiera ejecutar. En cuanto a las consecuencias de ese día... dejemos que Efara se pregunte qué maquinaciones habían llevado a esa exhibición. Que otros dioses se pregunten y se preocupen e investiguen lo que eso había presagiado.

Los mortales no eran las únicas criaturas propensas a ver patrones donde no existían.

Ashiok ya había pasado a contemplar la siguiente sinfonía. Siempre había más espectáculos maravillosos que crear, aquí en el fértil mundo de Theros.

Minúsculos pedazos de la mejilla de Ashiok se disolvieron en humo. Nuevos sueños nacieron.

Gracias a los dioses

"¡Gracias a los dioses!" exclamó la partera de rostro rojo mientras el hijo de Raissa empezaba a salir. El bebé luchó salvajemente contra Raissa mientras ella pujaba. Se acurrucó con sus diminutas pezuñas y las protuberancias de sus nuevos cuernos se clavaron en las tiernas entrañas de su madre. *¡Egoísta!* pensó Raissa, imaginando al muchacho agarrando el cordón umbilical y tratando de volver por donde había venido para esconderse detrás de su corazón. Mientras ella luchaba su ira aumentaba.

* * * * *

Cuando ella tenía tres meses de embarazo la comadrona le había anunciado que habría gemelos, una adivinación que la hinchó de orgullo como una altiva gallina. Pero Raissa ya lo sabía; la estrella de mar se lo había revelado. También había sido la estrella de mar la que le había mostrado que un gemelo era un niño y uno era una niña.

Raissa había visitado la poza de agua salobre a menudo mientras había llevado a los gemelos. Se movió cautelosamente por los acantilados escarpados, sus pequeñas pezuñas resbalando sobre los guijarros mientras se aferró a las piedras, avanzando poco a poco hacia la costa azul-verde donde consultaba a la criatura mágica. En el camino recogió almejas para colocar en la poza junto a la criatura opalescente. Cuando dejó la ofrenda su superficie espinosa y titilante formó un remolino en una bella y fascinante danza hasta que ella probó sal y se sintió flotando como una mota en la poza, la estrella de mar volviéndose gigantesca ante Raissa. Ella levantó su mirada hacia la superficie acuosa en lo alto e imágenes se formaron en su

ondulante parte inferior, mostrándole visiones de cosas que de otro modo ella no hubiera podido saber.

A los cinco meses Raissa vio en la visión que el niño estaba creciendo más que la niña, aunque esto era algo que su propio cuerpo le había contado, una presciencia maternal que le permitió un pequeño sentido de poder en su vida que se había vuelto prácticamente dominada por las necesidades de sus hijos no nacidos.



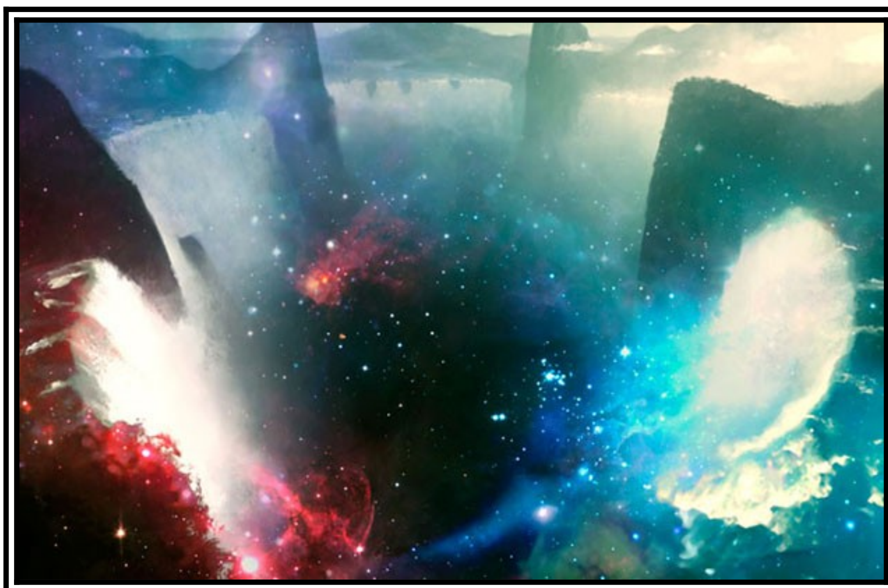
A los seis meses la visión acuosa perturbó mucho a Raissa. El inquieto niño, flotando en el mundo que era su vientre, se apretó contra la diminuta niña forzándola a retroceder en lo profundo. La niña se encogió ante la arrogante presencia del muchacho hasta que eclipsó por completo la visión de Raissa de la niña.

Raissa, conmocionada, dio un puntapié para subir hacia la superficie del sueño, rompiéndolo como un pez entrado en pánico. Se quedó tirada jadeando en la estridente luz blanca y aire de la costa. Se recuperó varios minutos después y se marchó débilmente a casa, masajeando su vientre hinchado y sintiendo sólo la presencia de un niño dentro de ella.

Pasaron dos semanas y ella ya no pudo resistirse a volver a hacer ofrendas a la estrella de mar para mirar los secretos dentro de ella. Ahora un solo niño nadaba dentro de ella, un muchacho engordado creciendo cada vez más grande en el espacio robado. Parecía estar danzando en su vientre… sí, ella pudo sentirlo retorciéndose en su interior, lleno de júbilo mientras flotaba en la visión.

Sin embargo Raissa no se molestó por esto. De hecho sintió una oleada de orgullo, orgullo por la tenacidad de su hijo, por su desbordante exuberancia y por su fuerza. Raissa comenzó a balancearse al ritmo de sus triunfantes patadas.

A los ocho meses los plateados y danzarines signos de la estrella de mar cambiaron de color y tejieron un sueño de incomprensible amplitud, empapados en olas verdosas y abanicos abiertos de rojo ardiente. La visión palpitó con lugares que ella nunca había visto, lugares que ella entendió que nunca vería: lugares fantásticos y sucios que no formaban parte de Theros.



Los mundos giraron como el móvil de un niño alrededor de su hijo, quien se puso en pie desafiante en el centro, ahora completamente desarrollado. Sus ancas, cubiertas de pelaje castaño, flexionadas como las de un toro a la carga. Gruesos cuernos se curvaban desde la parte posterior de su cabeza, una poderosa corona de hueso. La visión abrumó a Raissa con su asombroso presagio. ¡Su hijo sería un rey! El orgullo se volvió a apoderar de ella. Sin embargo, esta vez, en lo profundo de las oscuras zanjas de su mente, fluyó una fría corriente.

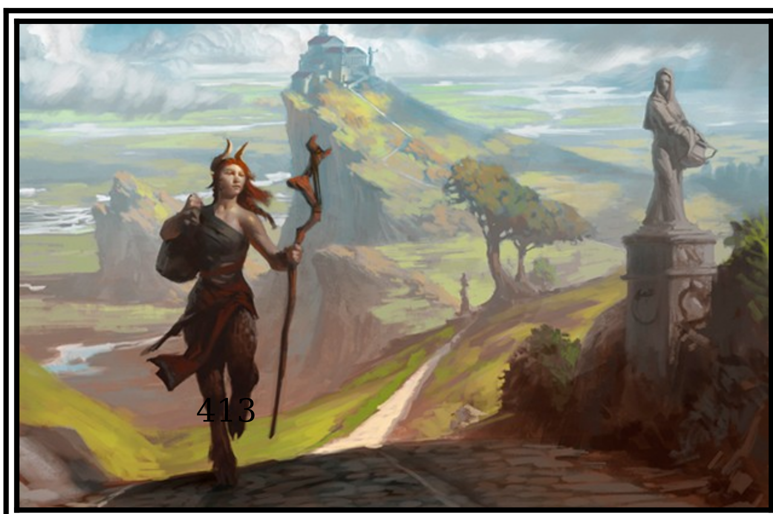
* * * * *

Al fin Raissa sintió que el niño cedía a su creciente frustración y enojo. Ese enojo le dio fuerzas, las que ella utilizó para expulsarle, aullando, de su cuerpo. La expresión plácida de la comadrona se oscureció cuando sacó al bebé y este le dio una patada. La cólera de Raissa se disolvió rápidamente en amor cuando la comadrona, insultando en voz baja mientras levantaba al niño retorciéndose y se esforzaba por envolverlo, finalmente lo colocó en sus brazos.

"Gracias a los dioses," murmuró la comadrona mientras se volvía y salía apresurada de la habitación.

La túnica de seda de Raissa estaba pegada a su piel, empapada y fría por el esfuerzo. Ella tembló y gritó débilmente para que la comadrona le trajera una manta pero la mujer ya estaba fuera del alcance del oído, habiendo desaparecido en el sótano para beber de la tienda de vinos de la Orden Setessana de las Comadronas.

Raissa yació tumbada en el colchón de paja, agotada, y consideró su situación. Había buscado la ayuda de las mujeres de Setessa al dar a



luz. La mayoría de las mujeres sátiras una vez que se recuperaban lo suficiente simplemente abandonaban a sus hijos al cuidado de Setessa y volvían a los despreocupados bacanales del valle de Skola, el hogar de los sátiros. Su hermana había hecho eso cuando había quedado embarazada. ¿Ella debería hacer lo mismo? Raissa bajó la mirada hacia el rostro rosado de su hijo y supo que no podría. Este niño era especial y él la necesitaría para cumplir el destino que ella había presenciado.

Así que Raissa, pensando en la profecía de la estrella, abrazó aún más al niño.

* * * * *

"¡Gracias a los dioses!" exclamaron sus vecinos cuando Raissa salió tambaleante de la casa en llamas, con su hijo de seis años en brazos. Se precipitaron hacia ella y le arrebataron al muchacho de sus brazos mientras ella se desplomó, tosiendo convulsivamente, su túnica de seda quemada y humeando. "Gracias a los dioses," repitieron ellos y Raissa apretó los dientes. *Los dioses, por supuesto*. Raissa quería reprender a la gente que ofreció esos agradecimientos, la misma gente que susurraba sobre ella y su hijo cuando pensaban que ella no los podía oír. ¿Y qué habían hecho los dioses por ella, a excepción de maldecirla con este hijo casi salvaje que ella no podía controlar? El había hecho que fueran expulsados de Setessa cuando había matado de un empujón al hijo de uno de los consejeros gobernantes del templo de Karametra desde un alto puente de cuerdas entre los árboles. Pero Raissa sólo pudo jadear y toser líquido ennegrecido.

Debería haberle abandonado y regresado al Valle, pensó amargamente.

Cuando recuperó el aliento se puso de pie y lo arrebató de sus brazos. Giró y se marchó cojeando con él por el camino, todavía tosiendo, dejando el murmullo de la multitud detrás de ella.

"Eres fuerte," dijo el muchacho. Raissa lo miró. Él le sonrió, parpadeando para limpiarse hollín de sus amplios y brillantes ojos verdes. La rabia de Raissa hacia su hijo volvió a desaparecer y el amor ocupó el espacio que dejó.

Le quitó de su pequeña mano la yesca carbonizada y empapada de aceite que él había utilizado para prender fuego la cama mientras ella tomaba la siesta y la arrojó.

Después de una hora de caminata la desesperación se apoderó de Raissa. Colocó al niño en el suelo y descansó, observando cómo él se marchaba traqueteando para jugar cerca de los árboles al borde del camino. Ahora ella no tenía dónde ir. Había estado caminando sin destino en mente y el atardecer estaba a sólo un par de horas de distancia. ¿En dónde dormirían? El muchacho, ahora empuñando una vara puntiaguda como espada, saltó de un lado a otro de la zanja en un costado de la carretera. ¿Qué comerían?

Raissa levantó su vista en busca de una respuesta, casi por costumbre, como si no viera allí la bóveda de Nyx arqueándose sobre su cabeza sino los ondulantes y reconfortantes sueños de las visiones de la estrella de mar. Allí sólo hubo el vacío cielo sin sentido.



¿Estoy castigada porque no pago tributo a los dioses? Raissa se arrodilló donde estaba. "¿Es esto lo que quieren?" preguntó al aire libre. Cerró los ojos ante la mirada indiferente del cielo y juntó las manos. "¿Acaso esto les satisface, mostrarles que ustedes nos has quebrado?"

Raissa escuchó a su hijo tarareando y saltando al borde del camino. "¿Acaso debo rendirme?" dijo ella más calladamente.

Todo estaba en silencio. Entonces ella escuchó a su hijo junto a su grito, "¡Fuerte!" El muchacho la golpeó en el costado de la cabeza con su bastón. Dolor estalló detrás de sus párpados, blanco y abrasador, y ella gritó. El se alejó, dando risitas. Un húmedo chorro de sangre rezumó por el costado del rostro de Raissa.

* * * * *

Raissa no sabía que camino tomar para ella o su hijo pero sabía dónde podía aprenderlo. Había pasado un año desde la última vez que había visitado la poza de las mareas. Esperó que la estrella de mar estuviera allí aunque hacía mucho tiempo que a ella le preocupaba que se hubiera trasladado a otras pozas en busca de sustento una vez que sus ofrendas de almejas se hubieran detenido.

Raissa se abrió paso cuidadosamente por los acantilados mientras su hijo brincaba y saltaba y reía por delante de ella. Cuando llegaron a la orilla ella le enseñó a buscar almejas. Ellos recogieron varias y Raissa lo guió sobre las piedras erosionadas hasta las aisladas pozas de marea. Comprobó la poza que siempre había visitado pero la estrella de mar se había ido.

Buscó en las otras pozas, yendo más y más lejos de la primera. Entonces, en una depresión poco profunda cerca del borde del suelo rocoso, encontró a la estrella de mar. Brillaba de plata y naranja en los largos rayos del sol. Raissa colocó sus almejas en la poza alrededor de la estrella de mar y su hijo hizo lo mismo. Los grandes ojos del niño se abrieron de par en par cuando la estrella de mar

cambió y su superficie se tiñó de verde y rojo. Raissa y su hijo flotaron juntos dentro del sueño.

Ella vio un cielo nocturno sobre ella, el propio Nyx, lleno de constelaciones que se deslizaban con vida propia. Estas coquetearon, se acogieron, se amenazaron, y se retiraron la una de la otra en un poderoso drama que asombró a Raissa.

Entonces todo se paralizó. Las constelaciones, con sus elegantes movimientos detenidos, permanecieron inmóviles ante ella y su hijo. Sus cabezas giraron, lentamente. Miraron a Raissa.... ¡no, miraron a su hijo!... y la indignación brilló en los ojos de las constelaciones. Sus bocas se abrieron y sus voces marchitas estallaron al unísono en un terrible coro de condenación. Ellas levantaron sus armas. Sus manos se llenaron de tormentas y relámpagos salieron de sus dedos mientras avanzaron hacia su hijo. Raissa se estiró para arrebatar a su hijo pero él no estaba allí. Ella lo vio, ascendiendo sobre una corrosiva nube de poder rojo y verde hacia las filas avanzando de la legión celestial, aferrando en su mano un reluciente bastón. Raissa retrocedió y se cubrió el rostro.



La visión se oscureció. Ella probó sal y algo metálico en su boca.

"¡Fuerte!"

La oscuridad desapareció. Su hijo estaba riendo, una risa áspera que parecía llena de resentimientos y ascuas, no la brillante inocencia de un niño. Sostenía en alto su palo afilado en una actitud victoriosa. Un brillante icor gris chorreó a lo largo del palo, bajó por su brazo y goteó en la poza desde su codo para hacer nubes oscuras en el agua. Al final del palo se retorcía el cuerpo gris empalado de la estrella de mar.

El camino o el horizonte

Zosimos transitó por el camino de tierra que serpenteaba alrededor de la frontera de los antiguos bosques y le dio la bienvenida a la frescura de la sombra de los altos árboles. El sol brillaba contra el cielo azul mientras él respiraba el aire fresco, lleno de olor a flores de primavera.

Entonces una idea se deslizó en su conciencia como un áspid Nessiana. Reptó alrededor de su mente y comenzó a apretarla.

Gloria y honor.

¿Y si él nunca lograba algo? ¿Qué pasaría si él moría sin haber ganado nunca el favor de los dioses? Había muchos héroes en la tierra y todos ellos ardían con el deseo de complacer a Iroas, Heliod o Nylea. Algunos héroes habían ganado reconocimiento, algunos eran venerados en los templos. Sus hazañas habían sido tan asombrosas e inspiradoras que eso hizo que Zosimos se sintiera mal por el sólo hecho de pensar en ello. Incluso si tuviera la oportunidad él sintió que nunca sería tan grandioso como esos héroes, con sus armas mágicas y su favor divino. ¿En dónde encontraría tales dones?

Zosimos no pudo apartar su atención de este dilema. Le dolió como una espina en el corazón.

Un pájaro cantó tan claro y puro como una dríada. Un lagarto dorado se escurrió a través de una piedra, su piel brillando bajo el sol como una joya, pero Zosimos no vio nada de eso y sólo oyó su mente atribulada. El mundo brillante se volvió opaco, sus pasos más pesados, mientras él continuó su viaje, apesadumbrado por sus pensamientos.

"¿Quieres ser un héroe?" dijo una voz.

Zosimos casi saltó del susto.

"¿Quien dijo eso?" Zosimos giró y sacó su espada. "¡Muéstrate!"

Un robusto sátiro saltó sobre el camino desde un espeso arbusto y puso sus manos sobre sus peludas ancas. Miró a Zosimos, entrecerró los ojos y frunció los labios para estudiarlo. "Sí. Tú quieres ser un héroe. Te he estado observando por un tiempo, humano. Tienes esa característica mirada de preocupación."



"No estoy preocupado," dijo Zosimos. "Estoy pensando... en cosas serias. Probablemente en algo que tú no entenderías al ser un sátiro y todo eso."

"Tonterías," dijo el sátiro. Luego levantó la vista y se rascó la barbilla. "Aunque a decir verdad yo no puedo decir que me haya preocupado un día en mi vida. En realidad eso es lo primero que un héroe necesita hacer."

"¿Preocuparse o no preocuparse?" preguntó Zosimos.

"Parece que necesitas algunas lecciones. Siéntate. Déjame contarte algunas cosas." El sátiro se sentó frente a Zosimos.

Zosimos envainó su espada y se sentó en una roca cercana. El sátiro parecía joven y viejo al mismo tiempo, con un brillo lúdico en sus ojos y una actitud altiva, pero por debajo de todo Zosimos pudo percibir un no sé qué.

"Tu jardín está lleno de maleza," dijo el sátiro.

"¿Qué jardín? Yo ni siquiera tengo jardín," dijo Zosimos, confundido.

"Tu jardín." El sátiro le dio un empujón a la cabeza de Zosimos. "Lleno de maleza." El sátiro se apoyó contra el tronco de un pequeño álamo. "Y tú estás tratando de cultivar una flor rara allí. Eso no va a funcionar."

El sátiro sacó una delgada pipa, la llenó y la encendió. Miró a Zosimos desde debajo de sus cejas espesas. "¿Fumas?"

"No, gracias," dijo Zosimos.

"La preocupación es la creación de Fenax, una cosa que te paraliza y que solo rivaliza con el veneno más virulento de Farika a excepción que la preocupación afecta a la mente y no a los músculos." El sátiro flexionó su brazo mientras dejó salir una larga bocanada de humo. "¿Quieres saber algo? Cuando tú te preocupas estás adorando a Fenax. El se complace mucho en las preocupaciones de los mortales, ¿lo sabías?"

Zosimos sacudió la cabeza.

"Oh. Supongo que también puedo decirte esto." El sátiro se inclinó y susurró. "Cuando adoras a Fenax desprecias a Iroas."

"Por los dioses," dijo Zosimos. "Yo nunca lo había pensado así."

"Pero eso es lo de menos. La preocupación solo es la mala hierba pero su raíz, ah, bueno, ahora de eso si que vale la pena hablar."

"¿La raíz?" preguntó Zosimos.

"¿Has oído hablar de los forjamonedas del Inframundo?" preguntó el sátiro.

"Sólo lo que dicen los libros y los filósofos."

"Libros y filósofos," dijo el sátiro con un suspiro. "Ellos evitan que tú averigües las cosas por ti mismo, pero ese es otro tema. En lo más profundo del Inframundo existen una clase de forjamonedas. Pero estos no son forjamonedas ordinarios. Ellos acuñan monedas para usarlas en el Inframundo. Ahora bien, en el Inframundo, el oro, como está por todos lados, es de poco valor. Una de las cosas que más vale en el Inframundo son las monedas, los *ostracones*, hechas de simple arcilla... pero no de cualquier arcilla. Estas monedas son forjadas de las máscaras funerarias de arcilla de los que han muerto."



"¿Por qué las máscaras funerarias de arcilla son tan valiosas?"

"Son valiosas porque una representación de quién fuiste en la vida está tallada en la máscara y Erebos, aunque él nunca lo admitiría, codicia el mundo de los vivos por encima de todo. El nunca puede volver a la tierra de los vivos así que, por despecho, prohíbe que alguien regrese sin pagar un precio fatal."

Zosimos recordó los muchos funerales que había visto durante su vida. Las máscaras fúnebres destellaron ante sus ojos, algunas simples, algunas extravagantes, todas intentando encapsular toda una vida en una sola expresión.

El sátiro continuó. "Ahora bien, tú seguro podrías pensar que la máscara de un gran héroe, o la máscara de un rey, sería más valiosa que todas las demás. Quiero decir, la gente importante tiene máscaras tan magníficas. Pero, en las orillas del Río junto a los forjamonedas, las máscaras de reyes y héroes se mezclan con las de los mendigos, los tontos y los bandidos. A Erebos no le importa nada lo que fueron en vida. A él sólo le importa que tú una vez exististe."

Zosimos imaginó a los misteriosos forjamonedas, esculpiendo *ostracones* de las máscaras, apilándolos en grandes montones para los habitantes del Inframundo.

"Erebos es el gran igualador. El nos sella dentro del Inframundo, del cual no hay retorno, a menos que nosotros deseemos forjar una nueva identidad y no convirtamos en uno de los Resurgidos. Cualquier tonto puede ver que ese es un horrible error."

Zosimos había visto una vez a un Resurgido, vagando, sin alma, gimiendo. Ese recuerdo seguía enviándole escalofríos por su espina dorsal.

El sátiro pudo ver la inquietud del joven. "Antes de que saques una conclusión yo te digo que Erebos nos está dando una pista, un indicio vital de la esencia de la verdad."

"¿Qué verdad? Erebos es aterrador, despiadado."

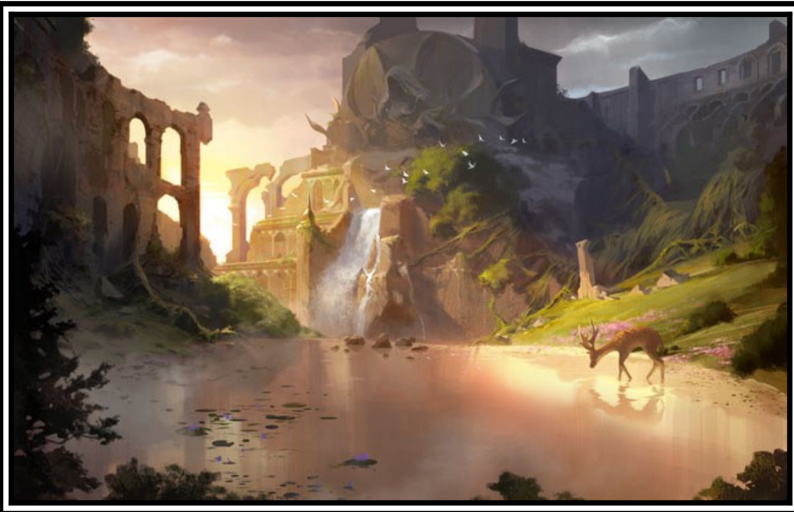
"Erebos nos está haciendo descubrir qué es lo verdaderamente valioso." El sátiro arrancó una flor por su tallo y la hizo girar entre sus dedos. "Sin importar cuánto nosotros nos pavoneemos y nos jactemos y no adornemos con rangos, estatus y títulos, al final todo se convierte en una máscara de arcilla sin valor. Nosotros no podemos llevarnos nuestro orgullo o posesiones con nosotros al Inframundo. Así que ¿Qué hacer, qué hacer?"

El sátiro miró a Zosimos.

"No lo sé," contestó Zosimos.

"Eso, amigo mío," dijo el sátiro señalando a Zosimos con la flor, "es un punto excelente para empezar."

"Ten en cuenta que no se trata de lo que está tallado en una máscara o una estatua," dijo el sátiro. "Los vivos le dan poco uso a las cosas muertas. Quizás es sobre lo que dejas atrás. ¿Y qué es lo que un verdadero héroe deja atrás? Estabilidad, paz, un mundo próspero, un lugar para que todos crezcan. Un héroe no se preocupa por una máscara mortuoria o un título o propiedad de lujo, un héroe se preocupa porque prospere la bondad en todas sus formas."



"La prosperidad de la bondad," repitió Zosimos.

El sátiro le dio un tirón a una vid cercana. Una savia ámbar salió de su tallo.

"Pon esto en tu lengua," dijo el sátiro.

Zosimos tocó la gotita dorada con su lengua. Un sabor diferente a cualquier otro hormigueó suavemente en su boca, una melosa dulzura se expandió y llenó su nariz con bayas, tierra y vino.

"Eso es increíble," dijo Zosimos.

"Mi muchacho, el mundo es bueno." El sátiro sonrió. "Eso es todo. Toda esta creación es un jardín y los humanos están atrapados en ideas, conceptos, 'gloria', sea lo que sea, y se lo están perdiendo todo: la brisa primaveral, el canto, la danza y el sabor de la nectarvid. Un héroe lleva este conocimiento al pueblo y lo defiende del daño para que ellos puedan desmalezar su propia parte del jardín."

"Creo que lo entiendo," dijo Zosimos con el nectarvid todavía calentando sus entrañas.

"Esa espada tuya es buena pero también necesitarás un cuchillo." El sátiro entregó a Zosimos un cuchillo opaco y oxidado que parecía haber sido utilizado para cortar piedras de una cantera. "Cuando nace un héroe toda clase de cosas vienen de la oscuridad para apagar la luz del héroe. Tú nunca puedes estar demasiado alerta."

Zosimos tomó la hoja por cortesía y la metió en el cinturón.

El sátiro se levantó, sacudió su pipa y se limpió el trasero. "Adiós, héroe. Es un día hermoso."

Entonces él salió saltando hacia el bosque como un ciervo.

Zosimos se sentó en la piedra por un rato y sintió la brisa soplando sobre su piel. El calor del sol calentaba el suelo y él podía oler tierra y hierba. Había monstruos en el mundo, y dioses terribles, pero de alguna manera todo estaba en equilibrio, y Zosimos supo qué parte iba a jugar él en la gran danza de la creación. Supo que la bondad ardía dentro del núcleo de su ser. El se conocía a sí mismo.

Se levantó y caminó por el sendero que se extendía ante él como un hilo en el telar del destino. Se había estado dirigiendo a Meletis pero después del encuentro con el sátiro algo había cambiado. El se había transformado. Mientras caminó se sintió cada vez más atraído por el horizonte oriental hasta que no pudo soportarlo más y se apartó del camino.



El largo pasto rozó sus piernas mientras él siguió el sentimiento que lo llevaba a las lejanas montañas en la distancia. Zosimos no tenía ni idea de lo que había en aquellas montañas. Todo lo que sabía era lo que sentía en su cuerpo, en sus huesos, algo que le habló sin palabras. El ya había seguido durante demasiado tiempo sus preocupados pensamientos, pensamientos de temor y duda, las semillas de Fenax. Ahora seguiría su destino.

Cuando llegó a la cima de la primera de muchas colinas que se extendían ante él sintió un destello de calor en su cadera seguido de

una luz cegadora. Miró hacia abajo para ver que la daga del sátiro se había convertido en una brillante espada forjada por los dioses.

La Perspicacia de Krufix

Diantha respiró hondo, se concentró y llamó.

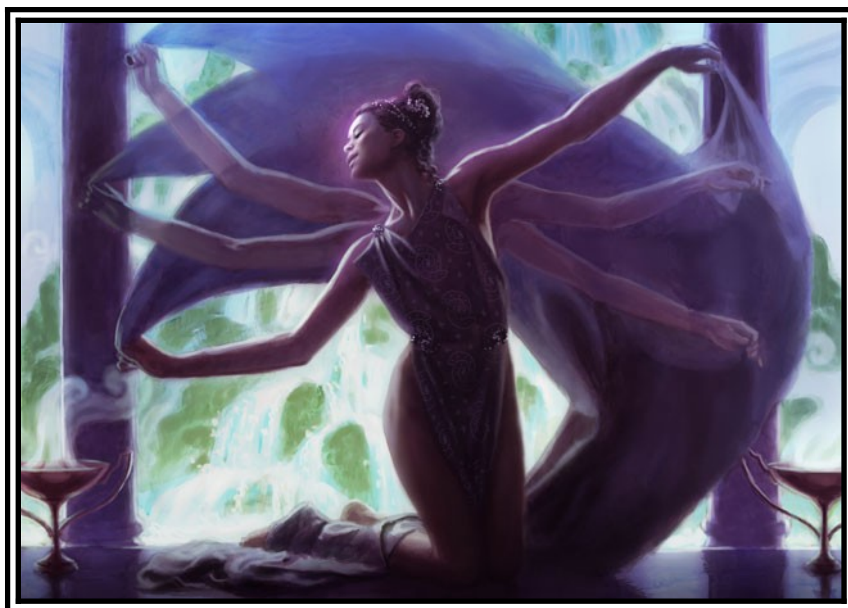
Hubo una pausa.

A veces su huésped no deseaba ser molestada en absoluto. Otras veces ella pedía, a través de la puerta todavía cerrada, que dejaran la comida en el pasillo. Y, de vez en cuando, invitaba entrar a los acólitos para entablar conversación, como si a ella les gustara, como si ella quisiera estar allí.

"Entre," dijo el oráculo.

Diantha abrió la puerta.

El Oráculo de Krufix era una hermosa mujer de pelo largo y negro. Estaba mirando por la ventana, como solía hacerlo, con los brazos apoyados contra el marco. Dos brazos más, diáfanos, semi-reales, ondulaban perezosamente a sus costados. Krufix marcaba bien a sus oráculos de modo que nadie podía confundirlos y ninguno, salvo los necios y los salvajes, les haría daño.



El oráculo se volvió hacia ella y sonrió.

"Hola Diantha."

Diantha dejó la bandeja: cordero, recién traído del fuego, y un surtido de verduras asadas, aceitunas frescas y queso. Krufix tenía pocos adoradores y su templo en Meletis era pequeño pero ellos no escatimaban nada para el oráculo de su dios.

"Saludos, Oráculo," dijo Diantha. "¿Va todo bien?"

"Muy bien," dijo la oráculo. "Solo estaba pensando en el templo."

"¿El templo, Miladi?"

El oráculo sonrió.

"El templo de Krufix, su verdadero templo, donde dos grandes árboles están asentados en los confines de la tierra."

"Usted..." Diantha vaciló. "Usted habla como si lo hubiera visto, Miladi."

"Lo he hecho. Cuando estuve en peligro Krufix me llevó a su templo. Yo pasé tiempo con él allí durante mi transfiguración."

Diantha hizo una reverencia.

"Es un gran honor aprender de Krufix en persona."

La sonrisa del oráculo se desvaneció.

"Aprendida," dijo ella. "Sí. Si, yo supongo que sí."

Diantha casi volvió a repetir el gesto, casi se volvió, casi salió de la habitación.

"Yo la envidio," dijo, en cambio.

"¿Oh?" dijo el oráculo.

"Sí, mucho," dijo Diantha. "Yo soy una sacerdote, y como sacerdote tengo fe… fe en la sabiduría de Krufix, fe en su autoridad sobre los otros dioses." Ella se miró sus pies. "Pero yo no oigo su voz, Miladi, y nunca he caminado en su presencia. ¿Hay algo…?"

Diantha vaciló. Ella no debería preguntar.

"¿Hay algo que usted pueda decirme? ¿Algo de lo que ha aprendido?"

El oráculo giró para volver a mirar por la ventana, con los ojos fijos en el lejano horizonte, y durante un largo momento no dijo nada.

* * * * *

Kydele, desde su posición elevada dentro de las grandes ramas del Templo de Krufix, vio como sucedió todo. Se abrazó a la madera viva con sus manos vivas y a la noche estrellada con los dos brazos brumosos e insubstanciales que Krufix le había dado cuando había despertado como su oráculo.



Kydele vio cuando Xenagos se convirtió en un dios, rugiendo a través de la prístina superficie de Nyx como un incendio forestal. Vio la llegada de la humana Elspeth Tirel y su compañero leonino, Ajani. Los vio caminar a través del

cuerpo de Krufix, un portal a Nyx, y pasar al cielo. Vio a Elspeth usar la espada llamada Filo Divino para cortar a Xenagos del cielo.

Y vio a Heliod, quien se hacía llamar el más grande de los dioses, arrebatando el arma de las manos de Elspeth, la hoja que él había consagrado para ella, marcándola como su campeona.

Tú te pareces mucho al sátiro, había dicho el dios del sol. *Tus ojos han visto cosas que yo no puedo entender. Y un campeón no puede saber más que su dios. Yo soy el señor del panteón. Yo soy el más grande de estos.*

Y luego él la asesinó, a su propia campeona, con su propia arma.

La crisis pasó. El panteón estaba seguro y Nyx se curaba de la violencia de Xenagos.

Kydele se sintió muerta por dentro.

La mayoría de los oráculos oían la voz de un dios alta y clara en sus cabezas, sonando como una campana cuando los pronunciamientos llegaban y caían de otra manera silenciosos. El pobre Daxos, oráculo de todos los dioses y no dioses, los había oído a todos ellos, todo el tiempo. Un coro ensordecedor de divinidad. Pero con Krufix era diferente. Krufix hablaba en su mente casi constantemente, una letanía susurrada de imágenes y acontecimientos que flotaban justo más allá de su capacidad de oír, como el sol escondiéndose bajo el horizonte.

Pero desde el acto de traición de Heliod la voz de su dios se había quedado en silencio. Incluso allí, en su templo que dominaba la gran cascada que bordeaba Nyx, ella no oyó nada. Captó ocasionales vislumbres de su forma sombría moviéndose por las habitaciones de su templo pero él nunca habló.

Era difícil decir cuánto tiempo había pasado, allí en el borde del mundo.

Kydele paseaba por los terrenos del templo, perdida en sus pensamientos, cuando la conocida voz de su dios resonó a su alrededor.

Estás preocupada.

Aquella no fue, algo inusual para el dios de los misterios, una pregunta.

Kydele giró para enfrentarse al esquema estrellado de cuatro brazos de Krufix en el horizonte.



"Parece que no soy la única," dijo Kydele.

Krufix no dijo nada pero le hizo un gesto para que Kydele caminara con él. Mientras ella se acercó para caminar a su lado, él se encogió, una

inversión extraña de perspectiva, hasta que ambos estuvieron a la misma altura.

"¿Lo que pasó fue algo bueno?" preguntó Kydele. Ella dobló sus verdaderos brazos con gracia por delante, pero sus brazos de niebla ondularon inquietos. Estos no estaban enteramente bajo su control.

¿Bueno que Xenagos se convirtiera en un dios? preguntó Krufix. *¿Bueno que Elspeth lo derrotara? ¿Bueno que debido a ello ella muriera?*

Kydele, impotente, se encogió de hombros.

"Se ha restaurado el orden," dijo ella. "Todo está bien en Theros y Nyx. Xenagos ya no amenaza al mundo y los Nativos de Nyx vuelven a servir y a guiar a los mortales como deberían."

Krufix esperó. El siempre estaba esperando.

"Entonces, ¿por qué todo se siente tan mal?" terminó ella.

Tú hablas del mayor misterio de todos. De la existencia y su propósito.

"La ascensión de Xenagos plantea inquietantes preguntas," dijo Kydele. "Sobre Nyx y la naturaleza de los dioses. Los filósofos enseñan que los dioses son eternos, inmutables. Pero si un dios puede nacer y morir en un espacio de semanas entonces, ¿qué dice eso de los otros?"

Eso, dijo Krufix, *no es un misterio. Es simplemente una pregunta cuya respuesta pocas personas realmente desean escuchar.*

"Yo quiero escucharla," dijo ella inmediatamente.

Krufix la miró durante un largo rato antes de hablar, inescrutable.

Los dioses son creencias que tomaron forma dentro del tejido de Nyx.

"Los dioses inspiran creencia," dijo Kydele. "No hay duda de que los dioses vinieron primero."

Yo soy el mayor, dijo Krufix. *Pero ni siquiera yo soy anterior a la creencia mortal. La primera vez que un mortal de Theros miró hacia el cielo nocturno y dijo: "Me pregunto..." una parte de mí entró en existencia. Yo soy lo desconocido, lo ignoto. Yo soy lo que se asienta más allá del horizonte lejano.*

Yo observé cómo los otros tomaban forma. Después vino la Muerte, definitiva e ineludiblemente. Luego el sol y el mar, el bosque y la fragua. Después de eso surgieron dominios más abstractos: la guerra, el engaño, la perspicacia, el amor.

"¿El amor?" preguntó Kydele.

En efecto. Y más, aún más que los mortales han olvidado. ¿O crees que Heliod siempre fue el dios sol?

"¿Cómo pueden haber habido otros dioses?

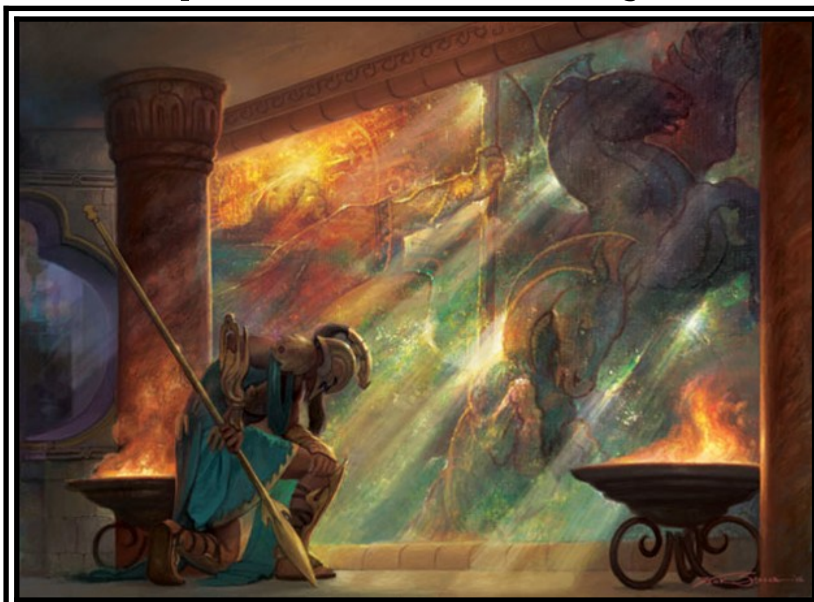
Si tú los recordaras, dijo Krufix, *ellos todavía existirían. Tan pronto como Heliod tomó su lugar en el panteón él fue el dios sol... y siempre lo ha sido. Los mortales tienen mala memoria en estos asuntos. Si tuvieran una mejor Nyx se desgarraría con rivalidades y contradicciones.*

Cuatro brazos se extendieron en un gesto de abarcadora derrota.

Tal vez yo ni siquiera fui el primero, dijo Krufix. *¿Cómo podría saberlo?*

Kydele no dijo nada durante mucho tiempo.

"Así que los dioses son más frágiles de lo que parecen," dijo. "¿Y su existencia depende de que los mortales crean que no lo son?"



Así parece.

"¿Por qué?"

¿Por qué pasa el tiempo? preguntó Krufix. *¿Por qué el agua fluye hacia abajo?* Estrellas se movieron dentro de su manto, sugiriendo un encogimiento de hombros. *Algunas cosas simplemente son.*

"Los filósofos en Meletis discuten tales cosas," dijo Kydele. "La causa del movimiento, la naturaleza del tiempo."

Entonces deja que discutan, dijo Krufix, con inusual dureza. *Si ellos aprenden las respuestas tal vez la gente las reverenciará a ellas en su lugar.*

"¿Estás diciendo que tú no lo sabes?"

Kruphix volvió su capucha hacia ella y Kydele sintió una súbita oleada de vértigo, la sensación de que ella no estaba mirando a un compañero sino *hacia abajo*, hacia un profundo abismo lleno de estrellas y negrura.

Estoy diciendo que si hay una razón... si hay algún propósito detrás de la naturaleza de los dioses... entonces soy yo quien no quiero saberlo.

"Pero es tu deber saberlo," dijo Kydele. "Ese es tu propósito... ¿no?"

Ella nunca había contradicho tan directamente a Krufix. Muchos otros dioses no habrían tolerado tal impudencia, ni siquiera de un oráculo, pero Krufix sólo suspiró, un sonido como la brisa de la noche.

Yo soy el conocedor de todo lo que se conoce en Theros, y de mucho de lo que no se conoce, dijo él cansado. *Pero últimamente he aprendido cosas sobre nuestro mundo, sobre su seguridad...* él se detuvo. *¿Acaso te sorprende eso? ¿Qué yo todavía podría ser capaz de aprender?*

"Lo hace."

De hecho aquello hizo mucho más que sorprender a Kydele. Aquello la atemorizó. Krufix era el dios de los misterios. El conocía la respuesta a cada pregunta por lo que él podía decidir cuál de esas

respuestas podían saber los mortales con seguridad... o eso había pensado.

Debería.

El no dijo nada después de eso.

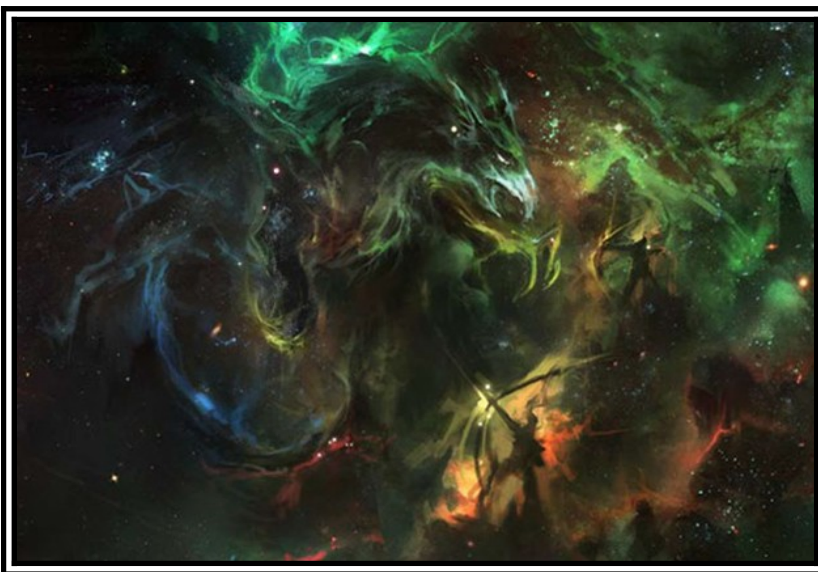
"¿Y qué has aprendido?" preguntó ella.

¿Está segura de que deseas saberlo?

"Estoy segura."

Si un oráculo de Krufix se alejaba de la verdad, ¿qué le quedaba?

No lo estés, dijo Krufix. *El conocimiento es cruel. Te romperá el corazón y probará tus lealtades. ¿Estás segura de que quieres esta maldición?*



Kydele se tomó el tiempo para considerarlo. Ella sabía cosas que ningún otro mortal había soñado. Había mirado a Nyx con tanta frecuencia que se había convertido en un lugar común, había observado a Krufix grabar los nombres de los dioses en su gran árbol para impedir que fueran a Theros. El conocimiento era poder.

Pero Krufix era el dios de los horizontes y algunas cosas nunca debían ser conocidas. No importa cuán lejos tú viajes, siempre hay otro horizonte.

Excepto allí, en el último horizonte.

"Sí," respondió ella. "Estoy segura."

Muy bien, dijo Krufix.

El caminó en silencio y esperó. Al fin ellos llegaron al borde del mismo mundo, donde el océano rugía dentro de las infinitas profundidades de Nyx y los terrenos del templo de Krufix se extendían como un promontorio en un mar de noche.

Krufix se detuvo y miró hacia Nyx.

Theros es uno de muchos mundos. ¿Sabías eso?

"Supongo que no hablas de Nyx, o del Inframundo."

No. Hay mundos completos ahí fuera, más allá de Theros, más allá de Nyx. Mundos que tú no puedes ver cuando miras al cielo, lugares donde los dioses de Theros no tienen influencia. Mundos que tú... y yo... nunca podremos visitar, con sus propias civilizaciones, sus propias historias, incluso sus propias leyes físicas.

"¿Sus propios dioses?"

Ella volvió a sentir el vértigo cuando Krufix la miró.

No, dijo. La palabra sonó como una campana. *Algunos, tal vez, tienen dioses como nosotros. Pero como regla, no. Nosotros somos... un fenómeno local.*

"¿Y tú sólo has aprendido esto recientemente?"

Kruphix se sacudió lo que pasó por su cabeza.

No. Hay seres que pueden caminar entre estos mundos. El primero en poner sus pies en nuestro mundo lo hizo mucho tiempo atrás. Yo soy el conocedor de todas las cosas que se conocen en este mundo y aprendí todo lo que ella sabía.

Kydele pensó por un momento en todo lo que había oído y visto desde su posición en lo alto de los grandes árboles de Krufix.

"Elspeth fue una de esas... caminadoras de mundos, ¿no?"

Que astuta, dijo Krufix. *Sí. Ella lo era. Pero no sólo ella. También lo era su compañero Ajani, el leonino que se llevó su cuerpo fuera de Nyx. Lo mismo que la molusco, la tritón, Kiora, que se hizo llamar Callafe y se ganó la ira de Thassa.*

Y también, continuó él, *lo era Xenagos.*

Kydele asintió.

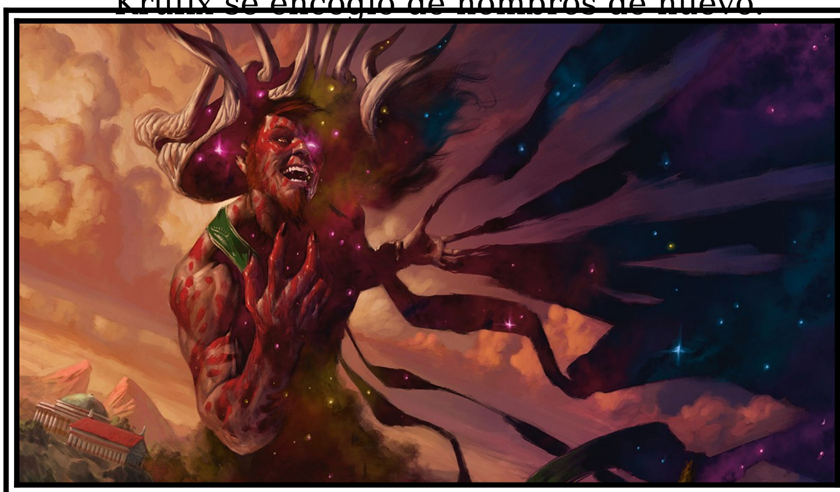
"¿El viajó a otros mundos donde no había dioses... y se dio cuenta de que podía convertirse en uno?"

Cerca, dijo Krufix. *Viajó a otros mundos donde no había dioses y decidió que todos en Theros debían saber que los dioses eran una mentira.*

"No creo que lo haya conseguido," dijo Kydele.

No lo hizo, dijo Krufix. *La gente vio el caos. Ellos vieron la destrucción. Ellos vieron, en fin, a un usurpador en un dominio que de otro modo se habría mantenido, por todas las apariencias, indefinidamente estable. Quizá si él hubiese vivido para ocupar su lugar entre el panteón la gente habría recordado que no siempre había habido un dios del jolgorio y se habrían llegado a preguntar qué significaba eso con respecto a los otros dioses.*

Krufix se encogió de hombros de nuevo.



Sin embargo yo sospecho que ellos habrían aprendido a adorarle y habrían olvidado los orígenes mortales de él. Habrían llegado a creer que él siempre había estado allí, esperando su veneración. Así es como funcionan las cosas. Al final él no fue una amenaza para nadie.

"Entonces no es él lo que te preocupa," dijo Kydele.

Krufix rió, rió de verdad, un sonido hueco y resonante.

Tú ves mucho, Mi Oráculo.

El dobló sus manos estrelladas frente a él.

Sí, yo estoy preocupado, y no por la ascensión de Xenagos, ni por la existencia de estos caminantes de mundos.

Estoy preocupado por lo que les preocupa a ellos.

Allí estaba. El borde oscuro y rasgado alrededor del cual ellos habían estado debatiendo.

La tritón Kiora, dijo Krufix, *vino aquí de un mundo cuya existencia estaba amenazada por algo llamado los Eldrazi. Ellos son vastos y terribles, iguales a cualquier dios. Y comen mundos, Mi Oráculo. Desgarran la carne de los huesos de la tierra y dejan un esqueleto muerto para pasar al siguiente.*

El leonino Ajani se ha enfrentado a un enemigo inmensamente poderoso, un compañero caminante de mundos y un dragón. Él es insondablemente antiguo, incluso para mí. El busca el poder infinito y la vida inmortal. Sus planes abarcan mundos y siglos y él no perdonará nada ni a nadie que se interponga en su camino.

Y la humana Elspeth... ella vino de un lugar llamado Pirexia, un mundo entero de piel desollada y metal retorcido, dominado por seres monstruosos y malvados que se hacen llamar dioses. Es una afrenta contra la naturaleza, una oscura parodia de la vida que corrompe todo lo que toca y toca todo en el tiempo. Y esto ya se ha abierto paso de un mundo a otro.

Krufix miró hacia Nyx, la noche contemplando la noche.

Si alguna de estas cosas llega aquí, a nuestro mundo, dijo él, *puede que incluso los dioses sean impotentes para detenerlos. Y todas tus oraciones, todas tus súplicas, caerán en los oídos sordos de un cielo silencioso mientras este mundo se desgarra o se rehace o algo peor.*

Una por una, las estrellas del manto de Krufix empezaron a parpadear y morir, hasta que sólo quedó una negrura.



Eso es lo que temo, Mi Oráculo. Eso es lo que inquieta a la mente de un dios. Theros es un pececillo nadando en un estanque calmado y hondo sin prestar atención a las profundidades, sin saber que algo más grande lo está acechando para devorarlo en un instante.

Él la miró, con los cuatro brazos extendidos, un agujero de pura oscuridad contra la luz estrellada de Nyx.

Así que ahora ya sabes. ¿Qué harás con este conocimiento?

* * * * *

Diantha esperó.

"No, Niña," dijo el oráculo. "No puedo decirte nada. Nada en absoluto."

Ella no dijo nada más y Diantha tomó eso como sus palabras de despido así que le dio la espalda.

El oráculo, detrás de Diantha, miró por la ventana, más allá de la ciudad, más allá del horizonte, como si estuviera contemplando una distancia infinita.

La venganza de Ajani

Ajani Melena Dorada es un leonino, una raza de seres felinos y un Planeswalker con una sabiduría poco habitual para alguien de su edad

Hace poco, Ajani se trasladó al plano de Theros *en busca de su amiga Elspeth Tirel. Ambos viajaron hacia el reino divino de Nyx con la misión de matar al recién ascendido dios sátiro, Xenagos. Lograron su cometido... pero lo pagaron caro. Heliod, el dios del sol, abatió a Elspeth con su propia arma una vez que ya no tuvo necesidad ni deseo de que existiese una asesina de dioses.*

Ajani había presenciado la muerte de Elspeth a manos de Heliod. El leonino llevó el cuerpo de su amiga de vuelta al mundo mortal para que su alma pudiese viajar al Inframundo.

Ella ya no está. Él vive. Una vez más, ha de enfrentarse a la difícil y delicada pregunta que se plantea todo aquel que acaba de perder a un ser querido.

¿Qué hacer ahora?

* * * * *

Ajani se despertó con todo el cuerpo entumecido y dolorido. Su vista nublada percibió unas sombras inquietas, iluminadas a la luz de una lámpara sobre un techo blanco inclinado. Se encontraba en una tienda de campaña y la lona se mecía suavemente con la brisa.

Entrecerró el ojo y olisqueó. El aroma de un mejunje de hierbas se le había adherido al pelaje, seguro que como cortesía de un sanador que lo había cuidado mientras dormía. Se palpó un tobillo, una pierna, una muñeca, un codo y una garra. Parecía que todo estaba bien.

Levantó la cabeza y echó un vistazo alrededor de la tienda. Se encontraba en un catre situado en el centro. La capa de Elspeth se encontraba sobre una mesa de madera, bien doblada junto a una vasija de arcilla. Volvía a ser de un blanco puro; habían limpiado la sangre, como si no hubiese sucedido nada. Al lado, sentado en un taburete, se encontraba un humano anciano de pelo canoso, con el cuello y la parte inferior del rostro cubiertos de cicatrices curvas de quemaduras.

—Lanathos, gruñó Ajani.

El viejo encorvado sonrió. —Saludos, visitante.

La expresión de Ajani no se perturbó.

La sonrisa del hombre se desvaneció. —Solo has regresado tú.

El leonino bajó la cabeza.

Lanathos se inclinó hacia adelante. —¿Tan duro ha sido el viaje? El sanador dijo que estarías bien con una noche de descanso.

Ajani se incorporó y se sentó en el catre, imponente en comparación con el diminuto anciano. La cabeza le palpitaba. —No estoy así por mí, gruñó.

Lanathos arqueó una ceja. —¿Ah, no?

—La historia de Elspeth ha terminado, dijo Ajani. ¿No quieres saber el final?

El anciano se rascó el mentón. —Así es, pero puede que no ahora.

Ajani se pasó una trenza entre los dedos. —¿Por qué no en este momento?

—Tengo una memoria excelente dijo el humano. Recordaré todo lo que digas hasta el fin de mis días. ¿Estás seguro de que ya sabes qué recuerdo he de guardar de ella?

El leonino dejó caer los hombros. —No lo había pensado.

Su interlocutor observó la capa doblada y luego a Ajani. —Si quieres contarme una historia quizá deberías empezar por la tuya.

Ajani se puso en pie, colocó un taburete cerca del pequeño humano y se sentó, mirándolo desde arriba. —¿Por qué habría de hacerlo?

—Tu pelaje tiene un tono que jamás he visto entre estos leoninos. Tu acento también es distinto. Me dijiste que venías allende las montañas, y más allá. Estoy seguro de que tienes una buena historia pero dejaste de contármela. Levantó la vista hacia Ajani y lo miró a la cara con actitud insolente. Entre dos leoninos, aquello sería un desafío de lo más obvio, y seguro que el anciano ya lo sabía. —Viniste a verme en busca de tu amiga. La acompañaste en su misión de matar a un dios. Supongo que ha fallecido en el intento y por eso has regresado solo tú. Su historia ha terminado. ¿Cuándo empezará la tuya?

Ajani se quedó boquiabierto. —¡Necesitaba mi ayuda!

El hombre volvió a mirar la capa lavada hacía poco. —¿Y la ayudaste?

Ajani se puso en tensión y sacó las uñas. Los contornos de la vista se le nublaron. —Puede que Brimaz te tolere, cuentacuentos, pero no le agradaría saber que has molestado a uno de sus invitados.

El humano se puso en pie. —Entonces, dejaré que descanses —comentó—, pero no sin antes hacerte llegar un mensaje de su Majestad —casi escupió el título, ya que Brimaz no era célebre por las formalidades—. Los setessanos están aquí, celebrando la victoria conjunta de humanos y leoninos. Anthousa no sabe que has regresado e intuirá qué ha sucedido si descubre que solo has vuelto tú. Esto apagaría los ánimos de la celebración y su Majestad no aceptaría tal cosa. Deberás pasar la noche en esta tienda. —Levantó una mano y señaló hacia la mesa—. La vasija contiene un brebaje para facilitarte el sueño y anestesiar el dolor. Su Majestad desea reunirse contigo en el gimnasio después del desayuno.

Había sido un error apelar a la autoridad de Brimaz. Ajani bajó las orejas, retrajo las uñas y recogió la vasija de la mesa. —¿Ahora eres su mensajero?

—Brimaz confía en mí y tú tendrás que hacer lo mismo si quieres que el mundo recuerde a tu amiga —dijo sonriendo, pero debido a las marcas de su rostro Ajani no distinguió si era una sonrisa humana sincera o no—. Que descanses bien, visitante —le deseó el hombre antes de darse la vuelta y retirarse.

Ajani olisqueó el contenido de la vasija. Desprendía un aroma a tierra que apenas resultaba desagradable. Bebió la pócima, se acostó en el catre y cerró el ojo.

Despertó cuando sintió los rayos de sol que se filtraban por el techo de la tienda y el olor a carne asada y pan. El aroma procedía de una bandeja que alguien había dejado en la mesa, junto a la capa doblada. Ajani se levantó y acercó un taburete a la mesa; le rugía el estómago. La carne estaba bien especiada y el pan seguía cálido, aunque no era tan denso como a él le gustaba.

En cuanto acabó de comer, una leonina joven con pelaje gris entró en la tienda. Se trataba de Seza, quien lo había encontrado en el bosque la primera vez que llegó.

—Buenos días —lo saludó con alegría.

—Lo mismo digo —respondió Ajani, sonriendo. Bajó la vista hacia la bandeja ya vacía—. Gracias por el desayuno.

Ella asintió y sonrió en respuesta pero su expresión se tornó seria de inmediato. —Brimaz reclama que lo acompañes en sus ejercicios matutinos. Te llevaré ante él.

—Lanathos y tú estáis muy serios —comentó Ajani enarcando la ceja.

Seza miró alrededor con cautela y volvió a hablar, pero mucho más bajo: —Brimaz te considera un gran amigo pero tu situación aquí ha empeorado. Hemos derrotado al ejército de Nyx junto a los setessanos pero hemos perdido a muchos soldados y no todos estaban de acuerdo con la decisión del rey para luchar del lado de los humanos. Antes la facción separatista de Pyxathor era pequeña pero ha estado muy activo desde que regresó a Tetmos y su influencia ha aumentado. Esta será tu primera reunión con Brimaz desde la batalla y los hombres de Pyxathor estarán observándoos.

Ajani moderó su actitud. —Entiendo.

—Algunos de mis amigos han empezado a escuchar sus palabras. He intentado que recapacitasen pero tendré que tratarte con formalidad cuando salgamos de aquí o sospecharán de tu influencia. —Seza miró hacia el suelo—. Lo siento.

—Todos dejamos algo atrás por nuestras causas, ¿no es así? —sonrió él.

La leonina asintió. —¿Vamos?

Salieron juntos de la tienda y Seza llevó a Ajani a través de la concurrida ciudad durante unos minutos hasta llegar a una pared de cortinas. Corrió una e invitó a Ajani a que pasase.

El gimnasio era un tanto menos ostentoso de lo que se esperaba. Los humanos de aquel plano solían construir enormes complejos de edificios independientes donde ejercitarse. En cambio, aquel gimnasio era poco más que una zona separada mediante cortinas donde había carretillas con pesas y panoplias de armas, pero seguía siendo más de lo que podría encontrarse en Naya. Brimaz estaba en el centro de la estancia, alto, fuerte, con el torso surcado de cicatrices bañado por la luz matutina. No llevaba su corona pero su porte y el respeto que le guardaban los demás leoninos dejaban claro cuál era su estatus.

Seza entró y se quedó junto a la cortina. —Brimaz te aguarda.

—Gracias —dijo Ajani antes de entrar. Pyxathor estaba en uno de los laterales del gimnasio, cruzado de brazos. Había muchos otros leoninos presentes, muchos de la guardia personal de Brimaz, cuyas miradas pasaban continuamente de Pyxathor al rey.

Ajani se dirigió al centro y Brimaz lo saludó asintiendo. —Me gustaría agradecer tu consejo —afirmó—. Mi ejército luchó junto a los setessanos y juntos logramos repeler al ejército de Nyx. Anoche, humanos y leoninos celebramos la victoria juntos, compartiendo nuestras copas. Creo que hemos hecho progresos en nuestra meta de lograr una paz duradera. —La voz del monarca había adquirido un tono imperioso, y estaba claro que el discurso no era para elogiar a Ajani.



El Planeswalker comprendió la situación y asintió: —Excelente noticia.

Brimaz lo miró directamente. —Siempre afirmas que procedes de un lugar lejano.

Ajani analizó la situación. Los demás leoninos estaban observándolos. Aquel no era el lugar para explicarlo, aunque pensase que podía hacerlo.

—Así es —confirmó.

Ajani esperó a que se le formulase otra pregunta pero no la hubo. Brimaz le dio la espalda y se dirigió a una panoplia cercana que albergaba un escudo y varias armas de madera. Ajustó el antebrazo en la sujeción de cuero del escudo, asió una espada y se giró hacia Ajani. —Escoge las armas que prefieras.

La cola de Ajani se tensó. —¿Vamos a luchar?

—Tu pelaje es blanco. Tu acento no es el nuestro. No conocías las historias de los Campeones. No eres uno de nosotros y has decidido no darme explicaciones. Lo que sí está claro es que eres un guerrero hábil y que necesito un compañero de entrenamiento. —Brimaz seguía mirando a Ajani, desafiándolo.

—No quiero luchar contra nadie —respondió el Planeswalker, apartando la mirada.

—¿Ni siquiera después de haberme tomado la molestia de encargar que se labrase esto? —Brimaz extendió una garra hacia una panoplia con un hacha y una espada, ambas labradas en madera; eran casi idénticas a las armas que Ajani solía llevar consigo en Theros.

El nayano suspiró. Se dirigió a la panoplia, asió el hacha en la garra derecha y la espada, en la izquierda. Estaban bien hechas, tenían el peso y el equilibrio adecuados. Durante unos instantes, echó en falta su conocida hacha de doble filo. Aquella arma habría reforzado aún más su estatus de forastero pero puede que no importase en aquel momento.

El rey lo condujo hasta un espacio amplio. —¿Son de tu agrado? —preguntó mientras adelantaba la rodilla izquierda y la cubría con su escudo redondo.

Ajani asintió.

Y así, el rey lo acometió. Ajani retrocedió, pero el leonino más alto era demasiado veloz. Ajani dio un tajo con la espada contra la diestra de Brimaz pero el rey lo bloqueó con el escudo a la velocidad del relámpago. Ajani se apartó hacia la derecha y blandió el hacha pero Brimaz estaba demasiado cerca y lo único que lo alcanzó en el hombro fue el mango. Inmediatamente, el monarca presionó con la punta de su espada la garganta de Ajani.

El Planeswalker se quedó helado. Su oponente asintió y retrocedió. —Otra vez.

Brimaz volvió a tomar la iniciativa. Ajani bajó el brazo izquierdo para lanzar una estocada por debajo del escudo de Brimaz, quien lo esquivó en el último momento apartándose hacia la izquierda de Ajani: su lado ciego. El golpe de Ajani solo atravesó el aire; levantó el hacha de la diestra para bloquear un posible ataque por la izquierda, pero entonces notó el contacto de algo en el lateral del cuello.

El rostro de Ajani delataba su frustración mientras volvía al punto de inicio. —¿No os enseñan el tajo al cuello en tu hogar?

—inquirió el rey—. ¿O quizá sea porque las armas no tienen doble filo?

Ajani gruñó y se puso en posición. El rostro de Brimaz seguía impasible.

El monarca cargó directamente por tercera vez, pero Ajani hizo lo mismo.

Brimaz adelantó el escudo para anular el hacha de la diestra de Ajani, que oyó pero no vio el choque de sus espadas en el lado izquierdo. Brimaz empujó con el escudo el hacha hacia la derecha de Ajani y la apartó aún más. Luego, el monarca agarró con la mano del escudo una de las trenzas de Ajani y dio un tirón hacia abajo. El Planeswalker perdió el equilibrio y Brimaz lo embistió.

Ajani salió rodando por el suelo; para cuando se repuso, ya tenía la espada de Brimaz en la garganta.

El rey retrocedió y sujetó el arma entre el brazo y el torso. —Tenías razón —dijo a la vez que tendía la mano a Ajani para ayudarle a levantarse—. No quieres luchar y ese es tu problema.

Ajani le estrechó la mano. —¿Qué inconveniente hay con ello?

Brimaz tiró de Ajani y lo atrajo hacia sí, a una distancia más corta de la habitual para dialogar. —Aquí, todo es una lucha, Ajani. Yo luché para que mis soldados combatiesen codo con codo con los humanos. Yo luché para mantener el orden cuando nuestro ejército combinado se enfrentó a la hueste de Nyx. Ahora que hemos regresado, tengo que luchar contra aquellos de los míos que quieren vivir al margen de todas las demás civilizaciones. Me alegro de tenerte aquí pero necesito que luches por algo o tu presencia solo hará que mis luchas sean más difíciles.

—¿Qué puedo hacer?

Brimaz se giró un poco y lanzó una mirada severa a los demás leoninos. Seguían observándolos y escuchándolos pero entonces solo lo hicieron con disimulo. —No confían en ti porque no saben quién eres —susurró el rey—. Necesitarán respuestas para que realmente te consideremos como uno de nosotros. —Volvió a dirigirse hacia Ajani—. Voy a estar ocupado durante un tiempo con los setessanos. La próxima vez que hablemos te preguntaré cuál querrás que sea tu papel en mi ciudad.

Ajani asintió. —Muy bien, Majestad.

Brimaz por fin sonrió, aunque apenas era perceptible. —No soporto que mis amigos me vengan con títulos y tú lo sabes.

—Entonces, ¿seguimos siendo amigos?

El atisbo de sonrisa se desvaneció y Brimaz miró hacia Pyxathor durante una fracción de segundo. —En privado, siempre seremos amigos, pero mi vida tiene muy poco de privado hoy en día.

—Comprendo.

—Me alegro de verte.

Ajani volvió a asentir. Brimaz volvió a depositar sus armas. Ajani colocó las suyas en una panoplia vacía y se marchó del gimnasio.

Recorrió las calles durante buena parte de la mañana, como un fantasma de pelaje blanco entre los leoninos más oscuros de Tetmos.

Siempre podía marcharse, por supuesto. Había muchos planos, todos repletos de paisajes y sonidos propios, y en algunos incluso había leoninos que podrían acogerlo. Sin embargo Brimaz tenía razón. El no había querido luchar incluso si en Theros había muchas cosas por las que hacerlo. Una de ellas era el derecho de Oreskos a existir en paz aunque aquella era más bien la lucha de Brimaz. Elspeth deseaba castigar a Xenagos porque su ambición había perjudicado a muchos en aquel plano pero aquella tampoco había sido realmente la lucha de Ajani. Quizá tuviese que encontrar una propia.

Entonces el Planeswalker recordó la imagen de Heliod abatiendo a Elspeth y su rostro compuso una sonrisa salvaje y exenta de alegría. Regresó a su tienda de campaña, recogió sus pertenencias, se abrochó la capa de Elspeth a los hombros y partió rumbo a Meletis.

Durante el viaje reflexionó sobre la naturaleza de los dioses. Xenagos había demostrado que, en *Theros*, era posible convertirse en deidad si se convencía a suficientes seres pensantes para que creyesen. Estaba claro que Heliod no era estrictamente una fuerza del bien, e incluso así, hubo suficiente gente que decidió creer en él en un momento dado. ¿Qué sucedería si la gente necesaria decidiese dejar de hacerlo?

El viaje fue largo por lo que fue un alivio contemplar en la lejanía las murallas y edificios brillantes de Meletis cuando cayó la noche. Se acercó a las puertas con las orejas gachas y ademán contrito, esperando parecer dócil. La actitud de los dos guardias pasó de la vigilancia a la alerta y luego a la curiosidad a medida que lo vieron acercarse y Ajani sonrió para sí.

—Estoy buscando el templo de Heliod —les dijo en tono sosegado a los guardias cuando llegó a la puerta. Uno de ellos parecía sospechar, pero el otro estuvo encantado de darle indicaciones, aunque se dirigiese a Ajani como si fuese un gato doméstico. Después de veinte minutos recorriendo las calles de Meletis y de ser el centro de atención ante los ojos de la población humana, el leonino llegó al pie de las escaleras exteriores del mayor tempo consagrado a Heliod en todo *Theros*.

Ajani subió y entró en el recinto. El interior era civilizado y perfecto, todos los ángulos entre los inmaculados muros de mármol estaban construidos exactamente igual, y una luz clara sin origen visible bañaba el ambiente. Ajani era el único leonino del lugar; todos los demás suplicantes, unos ochenta, eran humanos, y sus siluetas curvas y orgánicas parecían fuera de lugar entre la perfección angulosa del templo.

Muchos empezaron a observar al leonino; la mayoría se fijaba en su cuerpo, pero no pocos dirigían la vista hacia las armas que llevaba. Ajani miró a su izquierda y se percató de que había una panoplia dorada y brillante que albergaba un repertorio de espadas y dagas. El Planeswalker bajó las orejas y colocó su hacha y su espada en la parte inferior.

Buena parte de los curiosos dejaron de observarlo y una joven que vestía de encargada del templo se acercó a él. —No solemos

tener visitantes leoninos —dijo en voz baja; su piel morena y sus cabellos oscuros titilaban bajo la luz sobrenatural.

Ajani la miró con seriedad e igualó el tono. —Considero que solo Heliod puede responder a las preguntas que tengo.

El rostro de la chica se tornó más amable. —No es habitual que los de su especie muestren devoción por los dioses.

—He tenido experiencias únicas con ellos —respondió él, conservando la calma.

—¿A qué se refiere?

Ajani se incorporó un poco. —Estuve presente —comenzó a decir con voz lo bastante alta como para que se oyese en las inmediaciones— cuando el dios de este templo asesinó a una mujer que había sido su Campeona y mi amiga.

La supervisora se puso tensa. Los hombres y mujeres que había alrededor se detuvieron y empezaron a escuchar. —¿Cómo sabe que fue Heliod quien lo hizo?

Ajani enarcó su única ceja y levantó un poco más la voz, pero conservando el tono suave. —El halo dorado lo delataba.

La encargada abrió los ojos de par en par durante unos instantes, pero luego se tranquilizó. —¿Y qué pregunta desea plantear a nuestro divino patrón?

—Aquella amiga mía —respondió Ajani, que pasó por el lado de la sacerdotisa y alzó la voz lo suficiente para que todos lo oyesen— había accedido a convertirse en Campeona de Heliod. Tendría que cumplir su voluntad, llevar a cabo grandes hazañas en nombre de él y mantener a salvo a aquellos de nosotros que solo podemos encomendarnos a los dioses para que nos protejan. —Quiso escupir la última parte, pero en vez de ello, conservó el tono y se mostró incrédulo—. Supuse que la recompensarían por aquel servicio. Creí que se lo agradecerían, que la alabarían, que le darían un premio adecuado al cargo que había aceptado. En cambio de ello, la asesinaron. ¿Qué he de pensar sobre un dios que trata a una sierva fiel con semejante ingratitud?

No todo el mundo lo observaba, pero sí lo escuchaban.

Un joven se acercó. No aparentaba tener más de unos catorce años y sus ojos azules se tornaron blancos mientras se aproximaba. —¿Y qué ha de pensar un dios de una Campeona que podría superar a su benefactor? —la voz tenía una profundidad sobrenatural y todos los hombres y mujeres de los alrededores se arrodillaron.

Ajani ni siquiera inclinó la cabeza.

—Has venido a sembrar la discordia en el templo de Heliod —la voz resonante del chico agitó los huesos de Ajani.

—He venido a preguntarle una cosa a Heliod.

El oráculo entrecerró los ojos. —Este lugar está destinado a aquellos que respetan el poder divino de Heliod. Si no eres uno de sus creyentes, habrás de marcharte.

Ajani hizo acopio de valor y avanzó unos pasos. —Creo que Heliod es un dios. Creo que la gente de este templo lo venera por su poder divino. Creo que, hace no mucho, todos sus sacerdotes fueron

expulsados de este mismo lugar, obligados a huir para salvar sus vidas. Y creo que asesinó a su Campeona a sangre fría.

—¡Ella había asesinado a otra deidad! —el tono fue ensordecedor y Ajani giró las orejas para reducir el impacto—. Los mortales de "este lugar" deben ocupar su lugar pero ella no consintió permanecer en él.

Una llama ardía en el interior de Ajani. —He visto lo que les sucede a los mortales que permanecen en los lugares que les asignan los dioses. Cuando los sacerdotes de este templo huyeron despavoridos conocí a uno de ellos durante mis viajes: Estelanos. Estaba hecho pedazos y se había quedado ciego. Incluso rechazó que enterrásemos a los muertos de los alrededores. "Serviremos como advertencia a otra gente", dijo. "Los dioses nos han abandonado". Luego consumió belladona para poner fin a su miseria.

El chico cruzó los brazos. —Si continúas metiendo cizaña en el templo de Heliod hallarás el mismo fin que Elspeth.

Ajani sonrió, pero no de alegría. —En tal caso, no meteré cizaña aquí.

El chico frunció el entrecejo y señaló hacia la entrada del templo.

Ajani dio media vuelta, recuperó sus armas de la panoplia y salió hacia el ocaso. Los humanos lo siguieron con la vista, pero aquella vez, no todas las miradas eran hostiles.

Cuando llegó al confín del templo, se percató de que algunos de los suplicantes iban detrás de él. Una vez que salió se giró para mirarlos cara a cara.

—¿Usted vio a Heliod matando a su propia Campeona? —preguntó una joven. —¿Y uno de sus sacerdotes falleció ciego y desesperado en un camino? —quiso saber un anciano.

Ajani caminó junto a ellos y les habló de lo que había visto en Nyx, del vengativo asesinato cometido por Heliod y de la auténtica naturaleza de los dioses.

—Son como una gran llama —explicó, reuniendo a un pequeño grupo cuando se detuvo en una de las plazas públicas de Meletis—. Antes de que se encienda la chispa no existe nada. Después, todo es luz, calor y destrucción. No obstante, sin aquellos que creen, el fuego no tiene combustible con el que arder. Y si Heliod trata a sus Campeones y oráculos como poco más que leña para su llama, ¿qué esperanza tenemos aquellos de nosotros que ni siquiera podemos oír su voz?

Una mujer de aspecto escéptico se acercó a él. —No se puede acabar con un dios como si se tratase de apagar un fogón.

Ajani la observó con una amabilidad seria. —Una llama sin combustible acabará por extinguirse, por muy grande que se haya vuelto.

La mujer se quedó pensativa y volvió a mezclarse en la multitud. Luego, el que se adelantó fue un anciano. —Parece usted creer que nosotros hemos creado a los dioses. ¿Qué deberíamos crear si no?

—¡Algo para vosotros mismos! —afirmó Ajani, casi rugiendo—. Una familia, un hogar, una vida. Amigos, compañeros, felicidad. Algo que sea vuestro, no algo que esté por encima y que pueda destruir por capricho todo lo que apreciáis.

Mucha gente asentía mientras la multitud empezó a dispersarse y bastantes personas se marcharon conversando entre ellas. Hablaban de sus metas, sus familias, las cosas que apreciaban y de cómo podían mejorar sus vidas por sí mismos. Uno de ellos dijo de qué forma lo habían ayudado los dioses: "Rara vez y no demasiado". La gente se mostró de acuerdo.

Una mujer permaneció junto a Ajani. —Ha dicho usted varias cosas interesantes y querría que me contase más. ¿Tiene un lugar donde quedarse?

Ajani sonrió y negó con la cabeza. —No, hasta ahora, no tenía.

Se quedó en la ciudad bastantes días, compartiendo su mensaje. Vivía solo de la gentileza y simpatía de aquellos que se inspiraron en sus palabras. Solía dormir en los hogares de aquellos que lo escuchaban. Dos de las noches las pasó en la calle, pero la capa de Elspeth le bastaba para mantenerse cálido. También hubo muchos que rechazaron sus ideas pero cada día daba con otros que parecían simpatizar con él. Puede que aquellos pocos volviesen a sus vidas con nuevas ideas sobre las fuerzas divinas que vivían en los cielos de *Theros*.

Durante su noveno día en la ciudad, mientras comía el desayuno que había comprado a un vendedor callejero con la limosna que le había dado su anfitrión de la noche anterior, escuchó a una humana que pregonaba en un rincón cercano. —¡Los dioses nos han traicionado —gritaba—, pero seguimos alimentándolos con nuestra fe! —Había congregado a un pequeño público y, aunque no fuese tan elocuente ni amable como se había mostrado Ajani, estaba claro que el mensaje había empezado a difundirse. Había llegado el momento de regresar a casa.

El regreso desde Meletis hacia Oreskos fue largo, pero a Ajani no le importó. Necesitaba tiempo para labrar un recuerdo digno de Elspeth: una historia que llegase a todos los confines del mundo. Una historia sobre una mortal ilustre, de cuna humilde pero protagonista de grandes hazañas. Una historia que inspirase a los leoninos y a los humanos para que levantase la mirada hacia las estrellas y dijesen: "No, no prestaré mi valía a estos dioses caprichosos e ingratos". Una historia que llegaría a sacudir los mismísimos cimientos de Nyx.

Mientras contemplaba la puesta de sol sobre las puertas de Tetmos, Ajani pensaba que pronto ningún leonino volvería a ver la historia de los Campeones de la misma forma. La nueva versión tardaría en calar entre los humanos pero las historias siempre acaban dándose a conocer.

Dos leoninos armados vigilaban las puertas. Uno de ellos se adelantó cuando Ajani se acercó. —Eres Ajani, ¿cierto?

Ajani asintió.

—Brimaz desea hablar contigo. Te llevaré ante él.

El guardia lo guió por la ciudad en penumbra hasta la estancia del rey. Una gran hoguera ardía en el centro, rodeada por muchos leoninos y un anciano humano encorvado. Cuando Ajani entró en la sala Brimaz se puso en pie. Todas las miradas se centraron en Ajani y la conversación cesó. Solo se oía el crepitar del fuego.

Brimaz tomó la palabra. —Me alegro de volver a verte.

Ajani avanzó un paso. —Estoy listo para contar mi historia.

Brimaz sonrió y se sentó. El corro se expandió para hacerle sitio a Ajani.

El Planeswalker se quedó de pie junto al hueco. —Muchos de vosotros os habéis preguntado de dónde procedo —dijo, y su voz resonó en la estancia—. He viajado mucho para llegar aquí y es probable que ninguno hayáis oído hablar de mi hogar. Era joven cuando me marché y he recorrido muchos lugares desde entonces. Lo más correcto es afirmar que no soy de ninguna parte.

Pyxathor, que estaba sentado a su lado, resopló, mientras que algunos de los demás se mostraban suspicaces. Lanathos se acariciaba las cicatrices de su mentón, reflexionando.

—Conocí a la dama Elspeth hace muchos años, durante mi periplo, y fue por seguir su rastro que llegué aquí. Era una gran guerrera. Aceptó el manto de Heliod y se convirtió en su Campeona. Xenagos, que se había convertido en deidad, cometió una grave afrenta contra ella, que decidió castigarlo por su arrogancia. Yo elegí acompañarla. Nos guió hacia Nyx, la tierra de los dioses. Superó una ordalía de Erebos, quien nos permitió acceder a los dominios de Xenagos. Elspeth acabó con él usando una lanza bendecida con el poder de Heliod. Este, enfurecido a causa de la muerte de un dios, incluso la de uno que había alterado el orden natural para alcanzar la divinidad, asesinó a sangre fría a la mujer que había sido su Campeona, todo ello ante mí.

Muchos de los leoninos del corro murmuraban entre sí.

—Muchos de nosotros no damos importancia a los dioses pero son muy reales. Sin embargo son nuestras propias creaciones. Surgieron cuando los primeros creyentes afirmaron que existían y desde entonces no han hecho más que acrecentar su poder. —Ajani recorrió con la mirada el grupo de leoninos, que estaba cautivado—. Tassa vive en las profundidades, inconsciente de que sus mascotas destrozan navíos, vidas y familias. Erebos vigila con celo a quienes llegan a su territorio y solo permite que unas parodias lamentables de ellos escapen de sus dominios. Heliod es un ser inmaduro y mezquino, e incluso así, es lo que hemos elegido que dirija el panteón de nuestras propias creaciones. Podemos crear algo mejor.

—He pasado numerosos días difundiendo el siguiente mensaje en Meletis: que los dioses son creaciones nuestras, una llama surgida de una chispa de creencia; que su poder para consumir solo perdura debido a nuestras creencias; y que una llama, si se priva de leña, ha de extinguirse.

Ajani sonrió levemente. —Como habéis entendido, en realidad no pertenezco a este sitio, pero comparto vuestra frustración respecto a los dioses, y lucharé contra ellos a mi manera. Si no

deseáis que me quede, me iré, pero seguiré difundiendo mi mensaje en las demás polis.

De nuevo, lo único que se oyó en la estancia fue el crepitar del fuego. La capa de Elspeth se mecía a espaldas de Ajani gracias a una ligera brisa.

—Bienvenido a casa —declaró Brimaz. Lanathos sonrió. Muchos de los leoninos asintieron, incluido Pyxathor.

Ajani ocupó su lugar en el círculo y se sentó.

Lorwyn



Lorwyn es el país donde nunca se pone el sol. Cubierto de densos bosques, ríos serpenteantes y praderas mansas y ondulantes, no conoce la noche ni el invierno. Es uno de los pocos planos donde no reside humano alguno: está habitado por kithkin de baja estatura, llameantes de temperamento ardiente, boggarts maliciosos, pueblo-arbóreos territoriales, tritones diplomáticos, gigantes iconoclastas y hadas traviesas. Todos ellos viven en armonía.

Y entre ellos también están los elfos, la raza más favorecida y temida de *Lorwyn* . Se consideran el parangón de la belleza en un mundo de naturaleza salvaje. Los signos de supremacía élfica están por todas partes, desde los palacios cubiertos de oro en los bosques hasta la crueldad que muestran hacia las razas que consideran “inferiores”. A pesar del dominio élfico, el pueblo de *Lorwyn* es próspero y respetuoso consigo mismo y con sus tradiciones.

Siguiendo un sueño

El caminante de planos Jace Beleren tendría un especial interés en el plano de Lorwyn. No porque el sol nunca se pone por completo. No porque las fuentes de maná azul sean pintorescos arroyos y murmurantes cascadas. Como prodigio de la magia de la mente, estaría interesado en el tráfico de sueños que tiene lugar allí. Las hadas transportan preciosos sueños a su Reina. Los gigantes recogen fósiles que creen que son sueños congelados de las laderas. Los elementales están hechos de material onírico. Si Jace se pudiera "sintonizar" a un sueño en particular, podría estar fascinado por la frecuencia con la que cambiar de ser a ser, de mente a mente, a lo largo del día en Lorwyn. Podría incluso registrar los pensamientos de

los seres que toca, y guardar ese registro para futuras investigaciones.

Estudio de la mente en Lorwyn, día 4
Sujeto: Calydd
Biografía: Granjero kithkin macho



"¿Qué es esto? ¿El viento en mi cara, los campos de Pradera Dorada pasando a toda velocidad, una silla de montar debajo de mí?" Estoy en un saltanejo. Uno feroz, que salta como el viento. Esto no es uno de mis arados. Ésta es la montura de un *caballero*. Y estoy sujetando… azadas no. Espadas. Las espadas de un caballero. ¡*Mis* espadas! ¡Puedo sentir la trama mental; puedo sentir las espadas y armas de los más poderosos de Kinsbaile, su coraje recorriéndome! ¡Por supuesto que soy un caballero, soy Calydd el Valiente, azote de los Malvados! ¡Cabalga, fiel montura, y guíadme, hermanos de la trama mental! ¡Juntos venceremos al mal en este día!

Típico sueño de auto realización. La mente del sujeto está tan cansada de la rutina de los campos, que no es sorprendente que esté asombrado. Si no fuera por el fenómeno de la trama mental ni me molestaría en estudiar a este pequeñajo. Es peculiar que sienta (o crea que siente) la trama mental ahora, incluso cuando está dormido.

Espera, el sueño está cambiando. Hay un nuevo elemento.

"¡Eh, monstruo! ¡Detén tu vacilante avance! ¡Identifícate, y luego lárgate! No tienes nombre, ¿verdad? ¡Eres una masa de llamas, cabezas retorciéndose, algún… caótico horror! ¡Retírate, demonio elemental! ¡Morirás por mis espadas antes de que tu mal agüero pueda corromper Pradera Dorada!"

No consigo una buena perspectiva de lo que está viendo, pero es claramente simbólico para él. Figura paternal, quizás. Abusón en el colegio. El perro malvado del vecino. Sea lo que sea, le ha sobresaltado.

“¡En guardia! ¡Toma esto! ¡Y es… *aaaaaaargh*! ¡No! ¡No! ¡Cenns de Lorwyn, salvadme! ¡Mi… *aaaaargh*!”

Vaya. Esto es nuevo. Sorprendentemente gráfico. ¿Quemado vivo en su propio sueño? ¿Si un kithkin muere en su sueño, entonces…?

Espera, el sueño está cambiando. Pero se está despertando; hay nueva magia aquí. Hay alguien más aquí, en su subconsciente. El sueño se está… moviendo. Tengo que investigar esto.

Estudio de la mente en Lorwyn, día 4
Sujeto: Etain
Biografía: Vagabundo hada hembra

“Si éste kithkin no deja de retorcerse, voy a atravesar su estúpido tímpano con mi estoque. Más vale que esto merezca la pena. No estoy trabajando como un esclavo en el cerebro de un granjero para sueños de trigo y restos de trama mental. Oh, saltanejos, encantador, si. No, le ahorraré a la Reina esta basura rústica. Que duermas bien, cabeza de chorlito; voy a la siguiente puerta a ver lo que tu mujer tiene en su pesada cabeza. Oh, pero ¡espera! Tu pequeño ensueño está mejorando según hablo. ¿Qué es esto? Oh, si. La Reina querrá algo de esto, seguro. ¡Enhorabuena, pequeño kithkin! Serás parte del tesoro de Oona después de todo.”



¿Tesoro?

“Es difícil cosechar esta cosa con todos estos espasmos, pero creo que puedo… Sólo necesito… ¡Lo tengo! Uuuuh. Éste es pesado. Y

está dando tumbos como algo salvaje; ¡apenas puede quedarse en la bolsa! ¿Qué se le ha pasado por el melón a este paleto?”

Es extraño seguir un sueño fuera de la cabeza de alguien. He perdido el contacto con él; el hada no parece estar soñándolo ella misma, solamente transportándolo. Puedo seguir sus pensamientos sobre *él, pero no lo está experimentando directamente. Recibe impresiones del sueño, sin embargo. La está irradiando. Puede medir su intensidad; por su reacción, éste es fuerte. Y está recibiendo alguna resonancia emocional de él, su pulso ha aumentado, como hizo el del kithkin. El hada no ve imágenes o contenidos claros, solo vagos indicios. Me pregunto qué se siente cuando te roban un sueño. Iría a comprobarlo con el kithkin, pero no hay tiempo; el hada se está moviendo.*

“Esta cosa se sacude como un cérvido loco. No puedo esperar a vaciarlo. Por la gloria de la Reina, este sueño es pesad… ¡Oh!”

Estudio de la mente en Lorwyn, día 4
Sujeto: Barrad Pisaenemigos
Biografía: Guerrero gigante macho

“Agh, algo meterse en nariz”

Diablos… ¿ahora qué?

“Yo agacharme para oler círculo de flores. Hada meterse en nariz, creo. Pica.”



Auch. La mente del gigante es intensa. Pensamientos simples, inmensos, encadenados unos a otros y cargando a través de su cabeza, como una sierpe abriéndose paso a través del bosque. Sin pensamientos complejos… sólo ráfagas de observaciones simples. Oír a este tío me está dando dolor de cabeza. La sensación de su picor nasal se siente… mayor que mi ser.

“No poder sacarla. Agh, atascada. Tener que sorberla hasta el fondo.”

Voy a tener que desintonizarme de este tío… No puedo aguantar esta telepatía tan directa.

"Eso estar mejor. Hmm. Sueño. ¿Dónde haber colina para descansar? Simplemente dormir aquí en prado. Tréboles ser buena cama."

¿Pero qué…? Eso ha sido rápido. Cuando un gigante pone su mente a dormir, se encomienda *a ello. Mi cabeza todavía resuena con los porrazos que sus pensamientos me han dado. Pero no hay tiempo para descansar, ya puedo sentir su sueño florecer.*

"Soy un caballero…"
Por supuesto.

"Bravo caballero, en mi cabra de nubes. Partir el mundo con mis pequeñas dagas."

Los pensamientos vuelven a estar más altos de lo que me gustaría. Nota mental: los gigantes sueñan sueños gigantes. Es interesante cómo ha incorporado elementos del sueño del kithkin al suyo. Algunas cosas diferentes, otras iguales. Porqué tiene todavía las espadas del kithkin, no lo sé. Me pregunto si el hada sigue viva en algún lugar de sus cavidades nasales. Dudo que vaya a recuperar el sueño, de todos modos.

"¡Elemental malo! Acabaré contigo."

De ningún modo. No puedo soportar al elemental surgir en el sueño del gigante; ya es bastante surrealista para mí tener mi mente metida en esto, y combinada con la intensidad de los pensamientos del gigante… es demasiado. Me retiro. Con suerte podré mantener la esencia del sueño con una conexión más floja con el Sr. Pisaenemigos.

Eso está mejor. Todavía escucho al gigante, pero en un nivel superior, no tan profundamente en su mente, justo a su lado. Es un poco como lo que el hada estaba haciendo, de hecho; todavía recibo bocanadas de su estado emocional, como vapores surgiendo de su forma durmiente; pero no puedo ver más imágenes detalladas. Sólo destellos de cosas. Está cabalgando un cabra voladora, está luchando con un elemental de fuego… dinamismo… y está pululando alrededor de él. ¡Ha caído! Increíble. Este sueño debe ser algo potente; incluso un gigante ha sido derrotado por este elemental de sueños, en su propia mente.

Estoy recibiendo algo más ahora. Hay alguien, otra presencia en este sueño. ¿Otro hada? No.

Estudio de la mente en Lorwyn, día 4
Sujeto: Cenizeida
Biografía: Llameante hembra peregrina



"Lo siento de nuevo. Está cerca. Escúchame, gran ser…"

Es una llameante, uno de esos elementales de fuego humanoides. ¿Pueden manipular sueños directamente? No lo creía posible.

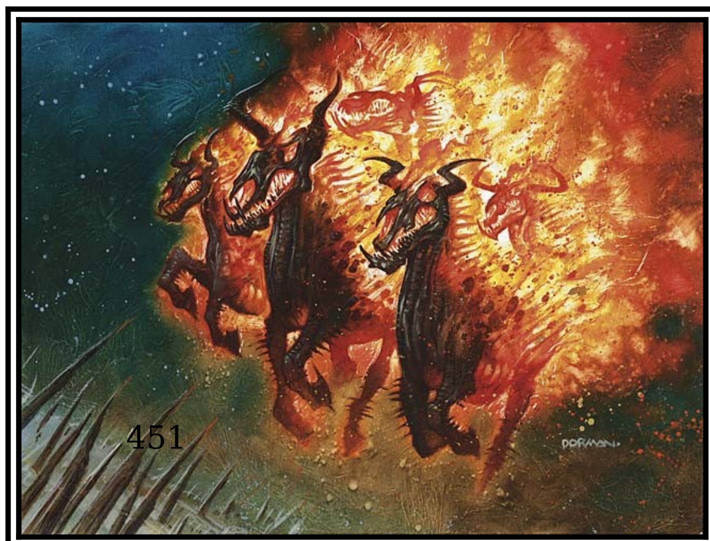
"Puedo sentir tu presencia. Sé que me estás llamando, contactándome desde lejos. Sé que eres importante para mi destino. Sólo que no sé cómo. Ayúdame…"

No, no se está comunicando con el sueño. Está llamando a una entidad, un elemental más grande que cree que está cerca. Probablemente sólo esté confundida, está recibiendo influencias del poderoso sueño del gigante sobre un elemental de fuego y las está interpretando como si fueran realidad.

Excepto…

Creo que el sueño está… contestándole.

Estudio de la mente en Lorwyn, día 4
Sujeto: Entidad elemental desconocida
Biografía: ???



No tiene palabras, apenas pensamiento siquiera, pero es definitivamente una forma de comunicación. Es increíblemente

poderosa; está arrancándome el cerebro. No debería estar escuchando esto; duele. Pero nunca había escuchado la mente de un elemental antes. La entidad del sueño... no era un sueño, era un ser que vivía dentro del sueño del caballero kithkin. O es una entidad hecha *de sueños de alguna manera, y sin embargo capaz de sobrevivir fuera de ellos. No estoy seguro de que esto tenga sentido. No puedo mantener esto. La llameante está en comunión con el elemental ahora; están intercambiando una increíble cantidad de emociones; me supera. No puedo manejarlo. Rompo el hechizo.*

LOS

PLANOS DE MAGIC

VOLUMEN III

El Multiverso: un espacio infinito
de ilimitados mundos fantásticos llamados planos.
En este tercer volumen adéntrate en el plano de Fiora,
la tierra del Renacimiento perpetuo.
Lucha junto a los rebeldes Mirrodianos
para recuperar su hogar de los horrores mecánicos Pirexianos.
O ponte a prueba en una ordalía
impuesta por los dioses "griegos" de Theros.
Explora un universo de posibilidades.
Conoce los muchos planos de Magic.

